UNE ✦ SACRA

Espiritismo

El Libro de los Espíritus

✦ ✦ ✦

Allan Kardec

Traducción (edición 1.3)

Créditos

Autor	Allan Kardec
Fecha	1857 (2.ª edición, 1860)
Idioma original	Francés
Versión	Traducción (edición 1.3)
Traducción	Traducción popular, a partir del original francés
Fuente	Wikisource — Le Livre des Esprits (2e édition, Didier, 1860)
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

El Libro de los Espíritus, publicado en París el 18 de abril de 1857 por Allan Kardec (seudónimo del educador francés Hippolyte Léon Denizard Rivail, 1804–1869), es la obra fundadora del Espiritismo.

Kardec reunió y ordenó las respuestas que, según él, los Espíritus dieron por medio de varios médiums a preguntas sobre Dios, el universo, la naturaleza del alma, la vida después de la muerte, la reencarnación, las leyes morales y el porvenir de la humanidad.

La segunda edición, de 1860, fue rehecha y ampliada por completo y fijó la forma definitiva del libro, con las preguntas numeradas del 1 al 1019.

El libro se divide en cuatro partes —Las causas primeras, El mundo espírita o de los Espíritus, Las leyes morales y Esperanzas y consuelos—, precedidas de una larga Introducción y seguidas de una Conclusión.

Cada pasaje trae la pregunta, la respuesta de los Espíritus entre comillas y, con frecuencia, el comentario de Kardec. Como en el original de 1860, no hay pregunta 1011.

Junto con El Libro de los Médiums, El Evangelio según el Espiritismo, El Cielo y el Infierno y La Génesis, forma las cinco obras básicas de la doctrina, y a partir de él el Espi-

ritismo se extendió de Francia al mundo, sobre todo a Brasil, hoy el país con más espíritas.

Fuente: https://fr.wikisource.org/wiki/Le_Livre_des_Esprits

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Introducción al estudio de la doctrina espírita

Prolegómenos

Libro I, cap. I — Dios

Dios y el infinito 1–3

Pruebas de la existencia de Dios 4–9

Atributos de la Divinidad 10–13

Panteísmo 14–16

Libro I, cap. II — Elementos generales del universo

Conocimiento del principio de las cosas 17–20

Espíritu y materia 21–28

Propiedades de la materia 29–34

Espacio universal 35–36

Libro I, cap. III — Creación

Formación de los mundos 37–42

Formación de los seres vivos 43–49

Población de la Tierra. Adán 50–51

Diversidad de las razas humanas 52–54

Pluralidad de los Mundos 55–58

Consideraciones y concordancias bíblicas sobre la creación 59

Libro I, cap. IV — Principio vital

Seres orgánicos e inorgánicos 60–67

La vida y la muerte 68–70

Inteligencia e instinto 71–75

Libro II, cap. I — De los Espíritus

Origen y naturaleza de los Espíritus 76–83
Mundo normal primitivo 84–87
Forma y ubicuidad de los Espíritus 88–92
Periespíritu 93–95
Diferentes órdenes de Espíritus 96–99
Escala espírita 100
TERCER ORDEN. – ESPÍRITUS IMPERFECTOS 101–106
SEGUNDO ORDEN. – ESPÍRITUS BUENOS 107–111
PRIMER ORDEN. – ESPÍRITUS PUROS 112–113
Progresión de los Espíritus 114–127
Ángeles y demonios 128–131

Libro II, cap. II — Encarnación de los Espíritus

Finalidad de la encarnación 132–133
Del alma 134–146
Materialismo 147–148

Libro II, cap. III — Regreso de la vida corporal a la vida espiritual

El alma después de la muerte 149–153
Separación del alma y del cuerpo 154–162
Turbación del Espíritu 163–165

Libro II, cap. IV — Pluralidad de las existencias

De la reencarnación 166–170
Justicia de la reencarnación 171
Encarnación en los diferentes mundos 172–188
Transmigración progresiva 189–196
Destino de los niños después de la muerte 197–199
Sexos entre los Espíritus 200–202
Parentesco, filiación 203–206
Semejanzas físicas y morales 207–217

Ideas innatas 218–221

Libro II, cap. V — Consideraciones sobre la pluralidad de las existencias

Libro II, cap. VI — Vida espírita

Espíritus errantes 223–233

Mundos transitorios 234–236

Percepciones, sensaciones y sufrimientos de los Espíritus 237–256

Ensayo teórico sobre la sensación en los Espíritus 257

Elección de las pruebas 258–273

Relaciones de ultratumba 274–290

Relaciones de simpatía y antipatía entre los Espíritus. Mitades eternas 291–303

Recuerdo de la existencia corporal 304–319

Conmemoración de los muertos. Funerales 320–329

Libro II, cap. VII — Retorno a la vida corporal

Preludios del retorno 330–343

Unión del alma y del cuerpo 344–360

Facultades morales e intelectuales 361–366

Influencia del organismo 367–370

Idiotismo, locura 371–378

De la infancia 379–385

Simpatías y antipatías terrenales 386–391

Olvido del pasado 392–399

Libro II, cap. VIII — Emancipación del alma

El sueño y los sueños 400–412

Visitas espíritas entre personas vivas 413–418

Transmisión oculta del pensamiento 419–421

Letargo, catalepsia, muertes aparentes 422–424

Sonambulismo 425–438

Éxtasis 439–446

Segunda vista 447–454

Resumen teórico del sonambulismo, del éxtasis y de la segunda vista 455

Libro II, cap. IX — Intervención de los Espíritus en el mundo corporal

Penetración de nuestro pensamiento por los Espíritus 456–458

Influencia oculta de los Espíritus sobre nuestros pensamientos y nuestras acciones 459–472

Poseídos 473–480

Convulsionarios 481–483

Afecto de los Espíritus por ciertas personas 484–488

Ángeles guardianes; Espíritus protectores, familiares o simpáticos 489–521

Presentimientos 522–524

Influencia de los Espíritus en los acontecimientos de la vida 525–535

Acción de los Espíritus sobre los fenómenos de la naturaleza 536–540

Los Espíritus durante los combates 541–548

Los pactos 549–550

Poder oculto. Talismanes. Hechiceros 551–556

Bendición y maldición 557

Libro II, cap. X — Ocupaciones y misiones de los Espíritus

Libro II, cap. XI — Los tres reinos

Los minerales y las plantas 585–591

Los animales y el hombre 592–610

Metempsicosis 611–613

Libro III, cap. I — Ley divina o natural

Características de la ley natural 614–618

Conocimiento de la ley natural 619–628

El bien y el mal 629–646

División de la ley natural 647–648

Libro III, cap. II — Ley de adoración

Finalidad de la adoración 649–652

Adoración exterior 653–656

Vida contemplativa 657

De la oración 658–666

Politeísmo 667–668

Sacrificios 669–673

Libro III, cap. III — Ley del trabajo

Necesidad del trabajo 674–681

Límite del trabajo. Descanso 682–685

Libro III, cap. IV — Ley de reproducción

Población del globo 686–687

Sucesión y perfeccionamiento de las razas 688–692

Obstáculos a la reproducción 693–694

Matrimonio y celibato 695–699

Poligamia 700–701

Libro III, cap. V — Ley de conservación

Instinto de conservación 702–703

Medios de conservación 704–710

Disfrute de los bienes terrenales 711–714

Lo necesario y lo superfluo 715–717

Privaciones voluntarias. Mortificaciones 718–727

Libro III, cap. VI — Ley de destrucción

Destrucción necesaria y destrucción abusiva 728–736

Calamidades destructoras 737–741

Guerras 742–745

Asesinato 746–751

Crueldad 752–756

Duelo 757–759

Pena de muerte 760–765

Libro III, cap. VII — Ley de sociedad

Necesidad de la vida social 766–768

Vida de aislamiento. Voto de silencio 769–772

Lazos de familia 773–775

Libro III, cap. VIII — Ley del progreso

Estado de naturaleza 776–778

Marcha del progreso 779–785

Pueblos degenerados 786–789

Civilización 790–793

Progreso de la legislación humana 794–797

Influencia del espiritismo en el progreso 798–802

Libro III, cap. IX — Ley de igualdad

Igualdad natural 803

Desigualdad de aptitudes 804–805

Desigualdades sociales 806–807

Desigualdad de riquezas 808–813

Pruebas de la riqueza y de la miseria 814–816

Igualdad de derechos del hombre y de la mujer 817–822

Igualdad ante la tumba 823–824

Libro III, cap. X — Ley de libertad

Libertad natural 825–828

Esclavitud 829–832

Libertad de pensar 833–834

Libertad de conciencia 835–842

Libre albedrío 843–850

Fatalidad 851–867

Conocimiento del porvenir 868–871

Resumen teórico del móvil de las acciones del hombre 872

Libro III, cap. XI — Ley de justicia, amor y caridad

Justicia y derechos naturales 873–879

Derecho de propiedad. Robo 880–885

Caridad y amor al prójimo 886–889

Amor materno y filial 890–892

Libro III, cap. XII — Perfección moral

Las virtudes y los vicios 893–906

De las pasiones 907–912

Del egoísmo 913–917

Características del hombre de bien 918

Conocimiento de uno mismo 919

Libro IV, cap. I — Penas y gozos terrenales

Felicidad y desdicha relativas 920–933

Pérdida de las personas amadas 934–936

Decepciones. Ingratitud. Afectos rotos 937–938

Uniones sin afinidad 939–940

Temor a la muerte 941–942

Hastío de la vida. Suicidio 943–957

Libro IV, cap. II — Penas y goces futuros

Nada. Vida futura 958–959

Intuición de las penas y los goces futuros 960–962

Intervención de Dios en las penas y recompensas 963–964

Naturaleza de las penas y los goces futuros 965–982

Penas temporales 983–989
Expiación y arrepentimiento 990–1002
Duración de las penas futuras 1003–1009
Resurrección de la carne 1010
Paraíso, infierno y purgatorio 1012–1019

Conclusión

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

✦

Para las cosas nuevas hacen falta palabras nuevas; así lo exige la claridad del lenguaje, para evitar la confusión inseparable de los múltiples sentidos de los mismos términos.

Las palabras espiritual, espiritualista y espiritualismo tienen una acepción bien definida; darles una nueva para aplicarlas a la doctrina de los Espíritus sería multiplicar las causas, ya tan numerosas, de ambigüedad.

En efecto, el espiritualismo es lo opuesto al materialismo; quien cree tener en sí algo más que materia es espiritualista; pero de ello no se sigue que crea en la existencia de los Espíritus o en sus comunicaciones con el mundo visible.

En lugar de las palabras espiritual y espiritualismo, empleamos, para designar esta última creencia, las de espírita y espiritismo, cuya forma recuerda su origen y su sentido radical, y que por eso mismo tienen la ventaja de ser perfectamente comprensibles, reservando a la palabra espiritualismo su acepción propia.

Diremos, pues, que la doctrina espírita o el espiritismo tiene por principios las relaciones del mundo material con los Espíritus o seres del mundo invisible. Los adeptos del espiritismo serán los espíritas o, si se quiere, los espiritistas.

En lo particular, el Libro de los Espíritus contiene la doctrina espírita; en lo general, se vincula con la doctrina espiritualista, de la que presenta una de sus fases. Esta es la razón por la que lleva al comienzo de su título las palabras: Filosofía espiritualista.

Hay otra palabra sobre cuyo significado también importa ponerse de acuerdo, porque es una de las piedras angulares de toda doctrina moral y es objeto de numerosas controversias por falta de una acepción bien determinada: la palabra alma. La divergencia de opiniones sobre la naturaleza del alma proviene de la aplicación particular que cada uno hace de esta palabra.

Una lengua perfecta, en la que cada idea estuviera representada por un término propio, evitaría muchas discusiones; con una palabra para cada cosa, todos se entenderían.

Según unos, el alma es el principio de la vida material orgánica; no tiene existencia propia y cesa con la vida: es el materialismo puro. En este sentido, y por comparación, dicen de un instrumento agrietado que ya no produce sonido que no tiene alma. Según esta opinión, el alma sería un efecto y no una causa.

Otros piensan que el alma es el principio de la inteligencia, agente universal del que cada ser absorbe una porción. Según ellos, habría para todo el universo una sola alma que distribuye chispas entre los diversos seres inteligentes durante su vida; después de la muerte, cada chispa vuelve a la fuente común, donde se confunde con el todo, como los arroyos y los ríos vuelven al mar del que salieron.

Esta opinión difiere de la anterior en que, según esta hipótesis, hay en nosotros algo más que materia y queda algo después de la muerte; pero es casi como si no quedara nada, puesto que, al no tener ya individualidad, dejaríamos de tener conciencia de nosotros mismos.

Según esta opinión, el alma universal sería Dios, y cada ser una porción de la Divinidad; es una variedad del panteísmo.

Según otros, por último, el alma es un ser moral, distinto, independiente de la materia, que conserva su individualidad después de la muerte. Esta acepción es, sin duda, la más general, porque, bajo un nombre u otro, la idea de este ser que sobrevive al cuerpo existe como creencia instintiva, independiente de toda enseñanza, en todos los pueblos, cualquiera que sea su grado de civilización. Esta doctrina, según la cual el alma es la causa y no el efecto, es la de los espiritualistas.

Sin discutir el valor de estas opiniones, y considerando solo el aspecto lingüístico de la cuestión, diremos que estas tres aplicaciones de la palabra alma constituyen tres ideas distintas que requerirían, cada una, un término diferente.

Esta palabra tiene, pues, una triple acepción, y cada uno tiene razón, desde su punto de vista, en la definición que da de ella; la falta está en la lengua, que solo tiene una palabra para tres ideas.

Para evitar todo equívoco, habría que restringir la acepción de la palabra alma a una de estas tres ideas; la elección es indiferente, lo esencial es entenderse, es una cuestión de convención. Creemos más lógico tomarla en

su acepción más común; por eso llamamos alma al ser inmaterial e individual que reside en nosotros y sobrevive al cuerpo.

Aunque este ser no existiera y no fuera más que un producto de la imaginación, seguiría haciendo falta un término para designarlo.

A falta de una palabra especial para cada uno de los otros dos conceptos, llamamos:

Principio vital al principio de la vida material y orgánica, cualquiera que sea su fuente, y que es común a todos los seres vivos, desde las plantas hasta el hombre. Como la vida puede existir independientemente de la facultad de pensar, el principio vital es algo distinto e independiente. La palabra vitalidad no expresaría la misma idea.

Para unos, el principio vital es una propiedad de la materia, un efecto que se produce cuando la materia se encuentra en determinadas circunstancias; según otros, y esta es la idea más común, reside en un fluido especial, difundido universalmente, del que cada ser absorbe y asimila una parte durante la vida, como vemos que los cuerpos inertes absorben la luz; sería entonces el fluido vital que, según ciertas opiniones, no sería otro que el fluido eléctrico animalizado, designado también con los nombres de fluido magnético, fluido nervioso, etc.

Sea como sea, hay un hecho que no se puede negar, pues es resultado de la observación: los seres orgánicos tienen en sí una fuerza íntima que produce el fenómeno de la vida mientras esa fuerza existe; la vida material es común a todos los seres orgánicos y es independiente de la inteligencia y del pensamiento; la inteligencia y el pensamiento son facultades propias de ciertas

especies orgánicas; por último, entre las especies orgánicas dotadas de inteligencia y pensamiento, hay una dotada de un sentido moral especial que le da una superioridad indiscutible sobre las demás: la especie humana.

Se comprende que, con una acepción múltiple, el alma no excluye ni el materialismo ni el panteísmo. El propio espiritualista puede muy bien entender el alma según una u otra de las dos primeras definiciones, sin perjuicio del ser inmaterial distinto al que dará entonces cualquier nombre. Así, esta palabra no representa una opinión: es un proteo que cada uno acomoda a su gusto; de ahí el origen de tantas disputas interminables.

También se evitaría la confusión, aun empleando la palabra alma en los tres casos, si se le añadiera un calificativo que especificara el punto de vista desde el que se la considera o la aplicación que se le da.

Sería entonces una palabra genérica que representaría a la vez el principio de la vida material, de la inteligencia y del sentido moral, y que se distinguiría mediante un atributo, como los gases, por ejemplo, que se distinguen añadiendo las palabras hidrógeno, oxígeno o nitrógeno.

Se podría, pues, decir, y quizá sería lo mejor, alma vital para el principio de la vida material, alma intelectual para el principio de la inteligencia y alma espírita para el principio de nuestra individualidad después de la muerte. Como se ve, todo esto es una cuestión de palabras, pero una cuestión muy importante para entenderse.

Según esto, el alma vital sería común a todos los seres orgánicos: plantas, animales y hombres; el alma intelectual sería propia de los animales y de los hombres, y el alma espírita pertenecería solo al hombre.

Hemos creído necesario insistir tanto más en estas explicaciones cuanto que la doctrina espírita se basa naturalmente en la existencia en nosotros de un ser independiente de la materia que sobrevive al cuerpo. Como la palabra alma aparecerá con frecuencia a lo largo de esta obra, importaba dejar establecido el sentido que le damos para evitar cualquier confusión.

Pasemos ahora al objeto principal de esta instrucción preliminar.

La doctrina espírita, como toda cosa nueva, tiene sus adeptos y sus contradictores. Vamos a intentar responder a algunas de las objeciones de estos últimos, examinando el valor de los motivos en que se apoyan, sin pretender, sin embargo, convencer a todo el mundo, pues hay personas que creen que la luz fue hecha solo para ellas.

Nos dirigimos a las personas de buena fe, sin ideas preconcebidas ni opiniones inamovibles, sino sinceramente deseosas de instruirse, y les demostraremos que la mayoría de las objeciones que se oponen a la doctrina proceden de una observación incompleta de los hechos y de un juicio emitido con demasiada ligereza y precipitación.

Recordemos primero en pocas palabras la serie progresiva de fenómenos que dieron origen a esta doctrina.

El primer hecho observado fue el de diversos objetos puestos en movimiento; se lo designó comúnmente con el nombre de mesas giratorias o danza de las mesas. Este fenómeno, que parece haber sido observado primero en América, o más bien que se renovó en aquella región, pues la historia demuestra que se remonta a la más remota antigüedad, se produjo

acompañado de circunstancias extrañas, como ruidos insólitos y golpes sin causa manifiesta conocida.

Desde allí se propagó rápidamente por Europa y las demás partes del mundo; al principio suscitó mucha incredulidad, pero la multiplicidad de los experimentos pronto no permitió ya dudar de su realidad.

Si este fenómeno se hubiera limitado al movimiento de los objetos materiales, podría explicarse por una causa puramente física. Estamos lejos de conocer todos los agentes ocultos de la naturaleza, así como todas las propiedades de los que conocemos; la electricidad, además, multiplica cada día hasta el infinito los recursos que proporciona al ser humano, y parece destinada a iluminar la ciencia con una luz nueva.

No había, pues, nada imposible en que la electricidad, modificada por ciertas circunstancias, o cualquier otro agente desconocido, fuera la causa de ese movimiento.

El hecho de que la reunión de varias personas aumentara la potencia de acción parecía apoyar esta teoría, pues se podía considerar ese conjunto como una pila múltiple cuya potencia es proporcional al número de sus elementos.

El movimiento circular no tenía nada de extraordinario: está en la naturaleza; todos los astros se mueven circularmente; podríamos, pues, tener en pequeño un reflejo del movimiento general del universo o, mejor dicho, una causa hasta entonces desconocida podía producir accidentalmente, en los objetos pequeños y en determinadas circunstancias, una corriente análoga a la que arrastra los mundos.

Pero el movimiento no era siempre circular; a menudo era brusco, desordenado, y el objeto era sacudido violentamente, volcado, arrastrado en cualquier dirección y, contrariamente a todas las leyes de la estática, levantado del suelo y mantenido en el aire. Tampoco había en estos hechos nada que no pudiera explicarse por la potencia de un agente físico invisible. ¿Acaso no vemos a la electricidad derribar edificios, arrancar árboles de raíz, lanzar a lo lejos los cuerpos más pesados, atraerlos o repelerlos?

Los ruidos insólitos, los golpes, suponiendo que no fueran uno de los efectos ordinarios de la dilatación de la madera o de cualquier otra causa accidental, también podían muy bien ser producidos por la acumulación del fluido oculto: ¿no produce la electricidad los ruidos más violentos?

Hasta aquí, como se ve, todo puede entrar en el ámbito de los hechos puramente físicos y fisiológicos. Sin salir de este círculo de ideas, había allí materia para estudios serios y dignos de atraer la atención de los sabios. ¿Por qué no fue así? Es penoso decirlo, pero ello se debe a causas que demuestran, entre otros mil hechos semejantes, la ligereza del espíritu humano.

En primer lugar, quizá no sea ajeno a ello el carácter vulgar del objeto principal que sirvió de base a los primeros experimentos. ¡Qué influencia no ha tenido a menudo una palabra sobre las cosas más serias!

Sin considerar que el movimiento podía imprimirse a cualquier objeto, prevaleció la idea de las mesas, sin duda porque era el objeto más cómodo y porque resulta más natural sentarse alrededor de una mesa que de cualquier otro mueble.

Ahora bien, los hombres superiores son a veces tan pueriles que no tendría nada de imposible que algunas mentes distinguidas hubieran considerado indigno de ellas ocuparse de lo que se había convenido en llamar la danza de las mesas.

Es incluso probable que, si el fenómeno observado por Galvani hubiera sido observado por hombres comunes y hubiera quedado caracterizado por un nombre burlesco, seguiría relegado junto a la varita adivinatoria. En efecto, ¿qué sabio no habría creído rebajarse al ocuparse de la danza de las ranas?

Algunos, sin embargo, lo bastante modestos para reconocer que la naturaleza bien podía no haberles dicho su última palabra, quisieron ver, para tranquilidad de su conciencia; pero sucedió que el fenómeno no siempre respondió a sus expectativas y, como no se había producido constantemente a su voluntad y según su método de experimentación, concluyeron que no existía; a pesar de su sentencia, las mesas, puesto que de mesas se trata, siguen girando, y podemos decir con Galileo: ¡y, sin embargo, se mueven!

Diremos más: los hechos se han multiplicado de tal manera que hoy tienen carta de ciudadanía, y ya solo se trata de encontrarles una explicación racional. ¿Puede deducirse algo contra la realidad del fenómeno del hecho de que no se produzca siempre de manera idéntica según la voluntad y las exigencias del observador? ¿Acaso los fenómenos de la electricidad y la química no están subordinados a ciertas condiciones, y debemos negarlos porque no se producen fuera de esas condiciones? ¿Hay, pues, algo sorprendente en que el fenómeno del movimiento de los objetos por el fluido hu-

mano tenga también sus condiciones de existencia y deje de producirse cuando el observador, situándose en su propio punto de vista, pretende hacerlo funcionar a su capricho o someterlo a las leyes de los fenómenos conocidos, sin considerar que para hechos nuevos puede y debe haber leyes nuevas?

Ahora bien, para conocer esas leyes hay que estudiar las circunstancias en que se producen los hechos, y ese estudio solo puede ser fruto de una observación sostenida, atenta y, a menudo, muy larga.

Pero, objetan algunas personas, a menudo hay un engaño evidente. Les preguntaremos primero si están completamente seguras de que haya engaño y si no han tomado por tal efectos que no podían explicarse, más o menos como aquel campesino que tomaba a un sabio profesor de física que hacía experimentos por un hábil ilusionista.

Aun suponiendo que eso hubiera podido ocurrir algunas veces, ¿sería una razón para negar el hecho? ¿Hay que negar la física porque haya prestidigitadores que se adornan con el título de físicos? Además, hay que tener en cuenta el carácter de las personas y el interés que pudieran tener en engañar. ¿Sería entonces una broma?

Uno puede divertirse un momento, pero una broma prolongada indefinidamente sería tan tediosa para el burlador como para el burlado. Por lo demás, en un engaño que se propaga de un extremo al otro del mundo, entre las personas más serias, más honorables y más ilustradas, habría algo al menos tan extraordinario como el fenómeno mismo.

Si los fenómenos que nos ocupan se hubieran limitado al movimiento de los objetos, habrían permanecido, como hemos dicho, en el ámbito de las ciencias físicas; pero no es así: estaban destinados a encaminarnos hacia hechos de un orden extraño.

Se creyó descubrir, no sabemos por iniciativa de quién, que el impulso dado a los objetos no era solo el producto de una fuerza mecánica ciega, sino que en ese movimiento intervenía una causa inteligente. Una vez abierta esta vía, se presentaba un campo de observaciones completamente nuevo; se levantaba el velo de muchos misterios. ¿Existe, en efecto, una potencia inteligente?

Esa es la cuestión. Si esa potencia existe, ¿cuál es, cuál es su naturaleza, su origen? ¿Está por encima de la humanidad? Tales son las otras preguntas que se desprenden de la primera.

Las primeras manifestaciones inteligentes tuvieron lugar por medio de mesas que se levantaban y daban con una pata un número determinado de golpes, respondiendo así con un sí o un no, según lo convenido, a una pregunta formulada. Hasta entonces, nada ciertamente convincente para los escépticos, pues podía creerse que era un efecto del azar.

Luego se obtuvieron respuestas más desarrolladas mediante las letras del alfabeto: el objeto móvil daba un número de golpes correspondiente al número de orden de cada letra, y así se llegaban a formular palabras y frases que respondían a las preguntas planteadas. La exactitud de las respuestas y su relación con la pregunta despertaron el asombro.

El ser misterioso que respondía de ese modo, interrogado sobre su naturaleza, declaró que era un Espíritu o genio, se dio un nombre y proporcionó diversos datos sobre sí mismo. Esta es una circunstancia muy importante que debe señalarse. Por tanto, nadie imaginó a los Espíritus como medio para explicar el fenómeno; es el fenómeno mismo el que revela la palabra.

En las ciencias exactas se hacen con frecuencia hipótesis para tener una base de razonamiento, pero aquí no es ese el caso.

Este medio de comunicación era lento e incómodo. El Espíritu, y esta es también una circunstancia digna de señalarse, indicó otro. Fue uno de esos seres invisibles quien aconsejó sujetar un lápiz a una cesta o a otro objeto.

Esta cesta, colocada sobre una hoja de papel, es puesta en movimiento por la misma potencia oculta que hace moverse las mesas; pero, en lugar de un simple movimiento regular, el lápiz traza por sí mismo caracteres que forman palabras, frases y discursos enteros de varias páginas, que tratan las cuestiones más elevadas de filosofía, moral, metafísica, psicología, etc., y todo ello con tanta rapidez como si se escribiera con la mano.

Este consejo se dio simultáneamente en América, en Francia y en diversas regiones. Estos son los términos en que se dio en París, el 10 de junio de 1853, a uno de los más fervientes adeptos de la doctrina, quien ya desde hacía varios años, desde 1849, se ocupaba de la evocación de los Espíritus: «Ve a buscar la cestita que está en la habitación de al lado; sujétale un lápiz; colócalo sobre un papel; pon los dedos en el borde».

Luego, unos instantes después, la cesta se puso en movimiento y el lápiz escribió de manera muy legible esta frase: «Lo que os digo aquí os prohíbo

expresamente que se lo digáis a nadie; la primera vez que escriba, escribiré mejor».

Como el objeto al que se sujeta el lápiz es solo un instrumento, su naturaleza y su forma son completamente indiferentes; se ha buscado la disposición más cómoda; por eso muchas personas utilizan una tablilla.

La cesta, o la tablilla, solo puede ponerse en movimiento bajo la influencia de ciertas personas dotadas, a este respecto, de una potencia especial y a las que se designa con el nombre de médiums, es decir, medio, o intermediarios entre los Espíritus y los hombres.

Las condiciones que confieren esta potencia especial dependen de causas a la vez físicas y morales, todavía imperfectamente conocidas, pues se encuentran médiums de todas las edades, de ambos sexos y en todos los grados de desarrollo intelectual. Esta facultad, por lo demás, se desarrolla con el ejercicio.

Más tarde se reconoció que la cestilla y la tablilla no formaban en realidad más que un apéndice de la mano, y el médium, tomando directamente el lápiz, se puso a escribir por un impulso involuntario y casi febril.

Por este medio las comunicaciones se hicieron más rápidas, más fáciles y más completas; es hoy el más extendido, tanto más cuanto que el número de personas dotadas de esta aptitud es muy considerable y se multiplica cada día.

La experiencia, por último, permitió conocer otras muchas variedades de la facultad mediadora, y se supo que las comunicaciones podían producirse igualmente por la palabra, el oído, la vista, el tacto, etc., e incluso por la es-

critura directa de los Espíritus, es decir, sin la intervención de la mano del médium ni del lápiz.

Una vez obtenido el hecho, quedaba por determinar un punto esencial: el papel del médium en las respuestas y la participación que puede tener en ellas mecánica y moralmente. Dos circunstancias fundamentales, que no pueden escapar a un observador atento, pueden resolver la cuestión.

La primera es la manera en que la cestilla se mueve bajo su influencia, con la sola imposición de los dedos sobre el borde; el examen demuestra la imposibilidad de dirigirla de cualquier modo.

Esta imposibilidad se vuelve especialmente patente cuando dos o tres personas se colocan al mismo tiempo ante la misma cestilla; haría falta entre ellas una concordancia de movimientos verdaderamente fenomenal; haría falta, además, una concordancia de pensamientos para que pudieran ponerse de acuerdo sobre la respuesta que dar a la pregunta planteada.

Otro hecho, no menos singular, viene a aumentar aún más la dificultad: el cambio radical de la escritura según el Espíritu que se manifiesta, y cada vez que vuelve el mismo Espíritu, su escritura se reproduce.

Por tanto, sería necesario que el médium se hubiera aplicado a cambiar su propia escritura de veinte maneras diferentes y, sobre todo, que pudiera recordar la que pertenece a tal o cual Espíritu.

La segunda circunstancia resulta de la naturaleza misma de las respuestas, que la mayoría de las veces, sobre todo cuando se trata de cuestiones abstractas o científicas, están manifiestamente fuera de los conocimientos y a veces del alcance intelectual del médium, quien, por lo demás, habitual-

mente no tiene conciencia de lo que se escribe bajo su influencia; quien muy a menudo ni siquiera oye o comprende la pregunta planteada, puesto que esta puede hacerse en una lengua que le es ajena, o incluso mentalmente, y la respuesta puede darse en esa lengua. Por último, sucede con frecuencia que la cestilla escribe espontáneamente, sin pregunta previa, sobre un tema cualquiera y del todo inesperado.

Estas respuestas, en ciertos casos, tienen un sello tal de sabiduría, de profundidad y de acierto; revelan pensamientos tan elevados, tan sublimes, que solo pueden emanar de una inteligencia superior, impregnada de la moralidad más pura; otras veces son tan ligeras, tan frívolas, tan triviales incluso, que la razón se niega a creer que puedan proceder de la misma fuente.

Esta diversidad de lenguaje solo puede explicarse por la diversidad de las inteligencias que se manifiestan. ¿Están estas inteligencias dentro de la humanidad o fuera de ella? Este es el punto que hay que esclarecer, y cuya explicación completa se encontrará en esta obra, tal como la dan los propios Espíritus.

He aquí, pues, efectos patentes que se producen fuera del círculo habitual de nuestras observaciones, que no ocurren en el misterio, sino a plena luz, que todo el mundo puede ver y comprobar, que no son privilegio de un solo individuo, sino que miles de personas repiten cada día a voluntad. Estos efectos tienen necesariamente una causa, y desde el momento en que revelan la acción de una inteligencia y de una voluntad, salen del ámbito puramente físico.

Se han formulado varias teorías al respecto; las examinaremos dentro de poco y veremos si pueden dar razón de todos los hechos que se producen. Admitamos, entretanto, la existencia de seres distintos de la humanidad, puesto que tal es la explicación proporcionada por las inteligencias que se revelan, y veamos lo que nos dicen.

6. **Los seres que se comunican de este modo se designan a sí mismos, como hemos dicho, con el nombre de Espíritus o de genios, y afirman haber pertenecido, al menos algunos de ellos, a hombres que vivieron en la tierra. Constituyen el mundo espiritual, así como nosotros constituimos durante nuestra vida el mundo corporal.**

Resumimos aquí en pocas palabras los puntos más destacados de la doctrina que nos han transmitido, para responder más fácilmente a ciertas objeciones.

> «Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno.
>
> Ha creado el universo, que comprende todos los seres animados e inanimados, materiales e inmateriales.
>
> Los seres materiales constituyen el mundo visible o corporal, y los seres inmateriales, el mundo invisible o espírita, es decir, de los Espíritus.
>
> El mundo espírita es el mundo normal, primitivo, eterno, que preexiste y sobrevive a todo.
>
> El mundo corporal es solo secundario; podría dejar de existir, o no haber existido nunca, sin alterar la esencia del mundo espírita.
>
> Los Espíritus se revisten temporalmente de una envoltura material perecedera, cuya destrucción, por la muerte, les devuelve la libertad.
>
> Entre las diferentes especies de seres corporales, Dios ha elegido la especie humana para la encarnación de los Espíritus que han alcanzado cierto grado de desarrollo; esto es lo que le da la superioridad moral e intelectual sobre las demás.
>
> El alma es un Espíritu encarnado cuyo cuerpo es solo la envoltura.
>
> Hay en el hombre tres cosas: 1° el cuerpo o ser material, análogo a los animales y animado por el mismo principio vital; 2° el alma o ser inma-

terial, Espíritu encarnado en el cuerpo; 3° el vínculo que une el alma y el cuerpo, principio intermedio entre la materia y el Espíritu.

El hombre tiene así dos naturalezas: por su cuerpo, participa de la naturaleza de los animales, cuyos instintos posee; por su alma, participa de la naturaleza de los Espíritus.

El vínculo o periespíritu que une el cuerpo y el Espíritu es una especie de envoltura semimaterial. La muerte es la destrucción de la envoltura más burda; el Espíritu conserva la segunda, que constituye para él un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en el estado normal, pero que puede hacer visible ocasionalmente, e incluso tangible, como sucede en el fenómeno de las apariciones.

El Espíritu no es, pues, un ser abstracto, indefinido, que solo el pensamiento puede concebir; es un ser real, circunscrito, que, en ciertos casos, puede percibirse por los sentidos de la vista, del oído y del tacto.

Los Espíritus pertenecen a diferentes clases y no son iguales ni en poder, ni en inteligencia, ni en saber, ni en moralidad. Los del primer orden son los Espíritus superiores, que se distinguen de los demás por su perfección, sus conocimientos, su cercanía a Dios, la pureza de sus sentimientos y su amor al bien: son los ángeles o Espíritus puros. Las otras clases se alejan cada vez más de esta perfección; los de los rangos inferiores son propensos a la mayoría de nuestras pasiones: el odio, la envidia, los celos, el orgullo, etc.; se complacen en el mal. Entre ellos los hay que no son ni muy buenos ni muy malos; más revoltosos y enredadores que malvados, la malicia y las inconsecuencias parecen ser su rasgo propio: son los Espíritus traviesos o ligeros.

Los Espíritus no pertenecen perpetuamente al mismo orden. Todos mejoran al pasar por los diferentes grados de la jerarquía espírita. Esta

mejora se produce mediante la encarnación, que se impone a unos como expiación y a otros como misión. La vida material es una prueba que deben sufrir repetidas veces hasta haber alcanzado la perfección absoluta; es una especie de tamiz o de filtro del que salen más o menos purificados.

Al dejar el cuerpo, el alma vuelve al mundo de los Espíritus, de donde había salido, para emprender una nueva existencia material después de un lapso de tiempo más o menos largo durante el cual se encuentra en estado de Espíritu errante.

Como el Espíritu debe pasar por varias encarnaciones, resulta de ello que todos nosotros hemos tenido varias existencias y que tendremos aún otras más o menos perfeccionadas, ya sea en esta tierra o en otros mundos.

La encarnación de los Espíritus tiene lugar siempre en la especie humana; sería un error creer que el alma o Espíritu puede encarnarse en el cuerpo de un animal.

Las diferentes existencias corporales del Espíritu son siempre progresivas y nunca retrógradas; pero la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que hacemos para llegar a la perfección.

Las cualidades del alma son las del Espíritu que está encarnado en nosotros; así, el hombre de bien es la encarnación del buen Espíritu, y el hombre perverso, la de un Espíritu impuro.

El alma tenía su individualidad antes de su encarnación; la conserva después de su separación del cuerpo.

Al volver al mundo de los Espíritus, el alma encuentra allí a todos aquellos que ha conocido en la tierra, y todas sus existencias anteriores vuelven a su memoria con el recuerdo de todo el bien y de todo el mal

que ha hecho.

El Espíritu encarnado está bajo la influencia de la materia; el hombre que supera esta influencia mediante la elevación y la purificación de su alma se acerca a los buenos Espíritus, con los cuales estará algún día. Quien se deja dominar por las malas pasiones y sitúa todas sus alegrías en la satisfacción de los apetitos groseros se acerca a los Espíritus impuros al dar preponderancia a la naturaleza animal.

Los Espíritus encarnados habitan los diferentes globos del universo.

Los Espíritus no encarnados, o errantes, no ocupan una región determinada y circunscrita; están por todas partes, en el espacio y a nuestro lado, viéndonos y codeándose sin cesar con nosotros; es toda una población invisible que se agita a nuestro alrededor.

Los Espíritus ejercen sobre el mundo moral, e incluso sobre el mundo físico, una acción incesante; actúan sobre la materia y sobre el pensamiento, y constituyen una de las potencias de la naturaleza, causa eficiente de multitud de fenómenos hasta entonces inexplicados o mal explicados, y que solo encuentran una solución racional en el espiritismo.

Las relaciones de los Espíritus con los hombres son constantes. Los buenos Espíritus nos incitan al bien, nos sostienen en las pruebas de la vida y nos ayudan a soportarlas con valor y resignación; los malos nos incitan al mal: es para ellos un placer vernos sucumbir y hacernos semejantes a ellos.

Las comunicaciones de los Espíritus con los hombres son ocultas o manifiestas. Las comunicaciones ocultas tienen lugar mediante la influencia buena o mala que ejercen sobre nosotros sin que lo sepamos; corresponde a nuestro juicio discernir las buenas y las malas inspiraciones.

Las comunicaciones manifiestas tienen lugar por medio de la escritura, de la palabra o de otras manifestaciones materiales, la mayoría de las veces por mediación de los médiums que les sirven de instrumentos.

Los Espíritus se manifiestan espontáneamente o por evocación. Se puede evocar a todos los Espíritus: tanto a los que animaron a hombres desconocidos como a los de los personajes más ilustres, cualquiera que sea la época en que hayan vivido; a los de nuestros parientes, de nuestros amigos o de nuestros enemigos, y obtener de ellos, mediante comunicaciones escritas o verbales, consejos, información sobre su situación de ultratumba, sobre sus pensamientos respecto a nosotros, así como las revelaciones que les esté permitido hacernos.

Los Espíritus son atraídos en razón de su simpatía por la naturaleza moral del medio que los evoca. Los Espíritus superiores se complacen en las reuniones serias donde predominan el amor al bien y el deseo sincero de instruirse y de mejorar. Su presencia aleja de ellas a los Espíritus inferiores, que, por el contrario, encuentran libre acceso y pueden actuar con toda libertad entre las personas frívolas o guiadas únicamente por la curiosidad, y dondequiera que haya malos instintos. Lejos de obtener de ellos buenos consejos o información útil, solo cabe esperar frivolidades, mentiras, bromas de mal gusto o engaños, pues a menudo adoptan nombres venerados para inducir mejor al error.

La distinción entre los buenos y los malos Espíritus es sumamente fácil; el lenguaje de los Espíritus superiores es siempre digno, noble, impregnado de la más alta moralidad, libre de toda baja pasión; sus consejos respiran la sabiduría más pura y tienen siempre por objeto nuestra mejora y el bien de la humanidad. El de los Espíritus inferiores, por el contrario, es inconsecuente, a menudo trivial e incluso grosero; si a ve-

ces dicen cosas buenas y verdaderas, con mayor frecuencia las dicen falsas y absurdas por malicia o por ignorancia; se burlan de la credulidad y se divierten a costa de quienes los interrogan, halagando su vanidad y alimentando sus deseos con falsas esperanzas. En resumen, las comunicaciones serias, en toda la acepción de la palabra, solo tienen lugar en los centros serios, en aquellos cuyos miembros están unidos por una íntima comunión de pensamientos con miras al bien.

La moral de los Espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: Obrar con los demás como querríamos que los demás obraran con nosotros mismos; es decir, hacer el bien y no hacer el mal. El hombre encuentra en este principio la regla universal de conducta para sus menores acciones.

Nos enseñan que el egoísmo, el orgullo y la sensualidad son pasiones que nos acercan a la naturaleza animal al apegarnos a la materia; que el hombre que, ya en este mundo, se desprende de la materia mediante el desprecio de las frivolidades mundanas y el amor al prójimo, se acerca a la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe hacerse útil según las facultades y los medios que Dios ha puesto en sus manos para ponerlo a prueba; que el Fuerte y el Poderoso deben apoyo y protección al Débil, pues quien abusa de su fuerza y de su poder para oprimir a su semejante viola la ley de Dios. Enseñan, por último, que, como en el mundo de los Espíritus nada puede permanecer oculto, el hipócrita será desenmascarado y todas sus vilezas quedarán al descubierto; que la presencia inevitable y constante de aquellos con quienes hayamos obrado mal es uno de los castigos que nos están reservados; que a los estados de inferioridad y de superioridad de los Espíritus están ligados sufrimientos y goces que desconocemos en la tierra.

> «Pero también nos enseñan que no hay faltas irremisibles y que no puedan borrarse mediante la expiación. El hombre encuentra el medio para ello en las diferentes existencias que le permiten avanzar, según su deseo y sus esfuerzos, por el camino del progreso y hacia la perfección, que es su fin último.»

Tal es el resumen de la doctrina espírita, según resulta de la enseñanza dada por los Espíritus superiores. Veamos ahora las objeciones que se le oponen.

Para muchas personas, la oposición de las corporaciones científicas es, si no una prueba, al menos una fuerte presunción en contra. No somos de quienes claman contra los sabios, pues no queremos que se diga de nosotros que damos la coz del asno; por el contrario, los tenemos en gran estima y nos sentiríamos muy honrados de contarnos entre ellos; pero su opinión no puede ser en todas las circunstancias un juicio irrevocable.

En cuanto la ciencia sale de la observación material de los hechos y se trata de valorar y explicar esos hechos, el campo queda abierto a las conjeturas; cada cual aporta su pequeño sistema, que quiere hacer prevalecer y defiende con empeño. ¿No vemos todos los días que las opiniones más divergentes son defendidas y rechazadas sucesivamente? ¿Unas veces desechadas como errores absurdos y luego proclamadas como verdades indiscutibles? Los hechos: ese es el verdadero criterio de nuestros juicios, el argumento sin réplica; a falta de hechos, la duda es la opinión del sabio.

En las cosas conocidas, la opinión de los sabios merece crédito con razón, porque saben más y mejor que el común de la gente; pero en materia de principios nuevos, de cosas desconocidas, su manera de ver sigue siendo meramente hipotética, porque no están más libres de prejuicios que los de-

más; diré incluso que el sabio tiene quizá más prejuicios que otro, porque una inclinación natural lo lleva a subordinarlo todo al punto de vista que ha estudiado a fondo: el matemático solo ve pruebas en una demostración algebraica, el químico lo atribuye todo a la acción de los elementos, etc.

Todo hombre que se ha dedicado a una especialidad aferra a ella todas sus ideas; sáquenlo de ahí y a menudo razonará sin sentido, porque quiere someterlo todo al mismo crisol: es una consecuencia de la debilidad humana.

Consultaré, pues, de buen grado y con toda confianza a un químico sobre una cuestión de análisis, a un físico sobre la potencia eléctrica, a un mecánico sobre una fuerza motriz; pero me permitirán, sin que ello menoscabe la estima que merece su saber particular, que no dé el mismo valor a su opinión negativa en materia de espiritismo, como tampoco al juicio de un arquitecto sobre una cuestión de música.

Las ciencias comunes se apoyan en las propiedades de la materia, con la que se puede experimentar y a la que se puede manipular a voluntad; los fenómenos espíritas se apoyan en la acción de inteligencias que tienen voluntad propia y nos demuestran a cada instante que no están a merced de nuestro capricho.

Por tanto, las observaciones no pueden hacerse de la misma manera; requieren condiciones especiales y otro punto de partida; querer someterlas a nuestros procedimientos habituales de investigación es establecer analogías que no existen.

La ciencia propiamente dicha, como ciencia, carece, pues, de competencia para pronunciarse sobre la cuestión del espiritismo: no le corresponde ocu-

parse de ella, y su juicio, sea cual sea, favorable o no, no puede tener peso alguno.

El espiritismo es el resultado de una convicción personal que los sabios pueden tener como individuos, independientemente de su condición de sabios; pero querer someter la cuestión a la ciencia sería tanto como hacer que una asamblea de físicos o astrónomos decidiera sobre la existencia del alma; en efecto, el espiritismo reside por entero en la existencia del alma y en su estado después de la muerte; ahora bien, es absolutamente ilógico pensar que un hombre deba ser un gran psicólogo porque es un gran matemático o un gran anatomista.

El anatomista, al disecar el cuerpo humano, busca el alma y, como no la encuentra bajo su escalpelo, como encuentra un nervio, o como no la ve escaparse como un gas, concluye que no existe, porque se sitúa en un punto de vista exclusivamente material; ¿se deduce de ello que tenga razón frente a la opinión universal? No.

Ven, pues, que el espiritismo no es competencia de la ciencia. Cuando las creencias espíritas se hayan difundido, cuando las masas las hayan aceptado, y, a juzgar por la rapidez con que se propagan, ese tiempo no puede estar muy lejano, sucederá con ellas lo mismo que con todas las ideas nuevas que han encontrado oposición: los sabios se rendirán ante la evidencia; llegarán a ella individualmente por la fuerza de las cosas; hasta entonces, resulta inoportuno apartarlos de sus trabajos especializados para obligarlos a ocuparse de algo ajeno que no entra ni en sus atribuciones ni en su programa.

Mientras tanto, quienes, sin un estudio previo y profundo de la materia, se pronuncian en contra y se burlan de cualquiera que no comparta su opinión olvidan que lo mismo ocurrió con la mayoría de los grandes descubrimientos que honran a la humanidad; se exponen a que sus nombres engrosen la lista de los ilustres proscriptores de las ideas nuevas y queden inscritos junto a los de los miembros de la docta asamblea que, en 1752, recibió con una inmensa carcajada la memoria de Franklin sobre los pararrayos, juzgándola indigna de figurar entre las comunicaciones que se le dirigían; y de aquella otra que hizo perder a Francia el beneficio de la iniciativa de la navegación a vapor al declarar que el sistema de Fulton era un sueño irrealizable; y, sin embargo, eran cuestiones de su competencia.

Si, pues, esas asambleas, que contaban en su seno con la élite de los sabios del mundo, solo tuvieron burlas y sarcasmos para unas ideas que no comprendían, ideas que pocos años después habrían de revolucionar la ciencia, las costumbres y la industria, ¿cómo esperar que una cuestión ajena a sus trabajos reciba mejor acogida?

Esos errores de algunos, lamentables para su memoria, no pueden quitarles los méritos que en otros aspectos les han hecho merecedores de nuestra estima, pero ¿hace falta un diploma oficial para tener sentido común, y fuera de los sillones académicos solo hay necios e imbéciles?

Que se dignen mirar a los adeptos de la doctrina espírita y verán si solo se encuentran entre ellos ignorantes, y si el inmenso número de hombres de mérito que la han abrazado permite relegarla al rango de las creencias de viejas. Su carácter y su saber bien merecen que se diga: puesto que tales hombres lo afirman, al menos debe de haber algo.

Repetimos una vez más que, si los hechos que nos ocupan se hubieran limitado al movimiento mecánico de los cuerpos, la búsqueda de la causa física de ese fenómeno entraría en el dominio de la ciencia; pero, en cuanto se trata de una manifestación fuera de las leyes de la humanidad, queda fuera de la competencia de la ciencia material, pues no puede expresarse ni mediante cifras ni mediante la potencia mecánica. Cuando surge un hecho nuevo que no pertenece a ninguna ciencia conocida, el sabio, para estudiarlo, debe hacer abstracción de su ciencia y decirse que se trata para él de un estudio nuevo que no puede hacerse con ideas preconcebidas.

El hombre que cree infalible su razón está muy cerca del error; incluso quienes tienen las ideas más falsas se apoyan en su razón, y en virtud de ella rechazan todo lo que les parece imposible.

Quienes en otro tiempo rechazaron los admirables descubrimientos de los que se honra la humanidad apelaban todos a ese juez para rechazarlos; lo que se llama razón a menudo no es más que orgullo disfrazado, y quien se cree infalible se sitúa como igual a Dios.

Nos dirigimos, pues, a quienes son lo bastante sabios para dudar de lo que no han visto y que, juzgando el porvenir por el pasado, no creen que el hombre haya llegado a su apogeo ni que la naturaleza haya vuelto para él la última página de su libro.

Añadamos que el estudio de una doctrina como la espírita, que nos introduce de pronto en un orden de cosas tan nuevo y tan grande, solo puede hacerse con provecho por personas serias, perseverantes, libres de prejuicios y animadas por una voluntad firme y sincera de llegar a un resultado.

No podemos dar esa calificación a quienes juzgan a priori, a la ligera y sin haberlo visto todo; a quienes no aportan a sus estudios la continuidad, la regularidad ni el recogimiento necesarios; menos aún podemos dársela a ciertas personas que, para no faltar a su reputación de ingeniosas, se esfuerzan por encontrar un lado burlesco a las cosas más verdaderas, o consideradas como tales por personas cuyo saber, carácter y convicciones merecen las atenciones de cualquiera que se precie de tener buenos modales.

Que se abstengan, pues, quienes no juzguen los hechos dignos de ellos y de su atención; nadie piensa en forzar sus creencias, pero que tengan a bien respetar las de los demás.

Lo que caracteriza un estudio serio es la continuidad con que se lleva a cabo. ¿Debemos extrañarnos de no obtener a menudo ninguna respuesta sensata a preguntas que son serias en sí mismas, cuando se hacen al azar y se lanzan a quemarropa en medio de una multitud de preguntas disparatadas?

Por otra parte, una pregunta suele ser compleja y requiere, para ser aclarada, preguntas preliminares o complementarias. Quien quiera adquirir una ciencia debe estudiarla metódicamente, empezar por el principio y seguir el encadenamiento y el desarrollo de las ideas.

Quien dirige por casualidad a un sabio una pregunta sobre una ciencia de la que no sabe ni lo más elemental, ¿habrá avanzado por ello? ¿Podrá el propio sabio, con la mejor voluntad, darle una respuesta satisfactoria? Esa respuesta aislada será forzosamente incompleta y, a menudo, por eso mismo, ininteligible, o podrá parecer absurda y contradictoria.

Sucede exactamente lo mismo en las relaciones que establecemos con los Espíritus. Si queremos aprender en su escuela, debemos seguir un curso con ellos; pero, como entre nosotros, hay que elegir a los profesores y trabajar con asiduidad.

Hemos dicho que los Espíritus superiores solo acuden a las reuniones serias, y sobre todo a aquellas en las que reina una perfecta comunión de pensamientos y sentimientos orientados al bien.

La ligereza y las preguntas ociosas los alejan, como entre los hombres alejan a las personas razonables; el campo queda entonces libre para la turba de los Espíritus mentirosos y frívolos, siempre al acecho de ocasiones para burlarse y divertirse a nuestra costa. ¿Qué ocurre con una pregunta seria en semejante reunión? Recibirá una respuesta; pero ¿de quién?

Es como si en medio de un grupo de juerguistas fueran a lanzar estas preguntas: ¿Qué es el alma? ¿Qué es la muerte? Y otras cosas igualmente recreativas. Si quieren respuestas serias, sean serios ustedes mismos en toda la acepción de la palabra y reúnan todas las condiciones necesarias: solo entonces obtendrán grandes cosas; sean, además, laboriosos y perseverantes en sus estudios; de lo contrario, los Espíritus superiores los abandonarán, como hace un profesor con sus alumnos negligentes.

El movimiento de los objetos es un hecho comprobado; la cuestión es saber si en ese movimiento hay o no una manifestación inteligente y, en caso afirmativo, cuál es la fuente de esa manifestación.

No hablamos del movimiento inteligente de ciertos objetos, ni de comunicaciones verbales, ni siquiera de las escritas directamente por el médium;

este género de manifestación, evidente para quienes han visto y estudiado a fondo el asunto, no parece, a primera vista, lo bastante independiente de la voluntad para afianzar la convicción de un observador principiante.

Por tanto, solo hablaremos de la escritura obtenida con ayuda de un objeto cualquiera provisto de un lápiz, como una cestita, una tablilla, etc.; la manera en que los dedos del médium se apoyan sobre el objeto impide, como hemos dicho, que incluso la destreza más consumada pueda participar de algún modo en el trazado de los caracteres.

Pero admitamos también que, mediante una destreza maravillosa, pueda engañar al ojo más escrutador: ¿cómo explicar la naturaleza de las respuestas, cuando son ajenas a todas las ideas y a todos los conocimientos del médium?

Y obsérvese que no se trata de respuestas monosilábicas, sino, a menudo, de varias páginas escritas con la más asombrosa rapidez, ya espontáneamente, ya sobre un tema determinado; bajo la mano del médium más ajeno a la literatura nacen a veces poesías de una sublimidad y una pureza irreprochables, que los mejores poetas humanos no desdeñarían; lo que aumenta aún más la extrañeza de estos hechos es que se producen en todas partes y que los médiums se multiplican hasta el infinito. ¿Son reales estos hechos o no?

A esto solo tenemos una cosa que responder: vean y observen; no les faltarán ocasiones; pero, sobre todo, observen a menudo, durante mucho tiempo y en las condiciones necesarias.

Ante la evidencia, ¿qué responden los adversarios? Ustedes son, dicen, víctimas del charlatanismo o juguetes de una ilusión. Diremos primero que hay que descartar la palabra charlatanismo donde no hay ganancias; los charlatanes no ejercen su oficio gratis. Por tanto, sería, a lo sumo, un engaño.

Pero ¿por qué extraña coincidencia se habrían puesto de acuerdo estos embaucadores de un extremo al otro del mundo para actuar de la misma manera, producir los mismos efectos y dar, sobre los mismos asuntos y en lenguas diversas, respuestas idénticas, si no en las palabras, al menos en el sentido? ¿Cómo podrían personas formales, serias, honorables e instruidas prestarse a semejantes maniobras, y con qué fin? ¿Cómo se encontrarían en los niños la paciencia y la habilidad necesarias?

Porque, si los médiums no son instrumentos pasivos, necesitan una habilidad y unos conocimientos incompatibles con cierta edad y ciertas posiciones sociales.

Entonces se añade que, si no hay superchería, ambas partes pueden ser víctimas de una ilusión. En buena lógica, la calidad de los testigos tiene cierto peso; ahora bien, aquí cabe preguntar si la doctrina espírita, que hoy cuenta sus adeptos por millones, solo los recluta entre los ignorantes.

Los fenómenos en que se apoya son tan extraordinarios que comprendemos la duda; pero lo que no puede admitirse es la pretensión de ciertos incrédulos de tener el monopolio del buen sentido, quienes, sin respetar las formas ni el valor moral de sus adversarios, tachan sin miramientos de ineptos a todos los que no comparten su opinión.

A los ojos de toda persona juiciosa, la opinión de personas ilustradas que han visto, estudiado y meditado un asunto durante mucho tiempo será siempre, si no una prueba, al menos una presunción a su favor, pues ha podido fijar la atención de hombres serios, que no tienen interés alguno en propagar un error ni tiempo que perder en futilidades.

Entre las objeciones hay algunas más capciosas, al menos en apariencia, porque se extraen de la observación y las formulan personas serias.

Una de estas objeciones se basa en el lenguaje de ciertos Espíritus, que no parece digno de la elevación que se supone en seres sobrenaturales. Si se consulta el resumen de la doctrina que hemos presentado más arriba, se verá que los propios Espíritus nos enseñan que no son iguales ni en conocimientos ni en cualidades morales, y que no se debe tomar al pie de la letra todo lo que dicen.

Corresponde a las personas sensatas distinguir lo bueno de lo malo. Sin duda, quienes deducen de este hecho que solo tratamos con seres maléficos, cuya única ocupación es engañarnos, no conocen las comunicaciones que tienen lugar en las reuniones donde solo se manifiestan Espíritus superiores; de lo contrario, no pensarían así.

Es lamentable que el azar les haya sido tan desfavorable como para mostrarles únicamente el lado malo del mundo espírita, pues preferimos no suponer que una tendencia afín atraiga hacia ellos a los malos Espíritus antes que a los buenos, a los Espíritus mentirosos o a aquellos cuyo lenguaje es de una grosería repugnante.

A lo sumo, podría concluirse que la solidez de sus principios no tiene fuerza suficiente para apartar el mal y que, como encuentran cierto placer en satisfacer su curiosidad a este respecto, los malos Espíritus lo aprovechan para introducirse entre ellos, mientras los buenos se alejan.

Juzgar la cuestión de los Espíritus por estos hechos sería tan poco lógico como juzgar el carácter de un pueblo por lo que se dice y se hace en una reunión de unos cuantos atolondrados o de personas de mala fama, a quienes no frecuentan ni los sabios ni las personas sensatas.

Estas personas se encuentran en la situación de un extranjero que, al llegar a una gran capital por el arrabal más miserable, juzgara a todos sus habitantes por las costumbres y el lenguaje de ese barrio ínfimo.

En el mundo de los Espíritus también hay una buena y una mala sociedad; que esas personas estudien lo que ocurre entre los Espíritus de élite y se convencerán de que la ciudad celestial encierra algo más que la escoria del pueblo. Pero, dicen, ¿vienen entre nosotros los Espíritus de élite?

A esto les responderemos: no se queden en el arrabal; vean, observen y juzgarán; los hechos están al alcance de todos; a menos que sea a ellas a quienes se apliquen estas palabras de Jesús: Tienen ojos y no ven; oídos y no oyen.

Una variante de esta opinión consiste en ver en las comunicaciones espíritas y en todos los hechos materiales a que dan lugar únicamente la intervención de una potencia diabólica, nuevo Proteo que adoptaría todas las formas para engañarnos mejor. No creemos que merezca un examen serio, por lo que no nos detendremos en ella: queda refutada por lo que acaba-

mos de decir; solo añadiremos que, si así fuera, habría que convenir en que el diablo es a veces muy sabio, muy razonable y, sobre todo, muy moral, o bien que también hay diablos buenos.

¿Cómo creer, en efecto, que Dios solo permita manifestarse al Espíritu del mal para perdernos, sin darnos como contrapeso los consejos de los buenos Espíritus? Si no puede hacerlo, es impotencia; si puede y no lo hace, es incompatible con su bondad; ambas suposiciones serían una blasfemia.

Obsérvese que admitir la comunicación de los malos Espíritus es reconocer el principio de las manifestaciones; ahora bien, desde el momento en que existen, solo puede ser con el permiso de Dios; ¿cómo creer, sin impiedad, que solo permita el mal, con exclusión del bien? Semejante doctrina es contraria a las nociones más sencillas del buen sentido y de la religión.

Algo extraño, se añade, es que solo se habla de los Espíritus de personajes conocidos, y se pregunta por qué son los únicos que se manifiestan. Este es un error que procede, como muchos otros, de una observación superficial.

Entre los Espíritus que vienen espontáneamente hay aún más desconocidos para nosotros que ilustres, que se identifican con un nombre cualquiera y, a menudo, con un nombre alegórico o característico.

En cuanto a aquellos que se evoca, a menos que se trate de un pariente o de un amigo, es bastante natural dirigirse a quienes se conoce antes que a quienes no se conoce; el nombre de los personajes ilustres llama más la atención, y por eso se repara más en ellos.

También se considera singular que los Espíritus de hombres eminentes acudan familiarmente a nuestro llamado y se ocupen a veces de cosas mi-

nuciosas en comparación con las que realizaron durante su vida. Esto no tiene nada de sorprendente para quienes saben que el poder o la consideración de que gozaron esos hombres aquí abajo no les otorga ninguna supremacía en el mundo espírita; los Espíritus confirman en esto aquellas palabras del Evangelio: Los grandes serán humillados y los pequeños elevados, lo que debe entenderse del rango que cada uno de nosotros ocupará entre ellos; así, quien fue el primero en la tierra puede encontrarse allí entre los últimos; aquel ante quien inclinábamos la cabeza durante su vida puede, pues, venir entre nosotros como el más humilde artesano, porque, al dejar la vida, dejó toda su grandeza, y el monarca más poderoso quizá esté allí por debajo del último de sus soldados.

Un hecho demostrado por la observación, y confirmado por los propios Espíritus, es que los Espíritus inferiores toman a menudo nombres conocidos y venerados. ¿Quién puede asegurarnos, entonces, que quienes dicen haber sido, por ejemplo, Sócrates, Julio César, Carlomagno, Fénelon, Napoleón, Washington, etc., hayan animado realmente a esos personajes?

Esta duda existe entre algunos adeptos muy fervientes de la doctrina espírita; admiten la intervención y la manifestación de los Espíritus, pero se preguntan cómo se puede comprobar su identidad.

Esta comprobación es, en efecto, bastante difícil de establecer; si no puede hacerse de una manera tan auténtica como mediante un acta del registro civil, al menos puede hacerse por presunción, a partir de ciertos indicios.

Cuando se manifiesta el Espíritu de alguien a quien conocemos personalmente, de un pariente o de un amigo, por ejemplo, sobre todo si ha muerto hace poco tiempo, sucede por lo general que su lenguaje corresponde per-

fectamente al carácter que le conocíamos; esto ya es un indicio de identidad; pero casi no cabe duda cuando ese Espíritu habla de asuntos privados, recuerda circunstancias de familia que solo conoce su interlocutor.

Un hijo no se equivocará, sin duda, al reconocer el lenguaje de su padre y de su madre, ni unos padres el de su hijo. A veces, en estas evocaciones íntimas, suceden cosas impresionantes, capaces de convencer al más incrédulo. El escéptico más endurecido queda a menudo aterrado por las revelaciones inesperadas que se le hacen.

Otra circunstancia muy característica viene a apoyar la identidad. Hemos dicho que la escritura del médium cambia generalmente con el Espíritu evocado, y que esa escritura se reproduce exactamente igual cada vez que se presenta el mismo Espíritu; se ha comprobado muchas veces que, sobre todo en el caso de personas fallecidas hace poco, esa escritura tiene un parecido sorprendente con la que tenía la persona en vida; se han visto firmas de una exactitud perfecta.

Por lo demás, estamos lejos de presentar este hecho como una regla y, sobre todo, como algo constante; lo mencionamos como algo digno de atención.

Solo los Espíritus que han llegado a cierto grado de purificación están libres de toda influencia corporal; pero cuando no están completamente desmaterializados (esta es la expresión que emplean), conservan la mayoría de las ideas, las inclinaciones e incluso las manías que tenían en la tierra, y este es también un medio para reconocerlos; pero estos medios se encuentran sobre todo en multitud de hechos de detalle que solo una observación atenta y sostenida puede revelar. Se ve a escritores discutir sus propias obras o sus doctrinas, aprobar o condenar ciertas partes de ellas; a otros Es-

píritus recordar circunstancias ignoradas o poco conocidas de su vida o de su muerte; todas estas cosas son, en fin, por lo menos pruebas morales de identidad, las únicas que pueden invocarse en cuestiones abstractas.

Si, por tanto, la identidad del Espíritu evocado puede establecerse hasta cierto punto en algunos casos, no hay razón para que no pueda establecerse en otros, y si no se dispone, para las personas cuya muerte es más antigua, de los mismos medios de comprobación, siempre se cuenta con el lenguaje y el carácter; pues, sin duda, el Espíritu de un hombre de bien no hablará como el de un hombre perverso o de un libertino.

En cuanto a los Espíritus que se adornan con nombres respetables, pronto se delatan por su lenguaje y sus máximas; quien dijera ser Fénelon, por ejemplo, y atentara, aunque solo fuera ocasionalmente, contra el buen sentido y la moral, mostraría por ello mismo el engaño.

Si, por el contrario, los pensamientos que expresa son siempre puros, sin contradicciones y constantemente a la altura del carácter de Fénelon, no hay motivos para dudar de su identidad; de otro modo, habría que suponer que un Espíritu que solo predica el bien puede emplear conscientemente la mentira, y ello sin utilidad alguna.

La experiencia nos enseña que los Espíritus del mismo grado, del mismo carácter y animados por los mismos sentimientos se reúnen en grupos y familias; ahora bien, el número de Espíritus es incalculable, y estamos lejos de conocerlos a todos; la mayoría ni siquiera tiene nombres para nosotros.

Un Espíritu de la categoría de Fénelon puede, por tanto, venir en su lugar, a menudo incluso enviado por él como representante; se presenta con su

nombre porque es idéntico a él y puede suplirlo, y porque necesitamos un nombre para fijar nuestras ideas; pero ¿qué importa, en definitiva, que un Espíritu sea realmente o no el de Fénelon?

Desde el momento en que solo dice cosas buenas y habla como lo habría hecho el propio Fénelon, es un buen Espíritu; el nombre con el que se da a conocer es indiferente, y a menudo no es más que un medio de fijar nuestras ideas.

No puede ocurrir lo mismo en las evocaciones íntimas; pero en ellas, como hemos dicho, la identidad puede establecerse mediante pruebas en cierto modo evidentes.

Por lo demás, es cierto que la sustitución de los Espíritus puede dar lugar a multitud de equivocaciones, y que de ella pueden resultar errores, y a menudo engaños; esta es una dificultad del espiritismo práctico; pero nunca hemos dicho que esta ciencia fuera algo fácil, ni que pudiera aprenderse como un juego, como tampoco ninguna otra ciencia.

No podemos repetirlo lo suficiente: exige un estudio asiduo y a menudo muy largo; como no se pueden provocar los hechos, hay que esperar a que se presenten por sí mismos, y a menudo surgen de las circunstancias en las que menos se piensa.

Para el observador atento y paciente, los hechos abundan, porque descubre miles de matices característicos que son, para él, destellos de luz. Así sucede en las ciencias comunes; mientras que el hombre superficial solo ve en una flor una forma elegante, el sabio descubre en ella tesoros para el pensamiento.

Las observaciones anteriores nos llevan a decir algunas palabras sobre otra dificultad: la divergencia que existe en el lenguaje de los Espíritus.

Como los Espíritus son muy diferentes unos de otros en cuanto a conocimientos y moralidad, es evidente que una misma cuestión puede resolverse en sentidos opuestos según el rango que ocupen, exactamente como si se planteara entre los hombres, sucesivamente, a un sabio, a un ignorante o a un bromista de mal gusto. Lo esencial, ya lo hemos dicho, es saber a quién nos dirigimos.

Pero, se añade, ¿cómo es posible que los Espíritus reconocidos como superiores no estén siempre de acuerdo? Diremos primero que, además de la causa que acabamos de señalar, hay otras que pueden ejercer cierta influencia sobre la naturaleza de las respuestas, independientemente de la calidad de los Espíritus; este es un punto fundamental que el estudio explicará; por eso decimos que estos estudios requieren una atención sostenida, una observación profunda y, sobre todo, como todas las ciencias humanas, continuidad y perseverancia. ¡Se necesitan años para formar a un médico mediocre, y las tres cuartas partes de la vida para formar a un sabio, y se quisiera adquirir en unas horas la ciencia de lo infinito!

No nos engañemos, pues: el estudio del espiritismo es inmenso; abarca todas las cuestiones de la metafísica y del orden social; es todo un mundo que se abre ante nosotros; ¿debe sorprender que haga falta tiempo, y mucho tiempo, para adquirirlo?

Por lo demás, la contradicción no siempre es tan real como puede parecer. ¿No vemos todos los días a hombres que profesan la misma ciencia dar distintas definiciones de una cosa, ya sea porque emplean términos diferentes,

ya porque la consideran desde otro punto de vista, aunque la idea fundamental sea siempre la misma? ¡Cuéntese, si se puede, el número de definiciones que se han dado de la gramática!

Añadamos también que la forma de la respuesta depende con frecuencia de la forma de la pregunta. Sería, pues, pueril encontrar una contradicción donde la mayoría de las veces solo hay una diferencia de palabras. Los Espíritus superiores no dan ninguna importancia a la forma; para ellos, el fondo del pensamiento lo es todo.

Tomemos como ejemplo la definición del alma. Como esta palabra no tiene un significado fijo, los Espíritus pueden, al igual que nosotros, diferir en la definición que dan de ella: uno podrá decir que es el principio de la vida, otro llamarla chispa anímica, un tercero decir que es interna, un cuarto que es externa, etc., y todos tendrán razón desde su punto de vista.

Incluso podría creerse que algunos de ellos profesan teorías materialistas, y sin embargo no es así. Lo mismo sucede con Dios; será: el principio de todas las cosas, el Creador del universo, la inteligencia soberana, lo infinito, el gran Espíritu, etc., etc., y, en definitiva, siempre será Dios. Citemos, por último, la clasificación de los Espíritus.

Forman una sucesión ininterrumpida desde el grado inferior hasta el grado superior; la clasificación es, por tanto, arbitraria: uno podrá establecer tres clases, otro cinco, diez o veinte, a voluntad, sin estar por ello en el error; todas las ciencias humanas nos ofrecen ejemplos de ello; cada sabio tiene su sistema; los sistemas cambian, pero la ciencia no cambia.

Ya se aprenda botánica por el sistema de Linneo, de Jussieu o de Tournefort, no se sabrá por ello menos botánica. Dejemos, pues, de dar a las cosas de pura convención más importancia de la que merecen, para dedicarnos a lo único verdaderamente serio, y a menudo la reflexión permitirá descubrir, en lo que parece más dispar, una semejanza que había escapado a un primer examen.

Pasaríamos por alto la objeción de ciertos escépticos sobre las faltas de ortografía cometidas por algunos Espíritus, si no diera lugar a una observación esencial.

Su ortografía, hay que decirlo, no siempre es irreprochable; pero hay que estar muy falto de razones para hacer de ella el objeto de una crítica seria, diciendo que, puesto que los Espíritus lo saben todo, deben saber ortografía.

Podríamos oponerles los numerosos pecados de este género cometidos por más de un sabio de la tierra, lo cual no les quita nada de su mérito; pero hay en este hecho una cuestión más grave. Para los Espíritus, y sobre todo para los Espíritus superiores, la idea lo es todo, la forma no es nada.

Libres de la materia, su lenguaje entre ellos es rápido como el pensamiento, puesto que es el pensamiento mismo el que se comunica sin intermediarios; deben, pues, sentirse incómodos cuando se ven obligados, para comunicarse con nosotros, a servirse de las formas largas y complicadas del lenguaje humano, y sobre todo por la insuficiencia y la imperfección de este lenguaje para expresar todas las ideas; así lo dicen ellos mismos; por eso resulta curioso ver los medios que emplean a menudo para atenuar este inconveniente.

Lo mismo nos sucedería si tuviéramos que expresarnos en una lengua con palabras y giros más largos, y más pobre en sus expresiones, que la que usamos. Es la dificultad que experimenta el hombre de genio cuando se impacienta por la lentitud de su pluma, que siempre va por detrás de su pensamiento.

Se comprende, por ello, que los Espíritus concedan poca importancia a la puerilidad de la ortografía, sobre todo cuando se trata de una enseñanza grave y seria; además, ¿no es ya maravilloso que se expresen indistintamente en todas las lenguas y que las comprendan todas?

Sin embargo, no debe concluirse de ello que desconozcan la corrección convencional del lenguaje; la observan cuando es necesario; así, por ejemplo, la poesía dictada por ellos resistiría a menudo la crítica del purista más meticuloso, y ello a pesar de la ignorancia del médium.

Hay, además, personas que encuentran peligro en todas partes y en todo lo que desconocen; por eso no dejan de sacar una consecuencia desfavorable del hecho de que ciertas personas, al dedicarse a estos estudios, hayan perdido la razón. ¿Cómo pueden unos hombres sensatos ver en este hecho una objeción seria? ¿No ocurre lo mismo con todas las preocupaciones intelectuales cuando actúan sobre un cerebro débil? ¿Se conoce el número de locos y de maníacos que han producido los estudios matemáticos, médicos, musicales, filosóficos y otros? ¿Hay que proscribir por ello estos estudios? ¿Qué demuestra eso?

Con los trabajos corporales uno se lesiona los brazos y las piernas, que son los instrumentos de la acción material; con los trabajos de la inteligencia uno se lesiona el cerebro, que es el instrumento del pensamiento.

Pero, si el instrumento se rompe, el espíritu no se rompe por ello: permanece intacto; y cuando se libera de la materia, sigue gozando de la plenitud de sus facultades. Es, a su manera, como hombre, un mártir del trabajo.

Todas las grandes preocupaciones del espíritu pueden ocasionar la locura: las ciencias, las artes, la religión misma aportan su contingente. La locura tiene como causa primera una predisposición orgánica del cerebro que lo hace más o menos susceptible a ciertas impresiones.

Dada una predisposición a la locura, esta tomará el carácter de la preocupación principal, que se convierte entonces en una idea fija. Esta idea fija podrá ser la de los Espíritus en quien se haya ocupado de ellos, como podrá ser la de Dios, de los ángeles, del diablo, de la fortuna, del poder, de un arte, de una ciencia, de la maternidad, de un sistema político social.

Es probable que el loco religioso se hubiera convertido en un loco espírita si el espiritismo hubiera sido su preocupación dominante, del mismo modo que el loco espírita lo habría sido bajo otra forma, según las circunstancias.

Digo, pues, que el espiritismo no tiene ningún privilegio a este respecto; pero voy más lejos: digo que, bien comprendido, es una protección contra la locura.

Entre las causas más comunes de sobreexcitación cerebral hay que contar las decepciones, las desgracias, los afectos contrariados, que son al mismo tiempo las causas más frecuentes de suicidio.

Ahora bien, el verdadero espírita ve las cosas de este mundo desde un punto de vista tan elevado; le parecen tan pequeñas, tan mezquinas ante el

porvenir que lo espera; la vida es para él tan corta, tan fugaz, que las tribulaciones no son a sus ojos más que los incidentes desagradables de un viaje.

Lo que en otro produciría una emoción violenta, a él lo afecta poco; sabe, además, que las penas de la vida son pruebas que sirven para su progreso si las sufre sin quejarse, porque será recompensado según el valor con que las haya soportado.

Sus convicciones le dan, pues, una resignación que lo preserva de la desesperación y, por consiguiente, de una causa incesante de locura y de suicidio. Sabe también, por el espectáculo que le ofrecen las comunicaciones con los Espíritus, la suerte de quienes acortan voluntariamente sus días, y ese cuadro es muy adecuado para hacerlo reflexionar; por eso es considerable el número de quienes se han detenido en esa pendiente funesta.

Este es uno de los resultados del espiritismo. Que los incrédulos se rían cuanto quieran; les deseo los consuelos que procura a todos los que se han tomado el trabajo de sondear sus misteriosas profundidades.

Entre las causas de locura hay que incluir también el espanto, y el miedo al diablo ha trastornado más de un cerebro. ¿Se conoce el número de víctimas que se han causado al impresionar imaginaciones débiles con ese cuadro que se procura hacer más aterrador mediante detalles horribles?

El diablo, se dice, solo asusta a los niños pequeños; es un freno para hacer que se porten bien; sí, como el Coco y el hombre lobo, y cuando ya no les tienen miedo, son peores que antes; y para obtener tan hermoso resultado no se cuenta el número de casos de epilepsia causados por la conmoción de un cerebro delicado.

La religión sería muy débil si, a falta de temor, su poder pudiera verse comprometido; afortunadamente no es así; tiene otros medios de actuar sobre las almas; el espiritismo le proporciona otros más eficaces y más serios, si sabe aprovecharlos; muestra la realidad de las cosas y, con ello, neutraliza los efectos funestos de un temor exagerado.

Nos queda por examinar dos objeciones; las únicas que merecen verdaderamente este nombre, porque se basan en teorías razonadas. Ambas admiten la realidad de todos los fenómenos materiales y morales, pero excluyen la intervención de los Espíritus.

Según la primera de estas teorías, todas las manifestaciones atribuidas a los Espíritus no serían más que efectos magnéticos. Los médiums se encontrarían en un estado que podría llamarse sonambulismo despierto, fenómeno del que ha podido ser testigo toda persona que haya estudiado el magnetismo.

En este estado, las facultades intelectuales adquieren un desarrollo anormal; el círculo de las percepciones intuitivas se extiende más allá de los límites de nuestra concepción ordinaria.

Por consiguiente, el médium extraería de sí mismo, gracias a su lucidez, todo lo que dice y todas las nociones que transmite, incluso sobre las cosas que le son más ajenas en su estado habitual.

No seremos nosotros quienes cuestionemos el poder del sonambulismo, cuyos prodigios hemos visto y cuyas fases hemos estudiado durante más de treinta y cinco años; convenimos en que, en efecto, muchas manifestaciones espíritas pueden explicarse por este medio; pero una observación cons-

tante y atenta muestra multitud de hechos en los que la intervención del médium, salvo como instrumento pasivo, es materialmente imposible.

A quienes comparten esta opinión les diremos, como a los demás: «Vean y observen, pues sin duda no lo han visto todo». Después les opondremos dos consideraciones extraídas de su propia doctrina. ¿De dónde vino la teoría espírita? ¿Es un sistema imaginado por algunos hombres para explicar los hechos? En absoluto. ¿Quién la ha revelado, entonces?

Precisamente esos mismos médiums cuya lucidez exaltan ustedes. Si, pues, esa lucidez es tal como la suponen, ¿por qué habrían atribuido a los Espíritus lo que habrían extraído de sí mismos? ¿Cómo habrían dado esos datos tan precisos, tan lógicos, tan sublimes sobre la naturaleza de esas inteligencias extrahumanas?

Una de dos: o son lúcidos o no lo son; si lo son y se confía en su veracidad, no se puede admitir sin contradicción que no están en lo cierto. En segundo lugar, si todos los fenómenos tuvieran su origen en el médium, serían idénticos en un mismo individuo, y no se vería a la misma persona emplear un lenguaje dispar ni expresar sucesivamente las cosas más contradictorias.

Esta falta de unidad en las manifestaciones obtenidas por el médium demuestra la diversidad de sus fuentes; por tanto, si no se pueden encontrar todas en el médium, hay que buscarlas fuera de él.

Según otra opinión, el médium es, en efecto, la fuente de las manifestaciones, pero en lugar de extraerlas de sí mismo, como sostienen los autores de la teoría sonambúlica, las extrae del medio que lo rodea.

El médium sería así una especie de espejo que refleja todas las ideas, todos los pensamientos y todos los conocimientos de las personas que lo rodean; no diría nada que no fuera conocido al menos por algunas de ellas.

No se puede negar, y este es incluso un principio de la doctrina, la influencia que ejercen los asistentes sobre la naturaleza de las manifestaciones; pero esta influencia es muy distinta de la que se supone que existe, y de ahí a que el médium sea el eco de sus pensamientos hay una gran distancia, pues miles de hechos demuestran de manera concluyente lo contrario.

Se trata, por tanto, de un error grave que demuestra una vez más el peligro de las conclusiones prematuras. Estas personas, al no poder negar la existencia de un fenómeno del que la ciencia común no puede dar cuenta, y al no querer admitir la presencia de los Espíritus, lo explican a su manera.

Su teoría sería convincente en apariencia si pudiera abarcar todos los hechos; pero no es así. Cuando se les demuestra con toda evidencia que ciertas comunicaciones del médium son completamente ajenas a los pensamientos, a los conocimientos e incluso a las opiniones de todos los asistentes, que esas comunicaciones son a menudo espontáneas y contradicen todas las ideas preconcebidas, no se detienen por tan poca cosa.

La irradiación, dicen, se extiende mucho más allá del círculo inmediato que nos rodea; el médium es el reflejo de toda la humanidad, de modo que, si no extrae sus inspiraciones de quienes están a su lado, va a buscarlas fuera, en la ciudad, en la región, en todo el globo e incluso en las otras esferas.

No creo que se encuentre en esta teoría una explicación más sencilla y más probable que la del espiritismo, pues supone una causa mucho más maravillosa. La idea de que unos seres que pueblan los espacios y están en contacto permanente con nosotros nos comunican sus pensamientos no tiene nada que choque más con la razón que la suposición de esa irradiación universal que llega de todos los puntos del universo para concentrarse en el cerebro de un individuo.

Una vez más, y este es un punto fundamental en el que nunca insistiremos demasiado, la teoría sonambúlica y la que podría llamarse reflectiva han sido imaginadas por algunos hombres; son opiniones individuales creadas para explicar un hecho, mientras que la doctrina de los Espíritus no es una concepción humana; fue dictada por las mismas inteligencias que se manifiestan, cuando nadie pensaba en ella e incluso la opinión general la rechazaba; ahora bien, preguntamos de dónde han extraído los médiums una doctrina que no existía en el pensamiento de nadie en la tierra; preguntamos, además, por qué extraña coincidencia miles de médiums dispersos por todos los puntos del globo, que nunca se han visto, coinciden en decir lo mismo. Si el primer médium que apareció en Francia estuvo bajo la influencia de opiniones ya aceptadas en América, ¿por qué extrañeza fue a buscar sus ideas a 2,000 leguas más allá de los mares, entre un pueblo de costumbres y lengua extranjeras, en vez de tomarlas de su entorno?

Pero hay otra circunstancia en la que no se ha pensado lo suficiente. Las primeras manifestaciones, tanto en Francia como en América, no tuvieron lugar mediante la escritura ni la palabra, sino mediante golpes que correspondían a las letras del alfabeto y formaban palabras y frases. Por este medio, las inteligencias que se revelaron declararon ser Espíritus.

Por tanto, si se pudiera suponer la intervención del pensamiento de los médiums en las comunicaciones verbales o escritas, no podría ocurrir lo mismo con los golpes, cuyo significado no podía conocerse de antemano.

Podríamos citar numerosos hechos que demuestran, en la inteligencia que se manifiesta, una individualidad evidente y una independencia absoluta de voluntad. Remitimos, pues, a quienes discrepan a una observación más atenta, y si están dispuestos a estudiar sin prejuicios y a no sacar conclusiones antes de haberlo visto todo, reconocerán la incapacidad de su teoría para dar razón de todo.

Nos limitaremos a plantear las siguientes preguntas: ¿Por qué la inteligencia que se manifiesta, sea cual sea, se niega a responder a ciertas preguntas sobre asuntos perfectamente conocidos, como, por ejemplo, el nombre o la edad de quien pregunta, lo que tiene en la mano, lo que hizo la víspera, lo que se propone hacer al día siguiente, etc.?

Si el médium es el espejo del pensamiento de los asistentes, nada le sería más fácil que responder.

Los adversarios vuelven el argumento en nuestra contra preguntando a su vez por qué los Espíritus, que deben saberlo todo, no pueden decir cosas tan sencillas, según el axioma: Quien puede lo más puede lo menos; de ahí concluyen que no son Espíritus.

Si un ignorante o un bromista de mal gusto se presentara ante una asamblea de sabios y preguntara, por ejemplo, por qué es de día a pleno mediodía, ¿se cree que esta se tomaría la molestia de responder seriamente, y sería

lógico concluir de su silencio, o de las burlas que dirigiría a quien pregunta, que sus miembros no son más que unos asnos?

Ahora bien, precisamente porque los Espíritus son superiores, no responden a preguntas ociosas y ridículas ni quieren ser sometidos a un interrogatorio; por eso guardan silencio o dicen que se ocupen de cosas más serias.

Preguntaremos, por último, por qué los Espíritus vienen y se van a menudo en un momento determinado, y por qué, una vez pasado ese momento, no hay ruegos ni súplicas que puedan hacerlos volver.

Si el médium actuara solo por el impulso mental de los asistentes, es evidente que, en esta circunstancia, la acción conjunta de todas las voluntades reunidas debería estimular su clarividencia.

Por tanto, si no cede al deseo de la asamblea, reforzado por su propia voluntad, es porque obedece a una influencia ajena a él mismo y a quienes lo rodean, y porque esa influencia manifiesta así su independencia y su individualidad.

El escepticismo respecto de la doctrina espírita, cuando no es resultado de una oposición sistemática e interesada, tiene casi siempre su origen en un conocimiento incompleto de los hechos, lo que no impide que ciertas personas resuelvan la cuestión como si la conocieran perfectamente.

Se puede tener mucho ingenio, e incluso instrucción, y carecer de juicio; ahora bien, el primer indicio de una falta de juicio es creer que el propio es infalible. Muchas personas tampoco ven en las manifestaciones espíritas más que un objeto de curiosidad; esperamos que, mediante la lectura de

este libro, encuentren en esos fenómenos extraños algo más que un simple pasatiempo.

La ciencia espírita comprende dos partes: una experimental, sobre las manifestaciones en general, y otra filosófica, sobre las manifestaciones inteligentes. Quien solo haya observado la primera se encuentra en la situación de quien solo conociera la física por experimentos recreativos, sin haber penetrado en el fondo de la ciencia.

La verdadera doctrina espírita está en la enseñanza dada por los Espíritus, y los conocimientos que esta enseñanza comprende son demasiado importantes para poder adquirirse de otro modo que mediante un estudio serio y continuado, realizado en el silencio y el recogimiento; pues solo en esta condición se puede observar un número infinito de hechos y matices que escapan al observador superficial y permiten fundamentar una opinión.

Aunque este libro solo tuviera como resultado mostrar el lado serio de la cuestión y promover estudios en ese sentido, ya sería mucho, y nos felicitaríamos de haber sido elegidos para realizar una obra de la que, por lo demás, no pretendemos atribuirnos ningún mérito personal, puesto que los principios que contiene no son creación nuestra; el mérito corresponde, por tanto, enteramente a los Espíritus que lo han dictado.

Esperamos que tenga otro resultado: guiar a los hombres deseosos de instruirse, mostrándoles en estos estudios un objetivo grande y sublime, el del progreso individual y social, e indicándoles el camino que deben seguir para alcanzarlo.

Terminemos con una última consideración. Algunos astrónomos, al explorar los espacios, encontraron en la distribución de los cuerpos celestes vacíos injustificados y en desacuerdo con las leyes del conjunto; sospecharon que esos vacíos debían estar ocupados por globos que habían escapado a su mirada; por otra parte, observaron ciertos efectos cuya causa desconocían, y se dijeron: Allí debe haber un mundo, pues ese vacío no puede existir, y esos efectos deben tener una causa.

Juzgando entonces la causa por el efecto, pudieron calcular sus elementos, y más tarde los hechos vinieron a confirmar sus previsiones. Apliquemos este razonamiento a otro orden de ideas. Si se observa la serie de los seres, se descubre que forman una cadena sin interrupción desde la materia bruta hasta el hombre más inteligente.

Pero entre el hombre y Dios, que es el alfa y el omega de todas las cosas, ¡qué inmenso vacío! ¿Es racional pensar que en él terminan los eslabones de esa cadena? ¿Que salve sin transición la distancia que lo separa de lo infinito?

La razón nos dice que entre el hombre y Dios debe haber otros peldaños, como les dijo a los astrónomos que entre los mundos conocidos debía haber mundos desconocidos. ¿Qué filosofía ha llenado ese vacío?

El espiritismo nos lo muestra ocupado por los seres de todos los rangos del mundo invisible, y esos seres no son otros que los Espíritus de los hombres que han llegado a los distintos grados que conducen a la perfección: entonces todo se une, todo se encadena, desde el alfa hasta el omega.

Vosotros que negáis la existencia de los Espíritus, llenad, pues, el vacío que ocupan; y vosotros que os reís de ellos, ¡atreveos, pues, a reíros de las obras de Dios y de su omnipotencia!

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PROLEGÓMENOS

✦

Fenómenos que se apartan de las leyes de la ciencia común se manifiestan por todas partes y revelan, en su causa, la acción de una voluntad libre e inteligente.

La razón dice que un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente, y los hechos han probado que esta potencia puede entrar en comunicación con los hombres mediante signos materiales.

Esta potencia, interrogada sobre su naturaleza, declaró pertenecer al mundo de los seres espirituales que se han despojado de la envoltura corporal del hombre. Así fue revelada la doctrina de los Espíritus.

Las comunicaciones entre el mundo espírita y el mundo corporal están en la naturaleza de las cosas y no constituyen ningún hecho sobrenatural; por eso se encuentran sus huellas en todos los pueblos y en todas las épocas; hoy son generales y evidentes para todo el mundo.

Los Espíritus anuncian que han llegado los tiempos señalados por la Providencia para una manifestación universal y que, como ministros de Dios y agentes de su voluntad, su misión es instruir e iluminar a los hombres, abriendo una nueva era para la regeneración de la humanidad.

Este libro es la recopilación de sus enseñanzas; ha sido escrito por orden y bajo el dictado de Espíritus superiores para establecer los fundamentos de una filosofía racional, libre de los prejuicios del espíritu de sistema; no contiene nada que no sea expresión de su pensamiento y que no haya sido so-

metido a su revisión. Solo el orden y la distribución metódica de las materias, así como las observaciones y la forma de algunas partes de la redacción, son obra de quien ha recibido la misión de publicarlo.

Entre los Espíritus que han contribuido a la realización de esta obra, varios vivieron en diversas épocas en la tierra, donde predicaron y practicaron la virtud y la sabiduría; otros no corresponden, por su nombre, a ningún personaje cuyo recuerdo haya conservado la historia, pero su elevación queda atestiguada por la pureza de su doctrina y por su unión con quienes llevan nombres venerados.

Estos son los términos en que dieron por escrito, y por mediación de varios médiums, la misión de escribir este libro:

«Ocúpate con celo y perseverancia del trabajo que has emprendido con nuestra ayuda, pues este trabajo es nuestro. En él hemos sentado las bases del nuevo edificio que se alza y que un día habrá de reunir a todos los hombres en un mismo sentimiento de amor y caridad; pero antes de difundirlo, lo revisaremos juntos para comprobar todos sus detalles.

Estaremos contigo cada vez que lo pidas y para ayudarte en tus demás trabajos, pues esta es solo una parte de la misión que se te ha confiado y que ya te ha sido revelada por uno de nosotros.

Entre las enseñanzas que se te dan, hay algunas que debes guardar solo para ti hasta nueva orden; te indicaremos cuándo habrá llegado el momento de publicarlas: mientras tanto, medítalas, para estar preparado cuando te lo digamos.

Pondrás al principio del libro la cepa de vid que te hemos dibujado, porque es el emblema del trabajo del Creador; en ella se encuentran reunidos todos los principios materiales que mejor pueden representar el cuerpo y el espíritu: el cuerpo es la cepa; el espíritu es el licor; el alma, o el espíritu unido a la materia, es el grano de uva. El hombre depura el espíritu mediante el trabajo, y sabes que solo mediante el trabajo del cuerpo adquiere conocimientos el espíritu.

No te dejes desanimar por la crítica. Encontrarás adversarios encarnizados, sobre todo entre quienes tienen interés en los abusos. Los encontrarás incluso entre los Espíritus, pues quienes no están completamente desmaterializados suelen tratar de sembrar la duda por malicia o por ignorancia; pero sigue adelante; cree en Dios y camina con confianza: estaremos allí para sostenerte, y está cerca el tiempo en que la verdad resplandecerá por todas partes.

La vanidad de ciertos hombres que creen saberlo todo y quieren explicarlo todo a su manera hará surgir opiniones disidentes; pero todos los que tengan presente el gran principio de Jesús se fundirán en un mismo sentimiento de amor al bien y se unirán mediante un vínculo fraternal que abarcará el mundo entero; dejarán de lado las miserables disputas de palabras para ocuparse solo de las cosas esenciales, y la doctrina será siempre la misma, en cuanto al fondo, para todos los que reciban las comunicaciones de los Espíritus superiores.

Con perseverancia lograrás recoger el fruto de tus trabajos. El placer que sentirás al ver que la doctrina se propaga y es bien comprendida será para ti una recompensa cuyo valor conocerás plenamente, quizá más en el futuro

que en el presente. No te inquietes, pues, por las zarzas y las piedras que los incrédulos o los malvados sembrarán en tu camino; conserva la confianza: con ella alcanzarás la meta y merecerás recibir ayuda siempre.

Recuerda que los Buenos Espíritus solo asisten a quienes sirven a Dios con humildad y desinterés, y que rechazan a cualquiera que busque en el camino del cielo un peldaño para las cosas de la tierra; se apartan del orgulloso y del ambicioso. El orgullo y la ambición serán siempre una barrera entre el hombre y Dios; son un velo tendido sobre las claridades celestiales, y Dios no puede servirse del ciego para hacer comprender la luz.»

Nota. — Los principios contenidos en este libro proceden tanto de las respuestas dadas por los Espíritus a las preguntas directas que se les formularon en diversas épocas y por mediación de un gran número de médiums, como de las instrucciones que dieron espontáneamente a nosotros o a otras personas sobre las materias que contiene.

Todo ha sido coordinado de manera que presente un conjunto ordenado y metódico, y solo se ha dado a conocer al público después de haber sido cuidadosamente revisado varias veces y corregido por los propios Espíritus. Esta segunda edición también ha sido objeto de un nuevo y minucioso examen por su parte.

Lo que figura entre comillas después de las preguntas es la respuesta textual dada por los Espíritus. Lo que aparece en otro tipo de letra, o se señala de manera especial con ese fin, comprende las observaciones o ampliacio-

nes añadidas por el autor, que también han sido sometidas a la revisión de los Espíritus.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO I, CAP. I — DIOS

✦

Dios y el infinito

1. ¿Qué es Dios?

> «Dios es la inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas».

2. ¿Qué debe entenderse por el infinito?

> «Lo que no tiene principio ni fin: lo desconocido; todo lo que es desconocido es infinito».

3. ¿Podría decirse que Dios es el infinito?

> «Definición incompleta. Pobreza del lenguaje de los hombres, que resulta insuficiente para definir las cosas que están por encima de su inteligencia».

Dios es infinito en sus perfecciones, pero el infinito es una abstracción; decir que Dios es el infinito es tomar el atributo por la cosa misma y definir una cosa que no se conoce mediante otra que tampoco se conoce.

Pruebas de la existencia de Dios

4. ¿Dónde puede encontrarse la prueba de la existencia de Dios?

> «En un axioma que aplicáis a vuestras ciencias: no hay efecto sin causa. Buscad la causa de todo lo que no es obra del hombre, y vuestra razón os responderá».

Para creer en Dios, basta con dirigir la mirada a las obras de la creación. El universo existe; por lo tanto, tiene una causa. Dudar de la existencia de Dios sería negar que todo efecto tiene una causa y afirmar que la nada ha podido hacer algo.

5. ¿Qué consecuencia puede sacarse del sentimiento intuitivo de la existencia de Dios que todos los hombres llevan en sí mismos?

> «Que Dios existe; porque ¿de dónde le vendría al hombre ese sentimiento si no se apoyara en nada? Es también una consecuencia del principio de que no hay efecto sin causa».

6. ¿No sería el sentimiento íntimo que tenemos en nosotros mismos de la existencia de Dios resultado de la educación y producto de ideas adquiridas?

> «Si así fuera, ¿por qué vuestros salvajes tendrían ese sentimiento?».

Si el sentimiento de la existencia de un ser supremo fuera solo producto de una enseñanza, no sería universal y únicamente existiría, como las nociones de las ciencias, entre quienes hubieran podido recibir esa enseñanza.

7. ¿Podría encontrarse la causa primera de la formación de las cosas en las propiedades íntimas de la materia?

> «Pero entonces, ¿cuál sería la causa de esas propiedades? Siempre hace falta una causa primera».

Atribuir la formación primera de las cosas a las propiedades íntimas de la materia sería tomar el efecto por la causa, porque esas propiedades son, a su vez, un efecto que debe tener una causa.

8. ¿Qué pensar de la opinión que atribuye la formación primera a una combinación fortuita de la materia, es decir, al azar?

> «¡Otro absurdo! ¿Qué hombre sensato puede considerar el azar como un ser inteligente? Y además, ¿qué es el azar? Nada».

La armonía que regula los mecanismos del universo muestra combinaciones y propósitos determinados y, por eso mismo, revela la potencia inteligente. Atribuir la formación primera al azar sería un sinsentido, porque el azar es ciego y no puede producir los efectos de la inteligencia. Un azar inteligente ya no sería azar.

9. ¿Dónde se ve en la causa primera una inteligencia suprema y superior a todas las inteligencias?

> «Tenéis un proverbio que dice así: Por la obra se conoce al artífice. ¡Pues bien! Mirad la obra y buscad al artífice. El orgullo es lo que engendra la incredulidad. El hombre orgulloso no quiere nada por encima de él; por eso se llama a sí mismo espíritu fuerte. ¡Pobre ser, al que un soplo de Dios puede derribar!».

Se juzga la potencia de una inteligencia por sus obras; como ningún ser humano puede crear lo que produce la naturaleza, la causa primera es, por lo tanto, una inteligencia superior a la humanidad. Sean cuales sean los prodigios realizados por la inteligencia humana, esa inteligencia tiene, a su vez, una causa, y cuanto más grande es lo que realiza, más grande debe ser la causa primera. Esa inteligencia es la causa primera de todas las cosas, sea cual sea el nombre con que el hombre la haya designado.

Atributos de la Divinidad

10. ¿Puede el hombre comprender la naturaleza íntima de Dios?

> «No; le falta un sentido para ello».

11. ¿Le será dado algún día al hombre comprender el misterio de la Divinidad?

> «Cuando su espíritu ya no esté oscurecido por la materia y, gracias a su perfección, se haya acercado a él, entonces lo verá y lo comprenderá».

La inferioridad de las facultades del hombre no le permite comprender la naturaleza íntima de Dios. En la infancia de la humanidad, el hombre lo confunde a menudo con la criatura, cuyas imperfecciones le atribuye; pero, a medida que el sentido moral se desarrolla en él, su pensamiento penetra mejor en el fondo de las cosas y se forma de él una idea más justa y más conforme con la sana razón, aunque siempre incompleta.

12. Si no podemos comprender la naturaleza íntima de Dios, ¿podemos tener una idea de algunas de sus perfecciones?

> «Sí, de algunas. El hombre las comprende mejor a medida que se eleva por encima de la materia; las vislumbra mediante el pensamiento».

13. **Cuando decimos que Dios es eterno, infinito, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, ¿no tenemos una idea completa de sus atributos?**

> «Desde vuestro punto de vista, sí, porque creéis abarcarlo todo; pero sabed bien que hay cosas que están por encima de la inteligencia del hombre más inteligente y para las cuales vuestro lenguaje, limitado a vuestras ideas y a vuestras sensaciones, no tiene expresiones. La razón os dice, en efecto, que Dios debe tener esas perfecciones en grado supremo, porque, si le faltara una sola o alguna no alcanzara un grado infinito, no sería superior a todo y, por consiguiente, no sería Dios. Para estar por encima de todas las cosas, Dios no debe sufrir ninguna vicisitud ni tener ninguna de las imperfecciones que la imaginación puede concebir».

Dios es eterno; si hubiera tenido un principio, habría salido de la nada, o él mismo habría sido creado por un ser anterior. Así es como, paso a paso, nos remontamos al infinito y a la eternidad. Es inmutable; si estuviera sujeto a cambios, las leyes que rigen el universo no tendrían ninguna estabilidad. Es inmaterial; es decir, su naturaleza difiere de todo lo que llamamos materia; de lo contrario, no sería inmutable, porque estaría sujeto a las transformaciones de la materia. Es único; si hubiera varios dioses, no habría unidad de propósitos ni unidad de poder en la ordenación del universo. Es todopoderoso, porque es único. Si no tuviera el poder supremo, habría algo más poderoso o tan poderoso como él; no habría hecho todas las cosas, y las que no hubiera hecho serían obra de otro Dios. Es soberanamente justo y bueno. La sabiduría providencial de las leyes divinas se revela en las cosas más pequeñas como en las más grandes, y esa sabiduría no permite dudar ni de su justicia ni de su bondad.

Panteísmo

14. **¿Es Dios un ser distinto o sería, según la opinión de algunos, el resultado de todas las fuerzas y de todas las inteligencias del universo reunidas?**

> «Si así fuera, Dios no existiría, porque sería el efecto y no la causa; no puede ser ambas cosas a la vez».

> «Dios existe, no podéis dudarlo; eso es lo esencial. Creedme, no vayáis más allá; no os extraviéis en un laberinto del que no podríais salir; eso no os haría mejores, sino quizá un poco más orgullosos, porque creeríais saber y, en realidad, no sabríais nada. Dejad, pues, de lado todos esos sistemas; tenéis suficientes cosas que os atañen más directamente, empezando por vosotros mismos; estudiad vuestras propias imperfecciones para libraros de ellas: eso os será más útil que querer penetrar lo que es impenetrable».

15. **¿Qué pensar de la opinión según la cual todos los cuerpos de la naturaleza, todos los seres y todos los globos del universo serían partes de la Divinidad y constituirían, en su conjunto, la Divinidad misma; es decir, de la doctrina panteísta?**

> «Como el hombre no puede hacerse Dios, quiere al menos ser una parte de Dios».

16. **Quienes profesan esta doctrina pretenden encontrar en ella la demostración de algunos de los atributos de Dios: como los mundos son infinitos, Dios es, por eso mismo, infinito; como el vacío o la nada no están en ninguna parte, Dios está en todas partes; como Dios está en todas partes, puesto que todo es parte integrante de Dios, da a todos los fenómenos de la naturaleza una razón de ser inteligente. ¿Qué puede oponerse a este razonamiento?**

> «La razón; reflexionad detenidamente y no os será difícil reconocer su absurdo».

Esta doctrina hace de Dios un ser material que, aunque dotado de una inteligencia suprema, sería a gran escala lo que nosotros somos a pequeña escala. Ahora bien, como la materia se transforma sin cesar, si así fuera, Dios no tendría ninguna estabilidad; estaría sujeto a todas las vicisitudes, incluso a todas las necesidades de la humanidad; le faltaría uno de los atributos esenciales de la Divinidad: la inmutabilidad. Las propiedades de la materia no pueden unirse a la idea de Dios sin rebajarlo en nuestro pensamiento, y todas las sutilezas del sofisma no lograrán resolver el problema de su naturaleza íntima. No sabemos todo lo que es, pero sabemos lo que no puede dejar de ser, y este sistema está en contradicción con sus propiedades más esenciales; confunde al creador con la criatura, exactamente como si se pretendiera que una máquina ingeniosa fuera una parte integrante del mecánico que la concibió. La inteligencia de Dios se revela en sus obras como la de un pintor en su cuadro; pero las obras de Dios no son Dios mismo, del mismo modo que el cuadro no es el pintor que lo concibió y ejecutó.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO I, CAP. II — ELEMENTOS GENERALES DEL UNIVERSO

✦

Conocimiento del principio de las cosas

17. ¿Le es dado al hombre conocer el principio de las cosas?

> «No, Dios no permite que todo le sea revelado al hombre en este mundo».

18. ¿Penetrará el hombre algún día el misterio de las cosas que le están ocultas?

> «El velo se levanta para él a medida que se purifica; pero para comprender ciertas cosas necesita facultades que aún no posee».

19. ¿No puede el hombre, mediante las investigaciones de la ciencia, penetrar algunos de los secretos de la naturaleza?

> «La ciencia le ha sido dada para su progreso en todas las cosas, pero no puede traspasar los límites fijados por Dios».

Cuanto más le es dado al hombre adentrarse en estos misterios, mayor debe ser su admiración por el poder y la sabiduría del Creador; pero, ya sea por orgullo o por debilidad, su propia inteligencia lo convierte a menudo en juguete de la ilusión; acumula sistemas sobre sistemas, y cada día le muestra cuántos errores ha tomado por verdades y cuántas verdades ha rechazado como errores. Son otras tantas decepciones para su orgullo.

20. Fuera de las investigaciones de la ciencia, ¿le es dado al hombre recibir comunicaciones de un orden más elevado sobre lo que escapa al testimonio de sus sentidos?

> «Sí, si Dios lo juzga útil, puede revelar lo que la ciencia no puede enseñar».

Mediante estas comunicaciones, el hombre obtiene, dentro de ciertos límites, el conocimiento de su pasado y de su destino futuro.

Espíritu y materia

21. ¿Existe la materia desde toda la eternidad, como Dios, o fue creada por él en algún momento?

> «Solo Dios lo sabe. Sin embargo, hay algo que su razón debe indicarles: Dios, modelo de amor y caridad, nunca ha estado inactivo. Por muy lejano que puedan representarse el comienzo de su acción, ¿pueden concebirlo un segundo en la inactividad?».

22. **Generalmente se define la materia como lo que tiene extensión, lo que puede causar impresión en nuestros sentidos, lo que es impenetrable; ¿son exactas estas definiciones?**

> «Desde su punto de vista, eso es exacto, porque solo hablan según lo que conocen; pero la materia existe en estados que les son desconocidos; puede ser, por ejemplo, tan etérea y sutil que no cause ninguna impresión en sus sentidos; sin embargo, sigue siendo materia, aunque para ustedes no lo sería».

– **¿Qué definición pueden dar de la materia?**

> «La materia es el vínculo que encadena al espíritu; es el instrumento que le sirve y sobre el cual, al mismo tiempo, ejerce su acción».

Desde este punto de vista, puede decirse que la materia es el agente, el intermediario mediante el cual y sobre el cual actúa el espíritu.

23. **¿Qué es el espíritu?**

> «El principio inteligente del universo».

– **¿Cuál es la naturaleza íntima del espíritu?**

> «El espíritu no es fácil de analizar en su lenguaje. Para ustedes no es nada, porque el espíritu no es algo palpable; pero para nosotros es algo. Sépanlo bien: nada es la inexistencia, y la inexistencia no existe».

24. **¿Es el espíritu sinónimo de inteligencia?**

> «La inteligencia es un atributo esencial del espíritu; pero ambos se confunden en un principio común, de modo que para ustedes son una misma cosa».

25. **¿Es el espíritu independiente de la materia, o es tan solo una propiedad de ella, como los colores son propiedades de la luz y el sonido una propiedad del aire?**

> «Uno y otra son distintos; pero se necesita la unión del espíritu y de la materia para dotar de inteligencia a la materia».

– ¿Es esta unión igualmente necesaria para la manifestación del espíritu? (Entendemos aquí por espíritu el principio de la inteligencia, haciendo abstracción de las individualidades designadas con ese nombre).

> «Es necesaria para ustedes, porque no están organizados para percibir el espíritu sin la materia; sus sentidos no están hechos para eso».

26. **¿Se puede concebir el espíritu sin la materia y la materia sin el espíritu?**

> «Se puede, sin duda, mediante el pensamiento».

27. **¿Habría así dos elementos generales del universo: la materia y el espíritu?**

> «Sí, y por encima de todo eso, Dios, el creador, el padre de todas las cosas; estas tres cosas son el principio de todo lo que existe, la trinidad universal. Pero al elemento material hay que añadir el fluido universal, que desempeña el papel de intermediario entre el espíritu y la materia propiamente dicha, demasiado burda para que el espíritu pueda actuar sobre ella. Aunque, desde cierto punto de vista, se lo pueda incluir en el elemento material, se distingue por propiedades especiales; si fuera materia en sentido estricto, no habría razón para que el Espíritu no lo fuera también. Está situado entre el espíritu y la materia; es fluido, como la materia es materia, capaz, por sus innumerables combinaciones con esta y bajo la acción del espíritu, de producir la infinita variedad de cosas de las que solo conocen una pequeña parte. Este fluido universal, o primitivo, o elemental, al ser el agente que emplea el espíritu, es el principio sin el cual la materia estaría en un estado perpetuo de división y nunca adquiriría las propiedades que le da la gravedad».

– **¿Sería este fluido el que designamos con el nombre de electricidad?**

> «Hemos dicho que es capaz de innumerables combinaciones; lo que llaman fluido eléctrico y fluido magnético son modificaciones del fluido universal, que, propiamente hablando, no es más que una materia más perfecta, más sutil y que puede considerarse independiente».

28. **Puesto que el espíritu es en sí mismo algo, ¿no sería más exacto y menos propenso a confusión designar estos dos elementos generales con las palabras materia inerte y materia inteligente?**

> «Las palabras nos importan poco; a ustedes les corresponde formular su lenguaje de manera que se entiendan. Sus disputas proceden casi siempre de que no se ponen de acuerdo sobre las palabras, porque su lenguaje es incompleto para las cosas que no impresionan sus sentidos».

Un hecho evidente domina todas las hipótesis: vemos materia que no es inteligente; vemos un principio inteligente independiente de la materia. El origen y la conexión de estas dos cosas nos son desconocidos.

Que tengan o no una fuente común, puntos de contacto necesarios; que la inteligencia tenga existencia propia o que sea una propiedad, un efecto; que sea incluso, según la opinión de algunos, una emanación de la Divinidad, es algo que ignoramos; se nos presentan distintas, y por eso las admitimos como dos principios constitutivos del universo.

Vemos por encima de todo eso una inteligencia que domina a todas las demás, que las gobierna a todas, que se distingue de ellas por atributos esenciales: es esta inteligencia suprema la que se llama Dios.

Propiedades de la materia

29. ¿Es la ponderabilidad un atributo esencial de la materia?

> «De la materia tal como ustedes la entienden, sí; pero no de la materia considerada como fluido universal. La materia etérea y sutil que forma este fluido es imponderable para ustedes, y no por eso deja de ser el principio de su materia pesada».

La gravedad es una propiedad relativa; fuera de las esferas de atracción de los mundos no hay peso, del mismo modo que no hay arriba ni abajo.

30. ¿Está formada la materia por uno o por varios elementos?

> «Un solo elemento primitivo. Los cuerpos que consideran simples no son verdaderos elementos, sino transformaciones de la materia primitiva».

31. ¿De dónde provienen las diferentes propiedades de la materia?

> «Son modificaciones que sufren las moléculas elementales al unirse y en determinadas circunstancias».

32. Según esto, ¿los sabores, los olores, los colores, el sonido y las cualidades venenosas o saludables de los cuerpos serían solo modificaciones de una única y misma sustancia primitiva?

> «Sí, sin duda, y solo existen por la disposición de los órganos destinados a percibirlas».

Este principio queda demostrado por el hecho de que no todo el mundo percibe las cualidades de los cuerpos de la misma manera: uno encuentra algo agradable al gusto, otro lo encuentra desagradable; unos ven azul lo que otros ven rojo; lo que es un veneno para unos es inofensivo o saludable para otros.

33. ¿Es la misma materia elemental capaz de recibir todas las modificaciones y de adquirir todas las propiedades?

> «Sí, y eso es lo que debe entenderse cuando decimos que todo está en todo».

El oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el carbono y todos los cuerpos que consideramos simples son solo modificaciones de una sustancia primitiva.

Ante la imposibilidad en que nos encontramos hasta ahora de remontarnos a esta materia primera de otro modo que mediante el pensamiento, estos cuerpos son para nosotros verdaderos elementos, y podemos, sin que ello tenga consecuencias, considerarlos como tales hasta nuevo aviso.

– ¿Esta teoría parece dar la razón a la opinión de quienes solo admiten en la materia dos propiedades esenciales: la fuerza y el movimiento, y piensan que todas las demás propiedades son solo efectos secundarios que varían según la intensidad de la fuerza y la dirección del movimiento?

> «Esta opinión es exacta. Hay que añadir también según la disposición de las moléculas, como lo ves, por ejemplo, en un cuerpo opaco que puede volverse transparente, y viceversa».

34. ¿Tienen las moléculas una forma determinada?

> «Sin duda, las moléculas tienen una forma, pero ustedes no pueden apreciarla».

– ¿Es esta forma constante o variable?

> «Constante para las moléculas elementales primitivas, pero variable para las moléculas secundarias, que no son en sí mismas más que aglomeraciones de las primeras; porque lo que llaman molécula está todavía lejos de la molécula elemental».

Espacio universal

35. ¿Es el espacio universal infinito o limitado?

> «Infinito. Suponle límites: ¿qué habría más allá? Eso desconcierta tu razón, lo sé bien, y sin embargo tu razón te dice que no puede ser de otro modo. Lo mismo sucede con el infinito en todas las cosas; no es en su pequeña esfera donde pueden comprenderlo».

Si se supone un límite al espacio, por muy lejano que el pensamiento pueda concebirlo, la razón dice que más allá de ese límite hay algo, y así sucesivamente hasta el infinito; porque ese algo, aunque fuera el vacío absoluto, seguiría siendo espacio.

36. ¿Existe el vacío absoluto en alguna parte del espacio universal?

> «No, nada está vacío; lo que está vacío para ti está ocupado por una materia que escapa a tus sentidos y a tus instrumentos».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO I, CAP. III — CREACIÓN

✦

Formación de los mundos

37. El universo comprende la infinidad de mundos que vemos y los que no vemos, todos los seres animados e inanimados, todos los astros que se mueven en el espacio, así como los fluidos que lo llenan.
¿El universo fue creado o existe desde toda la eternidad, como Dios?

> «Sin duda, no pudo hacerse por sí solo, y si existiera desde toda la eternidad, como Dios, no podría ser obra de Dios».

La razón nos dice que el universo no pudo hacerse a sí mismo y que, al no poder ser obra del azar, debe ser obra de Dios.

38. ¿Cómo creó Dios el universo?

> «Para servirme de una expresión: su Voluntad. Nada retrata mejor esa voluntad todopoderosa que estas hermosas palabras del Génesis: Dios dijo: Que se haga la luz, y la luz se hizo».

39. ¿Podemos conocer el modo en que se forman los mundos?

> «Todo lo que se puede decir, y lo que ustedes pueden comprender, es que los mundos se forman por la condensación de la materia dispersa en el espacio».

40. **¿Serían los cometas, como se piensa ahora, un comienzo de condensación de la materia y mundos en vías de formación?**

> «Eso es exacto; pero lo absurdo es creer en su influencia. Quiero decir esa influencia que comúnmente se les atribuye, pues todos los cuerpos celestes tienen su parte de influencia en ciertos fenómenos físicos».

41. **¿Puede desaparecer un mundo completamente formado y dispersarse de nuevo en el espacio la materia que lo compone?**

> «Sí, Dios renueva los mundos como renueva a los seres vivos».

42. **¿Podemos conocer cuánto dura la formación de los mundos: de la Tierra, por ejemplo?**

> «No puedo decírtelo, porque solo el Creador lo sabe, y muy insensato sería quien pretendiera saberlo o conocer el número de siglos de esa formación».

Formación de los seres vivos

43. **¿Cuándo empezó a poblarse la Tierra?**

> «Al principio todo era caos; los elementos estaban mezclados. Poco a poco, cada cosa ocupó su lugar; entonces aparecieron los seres vivos adecuados al estado del globo».

44. **¿De dónde vinieron los seres vivos de la Tierra?**

> «La Tierra contenía sus gérmenes, que esperaban el momento favorable para desarrollarse. Los principios orgánicos se reunieron en cuanto cesó la fuerza que los mantenía separados, y formaron los gérmenes de todos los seres vivos. Los gérmenes permanecieron en estado latente e inerte, como la crisálida y las semillas de las plantas, hasta el momento propicio para la eclosión de cada especie; entonces los seres de cada especie se reunieron y se multiplicaron».

45. ¿Dónde estaban los elementos orgánicos antes de la formación de la Tierra?

> «Se encontraban, por así decirlo, en estado de fluido en el espacio, en medio de los Espíritus, o en otros planetas, esperando la creación de la Tierra para comenzar una nueva existencia en un globo nuevo».

La química nos muestra cómo las moléculas de los cuerpos inorgánicos se unen para formar cristales de una regularidad constante, según cada especie, en cuanto se encuentran en las condiciones necesarias.

La menor alteración de esas condiciones basta para impedir la reunión de los elementos o, al menos, la disposición regular que constituye el cristal. ¿Por qué no habría de suceder lo mismo con los elementos orgánicos?

Conservamos durante años simientes de plantas y animales que solo se desarrollan a una temperatura determinada y en un medio propicio; se han visto granos de trigo germinar después de varios siglos.

Hay, pues, en esas simientes un principio latente de vitalidad que solo espera una circunstancia favorable para desarrollarse. ¿Lo que sucede a diario ante nuestros ojos no pudo haber existido desde el origen del globo? ¿Esta formación de los seres vivos, que surgen del caos por la fuerza misma de la naturaleza, resta algo a la grandeza de Dios?

Lejos de ello, responde mejor a la idea que nos hacemos de su poder, que se ejerce sobre mundos infinitos mediante leyes eternas. Esta teoría no resuelve, es cierto, la cuestión del origen de los elementos vitales; pero Dios tiene sus misterios y ha puesto límites a nuestras investigaciones.

46. **¿Hay todavía seres que nacen espontáneamente?**

> «Sí, pero el germen primitivo ya existía en estado latente. Ustedes son testigos de este fenómeno todos los días. ¿Acaso los tejidos del hombre y de los animales no contienen los gérmenes de una multitud de gusanos que esperan, para eclosionar, la fermentación pútrida necesaria para su existencia? Es un pequeño mundo que duerme y se crea».

47. **¿Se encontraba la especie humana entre los elementos orgánicos contenidos en el globo terrestre?**

> «Sí, y llegó a su debido tiempo; eso es lo que hizo decir que el hombre había sido formado del barro de la tierra».

48. **¿Podemos conocer la época de la aparición del hombre y de los demás seres vivos en la Tierra?**

> «No, todos sus cálculos son quimeras».

49. **Si el germen de la especie humana se encontraba entre los elementos orgánicos del globo, ¿por qué no se forman hombres espontáneamente, como en su origen?**

> «El principio de las cosas está entre los secretos de Dios; sin embargo, se puede decir que los hombres, una vez extendidos por la Tierra, absorbieron en sí los elementos necesarios para su formación, para transmitirlos según las leyes de la reproducción. Lo mismo ocurre con las distintas especies de seres vivos».

Población de la Tierra. Adán

50. ¿Comenzó la especie humana con un solo hombre?

> «No; aquel a quien llaman Adán no fue ni el primero ni el único que pobló la Tierra».

51. ¿Podemos saber en qué época vivía Adán?

> «Aproximadamente en la que ustedes le asignan; unos 4.000 años antes de Cristo».

El hombre cuya tradición se ha conservado bajo el nombre de Adán fue uno de los que sobrevivieron, en una región, a algunos de los grandes cataclismos que en diversas épocas trastornaron la superficie del globo, y se convirtió en el tronco de una de las razas que hoy lo pueblan.

Las leyes de la naturaleza se oponen a que los progresos de la humanidad, constatados mucho antes de Cristo, hayan podido realizarse en unos pocos siglos, si el hombre solo existiera en la Tierra desde la época asignada a la existencia de Adán.

Algunos consideran, y con mayor razón, a Adán como un mito o una alegoría que personifica las primeras edades del mundo.

Diversidad de las razas humanas

52. ¿De dónde proceden las diferencias físicas y morales que distinguen las variedades de razas humanas en la Tierra?

> «Del clima, la vida y los hábitos. Lo mismo ocurre con dos hijos de una misma madre que, criados lejos el uno del otro y de manera diferente, no se parecerán en nada en lo moral».

53. **¿Tuvo su origen el hombre en varios puntos del globo?**

> «Sí, y en diversas épocas, y esa es una de las causas de la diversidad de las razas; después, los hombres, al dispersarse por distintos climas y unirse a otras razas, formaron nuevos tipos».

– **¿Constituyen estas diferencias especies distintas?**

> «Desde luego que no, todos son de la misma familia: ¿las distintas variedades de un mismo fruto le impiden pertenecer a la misma especie?»

54. **Si la especie humana no procede de uno solo, ¿deben los hombres dejar por ello de considerarse hermanos?**

> «Todos los hombres son hermanos en Dios, porque están animados por el espíritu y tienden hacia el mismo fin. Ustedes siempre quieren tomar las palabras al pie de la letra».

Pluralidad de los Mundos

55. ¿Están habitados todos los globos que circulan por el espacio?

> «Sí, y el hombre de la Tierra está lejos de ser, como cree, el primero en inteligencia, bondad y perfección. Sin embargo, hay hombres que se creen muy superiores, que imaginan que solo este pequeño globo tiene el privilegio de albergar seres racionales. ¡Orgullo y vanidad! Creen que Dios creó el universo solo para ellos».

Dios ha poblado los mundos de seres vivos, que contribuyen todos al fin último de la Providencia. Creer que los seres vivos se limitan al único punto del universo que habitamos sería poner en duda la sabiduría de Dios, que no ha hecho nada inútil; debió asignar a esos mundos un fin más serio que el de recrear nuestra vista.

Por lo demás, nada en la posición, el volumen o la constitución física de la Tierra puede hacer suponer razonablemente que solo ella tiene el privilegio de estar habitada, con exclusión de tantos miles de mundos semejantes.

56. ¿Es la misma la constitución física de los distintos globos?

> «No; no se parecen en absoluto».

57. Al no ser la misma la constitución física de todos los mundos, ¿se deriva de ello una organización diferente para los seres que los habitan?

> «Sin duda, como entre ustedes los peces están hechos para vivir en el agua y las aves en el aire».

58. ¿Los mundos más alejados del Sol carecen de luz y de calor, puesto que el Sol solo se les muestra con la apariencia de una estrella?

> «¿Acaso creen que no hay otras fuentes de luz y calor que el Sol? ¿Y no cuentan para nada la electricidad, que en ciertos mundos desempeña un papel que ustedes desconocen, y mucho más importante que en la Tierra? Además, no se ha dicho que todos los seres sean de la misma materia que ustedes, ni que tengan órganos conformados como los suyos».

Las condiciones de existencia de los seres que habitan los distintos mundos deben ser adecuadas al medio en el que están llamados a vivir. Si nunca hubiéramos visto peces, no comprenderíamos que unos seres pudieran vivir en el agua.

Lo mismo ocurre con los demás mundos, que sin duda contienen elementos que desconocemos. ¿No vemos en la Tierra las largas noches polares iluminadas por la electricidad de las auroras boreales? ¿Hay algo imposible en que, en ciertos mundos, la electricidad sea más abundante que en la Tierra y desempeñe allí un papel general cuyos efectos no podemos comprender?

Esos mundos pueden, pues, contener en sí mismos las fuentes de calor y de luz necesarias para sus habitantes.

Consideraciones y concordancias bíblicas sobre la creación

Los pueblos se han formado ideas muy divergentes sobre la creación, según su grado de conocimiento. La razón apoyada en la ciencia ha reconocido la inverosimilitud de ciertas teorías. La que ofrecen los Espíritus confirma la opinión admitida desde hace mucho tiempo por los hombres más ilustrados.

La objeción que puede hacerse a esta teoría es que contradice el texto de los libros sagrados; pero un examen serio permite reconocer que esta contradicción es más aparente que real y que resulta de la interpretación dada a un sentido a menudo alegórico.

La cuestión del primer hombre en la persona de Adán, como único tronco de la humanidad, no es la única sobre la cual las creencias religiosas han tenido que modificarse. El movimiento de la Tierra pareció, en cierta época, tan opuesto al texto sagrado que no hubo clase de persecución para la que esta teoría no sirviera de pretexto, y, sin embargo, la Tierra gira a pesar de los anatemas, y hoy nadie podría negarlo sin perjudicar a su propia razón.

La Biblia dice también que el mundo fue creado en seis días y fija esa época en unos 4.000 años antes de la era cristiana. Antes de eso, la Tierra no existía; fue sacada de la nada: el texto es categórico; y he aquí que la ciencia positiva, la ciencia inexorable, viene a demostrar lo contrario.

La formación del globo está escrita con caracteres imborrables en el mundo fósil, y está probado que los seis días de la creación son otros tantos períodos, cada uno quizá de varios cientos de miles de años.

Esto no es un sistema, una doctrina, una opinión aislada; es un hecho tan cierto como el del movimiento de la Tierra, y que la teología no puede negarse a admitir, prueba evidente del error en que se puede caer al tomar al pie de la letra las expresiones de un lenguaje a menudo figurado. ¿Hay que concluir de ello que la Biblia es un error? No; sino que los hombres se han equivocado al interpretarla.

La ciencia, al explorar los archivos de la Tierra, ha reconocido el orden en que los distintos seres vivos aparecieron sobre su superficie, y ese orden concuerda con el indicado en el Génesis, con la diferencia de que esta obra, en vez de haber salido milagrosamente de las manos de Dios en unas horas, se realizó, siempre por su voluntad, pero según la ley de las fuerzas de la naturaleza, en unos millones de años. ¿Es Dios por ello menos grande y menos poderoso? ¿Es su obra menos sublime por no tener el prestigio de la instantaneidad?

Evidentemente no; habría que formarse una idea muy mezquina de la Divinidad para no reconocer su omnipotencia en las leyes eternas que ha establecido para regir los mundos.

La ciencia, lejos de disminuir la obra divina, nos la muestra bajo un aspecto más grandioso y más conforme con las nociones que tenemos del poder y de la majestad de Dios, precisamente porque se realizó sin apartarse de las leyes de la naturaleza.

La ciencia, de acuerdo en esto con Moisés, sitúa al hombre en último lugar en el orden de la creación de los seres vivos; pero Moisés sitúa el diluvio universal en el año del mundo 1654, mientras que la geología nos muestra que el gran cataclismo fue anterior a la aparición del hombre, dado que, hasta el día de hoy, no se encuentra en las capas primitivas ningún rastro de su presencia ni de la de los animales de la misma categoría desde el punto de vista físico; pero nada prueba que eso sea imposible; varios descubrimientos ya han suscitado dudas al respecto; puede, pues, que de un momento a otro se adquiera la certeza material de esa anterioridad de la

raza humana, y entonces se reconocerá que, en este punto como en otros, el texto bíblico es una figura.

La cuestión es saber si el cataclismo geológico es el mismo que el de Noé; ahora bien, el tiempo necesario para la formación de las capas fósiles no permite confundirlos, y desde el momento en que se hayan encontrado rastros de la existencia del hombre antes de la gran catástrofe, quedará probado que Adán no es el primer hombre o que su creación se pierde en la noche de los tiempos.

Contra la evidencia no hay razonamientos posibles, y habrá que aceptar este hecho, como se han aceptado el del movimiento de la Tierra y los seis períodos de la creación.

La existencia del hombre antes del diluvio geológico es, es cierto, todavía hipotética, pero he aquí algo que lo es menos. Admitiendo que el hombre haya aparecido por primera vez en la Tierra 4.000 años antes de Cristo, si 1.650 años más tarde toda la raza humana fue destruida, salvo una sola familia, resulta que la población de la Tierra solo data de Noé, es decir, de 2.350 antes de nuestra era.

Ahora bien, cuando los hebreos emigraron a Egipto en el siglo dieciocho, encontraron ese país muy poblado y ya muy avanzado en civilización. La historia demuestra que en aquella época las Indias y otras regiones eran igualmente florecientes, sin tener siquiera en cuenta la cronología de ciertos pueblos, que se remonta a una época mucho más lejana.

Habría sido necesario, pues, que del siglo veinticuatro al dieciocho, es decir, en el espacio de 600 años, no solo la descendencia de un solo hombre

hubiera podido poblar todas las inmensas regiones conocidas entonces, suponiendo que las demás no lo estuvieran, sino que, en ese breve intervalo, la especie humana hubiera podido elevarse de la ignorancia absoluta del estado primitivo al más alto grado de desarrollo intelectual, lo cual es contrario a todas las leyes antropológicas.

La diversidad de las razas viene también en apoyo de esta opinión. El clima y los hábitos producen sin duda modificaciones en los caracteres físicos, pero se sabe hasta dónde puede llegar la influencia de estas causas, y el examen fisiológico demuestra que entre ciertas razas hay diferencias constitucionales más profundas que las que puede producir el clima.

El cruce de las razas produce los tipos intermedios; tiende a borrar los caracteres extremos, pero no los produce: solo crea variedades; ahora bien, para que hubiera cruce de razas, era necesario que hubiera razas distintas, y ¿cómo explicar su existencia atribuyéndoles un tronco común y, sobre todo, tan reciente? ¿Cómo admitir que en unos pocos siglos ciertos descendientes de Noé se hayan transformado hasta el punto de producir la raza etíope, por ejemplo?

Semejante metamorfosis no es más admisible que la hipótesis de un tronco común entre el lobo y la oveja, el elefante y el pulgón, el ave y el pez. Una vez más, nada puede prevalecer contra la evidencia de los hechos.

Todo se explica, por el contrario, admitiendo la existencia del hombre antes de la época que comúnmente se le asigna; la diversidad de los troncos; a Adán, que vivía hace 6.000 años, como quien pobló una región aún deshabitada; el diluvio de Noé como una catástrofe parcial confundida con el cataclismo geológico; teniendo en cuenta, por último, la forma alegórica pro-

pia del estilo oriental, que se encuentra en los libros sagrados de todos los pueblos.

Por eso es prudente no apresurarse a declarar falsas las doctrinas que pueden, tarde o temprano, como tantas otras, desmentir a quienes las combaten. Las ideas religiosas, lejos de perder, se engrandecen al avanzar con la ciencia; es el único medio de no mostrar al escepticismo un lado vulnerable.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO I, CAP. IV — PRINCIPIO VITAL

✦

Seres orgánicos e inorgánicos

60. **Los seres orgánicos son aquellos que tienen en sí una fuente de actividad íntima que les da la vida; nacen, crecen, se reproducen por sí mismos y mueren; están provistos de órganos especiales para realizar los distintos actos de la vida, adaptados a sus necesidades de conservación. Comprenden a los seres humanos, los animales y las plantas. Los seres inorgánicos son todos aquellos que no tienen vitalidad ni movimientos propios, y se forman únicamente por la agregación de la materia; tales son los minerales, el agua, el aire, etc.**
¿Es la misma fuerza la que une los elementos de la materia en los cuerpos orgánicos y en los cuerpos inorgánicos?

> «Sí, la ley de atracción es la misma para todos».

61. **¿Hay alguna diferencia entre la materia de los cuerpos orgánicos y la de los cuerpos inorgánicos?**

> «Es siempre la misma materia, pero en los cuerpos orgánicos está animalizada».

62. **¿Cuál es la causa de la animalización de la materia?**

> «Su unión con el principio vital».

63. **¿Reside el principio vital en un agente particular, o es solo una propiedad de la materia organizada; en una palabra, es un efecto o una causa?**

> «Es ambas cosas. La vida es un efecto producido por la acción de un agente sobre la materia; este agente, sin la materia, no es la vida, del mismo modo que la materia no puede vivir sin ese agente. Da la vida a todos los seres que lo absorben y lo asimilan».

64. **Hemos visto que el espíritu y la materia son dos elementos constitutivos del universo. ¿Forma el principio vital un tercero?**

> «Es, sin duda, uno de los elementos necesarios para la constitución del universo, pero él mismo tiene su fuente en la materia universal modificada; es un elemento para vosotros, como el oxígeno y el hidrógeno, que, sin embargo, no son elementos primitivos, pues todo ello procede de un mismo principio».

– De ahí parece resultar que la vitalidad no tiene su principio en un agente primitivo distinto, sino en una propiedad especial de la materia universal, debida a ciertas modificaciones.

> «Esa es la consecuencia de lo que hemos dicho».

65. **¿Reside el principio vital en alguno de los cuerpos que conocemos?**

> «Tiene su fuente en el fluido universal; es lo que llamáis fluido magnético o fluido eléctrico animalizado. Es el intermediario, el vínculo entre el espíritu y la materia».

66. **¿Es el principio vital el mismo para todos los seres orgánicos?**

> «Sí, modificado según las especies. Es lo que les da el movimiento y la actividad, y los distingue de la materia inerte; pues el movimiento de la materia no es la vida; ella recibe ese movimiento, no lo da».

67. **¿Es la vitalidad un atributo permanente del agente vital, o solo se desarrolla por el funcionamiento de los órganos?**

> «Solo se desarrolla con el cuerpo. ¿No hemos dicho que ese agente sin la materia no es la vida? Es necesaria la unión de ambas cosas para producir la vida».

– ¿Puede decirse que la vitalidad se encuentra en estado latente cuando el agente vital no está unido al cuerpo?

> «Sí, así es».

El conjunto de los órganos constituye una especie de mecanismo que recibe su impulso de la actividad íntima o principio vital que existe en ellos. El principio vital es la fuerza motriz de los cuerpos orgánicos. Al mismo tiempo que el agente vital da impulso a los órganos, la acción de estos mantiene y desarrolla la actividad del agente vital, de manera semejante a como el rozamiento produce calor.

La vida y la muerte

68. **¿Cuál es la causa de la muerte en los seres orgánicos?**

> «El agotamiento de los órganos».

– ¿Podría compararse la muerte con el cese del movimiento en una máquina desorganizada?

> «Sí, si la máquina está mal montada, el resorte se rompe; si el cuerpo está enfermo, la vida se va».

69. **¿Por qué una lesión del corazón causa la muerte con mayor facilidad que una de otros órganos?**

> «El corazón es una máquina de vida; pero el corazón no es el único órgano cuya lesión ocasiona la muerte; es solo uno de los engranajes esenciales».

70. ¿Qué sucede con la materia y el principio vital de los seres orgánicos cuando mueren?

> «La materia inerte se descompone y forma nuevos seres; el principio vital vuelve a la masa».

Una vez muerto el ser orgánico, los elementos de los que está formado experimentan nuevas combinaciones que constituyen nuevos seres; estos toman de la fuente universal el principio de la vida y de la actividad, lo absorben y lo asimilan para devolverlo a esa fuente cuando dejen de existir. Los órganos están, por así decirlo, impregnados de fluido vital. Este fluido da a todas las partes del organismo una actividad que hace que vuelvan a unirse en ciertas lesiones y restablece funciones momentáneamente suspendidas. Pero cuando los elementos esenciales para el funcionamiento de los órganos están destruidos o demasiado profundamente alterados, el fluido vital es incapaz de transmitirles el movimiento de la vida, y el ser muere. Los órganos actúan unos sobre otros de manera más o menos necesaria; su acción recíproca resulta de la armonía del conjunto. Cuando una causa cualquiera destruye esa armonía, sus funciones se detienen, como el movimiento de un mecanismo cuyos engranajes esenciales están averiados. Así ocurre con un reloj que se desgasta con el tiempo o se desarma por accidente, y que la fuerza motriz es incapaz de poner en movimiento. Tenemos una imagen más exacta de la vida y de la muerte en un aparato eléctrico. Este aparato contiene electricidad en estado latente, como todos los cuerpos de la naturaleza. Los fenómenos eléctricos solo se manifiestan cuando una causa especial pone el fluido en actividad: entonces podría decirse que el aparato está vivo. Cuando cesa la causa de la actividad, el fenómeno cesa: el aparato vuelve al estado de inercia. Los cuerpos orgánicos serían así unas especies de pilas o aparatos eléctricos en los que la actividad del fluido produce el fenómeno de la vida: el cese de esa actividad produce la muerte. La cantidad de fluido vital no es absoluta en todos los seres orgánicos; varía según las especies y no es constante ni en un mismo individuo ni en los individuos de una

misma especie. Hay algunos que están, por así decirlo, saturados de él, mientras que otros apenas tienen una cantidad suficiente; de ahí que algunos tengan una vida más activa, más tenaz y, en cierto modo, sobreabundante. La cantidad de fluido vital se agota; puede llegar a ser insuficiente para mantener la vida si no se renueva mediante la absorción y la asimilación de las sustancias que lo contienen. El fluido vital se transmite de un individuo a otro. Quien tiene más puede dar a quien tiene menos y, en ciertos casos, reavivar la vida a punto de extinguirse.

Inteligencia e instinto

71. ¿Es la inteligencia un atributo del principio vital?

> «No, puesto que las plantas viven y no piensan: solo tienen vida orgánica. La inteligencia y la materia son independientes, puesto que un cuerpo puede vivir sin inteligencia; pero la inteligencia solo puede manifestarse por medio de los órganos materiales; es necesaria la unión del espíritu para dotar de inteligencia a la materia animalizada».

La inteligencia es una facultad especial propia de ciertas clases de seres orgánicos que les da, junto con el pensamiento, la voluntad de actuar, la conciencia de su existencia y de su individualidad, así como los medios para establecer relaciones con el mundo exterior y satisfacer sus necesidades. Así, pueden distinguirse: 1° los seres inanimados formados solo de materia, sin vitalidad ni inteligencia: son los cuerpos brutos; 2° los seres animados que no piensan, formados de materia y dotados de vitalidad, pero desprovistos de inteligencia; 3° los seres animados que piensan, formados de materia, dotados de vitalidad y que poseen además un principio inteligente que les da la facultad de pensar.

72. **¿Cuál es la fuente de la inteligencia?**

> «Ya lo hemos dicho: la inteligencia universal».

– ¿Podría decirse que cada ser toma una porción de inteligencia de la fuente universal y la asimila, como toma y asimila el principio de la vida material?

> «Eso es solo una comparación, pero no es exacta, porque la inteligencia es una facultad propia de cada ser y constituye su individualidad moral. Por lo demás, ya lo sabéis, hay cosas que al ser humano no le es dado comprender, y esta es una de ellas por el momento».

73. **¿Es el instinto independiente de la inteligencia?**

> «No, no precisamente, pues es una especie de inteligencia. El instinto es una inteligencia no razonada; por medio de él todos los seres satisfacen sus necesidades».

74. **¿Puede establecerse un límite entre el instinto y la inteligencia, es decir, precisar dónde termina uno y dónde comienza la otra?**

> «No, pues a menudo se confunden; pero se pueden distinguir muy bien los actos que pertenecen al instinto y los que pertenecen a la inteligencia».

75. ¿Es exacto decir que las facultades instintivas disminuyen a medida que crecen las facultades intelectuales?

> «No, el instinto siempre existe, pero el ser humano lo descuida. El instinto también puede conducir al bien; nos guía casi siempre y, a veces, con más seguridad que la razón; nunca se extravía».

– ¿Por qué la razón no es siempre una guía infalible?

> «Sería infalible si no estuviera falseada por la mala educación, el orgullo y el egoísmo. El instinto no razona; la razón permite elegir y da al ser humano el libre albedrío».

El instinto es una inteligencia rudimentaria que difiere de la inteligencia propiamente dicha en que sus manifestaciones son casi siempre espontáneas, mientras que las de la inteligencia son el resultado de una combinación y de un acto deliberado. El instinto varía en sus manifestaciones según las especies y sus necesidades. En los seres que tienen conciencia y percepción de las cosas exteriores, se une a la inteligencia, es decir, a la voluntad y a la libertad.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. I — DE LOS ESPÍRITUS

✦

Origen y naturaleza de los Espíritus

76. ¿Qué definición puede darse de los Espíritus?

> «Puede decirse que los Espíritus son los seres inteligentes de la creación. Pueblan el universo fuera del mundo material».

Nota. – La palabra Espíritu se emplea aquí para designar las individualidades de los seres extracorpóreos, y ya no el elemento inteligente universal.

77. ¿Son los Espíritus seres distintos de la Divinidad, o serían solo emanaciones o porciones de la Divinidad y llamados, por esta razón, hijos de Dios?

> «Dios mío, son su obra, exactamente como un hombre que hace una máquina; esa máquina es la obra del hombre y no él mismo. Sabes que cuando el hombre hace algo bello, útil, lo llama su hijo, su creación. ¡Pues bien! Lo mismo sucede con Dios: somos sus hijos, puesto que somos su obra».

78. **¿Tuvieron los Espíritus un comienzo, o existen, como Dios, desde toda la eternidad?**

> «Si los Espíritus no hubieran tenido un comienzo, serían iguales a Dios, mientras que son su creación y están sometidos a su voluntad. Dios existe desde toda la eternidad, eso es indiscutible; pero en cuanto a saber cuándo y cómo nos creó, no sabemos nada. Puedes decir que no tenemos comienzo, si con ello entiendes que, siendo Dios eterno, ha debido crear sin cesar; pero cuándo y cómo fue hecho cada uno de nosotros, te lo repito, nadie lo sabe: ahí está el misterio».

79. **Puesto que hay dos elementos generales en el universo: el elemento inteligente y el elemento material, ¿podría decirse que los Espíritus están formados por el elemento inteligente, como los cuerpos inertes están formados por el elemento material?**

> «Es evidente; los Espíritus son la individualización del principio inteligente, como los cuerpos son la individualización del principio material; lo que se desconoce es la época y el modo de esa formación».

80. **¿Es permanente la creación de los Espíritus, o solo tuvo lugar en el origen de los tiempos?**

> «Es permanente, es decir, Dios nunca ha dejado de crear».

81. **¿Se forman los Espíritus espontáneamente, o proceden unos de otros?**

> «Dios los crea, como a todas las demás criaturas, por su voluntad; pero, una vez más, su origen es un misterio».

82. ¿Es exacto decir que los Espíritus son inmateriales?

> «¿Cómo puede definirse algo cuando faltan términos de comparación y se dispone de un lenguaje insuficiente? ¿Puede un ciego de nacimiento definir la luz? Inmaterial no es la palabra; incorpóreo sería más exacto, pues debes comprender que el Espíritu, al ser una creación, debe ser algo; es una materia quintaesenciada, pero sin nada análogo para vosotros, y tan etérea que vuestros sentidos no pueden percibirla».

Decimos que los Espíritus son inmateriales porque su esencia difiere de todo lo que conocemos con el nombre de materia. Un pueblo de ciegos no tendría términos para expresar la luz y sus efectos.

El ciego de nacimiento cree tener todas las percepciones mediante el oído, el olfato, el gusto y el tacto; no comprende las ideas que le daría el sentido que le falta. Del mismo modo, respecto a la esencia de los seres sobrehumanos, somos verdaderos ciegos.

Solo podemos definirlos mediante comparaciones siempre imperfectas, o por un esfuerzo de nuestra imaginación.

83. ¿Tienen fin los Espíritus? Se comprende que el principio del que emanan sea eterno, pero lo que preguntamos es si su individualidad tiene un término y si, al cabo de un tiempo determinado, más o menos largo, el elemento del que están formados no se dispersa y vuelve a la masa, como sucede con los cuerpos materiales. Es difícil comprender que algo que ha comenzado pueda no tener fin.

> «Hay muchas cosas que no comprendéis porque vuestra inteligencia es limitada, y esa no es razón para rechazarlas. El niño no comprende todo lo que comprende su padre, ni el ignorante todo lo que comprende el sabio. Te decimos que la existencia de los Espíritus no tiene fin; eso es todo lo que podemos decir ahora».

Mundo normal primitivo

84. ¿Constituyen los Espíritus un mundo aparte, fuera del que vemos?

> «Sí, el mundo de los Espíritus o de las inteligencias incorpóreas».

85. ¿Cuál de los dos, el mundo espírita o el mundo corporal, es el principal en el orden de las cosas?

> «El mundo espírita; existe antes que todo y sobrevive a todo».

86. ¿Podría el mundo corporal dejar de existir, o no haber existido nunca, sin alterar la esencia del mundo espírita?

> «Sí; son independientes y, sin embargo, su correlación es incesante, pues actúan sin cesar el uno sobre el otro».

87. ¿Ocupan los Espíritus una región determinada y circunscrita en el espacio?

> «Los Espíritus están en todas partes; los espacios infinitos están poblados por ellos hasta el infinito. Los hay constantemente a vuestro lado que os observan y actúan sobre vosotros sin que lo sepáis, pues los Espíritus son una de las potencias de la naturaleza y los instrumentos de los que Dios se sirve para cumplir sus designios providenciales; pero no todos van a todas partes, pues hay regiones prohibidas a los menos avanzados».

Forma y ubicuidad de los Espíritus

88. ¿Tienen los Espíritus una forma determinada, limitada y constante?

> «A vuestros ojos, no; a los nuestros, sí; es, si queréis, una llama, un resplandor o una chispa etérea».

– ¿Tiene esa llama o chispa algún color?

> «Para vosotros, varía desde lo oscuro hasta el brillo del rubí, según sea el Espíritu más o menos puro».

Por lo general se representa a los genios con una llama o una estrella en la frente; es una alegoría que recuerda la naturaleza esencial de los Espíritus. Se la coloca en lo alto de la cabeza porque allí está la sede de la inteligencia.

89. **¿Tardan los Espíritus algún tiempo en atravesar el espacio?**

> «Sí, pero es un tiempo tan breve como el pensamiento».

– **¿No es el pensamiento el alma misma que se traslada?**

> «Cuando el pensamiento está en algún lugar, el alma también está allí, puesto que es el alma la que piensa. El pensamiento es un atributo».

90. **¿Tiene el Espíritu que se traslada de un lugar a otro conciencia de la distancia que recorre y de los espacios que atraviesa, o es transportado súbitamente al lugar adonde quiere ir?**

> «Ambas cosas; el Espíritu puede perfectamente, si quiere, darse cuenta de la distancia que recorre, pero esa distancia también puede borrarse por completo; eso depende de su voluntad y también de su naturaleza más o menos depurada».

91. **¿Es la materia un obstáculo para los Espíritus?**

> «No, lo penetran todo: el aire, la tierra, las aguas, incluso el fuego les son igualmente accesibles».

92. ¿Tienen los Espíritus el don de la ubicuidad? En otras palabras, ¿puede un mismo Espíritu dividirse o existir en varios puntos a la vez?

> «No puede haber división de un mismo Espíritu; pero cada uno es un centro que irradia en distintas direcciones, y por eso parece estar en varios lugares a la vez. Ves el sol: es uno solo y, no obstante, irradia a su alrededor y lleva sus rayos muy lejos; a pesar de ello, no se divide».

– ¿Irradian todos los Espíritus con la misma potencia?

> «Ni mucho menos; eso depende del grado de su pureza».

Cada Espíritu es una unidad indivisible, pero cada uno de ellos puede extender su pensamiento en diversas direcciones sin por ello dividirse. Solo en este sentido debe entenderse el don de ubicuidad atribuido a los Espíritus.

Así ocurre con una chispa que proyecta a lo lejos su claridad y puede verse desde todos los puntos del horizonte. Así también con un hombre que, sin cambiar de lugar y sin dividirse, puede transmitir órdenes, señales y movimiento a distintos puntos.

Periespíritu

93. ¿Está el Espíritu propiamente dicho al descubierto, o está, como algunos sostienen, rodeado de alguna sustancia?

> «El Espíritu está envuelto en una sustancia vaporosa para ti, pero todavía muy densa para nosotros; lo bastante vaporosa, sin embargo, como para poder elevarse en la atmósfera y trasladarse adonde quiera».

Así como el germen de un fruto está rodeado por el perispermo, el Espíritu propiamente dicho está rodeado por una envoltura que, por comparación, puede llamarse periespíritu.

94. **¿De dónde obtiene el Espíritu su envoltura semimaterial?**

> «Del fluido universal de cada globo. Por eso no es la misma en todos los mundos; al pasar de un mundo a otro, el Espíritu cambia de envoltura, como vosotros cambiáis de ropa».

– Así pues, cuando los Espíritus que habitan mundos superiores vienen entre nosotros, ¿toman un periespíritu más denso?

> «Es necesario que se revistan de vuestra materia; ya lo hemos dicho».

95. **¿Adopta la envoltura semimaterial del Espíritu formas determinadas y puede ser perceptible?**

> «Sí, una forma a voluntad del Espíritu, y así es como se os aparece algunas veces, ya sea en sueños o en estado de vigilia, y como puede tomar una forma visible e incluso palpable».

Diferentes órdenes de Espíritus

96. **¿Son iguales los Espíritus, o existe entre ellos alguna jerarquía?**

> «Son de diferentes órdenes, según el grado de perfección que han alcanzado».

97. ¿Hay un número determinado de órdenes o de grados de perfección entre los Espíritus?

> «Su número es ilimitado, porque entre esos órdenes no hay una línea de demarcación trazada como una barrera, de modo que pueden multiplicarse o reducirse las divisiones a voluntad; sin embargo, si se consideran los caracteres generales, pueden reducirse a tres principales».

> «En el primer rango pueden situarse los que han llegado a la perfección: los Espíritus puros; los del segundo orden han llegado a la mitad de la escala: el deseo del bien es su preocupación. Los del último grado están todavía en la parte inferior de la escala: los Espíritus imperfectos. Se caracterizan por la ignorancia, el deseo del mal y todas las malas pasiones que retrasan su avance».

98. ¿Tienen los Espíritus del segundo orden solo el deseo del bien, o tienen también el poder de hacerlo?

> «Tienen ese poder según el grado de su perfección: unos tienen el conocimiento, otros la sabiduría y la bondad, pero todos tienen todavía pruebas que superar».

99. ¿Son todos los Espíritus del tercer orden esencialmente malos?

> «No, unos no hacen ni el bien ni el mal; otros, por el contrario, se complacen en el mal y se sienten satisfechos cuando encuentran la ocasión de hacerlo. Y además están los Espíritus ligeros o traviesos, más alborotadores que malos, que se complacen más en las travesuras que en la maldad, y que encuentran placer en engañar y causar pequeñas contrariedades de las que se ríen».

Escala espírita

Observaciones preliminares. – La clasificación de los Espíritus se basa en su grado de adelanto, en las cualidades que han adquirido y en las imperfecciones de las que aún deben despojarse.

Esta clasificación, por lo demás, no tiene nada de absoluto; cada categoría solo presenta un carácter definido en su conjunto; pero de un grado a otro la transición es imperceptible y, en los límites, el matiz se desvanece como en los reinos de la naturaleza, como en los colores del arcoíris, o también como en los distintos períodos de la vida del hombre.

Se puede, por tanto, formar un número mayor o menor de clases, según el punto de vista desde el que se considere la cuestión. Sucede aquí como en todos los sistemas de clasificación científica; estos sistemas pueden ser más o menos completos, más o menos racionales, más o menos cómodos para la comprensión; pero, sean cuales sean, no cambian en nada el fondo de la ciencia.

Los Espíritus interrogados sobre este punto han podido, pues, variar en el número de categorías, sin que ello tenga consecuencias. Se ha utilizado esta contradicción aparente como argumento, sin reflexionar que ellos no conceden ninguna importancia a lo que es puramente convencional; para ellos, el pensamiento lo es todo: nos dejan la forma, la elección de los términos, las clasificaciones, en una palabra, los sistemas.

Añadamos también esta consideración que nunca se debe perder de vista: entre los Espíritus, al igual que entre los hombres, los hay muy ignorantes, y nunca se insistirá demasiado en la necesidad de precaverse contra la ten-

dencia a creer que todos deben saberlo todo porque son Espíritus. Toda clasificación exige método, análisis y un conocimiento profundo del tema.

Ahora bien, en el mundo de los Espíritus, aquellos cuyos conocimientos son limitados son, como los ignorantes de este mundo, incapaces de abarcar un conjunto y de formular un sistema; solo conocen o comprenden de manera imperfecta cualquier clasificación; para ellos, todos los Espíritus que les son superiores pertenecen al primer orden, sin que puedan apreciar los matices de saber, capacidad y moralidad que los distinguen, como ocurre entre nosotros con un hombre inculto respecto de los hombres civilizados.

Incluso quienes son capaces de hacerlo pueden variar en los detalles según su punto de vista, sobre todo cuando una división no tiene nada de absoluto. Linneo, Jussieu y Tournefort tuvieron cada uno su método, y la botánica no cambió por ello; es que no inventaron ni las plantas ni sus caracteres; observaron las analogías según las cuales formaron los grupos o clases.

Así hemos procedido nosotros; no hemos inventado ni los Espíritus ni sus caracteres; hemos visto y observado, los hemos juzgado por sus palabras y sus actos, y luego los hemos clasificado por semejanzas, basándonos en los datos que nos han proporcionado.

Los Espíritus admiten generalmente tres categorías principales o tres grandes divisiones. En la última, la que se encuentra en la parte inferior de la escala, están los Espíritus imperfectos, caracterizados por el predominio de la materia sobre el espíritu y la propensión al mal.

Los de la segunda se caracterizan por el predominio del espíritu sobre la materia y por el deseo del bien: son los buenos Espíritus. La primera, por último, comprende a los Espíritus puros, aquellos que han alcanzado el grado supremo de perfección.

Esta división nos parece perfectamente racional y presenta caracteres bien definidos; solo nos quedaba destacar, mediante un número suficiente de subdivisiones, los principales matices del conjunto; es lo que hemos hecho con la colaboración de los Espíritus, cuyas benévolas instrucciones nunca nos han faltado.

Con ayuda de este cuadro, será fácil determinar el rango y el grado de superioridad o inferioridad de los Espíritus con los que podemos entrar en relación y, por consiguiente, el grado de confianza y estima que merecen; es, en cierto modo, la clave de la ciencia espírita, pues solo él puede explicar las anomalías que presentan las comunicaciones, al aclararnos las desigualdades intelectuales y morales de los Espíritus. Haremos observar, no obstante, que los Espíritus no siempre pertenecen exclusivamente a tal o cual clase; como su progreso solo se realiza gradualmente, y a menudo más en un sentido que en otro, pueden reunir los caracteres de varias categorías, lo que resulta fácil apreciar por su lenguaje y sus actos.

TERCER ORDEN. — ESPÍRITUS IMPERFECTOS

Caracteres generales. – Predominio de la materia sobre el espíritu. Propensión al mal. Ignorancia, orgullo, egoísmo y todas las malas pasiones que de ellos se derivan.

Tienen la intuición de Dios, pero no lo comprenden.

No todos son esencialmente malos; en algunos hay más ligereza, irreflexión y malicia que verdadera maldad. Unos no hacen ni bien ni mal; pero por el solo hecho de no hacer el bien, revelan su inferioridad. Otros, por el contrario, se complacen en el mal y se sienten satisfechos cuando encuentran la ocasión de hacerlo.

Pueden unir la inteligencia a la maldad o a la malicia; pero, sea cual sea su desarrollo intelectual, sus ideas son poco elevadas y sus sentimientos más o menos abyectos.

Sus conocimientos sobre las cosas del mundo espírita son limitados, y lo poco que saben de ellas se confunde con las ideas y los prejuicios de la vida corporal. Solo pueden darnos nociones falsas e incompletas al respecto; pero el observador atento encuentra a menudo en sus comunicaciones, aun imperfectas, la confirmación de las grandes verdades enseñadas por los Espíritus superiores.

Su carácter se revela en su lenguaje. Todo Espíritu que, en sus comunicaciones, deja traslucir un mal pensamiento puede ser situado en el tercer orden; por consiguiente, todo mal pensamiento que se nos sugiere proviene de un Espíritu de este orden.

Ven la felicidad de los buenos, y esta visión es para ellos un tormento incesante, pues experimentan todas las angustias que pueden producir la envidia y los celos.

Conservan el recuerdo y la percepción de los sufrimientos de la vida corporal, y esta impresión suele ser más penosa que la realidad. Sufren, pues, verdaderamente, tanto por los males que han padecido como por los que han

hecho padecer a los demás; y como sufren durante mucho tiempo, creen que sufrirán siempre; Dios, para castigarlos, quiere que así lo crean.

Se los puede dividir en cinco clases principales.

Décima clase. Espíritus impuros. – Son propensos al mal y lo convierten en el objeto de sus preocupaciones. Como Espíritus, dan consejos pérfidos, siembran la discordia y la desconfianza, y adoptan todas las máscaras para engañar mejor. Se apegan a las personas de carácter lo bastante débil como para ceder a sus sugerencias, a fin de llevarlas a la perdición, satisfechos de poder retrasar su adelanto haciéndolas sucumbir en las pruebas que atraviesan.

En las manifestaciones, se los reconoce por su lenguaje; la trivialidad y la grosería de las expresiones, tanto en los Espíritus como en los hombres, son siempre un indicio de inferioridad moral, cuando no intelectual. Sus comunicaciones revelan la bajeza de sus inclinaciones, y si quieren engañar hablando de manera sensata, no pueden mantener mucho tiempo su papel y siempre terminan por delatar su origen.

Algunos pueblos los han convertido en divinidades maléficas; otros los designan con los nombres de demonios, genios malignos, Espíritus del mal.

Los seres vivos que animan, cuando están encarnados, son propensos a todos los vicios que engendran las pasiones viles y degradantes: la sensualidad, la crueldad, el engaño, la hipocresía, la codicia, la avaricia sórdida.

Hacen el mal por el placer de hacerlo, la mayoría de las veces sin motivos, y por odio al bien eligen casi siempre a sus víctimas entre las personas honradas. Son azotes para la humanidad, cualquiera que sea el rango de la socie-

dad al que pertenezcan, y el barniz de la civilización no los protege del oprobio ni de la ignominia.

Novena clase. Espíritus ligeros. – Son ignorantes, maliciosos, irreflexivos y burlones. Se entrometen en todo, responden a todo, sin preocuparse por la verdad. Se complacen en causar pequeñas penas y pequeñas alegrías, en provocar molestias, en inducir maliciosamente a error mediante engaños y travesuras.

A esta clase pertenecen los Espíritus comúnmente designados con los nombres de fuegos fatuos, duendes, gnomos y trasgos. Están bajo la dependencia de los Espíritus superiores, que los emplean a menudo como nosotros lo hacemos con los sirvientes.

En sus comunicaciones con los hombres, su lenguaje es a veces ingenioso y jocoso, pero casi siempre carece de profundidad; captan los defectos y los aspectos ridículos, que expresan mediante observaciones mordaces y satíricas. Si adoptan nombres supuestos, lo hacen más a menudo por malicia que por maldad.

Octava clase. Espíritus falsos sabios. – Sus conocimientos son bastante amplios, pero creen saber más de lo que saben en realidad. Como han realizado algunos progresos en diversos aspectos, su lenguaje tiene un carácter serio que puede inducir a error sobre sus capacidades y sus conocimientos; pero la mayoría de las veces no es más que un reflejo de los prejuicios y las ideas sistemáticas de la vida terrestre; es una mezcla de algunas verdades junto a los errores más absurdos, entre los cuales se dejan ver la presunción, el orgullo, los celos y la obstinación de los que no han podido despojarse.

Séptima clase. Espíritus neutros. – No son lo bastante buenos para hacer el bien ni lo bastante malos para hacer el mal; se inclinan tanto hacia uno como hacia otro y no se elevan por encima de la condición común de la humanidad, tanto en lo moral como en la inteligencia. Se aferran a las cosas de este mundo, cuyas alegrías groseras añoran.

Sexta clase. Espíritus golpeadores y perturbadores. – Estos Espíritus no forman, propiamente hablando, una clase distinta en cuanto a sus cualidades personales; pueden pertenecer a todas las clases del tercer orden.

Manifiestan a menudo su presencia mediante efectos sensibles y físicos, como los golpes, el movimiento y el desplazamiento anormal de los cuerpos sólidos, la agitación del aire, etc.

Parecen estar más apegados que otros a la materia; parecen ser los principales agentes de las vicisitudes de los elementos del globo, ya sea que actúen sobre el aire, el agua, el fuego, los cuerpos duros o en las entrañas de la tierra. Se reconoce que estos fenómenos no se deben a una causa fortuita y física cuando tienen un carácter intencional e inteligente.

Todos los Espíritus pueden producir estos fenómenos, pero los Espíritus elevados los dejan generalmente a cargo de los Espíritus subalternos, más aptos para las cosas materiales que para las cosas inteligentes. Cuando juzgan que las manifestaciones de este género son útiles, se sirven de estos Espíritus como auxiliares.

SEGUNDO ORDEN. — ESPÍRITUS BUENOS

Características generales. – Predominio del espíritu sobre la materia; deseo del bien. Sus cualidades y su poder para hacer el bien están en proporción al grado que han alcanzado: unos tienen ciencia, otros sabiduría y bondad; los más avanzados reúnen el saber y las cualidades morales.

Como aún no están completamente desmaterializados, conservan en mayor o menor medida, según su rango, las huellas de la existencia corporal, ya sea en la forma del lenguaje, ya en sus hábitos, en los que incluso se encuentran algunas de sus manías; de otro modo serían Espíritus perfectos.

Comprenden a Dios y el infinito, y disfrutan ya de la felicidad de los buenos. Son felices por el bien que hacen y por el mal que impiden. El amor que los une es para ellos la fuente de una felicidad inefable que no alteran ni la envidia, ni los remordimientos, ni ninguna de las malas pasiones que atormentan a los Espíritus imperfectos, pero todos tienen aún pruebas que afrontar hasta alcanzar la perfección absoluta.

Como Espíritus, inspiran buenos pensamientos, apartan a los hombres del camino del mal, protegen en la vida a quienes se hacen dignos de ello y neutralizan la influencia de los Espíritus imperfectos en quienes no se complacen en sufrirla.

Aquellos en quienes están encarnados son buenos y benévolos con sus semejantes; no los mueve ni el orgullo, ni el egoísmo, ni la ambición; no sienten odio, rencor, envidia ni celos, y hacen el bien por el bien mismo.

A este orden pertenecen los Espíritus designados en las creencias populares con los nombres de genios buenos, genios protectores y Espíritus del bien.

En los tiempos de superstición e ignorancia se los convirtió en divinidades benéficas.

Se los puede dividir en cuatro grupos principales:

Quinta clase. Espíritus benévolos. – Su cualidad dominante es la bondad; se complacen en prestar servicio a los hombres y protegerlos, pero su saber es limitado: su progreso se ha realizado más en el sentido moral que en el intelectual.

Cuarta clase. Espíritus instruidos. – Lo que los distingue especialmente es la amplitud de sus conocimientos. Se preocupan menos por las cuestiones morales que por las científicas, para las que tienen más aptitud; pero solo consideran la ciencia desde el punto de vista de la utilidad y no mezclan con ella ninguna de las pasiones propias de los Espíritus imperfectos.

Tercera clase. Espíritus sabios. – Las cualidades morales del orden más elevado constituyen su carácter distintivo. Sin tener conocimientos ilimitados, están dotados de una capacidad intelectual que les permite juzgar con acierto a los hombres y las cosas.

Segunda clase. Espíritus superiores. – Reúnen la ciencia, la sabiduría y la bondad. Su lenguaje solo respira benevolencia; es siempre digno, elevado, a menudo sublime. Su superioridad los hace más aptos que los demás para darnos las nociones más exactas sobre las cosas del mundo incorpóreo, dentro de los límites de lo que al hombre le está permitido conocer.

Se comunican de buena gana con quienes buscan la verdad de buena fe y cuya alma está lo bastante libre de los lazos terrenales para comprenderla;

pero se alejan de quienes están movidos únicamente por la curiosidad o a quienes la influencia de la materia aparta de la práctica del bien.

Cuando, por excepción, se encarnan en la tierra, es para cumplir en ella una misión de progreso, y entonces nos ofrecen el modelo de la perfección a la que la humanidad puede aspirar en este mundo.

PRIMER ORDEN. — ESPÍRITUS PUROS

Características generales. – Influencia nula de la materia. Superioridad intelectual y moral absoluta respecto de los Espíritus de los demás órdenes.

Primera clase. Clase única. – Han recorrido todos los grados de la escala y se han despojado de todas las impurezas de la materia. Al haber alcanzado el máximo de perfección del que es capaz la criatura, ya no tienen que afrontar pruebas ni expiaciones. Como ya no están sujetos a la reencarnación en cuerpos perecederos, viven la vida eterna en el seno de Dios.

Disfrutan de una felicidad inalterable, porque no están sujetos ni a las necesidades ni a las vicisitudes de la vida material; pero esa felicidad no es la de una ociosidad monótona transcurrida en una contemplación perpetua. Son los mensajeros y ministros de Dios, cuyas órdenes ejecutan para mantener la armonía universal.

Mandan sobre todos los Espíritus que les son inferiores, los ayudan a perfeccionarse y les asignan su misión. Asistir a los hombres en su aflicción, impulsarlos al bien o a la expiación de las faltas que los alejan de la felicidad suprema es para ellos una dulce ocupación. A veces se los designa con los nombres de ángeles, arcángeles o serafines.

Los hombres pueden entrar en comunicación con ellos, pero sería muy presuntuoso quien pretendiera tenerlos constantemente a sus órdenes.

Progresión de los Espíritus

114. ¿Los Espíritus son buenos o malos por naturaleza, o son los mismos Espíritus los que mejoran?

> «Son los mismos Espíritus los que mejoran: al mejorar, pasan de un orden inferior a un orden superior».

115. Entre los Espíritus, ¿unos fueron creados buenos y otros malos?

> «Dios creó a todos los Espíritus sencillos e ignorantes, es decir, sin ciencia. Dio a cada uno una misión con el fin de instruirlos y hacerlos llegar progresivamente a la perfección mediante el conocimiento de la verdad, y para acercarlos a él. Para ellos, la felicidad eterna y sin mezcla se encuentra en esa perfección. Los Espíritus adquieren esos conocimientos al pasar por las pruebas que Dios les impone. Unos aceptan esas pruebas con sumisión y llegan más pronto al fin de su destino; otros solo las afrontan entre quejas y permanecen así, por su culpa, alejados de la perfección y de la felicidad prometida».

– Según esto, los Espíritus parecerían ser, en su origen, como los niños, ignorantes y sin experiencia, pero adquiriendo poco a poco los conocimientos que les faltan al recorrer las diferentes fases de la vida.

> «Sí, la comparación es acertada; el niño rebelde permanece ignorante e imperfecto; aprovecha más o menos según su docilidad; pero la vida del hombre tiene un término, y la de los Espíritus se extiende hasta el infinito».

116. **¿Hay Espíritus que permanecerán perpetuamente en los rangos inferiores?**

> «No, todos llegarán a ser perfectos; cambian, pero lleva mucho tiempo; porque, como hemos dicho en otra ocasión, un padre justo y misericordioso no puede desterrar eternamente a sus hijos. ¡Querrías, pues, que Dios, tan grande, tan bueno, tan justo, fuera peor que vosotros mismos!»

117. **¿Depende de los Espíritus acelerar su progreso hacia la perfección?**

> «Ciertamente; llegan más o menos rápido según su deseo y su sumisión a la voluntad de Dios. ¿Acaso un niño dócil no se instruye más rápido que uno rebelde?»

118. **¿Pueden degenerar los Espíritus?**

> «No; a medida que avanzan, comprenden lo que los alejaba de la perfección. Cuando el Espíritu ha terminado una prueba, posee el conocimiento y no lo olvida. Puede permanecer estacionario, pero no retrocede».

119. ¿No podía Dios librar a los Espíritus de las pruebas que deben afrontar para llegar al primer rango?

> «Si hubieran sido creados perfectos, no tendrían mérito para disfrutar de los beneficios de esa perfección. ¿Dónde estaría el mérito sin la lucha? Además, la desigualdad que existe entre ellos es necesaria para su personalidad; y la misión que cumplen en esos diferentes grados forma parte de los designios de la Providencia para la armonía del universo».

Puesto que, en la vida social, todos los hombres pueden llegar a los cargos más altos, lo mismo daría preguntar por qué el soberano de un país no hace generales a cada uno de sus soldados; por qué todos los empleados subalternos no son empleados superiores; por qué todos los escolares no son maestros.

Ahora bien, existe esta diferencia entre la vida social y la vida espiritual: la primera es limitada y no siempre permite ascender todos los grados, mientras que la segunda es indefinida y deja a cada uno la posibilidad de elevarse al rango supremo.

120. ¿Todos los Espíritus pasan por el camino del mal para llegar al bien?

> «Por el camino del mal no, sino por el de la ignorancia».

121. ¿Por qué algunos Espíritus han seguido el camino del bien y otros el del mal?

> «¿Acaso no tienen libre albedrío? Dios no creó Espíritus malos; los creó sencillos e ignorantes, es decir, con tanta aptitud para el bien como para el mal; los que son malos llegan a serlo por su voluntad».

122. **¿Cómo pueden los Espíritus, en su origen, cuando aún no tienen conciencia de sí mismos, tener libertad para elegir entre el bien y el mal? ¿Hay en ellos un principio, alguna tendencia que los incline hacia un camino más que hacia otro?**

> «El libre albedrío se desarrolla a medida que el Espíritu adquiere conciencia de sí mismo. Ya no habría libertad si la elección fuera impulsada por una causa independiente de la voluntad del Espíritu. La causa no está en él, está fuera de él, en las influencias a las que cede en virtud de su libre voluntad. Es la gran figura de la caída del hombre y del pecado original: unos cedieron a la tentación, otros resistieron».

– **¿De dónde vienen las influencias que se ejercen sobre él?**

> «De los Espíritus imperfectos que buscan apoderarse de él, dominarlo, y que se alegran de hacerlo sucumbir. Eso es lo que se ha querido representar mediante la figura de Satanás».

– **¿Esa influencia solo se ejerce sobre el Espíritu en su origen?**

> «Lo acompaña en su vida de Espíritu hasta que ha adquirido tal dominio sobre sí mismo que los malos renuncian a obsesionarlo».

123. **¿Por qué permitió Dios que los Espíritus pudieran seguir el camino del mal?**

> «¿Cómo os atrevéis a pedir a Dios cuentas de sus actos? ¿Pensáis que podéis penetrar sus designios? Sin embargo, podéis deciros esto: la sabiduría de Dios está en la libertad que deja a cada uno para elegir, pues cada uno tiene el mérito de sus obras».

124. **Puesto que hay Espíritus que, desde el principio, siguen el camino del bien absoluto y otros el del mal absoluto, ¿hay sin duda grados entre esos dos extremos?**

> «Sí, ciertamente, y son la gran mayoría».

125. **¿Podrán los Espíritus que han seguido el camino del mal llegar al mismo grado de superioridad que los demás?**

> «Sí, pero las eternidades serán más largas para ellos».

Por esta palabra, eternidades, debe entenderse la idea que tienen los Espíritus inferiores de la perpetuidad de sus sufrimientos, porque no les es dado ver su término y porque esa idea se renueva en todas las pruebas ante las que sucumben.

126. **¿Los Espíritus que han llegado al grado supremo después de haber pasado por el mal tienen menos mérito que los demás a los ojos de Dios?**

> «Dios contempla a los extraviados con la misma mirada y los ama a todos con el mismo corazón. Se los llama malos porque han sucumbido: antes solo eran Espíritus sencillos».

127. ¿Son creados los Espíritus iguales en facultades intelectuales?

> «Son creados iguales, pero, como no saben de dónde vienen, es necesario que el libre albedrío siga su curso. Progresan más o menos rápidamente tanto en inteligencia como en moralidad».

Los Espíritus que siguen desde el principio el camino del bien no son por ello Espíritus perfectos; aunque no tengan malas tendencias, deben adquirir igualmente la experiencia y los conocimientos necesarios para alcanzar la perfección.

Podemos compararlos con niños que, por buenos que sean sus instintos naturales, necesitan desarrollarse, instruirse y no pasan sin transición de la infancia a la madurez; solo que, así como hay hombres que son buenos y otros que son malos desde su infancia, también hay Espíritus que son buenos o malos desde su principio, con esta diferencia fundamental: el niño tiene instintos ya formados, mientras que el Espíritu, al formarse, no es más malo que bueno; tiene todas las tendencias y toma una u otra dirección por efecto de su libre albedrío.

Ángeles y demonios

128. ¿Los seres que llamamos ángeles, arcángeles y serafines forman una categoría especial, de naturaleza diferente a la de los demás Espíritus?

> «No, son los Espíritus puros: aquellos que están en el grado más alto de la escala y reúnen todas las perfecciones».

La palabra ángel evoca generalmente la idea de perfección moral; sin embargo, se aplica a menudo a todos los seres buenos y malos que están fuera de la humanidad. Se dice: el ángel bueno y el malo; el ángel de la luz y el ángel de las tinieblas; en este caso, es sinónimo de Espíritu o de genio. Aquí la tomamos en su acepción buena.

129. **¿Han recorrido los ángeles todos los grados?**

> «Han recorrido todos los grados, pero, como hemos dicho, unos aceptaron su misión sin quejarse y llegaron más rápido; otros tardaron más o menos tiempo en alcanzar la perfección».

130. **Si la opinión que admite seres creados perfectos y superiores a todas las demás criaturas es errónea, ¿cómo es que forma parte de la tradición de casi todos los pueblos?**

> «Ten presente que tu mundo no existe desde toda la eternidad y que, mucho antes de que existiera, algunos Espíritus habían alcanzado el grado supremo; los hombres pudieron entonces creer que siempre habían sido así».

131. ¿Hay demonios en el sentido que se atribuye a esta palabra?

> «Si hubiera demonios, serían obra de Dios, ¿y sería Dios justo y bueno por haber hecho seres eternamente destinados al mal y desdichados? Si hay demonios, residen en tu mundo inferior y en otros semejantes; son esos hombres hipócritas que hacen de un Dios justo un Dios malvado y vengativo, y que creen agradarle con las abominaciones que cometen en su nombre».

La palabra demonio solo implica la idea de Espíritu malo en su acepción moderna, pues la palabra griega daimôn, de la que deriva, significa genio, inteligencia, y se aplicaba a los seres incorpóreos, buenos o malos, sin distinción. Los demonios, según la acepción común de la palabra, suponen seres esencialmente malvados; serían, como todas las cosas, creación de Dios; ahora bien, Dios, que es soberanamente justo y bueno, no puede haber creado seres destinados al mal por su naturaleza y condenados para la eternidad. Si no fueran obra de Dios, existirían, pues, como él, desde toda la eternidad, o bien habría varios poderes soberanos. La primera condición de toda doctrina es ser lógica; ahora bien, la de los demonios, en sentido absoluto, falla en esta base esencial. Se comprende que en las creencias de los pueblos atrasados que, al no conocer los atributos de Dios, admiten divinidades malvadas, se admitan también demonios; pero para quien considera la bondad de Dios un atributo por excelencia, es ilógico y contradictorio suponer que haya podido crear seres destinados al mal y a hacerlo perpetuamente, pues eso equivale a negar su bondad. Los partidarios de los demonios se apoyan en las palabras de Cristo; ciertamente no seremos nosotros quienes cuestionemos la autoridad de su enseñanza, que quisiéramos ver más en el corazón que en la boca de los hombres; pero ¿se tiene plena certeza del sentido que él atribuía a la palabra demonio? ¿No se sabe que la forma alegórica es uno de los rasgos distintivos de su lenguaje, y debe tomarse al pie de la letra todo lo que contiene el Evangelio? No necesitamos más prueba que este pasaje:

«Inmediatamente después de esos días de aflicción, el sol se oscurecerá y la luna ya no dará su luz, las estrellas caerán del cielo y los poderes del cielo serán sacudidos. En verdad os digo que esta raza no pasará hasta que todas estas cosas se hayan cumplido». ¿No hemos visto que la ciencia ha contradicho la forma del texto bíblico en lo referente a la creación y al movimiento de la Tierra? ¿No puede suceder lo mismo con ciertas figuras empleadas por Cristo, que debía hablar según los tiempos y los lugares? Cristo no pudo decir a sabiendas algo falso; por tanto, si en sus palabras hay cosas que parecen contrarias a la razón, es porque no las comprendemos o porque las interpretamos mal.

Los hombres han hecho con los demonios lo mismo que con los ángeles; así como creyeron en seres perfectos desde toda la eternidad, tomaron a los Espíritus inferiores por seres perpetuamente malos. La palabra demonio debe, pues, entenderse como referida a los Espíritus impuros, que a menudo no son mejores que aquellos designados con este nombre, pero con la diferencia de que su estado es solo transitorio. Son Espíritus imperfectos que se quejan de las pruebas que sufren y que, por ello, las sufren durante más tiempo, pero que llegarán a su vez cuando tengan la voluntad de hacerlo. Se podría, pues, aceptar la palabra demonio con esta restricción; pero, como ahora se entiende en un sentido exclusivo, podría inducir a error al hacer creer en la existencia de seres especiales creados para el mal.

En cuanto a Satanás, es evidentemente la personificación del mal bajo una forma alegórica, pues no se puede admitir un ser malo que luche de igual a igual en poder con la Divinidad y cuya única preocupación sea contrariar sus designios. Como el hombre necesita figuras e imágenes que impresionen su imaginación, ha representado a los seres incor-

> póreos bajo una forma material con atributos que recuerdan sus cualidades o sus defectos. Así, los antiguos, al querer personificar el Tiempo, lo representaron con la figura de un anciano con una guadaña y un reloj de arena; una figura de joven habría sido un contrasentido; lo mismo ocurre con las alegorías de la Fortuna, de la Verdad, etc. Los modernos han representado a los ángeles, o Espíritus puros, con una figura radiante y alas blancas, emblema de la pureza; a Satanás, con cuernos, garras y los atributos de la bestialidad, emblemas de las bajas pasiones. El vulgo, que toma las cosas al pie de la letra, ha visto en estos emblemas un individuo real, como en otro tiempo había visto a Saturno en la alegoría del Tiempo.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. II — ENCARNACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

✦

Finalidad de la encarnación

132. ¿Cuál es la finalidad de la encarnación de los Espíritus?

> «Dios se la impone con el fin de hacerlos llegar a la perfección: para unos, es una expiación; para otros, es una misión. Pero, para llegar a esa perfección, deben pasar por todas las vicisitudes de la existencia corporal: en eso consiste la expiación. La encarnación tiene también otra finalidad: poner al Espíritu en condiciones de asumir su parte en la obra de la creación; para cumplirla, toma en cada mundo un organismo en armonía con la materia esencial de ese mundo, a fin de ejecutar allí, desde ese punto de vista, las órdenes de Dios; de modo que, al mismo tiempo que contribuye a la obra general, él mismo progresa».

La acción de los seres corporales es necesaria para la marcha del universo; pero Dios, en su sabiduría, ha querido que, en esa misma acción, encuentren un medio de progresar y de acercarse a él. Así es como, por una ley admirable de su providencia, todo se encadena y todo es solidario en la naturaleza.

133. **Los Espíritus que, desde el principio, han seguido el camino del bien, ¿necesitan la encarnación?**

> «Todos son creados sencillos e ignorantes; se instruyen en las luchas y las tribulaciones de la vida corporal. Dios, que es justo, no podía hacer felices a unos sin esfuerzo ni trabajo y, por consiguiente, sin mérito».

– **Pero entonces, ¿de qué les sirve a los Espíritus haber seguido el camino del bien, si eso no los exime de las penas de la vida corporal?**

> «Llegan más deprisa a la meta; además, las penas de la vida son a menudo consecuencia de la imperfección del Espíritu; cuantas menos imperfecciones tiene, menos tormentos sufre; quien no es envidioso, ni celoso, ni avaro, ni ambicioso, no tendrá los tormentos que nacen de esos defectos».

Del alma

134. **¿Qué es el alma?**

> «Un Espíritu encarnado».

– **¿Qué era el alma antes de unirse al cuerpo?**

> «Espíritu».

– **¿Las almas y los Espíritus son, pues, exactamente lo mismo?**

> «Sí, las almas no son sino los Espíritus. Antes de unirse al cuerpo, el alma es uno de los seres inteligentes que pueblan el mundo invisible y que se revisten temporalmente de una envoltura carnal para purificarse e ilustrarse».

135. ¿Hay en el hombre algo más que el alma y el cuerpo?

> «Está el lazo que une el alma y el cuerpo».

– ¿Cuál es la naturaleza de ese lazo?

> «Semimaterial, es decir, intermedia entre el Espíritu y el cuerpo. Y así debe ser para que puedan comunicarse entre sí. Por ese lazo el Espíritu actúa sobre la materia, y recíprocamente».

El hombre está formado, pues, por tres partes esenciales: 1° El cuerpo, o ser material análogo a los animales y animado por el mismo principio vital; 2° El alma, Espíritu encarnado cuya morada es el cuerpo; 3° El principio intermedio o periespíritu, sustancia semimaterial que sirve de primera envoltura al Espíritu y une el alma y el cuerpo. Tales son, en un fruto, el germen, el perispermo y la cáscara.

136. ¿Es el alma independiente del principio vital?

> «El cuerpo no es más que la envoltura, lo repetimos sin cesar».

– ¿Puede el cuerpo existir sin el alma?

> «Sí, y sin embargo, en cuanto el cuerpo deja de vivir, el alma lo abandona. Antes del nacimiento, todavía no hay unión definitiva entre el alma y el cuerpo; mientras que, una vez establecida esa unión, la muerte del cuerpo rompe los lazos que lo unen al alma, y el alma lo abandona. La vida orgánica puede animar un cuerpo sin alma, pero el alma no puede habitar un cuerpo privado de vida orgánica».

– ¿Qué sería nuestro cuerpo si no tuviera alma?

> «Una masa de carne sin inteligencia, todo lo que queráis, excepto un hombre».

137. **¿Puede el mismo Espíritu encarnarse en dos cuerpos diferentes a la vez?**

> «No, el Espíritu es indivisible y no puede animar simultáneamente a dos seres diferentes». (Véase, en el capítulo de las manifestaciones, la cuestión de los hombres dobles).

138. **¿Qué pensar de la opinión de quienes consideran el alma como el principio de la vida material?**

> «Es una cuestión de palabras; no nos aferramos a ellas; empezad por poneros de acuerdo entre vosotros».

139. Algunos Espíritus, y antes que ellos ciertos filósofos, han definido el alma como una chispa anímica emanada del gran Todo; ¿por qué esta contradicción?

> «No hay contradicción; depende de la acepción de las palabras. ¿Por qué no tenéis una palabra para cada cosa?»

La palabra alma se emplea para expresar cosas muy diferentes. Unos llaman así al principio de la vida, y en esa acepción es exacto decir, en sentido figurado, que el alma es una chispa anímica emanada del gran Todo.

Estas últimas palabras describen la fuente universal del principio vital, del que cada ser absorbe una porción y que vuelve a la masa después de la muerte. Esta idea no excluye en absoluto la de un ser moral distinto, independiente de la materia y que conserva su individualidad.

A este ser también se lo llama alma, y en esta acepción puede decirse que el alma es un Espíritu encarnado. Al dar distintas definiciones del alma, los Espíritus han hablado según el uso que hacían de la palabra y según las ideas terrestres de las que todavía estaban más o menos imbuidos.

Esto se debe a la insuficiencia del lenguaje humano, que no tiene una palabra para cada idea, y de ahí surge una multitud de equívocos y discusiones: por eso los Espíritus superiores nos dicen que primero nos pongamos de acuerdo sobre las palabras.

140. ¿Qué pensar de la teoría del alma subdividida en tantas partes como músculos hay, y que preside así cada una de las funciones del cuerpo?

> «Eso depende también del sentido que se dé a la palabra alma; si se entiende por ella el fluido vital, se tiene razón; si se entiende el Espíritu encarnado, se está equivocado. Ya lo hemos dicho: el Espíritu es indivisible; transmite el movimiento a los órganos por medio del fluido intermedio, sin dividirse por ello».

– Sin embargo, hay Espíritus que han dado esa definición.

> «Los Espíritus ignorantes pueden tomar el efecto por la causa».

El alma actúa por medio de los órganos, y los órganos son animados por el fluido vital que se reparte entre ellos, con mayor abundancia en los que son centros o focos del movimiento. Pero esta explicación no puede aplicarse al alma considerada como el Espíritu que habita el cuerpo durante la vida y lo abandona al morir.

141. ¿Hay algo de cierto en la opinión de quienes piensan que el alma es exterior y rodea el cuerpo?

> «El alma no está encerrada en el cuerpo como el pájaro en una jaula; irradia y se manifiesta hacia fuera como la luz a través de un globo de vidrio, o como el sonido alrededor de un centro sonoro; así puede decirse que es exterior, pero no por ello es la envoltura del cuerpo. El alma tiene dos envolturas: una sutil y ligera, la primera, a la que llamas periespíritu; la otra, burda, material y pesada: es el cuerpo. El alma es el centro de todas esas envolturas, como el germen en un hueso de fruto; ya lo hemos dicho».

142. **¿Qué decir de esa otra teoría según la cual el alma, en el niño, se completa en cada período de la vida?**

> «El Espíritu es uno solo; está entero en el niño como en el adulto; son los órganos o instrumentos de las manifestaciones del alma los que se desarrollan y se completan. Esto es, una vez más, tomar el efecto por la causa».

143. **¿Por qué no definen todos los Espíritus el alma de la misma manera?**

> «Los Espíritus no están todos igualmente instruidos en estas materias; hay Espíritus todavía limitados que no comprenden las cosas abstractas; ocurre como con los niños entre vosotros; también hay Espíritus falsamente sabios que hacen alarde de palabras para impresionar: lo mismo ocurre entre vosotros. Además, los propios Espíritus esclarecidos pueden expresarse en términos diferentes que, en el fondo, tienen el mismo valor, sobre todo cuando se trata de cosas que vuestro lenguaje es incapaz de expresar claramente; hacen falta figuras, comparaciones que vosotros tomáis por la realidad».

144. **¿Qué debe entenderse por el alma del mundo?**

> «Es el principio universal de la vida y de la inteligencia del que nacen las individualidades. Pero quienes usan estas palabras a menudo no se comprenden a sí mismos. La palabra alma es tan elástica que cada uno la interpreta al gusto de sus ensoñaciones. A veces también se ha atribuido un alma a la Tierra; debe entenderse por ello el conjunto de los Espíritus abnegados que dirigen vuestras acciones por el buen camino cuando los escucháis, y que son, en cierto modo, los lugartenientes de Dios junto a vuestro globo».

145. ¿Cómo es que tantos filósofos antiguos y modernos han discutido durante tanto tiempo sobre la ciencia psicológica sin haber llegado a la verdad?

> «Esos hombres fueron los precursores de la doctrina espírita eterna; prepararon el camino. Eran hombres y pudieron equivocarse, porque tomaron sus propias ideas por la luz; pero sus mismos errores sirven para hacer resaltar la verdad al mostrar el pro y el contra; además, entre esos errores se encuentran grandes verdades que un estudio comparativo os permite comprender».

146. ¿Tiene el alma una sede determinada y circunscrita en el cuerpo?

> «No, pero se encuentra más especialmente en la cabeza en los grandes genios, en todos los que piensan mucho, y en el corazón en quienes sienten mucho y cuyas acciones se refieren a toda la humanidad».

– ¿Qué pensar de la opinión de quienes sitúan el alma en un centro vital?

> «Es decir, que el Espíritu habita preferentemente esa parte de vuestro organismo, puesto que allí confluyen todas las sensaciones. Quienes la sitúan en lo que consideran el centro de la vitalidad la confunden con el fluido o principio vital. Sin embargo, puede decirse que la sede del alma se encuentra más especialmente en los órganos que sirven para las manifestaciones intelectuales y morales».

Materialismo

147. **¿Por qué los anatomistas, los fisiólogos y, en general, quienes profundizan en las ciencias de la naturaleza se inclinan tan a menudo al materialismo?**

> «El fisiólogo lo refiere todo a lo que ve. Orgullo de los hombres que creen saberlo todo y que no admiten que algo pueda superar su entendimiento. Su propia ciencia los vuelve presuntuosos; piensan que la naturaleza no puede tener nada oculto para ellos».

148. ¿No es lamentable que el materialismo sea una consecuencia de estudios que, por el contrario, deberían mostrar al hombre la superioridad de la inteligencia que gobierna el mundo? ¿Hay que concluir de ello que son peligrosos?

> «No es cierto que el materialismo sea una consecuencia de esos estudios; es el hombre quien saca de ellos una conclusión falsa, pues puede abusar de todo, incluso de las mejores cosas. La nada, por otra parte, los asusta más de lo que quieren aparentar, y los que se precian de librepensadores suelen ser más fanfarrones que valientes. La mayoría solo son materialistas porque no tienen nada con que llenar ese vacío; ante ese abismo que se abre frente a ellos, mostradles un ancla de salvación y se aferrarán a ella con presteza».

Por una aberración de la inteligencia, hay personas que solo ven en los seres orgánicos la acción de la materia y atribuyen a ella todos nuestros actos. Solo han visto en el cuerpo humano una máquina eléctrica; solo han estudiado el mecanismo de la vida en el funcionamiento de los órganos; la han visto extinguirse a menudo por la rotura de un hilo, y no han visto nada más que ese hilo; han buscado si quedaba algo y, como solo han encontrado la materia convertida en inerte, como no han visto escapar el alma ni han podido captarla, han concluido que todo residía en las propiedades de la materia y que, por tanto, después de la muerte solo queda la nada del pensamiento; triste consecuencia, si así fuera: pues entonces el bien y el mal no tendrían finalidad, el hombre tendría motivos para pensar únicamente en sí mismo y poner por encima de todo la satisfacción de sus goces materiales; los lazos sociales se romperían y los afectos más santos quedarían destruidos para siempre. Afortunadamente, estas ideas están lejos de ser generales; incluso puede decirse que están muy circunscritas y solo constituyen opiniones individuales, pues en ninguna parte han sido erigidas en doctrina. Una sociedad fundada sobre estas bases llevaría en sí el germen de su disolución, y sus

miembros se despedazarían entre sí como bestias feroces. El hombre tiene instintivamente la idea de que, para él, no todo termina con la vida; siente horror ante la nada; por mucho que se haya resistido a pensar en el porvenir, cuando llega el momento supremo, pocos son los que no se preguntan qué será de ellos; pues la idea de abandonar la vida para siempre tiene algo de desgarrador. ¿Quién podría, en efecto, contemplar con indiferencia una separación absoluta y eterna de todo lo que ha amado? ¿Quién podría ver sin espanto abrirse ante sí el inmenso abismo de la nada, donde vendrían a hundirse para siempre todas nuestras facultades y todas nuestras esperanzas, y decirse: ¡Cómo! Después de mí, nada, nada más que el vacío; todo ha terminado para siempre; unos días más y mi recuerdo se habrá borrado de la memoria de quienes me sobrevivan; pronto no quedará rastro alguno de mi paso por la tierra; incluso el bien que he hecho será olvidado por los ingratos a quienes he ayudado; ¡y nada que compense todo eso, ninguna otra perspectiva que la de mi cuerpo roído por los gusanos! ¿No tiene este cuadro algo de espantoso, de glacial? La religión nos enseña que no puede ser así, y la razón nos lo confirma; pero esa existencia futura, vaga e indefinida, no tiene nada que satisfaga nuestro amor por lo concreto; eso es lo que en muchos engendra la duda. Tenemos un alma, de acuerdo; pero ¿qué es nuestra alma? ¿Tiene una forma, alguna apariencia? ¿Es un ser limitado o indefinido? Unos dicen que es un soplo de Dios, otros una chispa, otros una parte del gran Todo, el principio de la vida y de la inteligencia; pero ¿qué nos enseña todo eso? ¡Qué nos importa tener un alma si después de nosotros se confunde en la inmensidad como las gotas de agua en el océano! ¿No es la pérdida de nuestra individualidad como la nada para nosotros? También se dice que es inmaterial; pero una cosa inmaterial no puede tener proporciones definidas; para nosotros eso no es nada. La religión nos enseña también que seremos felices o desdichados según el bien o el mal que hayamos hecho; pero ¿cuál es esa felicidad que nos espera en el seno de Dios? ¿Es una beatitud, una contemplación eterna, sin otra ocupación que cantar las alabanzas del Creador? ¿Son las llamas del infierno una realidad o una figura? La propia Iglesia las entiende en

esta última acepción, pero ¿cuáles son esos sufrimientos? ¿Dónde está ese lugar de suplicio? En una palabra, ¿qué se hace, qué se ve en ese mundo que nos espera a todos? Nadie, se dice, ha vuelto para darnos cuenta de ello. Es un error, y la misión del espiritismo es precisamente esclarecernos sobre ese porvenir, hacérnoslo, hasta cierto punto, palpable y visible, ya no mediante el razonamiento, sino mediante los hechos. Gracias a las comunicaciones espíritas, ya no es una suposición, una probabilidad que cada uno adorna a su gusto, que los poetas embellecen con sus ficciones o siembran de imágenes alegóricas que nos engañan; es la realidad la que se nos presenta, pues son los propios seres de ultratumba quienes vienen a describirnos su situación, a decirnos lo que hacen, quienes nos permiten asistir, por así decirlo, a todas las peripecias de su nueva vida y, por este medio, nos muestran el destino inevitable que nos está reservado según nuestros méritos y nuestras malas acciones. ¿Hay en ello algo contrario a la religión? Muy al contrario, puesto que los incrédulos encuentran en ello la fe y los tibios una renovación del fervor y de la confianza. El espiritismo es, pues, el auxiliar más poderoso de la religión. Si esto es así, es porque Dios lo permite, y lo permite para reanimar nuestras esperanzas vacilantes y devolvernos al camino del bien mediante la perspectiva del porvenir.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. III — REGRESO DE LA VIDA CORPORAL A LA VIDA ESPIRITUAL

✦

El alma después de la muerte

149. ¿Qué sucede con el alma en el instante de la muerte?

> «Vuelve a ser Espíritu, es decir, regresa al mundo de los Espíritus que había abandonado momentáneamente».

150. ¿Conserva el alma su individualidad después de la muerte?

> «Sí, nunca la pierde. ¿Qué sería de ella si no la conservara?»

– ¿Cómo comprueba el alma su individualidad, puesto que ya no tiene su cuerpo material?

> «Todavía tiene un fluido que le es propio, que toma de la atmósfera de su planeta y que reproduce la apariencia de su última encarnación: su periespíritu».

– ¿No se lleva el alma nada de este mundo?

> «Nada más que el recuerdo y el deseo de ir a un mundo mejor. Ese recuerdo está lleno de dulzura o de amargura, según el uso que haya hecho de la vida; cuanto más pura es, mejor comprende la futilidad de lo que deja en la tierra».

151. ¿Qué pensar de la opinión de que, después de la muerte, el alma regresa al todo universal?

> «¿Acaso el conjunto de los Espíritus no forma un todo? ¿No es todo un mundo? Cuando estás en una asamblea, eres parte integrante de ella y, no obstante, sigues teniendo tu individualidad».

152. ¿Qué prueba podemos tener de la individualidad del alma después de la muerte?

> «¿No tenéis esa prueba en las comunicaciones que obtenéis? Si no sois ciegos, veréis; y si no sois sordos, oiréis, pues muy con frecuencia os habla una voz que os revela la existencia de un ser fuera de vosotros».

Quienes piensan que, al morir, el alma regresa al todo universal están equivocados si con ello entienden que, semejante a una gota de agua que cae en el Océano, pierde allí su individualidad; tienen razón si entienden por todo universal el conjunto de los seres incorpóreos del que cada alma o Espíritu es un elemento. Si las almas se confundieran en la masa, solo tendrían las cualidades del conjunto, y nada las distinguiría unas de otras; no tendrían inteligencia ni cualidades propias; sin embargo, en todas las comunicaciones manifiestan la conciencia del yo y una voluntad distinta; la infinita diversidad que presentan en todos los aspectos es la consecuencia misma de las individualidades. Si después de la muerte solo existiera lo que se llama el gran Todo, que absorbiera todas las individualidades, ese Todo sería uniforme y, por lo tanto, todas las comunicaciones que se recibieran del mundo invisible serían idénticas. Puesto que allí se encuentran seres buenos y otros malos, sabios e ignorantes, felices y desdichados; puesto que los hay de todos los caracteres: alegres y tristes, frívolos y profundos, etc., es evidente que se trata de seres distintos. La individualidad resulta aún más evidente cuando esos seres prueban su identidad mediante señales indiscutibles, detalles personales relativos a su vida terrestre que pueden comprobarse; no puede ponerse en duda cuando se manifiestan a la vista en las apariciones. La individualidad del alma se nos enseñaba, en teoría, como un artículo de fe; el espiritismo la hace patente y, en cierto modo, material.

153. **¿En qué sentido debe entenderse la vida eterna?**

> «La vida del Espíritu es la que es eterna; la del cuerpo es transitoria y pasajera. Cuando el cuerpo muere, el alma regresa a la vida eterna».

– ¿No sería más exacto llamar vida eterna a la de los Espíritus puros, a la de aquellos que, habiendo alcanzado el grado de perfección, ya no tienen pruebas que sufrir?

> «Eso es más bien la felicidad eterna, pero esta es una cuestión de palabras; llamad a las cosas como queráis, siempre que os entendáis».

Separación del alma y del cuerpo

154. **¿Es dolorosa la separación del alma y del cuerpo?**

> «No, el cuerpo suele sufrir más durante la vida que en el momento de la muerte: el alma no tiene nada que ver con ello. Los sufrimientos que a veces se experimentan en el momento de la muerte son un gozo para el Espíritu, que ve llegar el término de su exilio».

En la muerte natural, la que se produce por el agotamiento de los órganos a causa de la edad, el hombre abandona la vida sin darse cuenta: es una lámpara que se apaga por falta de combustible.

155. **¿Cómo se realiza la separación del alma y del cuerpo?**

> «Al romperse los lazos que la retenían, se desprende».

– ¿Se realiza la separación instantáneamente y mediante una transición brusca? ¿Hay una línea de demarcación claramente definida entre la vida y la muerte?

> «No, el alma se desprende gradualmente y no escapa como un pájaro cautivo al que se devuelve de repente la libertad. Estos dos estados se tocan y se confunden; así, el Espíritu se desprende poco a poco de sus lazos: estos se desatan y no se rompen».

Durante la vida, el Espíritu está unido al cuerpo por su envoltura semimaterial o periespíritu; la muerte es la destrucción del cuerpo solamente y no de esa segunda envoltura, que se separa del cuerpo cuando cesa en él la vida orgánica.

La observación demuestra que, en el instante de la muerte, el desprendimiento del periespíritu no se completa de repente; solo se realiza gradualmente y con una lentitud muy variable según los individuos; en unos es bastante rápido, y puede decirse que el momento de la muerte es el de la liberación, con unas pocas horas de diferencia; pero en otros, sobre todo en aquellos cuya vida ha sido enteramente material y sensual, el desprendimiento es mucho menos rápido y dura a veces días, semanas e incluso meses, lo que no implica la menor vitalidad en el cuerpo ni la posibilidad de un regreso a la vida, sino una simple afinidad entre el cuerpo y el Espíritu, afinidad que siempre está en proporción con el predominio que, durante la vida, el Espíritu ha dado a la materia.

Es razonable comprender, en efecto, que cuanto más se ha identificado el Espíritu con la materia, más le cuesta separarse de ella; mientras que la actividad intelectual y moral y la elevación de los pensamientos producen un comienzo de desprendimiento incluso durante la vida del cuerpo y, cuando llega la muerte, este es casi instantáneo.

Tal es el resultado de los estudios realizados sobre todos los individuos observados en el momento de la muerte. Estas observaciones demuestran también que la afinidad que, en ciertos individuos, persiste entre el alma y el cuerpo es a veces muy penosa, pues el Espíritu puede experimentar el horror de la descomposición.

Este caso es excepcional y propio de ciertos géneros de vida y de ciertos tipos de muerte; se presenta en algunas personas que se han suicidado.

156. **¿Puede tener lugar la separación definitiva del alma y del cuerpo antes de que cese por completo la vida orgánica?**

> «Durante la agonía, a veces el alma ya ha abandonado el cuerpo: solo queda la vida orgánica. El hombre ya no tiene conciencia de sí mismo y, sin embargo, todavía le queda un soplo de vida. El cuerpo es una máquina que el corazón pone en movimiento; existe mientras el corazón hace circular la sangre por las venas, y no necesita del alma para ello».

157. **En el momento de la muerte, ¿tiene a veces el alma una aspiración o un éxtasis que le permite entrever el mundo al que va a regresar?**

> «A menudo el alma siente que se rompen los lazos que la unen al cuerpo; entonces hace todos los esfuerzos posibles para romperlos por completo. Ya parcialmente desprendida de la materia, ve el porvenir desplegarse ante ella y disfruta, por anticipado, del estado de Espíritu».

158. **El ejemplo de la oruga que primero se arrastra por la tierra, luego se encierra en su crisálida en una muerte aparente para renacer a una existencia brillante, ¿puede darnos una idea de la vida terrestre, después de la tumba y, finalmente, de nuestra nueva existencia?**

> «Una idea en pequeña escala. La imagen es buena; sin embargo, no habría que tomarla al pie de la letra, como os sucede a menudo».

159. **¿Qué sensación experimenta el alma en el momento en que toma conciencia de su situación en el mundo de los Espíritus?**

> «Depende; si has hecho el mal con el deseo de hacerlo, en el primer momento te sientes muy avergonzado de haberlo hecho. Para el justo es muy diferente: el alma se siente como aliviada de un gran peso, pues no teme ninguna mirada escrutadora».

160. **¿Vuelve el Espíritu a encontrar inmediatamente a quienes conoció en la tierra y murieron antes que él?**

> «Sí, según el afecto que les tenía y el que ellos le tenían; a menudo vienen a recibirlo a su regreso al mundo de los Espíritus y lo ayudan a desprenderse de las envolturas de la materia; también hay muchos a quienes vuelve a encontrar y a quienes había perdido de vista durante su estancia en la tierra; ve a los que están errantes; a los que están encarnados, va a visitarlos».

161. **En la muerte violenta y accidental, cuando los órganos aún no han sido debilitados por la edad o las enfermedades, ¿la separación del alma y el cese de la vida tienen lugar simultáneamente?**

> «Generalmente es así, pero, en todos los casos, el intervalo que los separa es muy corto».

162. **Después de la decapitación, por ejemplo, ¿conserva el hombre durante algunos instantes la conciencia de sí mismo?**

> «A menudo la conserva durante algunos minutos, hasta que la vida orgánica se extingue por completo. Pero también sucede a menudo que el temor a la muerte le ha hecho perder esa conciencia antes del momento del suplicio».

Aquí solo se trata de la conciencia que el ajusticiado puede tener de sí mismo como hombre y por medio de los órganos, y no como Espíritu. Si no ha perdido esa conciencia antes del suplicio, puede, por tanto, conservarla algunos instantes, aunque de muy corta duración, y esta cesa necesariamente con la vida orgánica del cerebro, lo que no implica por ello que el periespíritu esté enteramente desprendido del cuerpo; al contrario, en todos los casos de muerte violenta, cuando esta no se produce por la extinción gradual de las fuerzas vitales, los lazos que unen el cuerpo al periespíritu son más tenaces y el desprendimiento completo es más lento.

Turbación del Espíritu

163. **Al abandonar el cuerpo, ¿tiene el alma inmediatamente conciencia de sí misma?**

> «Conciencia inmediata no es la expresión adecuada; permanece algún tiempo en la turbación».

164. **¿Experimentan todos los Espíritus, en el mismo grado y durante el mismo tiempo, la turbación que sigue a la separación del alma y del cuerpo?**

> «No, eso depende de su elevación. El que ya está purificado toma conciencia de su situación casi inmediatamente, porque ya se ha desprendido de la materia durante la vida del cuerpo, mientras que el hombre carnal, aquel cuya conciencia no es pura, conserva mucho más tiempo la impresión de esa materia».

165. ¿Ejerce el conocimiento del espiritismo alguna influencia sobre la duración, más o menos larga, de la turbación?

> «Una influencia muy grande, puesto que el Espíritu comprendía de antemano su situación; pero la práctica del bien y la conciencia pura son lo que más influencia tiene».

En el momento de la muerte, al principio todo es confuso; el alma necesita algún tiempo para tomar conciencia de su situación; está como aturdida, en el estado de un hombre que sale de un sueño profundo y trata de darse cuenta de su situación. La lucidez de las ideas y la memoria del pasado le vuelven a medida que se borra la influencia de la materia de la que acaba de desprenderse y se disipa la especie de niebla que oscurece sus pensamientos. La duración de la turbación que sigue a la muerte es muy variable; puede ser de unas pocas horas, de varios meses e incluso de varios años. Aquellos en quienes dura menos son los que se han identificado en vida con su estado futuro, porque entonces comprenden inmediatamente su situación. Esta turbación presenta circunstancias particulares según el carácter de los individuos y, sobre todo, según el tipo de muerte. En las muertes violentas, por suicidio, suplicio, accidente, apoplejía, heridas, etc., el Espíritu se sorprende, se asombra y no cree estar muerto; lo sostiene con obstinación; sin embargo, ve su cuerpo, sabe que ese cuerpo es el suyo y no comprende que esté separado de él; se acerca a las personas a las que quiere, les habla y no entiende por qué no lo oyen. Esta ilusión dura hasta el completo desprendimiento del periespíritu; solo entonces el Espíritu toma conciencia de su situación y comprende que ya no forma parte de los vivos. Este fenómeno se explica fácilmente. Sorprendido de improviso por la muerte, el Espíritu está aturdido por el cambio brusco que se ha producido en él; para él, la muerte sigue siendo sinónimo de destrucción, de aniquilación; ahora bien, como piensa, ve y oye, a su entender no está muerto; lo que aumenta su ilusión es que se ve con un cuerpo semejante al anterior en su forma, pero cuya naturaleza etérea aún no ha tenido tiempo de estudiar; lo cree sólido y compacto

como el primero; y, cuando se le llama la atención sobre este punto, se asombra de no poder palparse. Este fenómeno es análogo al de quienes experimentan por primera vez el sonambulismo y no creen estar dormidos. Para ellos, el sueño es sinónimo de suspensión de las facultades; ahora bien, como piensan libremente y ven, para ellos no están dormidos. Algunos Espíritus presentan esta particularidad, aunque la muerte no haya llegado de improviso; pero siempre es más común en quienes, aunque estaban enfermos, no pensaban en morir. Se ve entonces el singular espectáculo de un Espíritu que asiste a su cortejo fúnebre como al de un extraño y habla de él como de algo que no le concierne, hasta el momento en que comprende la verdad. La turbación que sigue a la muerte no tiene nada de penoso para el hombre de bien; es tranquila y del todo semejante a la que acompaña un despertar apacible. Para aquel cuya conciencia no es pura, está llena de ansiedad y de angustias que aumentan a medida que toma conciencia de su situación. En los casos de muerte colectiva, se ha observado que todos los que perecen al mismo tiempo no siempre vuelven a verse inmediatamente. En la turbación que sigue a la muerte, cada uno va por su lado o solo se preocupa por aquellos que le interesan.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. IV — PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS

✦

De la reencarnación

166. **¿Cómo puede el alma, que no ha alcanzado la perfección durante la vida corporal, acabar de purificarse?**

> «Sometiéndose a la prueba de una nueva existencia».

– ¿Cómo cumple el alma esta nueva existencia? ¿Mediante su transformación como Espíritu?

> «El alma, al purificarse, experimenta sin duda una transformación, pero para ello necesita la prueba de la vida corporal».

– ¿Tiene entonces el alma varias existencias corporales?

> «Sí, todos tenemos varias existencias. Quienes dicen lo contrario quieren manteneros en la ignorancia en que ellos mismos se encuentran; ese es su deseo».

– De este principio parece desprenderse que el alma, después de abandonar un cuerpo, toma otro; en otras palabras, que se reencarna en un nuevo cuerpo; ¿es así como debe entenderse?

> «Es evidente».

167. **¿Cuál es el propósito de la reencarnación?**

> «Expiación, mejora progresiva de la humanidad; sin eso, ¿dónde estaría la justicia?»

168. **¿Es limitado el número de existencias corporales, o el Espíritu se reencarna perpetuamente?**

> «En cada nueva existencia, el Espíritu da un paso por la vía del progreso; cuando se ha despojado de todas sus impurezas, ya no necesita las pruebas de la vida corporal».

169. **¿Es el mismo el número de encarnaciones para todos los Espíritus?**

> «No; quien avanza deprisa se ahorra pruebas. No obstante, estas encarnaciones sucesivas son siempre muy numerosas, pues el progreso es casi infinito».

170. **¿Qué llega a ser el Espíritu después de su última encarnación?**

> «Un Espíritu bienaventurado; es un Espíritu puro».

Justicia de la reencarnación

171. ¿En qué se funda el dogma de la reencarnación?

> «En la justicia de Dios y en la revelación, pues os lo repetimos sin cesar: un buen padre siempre deja a sus hijos una puerta abierta al arrepentimiento. ¿No te dice la razón que sería injusto privar para siempre de la felicidad eterna a todos aquellos cuya mejora no ha dependido de ellos? ¿Acaso no son todos los hombres hijos de Dios? Solo entre los hombres egoístas se encuentran la iniquidad, el odio implacable y los castigos sin remisión».

Todos los Espíritus tienden a la perfección, y Dios les proporciona los medios para alcanzarla mediante las pruebas de la vida corporal; pero, en su justicia, les reserva la posibilidad de realizar, en nuevas existencias, lo que no pudieron hacer o terminar en una primera prueba. No sería conforme ni a la equidad ni a la bondad de Dios castigar para siempre a quienes hayan podido encontrar obstáculos para su mejora ajenos a su voluntad, y en el propio medio en que se encuentran. Si el destino del hombre quedara irrevocablemente fijado después de su muerte, Dios no habría pesado las acciones de todos en la misma balanza ni los habría tratado con imparcialidad. La doctrina de la reencarnación, es decir, la que consiste en admitir para el hombre varias existencias sucesivas, es la única que responde a la idea que nos hacemos de la justicia de Dios hacia los hombres que se encuentran en una condición moral inferior, la única que puede explicarnos el porvenir y dar fundamento a nuestras esperanzas, puesto que nos ofrece el medio de reparar nuestros errores mediante nuevas pruebas. La razón nos lo indica y los Espíritus nos lo enseñan. El hombre que tiene conciencia de su inferioridad encuentra en la doctrina de la reencarnación una esperanza consoladora. Si cree en la justicia de Dios, no puede esperar ser por toda la eternidad igual a quienes han obrado mejor que él. La idea de que esta inferioridad no lo priva para siempre del bien supremo,

y de que podrá conquistarlo mediante nuevos esfuerzos, lo sostiene y reanima su valor. ¿Quién, al término de su carrera, no lamenta haber adquirido demasiado tarde una experiencia que ya no puede aprovechar? Esta experiencia tardía no se pierde; la aprovechará en una nueva vida.

Encarnación en los diferentes mundos

172. ¿Se cumplen todas nuestras diferentes existencias corporales en la Tierra?

> «No, no todas, sino en los diferentes mundos: la de aquí abajo no es la primera ni la última, y es una de las más materiales y de las más alejadas de la perfección».

173. ¿Pasa el alma de un mundo a otro en cada nueva existencia corporal, o puede cumplir varias en el mismo globo?

> «Puede volver a vivir varias veces en el mismo globo si no está lo bastante adelantada para pasar a un mundo superior».

– ¿Podemos, entonces, reaparecer varias veces en la Tierra?

> «Ciertamente».

– ¿Podemos volver a ella después de haber vivido en otros mundos?

> «Sin duda; ya habéis podido vivir en otros lugares y en la Tierra».

174. ¿Es necesario volver a vivir en la Tierra?

> «No; pero si no avanzáis, podéis ir a otro mundo que no sea mejor y que puede ser peor».

175. **¿Hay alguna ventaja en volver a habitar en la Tierra?**

> «Ninguna ventaja particular, a menos que se esté en ella en misión; entonces se avanza, allí como en cualquier otro lugar».

– ¿No se sería más feliz permaneciendo como Espíritu?

> «¡No, no! Se permanecería estancado, y se quiere avanzar hacia Dios».

176. **¿Pueden los Espíritus, después de haber estado encarnados en otros mundos, encarnarse en este sin haber aparecido nunca en él?**

> «Sí, como vosotros en los demás. Todos los mundos son solidarios: lo que no se cumple en uno se cumple en otro».

– ¿Hay, pues, hombres que están en la Tierra por primera vez?

> «Los hay en gran número y en diversos grados».

– ¿Se puede reconocer por alguna señal cuándo un Espíritu se encuentra en su primera aparición en la Tierra?

> «Eso no tendría ninguna utilidad».

177. **Para alcanzar la perfección y la felicidad suprema, que es el fin último de todos los hombres, ¿debe el Espíritu pasar por la sucesión de todos los mundos que existen en el universo?**

> «No, pues hay muchos mundos que se encuentran en el mismo grado y en los que el Espíritu no aprendería nada nuevo».

– ¿Cómo explicar entonces la pluralidad de sus existencias en el mismo globo?

> «Puede encontrarse en él cada vez en situaciones muy diferentes, que son para él otras tantas ocasiones de adquirir experiencia».

178. **¿Pueden los Espíritus volver a vivir corporalmente en un mundo relativamente inferior a aquel en el que ya han vivido?**

> «Sí, cuando tienen que cumplir una misión para ayudar al progreso, y entonces aceptan con alegría las tribulaciones de esa existencia, porque les proporcionan un medio de avanzar».

– ¿No puede suceder esto también como expiación, y no puede Dios enviar a Espíritus rebeldes a mundos inferiores?

> «Los Espíritus pueden permanecer estancados, pero no retroceden, y entonces su castigo consiste en no avanzar y en recomenzar las existencias mal empleadas en el medio que corresponde a su naturaleza».

– ¿Quiénes deben recomenzar la misma existencia?

> «Quienes fallan en su misión o en sus pruebas».

179. **¿Han llegado todos los seres que habitan en cada mundo al mismo grado de perfección?**

> «No; es como en la Tierra: los hay más o menos adelantados».

180. **Al pasar de este mundo a otro, ¿conserva el Espíritu la inteligencia que tenía en este?**

> «Sin duda, la inteligencia no se pierde, pero puede no tener los mismos medios para manifestarla; eso depende de su superioridad y del estado del cuerpo que tomará». (Véase Influencia del organismo).

181. **¿Tienen los seres que habitan en los diferentes mundos cuerpos semejantes a los nuestros?**

> «Sin duda tienen cuerpos, porque es necesario que el Espíritu esté revestido de materia para actuar sobre la materia; pero esta envoltura es más o menos material según el grado de pureza al que hayan llegado los Espíritus, y eso es lo que establece la diferencia entre los mundos que debemos recorrer; pues hay varias moradas en la casa de nuestro Padre y, por tanto, varios grados. Unos lo saben y tienen conciencia de ello en esta Tierra, y a otros no les sucede en absoluto lo mismo».

182. ¿Podemos conocer exactamente el estado físico y moral de los diferentes mundos?

> «Nosotros, los Espíritus, solo podemos responder según el grado en que os encontráis; es decir, no debemos revelar estas cosas a todos, porque no todos están en condiciones de comprenderlas y eso los perturbaría».

A medida que el Espíritu se purifica, el cuerpo del que se reviste se acerca también a la naturaleza espiritual. La materia es menos densa, ya no se arrastra penosamente por la superficie del suelo, las necesidades físicas son menos groseras, los seres vivos ya no necesitan destruirse unos a otros para alimentarse. El Espíritu es más libre y tiene, respecto de las cosas lejanas, percepciones que nos son desconocidas; ve con los ojos del cuerpo lo que nosotros solo vemos con el pensamiento. La purificación de los Espíritus produce el perfeccionamiento moral de los seres en los que están encarnados. Las pasiones animales se debilitan y el egoísmo deja paso al sentimiento fraternal. Así, en los mundos superiores a la Tierra, las guerras son desconocidas; los odios y las discordias carecen de objeto, porque nadie piensa en perjudicar a su semejante. La intuición que tienen de su porvenir y la seguridad que les da una conciencia libre de remordimientos hacen que la muerte no les cause ninguna aprensión; la ven llegar sin temor y como una simple transformación. La duración de la vida en los diferentes mundos parece ser proporcional al grado de superioridad física y moral de esos mundos, y esto es perfectamente racional. Cuanto menos material es el cuerpo, menos sujeto está a las vicisitudes que lo desorganizan; cuanto más puro es el Espíritu, menos pasiones tiene que lo consuman. Este es también un beneficio de la Providencia, que quiere así abreviar los sufrimientos.

183. **Al pasar de un mundo a otro, ¿pasa el Espíritu por una nueva infancia?**

> «La infancia es en todas partes una transición necesaria, pero no es en todas partes tan torpe como entre vosotros».

184. **¿Puede el Espíritu elegir el nuevo mundo que debe habitar?**

> «No siempre, pero puede pedirlo y puede obtenerlo si lo merece; pues los mundos solo son accesibles a los Espíritus según el grado de su elevación».

– Si el Espíritu no pide nada, ¿qué determina el mundo en el que será reencarnado?

> «El grado de su elevación».

185. **¿Es perpetuamente el mismo el estado físico y moral de los seres vivos en cada globo?**

> «No; los mundos también están sometidos a la ley del progreso. Todos comenzaron, como el vuestro, por encontrarse en un estado inferior, y la propia Tierra experimentará una transformación semejante; se convertirá en un paraíso terrenal cuando los hombres se hayan vuelto buenos».

Así, las razas que pueblan hoy la Tierra desaparecerán un día y serán reemplazadas por seres cada vez más perfectos; estas razas transformadas sucederán a la raza actual, como esta ha sucedido a otras aún más groseras.

186. **¿Hay mundos en los que el Espíritu, al dejar de habitar un cuerpo material, ya no tiene otra envoltura que el periespíritu?**

> «Sí, y esta misma envoltura se vuelve tan etérea que para vosotros es como si no existiera; ese es entonces el estado de los Espíritus puros».

– De ello parece desprenderse que no hay una demarcación tajante entre el estado de las últimas encarnaciones y el de Espíritu puro.

> «Esa demarcación no existe; la diferencia, al borrarse poco a poco, se vuelve imperceptible, como la noche que se desvanece ante las primeras luces del día».

187. **¿Es la sustancia del periespíritu la misma en todos los globos?**

> «No; es más o menos etérea. Al pasar de un mundo a otro, el Espíritu se reviste de la materia propia de cada uno; esto dura tan poco como un relámpago».

188. **¿Habitan los Espíritus puros en mundos especiales, o están en el espacio universal sin estar ligados a un globo más que a otro?**

> «Los Espíritus puros habitan en ciertos mundos, pero no están confinados en ellos como los hombres en la Tierra; pueden, mejor que los demás, estar en todas partes».

Transmigración progresiva

189. **Desde el principio de su formación, ¿goza el Espíritu de la plenitud de sus facultades?**

> «No, pues el Espíritu, como el hombre, también tiene su infancia. En su origen, los Espíritus solo tienen una existencia instintiva y apenas tienen conciencia de sí mismos y de sus actos; la inteligencia solo se desarrolla poco a poco».

190. **¿Cuál es el estado del alma en su primera encarnación?**

> «El estado de la infancia en la vida corporal; su inteligencia apenas comienza a manifestarse: ensaya la vida».

191. **¿Son las almas de nuestros salvajes almas en estado de infancia?**

> «Infancia relativa; pero son almas ya desarrolladas; tienen pasiones».

– **¿Son, pues, las pasiones un signo de desarrollo?**

> «De desarrollo, sí, pero no de perfección; son un signo de actividad y de la conciencia del yo; mientras que en el alma primitiva la inteligencia y la vida se encuentran en estado de germen».

La vida del Espíritu, en su conjunto, recorre las mismas fases que vemos en la vida corporal; pasa gradualmente del estado de embrión al de la infancia, para llegar, mediante una sucesión de períodos, al estado adulto, que es el de la perfección, con la diferencia de que no tiene declive ni decrepitud como en la vida corporal; de que su vida, que tuvo un comienzo, no tendrá fin; de que necesita un tiempo inmenso, desde nuestro punto de vista, para pasar de la infancia espiritual a un desarrollo completo, y su progreso se realiza pasando por diversos mundos. La vida del Espíritu se compone así de una serie de existencias corporales, cada una de las cuales es para él una ocasión de progreso, del mismo modo que cada existencia corporal se compone de una serie de días, en cada uno de los cuales el hombre adquiere más experiencia e instrucción. Pero, así como en la vida del hombre hay días que no dan ningún fruto, en la del Espíritu hay existencias corporales que no dan resultado, porque no ha sabido aprovecharlas.

192. **¿Se puede, ya en esta vida, mediante una conducta perfecta, superar todos los grados y convertirse en Espíritu puro sin pasar por otros estados intermedios?**

> «No, pues lo que el hombre cree perfecto está lejos de la perfección; hay cualidades que desconoce y que no puede comprender. Puede ser tan perfecto como lo permita su naturaleza terrestre, pero eso no es la perfección absoluta. Del mismo modo, un niño, por precoz que sea, debe pasar por la juventud antes de llegar a la edad madura; también el enfermo pasa por la convalecencia antes de recobrar por completo la salud. Además, el Espíritu debe avanzar en conocimiento y en moralidad; si solo ha progresado en un sentido, tiene que progresar en otro para alcanzar lo alto de la escala; pero cuanto más avanza el hombre en su vida presente, menos largas y penosas son las pruebas siguientes».

– **¿Puede el hombre al menos asegurarse ya en esta vida una existencia futura menos llena de amargura?**

> «Sí, sin duda, puede acortar el camino y disminuir sus dificultades. Solo el despreocupado se encuentra siempre en el mismo punto».

193. **¿Puede un hombre, en sus nuevas existencias, descender más bajo de lo que estaba?**

> «En cuanto a posición social, sí; como Espíritu, no».

194. **¿Puede el alma de un hombre de bien, en una nueva encarnación, animar el cuerpo de un malvado?**

> «No, puesto que no puede degenerar».

– ¿Puede el alma de un hombre perverso convertirse en la de un hombre de bien?

> «Sí, si se ha arrepentido, y entonces es una recompensa».

La marcha de los Espíritus es progresiva y nunca retrógrada; se elevan gradualmente en la jerarquía y no descienden del rango que han alcanzado. En sus diferentes existencias corporales pueden descender como hombres, pero no como Espíritus.

Así, el alma de un poderoso de la tierra puede animar más tarde al más humilde artesano, y viceversa; pues los rangos entre los hombres suelen estar en razón inversa a la elevación de los sentimientos morales. Herodes era rey, y Jesús, carpintero.

195. **¿No puede la posibilidad de mejorar en otra existencia llevar a ciertas personas a perseverar en un mal camino, pensando que siempre podrán corregirse más tarde?**

> «Quien piensa así no cree en nada, y la idea de un castigo eterno tampoco lo detiene, porque su razón la rechaza, y esta idea conduce a la incredulidad en todas las cosas. Si solo se hubieran empleado medios racionales para guiar a los hombres, no habría tantos escépticos. Un Espíritu imperfecto puede, en efecto, pensar como dices durante su vida corporal; pero, una vez liberado de la materia, piensa de otro modo, pues pronto se da cuenta de que ha calculado mal, y es entonces cuando lleva un sentimiento contrario a una nueva existencia. Así se realiza el progreso, y por eso tenéis en la tierra hombres más avanzados que otros; unos ya tienen una experiencia que otros aún no poseen, pero que adquirirán poco a poco. De ellos depende acelerar su progreso o retrasarlo indefinidamente».

El hombre que se encuentra en una mala situación desea cambiarla lo antes posible. Quien está convencido de que las tribulaciones de esta vida son consecuencia de sus imperfecciones buscará asegurarse una nueva existencia menos penosa; y este pensamiento lo apartará del camino del mal más que el del fuego eterno en el que no cree.

196. **Si los Espíritus solo pueden mejorar pasando por las tribulaciones de la existencia corporal, ¿se deduciría de ello que la vida material es una especie de tamiz o lugar de purificación por el que deben pasar los seres del mundo espiritual para llegar a la perfección?**

> «Sí, así es. Mejoran en esas pruebas evitando el mal y practicando el bien. Pero solo después de varias encarnaciones o purificaciones sucesivas alcanzan, en un tiempo más o menos largo, según sus esfuerzos, el fin al que aspiran».

– ¿Es el cuerpo el que influye en el Espíritu para mejorarlo, o el Espíritu el que influye en el cuerpo?

> «Tu Espíritu lo es todo; tu cuerpo es una vestidura que se pudre: eso es todo».

Encontramos una comparación material de los diferentes grados de purificación del alma en el jugo de la vid. Contiene el licor llamado espíritu o alcohol, pero debilitado por una multitud de materias extrañas que alteran su esencia; solo llega a la pureza absoluta después de varias destilaciones, en cada una de las cuales se desprende de alguna impureza.

El alambique es el cuerpo en el que debe entrar para purificarse; las materias extrañas son como el periespíritu, que también se purifica a medida que el Espíritu se acerca a la perfección.

Destino de los niños después de la muerte

197. **¿Está el Espíritu de un niño que muere a una edad temprana tan avanzado como el de un adulto?**

> «A veces mucho más, pues puede haber vivido mucho más y tener más experiencia, sobre todo si ha progresado».

– ¿Puede, entonces, el Espíritu de un niño estar más avanzado que el de su padre?

> «Eso es muy frecuente; ¿no lo veis a menudo vosotros mismos en la tierra?»

198. **Puesto que el niño que muere a una edad temprana no ha podido hacer el mal, ¿pertenece su Espíritu a los grados superiores?**

> «Si no ha hecho el mal, tampoco ha hecho el bien, y Dios no lo exime de las pruebas por las que debe pasar. Si es puro, no es porque fuera niño, sino porque estaba más avanzado».

199. **¿Por qué la vida se interrumpe a menudo ya en la infancia?**

> «La duración de la vida del niño puede ser, para el Espíritu encarnado en él, el complemento de una existencia interrumpida antes del término previsto, y su muerte es a menudo una prueba o una expiación para los padres».

– ¿Qué ocurre con el Espíritu de un niño que muere a una edad temprana?

> «Comienza de nuevo otra existencia».

Si el hombre solo tuviera una existencia, y si después de ella su destino futuro quedara fijado para la eternidad, ¿qué mérito tendría la mitad de la especie humana que muere a una edad temprana para gozar sin esfuerzos de la felicidad eterna, y con qué derecho quedaría eximida de las condiciones, a menudo tan duras, impuestas a la otra mitad? Tal orden de cosas no podría estar de acuerdo con la justicia de Dios. Por la reencarnación, la igualdad es para todos; el porvenir pertenece a todos sin excepción y sin favoritismo para ninguno; quienes llegan los últimos solo pueden culparse a sí mismos. El hombre debe tener el mérito de sus actos, así como tiene su responsabilidad. Por otra parte, no es racional considerar la infancia como un estado normal de inocencia. ¿No se ven niños dotados de los peores instintos a una edad en que la educación aún no ha podido ejercer su influencia? ¿No se ven algunos que parecen traer al nacer la astucia, la falsedad, la perfidia, incluso el instinto del robo y del asesinato, a pesar de los buenos ejemplos que los rodean? La ley civil absuelve sus malas acciones porque, según dice, han actuado sin discernimiento; tiene razón, porque en efecto actúan más por instinto que de forma deliberada; pero ¿de dónde pueden provenir esos instintos tan diferentes en niños de la misma edad, criados en las mismas condiciones y sometidos a las mismas influencias? ¿De dónde viene esa perversidad precoz, si no es de la inferioridad del Espíritu, ya que la educación no tiene nada que ver con ella? Quienes son

viciosos lo son porque su espíritu ha progresado menos, y entonces sufre las consecuencias, no por sus actos de niño, sino por los de sus existencias anteriores, y así la ley es la misma para todos, y la justicia de Dios alcanza a todo el mundo.

Sexos entre los Espíritus

200. ¿Tienen sexo los Espíritus?

> «No como vosotros lo entendéis, pues los sexos dependen de la organización. Entre ellos hay amor y simpatía, pero fundados en la semejanza de los sentimientos».

201. ¿Puede el Espíritu que ha animado el cuerpo de un hombre, en una nueva existencia, animar el de una mujer, y recíprocamente?

> «Sí, son los mismos Espíritus los que animan a los hombres y a las mujeres».

202. Cuando se es Espíritu, ¿se prefiere encarnar en el cuerpo de un hombre o en el de una mujer?

> «Eso importa poco al Espíritu; depende de las pruebas por las que debe pasar».

Los Espíritus encarnan como hombres o mujeres porque no tienen sexo; como deben progresar en todo, cada sexo, al igual que cada posición social, les ofrece pruebas y deberes especiales y la ocasión de adquirir experiencia. Quien fuera siempre hombre solo sabría lo que saben los hombres.

Parentesco, filiación

203. **¿Transmiten los padres a sus hijos una porción de su alma, o solo les dan la vida animal, a la que un alma nueva viene más tarde a añadir la vida moral?**

> «Solo la vida animal, pues el alma es indivisible. Un padre de poca inteligencia puede tener hijos inteligentes, y viceversa».

204. **Puesto que hemos tenido varias existencias, ¿se remonta el parentesco más allá de nuestra existencia actual?**

> «No puede ser de otro modo. La sucesión de las existencias corporales establece entre los Espíritus lazos que se remontan a vuestras existencias anteriores; de ahí provienen a menudo las causas de simpatía entre vosotros y ciertos Espíritus que os parecen extraños».

205. **A los ojos de algunas personas, la doctrina de la reencarnación parece destruir los lazos de familia al hacerlos remontar más allá de la existencia actual.**

> «Los amplía, pero no los destruye. Como el parentesco se funda en afectos anteriores, los lazos que unen a los miembros de una misma familia son menos precarios. Aumenta los deberes de la fraternidad, puesto que en vuestro vecino o en vuestro sirviente puede encontrarse un Espíritu que estuvo unido a vosotros por los lazos de la sangre».

– Sin embargo, disminuye la importancia que algunos atribuyen a su filiación, puesto que se puede haber tenido por padre a un Espíritu que perteneció a una raza completamente distinta o que vivió en una condición muy diferente.

> «Es cierto, pero esa importancia se funda en el orgullo; lo que la mayoría honra en sus antepasados son los títulos, el rango y la fortuna. Hay quien se sonrojaría de haber tenido por abuelo a un zapatero honrado y se jactaría de descender de un noble libertino. Pero, digan lo que digan y hagan lo que hagan, no impedirán que las cosas sean como son, pues Dios no ha ajustado las leyes de la naturaleza a su vanidad».

206. **Del hecho de que no haya filiación entre los Espíritus de los descendientes de una misma familia, ¿se deduce que el culto a los antepasados sea algo ridículo?**

> «Por supuesto que no, pues uno debe sentirse feliz de pertenecer a una familia en la que se han encarnado Espíritus elevados. Aunque los Espíritus no procedan unos de otros, no por ello sienten menos afecto por quienes están unidos a ellos por los lazos de familia, pues esos Espíritus suelen ser atraídos a una u otra familia por razones de afinidad o por vínculos anteriores; pero tened por seguro que los Espíritus de vuestros antepasados no se sienten en absoluto honrados por el culto que les rendís por orgullo; su mérito solo redunda en vosotros en la medida en que os esforzáis por seguir los buenos ejemplos que os han dado, y solo entonces vuestro recuerdo puede serles no solo agradable, sino incluso útil».

Semejanzas físicas y morales

207. **Los padres suelen transmitir a sus hijos un parecido físico. ¿Les transmiten también una semejanza moral?**

> «No, puesto que tienen almas o Espíritus diferentes. El cuerpo procede del cuerpo, pero el Espíritu no procede del Espíritu. Entre los descendientes de las razas solo hay consanguinidad».

– ¿De dónde vienen las semejanzas morales que a veces existen entre los padres y sus hijos?

> «Son Espíritus afines atraídos por la semejanza de sus inclinaciones».

208. **¿El Espíritu de los padres no ejerce influencia sobre el del niño después de su nacimiento?**

> «Ejerce una influencia muy grande; como hemos dicho, los Espíritus deben contribuir al progreso unos de otros. Pues bien, el Espíritu de los padres tiene la misión de desarrollar el de sus hijos mediante la educación; es una tarea que le corresponde: si falta a ella, es culpable».

209. **¿Por qué unos padres buenos y virtuosos dan nacimiento a hijos de naturaleza perversa? En otras palabras, ¿por qué las buenas cualidades de los padres no atraen siempre, por afinidad, a un buen Espíritu para animar a su hijo?**

> «Un mal Espíritu puede pedir unos buenos padres con la esperanza de que sus consejos lo encaminen por una vía mejor, y a menudo Dios se lo confía».

210. **¿Pueden los padres, mediante sus pensamientos y sus oraciones, atraer al cuerpo del niño a un buen Espíritu en vez de a un Espíritu inferior?**

> «No, pero pueden mejorar al Espíritu del niño al que han dado nacimiento y que les ha sido confiado: ese es su deber; los malos hijos son una prueba para los padres».

211. **¿De dónde viene la semejanza de carácter que suele existir entre dos hermanos, sobre todo entre los gemelos?**

> «Son Espíritus afines que se acercan por la semejanza de sus sentimientos y que son felices estando juntos».

212. **En los niños cuyos cuerpos están unidos y que tienen ciertos órganos en común, ¿hay dos Espíritus, es decir, dos almas?**

> «Sí, pero su semejanza hace que a menudo sean uno solo a vuestros ojos».

213. **Puesto que los Espíritus se encarnan en los gemelos por afinidad, ¿de dónde viene la aversión que a veces se observa entre ellos?**

> «No es una regla que los gemelos solo tengan Espíritus afines; unos Espíritus malos pueden querer luchar juntos en el escenario de la vida».

214. **¿Qué pensar de las historias de niños que luchan en el seno de su madre?**

> «¡Es una figura! Para expresar que su odio estaba arraigado, se lo hace remontar a antes de su nacimiento. En general, no tenéis suficientemente en cuenta las figuras poéticas».

215. **¿De dónde viene el carácter distintivo que se observa en cada pueblo?**

> «Los Espíritus también tienen familias formadas por la semejanza de sus inclinaciones, más o menos depuradas según su elevación. Pues bien, un pueblo es una gran familia en la que se reúnen Espíritus afines. La tendencia de los miembros de esas familias a unirse es el origen de la semejanza que existe en el carácter distintivo de cada pueblo. ¿Crees que unos Espíritus buenos y humanos buscarán un pueblo duro y grosero? No; los Espíritus sienten afinidad con las masas, como la sienten con los individuos; allí están en su medio».

216. **¿Conserva el hombre, en sus nuevas existencias, huellas del carácter moral de sus existencias anteriores?**

> «Sí, eso puede suceder; pero al mejorar, cambia. Su posición social también puede dejar de ser la misma; si de amo pasa a ser esclavo, sus gustos serán muy diferentes y os costaría reconocerlo. Como el Espíritu es el mismo en las diversas encarnaciones, sus manifestaciones pueden presentar ciertas analogías de una a otra, modificadas, sin embargo, por los hábitos de su nueva posición, hasta que un perfeccionamiento notable haya cambiado por completo su carácter, pues de orgulloso y malvado puede volverse humilde y humano si se ha arrepentido».

217. ¿Conserva el hombre, en sus diferentes encarnaciones, huellas del carácter físico de sus existencias anteriores?

> «El cuerpo se destruye y el nuevo no tiene relación alguna con el anterior. Sin embargo, el Espíritu se refleja en el cuerpo; ciertamente, el cuerpo solo es materia, pero aun así se moldea según las capacidades del Espíritu, que le imprime cierto carácter, principalmente en el rostro, y con razón se ha llamado a los ojos el espejo del alma; es decir, el rostro, más particularmente, refleja el alma; pues una persona sumamente fea tiene, sin embargo, algo que agrada cuando es la envoltura de un Espíritu bueno, sabio y humano, mientras que hay rostros muy bellos que no te hacen sentir nada y por los que incluso sientes repulsión. Podrías creer que solo los cuerpos bien formados son la envoltura de los Espíritus más perfectos, cuando todos los días encuentras personas de bien bajo una apariencia deforme. Sin que haya un parecido marcado, la semejanza de gustos e inclinaciones puede dar, por tanto, lo que se llama un aire de familia».

Como el cuerpo que reviste el alma en una nueva encarnación no tiene ninguna relación necesaria con el que ha dejado, puesto que puede recibirlo de un linaje completamente distinto, sería absurdo deducir una sucesión de existencias a partir de un parecido que solo es fortuito. No obstante, las cualidades del Espíritu modifican a menudo los órganos que sirven a sus manifestaciones e imprimen en el rostro, e incluso en el conjunto de los modales, un sello distintivo. Así, bajo la envoltura más humilde puede encontrarse la expresión de la grandeza y de la dignidad, mientras que bajo el traje del gran señor se ve a veces la de la bajeza y la ignominia. Algunas personas que proceden de la condición más baja adop-

tan sin esfuerzo los hábitos y los modales de la alta sociedad. Parece que vuelven a encontrar en ella su elemento, mientras que otras, pese a su nacimiento y su educación, siempre están fuera de lugar. ¿Cómo explicar este hecho sino como un reflejo de lo que ha sido el Espíritu?

Ideas innatas

218. **¿El Espíritu encarnado no conserva ninguna huella de las percepciones que ha tenido y de los conocimientos que ha adquirido en sus existencias anteriores?**

> «Le queda un vago recuerdo que le da lo que se llama ideas innatas».

– ¿La teoría de las ideas innatas no es, entonces, una quimera?

> «No, los conocimientos adquiridos en cada existencia no se pierden; el Espíritu, libre de la materia, siempre los recuerda. Durante la encarnación puede olvidarlos en parte momentáneamente, pero la intuición que le queda de ellos ayuda a su progreso; sin eso, siempre habría que volver a empezar. En cada nueva existencia, el Espíritu toma como punto de partida aquel en el que se había quedado en su existencia anterior».

– ¿Debe haber, por tanto, una gran conexión entre dos existencias sucesivas?

> «No siempre tan grande como podrías creer, pues las posiciones suelen ser muy diferentes y, en el intervalo, el Espíritu puede haber progresado». (216).

219. **¿Cuál es el origen de las facultades extraordinarias de los individuos que, sin estudio previo, parecen tener la intuición de ciertos conocimientos, como las lenguas, el cálculo, etc.?**

> «Recuerdo del pasado; progreso anterior del alma, del que él mismo no tiene conciencia. ¿De dónde quieres que vengan? El cuerpo cambia, pero el Espíritu no cambia, aunque cambie de vestidura».

220. **Al cambiar de cuerpo, ¿se pueden perder ciertas facultades intelectuales, dejar de tener, por ejemplo, el gusto por las artes?**

> «Sí, si se ha mancillado esa inteligencia o se ha hecho mal uso de ella. Además, una facultad puede permanecer dormida durante una existencia porque el Espíritu quiere ejercitar otra que no guarda relación con ella; entonces permanece en estado latente para reaparecer más tarde».

221. **¿Debe el hombre a un recuerdo retrospectivo, incluso en estado salvaje, el sentimiento instintivo de la existencia de Dios y el presentimiento de la vida futura?**

> «Es un recuerdo que ha conservado de lo que sabía como Espíritu antes de encarnarse; pero el orgullo suele ahogar ese sentimiento».

– **¿Se deben a ese mismo recuerdo ciertas creencias relativas a la doctrina espírita que se encuentran en todos los pueblos?**

> «Esta doctrina es tan antigua como el mundo; por eso se encuentra en todas partes, y esa es una prueba de que es verdadera. El Espíritu encarnado, al conservar la intuición de su estado de Espíritu, tiene la conciencia instintiva del mundo invisible, pero a menudo los prejuicios la falsean y la ignorancia mezcla en ella la superstición».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. V — CONSIDERACIONES SOBRE LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS

✦

222. El dogma de la reencarnación, dicen algunas personas, no es nuevo; es una resurrección de Pitágoras. Nunca hemos dicho que la doctrina espírita fuera de invención moderna; como el espiritismo es una ley de la naturaleza, debió de existir desde el origen de los tiempos, y siempre nos hemos esforzado en demostrar que se encuentran sus huellas en la más remota antigüedad. Pitágoras, como se sabe, no es el autor del sistema de la metempsicosis; lo tomó de los filósofos indios y de los egipcios, entre quienes existía desde tiempos inmemoriales. La idea de la transmigración de las almas era, por tanto, una creencia común, admitida por los hombres más eminentes. ¿Por qué vía les llegó? ¿Por revelación o por intuición? No lo sabemos; pero, sea como sea, una idea no atraviesa los siglos ni es aceptada por las inteligencias más destacadas sin tener un aspecto serio. La antigüedad de esta doctrina sería, pues, más bien una prueba que una objeción. Sin embargo, como también se sabe, entre la metempsicosis de los antiguos y la doctrina moderna de la reencarnación existe esta gran diferencia: los Espíritus rechazan de la manera más absoluta la transmigración del hombre a los animales, y viceversa.

Los Espíritus, al enseñar el dogma de la pluralidad de las existencias corporales, renuevan, pues, una doctrina que nació en las primeras edades del mundo y que se ha conservado hasta nuestros días en el pensamiento íntimo de muchas personas; solo que la presentan desde un punto de vista más racional, más conforme con las leyes progresivas de la naturaleza y más en armonía con la sabiduría del Creador, despojándola de todos los elementos accesorios de la superstición. Una circunstancia digna de señalar es que no la han enseñado únicamente en este libro en estos últimos tiempos: ya antes de su publicación se habían obtenido numerosas comunicaciones de la misma naturaleza en diversas regiones, y desde entonces

se han multiplicado considerablemente. Quizá fuera este el momento de examinar por qué no todos los Espíritus parecen estar de acuerdo sobre este punto; volveremos a ello más adelante.

Examinemos la cuestión desde otro punto de vista y, prescindiendo de toda intervención de los Espíritus, dejémoslos de lado por un instante; supongamos que esta teoría no procede de ellos; supongamos incluso que nunca se hubiera hablado de Espíritus. Situémonos, pues, momentáneamente en un terreno neutral, admitiendo con el mismo grado de probabilidad ambas hipótesis, a saber: la pluralidad y la unicidad de las existencias corporales, y veamos hacia qué lado nos llevarán la razón y nuestro propio interés.

Algunas personas rechazan la idea de la reencarnación por el solo motivo de que no les conviene, diciendo que ya tienen bastante con una existencia y que no querrían volver a empezar otra semejante; conocemos a algunas a quienes la sola idea de reaparecer en la tierra hace saltar de furia. Solo tenemos una cosa que preguntarles: si piensan que Dios les ha pedido su parecer y ha consultado sus gustos para ordenar el universo. Ahora bien, una de dos: o la reencarnación existe o no existe; si existe, por mucho que les contraríe, tendrán que someterse a ella; Dios no les pedirá permiso. Nos parece oír a un enfermo decir: «Ya he sufrido bastante hoy, no quiero sufrir mañana». Por mucho mal humor que tenga, no por ello dejará de sufrir al día siguiente y en los días posteriores, hasta que se cure; por tanto, si deben volver a vivir corporalmente, volverán a vivir, se reencarnarán; por mucho que se rebelen, como un niño que no quiere ir a la escuela o un condenado en prisión, tendrán que pasar por ello. Semejantes objeciones son demasiado pueriles para merecer un examen más serio. Sin embargo, les diremos, para tranquilizarlos, que la doctrina espírita sobre

la reencarnación no es tan terrible como creen, y que, si la hubieran estudiado a fondo, no les asustaría tanto; sabrían que las condiciones de esa nueva existencia dependen de ellos: será feliz o desdichada según lo que hayan hecho en este mundo, y pueden elevarse tanto desde esta vida que ya no tendrán que temer volver a caer en el lodazal.

Suponemos que hablamos a personas que creen en algún porvenir después de la muerte, y no a quienes tienen la nada como perspectiva, o quieren ahogar su alma en un todo universal, sin individualidad, como las gotas de lluvia en el océano, lo que viene a ser casi lo mismo. Si creen, pues, en algún porvenir, sin duda no admiten que sea el mismo para todos; de lo contrario, ¿dónde estaría la utilidad del bien? ¿Por qué contenerse? ¿Por qué no satisfacer todas las pasiones, todos los deseos, incluso a costa de los demás, puesto que el resultado sería el mismo? Creen que ese porvenir será más o menos feliz o desdichado según lo que hayamos hecho durante la vida; ¿tienen entonces el deseo de ser allí tan felices como sea posible, puesto que ha de ser por toda la eternidad? ¿Acaso tendrían la pretensión de ser uno de los hombres más perfectos que hayan existido en la tierra y de tener así derecho, de entrada, a la felicidad suprema de los elegidos? No. Admiten, por tanto, que hay hombres que valen más que ustedes y que tienen derecho a un lugar mejor, sin que por ello estén ustedes entre los réprobos. Pues bien, sitúense por un instante con el pensamiento en esa posición intermedia que será la suya, puesto que acaban de admitirlo, y supongan que alguien viene a decirles: «Sufren, no son tan felices como podrían serlo, mientras que tienen ante ustedes a seres que gozan de una felicidad sin mezcla alguna; ¿quieren cambiar su posición por la de ellos?». —Sin duda, dirán; ¿qué hay que hacer? —Casi nada: volver a empezar lo que han hecho mal y procurar hacerlo mejor. —¿Vacilarían en acep-

tar, aunque fuera al precio de varias existencias de prueba? Tomemos una comparación más prosaica. Si a un hombre que, sin encontrarse en la miseria más extrema, sufre, sin embargo, privaciones por la escasez de sus recursos, vinieran a decirle: «Aquí tiene una inmensa fortuna, puede disfrutar de ella; para eso tiene que trabajar duramente durante un minuto». Aunque fuera el más perezoso de la tierra, diría sin vacilar: «Trabajemos un minuto, dos minutos, una hora, un día, si hace falta; ¿qué es eso a cambio de terminar mi vida en la abundancia?». Ahora bien, ¿qué es la duración de la vida corporal en comparación con la eternidad? Menos que un minuto, menos que un segundo.

Hemos oído este razonamiento: Dios, que es soberanamente bueno, no puede imponer al hombre que vuelva a empezar una serie de miserias y tribulaciones. ¿Se consideraría, acaso, que hay más bondad en condenar al hombre a un sufrimiento perpetuo por unos momentos de error que en darle los medios de reparar sus faltas? «Dos fabricantes tenían cada uno un obrero que podía aspirar a convertirse en socio de su patrón. Sucedió que esos dos obreros emplearon una vez muy mal su jornada y merecieron ser despedidos. Uno de los fabricantes echó a su obrero a pesar de sus súplicas, y este, al no encontrar trabajo, murió en la miseria. El otro dijo al suyo: Ha perdido un día, me debe otro en compensación; ha hecho mal su trabajo, me debe su reparación; le permito volver a empezarlo; procure hacerlo bien y lo conservaré, y siempre podrá aspirar a la posición superior que le he prometido». ¿Hace falta preguntar cuál de los dos fabricantes fue más humano? ¿Sería Dios, que es la clemencia misma, más inexorable que un hombre? La idea de que nuestro destino queda fijado para siempre por unos pocos años de prueba, aun cuando no siempre haya dependido de nosotros alcanzar la perfección en la tierra, tiene algo de de-

solador, mientras que la idea contraria es sumamente consoladora: nos deja la esperanza. Así, sin pronunciarnos a favor o en contra de la pluralidad de las existencias, sin admitir una hipótesis antes que la otra, decimos que, si pudiéramos elegir, no habría nadie que prefiriese un juicio sin apelación. Un filósofo dijo que, si Dios no existiera, habría que inventarlo para la felicidad del género humano; podría decirse otro tanto de la pluralidad de las existencias. Pero, como hemos dicho, Dios no nos pide permiso; no consulta nuestros gustos; esto es o no es; veamos de qué lado están las probabilidades y abordemos la cuestión desde otro punto de vista, prescindiendo siempre de la enseñanza de los Espíritus y únicamente como estudio filosófico.

Si no hay reencarnación, solo hay una existencia corporal, eso es evidente; si nuestra existencia corporal actual es la única, el alma de cada hombre es creada en el momento de su nacimiento, a menos que se admita la existencia anterior del alma, en cuyo caso cabría preguntarse qué era el alma antes del nacimiento y si ese estado no constituía una existencia bajo alguna forma. No hay término medio: o el alma existía o no existía antes que el cuerpo; si existía, ¿cuál era su situación? ¿Tenía o no conciencia de sí misma? Si no tenía conciencia, es casi como si no existiera; si tenía su individualidad, progresaba o permanecía estacionaria; en uno y otro caso, ¿a qué grado había llegado al entrar en el cuerpo? Admitiendo, según la creencia común, que el alma nace con el cuerpo o, lo que viene a ser lo mismo, que antes de su encarnación solo tiene facultades negativas, planteamos las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué muestra el alma aptitudes tan diversas e independientes de las ideas adquiridas por la educación?
2. ¿De dónde procede la aptitud extraordinaria de ciertos niños de corta

edad para tal arte o tal ciencia, mientras que otros siguen siendo inferiores o mediocres toda su vida?

3. ¿De dónde proceden, en unos, las ideas innatas o intuitivas que no existen en otros?

4. ¿De dónde proceden, en ciertos niños, esos instintos precoces de vicios o virtudes, esos sentimientos innatos de dignidad o bajeza que contrastan con el medio en el que han nacido?

5. ¿Por qué algunos hombres, prescindiendo de la educación, están más adelantados que otros?

6. ¿Por qué hay salvajes y hombres civilizados? Si toman a un niño hotentote todavía lactante y lo educan en nuestros centros de enseñanza más renombrados, ¿conseguirán alguna vez hacer de él un Laplace o un Newton?

Preguntamos: ¿qué filosofía o teosofía puede resolver estos problemas? O las almas al nacer son iguales o son desiguales, eso no admite duda. Si son iguales, ¿por qué esas aptitudes tan diversas? ¿Se dirá que eso depende del organismo? Pero entonces es la doctrina más monstruosa e inmoral. El hombre no es más que una máquina, el juguete de la materia; ya no tiene responsabilidad por sus actos; puede atribuirlo todo a sus imperfecciones físicas. Si son desiguales, es porque Dios las ha creado así; pero entonces, ¿por qué esa superioridad innata concedida a algunos? ¿Es esa parcialidad conforme con su justicia y con el amor igual que profesa a todas sus criaturas?

Admitamos, por el contrario, una sucesión de existencias anteriores progresivas, y todo queda explicado. Los hombres traen al nacer la intuición de lo que han adquirido; están más o menos adelantados según el número de existencias que han recorrido, según estén más o menos alejados del

punto de partida: exactamente como en una reunión de individuos de todas las edades, cada uno tendrá un desarrollo proporcional al número de años que haya vivido; las existencias sucesivas serán para la vida del alma lo que los años son para la vida del cuerpo. Reúnan un día a mil individuos, desde un año hasta ochenta; supongan que un velo cubre todos los días anteriores y que, en su ignorancia, creen que todos nacieron el mismo día: se preguntarán naturalmente cómo es posible que unos sean grandes y otros pequeños, unos viejos y otros jóvenes, unos instruidos y otros todavía ignorantes; pero si la nube que les oculta el pasado llega a disiparse, si se enteran de que todos han vivido más o menos tiempo, todo les quedará explicado. Dios, en su justicia, no ha podido crear almas más o menos perfectas; pero, con la pluralidad de las existencias, la desigualdad que vemos ya no tiene nada de contrario a la equidad más rigurosa: es que solo vemos el presente y no el pasado. ¿Se apoya este razonamiento en un sistema, en una suposición gratuita? No; partimos de un hecho patente, indiscutible: la desigualdad de las aptitudes y del desarrollo intelectual y moral, y encontramos ese hecho inexplicable por todas las teorías vigentes; mientras que otra teoría lo explica de manera sencilla, natural y lógica. ¿Es racional preferir la que no explica a la que explica?

Con respecto a la sexta pregunta, se dirá sin duda que el hotentote es de una raza inferior; entonces preguntaremos si el hotentote es un hombre o no. Si es un hombre, ¿por qué Dios lo ha desheredado, a él y a su raza, de los privilegios concedidos a la raza caucásica? Si no es un hombre, ¿por qué intentar hacerlo cristiano? La doctrina espírita es más amplia que todo eso; para ella, no hay varias especies de hombres, solo hay hombres cuyo espíritu está más o menos atrasado, pero que puede progresar: ¿no es esto más conforme con la justicia de Dios?

Acabamos de ver el alma en su pasado y en su presente; si la consideramos en su porvenir, encontramos las mismas dificultades.

1. Si nuestra existencia actual debe decidir por sí sola nuestro destino venidero, ¿cuál es, en la vida futura, la posición respectiva del salvaje y del hombre civilizado? ¿Están al mismo nivel o hay distancia entre ellos en cuanto a la medida de la felicidad eterna?

2. El hombre que ha trabajado toda su vida por mejorar, ¿está en el mismo rango que quien ha permanecido en un estado inferior, no por su culpa, sino porque no ha tenido ni el tiempo ni la posibilidad de mejorar?

3. El hombre que obra mal porque no ha podido instruirse, ¿es responsable de un estado de cosas que no ha dependido de él?

4. Se trabaja para instruir a los hombres, moralizarlos, civilizarlos; pero, por uno al que se instruye, hay millones que mueren cada día antes de que la luz haya llegado hasta ellos; ¿cuál es su destino? ¿Son tratados como réprobos? En caso contrario, ¿qué han hecho para merecer estar en el mismo rango que los demás?

5. ¿Cuál es el destino de los niños que mueren a corta edad antes de haber podido hacer ni bien ni mal? Si están entre los elegidos, ¿por qué ese favor sin haber hecho nada para merecerlo? ¿Por qué privilegio quedan libres de las tribulaciones de la vida?

¿Hay alguna doctrina que pueda resolver estas cuestiones? Admitan existencias consecutivas y todo queda explicado conforme a la justicia de Dios. Lo que no se ha podido hacer en una existencia se hace en otra; así es como nadie escapa a la ley del progreso, como cada uno será recompensado según su mérito real y como nadie queda excluido de la felicidad suprema, a la que puede aspirar, sean cuales sean los obstáculos que haya encontrado en su camino.

Estas preguntas podrían multiplicarse hasta el infinito, pues los problemas psicológicos y morales que solo encuentran solución en la pluralidad de las existencias son innumerables; nos hemos limitado a los más generales. Sea como sea, se dirá quizá, la doctrina de la reencarnación no es admitida por la Iglesia; sería, por tanto, la ruina de la religión. Nuestro propósito no es tratar esta cuestión en este momento; nos basta con haber demostrado que es sumamente moral y racional. Ahora bien, lo que es moral y racional no puede ser contrario a una religión que proclama a Dios como la bondad y la razón por excelencia. ¿Qué habría sido de la religión si, contra la opinión universal y el testimonio de la ciencia, se hubiera obstinado contra la evidencia y hubiera expulsado de su seno a todo aquel que no creyera en el movimiento del sol o en los seis días de la creación? ¿Qué crédito habría merecido y qué autoridad habría tenido, entre pueblos instruidos, una religión fundada en errores manifiestos presentados como artículos de fe? Cuando se ha demostrado la evidencia, la Iglesia se ha puesto sabiamente de su lado. Si se demuestra que hay cosas existentes que son imposibles sin la reencarnación, si ciertos puntos del dogma solo pueden explicarse por este medio, habrá que admitirla y reconocer que el antagonismo entre esta doctrina y esos dogmas es solo aparente. Más adelante mostraremos que la religión está quizá menos alejada de ella de lo que se piensa y que no sufriría por ella más de lo que ha sufrido por el descubrimiento del movimiento de la tierra y de los períodos geológicos que, a primera vista, parecían desmentir los textos sagrados. El principio de la reencarnación se desprende, además, de varios pasajes de las Escrituras y se encuentra formulado de manera explícita, en particular, en el Evangelio:

«Cuando bajaban de la montaña (después de la transfiguración), Jesús les dio esta orden y les dijo: No hablen a nadie de lo que acaban de ver hasta que el hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos. Sus discípulos le preguntaron entonces y le dijeron: ¿Por qué dicen, pues, los escribas que es necesario que Elías venga antes? Pero Jesús les respondió: Es verdad que Elías debe venir y que restablecerá todas las cosas. Pero les declaro que Elías ya ha venido, y no lo han reconocido, sino que lo han hecho sufrir como han querido. Así es como harán morir al hijo del hombre. Entonces sus discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista». (San Mateo, cap. xvii).

Puesto que Juan el Bautista era Elías, hubo, pues, reencarnación del Espíritu o del alma de Elías en el cuerpo de Juan el Bautista.

Por lo demás, sea cual sea la opinión que se tenga sobre la reencarnación, se la acepte o no, habrá que someterse a ella si existe, pese a cualquier creencia contraria; lo esencial es que la enseñanza de los Espíritus es eminentemente cristiana; se apoya en la inmortalidad del alma, las penas y recompensas futuras, la justicia de Dios, el libre albedrío del hombre y la moral de Cristo; por tanto, no es antirreligiosa.

Hemos razonado, como hemos dicho, prescindiendo de toda enseñanza espírita, que para algunas personas no constituye una autoridad. Si nosotros, y tantos otros, hemos adoptado la opinión de la pluralidad de las existencias, no es solo porque nos viene de los Espíritus, sino porque nos ha parecido la más lógica y porque es la única que resuelve cuestiones hasta entonces insolubles. Aunque nos hubiera llegado de un simple mortal, la habríamos adoptado del mismo modo y no habríamos vacilado más en renunciar a nuestras propias ideas; desde el momento en que se demuestra un error, el amor propio tiene más que

perder que ganar al obstinarse en una idea falsa. Del mismo modo, la habríamos rechazado, aunque viniera de los Espíritus, si nos hubiera parecido contraria a la razón, como hemos rechazado muchas otras; pues sabemos por experiencia que no hay que aceptar a ciegas todo lo que viene de ellos, como tampoco lo que viene de los hombres. Su primer mérito a nuestros ojos es, pues, ante todo, ser lógica; tiene otro: estar confirmada por los hechos, hechos concretos y, por así decirlo, materiales, que un estudio atento y razonado puede revelar a cualquiera que se tome el trabajo de observar con paciencia y perseverancia, y ante los cuales ya no cabe la duda. Cuando estos hechos sean de conocimiento general, como los de la formación y el movimiento de la tierra, habrá que rendirse a la evidencia, y los opositores habrán contradicho en vano.

Reconozcamos, pues, en resumen, que la doctrina de la pluralidad de las existencias es la única que explica lo que, sin ella, resulta inexplicable; que es sumamente consoladora y conforme con la justicia más rigurosa, y que es para el hombre el ancla de salvación que Dios le ha dado en su misericordia. (Véase el capítulo de las Contradicciones.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. VI — VIDA ESPÍRITA

✦

Espíritus errantes

223. ¿El alma se reencarna inmediatamente después de separarse del cuerpo?

> «A veces inmediatamente, pero la mayoría de las veces después de intervalos más o menos largos. En los mundos superiores la reencarnación es casi siempre inmediata; como la materia corporal es menos grosera, el Espíritu encarnado goza allí de casi todas sus facultades de Espíritu; su estado normal es el de vuestros sonámbulos lúcidos».

224. **¿Qué sucede con el alma en el intervalo entre las encarnaciones?**

> «Es un Espíritu errante que anhela su nuevo destino; espera».

– ¿Cuál puede ser la duración de estos intervalos?

> «Desde unas horas hasta unos miles de siglos. Por lo demás, no hay, propiamente hablando, un límite extremo fijado al estado errante, que puede prolongarse muchísimo tiempo, pero que, sin embargo, nunca es perpetuo; el Espíritu encuentra siempre, tarde o temprano, la oportunidad de comenzar de nuevo una existencia que sirve para la purificación de sus existencias anteriores».

– ¿Esta duración está subordinada a la voluntad del Espíritu, o puede imponerse como expiación?

> «Es una consecuencia del libre albedrío; los Espíritus saben perfectamente lo que hacen, pero también hay algunos para quienes es un castigo impuesto por Dios; otros piden prolongarla para realizar estudios que solo pueden hacerse con provecho en el estado de Espíritu».

225. **¿La erraticidad es, por sí misma, una señal de inferioridad en los Espíritus?**

> «No, pues hay Espíritus errantes de todos los grados. La encarnación es un estado transitorio, ya lo hemos dicho: en su estado normal, el Espíritu está libre de la materia».

226. ¿Puede decirse que todos los Espíritus que no están encarnados son errantes?

> «Los que deben reencarnarse, sí; pero los Espíritus puros que han llegado a la perfección no son errantes: su estado es definitivo».

En cuanto a sus cualidades íntimas, los Espíritus son de distintos órdenes o grados que recorren sucesivamente a medida que se purifican. En cuanto a su estado, pueden ser: encarnados, es decir, unidos a un cuerpo; errantes, es decir, libres del cuerpo material y a la espera de una nueva encarnación para mejorar; Espíritus puros, es decir, perfectos y sin necesidad de encarnarse de nuevo.

227. ¿De qué manera se instruyen los Espíritus errantes? Sin duda, no lo hacen de la misma manera que nosotros.

> «Estudian su pasado y buscan los medios de elevarse. Ven y observan lo que sucede en los lugares que recorren; escuchan los discursos de los hombres ilustrados y los consejos de los Espíritus más elevados que ellos, y eso les da ideas que no tenían».

228. ¿Conservan los Espíritus algunas de las pasiones humanas?

> «Los Espíritus elevados, al perder su envoltura, abandonan las malas pasiones y solo conservan la del bien; pero los Espíritus inferiores las conservan; de otro modo, serían del primer orden».

229. **¿Por qué los Espíritus, al dejar la tierra, no dejan en ella todas sus malas pasiones, puesto que ven sus inconvenientes?**

> «En este mundo tienes personas que son excesivamente celosas; ¿crees que, en cuanto lo dejan, pierden ese defecto? Después de partir de aquí les queda, sobre todo a quienes han tenido pasiones muy marcadas, una especie de atmósfera que los envuelve y les deja todas esas cosas malas, pues el Espíritu no está enteramente libre de la materia; solo por momentos entrevé la verdad, como para mostrarle el buen camino».

230. **¿Progresa el Espíritu en el estado errante?**

> «Puede mejorar mucho, siempre según su voluntad y su deseo; pero es en la existencia corporal donde pone en práctica las nuevas ideas que ha adquirido».

231. **¿Los Espíritus errantes son felices o desdichados?**

> «Más o menos, según su mérito. Sufren por las pasiones cuyo principio han conservado, o bien son felices según estén más o menos desmaterializados. En el estado errante, el Espíritu entrevé lo que le falta para ser más feliz; entonces busca los medios de conseguirlo; pero no siempre se le permite reencarnarse a su gusto, y eso es entonces un castigo».

232. **En el estado errante, ¿pueden los Espíritus ir a todos los mundos?**

> «Depende; cuando el Espíritu ha dejado el cuerpo, no por ello está completamente libre de la materia, y sigue perteneciendo al mundo donde ha vivido, o a un mundo del mismo grado, a menos que durante su vida se haya elevado, y ese es el fin al que debe aspirar, pues sin ello nunca se perfeccionaría. Sin embargo, puede ir a ciertos mundos superiores, pero entonces está allí como un extranjero; por así decirlo, apenas los entrevé, y eso le da el deseo de mejorar para ser digno de la felicidad de la que allí se goza y poder habitarlos más adelante».

233. **¿Los Espíritus ya purificados vienen a los mundos inferiores?**

> «Vienen a menudo para ayudarlos a progresar; sin ello esos mundos quedarían abandonados a sí mismos, sin guías que los dirigieran».

Mundos transitorios

234. ¿Existen, como se ha dicho, mundos que sirven a los Espíritus errantes de lugares de estancia y de descanso?

> «Sí, hay mundos especialmente destinados a los seres errantes, mundos en los que pueden habitar temporalmente; una especie de campamentos para descansar de una erraticidad demasiado larga, estado siempre un poco penoso. Son posiciones intermedias entre los demás mundos, graduadas según la naturaleza de los Espíritus que pueden acudir a ellos, y estos gozan de un bienestar más o menos grande».

– ¿Los Espíritus que habitan esos mundos pueden dejarlos a voluntad?

> «Sí, los Espíritus que se encuentran en esos mundos pueden separarse de ellos para ir adonde deben dirigirse. Imaginad unas aves de paso que se posan en una isla, esperando a recuperar las fuerzas para llegar a su destino».

235. ¿Progresan los Espíritus durante sus estancias en los mundos transitorios?

> «Ciertamente; quienes se reúnen así lo hacen con el fin de instruirse y de obtener más fácilmente el permiso para ir a lugares mejores y alcanzar la posición que obtienen los elegidos».

236. **¿Los mundos transitorios están destinados perpetuamente, y por su naturaleza especial, a los Espíritus errantes?**

> «No, su condición es solo temporal».

– ¿Están habitados al mismo tiempo por seres corporales?

> «No, la superficie es estéril. Quienes los habitan no necesitan nada».

– ¿Esta esterilidad es permanente y se debe a su naturaleza especial?

> «No, son estériles de manera transitoria».

– Entonces, ¿esos mundos deben carecer de bellezas naturales?

> «La naturaleza se manifiesta en las bellezas de la inmensidad, que no son menos admirables que lo que llamáis bellezas naturales».

– Puesto que el estado de esos mundos es transitorio, ¿nuestra tierra será algún día uno de ellos?

> «Ya lo ha sido».

– ¿En qué época?

> «Durante su formación».

Nada es inútil en la naturaleza; cada cosa tiene su fin, su destino; nada está vacío, todo está habitado, la vida está en todas partes. Así, durante la larga serie de siglos que transcurrieron antes de la aparición del hombre en la tierra, durante esos lentos períodos de transición atestiguados por las capas geológicas, incluso antes de la formación de los primeros seres orgánicos, sobre esa masa informe, en ese árido caos donde los elementos estaban mezclados, no había ausencia de vida; seres que no tenían ni nuestras necesidades ni nuestras sensaciones físicas encontraban allí un refugio.

Dios quiso que, incluso en ese estado imperfecto, sirviera para algo. ¿Quién se atrevería, pues, a decir que, entre esos miles de millones de mundos que circulan en la inmensidad, uno solo, uno de los más pequeños, perdido entre la multitud, tuviera el privilegio exclusivo de estar poblado? ¿Cuál sería entonces la utilidad de los demás? ¿Acaso Dios los habría hecho solo para recrear nuestros ojos?

Suposición absurda, incompatible con la sabiduría que resplandece en todas sus obras, e inadmisible cuando se piensa en todos aquellos que no podemos percibir.

Nadie negará que hay en esta idea de mundos todavía inadecuados para la vida material, y sin embargo poblados de seres vivos adaptados a ese medio, algo grande y sublime, donde quizá se encuentre la solución de más de un problema.

Percepciones, sensaciones y sufrimientos de los Espíritus

237. ¿El alma, una vez en el mundo de los Espíritus, sigue teniendo las percepciones que tenía en vida?

> «Sí, y otras que no poseía, porque su cuerpo era como un velo que las oscurecía. La inteligencia es un atributo del Espíritu, pero se manifiesta más libremente cuando no tiene trabas».

238. ¿Las percepciones y los conocimientos de los Espíritus son ilimitados? En una palabra, ¿lo saben todo?

> «Cuanto más se acercan a la perfección, más saben; si son superiores, saben mucho; los Espíritus inferiores son más o menos ignorantes en todas las cosas».

239. ¿Conocen los Espíritus el principio de las cosas?

> «Depende de su elevación y de su pureza; los Espíritus inferiores no saben más de ello que los hombres».

240. ¿Comprenden los Espíritus la duración como nosotros?

> «No, y eso hace que no siempre nos comprendáis cuando se trata de fijar fechas o épocas».

Los Espíritus viven fuera del tiempo tal como lo comprendemos; para ellos la duración se anula, por así decirlo, y los siglos, tan largos para nosotros, no son a sus ojos más que instantes que se borran en la eternidad, del mismo modo que las desigualdades del suelo se borran y desaparecen para quien se eleva en el espacio.

241. ¿Tienen los Espíritus una idea del presente más precisa y más acertada que nosotros?

> «Más o menos como quien ve con claridad tiene una idea más acertada de las cosas que el ciego. Los Espíritus ven lo que vosotros no veis; por eso juzgan de otra manera que vosotros; pero, una vez más, eso depende de su elevación».

242. ¿Cómo tienen los Espíritus conocimiento del pasado, y ese conocimiento carece de límites para ellos?

> «El pasado, cuando nos ocupamos de él, es un presente, exactamente como tú recuerdas algo que te ha impresionado durante tu exilio. Solo que, como ya no tenemos el velo material que oscurece tu inteligencia, recordamos cosas que para ti se han borrado; pero los Espíritus no lo conocen todo: para empezar, su creación».

243. **¿Conocen los Espíritus el porvenir?**

> «Eso también depende de su perfección; a menudo solo lo entrevén, pero no siempre se les permite revelarlo; cuando lo ven, les parece presente. El Espíritu ve el porvenir con mayor claridad a medida que se acerca a Dios. Después de la muerte, el alma ve y abarca de una sola mirada sus emigraciones pasadas, pero no puede ver lo que Dios le prepara; para ello es necesario que esté enteramente en él después de muchas existencias».

– ¿Los Espíritus que han llegado a la perfección absoluta tienen un conocimiento completo del porvenir?

> «Completo no es la palabra, pues solo Dios es el soberano señor, y nadie puede igualarlo».

244. **¿Los Espíritus ven a Dios?**

> «Solo los Espíritus superiores lo ven y lo comprenden; los Espíritus inferiores lo sienten y lo intuyen».

– Cuando un Espíritu inferior dice que Dios le prohíbe o le permite algo, ¿cómo sabe que eso viene de él?

> «No ve a Dios, pero siente su soberanía y, cuando algo no debe hacerse o una palabra no debe decirse, siente como una intuición, una advertencia invisible que le prohíbe hacerlo. ¿No tienen ustedes mismos presentimientos que son para ustedes como advertencias secretas de hacer o no hacer tal o cual cosa? Lo mismo nos ocurre a nosotros, solo que en un grado superior, pues comprendes que, al ser la esencia de los Espíritus más sutil que la de ustedes, pueden recibir mejor las advertencias divinas».

– ¿La orden le es transmitida directamente por Dios o por medio de otros Espíritus?

> «No le llega directamente de Dios; para comunicarse con él, hay que ser digno de ello. Dios le transmite sus órdenes por medio de Espíritus que se encuentran más elevados en perfección e instrucción».

245. **¿La vista, en los Espíritus, está limitada, como en los seres corporales?**

> «No, reside en ellos».

246. **¿Los Espíritus necesitan luz para ver?**

> «Ven por sí mismos y no necesitan luz exterior; para ellos no hay tinieblas, salvo aquellas en las que pueden encontrarse por expiación».

247. **¿Los Espíritus necesitan trasladarse para ver en dos puntos diferentes? ¿Pueden, por ejemplo, ver simultáneamente en dos hemisferios del globo?**

> «Como el Espíritu se traslada con la rapidez del pensamiento, puede decirse que ve en todas partes a la vez; su pensamiento puede irradiarse y dirigirse al mismo tiempo a varios puntos diferentes, pero esta facultad depende de su pureza: cuanto menos purificado está, más limitada es su vista; solo los Espíritus superiores pueden abarcar un conjunto».

La facultad de ver, en los Espíritus, es una propiedad inherente a su naturaleza y reside en todo su ser, como la luz reside en todas las partes de un cuerpo luminoso; es una especie de lucidez universal que se extiende a todo, abarca a la vez el espacio, los tiempos y las cosas, y para la cual no hay tinieblas ni obstáculos materiales.

Se comprende que deba ser así; en el ser humano, como la vista funciona por la acción de un órgano sobre el que incide la luz, sin luz se encuentra en la oscuridad; en el Espíritu, como la facultad de ver es un atributo de sí mismo, con independencia de todo agente exterior, la vista es independiente de la luz. (Véase Ubicuidad, n.º 92).

248. **¿El Espíritu ve las cosas con tanta claridad como nosotros?**

> «Con más claridad, pues su vista penetra lo que ustedes no pueden penetrar; nada la oscurece».

249. ¿El Espíritu percibe los sonidos?

> «Sí, y percibe algunos que sus sentidos poco agudos no pueden percibir».

– ¿La facultad de oír está en todo su ser, como la de ver?

> «Todas las percepciones son atributos del Espíritu y forman parte de su ser; cuando está revestido de un cuerpo material, solo le llegan por medio de los órganos; pero en estado de libertad ya no están localizadas».

250. Si las percepciones son atributos del propio Espíritu, ¿le es posible sustraerse a ellas?

> «El Espíritu solo ve y oye lo que quiere. Esto se dice en general, y sobre todo de los Espíritus elevados, pues los imperfectos a menudo oyen y ven, a su pesar, lo que puede ser útil para su mejoramiento».

251. ¿Los Espíritus son sensibles a la música?

> «¿Te refieres a la música de ustedes? ¿Qué es comparada con la música celestial, con esa armonía de la que nada en la tierra puede darles una idea? La una es a la otra lo que el canto del salvaje a la suave melodía. Sin embargo, los Espíritus comunes pueden sentir cierto placer al oír su música, porque todavía no les es dado comprender una más sublime. La música tiene para los Espíritus encantos infinitos, debido a sus cualidades sensitivas muy desarrolladas; me refiero a la música celestial, que es todo lo más bello y suave que la imaginación espiritual puede concebir».

252. **¿Los Espíritus son sensibles a las bellezas de la naturaleza?**

> «Las bellezas de la naturaleza de los globos son tan diferentes que se está lejos de conocerlas. Sí, son sensibles a ellas según su capacidad para apreciarlas y comprenderlas; para los Espíritus elevados hay bellezas de conjunto ante las cuales se desvanecen, por así decirlo, las bellezas de los detalles».

253. **¿Los Espíritus experimentan nuestras necesidades y nuestros sufrimientos físicos?**

> «Los conocen porque los han padecido, pero no los experimentan materialmente como ustedes: son Espíritus».

254. **¿Los Espíritus experimentan el cansancio y la necesidad de descanso?**

> «No pueden sentir el cansancio tal como ustedes lo entienden y, por consiguiente, no necesitan su descanso corporal, puesto que no tienen órganos cuyas fuerzas deban reponerse; pero el Espíritu descansa en el sentido de que no está en actividad constante; no actúa de manera material; su acción es enteramente intelectual y su descanso enteramente moral; es decir, hay momentos en que su pensamiento deja de ser tan activo y no se dirige a un objeto determinado; es un verdadero descanso, pero no es comparable al del cuerpo. La especie de cansancio que pueden experimentar los Espíritus es proporcional a su inferioridad, pues cuanto más elevados son, menos necesario les resulta el descanso».

255. Cuando un Espíritu dice que sufre, ¿qué clase de sufrimiento experimenta?

> «Angustias morales que lo torturan más dolorosamente que los sufrimientos físicos».

256. ¿A qué se debe entonces que algunos Espíritus se hayan quejado de sufrir frío o calor?

> «Al recuerdo de lo que habían soportado durante la vida, a veces tan penoso como la realidad; a menudo es una comparación mediante la cual, a falta de algo mejor, expresan su situación. Cuando recuerdan su cuerpo, experimentan una especie de impresión, como cuando uno se quita un abrigo y cree seguir llevándolo algún tiempo después».

Ensayo teórico sobre la sensación en los Espíritus

El cuerpo es el instrumento del dolor; es, si no su causa primera, al menos su causa inmediata. El alma tiene la percepción de ese dolor: esta percepción es el efecto. El recuerdo que conserva de él puede ser muy penoso, pero no puede tener una acción física.

En efecto, ni el frío ni el calor pueden desorganizar los tejidos del alma; el alma no puede congelarse ni quemarse. ¿No vemos todos los días que el recuerdo o el temor de un mal físico producen el efecto de la realidad? ¿Que incluso ocasionan la muerte? Todo el mundo sabe que las personas amputadas sienten dolor en el miembro que ya no existe.

Ciertamente, ese miembro no es la sede ni siquiera el punto de partida del dolor; el cerebro ha conservado su impresión, eso es todo. Podemos, pues,

creer que hay algo semejante en los sufrimientos del Espíritu después de la muerte.

Un estudio más profundo del periespíritu, que desempeña un papel tan importante en todos los fenómenos espíritas, las apariciones vaporosas o tangibles, el estado del Espíritu en el momento de la muerte, la idea tan frecuente en él de que sigue vivo, el cuadro tan sobrecogedor de los suicidas, de los ajusticiados, de quienes se han entregado por completo a los placeres materiales, y tantos otros hechos han venido a arrojar luz sobre esta cuestión y han dado lugar a explicaciones cuyo resumen ofrecemos aquí.

El periespíritu es el lazo que une al Espíritu con la materia del cuerpo; se toma del medio ambiente, del fluido universal; participa a la vez de la electricidad, del fluido magnético y, hasta cierto punto, de la materia inerte.

Podría decirse que es la quintaesencia de la materia; es el principio de la vida orgánica, pero no el de la vida intelectual: la vida intelectual está en el Espíritu. Es, además, el agente de las sensaciones exteriores. En el cuerpo, estas sensaciones se localizan mediante los órganos que les sirven de canales. Una vez destruido el cuerpo, las sensaciones son generales.

Por eso el Espíritu no dice que le duela más la cabeza que los pies. Por lo demás, hay que guardarse de confundir las sensaciones del periespíritu, una vez independizado, con las del cuerpo: solo podemos tomar estas últimas como término de comparación y no como analogía.

Separado del cuerpo, el Espíritu puede sufrir, pero ese sufrimiento no es el del cuerpo; sin embargo, tampoco es un sufrimiento exclusivamente moral, como el remordimiento, puesto que se queja del frío y del calor; no su-

fre más en invierno que en verano: hemos visto a algunos pasar a través de las llamas sin experimentar nada penoso; la temperatura, por tanto, no les causa ninguna impresión.

El dolor que sienten no es, pues, un dolor físico propiamente dicho: es un vago sentimiento íntimo del que el propio Espíritu no siempre tiene plena conciencia, precisamente porque el dolor no está localizado y no lo producen los agentes exteriores: es más un recuerdo que una realidad, pero un recuerdo igualmente penoso. Sin embargo, a veces hay algo más que un recuerdo, como vamos a ver.

La experiencia nos enseña que, en el momento de la muerte, el periespíritu se desprende más o menos lentamente del cuerpo; durante los primeros instantes, el Espíritu no comprende su situación; no cree estar muerto, se siente vivir; ve su cuerpo a un lado, sabe que es suyo y no comprende que esté separado de él; este estado dura mientras existe un lazo entre el cuerpo y el periespíritu.

Un suicida nos decía: No, no estoy muerto, y añadía: y, sin embargo, siento los gusanos que me devoran. Ahora bien, ciertamente los gusanos no devoraban el periespíritu, y menos aún al Espíritu; solo devoraban el cuerpo.

Pero como la separación del cuerpo y del periespíritu no era completa, se producía una especie de repercusión moral que le transmitía la sensación de lo que ocurría en el cuerpo.

Repercusión quizá no sea la palabra adecuada, pues podría hacer pensar en un efecto demasiado material; era más bien la visión de lo que ocurría en

su cuerpo, al que lo unía su periespíritu, lo que producía en él una ilusión que tomaba por una realidad.

Así pues, no era un recuerdo, puesto que durante su vida no había sido devorado por los gusanos: era la sensación de lo que estaba ocurriendo. Por ahí se ven las deducciones que pueden extraerse de los hechos cuando se observan atentamente.

Durante la vida, el cuerpo recibe las impresiones exteriores y las transmite al Espíritu por medio del periespíritu, que constituye, probablemente, lo que se llama fluido nervioso. Una vez muerto, el cuerpo ya no siente nada, porque ya no hay en él ni Espíritu ni periespíritu.

El periespíritu, separado del cuerpo, experimenta la sensación; pero como esta ya no le llega por un canal limitado, es general. Ahora bien, como en realidad solo es un agente de transmisión, puesto que es el Espíritu quien tiene conciencia, resulta que, si pudiera existir un periespíritu sin Espíritu, no sentiría más que el cuerpo cuando está muerto; del mismo modo, si el Espíritu no tuviera periespíritu, sería inaccesible a toda sensación penosa; esto es lo que sucede con los Espíritus completamente purificados.

Sabemos que cuanto más se purifican, más etérea se vuelve la esencia del periespíritu; de ahí se deduce que la influencia material disminuye a medida que el Espíritu progresa, es decir, a medida que el propio periespíritu se vuelve menos denso.

Pero, se dirá, las sensaciones agradables se transmiten al Espíritu por medio del periespíritu, al igual que las desagradables; ahora bien, si el Espíritu puro es inaccesible a unas, también debe serlo a las otras.

Sí, sin duda, en cuanto a las que proceden únicamente de la influencia de la materia que conocemos; el sonido de nuestros instrumentos y el perfume de nuestras flores no le causan ninguna impresión, y, no obstante, hay en él sensaciones íntimas de un encanto indefinible, de las que no podemos formarnos ninguna idea, porque en este aspecto somos como los ciegos de nacimiento respecto a la luz; sabemos que eso existe, pero ¿por qué medio?

Ahí se detiene para nosotros la ciencia. Sabemos que hay percepción, sensación, audición y visión; que estas facultades son atributos de todo el ser, y no, como en el hombre, de una parte del ser; pero, una vez más, ¿por qué intermediario? Eso es lo que no sabemos.

Los propios Espíritus no pueden explicárnoslo, porque nuestra lengua no está hecha para expresar ideas que no tenemos, del mismo modo que en la lengua de los salvajes no hay términos para expresar nuestras artes, nuestras ciencias y nuestras doctrinas filosóficas.

Al decir que los Espíritus son inaccesibles a las impresiones de nuestra materia, nos referimos a los Espíritus muy elevados, cuya envoltura etérea no tiene nada semejante aquí en la tierra. No ocurre lo mismo con aquellos cuyo periespíritu es más denso; estos perciben nuestros sonidos y nuestros olores, pero no por una parte limitada de su ser, como cuando vivían.

Podría decirse que las vibraciones moleculares se hacen sentir en todo su ser y llegan así a su sensorium commune, que es el propio Espíritu, aunque de una manera diferente, y quizá también con una impresión diferente, lo que produce una modificación en la percepción.

Oyen el sonido de nuestra voz y, sin embargo, nos comprenden sin ayuda de la palabra, por la sola transmisión del pensamiento; y lo que viene a apoyar lo que decimos es que esta comprensión resulta tanto más fácil cuanto más desmaterializado está el Espíritu. En cuanto a la vista, es independiente de nuestra luz.

La facultad de ver es un atributo esencial del alma: para ella no hay oscuridad; pero es más extensa y penetrante en quienes están más purificados. El alma, o el Espíritu, tiene, pues, en sí misma la facultad de todas las percepciones; en la vida corporal, estas se ven entorpecidas por la tosquedad de sus órganos; en la vida extracorporal, lo están cada vez menos a medida que la envoltura semimaterial se vuelve más diáfana.

Esta envoltura, tomada del medio ambiente, varía según la naturaleza de los mundos. Al pasar de un mundo a otro, los Espíritus cambian de envoltura como nosotros cambiamos de ropa al pasar del invierno al verano, o del polo al ecuador.

Los Espíritus más elevados, cuando vienen a visitarnos, revisten, pues, el periespíritu terrestre, y desde ese momento sus percepciones se producen como en nuestros Espíritus comunes; pero todos, tanto los inferiores como los superiores, solo oyen y sienten lo que quieren oír o sentir.

Sin tener órganos sensoriales, pueden activar o anular a voluntad sus percepciones; solo hay una cosa que están obligados a oír: los consejos de los buenos Espíritus. La vista está siempre activa, pero pueden hacerse invisibles unos para otros. Según el rango que ocupan, pueden ocultarse de quienes les son inferiores, pero no de quienes les son superiores.

En los primeros momentos que siguen a la muerte, la vista del Espíritu siempre es turbia y confusa; se aclara a medida que se desprende, y puede adquirir la misma claridad que durante la vida, además de su capacidad de penetrar los cuerpos que son opacos para nosotros.

En cuanto a su alcance a través del espacio indefinido, en el futuro y en el pasado, depende del grado de pureza y elevación del Espíritu.

Toda esta teoría, se dirá, no es muy tranquilizadora. Pensábamos que, una vez libres de nuestra densa envoltura, instrumento de nuestros dolores, ya no sufriríamos, y ahora nos enseñáis que seguimos sufriendo; sea de una manera o de otra, no deja de ser sufrimiento. ¡Ay! Sí, todavía podemos sufrir, y mucho, y durante largo tiempo, pero también podemos dejar de sufrir, incluso desde el instante en que abandonamos esta vida corporal.

Los sufrimientos de este mundo a veces son independientes de nosotros, pero muchos son consecuencia de nuestra voluntad. Remontémonos a su origen y veremos que la mayoría procede de causas que habríamos podido evitar. ¡Cuántos males, cuántas dolencias no debe el hombre a sus excesos, a su ambición, a sus pasiones, en una palabra!

El hombre que hubiera vivido siempre con sobriedad, que no hubiera abusado de nada, que hubiera sido siempre sencillo en sus gustos y moderado en sus deseos, se ahorraría muchas tribulaciones.

Lo mismo ocurre con el Espíritu; los sufrimientos que padece son siempre consecuencia de la manera en que ha vivido en la tierra; sin duda, ya no tendrá gota ni reumatismo, pero tendrá otros sufrimientos que no son mejores.

Hemos visto que sus sufrimientos son el resultado de los lazos que aún existen entre él y la materia; que cuanto más libre está de la influencia de la materia, es decir, cuanto más desmaterializado está, menos sensaciones penosas tiene; ahora bien, de él depende liberarse de esa influencia desde esta vida; tiene su libre albedrío y, por consiguiente, la elección entre hacer y no hacer; que domine sus pasiones animales, que no tenga odio, envidia, celos ni orgullo; que no se deje dominar por el egoísmo; que purifique su alma mediante los buenos sentimientos; que haga el bien; que solo conceda a las cosas de este mundo la importancia que merecen; entonces, aun bajo su envoltura corporal, ya está purificado, ya está libre de la materia, y cuando abandona esa envoltura, ya no sufre su influencia; los sufrimientos físicos que ha experimentado no le dejan ningún recuerdo penoso; no le queda de ellos ninguna impresión desagradable, porque solo han afectado al cuerpo y no al Espíritu; es feliz de verse libre de ellos, y la tranquilidad de su conciencia lo libera de todo sufrimiento moral.

Hemos interrogado a miles de ellos, que habían pertenecido a todos los rangos de la sociedad, a todas las posiciones sociales; los hemos estudiado en todas las etapas de su vida espírita, desde el instante en que abandonaron su cuerpo; los hemos seguido paso a paso en esa vida de ultratumba para observar los cambios que se producían en ellos, en sus ideas y en sus sensaciones, y en este aspecto los hombres más comunes no son quienes nos han proporcionado los temas de estudio menos valiosos.

Ahora bien, siempre hemos visto que los sufrimientos guardan relación con la conducta cuyas consecuencias padecen, y que esta nueva existencia es fuente de una felicidad inefable para quienes han seguido el buen ca-

mino; de ahí se deduce que quienes sufren es porque así lo han querido, y que solo deben culparse a sí mismos, tanto en el otro mundo como en este.

Elección de las pruebas

258. **En el estado errante, y antes de iniciar una nueva existencia corporal, ¿tiene el Espíritu conciencia y previsión de las cosas que le sucederán durante la vida?**

> «Él mismo elige la clase de pruebas que quiere afrontar, y en eso consiste su libre albedrío».

– ¿Entonces no es Dios quien le impone las tribulaciones de la vida como castigo?

> «Nada sucede sin el permiso de Dios, pues él ha establecido todas las leyes que rigen el universo. Pregunten, pues, por qué hizo una ley en vez de otra. Al dar al Espíritu la libertad de elegir, le deja toda la responsabilidad de sus actos y de sus consecuencias; nada limita su porvenir; el camino del bien está a su alcance, al igual que el del mal. Pero si sucumbe, le queda un consuelo: que no todo ha terminado para él y que Dios, en su bondad, le deja la libertad de volver a empezar lo que ha hecho mal. Además, hay que distinguir lo que es obra de la voluntad de Dios de lo que es obra del hombre. Si un peligro los amenaza, no son ustedes quienes han creado ese peligro, sino Dios; pero tienen la voluntad de exponerse a él porque han visto en él un medio de progreso, y Dios lo ha permitido».

259. **Si el Espíritu puede elegir la clase de prueba que debe afrontar, ¿se deduce de ello que todas las tribulaciones que experimentamos en la vida han sido previstas y elegidas por nosotros?**

> «Todas no es la palabra, pues eso no quiere decir que hayan elegido y previsto todo lo que les sucede en el mundo, hasta en las cosas más pequeñas; han elegido la clase de prueba, y los detalles de los hechos son consecuencia de la situación y, a menudo, de sus propias acciones. Si el Espíritu ha querido nacer entre malhechores, por ejemplo, sabía a qué influencias se exponía, pero no cada uno de los actos que realizaría; esos actos son efecto de su voluntad o de su libre albedrío. El Espíritu sabe que, al elegir cierto camino, tendrá que afrontar cierta clase de lucha; conoce, pues, la naturaleza de las vicisitudes que encontrará, pero no sabe si será un acontecimiento u otro. Los acontecimientos particulares nacen de las circunstancias y de la fuerza de las cosas. Solo se prevén los grandes acontecimientos, los que influyen en el destino. Si tomas un camino lleno de surcos, sabes que debes tomar grandes precauciones porque puedes caer, pero no sabes en qué lugar caerás, y puede que no caigas si eres lo bastante prudente. Si al pasar por la calle te cae una teja en la cabeza, no creas que estaba escrito, como suele decirse».

260. **¿Cómo puede el Espíritu querer nacer entre gente de mala vida?**

> «Es necesario que sea enviado a un medio donde pueda afrontar la prueba que ha pedido. ¡Pues bien! Tiene que haber, por tanto, una correspondencia; para luchar contra el instinto del bandolerismo, es necesario que se encuentre con gente de esa clase».

– Si no hubiera gente de mala vida en la Tierra, ¿el Espíritu no podría encontrar en ella el medio necesario para ciertas pruebas?

> «¿Acaso habría que lamentarlo? Eso es lo que sucede en los mundos superiores, donde el mal no tiene acceso; por eso solo hay buenos Espíritus. Hagan que pronto ocurra lo mismo en su Tierra».

261. **En las pruebas que debe afrontar para alcanzar la perfección, ¿debe el Espíritu experimentar todas las clases de tentaciones? ¿Debe pasar por todas las circunstancias que pueden despertar en él el orgullo, los celos, la avaricia, la sensualidad, etc.?**

> «Ciertamente no, puesto que saben que hay quienes toman, desde el principio, un camino que los libra de muchas pruebas; pero quien se deja arrastrar por el mal camino corre todos los peligros de ese camino. Un Espíritu, por ejemplo, puede pedir la riqueza, y esta puede serle concedida; entonces, según su carácter, podrá volverse avaro o pródigo, egoísta o generoso, o bien se entregará a todos los placeres de la sensualidad; pero eso no quiere decir que deba pasar forzosamente por toda la serie de esas inclinaciones».

262. **¿Cómo puede el Espíritu, que en su origen es simple, ignorante y sin experiencia, elegir una existencia con conocimiento de causa y ser responsable de esa elección?**

> «Dios suple su inexperiencia trazándole el camino que debe seguir, como tú lo haces con un niño desde la cuna; pero le deja poco a poco la facultad de elegir a medida que se desarrolla su libre albedrío, y entonces es cuando a menudo se extravía tomando el mal camino si no escucha los consejos de los buenos Espíritus; eso es lo que puede llamarse la caída del hombre».

– Cuando el Espíritu goza de su libre albedrío, ¿la elección de la existencia corporal depende siempre exclusivamente de su voluntad, o puede esa existencia serle impuesta por la voluntad de Dios como expiación?

> «Dios sabe esperar: no apresura la expiación; sin embargo, Dios puede imponer una existencia a un Espíritu cuando este, por su inferioridad o su mala voluntad, no es capaz de comprender lo que podría serle más beneficioso, y cuando ve que esa existencia puede servir para su purificación y su progreso, al mismo tiempo que encuentra en ella una expiación».

263. **¿Hace el Espíritu su elección inmediatamente después de la muerte?**

> «No, muchos creen en la eternidad de las penas; ya se les ha dicho: es un castigo».

264. **¿Qué guía al Espíritu en la elección de las pruebas que quiere afrontar?**

> «Elige las que pueden constituir para él una expiación, según la naturaleza de sus faltas, y hacerlo avanzar más deprisa. Unos pueden, pues, imponerse una vida de miseria y privaciones para intentar soportarla con valor; otros quieren ponerse a prueba mediante las tentaciones de la fortuna y del poder, mucho más peligrosas por el abuso y el mal uso que se puede hacer de ellos, y por las malas pasiones que desarrollan; otros, en fin, quieren ponerse a prueba mediante las luchas que deben sostener en contacto con el vicio».

265. **Si ciertos Espíritus eligen el contacto con el vicio como prueba, ¿hay algunos que lo eligen por afinidad y por el deseo de vivir en un medio conforme a sus gustos, o para poder entregarse materialmente a inclinaciones materiales?**

> «Los hay, sin duda, pero eso solo ocurre entre aquellos cuyo sentido moral está todavía poco desarrollado; la prueba llega por sí sola y la padecen durante más tiempo. Tarde o temprano, comprenden que la satisfacción de las pasiones brutales tiene para ellos consecuencias deplorables que sufrirán durante un tiempo que les parecerá eterno; y Dios podrá dejarlos en ese estado hasta que hayan comprendido su falta y pidan ellos mismos repararla mediante pruebas provechosas».

266. ¿No parece natural elegir las pruebas menos penosas?

> «Para ustedes, sí; para el Espíritu, no; cuando está libre de la materia, la ilusión cesa y piensa de otra manera».

El hombre, en la Tierra y bajo la influencia de las ideas carnales, solo ve en esas pruebas el lado penoso; por eso le parece natural elegir las que, desde su punto de vista, pueden combinarse con los placeres materiales; pero en la vida espiritual compara esos placeres fugaces y groseros con la felicidad inalterable que vislumbra, y entonces, ¿qué le importan algunos sufrimientos pasajeros? El Espíritu puede, pues, elegir la prueba más dura y, por consiguiente, la existencia más penosa, con la esperanza de llegar más deprisa a un estado mejor, como el enfermo elige a menudo el remedio más desagradable para curarse antes. Quien quiere vincular su nombre al descubrimiento de un país desconocido no elige un camino florido; conoce los peligros que corre, pero también conoce la gloria que le espera si tiene éxito. La doctrina de la libertad en la elección de nuestras existencias y de las pruebas que debemos afrontar deja de parecer extraordinaria si se considera que los Espíritus, libres de la materia, valoran las cosas de una manera diferente de como lo hacemos nosotros. Perciben la meta, mucho más importante para ellos que los placeres fugaces del mundo; después de cada existencia, ven el paso que han dado y comprenden cuánto les falta todavía en pureza para alcanzarla: por eso se someten voluntariamente a todas las vicisitudes de la vida corporal, pidiendo ellos mismos las que pueden hacerlos llegar más pronto. No hay, pues, razón para extrañarse de que el Espíritu no dé preferencia a la existencia más apacible. No puede disfrutar de esa vida libre de amargura en su estado de imperfección; la vislumbra, y para llegar a ella procura mejorar. ¿No tenemos, además, todos los días ante los ojos el ejemplo de elecciones semejantes? El hombre que trabaja una parte de su vida sin tregua ni descanso para reunir con qué procurarse el bienestar, ¿qué hace sino imponerse una tarea con vistas a un porvenir mejor? El militar que se ofrece para una misión peligrosa, el viajero que desafía peligros no

menos grandes por el interés de la ciencia o de su fortuna, ¿qué hacen también sino afrontar pruebas voluntarias que deben procurarles honor y provecho si regresan de ellas? ¿A qué no se somete el hombre y a qué no se expone por su interés o por su gloria? ¿No son también todos los concursos pruebas voluntarias a las que uno se somete para ascender en la carrera que ha elegido? Solo se llega a una posición social destacada en las ciencias, las artes o la industria pasando por la serie de posiciones inferiores, que son otras tantas pruebas. La vida humana es así el reflejo de la vida espiritual; encontramos en ella, en pequeño, todas las mismas peripecias. Si, pues, en la vida elegimos con frecuencia las pruebas más duras con vistas a una meta más elevada, ¿por qué el Espíritu, que ve más lejos que el cuerpo y para quien la vida del cuerpo no es más que un incidente fugaz, no elegiría una existencia penosa y laboriosa si esta debe conducirlo a una felicidad eterna? Quienes dicen que, si el hombre puede elegir su existencia, pedirán ser príncipes o millonarios, son como los miopes que solo ven lo que tocan, o como esos niños golosos a quienes se pregunta qué oficio prefieren y responden: pastelero o confitero. Así es el viajero que, en el fondo del valle oscurecido por la niebla, no ve ni la longitud ni los extremos de su camino; al llegar a la cima de la montaña, abarca con la mirada el camino que ha recorrido y lo que le queda por recorrer; ve su meta, los obstáculos que aún debe superar, y puede entonces organizar con mayor seguridad los medios para llegar. El Espíritu encarnado es como el viajero al pie de la montaña; libre de los lazos terrestres, domina el panorama como quien está en la cima. Para el viajero, la meta es el descanso después de la fatiga; para el Espíritu, es la felicidad suprema después de las tribulaciones y las pruebas.

Todos los Espíritus dicen que en el estado errante buscan, estudian y observan para hacer su elección. ¿No tenemos un ejemplo de este hecho en la vida corporal? ¿No buscamos a menudo durante años la carrera por la que nos decidimos libremente, porque la creemos la más adecuada para abrirnos camino? Si fracasamos en una, buscamos otra. Cada carrera que

emprendemos es una fase, un período de la vida. ¿No dedicamos cada día a buscar lo que haremos al día siguiente? Ahora bien, ¿qué son las distintas existencias corporales para el Espíritu sino fases, períodos, días de su vida espírita, que es, como sabemos, su vida normal, mientras que la vida corporal es solo transitoria y pasajera?

267. **¿Podría el Espíritu hacer su elección durante el estado corporal?**

> «Su deseo puede influir; eso depende de la intención; pero cuando es Espíritu suele ver las cosas de manera muy diferente. Solo el Espíritu hace esta elección; pero, una vez más, puede hacerla en esta vida material, pues el Espíritu siempre tiene esos momentos en que es independiente de la materia que habita».

– Muchas personas desean la grandeza y las riquezas, y seguramente no es como expiación ni como prueba.

> «Sin duda, es la materia la que desea esa grandeza para disfrutar de ella, y es el Espíritu quien la desea para conocer sus vicisitudes».

268. **Hasta que llega al estado de pureza perfecta, ¿tiene el Espíritu que pasar constantemente por pruebas?**

> «Sí, pero no son como vosotros las entendéis; llamáis pruebas a las tribulaciones materiales; ahora bien, el Espíritu, llegado a cierto grado, sin ser perfecto, ya no tiene que sufrirlas; pero siempre tiene deberes que lo ayudan a perfeccionarse y que no le resultan penosos, aunque solo sea ayudar a los demás a perfeccionarse a sí mismos».

269. **¿Puede el Espíritu equivocarse sobre la eficacia de la prueba que elige?**

> «Puede elegir una que esté por encima de sus fuerzas, y entonces sucumbe; también puede elegir una que no le aproveche en absoluto, como cuando busca un género de vida ociosa e inútil; pero entonces, una vez que regresa al mundo de los Espíritus, se da cuenta de que no ha ganado nada y pide recuperar el tiempo perdido».

270. **¿A qué se deben las vocaciones de ciertas personas y su voluntad de seguir una carrera en lugar de otra?**

> «Me parece que podéis responder vosotros mismos a esta pregunta. ¿No es la consecuencia de todo lo que hemos dicho sobre la elección de las pruebas y sobre el progreso realizado en una existencia anterior?»

271. **En el estado errante, cuando el Espíritu estudia las diversas condiciones en las que podrá progresar, ¿cómo piensa poder hacerlo naciendo, por ejemplo, entre pueblos caníbales?**

> «No son los Espíritus ya adelantados los que nacen entre los caníbales, sino Espíritus de la misma naturaleza que los de los caníbales o inferiores a ellos».

Sabemos que nuestros antropófagos no están en el último grado de la escala y que hay mundos donde el embrutecimiento y la ferocidad no tienen equivalente en la tierra. Estos Espíritus son, por tanto, aún inferiores a los más inferiores de nuestro mundo, y venir entre nuestros salvajes es para ellos un progreso, como sería un progreso para nuestros antropófagos ejercer entre nosotros una profesión que los obligara a derramar sangre. Si no aspiran a más, es porque su inferioridad moral no les permite comprender un progreso más completo. El Espíritu solo puede avanzar gradualmente; no puede salvar de un salto la distancia que separa la barbarie de la civilización, y en esto vemos una de las razones que hacen necesaria la reencarnación, que está verdaderamente de acuerdo con la justicia de Dios; de otro modo, ¿qué sería de esos millones de seres que mueren cada día en el último estado de degradación, si no tuvieran los medios de alcanzar la superioridad? ¿Por qué los habría privado Dios de los favores concedidos a los demás hombres?

272. **¿Podrían los Espíritus que vienen de un mundo inferior a la tierra o de un pueblo muy atrasado, como los caníbales, por ejemplo, nacer entre nuestros pueblos civilizados?**

> «Sí, hay algunos que se extravían al querer subir demasiado alto; pero entonces se encuentran fuera de lugar entre vosotros, porque tienen costumbres e instintos que chocan con los vuestros».

Estos seres nos ofrecen el triste espectáculo de la ferocidad en medio de la civilización; al regresar entre los caníbales, no sufrirán una degradación, solo volverán a ocupar su lugar y quizá obtengan todavía algún provecho.

273. **¿Podría un hombre perteneciente a una raza civilizada reencarnarse, por expiación, en una raza salvaje?**

> «Sí, pero eso depende del género de expiación; un amo que haya sido duro con sus esclavos podrá convertirse a su vez en esclavo y sufrir los malos tratos que haya hecho soportar. Quien ha mandado en una época puede, en una nueva existencia, obedecer a los mismos que se doblegaban ante su voluntad. Es una expiación si ha abusado de su poder, y Dios puede imponérsela. Un buen Espíritu también puede, para hacerlos avanzar, elegir una existencia influyente entre esos pueblos, y entonces es una misión».

Relaciones de ultratumba

274. **¿Establecen los diferentes órdenes de Espíritus una jerarquía de poderes entre ellos? ¿Hay entre ellos subordinación y autoridad?**

> «Sí, muy grande; los Espíritus tienen unos sobre otros una autoridad proporcional a su superioridad, y la ejercen mediante un ascendiente moral irresistible».

– **¿Pueden los Espíritus inferiores sustraerse a la autoridad de quienes les son superiores?**

> «He dicho: irresistible».

275. **¿El poder y la consideración de los que un hombre ha gozado en la tierra le dan una supremacía en el mundo de los Espíritus?**

> «No, pues los pequeños serán elevados y los grandes rebajados. Lee los salmos».

– **¿Cómo debemos entender esta elevación y este rebajamiento?**

> «¿No sabes que los Espíritus son de diferentes órdenes según su mérito? Pues bien, el más grande de la tierra puede ocupar el último puesto entre los Espíritus, mientras que su servidor estará en el primero. ¿Comprendes eso? ¿No dijo Jesús: Todo el que se rebaje será elevado, y todo el que se eleve será rebajado?»

276. **Quien ha sido grande en la tierra y se encuentra en una posición inferior entre los Espíritus, ¿se siente humillado por ello?**

> «A menudo mucho, sobre todo si era orgulloso y celoso».

277. **El soldado que, después de la batalla, vuelve a encontrar a su general en el mundo de los Espíritus, ¿lo sigue reconociendo como su superior?**

> «El título no es nada, la superioridad real lo es todo».

278. **¿Se mezclan los Espíritus de los diferentes órdenes?**

> «Sí y no; es decir, se ven, pero se distinguen unos de otros. Se evitan o se acercan según la afinidad o la antipatía de sus sentimientos, como sucede entre vosotros. Es todo un mundo del que el vuestro es un reflejo oscurecido. Los del mismo rango se reúnen por una especie de afinidad y forman grupos o familias de Espíritus unidos por la simpatía y el fin que se proponen: los buenos por el deseo de hacer el bien, los malos por el deseo de hacer el mal, la vergüenza de sus faltas y la necesidad de encontrarse entre seres semejantes a ellos».

Como una gran ciudad donde los hombres de todos los rangos y condiciones se ven y se encuentran sin confundirse; donde las sociedades se forman por la afinidad de gustos; donde el vicio y la virtud se codean sin decirse nada.

279. **¿Tienen todos los Espíritus acceso recíproco unos a otros?**

> «Los buenos van a todas partes, y es necesario que así sea para que puedan ejercer su influencia sobre los malos; pero las regiones habitadas por los buenos están vedadas a los Espíritus imperfectos, para que estos no puedan llevar allí la perturbación de las malas pasiones».

280. **¿Cuál es la naturaleza de las relaciones entre los buenos y los malos Espíritus?**

> «Los buenos procuran combatir las malas inclinaciones de los otros para ayudarlos a elevarse; es una misión».

281. ¿Por qué los Espíritus inferiores se complacen en llevarnos al mal?

> «Por envidia de no haber merecido estar entre los buenos. Su deseo es impedir, en cuanto está en sus manos, que los Espíritus aún inexpertos lleguen al bien supremo; quieren hacer experimentar a los demás lo que ellos mismos experimentan. ¿No veis también eso entre vosotros?»

282. ¿Cómo se comunican los Espíritus entre sí?

> «Se ven y se comprenden; la palabra es material: es el reflejo del Espíritu. El fluido universal establece entre ellos una comunicación constante; es el vehículo de la transmisión del pensamiento, como para vosotros el aire es el vehículo del sonido; una especie de telégrafo universal que enlaza todos los mundos y permite a los Espíritus comunicarse de un mundo a otro».

283. ¿Pueden los Espíritus ocultarse recíprocamente sus pensamientos? ¿Pueden esconderse unos de otros?

> «No, para ellos todo está al descubierto, sobre todo cuando son perfectos. Pueden alejarse, pero siempre se ven. Sin embargo, esto no es una regla absoluta, pues ciertos Espíritus pueden hacerse invisibles para otros Espíritus si juzgan útil hacerlo».

284. ¿Cómo pueden los Espíritus, que ya no tienen cuerpo, constatar su individualidad y distinguirse de los demás seres espirituales que los rodean?

> «Constatan su individualidad por el periespíritu, que hace de ellos seres distintos unos para otros, como el cuerpo entre los hombres».

285. **¿Se reconocen los Espíritus por haber convivido en la tierra? ¿Reconoce el hijo a su padre, el amigo a su amigo?**

> «Sí, y así de generación en generación».

– ¿Cómo se reconocen en el mundo de los Espíritus los hombres que se han conocido en la tierra?

> «Vemos nuestra vida pasada y leemos en ella como en un libro; al ver el pasado de nuestros amigos y de nuestros enemigos, vemos su paso de la vida a la muerte».

286. **El alma, al dejar sus despojos mortales, ¿ve inmediatamente a sus familiares y amigos que la han precedido en el mundo de los Espíritus?**

> «Inmediatamente no es siempre la palabra adecuada; pues, como hemos dicho, necesita algún tiempo para tomar conciencia de su estado y sacudirse el velo material».

287. **¿Cómo es recibida el alma a su regreso al mundo de los Espíritus?**

> «La del justo, como un hermano muy querido al que se esperaba desde hacía mucho tiempo; la del malvado, como un ser al que se desprecia».

288. **¿Qué sentimiento experimentan los Espíritus impuros al ver llegar a otro mal Espíritu?**

> «Los malvados están satisfechos de ver seres semejantes a ellos y privados, como ellos, de la felicidad infinita, como lo está, en la tierra, un bribón entre sus semejantes».

289. ¿Vienen a veces nuestros familiares y amigos a nuestro encuentro cuando dejamos la tierra?

> «Sí, salen al encuentro del alma a la que aman; la felicitan como al regreso de un viaje, si ha escapado a los peligros del camino, y la ayudan a liberarse de los lazos corporales. Es un favor para los buenos Espíritus que quienes los han amado vengan a su encuentro, mientras que quien está manchado permanece aislado o solo está rodeado de Espíritus semejantes a él: es un castigo».

290. ¿Están siempre reunidos los familiares y los amigos después de su muerte?

> «Eso depende de su elevación y del camino que siguen para su progreso. Si uno de ellos está más adelantado y avanza más deprisa que el otro, no podrán permanecer juntos; podrán verse algunas veces, pero solo estarán reunidos para siempre cuando puedan avanzar a la par o cuando hayan alcanzado la igualdad en la perfección. Además, la privación de ver a sus familiares y amigos es a veces un castigo».

Relaciones de simpatía y antipatía entre los Espíritus. Mitades eternas

291. Además de la simpatía general debida a la semejanza, ¿tienen los Espíritus afectos particulares entre sí?

> «Sí, como los hombres; pero el vínculo que une a los Espíritus es más fuerte cuando el cuerpo está ausente, porque ya no está expuesto a las vicisitudes de las pasiones».

292. **¿Hay odios entre los Espíritus?**

> «Solo hay odios entre los Espíritus impuros, y son ellos quienes siembran entre vosotros las enemistades y las discordias».

293. **Dos seres que hayan sido enemigos en la tierra, ¿conservarán resentimiento el uno contra el otro en el mundo de los Espíritus?**

> «No, comprenderán que su odio era estúpido y su motivo pueril. Solo los Espíritus imperfectos conservan cierta animosidad hasta que se han purificado. Si solo los ha dividido un interés material, ya no pensarán en ello, por poco que se hayan desmaterializado. Si no hay antipatía entre ellos, al no existir ya el motivo de la discusión, pueden volver a verse con gusto».

Así, dos escolares que han llegado a la edad de la razón reconocen la puerilidad de las disputas que tuvieron en su infancia y dejan de guardarse rencor.

294. **El recuerdo de las malas acciones que dos hombres hayan podido cometer el uno contra el otro, ¿es un obstáculo para su simpatía?**

> «Sí, los lleva a alejarse».

295. **¿Qué sentimiento experimentan después de la muerte aquellos a quienes hemos hecho daño en este mundo?**

> «Si son buenos, perdonan según vuestro arrepentimiento. Si son malos, pueden conservar resentimiento e incluso, a veces, perseguiros en otra existencia. Dios puede permitirlo como castigo».

296. **¿Pueden alterarse los afectos individuales de los Espíritus?**

> «No, pues no pueden engañarse; ya no tienen la máscara bajo la cual se esconden los hipócritas; por eso sus afectos son inalterables cuando son puros. El amor que los une es para ellos la fuente de una felicidad suprema».

297. **El afecto que dos seres se han tenido en la tierra, ¿continúa siempre en el mundo de los Espíritus?**

> «Sí, sin duda, si se funda en una simpatía verdadera; pero si las causas físicas tienen en él más parte que la simpatía, cesa con la causa. Los afectos entre los Espíritus son más sólidos y duraderos que en la tierra, porque no están subordinados al capricho de los intereses materiales y del amor propio».

298. **Las almas que deben unirse, ¿están predestinadas a esa unión desde su origen, y tiene cada uno de nosotros en algún lugar del universo su mitad, a la que un día se reunirá inevitablemente?**

> «No; no existe una unión particular e inevitable entre dos almas. La unión existe entre todos los Espíritus, pero en grados diferentes según el rango que ocupan, es decir, según la perfección que han adquirido: cuanto más perfectos son, más unidos están. De la discordia nacen todos los males de los seres humanos; de la concordia resulta la felicidad completa».

299. **¿En qué sentido debe entenderse la palabra mitad que algunos Espíritus emplean para designar a los Espíritus afines?**

> «La expresión es inexacta; si un Espíritu fuera la mitad de otro, separado de este, estaría incompleto».

300. **Dos Espíritus perfectamente afines, una vez reunidos, ¿lo están por toda la eternidad, o pueden separarse y unirse a otros Espíritus?**

> «Todos los Espíritus están unidos entre sí; hablo de los que han llegado a la perfección. En las esferas inferiores, cuando un Espíritu se eleva, ya no siente la misma simpatía por aquellos a quienes ha dejado».

301. **Dos Espíritus afines, ¿son el complemento el uno del otro, o es esa simpatía el resultado de una identidad perfecta?**

> «La simpatía que atrae a un Espíritu hacia otro es el resultado de la perfecta concordancia de sus inclinaciones y de sus instintos; si uno tuviera que completar al otro, perdería su individualidad».

302. **La identidad necesaria para la simpatía perfecta, ¿consiste únicamente en la semejanza de pensamientos y sentimientos, o también en la uniformidad de los conocimientos adquiridos?**

> «En la igualdad de los grados de elevación».

303. Los Espíritus que hoy no son afines, ¿pueden llegar a serlo más adelante?

> «Sí, todos lo serán. Así, el Espíritu que hoy se encuentra en una esfera inferior, al perfeccionarse llegará a la esfera donde reside otro. Su encuentro tendrá lugar más pronto si el Espíritu más elevado, al soportar mal las pruebas a las que se ha sometido, ha permanecido en el mismo estado».

– ¿Pueden dos Espíritus afines dejar de serlo?

> «Desde luego, si uno es perezoso».

La teoría de las mitades eternas es una figura que representa la unión de dos Espíritus afines; es una expresión usada incluso en el lenguaje corriente y que no debe tomarse al pie de la letra; los Espíritus que la han empleado no pertenecen, sin duda, al orden más elevado; la esfera de sus ideas es necesariamente limitada, y pueden haber expresado sus pensamientos con los términos que habrían empleado durante su vida corporal.

Hay que rechazar, por tanto, la idea de que dos Espíritus creados el uno para el otro deban reunirse un día inevitablemente en la eternidad, después de haber estado separados durante un período más o menos largo.

Recuerdo de la existencia corporal

304. ¿Recuerda el Espíritu su existencia corporal?

> «Sí, es decir, que al haber vivido varias veces como hombre, recuerda lo que ha sido, y te aseguro que, a veces, se ríe de sí mismo por lástima».

Como el hombre que ha llegado a la edad de la razón se ríe de las locuras de su juventud o de las puerilidades de su infancia.

305. **¿Se presenta al Espíritu el recuerdo de la existencia corporal de forma completa e inesperada después de la muerte?**

> «No, le vuelve poco a poco, como algo que sale de la niebla, y a medida que fija en él su atención».

306. **¿Recuerda el Espíritu, en detalle, todos los acontecimientos de su vida; abarca su conjunto con una mirada retrospectiva?**

> «Recuerda las cosas en razón de las consecuencias que tienen sobre su estado de Espíritu; pero comprenderás que hay circunstancias de su vida a las que no da ninguna importancia, y que ni siquiera intenta recordar».

– **¿Podría recordarlas si quisiera?**

> «Puede recordar los detalles y los incidentes más minuciosos, tanto de los acontecimientos como de sus propios pensamientos; pero cuando no tiene utilidad, no lo hace».

– **¿Vislumbra el fin de la vida terrestre con respecto a la vida futura?**

> «Sin duda, lo ve y lo comprende mucho mejor que cuando su cuerpo estaba vivo; comprende la necesidad de purificarse para llegar al infinito, y sabe que en cada existencia deja atrás algunas impurezas».

307. **¿Cómo se representa la vida pasada en la memoria del Espíritu? ¿Por un esfuerzo de su imaginación o como un cuadro que tiene ante los ojos?**

> «De ambas maneras; todos los actos que le interesa recordar son para él como si estuvieran presentes; los demás quedan más o menos en la vaguedad del pensamiento, o completamente olvidados. Cuanto más desmaterializado está, menos importancia da a las cosas materiales. A menudo evocas a un Espíritu errante que acaba de dejar la tierra y que no recuerda los nombres de las personas a quienes amaba, ni muchos detalles que a ti te parecen importantes; le preocupan poco y caen en el olvido. Lo que recuerda muy bien son los hechos principales que lo ayudan a mejorar».

308. **¿Recuerda el Espíritu todas las existencias que precedieron a la última que acaba de dejar?**

> «Todo su pasado se despliega ante él, como las etapas que ha recorrido el viajero; pero, como hemos dicho, no recuerda de manera absoluta todos los actos; los recuerda en razón de la influencia que tienen sobre su estado presente. En cuanto a las primeras existencias, aquellas que pueden considerarse la infancia del Espíritu, se pierden en la vaguedad y desaparecen en la noche del olvido».

309. **¿Cómo considera el Espíritu el cuerpo que acaba de dejar?**

> «Como una mala prenda que le estorbaba y de la que se alegra de haberse librado».

– **¿Qué sentimiento le produce ver su cuerpo en descomposición?**

> «Casi siempre indiferencia, como ante algo a lo que ya no tiene apego».

310. **Al cabo de cierto tiempo, ¿reconoce el Espíritu unos restos óseos u otros objetos como algo que le ha pertenecido?**

> «A veces; depende del punto de vista más o menos elevado desde el que considera las cosas terrestres».

311. **El respeto que se tiene por las cosas materiales que quedan del Espíritu, ¿atrae su atención hacia esos mismos objetos, y ve ese respeto con agrado?**

> «El Espíritu siempre se alegra de que lo recuerden; las cosas que se conservan de él lo traen a la memoria, pero es el pensamiento lo que lo atrae hacia vosotros, y no esos objetos».

312. **¿Conservan los Espíritus el recuerdo de los sufrimientos que soportaron durante su última existencia corporal?**

> «A menudo lo conservan, y ese recuerdo les hace apreciar mejor el valor de la felicidad de la que pueden gozar como Espíritus».

313. El hombre que ha sido feliz en este mundo, ¿añora sus goces cuando ha dejado la tierra?

> «Solo los Espíritus inferiores pueden añorar alegrías que concuerdan con la impureza de su naturaleza y que expían con sus sufrimientos. Para los Espíritus elevados, la felicidad eterna es mil veces preferible a los placeres efímeros de la tierra».

Como el hombre adulto que desprecia lo que hacía las delicias de su infancia.

314. Quien ha comenzado grandes trabajos con un fin útil y los ve interrumpidos por la muerte, ¿lamenta, en el otro mundo, haberlos dejado sin terminar?

> «No, porque ve que otros están destinados a terminarlos. Por el contrario, procura influir en otros Espíritus humanos para que los continúen. Su fin en la tierra era el bien de la humanidad; ese fin es el mismo en el mundo de los Espíritus».

315. Quien ha dejado obras de arte o de literatura, ¿conserva por sus obras el amor que les tenía en vida?

> «Según su elevación, las juzga desde otro punto de vista, y a menudo censura lo que más admiraba».

316. **¿Sigue interesándose el Espíritu por los trabajos que se realizan en la tierra, por el progreso de las artes y de las ciencias?**

> «Eso depende de su elevación o de la misión que pueda tener que cumplir. Lo que os parece magnífico es a menudo muy poca cosa para ciertos Espíritus; lo admiran como el sabio admira el trabajo de un escolar. Examina lo que puede demostrar la elevación de los Espíritus encarnados y sus progresos».

317. ¿Conservan los Espíritus, después de la muerte, el amor a la patria?

> «Es siempre el mismo principio: para los Espíritus elevados, la patria es el universo; en la tierra, está donde tienen más personas afines».

La situación de los Espíritus y su manera de ver las cosas varían hasta el infinito en razón del grado de su desarrollo moral e intelectual.

Los Espíritus de un orden elevado generalmente solo hacen estancias breves en la tierra; todo lo que se hace en ella es tan mezquino en comparación con las grandezas del infinito, las cosas a las que los hombres dan más importancia son tan pueriles a sus ojos, que encuentran pocos atractivos en ella, a menos que sean llamados para contribuir al progreso de la humanidad.

Los Espíritus de un orden medio permanecen en ella con más frecuencia, aunque consideran las cosas desde un punto de vista más elevado que cuando vivían.

Los Espíritus comunes son en cierto modo sedentarios en ella y constituyen la masa de la población circundante del mundo invisible; han conservado, con muy pocas diferencias, las mismas ideas, los mismos gustos y las mismas inclinaciones que tenían bajo su envoltura corporal; se mezclan en nuestras reuniones, en nuestros asuntos, en nuestras diversiones, en los que toman una parte más o menos activa según su carácter.

Al no poder satisfacer sus pasiones, gozan a través de quienes se entregan a ellas y los incitan a hacerlo. Entre ellos los hay más serios, que miran y observan para instruirse y perfeccionarse.

318. **¿Se modifican las ideas de los Espíritus en el estado de espíritu?**

> «Mucho; experimentan grandes modificaciones a medida que el Espíritu se desmaterializa; a veces puede permanecer mucho tiempo en las mismas ideas, pero poco a poco disminuye la influencia de la materia y ve las cosas con mayor claridad; entonces busca los medios para mejorar».

319. **Ya que el Espíritu ya ha vivido la vida espírita antes de su encarnación, ¿de dónde viene su asombro al volver al mundo de los Espíritus?**

> «No es más que el efecto del primer momento y de la turbación que sigue al despertar; más tarde se reconoce perfectamente a medida que le vuelve el recuerdo del pasado y se borra la impresión de la vida terrestre.» (163 y siguientes)

Conmemoración de los muertos. Funerales

320. **¿Son los Espíritus sensibles al recuerdo de aquellos a quienes han amado en la tierra?**

> «Mucho más de lo que podéis creer; ese recuerdo aumenta su felicidad si son felices; y si son desdichados, es para ellos un alivio.»

321. **¿Tiene el día de la conmemoración de los muertos algo de más solemne para los Espíritus? ¿Se preparan para venir a visitar a quienes han de ir a rezar sobre sus restos?**

> «Los Espíritus acuden al llamado del pensamiento ese día como los demás días.»

– **¿Es ese día para ellos una cita junto a sus sepulturas?**

> «Son más numerosos allí ese día, porque hay más personas que los llaman; pero cada uno de ellos solo acude por sus amigos, y no por la multitud de los indiferentes.»

– **¿Con qué forma acuden y cómo se los vería si pudieran hacerse visibles?**

> «Con aquella con la que se los conoció en vida.»

322. **Los Espíritus olvidados, cuyas tumbas nadie va a visitar, ¿acuden a ellas a pesar de eso y sienten pesar al no ver a ningún amigo recordar su memoria?**

> «¿Qué les importa la tierra? Solo se está ligado a ella por el corazón. Si el amor no está allí, ya no hay nada que vincule al Espíritu a ella: tiene todo el universo para él.»

323. **¿La visita a la tumba proporciona más satisfacción al Espíritu que una oración hecha en casa?**

> «La visita a la tumba es una manera de manifestar que se piensa en el Espíritu ausente: es la imagen. Ya os lo he dicho, es la oración la que santifica el acto del recuerdo; poco importa el lugar, si se dice de corazón.»

324. **Los Espíritus de las personas a quienes se erigen estatuas o monumentos, ¿asisten a esa clase de inauguraciones y las ven con agrado?**

> «Muchos acuden cuando pueden, pero son menos sensibles al honor que se les rinde que al recuerdo.»

325. **¿De dónde puede venir a ciertas personas el deseo de ser enterradas en un lugar antes que en otro? ¿Vuelven allí con más gusto después de su muerte? ¿Y esa importancia concedida a una cosa material es una señal de inferioridad en el Espíritu?**

> «Apego del Espíritu a ciertos lugares; inferioridad moral. ¿Qué le importa al Espíritu elevado un rincón de tierra más que otro? ¿Acaso no sabe que su alma se reunirá con aquellos a quienes ama, aunque sus huesos estén separados?
>
> – ¿Debe considerarse algo fútil la reunión de los restos mortales de todos los miembros de una misma familia?
>
> «No; es una costumbre piadosa y un testimonio de afecto hacia aquellos a quienes se ha amado; si esa reunión importa poco a los Espíritus, es útil a los hombres: los recuerdos se evocan con mayor recogimiento.»

326. **El alma, al volver a la vida espiritual, ¿es sensible a los honores rendidos a sus restos mortales?**

> «Cuando el Espíritu ha llegado ya a cierto grado de perfección, deja de tener vanidad terrestre y comprende la futilidad de todas esas cosas; pero debes saber que a menudo hay Espíritus que, en el primer momento de su muerte material, sienten un gran placer por los honores que se les rinden, o disgusto por el abandono de su envoltura; pues conservan todavía algunos de los prejuicios de este mundo.»

327. **¿Asiste el Espíritu a su cortejo fúnebre?**

> «Muy con frecuencia asiste, pero a veces no se da cuenta de lo que sucede en él, si todavía está turbado.»

– **¿Se siente halagado por la concurrencia de los asistentes a su cortejo fúnebre?**

> «Más o menos, según el sentimiento que los lleva allí.»

328. **¿Asiste el Espíritu de quien acaba de morir a las reuniones de sus herederos?**

> «Casi siempre; Dios lo quiere para su propia instrucción y el castigo de los culpables; es allí donde juzga cuánto valían sus declaraciones; para él todos los sentimientos quedan al descubierto, y la decepción que siente al ver la rapacidad de quienes se reparten sus despojos le aclara cuáles son sus sentimientos; pero a ellos también les llegará su turno.»

329. **El respeto instintivo que el hombre, en todos los tiempos y en todos los pueblos, demuestra por los muertos, ¿es un efecto de la intuición que tiene de la existencia futura?**

> «Es su consecuencia natural; sin ella ese respeto carecería de objeto.»

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. VII — RETORNO A LA VIDA CORPORAL

✦

Preludios del retorno

330. ¿Conocen los Espíritus la época en que se reencarnarán?

> «La presienten, como un ciego siente el fuego al que se acerca. Saben que deben volver a tomar un cuerpo, como vosotros sabéis que debéis morir algún día, pero sin saber cuándo sucederá». (166).
> – ¿La reencarnación es, pues, una necesidad de la vida espiritual, como la muerte es una necesidad de la vida corporal?
> «Ciertamente, así es».

331. ¿Todos los Espíritus se preocupan por su reencarnación?

> «Hay quienes no piensan en ella en absoluto, e incluso no la comprenden; esto depende de su naturaleza más o menos adelantada. Para algunos, la incertidumbre en que se encuentran acerca de su futuro es un castigo».

332. ¿Puede el Espíritu adelantar o retrasar el momento de su reencarnación?

> «Puede adelantarlo deseándolo; también puede alejarlo si retrocede ante la prueba, pues entre los Espíritus también hay cobardes e indiferentes, pero no lo hace impunemente; sufre por ello como quien retrocede ante el remedio saludable que puede curarlo».

333. **Si un Espíritu se encontrara bastante feliz en una condición intermedia entre los Espíritus errantes y no tuviera la ambición de ascender, ¿podría prolongar ese estado indefinidamente?**

> «No, indefinidamente no; el progreso es una necesidad que el Espíritu siente tarde o temprano; todos deben ascender, ese es su destino».

334. **¿La unión del alma con tal o cual cuerpo está predestinada, o la elección solo se hace en el último momento?**

> «El Espíritu siempre está designado de antemano. Al elegir la prueba que quiere afrontar, el Espíritu pide encarnarse; ahora bien, Dios, que todo lo sabe y todo lo ve, ha sabido y visto de antemano que tal alma se uniría a tal cuerpo».

335. **¿Puede el Espíritu elegir el cuerpo en el que debe entrar, o solamente el género de vida que debe servirle de prueba?**

> «También puede elegir el cuerpo, pues las imperfecciones de ese cuerpo son para él pruebas que ayudan a su progreso si vence los obstáculos que encuentra en él, pero la elección no siempre depende de él; puede pedirlo».

– **¿Podría el Espíritu, en el último momento, negarse a entrar en el cuerpo que ha elegido?**

> «Si se negara, sufriría por ello mucho más que quien no hubiera intentado ninguna prueba».

336. **¿Podría suceder que un niño que debe nacer no encontrara un Espíritu que quisiera encarnarse en él?**

> «Dios proveería a ello. El niño, cuando debe nacer viable, siempre está predestinado a tener un alma; nada ha sido creado sin un propósito».

337. **¿Puede Dios imponer la unión del Espíritu con determinado cuerpo?**

> «Puede imponerla, al igual que las diferentes pruebas, sobre todo cuando el Espíritu todavía no es capaz de elegir con conocimiento de causa. Como expiación, el Espíritu puede verse obligado a unirse al cuerpo de un niño que, por su nacimiento y la posición que tendrá en el mundo, podrá convertirse para él en motivo de castigo».

338. **Si sucediera que varios Espíritus se presentaran para un mismo cuerpo que debe nacer, ¿qué decidiría entre ellos?**

> «Varios pueden pedirlo; es Dios quien juzga en tal caso cuál es el más capaz de cumplir la misión a la que está destinado el niño; pero, ya lo he dicho, el Espíritu está designado antes del instante en que debe unirse al cuerpo».

339. **¿El momento de la encarnación va acompañado de una turbación semejante a la que se produce al salir del cuerpo?**

> «Mucho mayor y, sobre todo, más larga. Al morir, el Espíritu sale de la esclavitud; al nacer, vuelve a entrar en ella».

340. ¿El instante en que un Espíritu debe encarnarse es para él un instante solemne? ¿Realiza este acto como algo grave e importante para él?

> «Es como un viajero que se embarca para una travesía peligrosa y que no sabe si encontrará la muerte en las olas a las que se enfrenta».

El viajero que se embarca sabe a qué peligros se expone, pero no sabe si naufragará; lo mismo sucede con el Espíritu: conoce el género de pruebas a las que se somete, pero no sabe si sucumbirá. Así como la muerte del cuerpo es una especie de renacimiento para el Espíritu, la reencarnación es para este una especie de muerte, o más bien de exilio y encierro. Deja el mundo de los Espíritus por el mundo corporal, como el hombre deja el mundo corporal por el mundo de los Espíritus. El Espíritu sabe que se reencarnará, como el hombre sabe que morirá; pero, al igual que este, solo toma conciencia de ello en el último momento, cuando ha llegado el tiempo señalado; entonces, en ese momento supremo, la turbación se apodera de él, como en el hombre que está agonizando, y esa turbación persiste hasta que la nueva existencia esté claramente formada. La proximidad de la reencarnación es una especie de agonía para el Espíritu.

341. ¿La incertidumbre en que se encuentra el Espíritu acerca del posible éxito de las pruebas que va a afrontar en la vida es para él una causa de ansiedad antes de su encarnación?

> «Una ansiedad muy grande, puesto que las pruebas de su existencia lo retrasarán o lo harán avanzar según las haya soportado bien o mal».

342. **¿En el momento de su reencarnación, el Espíritu va acompañado por otros Espíritus amigos suyos que vienen a asistir a su partida del mundo espiritual, como vienen a recibirlo cuando regresa a él?**

> «Eso depende de la esfera que habite el Espíritu. Si está en las esferas donde reina el afecto, los Espíritus que lo aman lo acompañan hasta el último momento, lo animan y, a menudo, incluso lo siguen en la vida».

343. **¿Los Espíritus amigos que nos siguen en la vida son a veces aquellos que vemos en sueños, que nos demuestran afecto y que se nos presentan con rasgos desconocidos?**

> «Muy a menudo son ellos; vienen a visitaros, como vosotros vais a ver a un prisionero tras las rejas».

Unión del alma y del cuerpo

344. **¿En qué momento se une el alma al cuerpo?**

> «La unión comienza en la concepción, pero solo se completa en el momento del nacimiento. Desde el momento de la concepción, el Espíritu designado para habitar determinado cuerpo está unido a él por un lazo fluídico que se va estrechando cada vez más hasta el instante en que el niño ve la luz; el grito que entonces sale del niño anuncia que ya se cuenta entre los vivos y los servidores de Dios».

345. **¿La unión entre el Espíritu y el cuerpo es definitiva desde el momento de la concepción? Durante este primer período, ¿podría el Espíritu renunciar a habitar el cuerpo designado?**

> «La unión es definitiva en el sentido de que otro Espíritu no podría reemplazar al que está designado para ese cuerpo; pero, como los lazos que lo unen a él son muy débiles, se rompen fácilmente, y pueden romperse por la voluntad del Espíritu que retrocede ante la prueba que ha elegido; pero entonces el niño no vive».

346. **¿Qué le sucede al Espíritu si el cuerpo que ha elegido muere antes de nacer?**

> «Elige otro».

– **¿Qué utilidad pueden tener esas muertes prematuras?**

> «Las imperfecciones de la materia son, la mayoría de las veces, la causa de esas muertes».

347. **¿Qué utilidad puede tener para un Espíritu su encarnación en un cuerpo que muere pocos días después de su nacimiento?**

> «El ser no tiene suficientemente desarrollada la conciencia de su existencia; la importancia de la muerte es casi nula; a menudo es, como hemos dicho, una prueba para los padres».

348. **¿Sabe el Espíritu de antemano que el cuerpo que elige no tiene posibilidades de vivir?**

> «A veces lo sabe, pero si lo elige por ese motivo, es porque retrocede ante la prueba».

349. Cuando una encarnación se frustra para el Espíritu por una causa cualquiera, ¿se suple inmediatamente con otra existencia?

> «No siempre inmediatamente; el Espíritu necesita tiempo para elegir de nuevo, a menos que la reencarnación instantánea provenga de una determinación anterior».

350. Una vez unido al cuerpo del niño, y cuando ya no puede volverse atrás, ¿lamenta el Espíritu a veces la elección que ha hecho?

> «¿Quieres decir si, como hombre, se queja de la vida que tiene? ¿Si la querría distinta? Sí; ¿si lamenta la elección que ha hecho? No; no sabe que la ha elegido. El Espíritu, una vez encarnado, no puede lamentar una elección de la que no tiene conciencia; pero puede encontrar la carga demasiado pesada, y si la cree superior a sus fuerzas, es entonces cuando recurre al suicidio».

351. En el intervalo entre la concepción y el nacimiento, ¿goza el Espíritu de todas sus facultades?

> «Más o menos, según el momento, pues todavía no está encarnado, sino ligado. Desde el instante de la concepción, la turbación empieza a apoderarse del Espíritu, que así queda advertido de que ha llegado el momento de comenzar una nueva existencia; esta turbación va creciendo hasta el nacimiento; durante ese intervalo, su estado es aproximadamente el de un Espíritu encarnado durante el sueño del cuerpo; a medida que se acerca el momento del nacimiento, sus ideas se desvanecen, así como el recuerdo del pasado, del que ya no tiene conciencia como hombre una vez que ha entrado en la vida; pero ese recuerdo vuelve poco a poco a su memoria en su estado de Espíritu».

352. **En el momento del nacimiento, ¿recobra el Espíritu inmediatamente la plenitud de sus facultades?**

> «No, se desarrollan gradualmente con los órganos. Es para él una nueva existencia; tiene que aprender a servirse de sus instrumentos; las ideas le vuelven poco a poco, como a un hombre que despierta del sueño y se encuentra en una situación diferente de la que tenía la víspera».

353. **Dado que la unión del Espíritu y del cuerpo solo queda completa y definitivamente consumada después del nacimiento, ¿puede considerarse que el feto tiene un alma?**

> «El Espíritu que debe animarlo existe, en cierto modo, fuera de él; por tanto, no tiene, propiamente hablando, un alma, puesto que la encarnación está apenas en vías de realizarse; pero está ligado a la que debe poseer».

354. **¿Cómo explicar la vida intrauterina?**

> «Es la de la planta que vegeta. El niño vive de la vida animal. El hombre posee en sí la vida animal y la vida vegetal, que completa al nacer con la vida espiritual».

355. **¿Hay, como indica la ciencia, niños que, desde el seno de la madre, no son viables al nacer, y con qué finalidad sucede esto?**

> «Esto sucede a menudo; Dios lo permite como prueba, ya sea para los padres, ya sea para el Espíritu designado para ocupar ese lugar».

356. **¿Hay niños nacidos muertos que no hayan estado destinados a la encarnación de un Espíritu?**

> «Sí, hay algunos que nunca tuvieron un Espíritu destinado a su cuerpo: nada debía realizarse para ellos. En ese caso, ese niño ha venido únicamente por los padres».

– **¿Puede un ser de esta naturaleza llegar a término?**

> «Sí, a veces, pero entonces no vive».

– **¿Todo niño que sobrevive a su nacimiento tiene, pues, necesariamente un Espíritu encarnado en él?**

> «¿Qué sería sin eso? No sería un ser humano».

357. **¿Cuáles son, para el Espíritu, las consecuencias del aborto?**

> «Es una existencia nula que debe volver a comenzar».

358. **¿El aborto voluntario es un crimen, cualquiera que sea el momento de la concepción?**

> «Siempre hay crimen desde el momento en que transgredís la ley de Dios. La madre, o cualquier otra persona, cometerá siempre un crimen al quitarle la vida al niño antes de su nacimiento, pues eso es impedir que el alma soporte las pruebas de las que el cuerpo debía ser el instrumento».

359. **En el caso de que la vida de la madre corriera peligro por el nacimiento del niño, ¿es un crimen sacrificar al niño para salvar a la madre?**

> «Más vale sacrificar al ser que no existe por el ser que existe».

360. **¿Es razonable tener con el feto las mismas consideraciones que con el cuerpo de un niño que hubiera vivido?**

> «En todo esto, ved la voluntad de Dios y su obra; no tratéis, pues, a la ligera las cosas que debéis respetar. ¿Por qué no respetar las obras de la creación, que a veces están incompletas por voluntad del Creador? Esto forma parte de sus designios, que nadie está llamado a juzgar».

Facultades morales e intelectuales

361. **¿De dónde vienen al hombre sus cualidades morales, buenas o malas?**

> «Son las del Espíritu que está encarnado en él; cuanto más puro es ese Espíritu, más inclinado está el hombre al bien».

– ¿Parece deducirse de ello que el hombre de bien es la encarnación de un Espíritu bueno, y el hombre vicioso la de un Espíritu malo?

> «Sí, pero di más bien que es un Espíritu imperfecto; de lo contrario, se podría creer en Espíritus siempre malos, en lo que llamáis demonios».

362. **¿Cuál es el carácter de los individuos en quienes se encarnan los Espíritus traviesos y ligeros?**

> «Son atolondrados, bromistas y, a veces, seres malhechores».

363. **¿Tienen los Espíritus pasiones que no pertenecen a la humanidad?**

> «No, de lo contrario os las habrían comunicado».

364. **¿Es el mismo Espíritu el que da al hombre las cualidades morales y las de la inteligencia?**

> «Sin duda es el mismo, y ello según el grado que ha alcanzado. El hombre no tiene dos Espíritus en él».

365. **¿Por qué los hombres muy inteligentes, lo que indica en ellos un Espíritu superior, son a veces, al mismo tiempo, profundamente viciosos?**

> «Porque el Espíritu encarnado no es lo bastante puro, y el hombre cede a la influencia de otros Espíritus peores. El Espíritu progresa mediante una marcha ascendente imperceptible, pero el progreso no se realiza simultáneamente en todos los sentidos; en un período puede avanzar en ciencia, y en otro en moralidad».

366. **¿Qué pensar de la opinión según la cual las distintas facultades intelectuales y morales del hombre serían producto de otros tantos Espíritus diversos encarnados en él, cada uno con una aptitud especial?**

> «Al reflexionar, se reconoce que es absurda. El Espíritu debe tener todas las aptitudes; para poder progresar, necesita una voluntad única; si el hombre fuera una amalgama de Espíritus, esa voluntad no existiría y no tendría individualidad, puesto que, a su muerte, todos esos Espíritus serían como una bandada de pájaros escapados de una jaula. El hombre se queja a menudo de no comprender ciertas cosas, y es curioso ver cómo multiplica las dificultades cuando tiene a mano una explicación muy sencilla y muy natural. Eso es, una vez más, tomar el efecto por la causa; es hacer con el hombre lo que los paganos hacían con Dios. Creían en tantos dioses como fenómenos hay en el universo, pero entre ellos las personas sensatas solo veían en esos fenómenos efectos cuya causa era un Dios único».

El mundo físico y el mundo moral nos ofrecen sobre este tema numerosos puntos de comparación. Se creyó en la existencia múltiple de la materia mientras se atendió solo a la apariencia de los fenómenos; hoy se comprende que esos fenómenos tan variados pueden muy bien ser únicamente modificaciones de una materia elemental única.

Las diversas facultades son manifestaciones de una misma causa, que es el alma, o del Espíritu encarnado, y no de varias almas, del mismo modo que los diferentes sonidos del órgano son producto de una misma clase de aire, y no de tantas clases de aire como sonidos hay.

De este sistema se deduciría que, cuando un hombre pierde o adquiere ciertas aptitudes, ciertas inclinaciones, se debería a otros tantos Espíritus que vienen o se

van, lo que haría de él un ser múltiple sin individualidad y, por consiguiente, sin responsabilidad.

Además, lo contradicen los numerosos ejemplos de manifestaciones mediante las cuales los Espíritus prueban su personalidad y su identidad.

Influencia del organismo

367. ¿El Espíritu, al unirse al cuerpo, se identifica con la materia?

> «La materia es solo la envoltura del Espíritu, como la ropa es la envoltura del cuerpo. El Espíritu, al unirse al cuerpo, conserva los atributos de la naturaleza espiritual».

368. ¿Las facultades del Espíritu se ejercen con plena libertad después de su unión con el cuerpo?

> «El ejercicio de las facultades depende de los órganos que les sirven de instrumento; se ven debilitadas por la tosquedad de la materia».

– Según esto, ¿la envoltura material sería un obstáculo para la libre manifestación de las facultades del Espíritu, como un vidrio opaco se opone a la libre emisión de la luz?

> «Sí, y muy opaco».

También se puede comparar la acción de la materia tosca del cuerpo sobre el Espíritu con la de un agua fangosa que quita libertad de movimiento al cuerpo que está sumergido en ella.

369. **¿El libre ejercicio de las facultades del alma está subordinado al desarrollo de los órganos?**

> «Los órganos son los instrumentos de la manifestación de las facultades del alma; esa manifestación está subordinada al desarrollo y al grado de perfección de esos mismos órganos, como la calidad de un trabajo a la calidad de la herramienta».

370. **¿Se puede deducir de la influencia de los órganos una relación entre el desarrollo de los órganos cerebrales y el de las facultades morales e intelectuales?**

> «No confundáis el efecto con la causa. El Espíritu tiene siempre las facultades que le son propias; ahora bien, no son los órganos los que dan las facultades, sino las facultades las que impulsan el desarrollo de los órganos».

– Según esto, ¿la diversidad de aptitudes en el hombre depende únicamente del estado del Espíritu?

> «Únicamente no es del todo exacto; las cualidades del Espíritu, que puede estar más o menos adelantado, son el principio; pero hay que tener en cuenta la influencia de la materia, que dificulta en mayor o menor medida el ejercicio de sus facultades».

El Espíritu, al encarnarse, trae ciertas predisposiciones, y si se admite para cada una un órgano correspondiente en el cerebro, el desarrollo de esos órganos será un efecto y no una causa.

Si las facultades tuvieran su principio en los órganos, el hombre sería una máquina sin libre albedrío y sin responsabilidad por sus actos.

Habría que admitir que los mayores genios, sabios, poetas y artistas solo son genios porque el azar les ha dado órganos especiales, de lo que se sigue que, sin esos órganos, no habrían sido genios, y que el último de los imbéciles habría podido ser un Newton, un Virgilio o un Rafael si hubiera estado provisto de ciertos órganos; suposición aún más absurda cuando se aplica a las cualidades morales.

Así, según este sistema, san Vicente de Paúl, dotado por la naturaleza de tal o cual órgano, habría podido ser un malvado, y al mayor de los malvados solo le faltaría un órgano para ser un san Vicente de Paúl.

Admitid, por el contrario, que los órganos especiales, si es que existen, son una consecuencia, que se desarrollan mediante el ejercicio de la facultad, como los músculos mediante el movimiento, y no habrá nada de irracional. Tomemos una comparación que resulta trivial de tan cierta.

Por ciertos rasgos fisonómicos reconocéis al hombre entregado a la bebida; ¿son esos rasgos los que lo vuelven borracho, o es la embriaguez la que hace aparecer esos rasgos? Se puede decir que los órganos reciben la huella de las facultades.

Idiotismo, locura

371. ¿Tiene fundamento la opinión según la cual los cretinos y los idiotas tendrían un alma de naturaleza inferior?

> «No, tienen un alma humana, a menudo más inteligente de lo que pensáis, y que sufre por la insuficiencia de los medios de que dispone para comunicarse, como el mudo sufre por no poder hablar».

372. **¿Cuál es el propósito de la Providencia al crear seres desfavorecidos como los cretinos y los idiotas?**

> «Son Espíritus que cumplen un castigo y habitan cuerpos de idiotas. Esos Espíritus sufren por las limitaciones que experimentan y por su imposibilidad de manifestarse mediante órganos no desarrollados o alterados».

– ¿No es exacto, entonces, decir que los órganos no influyen en las facultades?

> «Nunca hemos dicho que los órganos no tuvieran influencia; tienen una influencia muy grande en la manifestación de las facultades, pero no dan las facultades; ahí está la diferencia. Un buen músico con un mal instrumento no hará buena música, y eso no le impedirá ser un buen músico».

Hay que distinguir el estado normal del estado patológico. En el estado normal, lo moral supera el obstáculo que le opone la materia; pero hay casos en que la materia ofrece tal resistencia que las manifestaciones se ven impedidas o desvirtuadas, como en la idiocia y la locura; son casos patológicos, y en ese estado, al no gozar el alma de toda su libertad, la propia ley humana la exime de la responsabilidad de sus actos.

373. **¿Qué mérito puede tener la existencia para seres que, como los idiotas y los cretinos, al no poder hacer ni el bien ni el mal, no pueden progresar?**

> «Es una expiación impuesta por el abuso que se haya podido hacer de ciertas facultades; es un tiempo de detención».

– ¿Puede, entonces, un cuerpo de idiota encerrar un Espíritu que haya animado a un hombre de genio en una existencia anterior?

> «Sí, el genio se convierte a veces en un azote cuando se abusa de él».

La superioridad moral no siempre guarda proporción con la superioridad intelectual, y los mayores genios pueden tener mucho que expiar; de ahí que a menudo tengan una existencia inferior a la que ya han cumplido, y una causa de sufrimientos; las trabas que el Espíritu experimenta en sus manifestaciones son para él como las cadenas que restringen los movimientos de un hombre vigoroso.

Se puede decir que el cretino y el idiota están lisiados por el cerebro, como el cojo lo está por las piernas y el ciego por los ojos.

374. **¿El idiota, en estado de Espíritu, tiene conciencia de su estado mental?**

> «Sí, muy a menudo; comprende que las cadenas que traban su vuelo son una prueba y una expiación».

375. **¿Cuál es la situación del Espíritu en la locura?**

> «El Espíritu, en estado de libertad, recibe directamente sus impresiones y ejerce directamente su acción sobre la materia; pero, encarnado, se encuentra en condiciones muy diferentes y en la necesidad de hacerlo únicamente con ayuda de órganos especiales. Si una parte o el conjunto de esos órganos se altera, su acción o sus impresiones, en lo que respecta a esos órganos, se interrumpen. Si pierde los ojos, se vuelve ciego; si pierde el oído, se vuelve sordo, etc. Imagina ahora que el órgano que rige los efectos de la inteligencia y de la voluntad esté parcial o totalmente afectado o modificado; te será fácil comprender que, al no tener ya el Espíritu a su servicio más que órganos incompletos o desnaturalizados, deba resultar de ello una perturbación de la que el Espíritu, por sí mismo y en su fuero interno, tiene perfecta conciencia, pero cuyo curso no puede detener».

– ¿Es entonces siempre el cuerpo, y no el Espíritu, el que está desorganizado?

> «Sí, pero no hay que perder de vista que, así como el Espíritu actúa sobre la materia, esta reacciona sobre él en cierta medida, y que el Espíritu puede verse momentáneamente afectado por la alteración de los órganos mediante los cuales se manifiesta y recibe sus impresiones. Puede ocurrir que, a la larga, cuando la locura ha durado mucho tiempo, la repetición de los mismos actos acabe ejerciendo sobre el Espíritu una influencia de la que solo se libera después de separarse por completo de toda impresión material».

376. **¿A qué se debe que la locura lleve a veces al suicidio?**

> «El Espíritu sufre por las limitaciones que experimenta y por su imposibilidad de manifestarse libremente; por eso busca en la muerte un medio de romper sus ataduras».

377. **¿El Espíritu del enajenado sigue sintiendo después de la muerte los efectos del trastorno de sus facultades?**

> «Puede seguir sintiéndolos durante algún tiempo después de la muerte, hasta que esté completamente desligado de la materia, como el hombre que despierta sigue sintiendo durante algún tiempo los efectos de la turbación en que lo ha sumido el sueño».

378. **¿Cómo puede la alteración del cerebro repercutir en el Espíritu después de la muerte?**

> «Es un recuerdo; un peso gravita sobre el Espíritu y, como no ha comprendido todo lo que ha ocurrido durante su locura, siempre necesita cierto tiempo para ponerse al corriente; por eso, cuanto más haya durado la locura durante la vida, más tiempo duran la incomodidad y la limitación después de la muerte. El Espíritu liberado del cuerpo sigue sintiendo durante algún tiempo la impresión de sus ataduras».

De la infancia

379. **¿Está el Espíritu que anima el cuerpo de un niño tan desarrollado como el de un adulto?**

> «Puede estarlo más si ha progresado más; solo la imperfección de los órganos le impide manifestarse. Actúa según el instrumento del que dispone para expresarse».

380. **En un niño de corta edad, aparte del obstáculo que la imperfección de los órganos opone a su libre manifestación, ¿piensa el Espíritu como un niño o como un adulto?**

> «Cuando es niño, es natural que los órganos de la inteligencia, al no estar desarrollados, no puedan darle toda la intuición de un adulto; en efecto, su inteligencia es muy limitada hasta que la edad haya madurado su razón. La turbación que acompaña a la encarnación no cesa de repente en el momento del nacimiento; solo se disipa gradualmente con el desarrollo de los órganos».

Una observación apoya esta respuesta: los sueños de un niño no tienen el carácter de los de un adulto; su objeto es casi siempre pueril, lo que indica la naturaleza de las preocupaciones del Espíritu.

381. **Al morir el niño, ¿recobra el Espíritu inmediatamente su vigor anterior?**

> «Debe recobrarlo, ya que se ha librado de su envoltura carnal; sin embargo, solo recupera su lucidez anterior cuando la separación es completa, es decir, cuando ya no existe ningún vínculo entre el Espíritu y el cuerpo».

382. ¿Sufre el Espíritu encarnado, durante la infancia, por la limitación que le impone la imperfección de sus órganos?

> «No; ese estado es una necesidad, forma parte de la naturaleza y está conforme con los designios de la Providencia; es un tiempo de reposo para el Espíritu».

383. ¿Qué utilidad tiene para el Espíritu pasar por el estado de infancia?

> «Como el Espíritu se encarna para perfeccionarse, durante ese tiempo es más receptivo a las impresiones que recibe y que pueden ayudar a su adelanto, al cual deben contribuir quienes están encargados de su educación».

384. ¿Por qué los primeros gritos del niño son llantos?

> «Para despertar el interés de la madre y provocar los cuidados que necesita. ¿No comprendes que, si solo diera gritos de alegría cuando aún no sabe hablar, se prestarÍa poca atención a lo que necesita? Admirad, pues, en todo la sabiduría de la Providencia».

385. ¿De dónde viene el cambio que se produce en el carácter a cierta edad, y especialmente al salir de la adolescencia? ¿Es el Espíritu el que se modifica?

«Es el Espíritu que recobra su naturaleza y se muestra tal como era.

«No conocéis el secreto que esconden los niños en su inocencia; no sabéis lo que son, ni lo que han sido, ni lo que serán; y, sin embargo, los amáis, los queréis como si fueran una parte de vosotros mismos, tanto que el amor de una madre por sus hijos se considera el mayor amor que un ser puede sentir por otro. ¿De dónde viene ese dulce afecto, esa tierna benevolencia que incluso los extraños sienten hacia un niño? ¿Lo sabéis? No; eso es lo que voy a explicaros.

«Los niños son los seres que Dios envía a nuevas existencias; y, para que no puedan reprocharle una severidad excesiva, les da todas las apariencias de la inocencia; incluso en un niño de mal natural, se disculpan sus malas acciones por la falta de conciencia de sus actos. Esta inocencia no es una superioridad real respecto a lo que eran antes; no, es la imagen de lo que deberían ser y, si no lo son, solo sobre ellos recae la pena.

«Pero Dios no les ha dado ese aspecto únicamente por ellos, sino también y sobre todo por sus padres, cuyo amor es necesario para su debilidad, y ese amor se debilitaría considerablemente ante un carácter agrio y arisco, mientras que, al creer que sus hijos son buenos y dulces, les dan todo su afecto y los rodean de los cuidados más delicados. Pero cuando los niños ya no necesitan esa protección, esa asistencia que se les ha dado durante quince a veinte años, su carácter real e individual reaparece con toda su desnudez: sigue siendo bueno si era fundamentalmente bueno; pero siempre se tiñe de matices que la primera infan-

cia había ocultado.

«Veis que los caminos de Dios son siempre los mejores y que, cuando se tiene el corazón puro, su explicación es fácil de comprender.

«En efecto, pensad bien que el Espíritu de los niños que nacen entre vosotros puede venir de un mundo donde ha adquirido hábitos muy diferentes; ¿cómo querríais que fuera entre vosotros ese nuevo ser que llega con pasiones muy distintas de las que tenéis, con inclinaciones y gustos completamente opuestos a los vuestros? ¿Cómo querríais que se incorporara a vuestras filas de otra manera que como Dios lo ha querido, es decir, pasando por el tamiz de la infancia? Allí vienen a confundirse todos los pensamientos, todos los caracteres, todas las variedades de seres engendrados por esa multitud de mundos en los que crecen las criaturas. Y vosotros mismos, al morir, os encontraréis en una especie de infancia, en medio de nuevos hermanos; y en vuestra nueva existencia no terrestre desconoceréis los hábitos, las costumbres y las relaciones de ese mundo nuevo para vosotros; manejaréis con dificultad una lengua que no estaréis acostumbrados a hablar, una lengua más viva de lo que hoy es vuestro pensamiento. (319).

«La infancia tiene además otra utilidad: los Espíritus solo entran en la vida corporal para perfeccionarse, para mejorar; la debilidad de la corta edad los hace flexibles, receptivos a los consejos de la experiencia y de quienes deben hacerlos progresar; es entonces cuando se puede reformar su carácter y reprimir sus malas inclinaciones; ese es el deber que Dios ha confiado a sus padres, misión sagrada de la que tendrán que responder.

«Así, la infancia no solo es útil, necesaria e indispensable, sino que

también es la consecuencia natural de las leyes que Dios ha establecido y que rigen el universo».

Simpatías y antipatías terrenales

386. **¿Pueden dos seres que se han conocido y amado volver a encontrarse en otra existencia corporal y reconocerse?**

«Reconocerse, no; pero sentirse atraídos el uno hacia el otro, sí; y a menudo las relaciones íntimas fundadas en un afecto sincero no tienen otra causa. Dos seres se acercan el uno al otro por circunstancias aparentemente fortuitas, pero que son obra de la atracción de los dos Espíritus que se buscan entre la multitud».

– **¿No sería más agradable para ellos reconocerse?**

«No siempre; el recuerdo de las existencias pasadas tendría inconvenientes mayores de lo que creéis. Después de la muerte se reconocerán, sabrán el tiempo que han pasado juntos». (392).

387. **¿Tiene siempre la simpatía su origen en un conocimiento anterior?**

«No; dos Espíritus que congenian se buscan naturalmente sin haberse conocido como hombres».

388. **Los encuentros que a veces tenemos con ciertas personas y que atribuimos al azar, ¿no serían el efecto de una especie de relaciones de simpatía?**

«Hay entre los seres pensantes vínculos que todavía no conocéis. El magnetismo es el guía de esa ciencia que comprenderéis mejor más adelante».

389. **¿De dónde viene la repulsión instintiva que se siente por ciertas personas a primera vista?**

> «Son Espíritus que sienten antipatía entre sí, que se intuyen y se reconocen sin hablarse».

390. **¿Es siempre la antipatía instintiva una señal de mala naturaleza?**

> «Dos Espíritus no son necesariamente malos porque no simpaticen; la antipatía puede nacer de una falta de semejanza en el pensamiento; pero, a medida que se elevan, los matices se borran y la antipatía desaparece».

391. **¿Nace la antipatía entre dos personas primero en aquella cuyo Espíritu es peor o en aquella cuyo Espíritu es mejor?**

> «En una y en otra, pero las causas y los efectos son diferentes. Un Espíritu malo siente antipatía por cualquiera que pueda juzgarlo y desenmascararlo; al ver a una persona por primera vez, sabe que será desaprobado; su rechazo se transforma en odio, en celos, y le inspira el deseo de hacer el mal. El Espíritu bueno siente repulsión por el malo, porque sabe que no será comprendido por él y que no comparten los mismos sentimientos; pero, apoyado en su superioridad, no siente hacia el otro ni odio ni celos: se limita a evitarlo y a compadecerlo».

Olvido del pasado

392. ¿Por qué pierde el Espíritu encarnado el recuerdo de su pasado?

> «El hombre no puede ni debe saberlo todo; Dios lo quiere así en su sabiduría. Sin el velo que le oculta ciertas cosas, el hombre quedaría deslumbrado, como quien pasa sin transición de la oscuridad a la luz. Gracias al olvido del pasado, es más él mismo».

393. **¿Cómo puede el hombre ser responsable de actos y expiar faltas que no recuerda? ¿Cómo puede aprovechar la experiencia adquirida en existencias caídas en el olvido? Se comprendería que las tribulaciones de la vida fueran una lección para él si recordara lo que pudo habérselas atraído; pero, desde el momento en que no lo recuerda, cada existencia es para él como si fuera la primera, y así siempre hay que volver a empezar. ¿Cómo conciliar esto con la justicia de Dios?**

> «En cada nueva existencia, el hombre tiene más inteligencia y puede distinguir mejor el bien del mal. ¿Dónde estaría el mérito si recordara todo el pasado? Cuando el Espíritu vuelve a su vida primitiva (la vida espírita), toda su vida pasada se despliega ante él; ve las faltas que ha cometido y que son la causa de su sufrimiento, y lo que habría podido impedirle cometerlas; comprende que la situación que se le ha dado es justa, y busca entonces la existencia que podría reparar la que acaba de transcurrir. Busca pruebas semejantes a las que ha atravesado, o las luchas que cree adecuadas para su adelanto, y pide a Espíritus superiores a él que lo ayuden en esa nueva tarea que emprende, pues sabe que el Espíritu que se le dará como guía en esa nueva existencia procurará hacerle reparar sus faltas dándole una especie de intuición de las que ha cometido. Esa misma intuición es el pensamiento, el deseo criminal que a menudo os viene y al que os resistís instintivamente, atribuyendo la mayoría de las veces vuestra resistencia a los principios que habéis recibido de vuestros padres, cuando es la voz de la conciencia la que os habla, y esa voz es el recuerdo del pasado, voz que os advierte que no volváis a caer en las faltas que ya habéis cometido. El Espíritu que ha entrado en esa nueva existencia, si soporta esas pruebas con va-

> lor y resiste, se eleva y asciende en la jerarquía de los Espíritus cuando vuelve entre ellos».

> «Si durante la vida corporal no tenemos un recuerdo preciso de lo que hemos sido y de lo que hemos hecho de bien o de mal en nuestras existencias anteriores, tenemos la intuición de ello, y nuestras tendencias instintivas son una reminiscencia de nuestro pasado, a las que nuestra conciencia, que es el deseo que hemos concebido de no volver a cometer las mismas faltas, nos advierte que resistamos.

394. **En los mundos más avanzados que el nuestro, donde no se está a merced de todas nuestras necesidades físicas y dolencias, ¿comprenden los hombres que son más felices que nosotros? La felicidad, en general, es relativa; se siente por comparación con un estado menos feliz. Como, en definitiva, algunos de esos mundos, aunque mejores que el nuestro, no se encuentran en un estado de perfección, los hombres que los habitan deben tener motivos de preocupación propios de su condición. Entre nosotros, el rico, por no sufrir las angustias de las necesidades materiales como el pobre, no deja de tener tribulaciones que le amargan la vida. Ahora bien, pregunto si, en su situación, los habitantes de esos mundos no se creen tan desdichados como nosotros y no se quejan de su suerte, al no tener el recuerdo de una existencia inferior con la cual compararla.**

> «A eso hay que dar dos respuestas diferentes. Entre los mundos de los que hablas, hay algunos cuyos habitantes tienen un recuerdo muy claro y muy preciso de sus existencias pasadas; estos, como comprenderás, pueden y saben apreciar la felicidad que Dios les permite saborear; pero hay otros donde los habitantes, situados, como dices, en mejores condiciones que vosotros, no dejan de tener grandes preocupaciones e incluso desgracias; estos no aprecian su felicidad precisamente porque no tienen el recuerdo de un estado aún más desdichado. Si no la aprecian como hombres, la aprecian como Espíritus».

¿No hay en el olvido de esas existencias pasadas, sobre todo cuando han sido penosas, algo providencial, en lo que se revela la sabiduría divina? Es en los mundos superiores, cuando el recuerdo de las existencias desdichadas ya no es más que un mal sueño, donde estas se presentan a la memoria. En los mundos inferiores, ¿no se verían agravadas las desgracias presentes por el recuerdo de todas las que se hayan podido padecer? Concluyamos, pues, de ello que todo lo que Dios ha hecho

está bien hecho, y que no nos corresponde criticar sus obras ni decir cómo debería haber ordenado el universo. El recuerdo de nuestras individualidades anteriores tendría inconvenientes muy graves; en ciertos casos podría humillarnos de manera extraordinaria; en otros, exaltar nuestro orgullo y, por eso mismo, entorpecer nuestro libre albedrío. Dios nos ha dado, para mejorarnos, justamente lo que nos es necesario y puede bastarnos: la voz de la conciencia y nuestras tendencias instintivas; nos quita lo que podría perjudicarnos. Añadamos también que, si tuviéramos el recuerdo de nuestros propios actos anteriores, tendríamos igualmente el de los actos ajenos, y que este conocimiento podría tener los efectos más perjudiciales sobre las relaciones sociales; como no siempre tenemos motivos para enorgullecernos de nuestro pasado, a menudo es una suerte que se eche un velo sobre él. Esto concuerda perfectamente con la doctrina de los Espíritus sobre los mundos superiores al nuestro. En esos mundos, donde solo reina el bien, el recuerdo del pasado no tiene nada de penoso; por eso se recuerda allí la existencia anterior como nosotros recordamos lo que hicimos la víspera. En cuanto a la estancia que se haya podido tener en los mundos inferiores, ya no es, como hemos dicho, más que un mal sueño.

395. ¿Podemos tener algunas revelaciones sobre nuestras existencias anteriores?

> «No siempre. Sin embargo, muchos saben lo que han sido y lo que hacían; si se les permitiera decirlo abiertamente, harían singulares revelaciones sobre el pasado».

396. **Algunas personas creen tener un vago recuerdo de un pasado desconocido que se les presenta como la imagen fugaz de un sueño que se intenta captar en vano. ¿Es esta idea tan solo una ilusión?**

> «A veces es real; pero a menudo también es una ilusión contra la que hay que estar en guardia, pues puede ser el efecto de una imaginación sobreexcitada».

397. **En las existencias corporales de una naturaleza más elevada que la nuestra, ¿es más preciso el recuerdo de las existencias anteriores?**

> «Sí, a medida que el cuerpo es menos material, se recuerda mejor. El recuerdo del pasado es más claro para quienes habitan los mundos de un orden superior».

398. **Puesto que las tendencias instintivas del hombre son una reminiscencia de su pasado, ¿se deduce de ello que, mediante el estudio de esas tendencias, puede conocer las faltas que ha cometido?**

> «Sin duda, hasta cierto punto; pero hay que tener en cuenta la mejora que haya podido producirse en el Espíritu y las resoluciones que ha tomado en el estado errante; la existencia actual puede ser mucho mejor que la anterior».

– **¿Puede ser peor, es decir, puede el hombre cometer en una existencia faltas que no ha cometido en la existencia anterior?**

> «Eso depende de su grado de adelanto; si no sabe resistir las pruebas, puede verse arrastrado a nuevas faltas que son consecuencia de la situación que ha elegido; pero, en general, esas faltas revelan más bien un estado de estancamiento que un estado de retroceso, pues el Espíritu puede avanzar o detenerse, pero no retrocede».

399. **Puesto que las vicisitudes de la vida corporal son a la vez una expiación de las faltas pasadas y pruebas para el porvenir, ¿se deduce de ello que, por la naturaleza de esas vicisitudes, puede inferirse el género de la existencia anterior?**

> «Muy a menudo, puesto que cada uno es castigado por aquello en lo que ha pecado; sin embargo, no habría que hacer de ello una regla absoluta; las tendencias instintivas son un indicio más seguro, pues las pruebas que sufre el Espíritu son tanto para el porvenir como para el pasado».

Llegado al término señalado por la Providencia para su vida errante, el Espíritu elige por sí mismo las pruebas a las que quiere someterse para acelerar su adelanto, es decir, el género de existencia que cree más adecuado para proporcionarle los medios de lograrlo, y esas pruebas siempre guardan relación con las faltas que debe expiar. Si las supera, se eleva; si sucumbe, tiene que volver a empezar. El Espíritu goza siempre de su libre albedrío; en virtud de esa libertad, en el estado de Espíritu elige las pruebas de la vida corporal, y en el estado de encarnación delibera si hará o no hará algo, y elige entre el bien y el mal. Negar al hombre el libre albedrío sería reducirlo al estado de una máquina. Al regresar a la vida corporal, el Espíritu pierde momentáneamente el recuerdo de sus existencias anteriores, como si un velo se las ocultara; sin embargo, a veces tiene una vaga conciencia de ellas, e incluso pueden serle reveladas en ciertas circunstancias; pero entonces solo es por voluntad de los Espíritus superiores, que lo hacen espontáneamente, con un fin útil, y nunca para satisfacer una vana curiosidad. Las existencias futuras no pueden ser reveladas en ningún caso, porque dependen de la manera en que se lleva a cabo la existencia presente y de la elección posterior del Espíritu. El olvido de las faltas cometidas no es un obstáculo para la mejora del Espíritu, pues, aunque no tenga un recuerdo preciso de ellas, el conocimiento que tenía de ellas en el estado errante y el deseo que ha concebido de repararlas lo guían por intuición y le inspi-

ran la idea de resistir al mal; esa idea es la voz de la conciencia, en la que recibe el apoyo de los Espíritus que lo asisten si escucha las buenas inspiraciones que le sugieren. Si el hombre no conoce los actos mismos que ha cometido en sus existencias anteriores, siempre puede saber de qué género de faltas se ha hecho culpable y cuál era su carácter dominante. Le basta con estudiarse a sí mismo, y puede juzgar lo que ha sido, no por lo que es, sino por sus tendencias. Las vicisitudes de la vida corporal son a la vez una expiación de las faltas pasadas y pruebas para el porvenir. Nos purifican y nos elevan, según las suframos con resignación y sin quejarnos. La naturaleza de las vicisitudes y de las pruebas que sufrimos también puede esclarecernos lo que hemos sido y lo que hemos hecho, así como aquí en la tierra juzgamos los actos de un culpable por el castigo que le impone la ley. Así, uno será castigado en su orgullo por la humillación de una existencia subalterna; el rico malvado y el avaro, por la miseria; el que ha sido duro con los demás, por las durezas que sufrirá; el tirano, por la esclavitud; el mal hijo, por la ingratitud de sus hijos; el perezoso, por un trabajo forzado, etc.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. VIII — EMANCIPACIÓN DEL ALMA

✦

El sueño y los sueños

400. ¿Permanece de buen grado el Espíritu encarnado bajo su envoltura corporal?

> «Es como si preguntaras si el prisionero se siente a gusto tras las rejas. El Espíritu encarnado aspira sin cesar a la liberación, y cuanto más burda es la envoltura, más desea librarse de ella».

401. Durante el sueño, ¿descansa el alma como el cuerpo?

> «No, el Espíritu nunca está inactivo. Durante el sueño, los lazos que lo unen al cuerpo se aflojan y, como el cuerpo no lo necesita, recorre el espacio y entra en relación más directa con los demás Espíritus».

402. ¿Cómo podemos juzgar la libertad del Espíritu durante el sueño?

«Por los sueños. Ten por cierto que, cuando el cuerpo descansa, el Espíritu tiene más facultades que durante la vigilia; recuerda el pasado y a veces prevé el porvenir; adquiere mayor poder y puede entrar en comunicación con los demás Espíritus, ya sea en este mundo o en otro. Con frecuencia dices: He tenido un sueño extraño, un sueño espantoso, pero que no tiene ninguna verosimilitud; te equivocas; muchas veces es un recuerdo de los lugares y de las cosas que has visto o que verás en otra existencia o en otro momento. Como el cuerpo está adormecido, el Espíritu trata de romper su cadena buscando en el pasado o en el porvenir.

«¡Pobres hombres, qué poco conocéis los fenómenos más corrientes de la vida! Os creéis muy sabios, y las cosas más comunes os desconciertan; ante estas preguntas que hacen todos los niños: ¿qué hacemos cuando dormimos? ¿Qué son los sueños?, os quedáis sin respuesta.

«El sueño libera en parte al alma del cuerpo. Cuando se duerme, se está momentáneamente en el estado en que uno se encuentra de manera permanente después de la muerte. Los Espíritus que se desprenden pronto de la materia al morir han tenido sueños inteligentes; cuando duermen, se reúnen con otros seres superiores a ellos: viajan, conversan y se instruyen con ellos; incluso trabajan en obras que encuentran terminadas al morir. Esto debe enseñaros una vez más a no temer la muerte, puesto que morís todos los días, según las palabras de un santo.

«Esto es lo que ocurre con los Espíritus elevados; pero, en cuanto a la mayoría de los hombres que, al morir, deben permanecer largas horas en esa turbación, en esa incertidumbre de la que os han hablado, estos

van, ya sea a mundos inferiores a la Tierra, donde los reclaman antiguos afectos, ya sea en busca de placeres quizá aún más bajos que los que tienen aquí; van a recoger doctrinas todavía más viles, más innobles, más perjudiciales que las que profesan entre vosotros. Y lo que engendra la simpatía en la Tierra no es otra cosa que el hecho de sentirse, al despertar, unido de corazón a aquellos con quienes se acaba de pasar de ocho a nueve horas de felicidad o de placer. Lo que explica también esas antipatías invencibles es que se sabe, en el fondo del corazón, que esas personas tienen una conciencia distinta de la nuestra, porque se las conoce sin haberlas visto nunca con los ojos. Esto explica también la indiferencia, pues no se tiene interés en hacer nuevos amigos cuando se sabe que se tienen otros que nos aman y nos quieren. En una palabra, el sueño influye en vuestra vida más de lo que pensáis.

«Por efecto del sueño, los Espíritus encarnados están siempre en relación con el mundo de los Espíritus, y esto hace que los Espíritus superiores consientan, sin demasiada repugnancia, en encarnarse entre vosotros. Dios ha querido que, durante su contacto con el vicio, pudieran ir a recobrar fuerzas en la fuente del bien, para no caer ellos mismos, que venían a instruir a los demás. El sueño es la puerta que Dios les ha abierto hacia sus amigos del cielo; es el recreo después del trabajo, mientras esperan la gran liberación, la liberación final que debe devolverlos a su verdadero medio.

«El sueño es el recuerdo de lo que vuestro Espíritu ha visto mientras dormíais; pero observad que no siempre soñáis, porque no siempre recordáis lo que habéis visto, o todo lo que habéis visto. No es vuestra alma en todo su desarrollo; a menudo no es más que el recuerdo de la turbación que acompaña vuestra partida o vuestro regreso, al que se

> une el de lo que habéis hecho o de lo que os preocupa durante la vigilia; de otro modo, ¿cómo explicaríais esos sueños absurdos que tienen tanto los más sabios como los más sencillos? Los malos Espíritus también se sirven de los sueños para atormentar a las almas débiles y pusilánimes.
>
> «Por lo demás, pronto veréis desarrollarse otra clase de sueños; es tan antigua como la que conocéis, pero la ignoráis. El sueño de Juana, el sueño de Jacob, el sueño de los profetas judíos y de algunos adivinos indios: ese sueño es el recuerdo del alma enteramente desprendida del cuerpo, el recuerdo de esa segunda vida de la que os hablaba hace un momento.
>
> «Procurad distinguir bien estas dos clases de sueños entre los que recordéis; de lo contrario, caeríais en contradicciones y en errores que serían funestos para vuestra fe».

Los sueños son producto de la emancipación del alma, que se vuelve más independiente por la suspensión de la vida activa y de relación. De ahí una especie de clarividencia indefinida que se extiende a los lugares más lejanos o que nunca se han visto, y a veces incluso a otros mundos. De ahí también el recuerdo que trae a la memoria los acontecimientos ocurridos en la existencia presente o en las existencias anteriores; la extrañeza de las imágenes de lo que sucede o ha sucedido en mundos desconocidos, entremezcladas con las cosas del mundo actual, forma esos conjuntos extraños y confusos que parecen no tener sentido ni conexión. La incoherencia de los sueños se explica también por las lagunas que produce el recuerdo incompleto de lo que se nos ha aparecido al soñar. Así sería un relato al que se le hubieran recortado al azar frases o partes de frases: los fragmentos restantes, al reunirse, perderían todo significado razonable.

403. ¿Por qué no siempre se recuerdan los sueños?

«En lo que llamas sueño, solo descansa el cuerpo, pues el Espíritu está siempre en movimiento; entonces recupera un poco de su libertad y se comunica con sus seres queridos, ya sea en este mundo o en otros; pero, como el cuerpo es una materia pesada y burda, conserva con dificultad las impresiones que ha recibido el Espíritu, porque el Espíritu no las ha percibido por medio de los órganos del cuerpo».

404. ¿Qué pensar del significado que se atribuye a los sueños?

«Los sueños no son verdaderos como lo entienden los adivinos, pues es absurdo creer que soñar con tal cosa anuncia tal otra. Son verdaderos en el sentido de que presentan imágenes reales para el Espíritu, pero que a menudo no guardan relación con lo que sucede en la vida corporal; muchas veces también, como hemos dicho, son un recuerdo; por último, a veces pueden ser un presentimiento del porvenir, si Dios lo permite, o la visión de lo que sucede en ese momento en otro lugar al que se transporta el alma. ¿No tenéis numerosos ejemplos de personas que se aparecen en sueños y vienen a advertir a sus familiares o amigos de lo que les ocurre? ¿Qué son esas apariciones, sino el alma o el Espíritu de esas personas que viene a comunicarse con el vuestro? Cuando adquirís la certeza de que lo que habéis visto ha sucedido realmente, ¿no es una prueba de que la imaginación no ha intervenido en ello, sobre todo si eso no estaba en absoluto en vuestro pensamiento durante la vigilia?»

405. **A menudo se ven en sueños cosas que parecen presentimientos y que no se cumplen; ¿a qué se debe?**

> «Pueden cumplirse para el Espíritu, aunque no para el cuerpo, es decir, el Espíritu ve lo que desea porque va a encontrarlo. No hay que olvidar que, durante el sueño, el alma está siempre más o menos bajo la influencia de la materia y que, por consiguiente, nunca se libera por completo de las ideas terrenales; de ello resulta que las preocupaciones de la vigilia pueden dar a lo que se ve la apariencia de lo que se desea o de lo que se teme; esto es verdaderamente lo que puede llamarse un efecto de la imaginación. Cuando una idea nos preocupa intensamente, relacionamos con ella todo lo que vemos».

406. **Cuando vemos en sueños a personas vivas, que conocemos perfectamente, realizar actos en los que no piensan en absoluto, ¿no es un efecto de la pura imaginación?**

> «¿Que no piensan en absoluto en ellos? ¿Qué sabes tú? Su Espíritu puede venir a visitar al tuyo, como el tuyo puede visitar al suyo, y no siempre sabes en qué piensa. Además, a menudo atribuís a personas que conocéis, y según vuestros deseos, lo que ha sucedido o sucede en otras existencias».

407. **¿Es necesario el sueño completo para la emancipación del Espíritu?**

> «No, el Espíritu recupera su libertad cuando los sentidos se adormecen; aprovecha, para emanciparse, todos los momentos de respiro que le deja el cuerpo. En cuanto se debilitan las fuerzas vitales, el Espíritu se desprende, y cuanto más débil está el cuerpo, más libre es el Espíritu».

Así es como el estado de somnolencia, o un simple adormecimiento de los sentidos, presenta a menudo las mismas imágenes que el sueño.

408. **A veces nos parece oír en nuestro interior palabras pronunciadas claramente y que no guardan ninguna relación con lo que nos preocupa; ¿a qué se debe?**

> «Sí, e incluso frases enteras, sobre todo cuando los sentidos comienzan a adormecerse. A veces es un débil eco de un Espíritu que quiere comunicarse contigo».

409. **A menudo, en un estado que todavía no es de somnolencia, cuando tenemos los ojos cerrados, vemos imágenes nítidas, figuras cuyos detalles más minuciosos percibimos; ¿es un efecto de la visión o de la imaginación?**

> «Como el cuerpo está adormecido, el Espíritu trata de romper su cadena: se transporta y ve; si el sueño fuera completo, sería un sueño».

410. **A veces, durante el sueño o la somnolencia, se tienen ideas que parecen muy buenas y que, a pesar de los esfuerzos que se hacen por recordarlas, se borran de la memoria; ¿de dónde vienen esas ideas?**

> «Son el resultado de la libertad del Espíritu, que se emancipa y goza de más facultades durante ese momento. A menudo son también consejos que dan otros Espíritus».

– ¿Para qué sirven esas ideas y esos consejos, si se pierde su recuerdo y no se pueden aprovechar?

> «Esas ideas pertenecen a veces más al mundo de los Espíritus que al mundo corporal; pero, la mayoría de las veces, si el cuerpo olvida, el Espíritu recuerda, y la idea vuelve en el momento necesario como una inspiración del momento».

411. **El Espíritu encarnado, en los momentos en que está desprendido de la materia y actúa como Espíritu, ¿sabe cuándo morirá?**

> «A menudo lo presiente; a veces tiene una conciencia muy clara de ello, y eso es lo que, durante la vigilia, le da esa intuición; de ahí que algunas personas prevean a veces su muerte con gran exactitud».

412. **La actividad del Espíritu durante el reposo o el sueño del cuerpo, ¿puede hacer que este experimente fatiga?**

> «Sí, pues el Espíritu está unido al cuerpo como el globo cautivo está sujeto al poste; así como las sacudidas del globo hacen temblar el poste, la actividad del Espíritu repercute en el cuerpo y puede hacerle experimentar fatiga».

Visitas espíritas entre personas vivas

413. **Del principio de la emancipación del alma durante el sueño parece resultar que tenemos una doble existencia simultánea: la del cuerpo, que nos da la vida de relación exterior, y la del alma, que nos da la vida de relación oculta; ¿es esto exacto?**

> «En el estado de emancipación, la vida del cuerpo cede ante la vida del alma; pero no son, propiamente hablando, dos existencias; son más bien dos fases de la misma existencia, pues el hombre no vive doblemente».

414. **¿Pueden dos personas que se conocen visitarse durante el sueño?**

> «Sí, y muchas otras que creen no conocerse se reúnen y conversan. Puedes tener, sin sospecharlo, amigos en otro país. El hecho de ir a ver, durante el sueño, a amigos, parientes, conocidos y personas que pueden seros útiles es tan frecuente que vosotros mismos lo hacéis casi todas las noches».

415. **¿Qué utilidad pueden tener estas visitas nocturnas, puesto que no se recuerdan?**

> «Por lo general, queda de ellas una intuición al despertar, y este es a menudo el origen de ciertas ideas que surgen espontáneamente sin que uno se las explique, y que no son sino las que se han recogido en esas conversaciones».

416. **¿Puede el hombre provocar las visitas espíritas por su voluntad? ¿Puede, por ejemplo, decir al dormirse: Esta noche quiero encontrarme en Espíritu con tal persona, hablarle y decirle tal cosa?**

> «Esto es lo que sucede. El hombre se duerme, su Espíritu despierta, y a menudo el Espíritu está muy lejos de seguir lo que el hombre había decidido, pues la vida del hombre interesa poco al Espíritu cuando está libre de la materia. Esto se refiere a los hombres ya bastante elevados; los demás pasan su existencia espiritual de muy distinta manera: se entregan a sus pasiones o permanecen inactivos. Puede suceder, por tanto, que, según el motivo que uno se proponga, el Espíritu vaya a visitar a las personas que desea; pero el hecho de que tenga esa voluntad estando despierto no es razón para que lo haga».

417. **¿Puede cierto número de Espíritus encarnados reunirse así y formar asambleas?**

> «Sin duda alguna; los lazos de amistad, antiguos o nuevos, reúnen a menudo de este modo a diversos Espíritus felices de encontrarse juntos».

Por la palabra antiguo deben entenderse los lazos de amistad que se habían contraído en otras existencias anteriores. Al despertar traemos una intuición de las ideas que hemos recogido en esas conversaciones ocultas, pero cuyo origen ignoramos.

418. **Una persona que creyera muerto a uno de sus amigos, sin que lo estuviera, ¿podría encontrarse con él en Espíritu y saber así que está vivo? ¿Podría, en ese caso, tener la intuición de ello al despertar?**

> «Como Espíritu, ciertamente puede verlo y conocer su suerte; si no se le ha impuesto como prueba creer en la muerte de su amigo, tendrá un presentimiento de su existencia, como podría tenerlo de su muerte».

Transmisión oculta del pensamiento

419. **¿A qué se debe que la misma idea, la de un descubrimiento, por ejemplo, surja en varios lugares a la vez?**

> «Ya hemos dicho que durante el sueño los Espíritus se comunican entre sí; pues bien, cuando el cuerpo despierta, el Espíritu recuerda lo que ha aprendido, y el hombre cree haberlo inventado. Así, varios pueden encontrar la misma cosa a la vez. Cuando decís que una idea está en el aire, es una imagen más exacta de lo que creéis; cada uno contribuye a propagarla sin sospecharlo».

De este modo, nuestro Espíritu revela a menudo por sí mismo a otros Espíritus, y sin que lo sepamos, lo que era objeto de nuestras preocupaciones durante la vigilia.

420. **¿Pueden los Espíritus comunicarse si el cuerpo está completamente despierto?**

> «El Espíritu no está encerrado en el cuerpo como en una caja: irradia a su alrededor; por eso puede comunicarse con otros Espíritus, incluso en estado de vigilia, aunque lo haga con mayor dificultad».

421. **¿A qué se debe que dos personas, perfectamente despiertas, tengan a menudo el mismo pensamiento en el mismo instante?**

> «Son dos Espíritus afines que se comunican y ven recíprocamente sus pensamientos, incluso cuando el cuerpo no duerme».

Entre los Espíritus que se encuentran hay una comunicación de pensamientos que hace que dos personas se vean y se comprendan sin necesidad de los signos exteriores del lenguaje. Podría decirse que se hablan en el lenguaje de los Espíritus.

Letargo, catalepsia, muertes aparentes

422. **Las personas en estado de letargo o de catalepsia ven y oyen generalmente lo que sucede a su alrededor, pero no pueden manifestarlo; ¿lo hacen por los ojos y los oídos del cuerpo?**

> «No, es por el Espíritu; el Espíritu tiene conciencia de sí mismo, pero no puede comunicarse».

– **¿Por qué no puede comunicarse?**

> «El estado del cuerpo se lo impide; ese estado particular de los órganos os da la prueba de que hay en el hombre algo más que el cuerpo, puesto que el cuerpo ya no funciona y el Espíritu actúa».

423. **En el letargo, ¿puede el Espíritu separarse enteramente del cuerpo, de modo que este tenga todas las apariencias de la muerte, y regresar después a él?**

> «En el letargo, el cuerpo no está muerto, puesto que hay funciones que se cumplen; la vitalidad se encuentra en él en estado latente, como en la crisálida, pero no está aniquilada; ahora bien, el Espíritu está unido al cuerpo mientras este vive; una vez rotos los lazos por la muerte real y la disgregación de los órganos, la separación es completa y el Espíritu ya no regresa a él. Cuando un hombre que tiene las apariencias de la muerte vuelve a la vida, es porque la muerte no era completa».

424. **¿Se pueden, mediante cuidados prestados a tiempo, restablecer unos lazos a punto de romperse y devolver a la vida a un ser que, por falta de auxilio, habría muerto definitivamente?**

> «Sí, sin duda, y tenéis pruebas de ello todos los días. En ese caso, el magnetismo es con frecuencia un medio poderoso, porque devuelve al cuerpo el fluido vital que le falta y que era insuficiente para mantener el funcionamiento de los órganos».

El letargo y la catalepsia tienen el mismo principio, que es la pérdida momentánea de la sensibilidad y del movimiento por una causa fisiológica todavía inexplicada; se diferencian en que, en el letargo, la suspensión de las fuerzas vitales es general y da al cuerpo todas las apariencias de la muerte; en la catalepsia, está localizada y puede afectar una parte más o menos extensa del cuerpo, de modo que deja a la inteligencia libertad para manifestarse, lo que impide confundirla con la muerte.

El letargo es siempre natural; la catalepsia es a veces espontánea, pero puede ser provocada y suprimida artificialmente por la acción magnética.

Sonambulismo

425. ¿Tiene el sonambulismo natural relación con los sueños? ¿Cómo puede explicarse?

«Es una independencia del alma más completa que en el sueño, y entonces sus facultades están más desarrolladas; tiene percepciones que no tiene en el sueño, que es un estado de sonambulismo imperfecto.

«En el sonambulismo, el Espíritu se pertenece enteramente a sí mismo; los órganos materiales, al estar en cierto modo en catalepsia, ya no reciben las impresiones exteriores. Este estado se manifiesta sobre todo mientras se duerme; es el momento en que el Espíritu puede abandonar provisionalmente el cuerpo, que se entrega al descanso indispensable para la materia. Cuando se producen hechos de sonambulismo, es porque el Espíritu, preocupado por una cosa u otra, se entrega a alguna acción que requiere el uso de su cuerpo, del que se sirve entonces de una manera análoga al uso que hace de una mesa o de cualquier otro objeto material en el fenómeno de las manifestaciones físicas, o incluso de vuestra mano en el de las comunicaciones escritas. En los sueños de los que se tiene conciencia, los órganos, incluidos los de la memoria, empiezan a despertar; estos reciben imperfectamente las impresiones producidas por los objetos o las causas exteriores y las comunican al Espíritu, que, al estar también él en reposo, solo percibe sensaciones confusas y a menudo inconexas, sin ninguna razón de ser aparente, mezcladas como están con vagos recuerdos, ya de esta existencia, ya de existencias anteriores. Es fácil entonces comprender por qué los sonámbulos no conservan ningún recuerdo y por qué los sueños que se recuerdan carecen casi siempre de sentido. Digo casi siem-

pre, pues a veces son la consecuencia de un recuerdo preciso de acontecimientos de una vida anterior, y en ocasiones incluso una especie de intuición del porvenir».

426. **¿Tiene el sonambulismo llamado magnético relación con el sonambulismo natural?**

«Es lo mismo, salvo que es provocado».

427. **¿Cuál es la naturaleza del agente llamado fluido magnético?**

«Fluido vital, electricidad animalizada, que son modificaciones del fluido universal».

428. **¿Cuál es la causa de la clarividencia sonambúlica?**

«Ya lo hemos dicho: es el alma la que ve».

429. **¿Cómo puede el sonámbulo ver a través de los cuerpos opacos?**

«Solo hay cuerpos opacos para vuestros órganos toscos; ¿no hemos dicho que, para el Espíritu, la materia no es un obstáculo, puesto que la atraviesa libremente? A menudo os dice que ve por la frente, por la rodilla, etc., porque vosotros, enteramente inmersos en la materia, no comprendéis que pueda ver sin ayuda de los órganos; él mismo, por el deseo que tenéis, cree necesitar esos órganos, pero si lo dejarais libre, comprendería que ve por todas las partes de su cuerpo o, mejor dicho, que ve fuera de su cuerpo».

430. **Puesto que la clarividencia del sonámbulo es la de su alma o de su Espíritu, ¿por qué no lo ve todo y por qué se equivoca a menudo?**

> «En primer lugar, a los Espíritus imperfectos no les es dado verlo todo y conocerlo todo; bien sabes que todavía comparten vuestros errores y prejuicios; y además, cuando están ligados a la materia, no gozan de todas sus facultades de Espíritu. Dios ha dado al hombre esta facultad con un fin útil y serio, y no para enseñarle lo que no debe saber; por eso los sonámbulos no pueden decirlo todo».

431. ¿Cuál es el origen de las ideas innatas del sonámbulo, y cómo puede hablar con exactitud de cosas que ignora en estado de vigilia y que incluso están por encima de su capacidad intelectual?

> «Sucede que el sonámbulo posee más conocimientos de los que tú le conoces; solo que están dormidos, porque su envoltura es demasiado imperfecta para que pueda recordarlos. Pero, en definitiva, ¿qué es? Como nosotros, un Espíritu encarnado en la materia para cumplir su misión, y el estado en que entra lo despierta de ese letargo. Te hemos dicho muchas veces que volvemos a vivir varias veces; es ese cambio el que le hace perder materialmente lo que pudo aprender en una existencia anterior; al entrar en el estado que llamas crisis, recuerda, pero no siempre de manera completa; sabe, pero no podría decir de dónde lo sabe ni cómo posee esos conocimientos. Pasada la crisis, todo recuerdo se borra y vuelve a la oscuridad».

La experiencia muestra que los sonámbulos reciben también comunicaciones de otros Espíritus que les transmiten lo que deben decir y suplen sus carencias; esto se observa sobre todo en las prescripciones médicas: el Espíritu del sonámbulo ve el mal y otro le indica el remedio.

Esta doble acción es a veces patente y se revela, además, por estas expresiones bastante frecuentes: me dicen que diga, o me prohíben decir tal cosa.

En este último caso, siempre hay peligro en insistir para obtener una revelación que se ha negado, porque entonces se da entrada a los Espíritus frívolos, que hablan de todo sin escrúpulos y sin preocuparse por la verdad.

432. ¿Cómo explicar la visión a distancia en ciertos sonámbulos?

> «¿Acaso el alma no se traslada durante el sueño? Lo mismo sucede en el sonambulismo».

433. **¿El mayor o menor desarrollo de la clarividencia sonambúlica depende de la constitución física o de la naturaleza del Espíritu encarnado?**

> «De una y de otra; hay disposiciones físicas que permiten al Espíritu desprenderse con mayor o menor facilidad de la materia».

434. **¿Las facultades de que goza el sonámbulo son las mismas que las del Espíritu después de la muerte?**

> «Hasta cierto punto, pues hay que tener en cuenta la influencia de la materia a la que aún está ligado».

435. **¿Puede el sonámbulo ver a los demás Espíritus?**

> «La mayoría los ve muy bien; eso depende del grado y de la naturaleza de su lucidez; pero a veces no se dan cuenta de ello al principio y los toman por seres corporales; esto les sucede sobre todo a quienes no tienen ningún conocimiento del espiritismo; aún no comprenden la esencia de los Espíritus; eso los sorprende, y por eso creen ver a personas vivas».

El mismo efecto se produce en el momento de la muerte en quienes todavía se creen vivos. Nada a su alrededor les parece haber cambiado, los Espíritus les parecen tener cuerpos semejantes a los nuestros y toman la apariencia de su propio cuerpo por un cuerpo real.

436. **¿El sonámbulo que ve a distancia ve desde el lugar donde está su cuerpo o desde aquel donde está su alma?**

> «¿Por qué esa pregunta, ya que es el alma la que ve y no el cuerpo?»

437. **Puesto que es el alma la que se traslada, ¿cómo puede el sonámbulo experimentar en su cuerpo las sensaciones de calor o de frío del lugar donde se encuentra su alma, que a veces está muy lejos de su cuerpo?**

> «El alma no ha abandonado por completo el cuerpo; sigue ligada a él por el vínculo que los une; ese vínculo es el conductor de las sensaciones. Cuando dos personas se comunican de una ciudad a otra por medio de la electricidad, es la electricidad la que sirve de vínculo entre sus pensamientos; por eso se comunican como si estuvieran una al lado de la otra».

438. **¿El uso que un sonámbulo hace de su facultad influye en el estado de su Espíritu después de la muerte?**

> «Mucho, como el buen o mal uso de todas las facultades que Dios ha dado al ser humano».

Éxtasis

439. **¿Qué diferencia hay entre el éxtasis y el sonambulismo?**

> «Es un sonambulismo más depurado; el alma del extático es aún más independiente».

440. **¿El Espíritu del extático penetra realmente en los mundos superiores?**

> «Sí, los ve y comprende la felicidad de quienes están en ellos; por eso quisiera quedarse allí; pero hay mundos inaccesibles para los Espíritus que no están lo bastante depurados».

441. **Cuando el extático expresa el deseo de abandonar la tierra, ¿habla sinceramente, y no lo retiene el instinto de conservación?**

> «Eso depende del grado de depuración del Espíritu; si ve que su situación futura es mejor que su vida presente, se esfuerza por romper los vínculos que lo atan a la tierra».

442. **Si se dejara al extático a su suerte, ¿podría su alma abandonar definitivamente su cuerpo?**

> «Sí, puede morir; por eso hay que hacerlo volver mediante todo lo que pueda vincularlo a este mundo, y sobre todo haciéndole entrever que, si rompiera la cadena que lo retiene aquí, ese sería el verdadero medio de no permanecer allí donde ve que sería feliz».

443. **Hay cosas que el extático pretende ver y que son evidentemente producto de una imaginación impresionada por las creencias y los prejuicios terrenales. ¿No es real, entonces, todo lo que ve?**

> «Lo que ve es real para él; pero como su Espíritu sigue bajo la influencia de las ideas terrenales, puede verlo a su manera o, mejor dicho, expresarlo en un lenguaje acorde con sus prejuicios y con las ideas en las que ha sido criado, o con las vuestras, para hacerse comprender mejor; sobre todo en este sentido puede equivocarse».

444. ¿Qué grado de confianza se puede dar a las revelaciones de los extáticos?

> «El extático puede equivocarse muy a menudo, sobre todo cuando quiere penetrar en lo que debe seguir siendo un misterio para el ser humano, pues entonces se entrega a sus propias ideas, o bien es juguete de Espíritus engañadores que aprovechan su entusiasmo para fascinarlo».

445. ¿Qué consecuencias pueden extraerse de los fenómenos del sonambulismo y del éxtasis? ¿No serían una especie de iniciación a la vida futura?

> «O, mejor dicho, son la vida pasada y la vida futura las que el ser humano entrevé. Que estudie esos fenómenos y encontrará en ellos la solución de más de un misterio que su razón intenta penetrar en vano».

446. ¿Podrían los fenómenos del sonambulismo y del éxtasis conciliarse con el materialismo?

> «Quien los estudia de buena fe y sin prejuicios no puede ser ni materialista ni ateo».

Segunda vista

447. ¿El fenómeno denominado segunda vista tiene relación con el sueño y el sonambulismo?

> «Todo eso es una misma cosa; lo que llamas segunda vista es también el Espíritu que goza de mayor libertad, aunque el cuerpo no esté dormido. La segunda vista es la vista del alma».

448. **¿La segunda vista es permanente?**

> «La facultad, sí; su ejercicio, no. En los mundos menos materiales que el vuestro, los Espíritus se desprenden con mayor facilidad y se comunican solo mediante el pensamiento, sin excluir, sin embargo, el lenguaje articulado; por eso la doble vista es allí, para la mayoría, una facultad permanente; su estado normal puede compararse con el de vuestros sonámbulos lúcidos, y esa es también la razón por la que se manifiestan a vosotros con mayor facilidad que quienes están encarnados en cuerpos más burdos».

449. **¿La segunda vista se desarrolla espontáneamente o por voluntad de quien está dotado de ella?**

> «La mayoría de las veces es espontánea, pero a menudo también la voluntad desempeña un gran papel. Así, toma como ejemplo a ciertas personas a las que se llama adivinos, algunas de las cuales tienen ese poder, y verás que es la voluntad la que las ayuda a entrar en esa segunda vista y en lo que llamas visión».

450. **¿Puede la segunda vista desarrollarse mediante el ejercicio?**

> «Sí, el trabajo siempre trae progreso, y el velo que cubre las cosas se vuelve más transparente».

– **¿Esta facultad depende de la constitución física?**

> «Por supuesto, la constitución desempeña un papel en ello; hay constituciones que se resisten a ella».

451. ¿Por qué la segunda vista parece hereditaria en ciertas familias?

> «Por la semejanza de constitución, que se transmite como las demás cualidades físicas; y también por el desarrollo de la facultad mediante una especie de educación que se transmite igualmente de unos a otros».

452. ¿Es cierto que ciertas circunstancias desarrollan la segunda vista?

> «La enfermedad, la proximidad de un peligro o una gran conmoción pueden desarrollarla. El cuerpo se encuentra a veces en un estado particular que permite al Espíritu ver lo que no podéis ver con los ojos del cuerpo».

Los tiempos de crisis y de calamidades, las grandes emociones y todas las causas que sobreexcitan el ánimo provocan a veces el desarrollo de la segunda vista. Parece que la Providencia, ante el peligro, nos da el medio de conjurarlo. Todas las sectas y todos los partidos perseguidos ofrecen numerosos ejemplos de ello.

453. ¿Las personas dotadas de segunda vista son siempre conscientes de ello?

> «No siempre; para ellas es algo muy natural, y muchas creen que, si todo el mundo se observara, cada uno debería ser igual».

454. **¿Podría atribuirse a una especie de segunda vista la perspicacia de ciertas personas que, sin tener nada de extraordinario, juzgan las cosas con mayor precisión que otras?**

> «Siempre es el alma la que irradia con mayor libertad y juzga mejor que bajo el velo de la materia».

– ¿Puede esta facultad, en ciertos casos, dar el conocimiento anticipado de las cosas?

> «Sí; también da los presentimientos, pues hay varios grados en esta facultad, y un mismo sujeto puede tener todos los grados o solo algunos de ellos».

Resumen teórico del sonambulismo, del éxtasis y de la segunda vista

Los fenómenos del sonambulismo natural se producen espontáneamente y son independientes de toda causa exterior conocida; pero en ciertas personas dotadas de una organización especial pueden provocarse artificialmente por la acción del agente magnético.

El estado designado con el nombre de sonambulismo magnético solo difiere del sonambulismo natural en que uno es provocado, mientras que el otro es espontáneo.

El sonambulismo natural es un hecho notorio que a nadie se le ocurre poner en duda, pese a lo maravilloso de los fenómenos que presenta. ¿Qué tiene, pues, de más extraordinario o de más irracional el sonambulismo magnético por producirse artificialmente, como tantas otras cosas? Se dice

que los charlatanes lo han explotado; razón de más para no dejarlo en sus manos.

Cuando la ciencia se haya apropiado de él, la charlatanería tendrá mucho menos crédito entre las masas; pero, entretanto, como el sonambulismo natural o artificial es un hecho, y contra un hecho no hay razonamiento posible, va ganando crédito pese a la mala voluntad de algunos, incluso en la propia ciencia, donde entra por multitud de pequeñas puertas en lugar de pasar por la grande; cuando esté plenamente en ella, habrá que reconocerle su lugar.

Para el espiritismo, el sonambulismo es más que un fenómeno fisiológico: es una luz que se proyecta sobre la psicología; en él se puede estudiar el alma, porque se muestra al descubierto. Ahora bien, uno de los fenómenos que la caracterizan es la clarividencia independiente de los órganos ordinarios de la vista.

Quienes niegan este hecho se basan en que el sonámbulo no ve siempre ni a voluntad del experimentador, como se ve con los ojos. ¿Hay que extrañarse de que, al ser distintos los medios, los efectos ya no sean los mismos? ¿Es racional pedir efectos idénticos cuando el instrumento ya no existe?

El alma tiene sus propiedades, como el ojo tiene las suyas; hay que juzgarlas en sí mismas, y no por analogía.

La causa de la clarividencia del sonámbulo magnético y del sonámbulo natural es exactamente la misma: es un atributo del alma, una facultad inherente a todas las partes del ser incorpóreo que hay en nosotros, y que no

tiene otros límites que los asignados a la propia alma. Ve en todos los lugares adonde su alma puede trasladarse, cualquiera que sea la distancia.

En la visión a distancia, el sonámbulo no ve las cosas desde el punto donde está su cuerpo, como por un efecto telescópico. Las ve presentes y como si estuviera en el lugar donde existen, porque su alma está allí en realidad; por eso su cuerpo queda como anulado y parece privado de sensibilidad hasta el momento en que el alma vuelve a tomar posesión de él.

Esta separación parcial del alma y del cuerpo es un estado anormal que puede durar un tiempo más o menos largo, pero no indefinido; es la causa de la fatiga que el cuerpo experimenta después de cierto tiempo, sobre todo cuando el alma se entrega a un trabajo activo.

Como la vista del alma o del Espíritu no está circunscrita ni tiene una sede determinada, se explica que los sonámbulos no puedan asignarle un órgano especial; ven porque ven, sin saber por qué ni cómo, pues la vista no tiene para ellos, como Espíritus, un centro propio. Si se refieren a su cuerpo, ese centro les parece estar en los puntos donde la actividad vital es mayor, principalmente en el cerebro, en la región epigástrica o en el órgano que, para ellos, constituye el punto de unión más firme entre el Espíritu y el cuerpo.

El poder de la lucidez sonambúlica no es ilimitado. El Espíritu, aun enteramente libre, está limitado en sus facultades y conocimientos según el grado de perfección que haya alcanzado; lo está aún más cuando se encuentra ligado a la materia, cuya influencia sufre. Esta es la causa de que la clarividencia sonambúlica no sea universal ni infalible.

Tanto menos se puede contar con su infalibilidad cuanto más se la desvía del fin que se ha propuesto la naturaleza y se la convierte en objeto de curiosidad y experimentación.

En el estado de desprendimiento en que se encuentra el Espíritu del sonámbulo, entra con mayor facilidad en comunicación con otros Espíritus encarnados o no encarnados; esta comunicación se establece mediante el contacto de los fluidos que componen los periespíritus y sirven para transmitir el pensamiento, como el hilo eléctrico.

El sonámbulo no necesita, pues, que el pensamiento se articule mediante la palabra: lo siente y lo adivina; esto lo vuelve sumamente impresionable y receptivo a las influencias de la atmósfera moral en la que se encuentra.

Por eso también una concurrencia numerosa de espectadores, y sobre todo de curiosos más o menos malintencionados, perjudica considerablemente el desarrollo de sus facultades, que se repliegan, por así decirlo, sobre sí mismas y solo se despliegan con entera libertad en la intimidad y en un ambiente afín.

La presencia de personas malintencionadas o por las que siente antipatía produce en él el efecto del contacto de la mano sobre la sensitiva.

El sonámbulo ve a la vez su propio Espíritu y su cuerpo; son, por así decirlo, dos seres que le representan la doble existencia espiritual y corporal y, sin embargo, se confunden por los lazos que los unen. El sonámbulo no siempre comprende esta situación, y esta dualidad hace que a menudo hable de sí mismo como si hablara de una persona ajena; esto se debe a que

unas veces es el ser corporal quien habla al ser espiritual y otras es el ser espiritual quien habla al ser corporal.

El Espíritu adquiere más conocimientos y experiencia en cada una de sus existencias corporales. Los olvida en parte durante su encarnación en una materia demasiado burda, pero los recuerda como Espíritu. Así es como ciertos sonámbulos revelan conocimientos superiores al grado de su instrucción e incluso de sus capacidades intelectuales aparentes.

La inferioridad intelectual y científica del sonámbulo en estado de vigilia no permite, por tanto, prejuzgar nada sobre los conocimientos que puede revelar en estado de lucidez.

Según las circunstancias y el fin que se persiga, puede obtenerlos de su propia experiencia, de la clarividencia de las cosas presentes o de los consejos que recibe de otros Espíritus; pero, como su propio Espíritu puede estar más o menos avanzado, puede decir cosas más o menos acertadas.

Mediante los fenómenos del sonambulismo, sea natural o magnético, la Providencia nos da la prueba irrefutable de la existencia y de la independencia del alma, y nos hace asistir al espectáculo sublime de su emancipación; así nos abre el libro de nuestro destino.

Cuando el sonámbulo describe lo que sucede a distancia, es evidente que lo ve, y que no lo hace con los ojos del cuerpo; se ve a sí mismo allí y se siente transportado a ese lugar; hay, pues, allí algo de él, y ese algo, al no ser su cuerpo, solo puede ser su alma o su Espíritu.

Mientras el hombre se pierde en las sutilezas de una metafísica abstracta e ininteligible para lanzarse a la búsqueda de las causas de nuestra existencia

moral, Dios pone diariamente ante sus ojos y al alcance de su mano los medios más sencillos y evidentes para el estudio de la psicología experimental.

El éxtasis es el estado en que la independencia del alma y del cuerpo se manifiesta de la manera más perceptible y se vuelve, en cierto modo, palpable.

Durante los sueños y el sonambulismo, el alma vaga por los mundos terrestres; en el éxtasis penetra en un mundo desconocido, en el de los Espíritus etéreos, con quienes entra en comunicación, aunque sin poder traspasar ciertos límites que no podría franquear sin romper por completo los lazos que la unen al cuerpo. Un estado resplandeciente, enteramente nuevo, la envuelve; armonías desconocidas en la tierra la arrebatan; un bienestar indefinible la penetra: goza por anticipado de la bienaventuranza celestial, y puede decirse que pone un pie en el umbral de la eternidad.

En el estado de éxtasis, la anulación del cuerpo es casi completa; solo le queda, por así decirlo, la vida orgánica, y se percibe que el alma ya solo se sostiene en él por un hilo que un esfuerzo más rompería sin remedio.

En este estado, todos los pensamientos terrestres desaparecen para dar paso al sentimiento depurado que es la esencia misma de nuestro ser inmaterial. Entregado por entero a esta contemplación sublime, el extático solo considera la vida como una parada momentánea; para él, los bienes y los males, las alegrías burdas y las miserias de este mundo solo son los incidentes fútiles de un viaje cuyo fin le alegra ver.

Con los extáticos sucede lo mismo que con los sonámbulos: su lucidez puede ser más o menos perfecta, y su propio Espíritu, según sea más o me-

nos elevado, también es más o menos apto para conocer y comprender las cosas.

A veces hay en ellos más exaltación que verdadera lucidez o, mejor dicho, su exaltación perjudica su lucidez; por eso sus revelaciones suelen ser una mezcla de verdades y errores, de cosas sublimes y de cosas absurdas o incluso ridículas.

Los Espíritus inferiores aprovechan a menudo esta exaltación, que siempre es una causa de debilidad cuando no se sabe dominarla, para someter al extático y, con ese fin, adoptan ante sus ojos apariencias que lo mantienen en sus ideas o prejuicios del estado de vigilia.

Este es un escollo, pero no todos son iguales; nos corresponde juzgar con serenidad y pesar sus revelaciones en la balanza de la razón.

La emancipación del alma se manifiesta a veces en estado de vigilia y produce el fenómeno designado con el nombre de segunda vista, que da a quienes están dotados de ella la facultad de ver, oír y sentir más allá de los límites de nuestros sentidos. Perciben las cosas ausentes dondequiera que el alma extienda su acción; las ven, por así decirlo, a través de la vista ordinaria y como por una especie de espejismo.

En el momento en que se produce el fenómeno de la segunda vista, el estado físico se modifica perceptiblemente; los ojos tienen algo de vago: miran sin ver; toda la fisonomía refleja una especie de exaltación. Se comprueba que los órganos de la vista no intervienen en ello, pues la visión persiste aunque los ojos estén cerrados.

Esta facultad les parece a quienes gozan de ella tan natural como la de ver; para ellos es un atributo de su ser que no les parece excepcional. El olvido sigue las más de las veces a esta lucidez pasajera, cuyo recuerdo, cada vez más vago, termina por desaparecer como el de un sueño.

El poder de la segunda vista varía desde la sensación confusa hasta la percepción clara y nítida de las cosas presentes o ausentes. En estado rudimentario, da a ciertas personas tacto, perspicacia, una especie de seguridad en sus actos que puede llamarse la exactitud de la mirada moral. Más desarrollada, despierta los presentimientos; más desarrollada aún, muestra los acontecimientos ya ocurridos o a punto de ocurrir.

El sonambulismo natural y artificial, el éxtasis y la segunda vista solo son variedades o modificaciones de una misma causa; estos fenómenos, al igual que los sueños, forman parte de la naturaleza; por eso han existido en todos los tiempos; la historia nos muestra que han sido conocidos e incluso explotados desde la más remota antigüedad, y en ellos se encuentra la explicación de multitud de hechos que los prejuicios han hecho considerar sobrenaturales.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. IX — INTERVENCIÓN DE LOS ESPÍRITUS EN EL MUNDO CORPORAL

✦

Penetración de nuestro pensamiento por los Espíritus

456. **¿Los Espíritus ven todo lo que hacemos?**

> «Pueden verlo, puesto que ustedes están rodeados de ellos sin cesar; pero cada uno solo ve las cosas en las que fija su atención, pues no se ocupa de las que le son indiferentes».

457. **¿Los Espíritus pueden conocer nuestros pensamientos más secretos?**

> «A menudo conocen lo que ustedes quisieran ocultarse a sí mismos; ni los actos ni los pensamientos pueden ocultárseles».

– Según esto, ¿parecería más fácil ocultarle algo a una persona viva que a esa misma persona después de su muerte?

> «Ciertamente, y cuando ustedes se creen bien escondidos, a menudo tienen a su lado una multitud de Espíritus que los ven».

458. **¿Qué piensan de nosotros los Espíritus que están a nuestro alrededor y nos observan?**

> «Depende. Los Espíritus traviesos se ríen de las pequeñas molestias que les causan y se burlan de su impaciencia. Los Espíritus serios se compadecen de sus defectos y procuran ayudarlos».

Influencia oculta de los Espíritus sobre nuestros pensamientos y nuestras acciones

459. ¿Los Espíritus influyen en nuestros pensamientos y nuestras acciones?

> «En este sentido, su influencia es mayor de lo que ustedes creen, pues muy a menudo son ellos quienes los dirigen».

460. ¿Tenemos pensamientos que nos son propios y otros que nos son sugeridos?

> «Su alma es un Espíritu que piensa; ustedes saben que les llegan varios pensamientos a la vez sobre un mismo asunto, y a menudo muy contrarios entre sí. Pues bien, siempre hay algunos que proceden de ustedes y otros de nosotros; eso es lo que los deja en la incertidumbre, porque tienen en su interior dos ideas que luchan entre sí».

461. ¿Cómo distinguir los pensamientos que nos son propios de los que nos son sugeridos?

> «Cuando un pensamiento es sugerido, es como una voz que les habla. Los pensamientos propios son, por lo general, los del primer impulso. Por lo demás, esta distinción no tiene gran interés para ustedes, y a menudo resulta útil no saberlo: el ser humano actúa con más libertad; si se decide por el bien, lo hace de mejor gana; si toma el mal camino, su responsabilidad es aún mayor».

462. **¿Los hombres de inteligencia y de genio extraen siempre sus ideas de sus propios recursos?**

> «A veces las ideas proceden de su propio Espíritu, pero a menudo se las sugieren otros Espíritus que los consideran capaces de comprenderlas y dignos de transmitirlas. Cuando no las encuentran en sí mismos, recurren a la inspiración; es una evocación que hacen sin sospecharlo».

Si hubiera sido útil que pudiéramos distinguir claramente nuestros pensamientos propios de los que nos son sugeridos, Dios nos habría dado el medio de hacerlo, como nos da el de distinguir el día de la noche. Cuando algo queda impreciso, es porque debe ser así para el bien.

463. **A veces se dice que el primer impulso siempre es bueno; ¿es eso exacto?**

> «Puede ser bueno o malo según la naturaleza del Espíritu encarnado. Siempre es bueno en quien escucha las buenas inspiraciones».

464. **¿Cómo distinguir si un pensamiento sugerido procede de un Espíritu bueno o de uno malo?**

> «Examinen el asunto; los buenos Espíritus solo aconsejan el bien; a ustedes les corresponde distinguir».

465. **¿Con qué fin nos impulsan al mal los Espíritus imperfectos?**

> «Para hacerlos sufrir como ellos».

– ¿Eso disminuye sus sufrimientos?

> «No, pero lo hacen por la envidia que sienten al ver seres más felices».

– ¿Qué clase de sufrimientos quieren hacer experimentar?

> «Los que resultan de ser de un orden inferior y estar alejado de Dios».

466. **¿Por qué permite Dios que los Espíritus nos inciten al mal?**

> «Los Espíritus imperfectos son instrumentos destinados a poner a prueba la fe y la constancia de los hombres en el bien. Tú, como Espíritu, debes progresar en el conocimiento de lo infinito; por eso pasas por las pruebas del mal para llegar al bien. Nuestra misión es ponerte en el buen camino, y cuando las malas influencias actúan sobre ti, es porque las llamas mediante el deseo del mal, pues los Espíritus inferiores vienen a ayudarte en el mal cuando tienes la voluntad de cometerlo; solo pueden ayudarte en el mal cuando quieres el mal. Si te inclinas al asesinato, ¡pues bien!, tendrás una nube de Espíritus que mantendrán ese pensamiento en ti; pero también tienes otros que procurarán influir en ti para el bien, lo que restablece el equilibrio y te deja dueño de ti mismo».

Así es como Dios deja a nuestra conciencia la elección del camino que debemos seguir y la libertad de ceder a una u otra de las influencias contrarias que se ejercen sobre nosotros.

467. **¿Podemos liberarnos de la influencia de los Espíritus que nos incitan al mal?**

> «Sí, pues solo se apegan a quienes los llaman con sus deseos o los atraen con sus pensamientos».

468. **¿Los Espíritus cuya influencia es rechazada por la voluntad renuncian a sus intentos?**

> «¿Qué quieres que hagan? Cuando no hay nada que hacer, ceden el lugar; sin embargo, acechan el momento favorable, como el gato acecha al ratón».

469. **¿Por qué medio se puede neutralizar la influencia de los malos Espíritus?**

> «Haciendo el bien y poniendo toda su confianza en Dios, ustedes rechazan la influencia de los Espíritus inferiores y destruyen el dominio que estos querían ejercer sobre ustedes. Cuídense de escuchar las sugerencias de los Espíritus que suscitan en ustedes malos pensamientos, que siembran la discordia entre ustedes y que despiertan en ustedes todas las malas pasiones. Desconfíen sobre todo de quienes exaltan su orgullo, pues los atrapan por su punto débil. Por eso Jesús les hace decir en la oración del Señor: ¡Señor!, no nos dejes sucumbir a la tentación, sino líbranos del mal».

470. **¿Los Espíritus que buscan inducirnos al mal y ponen así a prueba nuestra firmeza en el bien han recibido la misión de hacerlo? Y si cumplen una misión, ¿son responsables de ello?**

> «Ningún Espíritu recibe la misión de hacer el mal; cuando lo hace, es por su propia voluntad y, por consiguiente, sufre las consecuencias. Dios puede dejarlo actuar para ponerlos a prueba, pero no se lo ordena, y a ustedes les corresponde rechazarlo».

471. **Cuando experimentamos un sentimiento de angustia, de ansiedad indefinible o de satisfacción interior sin causa conocida, ¿se debe únicamente a una disposición física?**

> «Casi siempre es un efecto de las comunicaciones que ustedes tienen sin saberlo con los Espíritus, o que han tenido con ellos durante el sueño».

472. **¿Los Espíritus que quieren incitarnos al mal solo aprovechan las circunstancias en las que nos encontramos, o pueden hacer que surjan esas circunstancias?**

> «Aprovechan la circunstancia, pero a menudo la provocan impulsándolos sin que ustedes lo sepan hacia el objeto de su codicia. Así, por ejemplo, un hombre encuentra en su camino una suma de dinero: no creas que los Espíritus han llevado el dinero a ese lugar, pero pueden darle al hombre la idea de dirigirse hacia allí, y entonces le sugieren el pensamiento de apoderarse de él, mientras que otros le sugieren el de devolver ese dinero a su dueño. Lo mismo ocurre con todas las demás tentaciones».

Poseídos

473. **¿Puede un Espíritu revestirse momentáneamente de la envoltura de una persona viva, es decir, introducirse en un cuerpo animado y actuar en lugar del que está encarnado en él?**

> «El Espíritu no entra en un cuerpo como tú entras en una casa; se asimila a un Espíritu encarnado que tiene los mismos defectos y las mismas cualidades para actuar conjuntamente; pero siempre es el Espíritu encarnado quien actúa como quiere sobre la materia de la que está revestido. Un Espíritu no puede sustituir al que está encarnado, pues el Espíritu y el cuerpo están unidos hasta el momento señalado para el término de la existencia material».

474. **Si no hay posesión propiamente dicha, es decir, convivencia de dos Espíritus en el mismo cuerpo, ¿puede el alma quedar bajo la dependencia de otro Espíritu, de modo que este la subyugue o la obsesione, hasta el punto de que su voluntad quede en cierto modo paralizada?**

> «Sí, y esos son los verdaderos poseídos; pero debes saber que esa dominación nunca se produce sin la participación de quien la sufre, ya sea por su debilidad o por su deseo. A menudo se ha tomado por poseídos a epilépticos o a locos que necesitaban más un médico que un exorcismo».

La palabra poseído, en su acepción común, supone la existencia de demonios, es decir, de una categoría de seres de naturaleza malvada, y la convivencia de uno de esos seres con el alma en el cuerpo de un individuo.

Puesto que no hay demonios en ese sentido y que dos Espíritus no pueden habitar simultáneamente el mismo cuerpo, no hay poseídos según la idea asociada a esa palabra.

La palabra poseído solo debe entenderse como la dependencia absoluta en la que el alma puede encontrarse respecto de Espíritus imperfectos que la subyugan.

475. **¿Puede uno mismo alejar a los malos Espíritus y liberarse de su dominación?**

> «Siempre se puede sacudir un yugo cuando se tiene la firme voluntad de hacerlo».

476. **¿No puede suceder que la fascinación ejercida por el mal Espíritu sea tal que la persona subyugada no se dé cuenta? Entonces, ¿puede una tercera persona hacer cesar el sometimiento y, en ese caso, qué condición debe cumplir?**

> «Si es una persona de bien, su voluntad puede ayudar al pedir la colaboración de los buenos Espíritus, pues cuanto más se es una persona de bien, más poder se tiene sobre los Espíritus imperfectos para alejarlos y sobre los buenos para atraerlos. Sin embargo, sería impotente si quien está subyugado no colabora; hay personas que se complacen en una dependencia que halaga sus gustos y sus deseos. En todos los casos, aquel cuyo corazón no es puro no puede tener ninguna influencia; los buenos Espíritus lo desprecian y los malos no le temen».

477. **¿Tienen las fórmulas de exorcismo alguna eficacia sobre los malos Espíritus?**

> «No; cuando esos Espíritus ven que alguien se toma el asunto en serio, se ríen y se obstinan».

478. **Hay personas animadas por buenas intenciones que, sin embargo, sufren obsesión; ¿cuál es el mejor medio para librarse de los Espíritus obsesores?**

> «Agotar su paciencia, no hacer ningún caso de sus sugerencias, mostrarles que pierden el tiempo; entonces, cuando ven que no tienen nada que hacer, se van».

479. **¿Es la oración un medio eficaz para curarse de la obsesión?**

> «La oración es una poderosa ayuda en todo; pero tengan por seguro que no basta con murmurar unas palabras para obtener lo que se desea. Dios asiste a quienes actúan y no a quienes se limitan a pedir. Es necesario, pues, que la persona obsesionada haga por su parte lo necesario para destruir en sí misma la causa que atrae a los malos Espíritus».

480. **¿Qué debemos pensar de la expulsión de los demonios de la que se habla en el Evangelio?**

> «Depende de la interpretación. Si ustedes llaman demonio a un mal Espíritu que subyuga a un individuo, cuando su influencia quede destruida, habrá sido verdaderamente expulsado. Si atribuyen una enfermedad al demonio, cuando hayan curado la enfermedad, también dirán que han expulsado al demonio. Una cosa puede ser verdadera o falsa según el sentido que se dé a las palabras. Las mayores verdades pueden parecer absurdas cuando solo se mira la forma y cuando se toma la alegoría por la realidad. Comprendan bien esto y reténganlo; es de aplicación general».

Convulsionarios

481. ¿Desempeñan los Espíritus algún papel en los fenómenos que se producen en los individuos designados con el nombre de convulsionarios?

> «Sí, uno muy importante, al igual que el magnetismo, que es su fuente primera; pero el charlatanismo ha explotado y exagerado a menudo estos efectos, lo que ha hecho que se los ridiculice».

– ¿De qué naturaleza son, en general, los Espíritus que contribuyen a esta clase de fenómenos?

> «Poco elevada; ¿creen que los Espíritus superiores se divierten con semejantes cosas?»

482. ¿Cómo puede desarrollarse súbitamente en toda una población el estado anormal de los convulsionarios y de quienes padecen crisis?

> «Por un efecto de simpatía; las disposiciones morales se transmiten con mucha facilidad en ciertos casos; no desconocen tanto los efectos magnéticos como para no comprender esto y la participación que ciertos Espíritus deben tener en ello por simpatía hacia quienes los provocan».

Entre las facultades extrañas que se observan en los convulsionarios, se reconocen sin dificultad algunas de las que el sonambulismo y el magnetismo ofrecen numerosos ejemplos: tales son, entre otras, la insensibilidad física, el conocimiento del pensamiento, la transmisión de los dolores por simpatía, etc.

No cabe, pues, dudar de que quienes padecen estas crisis se encuentran en una especie de estado de sonambulismo despierto, provocado por la influencia que ejercen unos sobre otros. Son a la vez magnetizadores y magnetizados sin saberlo.

483. **¿Cuál es la causa de la insensibilidad física que se observa tanto en ciertos convulsionarios como en otros individuos sometidos a las torturas más atroces?**

«En algunos es un efecto exclusivamente magnético que actúa sobre el sistema nervioso del mismo modo que ciertas sustancias. En otros, la exaltación del pensamiento atenúa la sensibilidad porque la vida parece haberse retirado del cuerpo para trasladarse al Espíritu. ¿No saben que cuando el Espíritu está muy absorto en algo, el cuerpo no siente, no ve ni oye nada?

La exaltación fanática y el entusiasmo ofrecen a menudo, en los suplicios, el ejemplo de una calma y una sangre fría que no podrían vencer un dolor agudo si no se admitiera que la sensibilidad queda neutralizada por una especie de efecto anestésico. Se sabe que, en el ardor del combate, a menudo uno no se da cuenta de una herida grave, mientras que, en circunstancias ordinarias, un rasguño lo haría estremecerse.

Puesto que estos fenómenos dependen de una causa física y de la acción de ciertos Espíritus, cabe preguntarse cómo ha podido depender de la autoridad hacerlos cesar en ciertos casos. La razón es sencilla. La acción de los Espíritus es aquí solo secundaria; no hacen más que aprovechar una disposición natural. La autoridad no ha suprimido esa disposición, sino la causa que la mantenía y la exaltaba; de activa la ha vuelto latente, y ha hecho bien en actuar así, porque de ella resultaban abusos y escándalos. Se sabe, por lo demás, que esta intervención es impotente cuando la acción de los Espíritus es directa y espontánea.

Afecto de los Espíritus por ciertas personas

484. ¿Sienten los Espíritus un afecto preferente por ciertas personas?

> «Los buenos Espíritus simpatizan con los hombres de bien o capaces de mejorar; los Espíritus inferiores, con los hombres viciosos o que pueden llegar a serlo; de ahí su apego, consecuencia de la semejanza de las sensaciones».

485. ¿Es exclusivamente moral el afecto de los Espíritus por ciertas personas?

> «El afecto verdadero no tiene nada de carnal; pero cuando un Espíritu se apega a una persona, no siempre es por afecto, y puede mezclarse en ello un recuerdo de las pasiones humanas».

486. ¿Se interesan los Espíritus por nuestras desgracias y nuestra prosperidad? ¿Se afligen quienes nos desean el bien por los males que sufrimos durante la vida?

> «Los buenos Espíritus hacen todo el bien posible y se alegran de todas sus alegrías. Se afligen por sus males cuando no los soportan con resignación, porque esos males no les aportan ningún fruto; pues entonces son como el enfermo que rechaza la bebida amarga que debe curarlo».

487. ¿Por qué clase de mal se afligen más los Espíritus por nosotros: por el mal físico o por el mal moral?

> «Por su egoísmo y su dureza de corazón: de ahí deriva todo; se ríen de todos esos males imaginarios que nacen del orgullo y de la ambición; se alegran de los que tienen por efecto abreviar su tiempo de prueba».

Los Espíritus, sabiendo que la vida corporal es solo transitoria y que las tribulaciones que la acompañan son medios para llegar a un estado mejor, se afligen más por nosotros a causa de los motivos morales que nos alejan de él que por los males físicos, que son solo pasajeros. Los Espíritus se preocupan poco por las desgracias que solo afectan a nuestras ideas mundanas, como hacemos nosotros con las penas pueriles de la infancia. El Espíritu, que ve en las aflicciones de la vida un medio de progreso para nosotros, las considera como la crisis momentánea que debe salvar al enfermo. Se compadece de nuestros sufrimientos como nosotros nos compadecemos de los de un amigo; pero, al ver las cosas desde un punto de vista más justo, las valora de otro modo que nosotros, y mientras los buenos nos infunden ánimo en beneficio de nuestro porvenir, los otros nos incitan a la desesperación con el fin de comprometerlo.

488. ¿Nuestros familiares y amigos que nos han precedido en la otra vida sienten por nosotros más simpatía que los Espíritus que nos son ajenos?

> «Sin duda, y a menudo los protegen como Espíritus, según su poder».

– ¿Son sensibles al afecto que les conservamos?

> «Muy sensibles, pero olvidan a quienes los olvidan».

Ángeles guardianes; Espíritus protectores, familiares o simpáticos

489. ¿Hay Espíritus que se apegan a un individuo en particular para protegerlo?

> «Sí, el hermano espiritual; es lo que llaman el buen Espíritu o el buen genio».

490. ¿Qué debe entenderse por ángel guardián?

> «El Espíritu protector de un orden elevado».

491. ¿Cuál es la misión del Espíritu protector?

> «La de un padre para con sus hijos: conducir a su protegido por el buen camino, ayudarlo con sus consejos, consolarlo en sus aflicciones, sostener su ánimo en las pruebas de la vida».

492. ¿Está el Espíritu protector vinculado al individuo desde su nacimiento?

> «Desde el nacimiento hasta la muerte, y a menudo lo sigue después de la muerte en la vida espírita, e incluso en varias existencias corporales, pues estas existencias son solo fases muy breves en comparación con la vida del Espíritu».

493. **¿Es voluntaria u obligatoria la misión del Espíritu protector?**

> «El Espíritu está obligado a velar por ustedes porque ha aceptado esa tarea, pero puede elegir a los seres que le son simpáticos. Para unos es un placer; para otros, una misión o un deber».

– Al apegarse a una persona, ¿renuncia el Espíritu a proteger a otros individuos?

> «No, pero lo hace de manera menos exclusiva».

494. **¿Está el Espíritu protector ligado de manera inevitable al ser confiado a su cuidado?**

> «Sucede a menudo que ciertos Espíritus dejan su puesto para cumplir diversas misiones; pero entonces se produce un relevo».

495. ¿Abandona alguna vez el Espíritu protector a su protegido cuando este se resiste a sus consejos?

«Se aleja cuando ve que sus consejos son inútiles y que la voluntad de someterse a la influencia de los Espíritus inferiores es más fuerte; pero no lo abandona por completo y siempre se hace oír; es entonces el hombre quien cierra los oídos. Vuelve en cuanto lo llaman.

«Hay una doctrina que debería convertir a los más incrédulos por su encanto y su dulzura: la de los ángeles guardianes. Pensar que uno tiene siempre cerca seres superiores, que están siempre ahí para aconsejarlo, sostenerlo, ayudarlo a subir la áspera montaña del bien, que son amigos más seguros y más abnegados que las relaciones más íntimas que puedan establecerse en esta tierra, ¿no es una idea muy consoladora? Estos seres están ahí por orden de Dios; él es quien los ha puesto cerca de ustedes, están ahí por amor a él y cumplen a su lado una hermosa pero penosa misión. Sí, dondequiera que estén, él estará con ustedes: los calabozos, los hospitales, los lugares de desenfreno, la soledad, nada los separa de ese amigo que no pueden ver, pero cuyos impulsos más dulces siente su alma y cuyos sabios consejos escucha.

«¡Ojalá conocieran mejor esta verdad! ¡Cuántas veces los ayudaría en los momentos de crisis; cuántas veces los salvaría de los malos Espíritus! Pero en el gran día, ese ángel de bien tendrá a menudo que decirles: «¿No te dije eso, y no lo hiciste; no te mostré el abismo, y te precipitaste en él; no te hice oír en tu conciencia la voz de la verdad, y no seguiste los consejos de la mentira?». ¡Ah! Pregunten a sus ángeles guardianes; establezcan entre ellos y ustedes esa tierna intimidad que reina entre los mejores amigos. No piensen en ocultarles nada, pues tienen el ojo de Dios y no pueden engañarlos. Piensen en el porvenir; procuren

avanzar en esta vida, sus pruebas serán más cortas y sus existencias más felices. ¡Vamos, hombres, ánimo! Desechen lejos de ustedes, de una vez por todas, prejuicios y segundas intenciones; entren en el nuevo camino que se abre ante ustedes; ¡avancen, avancen! Tienen guías, síganlos: no pueden dejar de alcanzar la meta, pues esa meta es Dios mismo.

A quienes piensen que es imposible que Espíritus verdaderamente elevados se sujeten a una tarea tan laboriosa y constante, les diremos que influimos en sus almas aun estando a varios millones de leguas de ustedes: para nosotros el espacio no es nada, y aun viviendo en otro mundo, nuestros Espíritus conservan su vínculo con el de ustedes. Gozamos de cualidades que no pueden comprender, pero tengan la certeza de que Dios no nos ha impuesto una tarea superior a nuestras fuerzas y de que no los ha abandonado solos en la tierra, sin amigos y sin apoyos. Cada ángel guardián tiene su protegido, por quien vela como un padre vela por su hijo; es feliz cuando lo ve en el buen camino; gime cuando sus consejos son desatendidos.

No teman fatigarnos con sus preguntas; estén, por el contrario, siempre en comunicación con nosotros: serán más fuertes y más felices. Son estas comunicaciones de cada hombre con su Espíritu familiar las que hacen de todos los hombres médiums, médiums hoy desconocidos, pero que se manifestarán más adelante y se extenderán como un océano sin límites para hacer retroceder la incredulidad y la ignorancia. Hombres instruidos, instruyan; hombres de talento, eleven a sus hermanos. No saben qué obra cumplen así: es la de Cristo, la que Dios les impone. ¿Por qué les ha dado Dios la inteligencia y la ciencia, sino para compartirlas con sus hermanos, para hacerlos avanzar por el camino de la felicidad y de la dicha eterna?»

La doctrina de los ángeles guardianes, que velan por sus protegidos a pesar de la distancia que separa los mundos, no tiene nada que deba sorprender; es, por el contrario, grande y sublime. ¿No vemos en la tierra a un padre velar por su hijo, aunque esté lejos de él, y ayudarlo con sus consejos por correspondencia? ¿Qué habría, pues, de sorprendente en que los Espíritus pudieran guiar de un mundo a otro a quienes toman bajo su protección, puesto que para ellos la distancia que separa los mundos es menor que la que separa los continentes en la tierra? ¿No tienen además el fluido universal que une todos los mundos y los hace solidarios entre sí, inmenso vehículo de la transmisión de los pensamientos, como el aire es para nosotros el vehículo de la transmisión del sonido?

496. **El Espíritu que abandona a su protegido, al dejar de hacerle el bien, ¿puede hacerle el mal?**

> «Los buenos Espíritus nunca hacen el mal; dejan que lo hagan quienes ocupan su lugar; entonces ustedes culpan al destino de las desgracias que los abruman, cuando la culpa es suya.»

497. **¿Puede el Espíritu protector dejar a su protegido a merced de un Espíritu que pudiera querer hacerle daño?**

> «Los malos Espíritus se unen para neutralizar la acción de los buenos; pero, si el protegido lo quiere, devolverá toda su fuerza a su buen Espíritu. El buen Espíritu quizá encuentre en otra parte una buena voluntad a la que ayudar; aprovecha esa oportunidad mientras espera regresar junto a su protegido.»

498. **Cuando el Espíritu protector deja que su protegido se extravíe en la vida, ¿se debe a su impotencia para luchar contra otros Espíritus malintencionados?**

> «No es porque no pueda, sino porque no quiere; su protegido sale de las pruebas más perfecto y más instruido; lo asiste con sus consejos mediante los buenos pensamientos que le sugiere, pero que, por desgracia, no siempre son escuchados. Solo la debilidad, la despreocupación o el orgullo del hombre dan fuerza a los malos Espíritus; su poder sobre ustedes se debe únicamente a que no les oponen resistencia.»

499. **¿Está el Espíritu protector constantemente con su protegido? ¿No hay ninguna circunstancia en que, sin abandonarlo, lo pierda de vista?**

> «Hay circunstancias en que la presencia del Espíritu protector junto a su protegido no es necesaria.»

500. **¿Llega un momento en que el Espíritu ya no necesita un ángel de la guarda?**

> «Sí, cuando ha alcanzado el grado que le permite conducirse por sí mismo, como llega un momento en que el alumno ya no necesita maestro; pero eso no sucede en su Tierra.»

501. **¿Por qué la acción de los Espíritus sobre nuestra existencia permanece oculta y por qué, cuando nos protegen, no lo hacen de manera manifiesta?**

> «Si ustedes contaran con su apoyo, no actuarían por sí mismos y su Espíritu no progresaría. Para que pueda avanzar, necesita experiencia, y a menudo debe adquirirla a su costa; debe ejercitar sus fuerzas, pues, de lo contrario, sería como un niño al que no se deja caminar solo. La acción de los Espíritus que les desean el bien siempre está regulada de manera que les deje su libre albedrío, porque, si no tuvieran responsabilidad, no avanzarían por el camino que debe conducirlos hacia Dios. El hombre, al no ver a quien lo sostiene, recurre a sus propias fuerzas; su guía, sin embargo, vela por él y de vez en cuando le grita que se cuide del peligro.»

502. **El Espíritu protector que consigue llevar a su protegido por el buen camino, ¿obtiene de ello algún bien para sí mismo?**

> «Es un mérito que se le tiene en cuenta, ya sea para su propio progreso o para su felicidad. Es feliz cuando ve sus cuidados coronados por el éxito; celebra ese triunfo como un preceptor celebra los éxitos de su alumno.»

– **¿Es responsable si no lo consigue?**

> «No, puesto que ha hecho cuanto dependía de él.»

503. **El Espíritu protector que ve a su protegido seguir un mal camino a pesar de sus consejos, ¿siente pena por ello, y no es eso una causa de perturbación para su felicidad?**

> «Se lamenta por sus errores y se compadece de él; pero esa aflicción no tiene las angustias de la paternidad terrenal, porque sabe que el mal tiene remedio y que lo que no se hace hoy se hará mañana.»

504. **¿Podemos saber siempre el nombre de nuestro Espíritu protector o ángel de la guarda?**

> «¿Cómo quieren saber nombres que no existen para ustedes? ¿Acaso creen que entre los Espíritus solo están aquellos que conocen?»

– **¿Cómo invocarlo entonces si no lo conocemos?**

> «Denle el nombre que quieran, el de un Espíritu superior por quien sientan simpatía o veneración; su Espíritu protector acudirá a ese llamado, pues todos los buenos Espíritus son hermanos y se ayudan entre sí.»

505. **Los Espíritus protectores que adoptan nombres conocidos, ¿son siempre realmente los de las personas que llevaban esos nombres?**

> «No, sino Espíritus afines a ellos y que a menudo vienen por orden suya. Ustedes necesitan nombres; entonces adoptan uno que les inspire confianza. Cuando no pueden cumplir una misión en persona, envían a alguien que los representa y actúa en su nombre.»

506. **Cuando estemos en la vida espírita, ¿reconoceremos a nuestro Espíritu protector?**

> «Sí, pues con frecuencia ya lo conocían antes de encarnarse.»

507. **¿Pertenecen todos los Espíritus protectores a la clase de los Espíritus superiores? ¿Puede haberlos entre los de grado intermedio? Un padre, por ejemplo, ¿puede convertirse en el Espíritu protector de su hijo?**

> «Puede hacerlo, pero la protección supone cierto grado de elevación y un poder o una virtud adicional concedida por Dios. El padre que protege a su hijo puede, a su vez, ser asistido por un Espíritu más elevado.»

508. **Los Espíritus que han dejado la Tierra en buenas condiciones, ¿pueden proteger siempre a quienes aman y les sobreviven?**

> «Su poder es más o menos limitado; la situación en que se encuentran no siempre les deja plena libertad para actuar.»

509. **Los hombres en estado salvaje o de inferioridad moral, ¿tienen también sus Espíritus protectores? Y, en ese caso, ¿son esos Espíritus de un orden tan elevado como los de los hombres muy avanzados?**

> «Cada hombre tiene un Espíritu que vela por él, pero las misiones son relativas a su objeto. A un niño que está aprendiendo a leer no se le da un profesor de filosofía. El progreso del Espíritu familiar sigue al del Espíritu protegido. Aunque ustedes mismos tengan un Espíritu superior que vela por ustedes, pueden, a su vez, convertirse en protectores de un Espíritu inferior, y los progresos que lo ayuden a realizar contribuirán a su propio avance. Dios no pide al Espíritu más de lo que permiten su naturaleza y el grado que ha alcanzado.»

510. **Cuando el padre que vela por su hijo vuelve a encarnarse, ¿sigue velando por él?**

> «Es más difícil, pero, en un momento de desprendimiento, pide a un Espíritu afín que lo asista en esa misión. Por lo demás, los Espíritus solo aceptan misiones que pueden cumplir hasta el final.
> «El Espíritu encarnado, sobre todo en los mundos donde la existencia es material, está demasiado sujeto a su cuerpo para poder dedicarse por entero, es decir, asistir personalmente; por eso, quienes no son lo bastante elevados son, a su vez, asistidos por Espíritus superiores a ellos, de tal modo que, si uno falta por cualquier causa, otro lo suple.»

511. **Además del Espíritu protector, ¿hay un mal Espíritu ligado a cada individuo para impulsarlo al mal y darle una ocasión de luchar entre el bien y el mal?**

> «Ligado no es la palabra. Es muy cierto que los malos Espíritus buscan apartar del buen camino cuando encuentran la ocasión; pero, cuando uno de ellos se apega a un individuo, lo hace por iniciativa propia, porque espera ser escuchado; entonces hay una lucha entre el bueno y el malo, y vence aquel al que el hombre deja dominarlo.»

512. **¿Podemos tener varios Espíritus protectores?**

> «Cada hombre tiene siempre Espíritus afines, más o menos elevados, que le tienen afecto y se interesan por él, así como también tiene otros que lo ayudan en el mal.»

513. **¿Actúan los Espíritus afines en virtud de una misión?**

> «A veces pueden tener una misión temporal, pero lo más frecuente es que solo los atraiga la semejanza de pensamientos y sentimientos, tanto en el bien como en el mal.»

– ¿Parece deducirse de esto que los Espíritus afines pueden ser buenos o malos?

> «Sí, el hombre siempre encuentra Espíritus afines a él, sea cual sea su carácter.»

514. ¿Son los Espíritus familiares los mismos que los Espíritus afines o los Espíritus protectores?

> «Hay muchos matices en la protección y en la afinidad; denles los nombres que quieran. El Espíritu familiar es más bien el amigo de la casa.»

De las explicaciones anteriores y de las observaciones hechas sobre la naturaleza de los Espíritus que se apegan al hombre, se puede deducir lo siguiente: El Espíritu protector, ángel de la guarda o buen genio, es aquel que tiene la misión de acompañar al hombre en la vida y ayudarlo a progresar. Su naturaleza es siempre superior a la del protegido. Los Espíritus familiares se vinculan a ciertas personas mediante lazos más o menos duraderos para serles útiles dentro de los límites de su poder, a menudo bastante reducido; son buenos, pero a veces poco avanzados e incluso un poco frívolos; se ocupan de buena gana de los detalles de la vida íntima y solo actúan por orden o con el permiso de los Espíritus protectores. Los Espíritus afines son aquellos a quienes atraen hacia nosotros afectos particulares y cierta semejanza de gustos y sentimientos, tanto en el bien como en el mal. La duración de sus relaciones casi siempre está sujeta a las circunstancias. El mal genio es un Espíritu imperfecto o perverso que se apega al hombre para apartarlo del bien; pero actúa por iniciativa propia y no en virtud de una misión. Su tenacidad depende de la mayor o menor facilidad de acceso que encuentra. El hombre siempre es libre de escuchar su voz o de rechazarlo.

515. **¿Qué se debe pensar de esas personas que parecen apegarse a ciertos individuos para empujarlos fatalmente a su perdición o para guiarlos por el buen camino?**

> «Ciertas personas ejercen, en efecto, sobre otras una especie de fascinación que parece irresistible. Cuando esto sucede para el mal, se trata de malos Espíritus de los que se sirven otros malos Espíritus para someter mejor; Dios puede permitirlo para ponerlos a prueba.»

516. **¿Podrían nuestro buen genio y nuestro mal genio encarnarse para acompañarnos en la vida de una manera más directa?**

> «Eso sucede algunas veces; pero a menudo también encargan esa misión a otros Espíritus encarnados que les son afines.»

517. **¿Hay Espíritus que se vinculan a toda una familia para protegerla?**

> «Ciertos Espíritus se vinculan a los miembros de una misma familia que viven juntos y están unidos por el afecto, pero no crean en Espíritus protectores del orgullo de las estirpes.»

518. Si los Espíritus son atraídos hacia los individuos por sus afinidades, ¿lo son también hacia las agrupaciones de individuos por causas particulares?

> «Los Espíritus van de preferencia adonde están sus semejantes; allí se sienten más a gusto y más seguros de ser escuchados. El hombre atrae a los Espíritus según sus tendencias, ya esté solo o forme parte de un conjunto colectivo, como una sociedad, una ciudad o un pueblo. Hay, pues, sociedades, ciudades y pueblos que son asistidos por Espíritus más o menos elevados, según el carácter y las pasiones que predominan en ellos. Los Espíritus imperfectos se alejan de quienes los rechazan; de ello resulta que el perfeccionamiento moral de los conjuntos colectivos, como el de los individuos, tiende a apartar a los malos Espíritus y a atraer a los buenos, que estimulan y mantienen el sentimiento del bien en las masas, así como otros pueden infundir en ellas las malas pasiones.»

519. Las agrupaciones de individuos, como las sociedades, las ciudades y las naciones, ¿tienen sus Espíritus protectores especiales?

> «Sí, porque esas agrupaciones son individualidades colectivas que avanzan hacia un fin común y necesitan una dirección superior.»

520. ¿Son los Espíritus protectores de las masas de una naturaleza más elevada que los que se vinculan a los individuos?

> «Todo es relativo al grado de adelanto de las masas, así como de los individuos.»

521. ¿Pueden ciertos Espíritus ayudar al progreso de las artes protegiendo a quienes se dedican a ellas?

> «Hay Espíritus protectores especiales que asisten a quienes los invocan cuando los juzgan dignos de ello; pero ¿qué queréis que hagan con quienes creen ser lo que no son? No hacen ver a los ciegos ni oír a los sordos».

Los antiguos habían hecho de ellos divinidades especiales; las Musas no eran sino la personificación alegórica de los Espíritus protectores de las ciencias y las artes, así como designaban con el nombre de lares y penates a los Espíritus protectores de la familia. Entre los modernos, las artes, las distintas industrias, las ciudades y las regiones tienen también sus patronos protectores, que no son sino Espíritus superiores, pero con otros nombres. Como cada hombre tiene sus Espíritus afines, resulta que, en los conjuntos colectivos, la generalidad de los Espíritus afines está en relación con la generalidad de los individuos; que los Espíritus ajenos a ellos son atraídos por la identidad de gustos y pensamientos; en una palabra, que estas reuniones, al igual que los individuos, están mejor o peor rodeadas, asistidas e influidas según la naturaleza de los pensamientos de la multitud. En los pueblos, las causas de atracción de los Espíritus son las costumbres, los hábitos, el carácter dominante y, sobre todo, las leyes, porque el carácter de la nación se refleja en sus leyes. Los hombres que hacen reinar la justicia entre ellos combaten la influencia de los malos Espíritus. Dondequiera que las leyes consagran cosas injustas, contrarias a la humanidad, los buenos Espíritus están en minoría, y la masa de los malos que afluyen mantiene a la nación en sus ideas y paraliza las buenas influencias parciales, perdidas entre la multitud como una espiga aislada en medio de las zarzas. Al estudiar las costumbres de los pueblos o de cualquier reunión de hombres, es fácil, por tanto, hacerse una idea de la población oculta que se inmiscuye en sus pensamientos y en sus acciones.

Presentimientos

522. ¿Es siempre el presentimiento una advertencia del Espíritu protector?

> «El presentimiento es el consejo íntimo y oculto de un Espíritu que os quiere bien. También se encuentra en la intuición de la elección que se ha hecho; es la voz del instinto. El Espíritu, antes de encarnarse, conoce las principales fases de su existencia, es decir, el género de pruebas que se compromete a afrontar; cuando estas tienen un carácter destacado, conserva una especie de impresión de ellas en su fuero interno, y esa impresión, que es la voz del instinto, al despertar cuando se acerca el momento, se convierte en presentimiento».

523. Los presentimientos y la voz del instinto tienen siempre algo de vago; ¿qué debemos hacer en la incertidumbre?

> «Cuando estés en la incertidumbre, invoca a tu buen Espíritu, o ruega a nuestro señor de todos, Dios, que te envíe a uno de sus mensajeros, a uno de nosotros».

524. ¿Las advertencias de nuestros Espíritus protectores tienen como único objeto la conducta moral, o también la conducta que debemos seguir en las cosas de la vida privada?

> «Todo; intentan haceros vivir lo mejor posible; pero a menudo cerráis los oídos a las buenas advertencias, y sois desdichados por vuestra culpa».

Los Espíritus protectores nos ayudan con sus consejos por medio de la voz de la conciencia, que hacen hablar en nosotros; pero como no siempre le damos la importancia necesaria, nos dan consejos más directos sirviéndose de las personas que nos rodean.

Que cada uno examine las diversas circunstancias felices o desdichadas de su vida, y verá que en muchas ocasiones ha recibido consejos que no siempre ha aprovechado y que le habrían ahorrado muchos disgustos si los hubiera escuchado.

Influencia de los Espíritus en los acontecimientos de la vida

525. ¿Ejercen los Espíritus alguna influencia en los acontecimientos de la vida?

> «Sin duda, puesto que te aconsejan».

– ¿Ejercen esa influencia de otro modo que por los pensamientos que sugieren, es decir, tienen una acción directa sobre la realización de las cosas?

> «Sí, pero nunca actúan fuera de las leyes de la naturaleza».

Nos figuramos erróneamente que la acción de los Espíritus solo debe manifestarse mediante fenómenos extraordinarios; querríamos que vinieran en nuestra ayuda mediante milagros, y siempre nos los representamos provistos de una varita mágica.

No es así; por eso su intervención nos parece oculta, y lo que se hace con su ayuda nos parece completamente natural. Así, por ejemplo, provocarán el encuentro de dos personas que parecerán encontrarse por casualidad; inspirarán a alguien el pensamiento de pasar por determinado lugar; llamarán su atención sobre determinado punto, si eso ha de producir el resultado que quieren obtener; de tal manera que el hombre, creyendo seguir únicamente su propio impulso, conserva siempre su libre albedrío.

526. **Puesto que los Espíritus tienen una acción sobre la materia, ¿pueden provocar ciertos efectos con el fin de hacer que se cumpla un acontecimiento? Por ejemplo, un hombre debe morir: sube a una escalera, la escalera se rompe y el hombre muere; ¿son los Espíritus quienes han hecho que se rompa la escalera para cumplir el destino de ese hombre?**

> «Es muy cierto que los Espíritus tienen una acción sobre la materia, pero para el cumplimiento de las leyes de la naturaleza y no para infringirlas haciendo surgir en el momento preciso un acontecimiento inesperado y contrario a esas leyes. En el ejemplo que citas, la escalera se rompió porque estaba carcomida o no era lo bastante fuerte para soportar el peso del hombre; si estaba en el destino de ese hombre morir de esa manera, le inspirarán el pensamiento de subir a esa escalera que habrá de romperse bajo su peso, y su muerte se producirá por un efecto natural y sin que sea necesario hacer un milagro para ello».

527. **Tomemos otro ejemplo en el que el estado natural de la materia no tenga nada que ver; un hombre debe morir por un rayo; se refugia bajo un árbol, cae el rayo y muere. ¿Han podido los Espíritus provocar el rayo y dirigirlo hacia él?**

> «Es lo mismo. El rayo cayó sobre ese árbol y en ese momento porque las leyes de la naturaleza determinaban que así fuera; no fue dirigido hacia ese árbol porque el hombre estuviera debajo, sino que se inspiró al hombre el pensamiento de refugiarse bajo un árbol sobre el que debía caer el rayo; pues el árbol habría sido alcanzado igualmente, estuviera o no el hombre debajo».

528. **Un hombre malintencionado lanza contra alguien un proyectil que pasa rozándolo sin alcanzarlo. ¿Puede un Espíritu benévolo haberlo desviado?**

> «Si el individuo no debe ser alcanzado, el Espíritu benévolo le inspirará el pensamiento de apartarse, o bien podrá deslumbrar a su enemigo de modo que apunte mal; pues el proyectil, una vez lanzado, sigue la línea que debe recorrer».

529. **¿Qué debemos pensar de las balas encantadas de las que se habla en ciertas leyendas y que alcanzan fatalmente un blanco?**

> «Pura imaginación; al hombre le gusta lo maravilloso y no se conforma con las maravillas de la naturaleza».

– ¿Pueden los Espíritus que dirigen los acontecimientos de la vida verse contrariados por otros Espíritus que quisieran lo contrario?

> «Lo que Dios quiere debe ser; si hay retraso o impedimento, es por su voluntad».

530. **¿No pueden los Espíritus frívolos y burlones suscitar esos pequeños contratiempos que se interponen en nuestros proyectos y desbaratan nuestras previsiones; en una palabra, son ellos los autores de lo que comúnmente se llama las pequeñas miserias de la vida humana?**

> «Se complacen en esas molestias que para vosotros son pruebas destinadas a ejercitar vuestra paciencia; pero se cansan cuando ven que no lo consiguen. Sin embargo, no sería justo ni exacto hacerlos responsables de todos vuestros contratiempos, de los que vosotros mismos sois los principales artífices por vuestro aturdimiento; pues ten por seguro que, si tu vajilla se rompe, se debe más a tu torpeza que a los Espíritus».

– ¿Los Espíritus que suscitan molestias actúan por animosidad personal, o atacan al primero que llega, sin motivo determinado, únicamente por malicia?

> «Ambas cosas; a veces son enemigos que os habéis ganado durante esta vida o en otra, y que os persiguen; otras veces, no hay motivos».

531. ¿Se extingue con su vida corporal la malevolencia de los seres que nos han hecho daño en la tierra?

> «A menudo reconocen su injusticia y el mal que han hecho; pero también, a menudo, os persiguen con su animosidad, si Dios lo permite, para seguir poniéndoos a prueba».

– ¿Se puede poner fin a ello y por qué medio?

> «Sí, se puede orar por ellos, y al devolverles bien por mal, acaban por comprender sus faltas; además, si uno sabe ponerse por encima de sus maquinaciones, cesan al ver que no ganan nada con ellas».

La experiencia demuestra que ciertos Espíritus persisten en su venganza de una existencia a otra, y que así se expían tarde o temprano las faltas que se hayan podido cometer contra alguien.

532. **¿Tienen los Espíritus el poder de apartar los males de ciertas personas y atraer sobre ellas la prosperidad?**

> «No por completo, pues hay males que están en los decretos de la Providencia; pero aminoran vuestros dolores dándoos paciencia y resignación.
>
> «Sabed también que a menudo depende de vosotros apartar esos males, o al menos atenuarlos; Dios os ha dado la inteligencia para que os sirváis de ella, y es sobre todo en eso en lo que los Espíritus acuden en vuestra ayuda, sugiriéndoos pensamientos favorables; pero solo asisten a quienes saben ayudarse a sí mismos; ese es el sentido de estas palabras: Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá.
>
> «Sabed también que lo que os parece un mal no siempre es un mal; a menudo debe surgir de él un bien que será mayor que el mal, y eso es lo que no comprendéis, porque solo pensáis en el momento presente o en vuestra persona».

533. **¿Pueden los Espíritus hacer que se obtengan los dones de la fortuna, si se les solicita con ese fin?**

> «A veces, como prueba, pero a menudo se niegan, como se le niega algo a un niño que hace una petición irreflexiva».

– **¿Son los buenos o los malos Espíritus quienes conceden esos favores?**

> «Unos y otros; depende de la intención; pero con mayor frecuencia son los Espíritus que quieren arrastraros al mal y que encuentran un medio fácil para ello en los placeres que proporciona la fortuna».

534. **Cuando los obstáculos parecen oponerse fatalmente a nuestros proyectos, ¿se debe a la influencia de algún Espíritu?**

> «A veces, a los Espíritus; otras veces, y con mayor frecuencia, se debe a que actuáis mal. La posición y el carácter influyen mucho. Si os obstináis en un camino que no es el vuestro, los Espíritus no tienen nada que ver; sois vosotros vuestro propio genio malo».

535. **Cuando nos sucede algo feliz, ¿es a nuestro Espíritu protector a quien debemos dar las gracias?**

> «Agradeced sobre todo a Dios, sin cuyo permiso nada se hace, y luego a los buenos Espíritus que han sido sus agentes».

– ¿Qué sucedería si dejáramos de darle las gracias?

> «Lo que les sucede a los ingratos».

– Sin embargo, ¿hay personas que no oran ni dan las gracias y a quienes todo les sale bien?

> «Sí, pero hay que ver el final; pagarán muy cara esa felicidad pasajera que no merecen, pues cuanto más hayan recibido, más tendrán que devolver».

Acción de los Espíritus sobre los fenómenos de la naturaleza

536. Los grandes fenómenos de la naturaleza, aquellos que se consideran una perturbación de los elementos, ¿se deben a causas fortuitas o tienen todos una finalidad providencial?

> «Todo tiene una razón de ser, y nada sucede sin el permiso de Dios».

– ¿Estos fenómenos tienen siempre al ser humano como objeto?

> «Algunas veces tienen una razón de ser directamente relacionada con el ser humano, pero a menudo también no tienen otro objeto que restablecer el equilibrio y la armonía de las fuerzas físicas de la naturaleza».

– Comprendemos perfectamente que la voluntad de Dios sea la causa primera, en esto como en todas las cosas, pero como sabemos que los Espíritus actúan sobre la materia y que son los agentes de la voluntad de Dios, preguntamos si algunos de ellos no ejercerán una influencia sobre los elementos para agitarlos, calmarlos o dirigirlos.

> «Es evidente; no puede ser de otro modo; Dios no ejerce una acción directa sobre la materia; tiene sus agentes fieles en todos los grados de la escala de los mundos».

537. **La mitología de los antiguos se basa enteramente en las ideas espíritas, con la diferencia de que ellos consideraban a los Espíritus como divinidades; ahora bien, nos representan a esos dioses o a esos Espíritus con atribuciones especiales; así, unos estaban encargados de los vientos, otros del rayo, otros de presidir la vegetación, etc.; ¿carece de fundamento esta creencia?**

> «Tan poco carece de fundamento que está todavía muy por debajo de la verdad».

– Por la misma razón, ¿podría haber entonces Espíritus que habitaran el interior de la tierra y presidieran los fenómenos geológicos?

> «Estos Espíritus no habitan propiamente la tierra, pero presiden y dirigen según sus atribuciones. Un día tendréis la explicación de todos estos fenómenos y los comprenderéis mejor».

538. **¿Los Espíritus que presiden los fenómenos de la naturaleza forman una categoría especial en el mundo espírita? ¿Son seres aparte o Espíritus que han estado encarnados como nosotros?**

> «Que lo estarán o que lo han estado».

– ¿Pertenecen estos Espíritus a los órdenes superiores o inferiores de la jerarquía espírita?

> «Depende de que su función sea más o menos material o inteligente; unos mandan, otros ejecutan; los que ejecutan las cosas materiales son siempre de un orden inferior, tanto entre los Espíritus como entre los seres humanos».

539. **En la producción de ciertos fenómenos, por ejemplo las tormentas, ¿actúa un solo Espíritu o se reúnen en masa?**

> «En masas innumerables».

540. **¿Los Espíritus que ejercen una acción sobre los fenómenos de la naturaleza actúan con conocimiento de causa, en virtud de su libre albedrío, o por un impulso instintivo o irreflexivo?**

> «Unos sí, otros no. Haré una comparación: imagina esas miríadas de animales que, poco a poco, hacen surgir del mar islas y archipiélagos; ¿crees que no hay en ello una finalidad providencial y que esa transformación de la superficie del globo no es necesaria para la armonía general? Sin embargo, son solo animales del último grado los que realizan estas cosas mientras satisfacen sus necesidades y sin sospechar que son instrumentos de Dios. Pues bien, del mismo modo, los Espíritus más atrasados son útiles al conjunto; mientras se ejercitan en la vida, y antes de tener plena conciencia de sus actos y su libre albedrío, actúan sobre ciertos fenómenos de los que son agentes sin saberlo; primero ejecutan; más tarde, cuando su inteligencia esté más desarrollada, mandarán y dirigirán las cosas del mundo material; más tarde aún, podrán dirigir las cosas del mundo moral. Así es como todo sirve, todo se encadena en la naturaleza, desde el átomo primitivo hasta el arcángel, que también comenzó por el átomo; admirable ley de armonía cuyo conjunto vuestro entendimiento limitado todavía no puede abarcar».

Los Espíritus durante los combates

541. ¿Hay en una batalla Espíritus que asistan y apoyen a cada bando?

> «Sí, y que estimulan su valor».

Así, antiguamente, los antiguos nos representaban a los dioses tomando partido por tal o cual pueblo. Esos dioses no eran otros que Espíritus representados bajo figuras alegóricas.

542. En una guerra, la justicia está siempre de un lado; ¿cómo es que algunos Espíritus toman partido por el que no tiene razón?

> «Bien sabéis que hay Espíritus que solo buscan la discordia y la destrucción; para ellos, la guerra es la guerra: la justicia de la causa les importa poco».

543. ¿Pueden ciertos Espíritus influir en el general al concebir sus planes de campaña?

> «Sin ninguna duda, los Espíritus pueden influir en esto como en todas las concepciones».

544. ¿Podrían los malos Espíritus sugerirle malas combinaciones con el fin de llevarlo a la perdición?

> «Sí; pero ¿acaso no tiene su libre albedrío? Si su juicio no le permite distinguir una idea acertada de una idea falsa, sufre las consecuencias, y haría mejor en obedecer que en mandar».

545. **¿Puede el general estar guiado, algunas veces, por una especie de segunda vista, una visión intuitiva que le muestre de antemano el resultado de sus combinaciones?**

> «Así sucede a menudo en el hombre de genio; es lo que él llama inspiración, y hace que actúe con una especie de certeza; esta inspiración le viene de los Espíritus que lo dirigen y aprovechan las facultades de las que está dotado».

546. **En el tumulto del combate, ¿qué ocurre con los Espíritus de quienes sucumben? ¿Siguen interesándose por él después de su muerte?**

> «Algunos se interesan por él, otros se alejan».

En los combates ocurre lo mismo que en todos los casos de muerte violenta: en el primer momento, el Espíritu está sorprendido y como aturdido, y no cree estar muerto; le parece que aún participa en la acción; solo poco a poco se le revela la realidad.

547. **Los Espíritus que combatían entre sí cuando estaban vivos, una vez muertos, ¿se reconocen como enemigos y siguen ensañándose unos contra otros?**

> «El Espíritu, en esos momentos, nunca conserva la calma; al principio puede aún guardar rencor a su enemigo e incluso perseguirlo; pero cuando recupera la claridad de sus ideas, ve que su animosidad ya no tiene objeto; sin embargo, puede conservar todavía sus huellas en mayor o menor medida, según su carácter».

– **¿Sigue percibiendo el ruido de las armas?**

> «Sí, perfectamente».

548. **El Espíritu que presencia con calma un combate, como espectador, ¿es testigo de la separación del alma y del cuerpo, y cómo se le presenta este fenómeno?**

> «Hay pocas muertes completamente instantáneas. La mayoría de las veces, el Espíritu cuyo cuerpo acaba de ser herido de muerte no tiene conciencia de ello en ese momento; cuando comienza a recobrar la conciencia de sí mismo, es cuando puede distinguirse al Espíritu que se mueve junto al cadáver; esto parece tan natural que la vista del cuerpo muerto no produce ningún efecto desagradable; al haberse trasladado toda la vida al Espíritu, solo él atrae la atención; es con él con quien se conversa, o a él a quien se dan órdenes».

Los pactos

549. ¿Hay algo de cierto en los pactos con los malos Espíritus?

> «No, no hay pactos, sino una mala naturaleza que simpatiza con malos Espíritus. Por ejemplo: quieres atormentar a tu vecino y no sabes cómo hacerlo; entonces atraes hacia ti a Espíritus inferiores que, como tú, solo quieren el mal y que, para ayudarte, quieren que los sirvas en sus malos propósitos; pero de ello no se deduce que tu vecino no pueda librarse de ellos mediante una conjuración contraria y mediante su voluntad. Quien quiere cometer una mala acción llama por ese mismo hecho a los malos Espíritus en su ayuda; entonces está obligado a servirlos como ellos lo hacen por él, pues también ellos lo necesitan para el mal que quieren hacer. Solo en esto consiste el pacto».

La dependencia en que el ser humano se encuentra algunas veces respecto de los Espíritus inferiores proviene de su entrega a los malos pensamientos que estos le sugieren, y no de estipulaciones de ninguna clase entre ellos y él. El pacto, en el sentido vulgar que se atribuye a esta palabra, es una alegoría que representa una mala naturaleza que simpatiza con Espíritus maléficos.

550. ¿Cuál es el sentido de las leyendas fantásticas según las cuales algunos individuos habrían vendido su alma a Satanás para obtener de él ciertos favores?

> «Todas las fábulas encierran una enseñanza y un sentido moral; vuestro error es tomarlas al pie de la letra. Esta es una alegoría que puede explicarse así: quien llama en su ayuda a los Espíritus para obtener de ellos los dones de la fortuna o cualquier otro favor murmura contra la Providencia; renuncia a la misión que ha recibido y a las pruebas que debe sufrir en este mundo, y sufrirá las consecuencias en la vida venidera. Esto no quiere decir que su alma esté condenada para siempre a la desgracia; pero como, en vez de desprenderse de la materia, se hunde cada vez más en ella, lo que haya tenido de alegría en la tierra no lo tendrá en el mundo de los Espíritus hasta que lo haya compensado mediante nuevas pruebas, quizá mayores y más penosas. Por su amor a los goces materiales, se pone bajo la dependencia de los Espíritus impuros; entre ellos y él hay un pacto tácito que lo conduce a la perdición, pero que siempre le resulta fácil romper con la ayuda de los buenos Espíritus, si tiene la firme voluntad de hacerlo».

Poder oculto. Talismanes. Hechiceros

551. ¿Puede un hombre malvado, con la ayuda de un mal Espíritu que le sea fiel, hacer daño a su prójimo?

> «No, Dios no lo permitiría».

552. **¿Qué pensar de la creencia en el poder que tendrían ciertas personas para lanzar maleficios?**

> «Algunas personas tienen un poder magnético muy grande del que pueden hacer un mal uso si su propio Espíritu es malo, y en ese caso pueden recibir la ayuda de otros malos Espíritus; pero no creáis en ese supuesto poder mágico que solo existe en la imaginación de las personas supersticiosas, que ignoran las verdaderas leyes de la naturaleza. Los hechos que se citan son hechos naturales mal observados y, sobre todo, mal comprendidos».

553. **¿Cuál puede ser el efecto de las fórmulas y prácticas con las que ciertas personas pretenden disponer de la voluntad de los Espíritus?**

> «Ese efecto es ponerlas en ridículo si actúan de buena fe; en caso contrario, son unos bribones que merecen un castigo. Todas las fórmulas son charlatanería; no hay ninguna palabra sacramental, ningún signo cabalístico ni ningún talismán que ejerza acción alguna sobre los Espíritus, pues estos solo son atraídos por el pensamiento y no por las cosas materiales».

– ¿No han dictado a veces ciertos Espíritus fórmulas cabalísticas ellos mismos?

> «Sí, hay Espíritus que os indican signos, palabras extrañas o que os prescriben ciertos actos con los que hacéis lo que llamáis conjuraciones; pero tened la certeza de que son Espíritus que se burlan de vosotros y abusan de vuestra credulidad».

554. **Quien, con razón o sin ella, tiene confianza en lo que llama la virtud de un talismán, ¿no puede, por esa misma confianza, atraer a un Espíritu, puesto que entonces es el pensamiento el que actúa y el talismán no es más que un signo que ayuda a dirigir el pensamiento?**

> «Es cierto; pero la naturaleza del Espíritu atraído depende de la pureza de la intención y de la elevación de los sentimientos; ahora bien, es raro que quien es lo bastante ingenuo para creer en la virtud de un talismán no tenga una finalidad más material que moral; en todos los casos, esto revela una estrechez y una debilidad de ideas que dan entrada a los Espíritus imperfectos y burlones».

555. **¿Qué sentido debe darse a la calificación de hechicero?**

> «Aquellos a quienes llamáis hechiceros son personas que, cuando actúan de buena fe, están dotadas de ciertas facultades, como el poder magnético o la segunda vista; y entonces, como hacen cosas que no comprendéis, los creéis dotados de un poder sobrenatural. ¿No han pasado a menudo vuestros sabios por hechiceros a los ojos de las personas ignorantes?»

El espiritismo y el magnetismo nos dan la clave de una multitud de fenómenos sobre los cuales la ignorancia ha tejido infinidad de fábulas en las que la imaginación exagera los hechos.

El conocimiento esclarecido de estas dos ciencias, que por así decirlo forman una sola, al mostrar la realidad de las cosas y su verdadera causa, es la mejor protección contra las ideas supersticiosas, porque muestra lo que es posible y lo que es imposible, lo que se ajusta a las leyes de la naturaleza y lo que no es más que una creencia ridícula.

556. ¿Tienen realmente ciertas personas el don de curar con el simple contacto?

> «El poder magnético puede llegar hasta ese punto cuando lo secundan la pureza de los sentimientos y un ardiente deseo de hacer el bien, pues entonces los buenos Espíritus acuden en ayuda; pero hay que desconfiar de la manera en que cuentan las cosas las personas demasiado crédulas o demasiado entusiastas, siempre dispuestas a ver algo maravilloso en las cosas más sencillas y naturales. También hay que desconfiar de los relatos interesados de quienes explotan la credulidad en su propio beneficio.»

Bendición y maldición

557. ¿Pueden la bendición y la maldición atraer el bien y el mal sobre aquellos a quienes van dirigidas?

> «Dios no escucha una maldición injusta, y quien la pronuncia es culpable a sus ojos. Como tenemos los dos genios opuestos, el bien y el mal, puede haber una influencia momentánea, incluso sobre la materia; pero esta influencia solo se produce por voluntad de Dios y como una prueba adicional para quien es objeto de ella. Por lo demás, lo más frecuente es que se maldiga a los malos y se bendiga a los buenos. La bendición y la maldición nunca pueden desviar a la Providencia del camino de la justicia; esta solo castiga al maldito si es malo, y su protección solo ampara a quien la merece.»

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. X — OCUPACIONES Y MISIONES DE LOS ESPÍRITUS

✦

558. ¿Tienen los Espíritus algo más que hacer que mejorarse personalmente?

> «Contribuyen a la armonía del universo ejecutando la voluntad de Dios, de quien son ministros. La vida espiritual es una ocupación continua, pero no tiene nada de penoso como en la tierra, porque no existen ni la fatiga corporal ni las angustias de la necesidad».

559. ¿Desempeñan también los Espíritus inferiores e imperfectos un papel útil en el universo?

> «Todos tienen deberes que cumplir. ¿Acaso el último albañil no contribuye a construir el edificio tanto como el arquitecto?» (540).

560. ¿Tiene cada Espíritu atribuciones especiales?

> «Es decir, todos debemos habitar en todas partes y adquirir el conocimiento de todas las cosas, presidiendo sucesivamente todas las partes del universo. Pero, como se dice en el Eclesiastés, hay un tiempo para todo; así, uno cumple hoy su destino en este mundo, otro lo cumplirá o lo ha cumplido en otro tiempo, en la tierra, en el agua, en el aire, etc.».

561. **¿Las funciones que desempeñan los Espíritus en el orden de las cosas son permanentes para cada uno y pertenecen a las atribuciones exclusivas de ciertas clases?**

> «Todos deben recorrer los distintos grados de la escala para perfeccionarse. Dios, que es justo, no pudo querer dar a unos la ciencia sin trabajo, mientras que otros solo la adquieren con esfuerzo».

Del mismo modo, entre los hombres, nadie alcanza el grado supremo de habilidad en un arte cualquiera sin haber adquirido los conocimientos necesarios mediante la práctica de las partes más ínfimas de ese arte.

562. **Los Espíritus del orden más elevado, que ya no tienen nada que adquirir, ¿se encuentran en un reposo absoluto o tienen también ocupaciones?**

> «¿Qué querrías que hicieran durante la eternidad? La ociosidad eterna sería un suplicio eterno».

– **¿Cuál es la naturaleza de sus ocupaciones?**

> «Recibir directamente las órdenes de Dios, transmitirlas por todo el universo y velar por su ejecución».

563. **¿Son incesantes las ocupaciones de los Espíritus?**

> «Incesantes, sí, si se entiende que su pensamiento está siempre activo, pues viven por el pensamiento. Pero no hay que equiparar las ocupaciones de los Espíritus con las ocupaciones materiales de los hombres; esa misma actividad es un goce, por la conciencia que tienen de ser útiles».

– Esto se comprende en el caso de los buenos Espíritus; pero ¿ocurre lo mismo con los Espíritus inferiores?

> «Los Espíritus inferiores tienen ocupaciones adecuadas a su naturaleza. ¿Acaso confiáis al peón y al ignorante los trabajos del hombre inteligente?».

564. **¿Hay entre los Espíritus algunos que sean ociosos o que no se ocupen de nada útil?**

> «Sí, pero ese estado es temporal y está subordinado al desarrollo de su inteligencia. Ciertamente, los hay, como entre los hombres, que solo viven para sí mismos; pero esa ociosidad les pesa, y tarde o temprano el deseo de avanzar les hace sentir la necesidad de actividad, y son felices al poder ser útiles. Hablamos de los Espíritus que han llegado al punto de tener conciencia de sí mismos y libre albedrío; pues, en su origen, son como niños recién nacidos, que actúan más por instinto que por una voluntad determinada».

565. **¿Examinan los Espíritus nuestras obras de arte y se interesan por ellas?**

> «Examinan lo que puede demostrar la elevación de los Espíritus y su progreso».

566. **Un Espíritu que tuvo una especialidad en la tierra, un pintor o un arquitecto, por ejemplo, ¿se interesa de preferencia por los trabajos que fueron objeto de su predilección durante su vida?**

> «Todo confluye en un fin general. Si es bueno, se interesa por ellos en la medida en que eso le permite ocuparse de ayudar a las almas a elevarse hacia Dios. Además, olvidáis que un Espíritu que practicó un arte en la existencia que le conocéis puede haber practicado otro en otra existencia, pues debe saberlo todo para ser perfecto; así, según su grado de adelanto, puede no haber especialidad para él; eso es lo que quería decir al afirmar que todo ello confluye en un fin general. Observad también esto: lo que es sublime para vosotros, en vuestro mundo atrasado, es solo un juego de niños comparado con los mundos más avanzados. ¿Cómo queréis que los Espíritus que habitan esos mundos, donde existen artes que desconocéis, admiren lo que para ellos no es más que el trabajo de un escolar? Ya lo he dicho: examinan lo que puede demostrar el progreso».

– Comprendemos que debe ser así para los Espíritus muy avanzados; pero hablamos de los Espíritus más comunes, que todavía no se han elevado por encima de las ideas terrenales.

> «Para ellos es diferente; su punto de vista es más limitado y pueden admirar lo que vosotros mismos admiráis».

567. ¿Participan a veces los Espíritus en nuestras ocupaciones y nuestros placeres?

> «Los Espíritus comunes, como tú dices, sí; están sin cesar a vuestro alrededor y toman en lo que hacéis una parte a veces muy activa, según su naturaleza; y es necesario que así sea para impulsar a los hombres por los distintos senderos de la vida, estimular o moderar sus pasiones».

Los Espíritus se ocupan de las cosas de este mundo según su elevación o su inferioridad. Los Espíritus superiores tienen sin duda la facultad de considerarlas en sus más pequeños detalles, pero solo lo hacen en la medida en que resulta útil para el progreso; solo los Espíritus inferiores les conceden una importancia relacionada con los recuerdos que aún están presentes en su memoria y con las ideas materiales que todavía no se han extinguido.

568. Los Espíritus que tienen misiones que cumplir, ¿las realizan en estado errante o en estado de encarnación?

> «Pueden tenerlas en uno y otro estado; para ciertos Espíritus errantes, es una gran ocupación».

569. ¿En qué consisten las misiones que pueden encomendarse a los Espíritus errantes?

> «Son tan variadas que sería imposible describirlas; además, hay algunas que no podéis comprender. Los Espíritus ejecutan la voluntad de Dios, y vosotros no podéis penetrar todos sus designios».

Las misiones de los Espíritus tienen siempre el bien por objeto. Sea como Espíritus, sea como hombres, se les encarga ayudar al progreso de la humanidad, de los pueblos o de los individuos, dentro de un círculo de ideas más o menos amplias, más o menos especiales, preparar el camino para ciertos acontecimientos y velar por el cumplimiento de ciertas cosas.

Algunos tienen misiones más limitadas y en cierto modo personales o enteramente locales, como asistir a los enfermos, a los moribundos y a los afligidos, velar por aquellos de quienes se convierten en guías y protectores, dirigirlos mediante sus consejos o los buenos pensamientos que les sugieren.

Puede decirse que hay tantos géneros de misiones como clases de intereses por los que velar, tanto en el mundo físico como en el mundo moral. El Espíritu avanza según la manera en que cumple su tarea.

570. ¿Comprenden siempre los Espíritus los designios que se les encarga ejecutar?

> «No; hay algunos que son instrumentos ciegos, pero otros saben muy bien con qué fin actúan».

571. ¿Solo los Espíritus elevados cumplen misiones?

> «La importancia de las misiones guarda relación con las capacidades y la elevación del Espíritu. El mensajero que lleva un despacho también cumple una misión, pero no es la del general».

572. **¿Se impone al Espíritu su misión o depende esta de su voluntad?**

> «Él la pide y es feliz al obtenerla».

– ¿Pueden varios Espíritus pedir la misma misión?

> «Sí, a menudo hay varios candidatos, pero no todos son aceptados».

573. **¿En qué consiste la misión de los Espíritus encarnados?**

> «Instruir a los hombres, ayudar a su adelanto; mejorar sus instituciones por medios directos y materiales; pero las misiones son más o menos generales e importantes; quien cultiva la tierra cumple una misión, al igual que quien gobierna o quien enseña. Todo se encadena en la naturaleza; al mismo tiempo que el Espíritu se purifica mediante la encarnación, contribuye, bajo esa forma, al cumplimiento de los propósitos de la Providencia. Cada uno tiene su misión en este mundo, porque cada uno puede ser útil para algo».

574. **¿Cuál puede ser la misión de las personas voluntariamente inútiles en la tierra?**

> «Hay, en efecto, personas que solo viven para sí mismas y no saben ser útiles para nada. Son pobres seres a quienes hay que compadecer, pues expiarán cruelmente su inutilidad voluntaria, y su castigo comienza a menudo ya en este mundo con el aburrimiento y el hastío de la vida».

– Puesto que podían elegir, ¿por qué prefirieron una vida que no podía beneficiarles en nada?

> «Entre los Espíritus también hay perezosos que retroceden ante una vida de trabajo. Dios los deja hacer; más tarde comprenderán, a su costa, los inconvenientes de su inutilidad y serán los primeros en pedir que se les permita recuperar el tiempo perdido. Quizá también hayan elegido una vida más útil, pero, una vez puestos a la obra, retroceden y se dejan arrastrar por las sugerencias de los Espíritus que los alientan en su ociosidad».

575. **Las ocupaciones comunes nos parecen más bien deberes que misiones propiamente dichas. La misión, según la idea asociada a esta palabra, tiene un carácter de importancia menos exclusivo y, sobre todo, menos personal. Desde este punto de vista, ¿cómo puede reconocerse que un hombre tiene una misión real en la tierra?**

> «Por las grandes cosas que realiza, por los progresos que hace realizar a sus semejantes».

576. **Los hombres que tienen una misión importante, ¿están predestinados a ella antes de su nacimiento y tienen conocimiento de ello?**

> «A veces, sí; pero lo más frecuente es que lo ignoren. Solo tienen un propósito vago al venir a la tierra; su misión se define después de su nacimiento y según las circunstancias. Dios los impulsa por el camino en el que deben cumplir sus designios».

577. **Cuando un hombre hace algo útil, ¿es siempre en virtud de una misión anterior y predestinada o puede recibir una misión no prevista?**

> «No todo lo que hace un hombre es resultado de una misión predestinada; a menudo es el instrumento del que se sirve un Espíritu para hacer que se ejecute algo que considera útil. Por ejemplo, un Espíritu juzga que sería bueno escribir un libro que él mismo haría si estuviera encarnado; busca al escritor más apto para comprender su pensamiento y llevarlo a cabo; le da la idea y lo guía en la ejecución. Así pues, ese hombre no vino a la tierra con la misión de hacer esa obra. Lo mismo ocurre con ciertos trabajos artísticos o descubrimientos. Hay que decir también que, durante el sueño de su cuerpo, el Espíritu encarnado se comunica directamente con el Espíritu errante y ambos se ponen de acuerdo para la ejecución».

578. **¿Puede el Espíritu fallar en su misión por su propia culpa?**

> «Sí, si no es un Espíritu superior».

– **¿Qué consecuencias tiene eso para él?**

> «Tiene que volver a realizar su tarea: ese es su castigo; y además sufrirá las consecuencias del mal que haya causado».

579. **Puesto que el Espíritu recibe su misión de Dios, ¿cómo puede Dios confiar una misión importante y de interés general a un Espíritu que podría fallar en ella?**

> «¿Acaso Dios no sabe si su general obtendrá la victoria o será vencido? Lo sabe, estad seguros, y sus planes, cuando son importantes, no se apoyan en quienes han de abandonar su obra a mitad del trabajo. Para vosotros, toda la cuestión reside en el conocimiento del porvenir que Dios posee, pero que no se os ha dado».

580. **El Espíritu que se encarna para cumplir una misión, ¿siente la misma aprensión que quien lo hace como prueba?**

> «No; tiene experiencia».

581. **Los hombres que son la antorcha del género humano, que lo iluminan con su genio, tienen sin duda una misión; pero entre ellos hay quienes se equivocan y, junto a grandes verdades, difunden grandes errores. ¿Cómo debe considerarse su misión?**

> «Como desvirtuada por ellos mismos. Están por debajo de la tarea que han emprendido. Sin embargo, hay que tener en cuenta las circunstancias; los hombres de genio han tenido que hablar de acuerdo con los tiempos, y una enseñanza que parece errónea o pueril en una época avanzada podía ser suficiente para su siglo».

582. **¿Puede considerarse la paternidad como una misión?**

> «Es, sin duda, una misión; es al mismo tiempo un deber muy grande que compromete, más de lo que el hombre piensa, su responsabilidad para el porvenir. Dios ha puesto al niño bajo la tutela de sus padres para que lo dirijan por el camino del bien, y ha facilitado su tarea dándole una constitución frágil y delicada que lo hace receptivo a todas las impresiones; pero hay quienes se ocupan más de enderezar los árboles de su jardín y de hacer que den muchos frutos buenos que de enderezar el carácter de su hijo. Si este sucumbe por culpa de ellos, sufrirán el castigo, y los sufrimientos del niño en la vida futura recaerán sobre ellos, pues no habrán hecho lo que dependía de ellos para su adelanto por el camino del bien».

583. **Si un niño se descarría a pesar de los cuidados de sus padres, ¿son estos responsables?**

> «No; pero cuanto peores son las disposiciones del niño, más pesada es la tarea y mayor será el mérito si logran apartarlo del mal camino».

– Si un niño se convierte en una persona de bien, a pesar de la negligencia o de los malos ejemplos de sus padres, ¿obtienen estos algún fruto de ello?

> «Dios es justo».

584. **¿Cuál puede ser la naturaleza de la misión del conquistador que solo busca satisfacer su ambición y que, para alcanzar ese fin, no retrocede ante ninguna de las calamidades que arrastra consigo?**

> «La mayoría de las veces no es más que un instrumento del que Dios se sirve para el cumplimiento de sus designios, y esas calamidades son a veces un medio de hacer que un pueblo avance más deprisa».

– Quien es instrumento de esas calamidades pasajeras es ajeno al bien que puede resultar de ellas, puesto que solo se había propuesto un fin personal; aun así, ¿se beneficiará de ese bien?

> «Cada uno es recompensado según sus obras, el bien que ha querido hacer y la rectitud de sus intenciones».

Los Espíritus encarnados tienen ocupaciones inherentes a su existencia corporal. En el estado errante, o de desmaterialización, esas ocupaciones son proporcionales a su grado de adelanto. Unos recorren los mundos, se instruyen y se preparan para una nueva encarnación. Otros, más avanzados, se ocupan del progreso dirigiendo los acontecimientos y sugiriendo pensamientos propicios; asisten a los hombres de genio que contribuyen al adelanto de la humanidad. Otros se encarnan con una misión de progreso. Otros toman bajo su tutela a los individuos, las familias, las reuniones, las ciudades y los pueblos, de quienes son los ángeles guardianes, los genios protectores y los Espíritus familiares. Otros, por último, presiden los fenómenos de la naturaleza, de los que son agentes directos. Los Espíritus comunes participan en nuestras ocupaciones y diversiones. Los Espíritus impuros o imperfectos esperan entre sufrimientos y angustias el momento en que Dios tenga a bien proporcionarles los medios de avanzar. Si hacen el mal, es por despecho ante el bien del que aún no pueden gozar.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO II, CAP. XI — LOS TRES REINOS

✦

Los minerales y las plantas

585. ¿Qué pensáis de la división de la naturaleza en tres reinos, o bien en dos clases: los seres orgánicos y los seres inorgánicos? Algunos hacen de la especie humana una cuarta clase. ¿Cuál de estas divisiones es preferible?

> «Todas son buenas; depende del punto de vista. En el aspecto material, solo hay seres orgánicos y seres inorgánicos; desde el punto de vista moral, hay evidentemente cuatro grados».

Estos cuatro grados tienen, en efecto, caracteres bien definidos, aunque sus límites parezcan confundirse: la materia inerte, que constituye el reino mineral, solo tiene en sí una fuerza mecánica; las plantas, compuestas de materia inerte, están dotadas de vitalidad; los animales, compuestos de materia inerte y dotados de vitalidad, tienen además una especie de inteligencia instintiva, limitada, con la conciencia de su existencia y de su individualidad; el hombre, que tiene todo lo que hay en las plantas y en los animales, domina a todas las demás clases por una inteligencia especial, indefinida, que le da la conciencia de su porvenir, la percepción de las cosas extramateriales y el conocimiento de Dios.

586. ¿Tienen las plantas conciencia de su existencia?

> «No, no piensan; solo tienen vida orgánica».

587. **¿Experimentan sensaciones las plantas? ¿Sufren cuando se las mutila?**

> «Las plantas reciben impresiones físicas que actúan sobre la materia, pero no tienen percepciones; por consiguiente, no sienten dolor».

588. **¿Es independiente de su voluntad la fuerza que atrae a las plantas unas hacia otras?**

> «Sí, puesto que no piensan. Es una fuerza mecánica de la materia que actúa sobre la materia: no podrían oponerse a ella».

589. **Ciertas plantas, como la sensitiva y la dionea, por ejemplo, tienen movimientos que revelan una gran sensibilidad y, en ciertos casos, una especie de voluntad, como esta última, cuyos lóbulos atrapan a la mosca que viene a posarse sobre ella para extraer su jugo, y a la que parece tender una trampa para después darle muerte. ¿Están estas plantas dotadas de la facultad de pensar? ¿Tienen voluntad y forman una clase intermedia entre la naturaleza vegetal y la naturaleza animal? ¿Son una transición de una a otra?**

> «Todo es transición en la naturaleza, por el hecho mismo de que nada es igual y, sin embargo, todo está relacionado. Las plantas no piensan y, por consiguiente, no tienen voluntad. La ostra que se abre y todos los zoófitos carecen de pensamiento: solo hay un instinto ciego y natural».

El organismo humano nos ofrece ejemplos de movimientos análogos sin la participación de la voluntad, como en las funciones digestivas y circulatorias; el píloro se contrae al contacto de ciertos cuerpos para impedirles el paso. Debe suceder lo mismo con la sensitiva, cuyos movimientos no implican en absoluto la necesidad de una percepción, y mucho menos de una voluntad.

590. **¿No hay en las plantas, como en los animales, un instinto de conservación que las lleva a buscar lo que puede serles útil y a huir de lo que puede perjudicarlas?**

> «Es, si se quiere, una especie de instinto: depende de la amplitud que se dé a esta palabra; pero es puramente mecánico. Cuando, en las operaciones químicas, veis que dos cuerpos se unen, es porque son compatibles, es decir, porque hay afinidad entre ellos; a eso no lo llamáis instinto».

591. **En los mundos superiores, ¿son las plantas, como los demás seres, de una naturaleza más perfecta?**

> «Todo es más perfecto; pero las plantas siguen siendo plantas, como los animales siguen siendo animales y los hombres siguen siendo hombres».

Los animales y el hombre

592. **Si comparamos al hombre y a los animales en cuanto a la inteligencia, la línea de demarcación parece difícil de establecer, pues ciertos animales tienen, en este aspecto, una superioridad notoria sobre ciertos hombres. ¿Puede establecerse esta línea de demarcación de manera precisa?**

> «Sobre este punto, vuestros filósofos apenas están de acuerdo; unos pretenden que el hombre sea un animal, y otros que el animal sea un hombre; todos se equivocan; el hombre es un ser aparte que a veces se rebaja mucho o que puede elevarse muy alto. En lo físico, el hombre es como los animales, y está menos provisto que muchos de ellos; la naturaleza les ha dado todo lo que el hombre se ve obligado a inventar con su inteligencia para sus necesidades y su conservación; su cuerpo se destruye como el de los animales, es cierto, pero su Espíritu tiene un destino que solo él puede comprender, porque solo él es completamente libre. ¡Pobres hombres que os rebajáis por debajo de la bestia! ¿No sabéis distinguiros de ella? Reconoced al hombre por el pensamiento de Dios».

593. ¿Puede decirse que los animales solo actúan por instinto?

> «Eso también es una teoría. Es muy cierto que el instinto domina en la mayoría de los animales; pero ¿no ves algunos que actúan con una voluntad determinada? Eso es inteligencia, pero es limitada».

Además del instinto, no se pueden negar a ciertos animales actos combinados que denotan una voluntad de actuar en un sentido determinado y según las circunstancias.

Hay, pues, en ellos una especie de inteligencia, pero cuyo ejercicio se concentra más exclusivamente en los medios de satisfacer sus necesidades físicas y de asegurar su conservación.

En ellos no hay creación ni mejora alguna; cualquiera que sea el arte que admiramos en sus trabajos, lo que hacían antaño lo hacen hoy, ni mejor ni peor, según formas y proporciones constantes e invariables.

La cría, aislada de los de su especie, no deja por ello de construir su nido siguiendo el mismo modelo sin haber recibido enseñanza. Si algunos son capaces de recibir cierta educación, su desarrollo intelectual, siempre encerrado en límites estrechos, se debe a la acción del hombre sobre una naturaleza flexible, pues no hay ningún progreso que les sea propio; pero este progreso es efímero y puramente individual, pues el animal, abandonado a sí mismo, no tarda en volver a los límites trazados por la naturaleza.

594. ¿Tienen los animales un lenguaje?

> «Si entendéis por ello un lenguaje formado por palabras y sílabas, no; pero un medio de comunicarse entre ellos, sí; se dicen muchas más cosas de las que creéis; pero su lenguaje está limitado, como sus ideas, a sus necesidades».

– Hay animales que no tienen voz; ¿no parecen carecer de lenguaje?

> «Se comprenden por otros medios. Vosotros, los hombres, ¿solo tenéis la palabra para comunicaros? Y de los mudos, ¿qué dices? Los animales, al estar dotados de vida de relación, tienen medios para avisarse y expresar las sensaciones que experimentan. ¿Crees que los peces no se entienden entre sí? El hombre no tiene, pues, el privilegio exclusivo del lenguaje; pero el de los animales es instintivo y está limitado al círculo de sus necesidades y de sus ideas, mientras que el del hombre es perfectible y se presta a todas las concepciones de su inteligencia».

Los peces, en efecto, que emigran en masa, como las golondrinas, que obedecen al guía que los conduce, deben tener medios para avisarse, entenderse y concertarse.

Quizá sea mediante una vista más penetrante que les permita distinguir las señales que se hacen; quizá también el agua sea un vehículo que les transmite ciertas vibraciones.

Sea cual sea, es indiscutible que tienen un medio de entenderse, al igual que todos los animales privados de voz y que realizan trabajos en común. Según esto, ¿debe sorprendernos que los Espíritus puedan comunicarse entre sí sin ayuda de la palabra articulada? (282).

595. **¿Tienen los animales libre albedrío en sus actos?**

> «No son simples máquinas, como creéis; pero su libertad de acción está limitada a sus necesidades y no puede compararse con la del hombre. Al ser muy inferiores a él, no tienen los mismos deberes. Su libertad se restringe a los actos de la vida material».

596. **¿De dónde viene la aptitud de ciertos animales para imitar el lenguaje del hombre, y por qué se encuentra esta aptitud más bien en las aves que en el mono, por ejemplo, cuya conformación tiene mayor semejanza con la suya?**

> «De una conformación particular de los órganos de la voz, ayudada por el instinto de imitación; el mono imita los gestos, ciertas aves imitan la voz».

597. **Puesto que los animales tienen una inteligencia que les da cierta libertad de acción, ¿hay en ellos un principio independiente de la materia?**

> «Sí, y que sobrevive al cuerpo».

– **¿Es este principio un alma semejante a la del hombre?**

> «También es un alma, si queréis; depende del sentido que se dé a esta palabra; pero es inferior a la del hombre. Hay tanta distancia entre el alma de los animales y la del hombre como entre el alma del hombre y Dios».

598. **¿Conserva el alma de los animales, después de la muerte, su individualidad y la conciencia de sí misma?**

> «Su individualidad, sí, pero no la conciencia de su yo. La vida inteligente permanece en estado latente».

599. **¿Puede el alma de los animales elegir encarnarse en un animal en vez de en otro?**

> «No; no tiene libre albedrío».

600. **El alma del animal que sobrevive al cuerpo, ¿se encuentra después de la muerte en un estado errante, como la del hombre?**

> «Es una especie de erraticidad, puesto que no está unida a un cuerpo, pero no es un Espíritu errante. El Espíritu errante es un ser que piensa y actúa por su libre voluntad; el de los animales no tiene la misma facultad; la conciencia de sí mismo es el atributo principal del Espíritu. El Espíritu del animal es clasificado después de su muerte por los Espíritus a quienes corresponde hacerlo, y utilizado casi de inmediato; no tiene tiempo para ponerse en relación con otras criaturas».

601. **¿Siguen los animales una ley de progreso como los hombres?**

> «Sí, por eso, en los mundos superiores donde los hombres están más adelantados, los animales también lo están, y tienen medios de comunicación más desarrollados; pero siempre son inferiores y están sometidos al hombre; son para él servidores inteligentes».

No hay nada extraordinario en ello; supongamos a nuestros animales más inteligentes, el perro, el elefante, el caballo, con una conformación apropiada para los trabajos manuales: ¿qué no podrían hacer bajo la dirección del hombre?

602. **¿Progresan los animales, como el hombre, por efecto de su voluntad o por la fuerza de las cosas?**

> «Por la fuerza de las cosas; por eso no hay expiación para ellos».

603. **En los mundos superiores, ¿conocen los animales a Dios?**

> «No, el hombre es un dios para ellos, como antaño los Espíritus fueron dioses para los hombres».

604. **Si los animales, aun perfeccionados en los mundos superiores, son siempre inferiores al hombre, resultaría que Dios habría creado seres intelectuales perpetuamente destinados a la inferioridad, lo que parece estar en desacuerdo con la unidad de propósitos y de progreso que se observa en todas sus obras.**

> «Todo se encadena en la naturaleza mediante vínculos que todavía no podéis comprender, y las cosas más dispares en apariencia tienen puntos de contacto que el hombre nunca llegará a comprender en su estado actual. Puede entreverlos mediante un esfuerzo de su inteligencia, pero solo cuando esta inteligencia haya adquirido todo su desarrollo y esté libre de los prejuicios del orgullo y de la ignorancia podrá ver con claridad en la obra de Dios; hasta entonces, sus ideas limitadas le hacen ver las cosas desde un punto de vista mezquino y estrecho. Sabed bien que Dios no puede contradecirse y que todo, en la naturaleza, se armoniza mediante leyes generales que nunca se apartan de la sublime sabiduría del Creador».

– ¿La inteligencia es, por tanto, una propiedad común, un punto de contacto, entre el alma de los animales y la del hombre?

> «Sí, pero los animales solo tienen la inteligencia de la vida material; en el hombre, la inteligencia da la vida moral».

605. **Si se consideran todos los puntos de contacto que existen entre el hombre y los animales, ¿no podría pensarse que el hombre posee dos almas: el alma animal y el alma espírita, y que, si no tuviera esta última, podría vivir, pero como un animal; dicho de otro modo, que el animal es un ser semejante al hombre, menos el alma espírita? De ello resultaría que los buenos y los malos instintos del hombre serían efecto del predominio de una de esas dos almas.**

> «No, el hombre no tiene dos almas; pero el cuerpo tiene sus instintos, que son el resultado de la sensación de los órganos. Solo hay en él una doble naturaleza: la naturaleza animal y la naturaleza espiritual; por su cuerpo, participa de la naturaleza de los animales y de sus instintos; por su alma, participa de la naturaleza de los Espíritus».

– Así pues, además de sus propias imperfecciones, de las que el Espíritu debe despojarse, ¿también tiene que luchar contra la influencia de la materia?

> «Sí, cuanto más inferior es, más estrechos son los vínculos entre el Espíritu y la materia; ¿no lo veis? No, el hombre no tiene dos almas; el alma es siempre única en un solo ser. El alma del animal y la del hombre son distintas entre sí, de tal modo que el alma de uno no puede animar el cuerpo creado para el otro. Pero si el hombre no tiene un alma animal que lo ponga, por sus pasiones, al nivel de los animales, tiene su cuerpo, que a menudo lo rebaja hasta ellos, pues su cuerpo es un ser dotado de vitalidad que tiene instintos, pero carentes de inteligencia y limitados al cuidado de su conservación».

El Espíritu, al encarnarse en el cuerpo del hombre, le aporta el principio intelectual y moral que lo hace superior a los animales. Las dos naturalezas que hay en el

hombre dan a sus pasiones dos fuentes diferentes: unas proceden de los instintos de la naturaleza animal; otras, de las impurezas del Espíritu del que es la encarnación y que simpatiza más o menos con la tosquedad de los apetitos animales.

El Espíritu, al purificarse, se libera poco a poco de la influencia de la materia; bajo esa influencia, se acerca al animal; libre de esa influencia, se eleva a su verdadero destino.

606. **¿De dónde toman los animales el principio inteligente que constituye la especie particular de alma de la que están dotados?**

> «Del elemento inteligente universal».

– ¿La inteligencia del hombre y la de los animales emanan, pues, de un principio único?

> «Sin ninguna duda, pero en el hombre ha recibido una elaboración que lo eleva por encima del que anima al animal».

607. **Se ha dicho que el alma del hombre, en su origen, es lo que el estado de la infancia es a la vida corporal, que su inteligencia apenas empieza a brotar y que se ejercita en la vida (190); ¿dónde cumple el Espíritu esta primera fase?**

> «En una serie de existencias que preceden al período que llamáis humanidad».

– ¿Parecería entonces que el alma ha sido el principio inteligente de los seres inferiores de la creación?

> «¿No hemos dicho que todo se encadena en la naturaleza y tiende a la unidad? Es en esos seres, que estáis lejos de conocer en su totalidad, donde el principio inteligente se elabora, se individualiza poco a poco y se ejercita en la vida, como hemos dicho. Es, en cierto modo, un trabajo preparatorio como el de la germinación, tras el cual el principio inteligente experimenta una transformación y se convierte en Espíritu. Entonces comienza para él el período de la humanidad y, con él, la conciencia de su porvenir, la distinción entre el bien y el mal y la responsabilidad de sus actos; así como después del período de la infancia viene el de la adolescencia, luego la juventud y, por último, la edad madura. Por lo demás, nada hay en este origen que deba humillar al hombre. ¿Se sienten humillados los grandes genios por haber sido fetos informes en el seno de su madre? Si algo debe humillarlo, es su inferioridad ante Dios y su impotencia para sondear la profundidad de sus designios y la sabiduría de las leyes que rigen la armonía del universo. Reconoced la grandeza de Dios en esa admirable armonía que hace que todo sea solidario en la naturaleza. Creer que Dios habría podido hacer

> algo sin finalidad y crear seres inteligentes sin porvenir sería blasfemar contra su bondad, que se extiende sobre todas sus criaturas».

– **¿Este período de la humanidad comienza en nuestra Tierra?**

> «La Tierra no es el punto de partida de la primera encarnación humana; el período de la humanidad comienza, en general, en mundos todavía más inferiores; sin embargo, esto no es una regla absoluta, y podría ocurrir que un Espíritu, desde su comienzo humano, fuera apto para vivir en la Tierra. Este caso no es frecuente y sería más bien una excepción».

608. **¿El Espíritu del hombre, después de su muerte, tiene conciencia de las existencias que precedieron para él al período de la humanidad?**

> «No, pues no es a partir de ese período cuando comienza para él la vida de Espíritu, e incluso apenas recuerda sus primeras existencias como hombre, exactamente como el hombre ya no recuerda los primeros tiempos de su infancia y menos aún el tiempo que pasó en el seno de su madre. Por eso los Espíritus os dicen que no saben cómo comenzaron». (78).

609. **¿El Espíritu, una vez que ha entrado en el período de la humanidad, conserva huellas de lo que era anteriormente, es decir, del estado en que se encontraba en el período que podría llamarse prehumano?**

> «Depende de la distancia que separa los dos períodos y del progreso realizado. Durante algunas generaciones, puede haber un reflejo más o menos marcado del estado primitivo, pues nada en la naturaleza se hace mediante una transición brusca; siempre hay eslabones que unen los extremos de la cadena de los seres y de los acontecimientos; pero esas huellas se borran con el desarrollo del libre albedrío. Los primeros progresos se realizan lentamente, porque todavía no están apoyados por la voluntad; siguen una progresión más rápida a medida que el Espíritu adquiere una conciencia más perfecta de sí mismo».

610. **¿Se equivocaron, entonces, los Espíritus que dijeron que el hombre es un ser aparte en el orden de la creación?**

> «No, pero la cuestión no se había desarrollado y, por lo demás, hay cosas que solo pueden llegar a su debido tiempo. El hombre es, en efecto, un ser aparte, pues tiene facultades que lo distinguen de todos los demás y tiene otro destino. La especie humana es la que Dios ha elegido para la encarnación de los seres que pueden conocerlo».

Metempsicosis

611. ¿La comunidad de origen en el principio inteligente de los seres vivos no es la consagración de la doctrina de la metempsicosis?

> «Dos cosas pueden tener un mismo origen y no parecerse en absoluto más tarde. ¿Quién reconocería el árbol, sus hojas, sus flores y sus frutos en el germen informe contenido en la semilla de la que ha salido? Desde el momento en que el principio inteligente alcanza el grado necesario para ser Espíritu y entrar en el período de la humanidad, ya no tiene relación con su estado primitivo, y no es el alma de los animales, como tampoco el árbol es la semilla. En el hombre ya no queda del animal más que el cuerpo y las pasiones que nacen de la influencia del cuerpo y del instinto de conservación inherente a la materia. Por tanto, no se puede decir que tal hombre sea la encarnación del Espíritu de tal animal y, en consecuencia, la metempsicosis, tal como se entiende, no es exacta».

612. ¿El Espíritu que ha animado el cuerpo de un hombre podría encarnarse en un animal?

> «Eso sería retroceder, y el Espíritu no retrocede. El río no remonta hasta su fuente». (118).

613. Por errónea que sea la idea ligada a la metempsicosis, ¿no sería el resultado del sentimiento intuitivo de las diferentes existencias del hombre?

> «Ese sentimiento intuitivo se encuentra en esta creencia como en muchas otras; pero, como la mayoría de sus ideas intuitivas, el hombre lo ha desnaturalizado».

La metempsicosis sería verdadera si se entendiera por esta palabra la progresión del alma de un estado inferior a un estado superior en el que adquiriera desarrollos que transformaran su naturaleza; pero es falsa en el sentido de transmigración directa del animal al hombre y viceversa, lo que implicaría la idea de un retroceso o de una fusión; ahora bien, como esa fusión no puede producirse entre los seres corporales de las dos especies, esto indica que se encuentran en grados no asimilables y que lo mismo debe ocurrir con los Espíritus que los animan.

Si el mismo Espíritu pudiera animarlos alternativamente, de ello se seguiría una identidad de naturaleza que se traduciría en la posibilidad de la reproducción material.

La reencarnación enseñada por los Espíritus se funda, por el contrario, en la marcha ascendente de la naturaleza y en la progresión del hombre dentro de su propia especie, lo que no le quita nada de su dignidad.

Lo que lo rebaja es el mal uso que hace de las facultades que Dios le ha dado para su avance. Sea como fuere, la antigüedad y la universalidad de la doctrina de la metempsicosis, y los hombres eminentes que la han profesado, prueban que el principio de la reencarnación tiene sus raíces en la naturaleza misma; son, por tanto, argumentos mucho más a su favor que en su contra.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. I — LEY DIVINA O NATURAL

✦

Características de la ley natural

614. ¿Qué debe entenderse por ley natural?

> «La ley natural es la ley de Dios; es la única verdadera para la felicidad del hombre; le indica lo que debe hacer o dejar de hacer, y solo es desdichado porque se aparta de ella».

615. ¿Es eterna la ley de Dios?

> «Es eterna e inmutable como Dios mismo».

616. ¿Ha podido Dios prescribir a los hombres en una época lo que les habría prohibido en otra?

> «Dios no puede equivocarse; son los hombres quienes se ven obligados a cambiar sus leyes, porque son imperfectas; pero las leyes de Dios son perfectas. La armonía que rige el universo material y el universo moral se funda en las leyes que Dios ha establecido desde toda la eternidad».

617. ¿Qué abarcan las leyes divinas? ¿Se refieren a algo más que a la conducta moral?

> «Todas las leyes de la naturaleza son leyes divinas, puesto que Dios es el autor de todas las cosas. El sabio estudia las leyes de la materia, el hombre de bien estudia las del alma y las practica».

– ¿Le es dado al hombre profundizar en unas y otras?

> «Sí, pero una sola existencia no basta».

En efecto, ¿qué son unos pocos años para adquirir todo lo que constituye al ser perfecto, si se considera siquiera la distancia que separa al salvaje del hombre civilizado? La existencia más larga posible es insuficiente, con mayor razón cuando se acorta, como sucede en un gran número de casos. Entre las leyes divinas, unas rigen el movimiento y las relaciones de la materia bruta: son las leyes físicas; su estudio pertenece al ámbito de la ciencia. Las otras conciernen especialmente al hombre en sí mismo y en sus relaciones con Dios y con sus semejantes. Comprenden las reglas de la vida del cuerpo, así como las de la vida del alma: son las leyes morales.

618. ¿Son las leyes divinas las mismas para todos los mundos?

> «La razón dice que deben ser adecuadas a la naturaleza de cada mundo y proporcionadas al grado de adelanto de los seres que los habitan».

Conocimiento de la ley natural

619. ¿Ha dado Dios a todos los hombres los medios para conocer su ley?

> «Todos pueden conocerla, pero no todos la comprenden; quienes mejor la comprenden son los hombres de bien y quienes quieren buscarla; sin embargo, todos la comprenderán algún día, porque el progreso debe cumplirse».

La justicia de las diversas encarnaciones del hombre es una consecuencia de este principio, puesto que en cada nueva existencia su inteligencia está más desarrollada y comprende mejor lo que está bien y lo que está mal.

Si todo debiera cumplirse para él en una sola existencia, ¿cuál sería la suerte de tantos millones de seres que mueren cada día en el embrutecimiento del salvajismo o en las tinieblas de la ignorancia, sin que haya dependido de ellos instruirse? (171-222)

620. ¿Comprende el alma, antes de su unión con el cuerpo, la ley de Dios mejor que después de su encarnación?

> «La comprende según el grado de perfección al que ha llegado, y conserva su recuerdo intuitivo después de su unión con el cuerpo; pero los malos instintos del hombre se la hacen olvidar a menudo».

621. ¿Dónde está escrita la ley de Dios?

> «En la conciencia».

– Puesto que el hombre lleva en su conciencia la ley de Dios, ¿qué necesidad había de revelársela?

> «La había olvidado y desconocido: Dios quiso que se le recordara».

622. **¿Ha dado Dios a ciertos hombres la misión de revelar su ley?**

> «Sí, ciertamente; en todos los tiempos ha habido hombres que han recibido esta misión. Son Espíritus superiores encarnados con el fin de hacer avanzar a la humanidad».

623. **Quienes han pretendido instruir a los hombres en la ley de Dios, ¿no se han equivocado algunas veces y no los han extraviado a menudo con falsos principios?**

> «Quienes no estaban inspirados por Dios y se atribuyeron, por ambición, una misión que no tenían, ciertamente han podido extraviarlos; sin embargo, como en definitiva eran hombres de genio, aun en medio de los errores que enseñaron se encuentran a menudo grandes verdades».

624. **¿Cuál es el rasgo del verdadero profeta?**

> «El verdadero profeta es un hombre de bien inspirado por Dios. Se lo puede reconocer por sus palabras y sus acciones. Dios no puede servirse de la boca del mentiroso para enseñar la verdad».

625. ¿Cuál es el ejemplo más perfecto que Dios ha ofrecido al hombre para servirle de guía y modelo?

> «Vean a Jesús».

Jesús es para el hombre el ejemplo de la perfección moral a la que puede aspirar la humanidad en la tierra. Dios nos lo ofrece como el modelo más perfecto, y la doctrina que enseñó es la expresión más pura de su ley, porque estaba animado por el espíritu divino y era el ser más puro que haya aparecido en la tierra. Si algunos de los que han pretendido instruir al hombre en la ley de Dios lo han extraviado a veces con falsos principios, ha sido por haberse dejado dominar ellos mismos por sentimientos demasiado terrenales y por haber confundido las leyes que rigen las condiciones de la vida del alma con las que rigen la vida del cuerpo. Varios han presentado como leyes divinas lo que solo eran leyes humanas creadas para servir a las pasiones y dominar a los hombres.

626. ¿Las leyes divinas y naturales solo fueron reveladas a los hombres por Jesús, y antes de él solo las conocían por intuición?

> «¿No hemos dicho que están escritas en todas partes? Todos los hombres que han meditado sobre la sabiduría han podido, pues, comprenderlas y enseñarlas desde los siglos más remotos. Con sus enseñanzas, aun incompletas, prepararon el terreno para recibir la semilla. Como las leyes divinas están inscritas en el libro de la naturaleza, el hombre ha podido conocerlas cuando ha querido buscarlas; por eso los preceptos que consagran han sido proclamados en todos los tiempos por los hombres de bien, y también por eso se encuentran sus elementos en la doctrina moral de todos los pueblos que han salido de la barbarie, aunque incompletos o alterados por la ignorancia y la superstición».

627. **Puesto que Jesús enseñó las verdaderas leyes de Dios, ¿qué utilidad tiene la enseñanza dada por los Espíritus? ¿Tienen algo más que enseñarnos?**

> «La palabra de Jesús era a menudo alegórica y expresada en parábolas, porque hablaba según los tiempos y los lugares. Ahora es necesario que la verdad sea comprensible para todos. Es preciso explicar bien y desarrollar estas leyes, puesto que hay tan pocas personas que las comprendan y aún menos que las practiquen. Nuestra misión es impresionar los ojos y los oídos para confundir a los orgullosos y desenmascarar a los hipócritas: aquellos que aparentan virtud y religión para ocultar sus vilezas. La enseñanza de los Espíritus debe ser clara e inequívoca, para que nadie pueda alegar ignorancia y cada cual pueda juzgarla y apreciarla con su razón. Estamos encargados de preparar el reino del bien anunciado por Jesús; por eso no debe permitirse que cada cual interprete la ley de Dios al gusto de sus pasiones, ni falsee el sentido de una ley que es toda amor y caridad».

628. ¿Por qué la verdad no ha estado siempre al alcance de todos?

> «Es preciso que cada cosa llegue a su tiempo. La verdad es como la luz: hay que acostumbrarse a ella poco a poco; de lo contrario, deslumbra».

Nunca había sucedido que Dios permitiera al hombre recibir comunicaciones tan completas y tan instructivas como las que le es dado recibir hoy.

Había, ciertamente, como saben, en las edades antiguas, algunos individuos que poseían lo que consideraban una ciencia sagrada y que mantenían en secreto ante quienes, a su juicio, eran profanos.

Deben comprender, por lo que conocen de las leyes que rigen estos fenómenos, que solo recibían algunas verdades dispersas en medio de un conjunto equívoco y, la mayoría de las veces, simbólico.

Sin embargo, para el hombre de estudio no hay ningún sistema filosófico antiguo, ninguna tradición ni ninguna religión que deba desdeñarse, porque todo encierra gérmenes de grandes verdades que, aunque parezcan contradictorias entre sí, dispersas como están entre elementos accesorios sin fundamento, son muy fáciles de coordinar gracias a la clave que nos da el espiritismo para una multitud de cosas que, hasta ahora, han podido parecerles carentes de razón y cuya realidad hoy se les demuestra de manera irrefutable.

No dejen, pues, de extraer de estos materiales temas de estudio; son muy ricos en ellos y pueden contribuir poderosamente a su instrucción».

El bien y el mal

629. ¿Qué definición puede darse de la moral?

> «La moral es la regla para conducirse bien, es decir, la distinción entre el bien y el mal. Se funda en la observancia de la ley de Dios. El hombre se conduce bien cuando lo hace todo teniendo en cuenta y buscando el bien de todos, porque entonces observa la ley de Dios».

630. ¿Cómo se puede distinguir el bien del mal?

> «El bien es todo lo que está conforme con la ley de Dios, y el mal, todo lo que se aparta de ella. Así, hacer el bien es ajustarse a la ley de Dios; hacer el mal es infringir esa ley».

631. ¿Tiene el hombre por sí mismo los medios para distinguir lo que está bien de lo que está mal?

> «Sí, cuando cree en Dios y quiere saberlo. Dios le ha dado la inteligencia para discernir lo uno de lo otro».

632. El hombre, que está sujeto al error, ¿no puede equivocarse al apreciar el bien y el mal, y creer que hace el bien cuando en realidad hace el mal?

> «Jesús se lo dijo: vean lo que querrían que se hiciera o no se hiciera por ustedes: todo está ahí. No se equivocarán».

633. **La regla del bien y del mal, que podría llamarse de reciprocidad o de solidaridad, no puede aplicarse a la conducta personal del hombre consigo mismo. ¿Encuentra en la ley natural la regla de esta conducta y una guía segura?**

> «Cuando comen demasiado, les hace daño. ¡Pues bien! Es Dios quien les da la medida de lo que necesitan. Cuando la sobrepasan, reciben un castigo. Lo mismo ocurre con todo. La ley natural señala al hombre el límite de sus necesidades; cuando lo sobrepasa, recibe por ello el castigo del sufrimiento. Si el hombre escuchara en todas las cosas esa voz que le dice basta, evitaría la mayoría de los males de los que acusa a la naturaleza».

634. **¿Por qué está el mal en la naturaleza de las cosas? Hablo del mal moral. ¿No podía Dios crear a la humanidad en mejores condiciones?**

> «Ya te lo hemos dicho: los Espíritus fueron creados sencillos e ignorantes (115). Dios deja al hombre la elección del camino; peor para él si toma el malo: su peregrinación será más larga. Si no hubiera montañas, el hombre no podría comprender que se puede subir y bajar, y si no hubiera rocas, no comprendería que hay cuerpos duros. Es preciso que el Espíritu adquiera experiencia, y para ello es preciso que conozca el bien y el mal; por eso existe la unión del Espíritu y del cuerpo». (119).

635. **Las diferentes posiciones sociales crean nuevas necesidades que no son las mismas para todos los hombres. ¿Parecería así que la ley natural no es una regla uniforme?**

> «Esas diferentes posiciones están en la naturaleza y de acuerdo con la ley del progreso. Esto no impide la unidad de la ley natural, que se aplica a todo».

Las condiciones de existencia del hombre cambian según los tiempos y los lugares; de ello resultan para él necesidades diferentes y posiciones sociales adecuadas a esas necesidades.

Puesto que esta diversidad está en el orden de las cosas, es conforme a la ley de Dios, y esta ley no deja por ello de ser una en su principio. Corresponde a la razón distinguir las necesidades reales de las artificiales o convencionales.

636. **¿Son absolutos el bien y el mal para todos los hombres?**

> «La ley de Dios es la misma para todos; pero el mal depende sobre todo de la voluntad que se tenga de hacerlo. El bien es siempre bien y el mal es siempre mal, cualquiera que sea la posición del hombre; la diferencia está en el grado de responsabilidad».

637. **¿Es culpable el salvaje que cede a su instinto al alimentarse de carne humana?**

> «He dicho que el mal depende de la voluntad; ¡pues bien!, el hombre es más culpable a medida que sabe mejor lo que hace».

Las circunstancias dan al bien y al mal una gravedad relativa. El hombre comete a menudo faltas que, aunque sean consecuencia de la posición en que lo ha colocado la sociedad, no dejan de ser reprensibles; pero la responsabilidad está en proporción a los medios que tiene para comprender el bien y el mal.

Así, el hombre instruido que comete una simple injusticia es más culpable a los ojos de Dios que el salvaje ignorante que se abandona a sus instintos.

638. **El mal parece ser a veces una consecuencia de la fuerza de las cosas. Tal es, por ejemplo, en ciertos casos, la necesidad de destrucción, incluso de un semejante. ¿Puede decirse entonces que hay una transgresión de la ley de Dios?**

> «No deja por ello de ser el mal, aunque sea necesario; pero esta necesidad desaparece a medida que el alma se purifica al pasar de una existencia a otra; y entonces el hombre es tanto más culpable cuando lo comete, porque lo comprende mejor».

639. **¿El mal que se comete no es a menudo el resultado de la posición en que nos han colocado los demás hombres? Y en ese caso, ¿quiénes son los más culpables?**

> «El mal recae sobre quien lo causa. Así, el hombre que es llevado al mal por la posición en que lo colocan sus semejantes es menos culpable que quienes lo causan; porque cada cual sufrirá la pena, no solo del mal que haya hecho, sino también del que haya provocado».

640. **Quien no hace el mal, pero se aprovecha del mal hecho por otro, ¿es culpable en el mismo grado?**

> «Es como si lo cometiera; aprovecharse de él es participar en él. Tal vez hubiera retrocedido ante la acción; pero si, al encontrarla ya hecha, se sirve de ella, es porque la aprueba y la habría hecho él mismo si hubiera podido o si se hubiera atrevido».

641. **¿Es el deseo del mal tan reprensible como el mal mismo?**

> «Depende; hay virtud en resistir voluntariamente al mal que se desea, sobre todo cuando se tiene la posibilidad de satisfacer ese deseo; si solo falta la ocasión, se es culpable».

642. **¿Basta con no hacer el mal para agradar a Dios y asegurar la situación futura?**

> «No, hay que hacer el bien en la medida de las propias fuerzas; porque cada cual responderá de todo el mal que se haya hecho a causa del bien que no haya hecho».

643. **¿Hay personas que, por su posición, no tengan la posibilidad de hacer el bien?**

> «No hay nadie que no pueda hacer el bien: solo el egoísta nunca encuentra la ocasión. Basta con estar en relación con otros hombres para encontrar oportunidades de hacer el bien, y cada día de la vida ofrece esa posibilidad a cualquiera que no esté cegado por el egoísmo; porque hacer el bien no es solamente ser caritativo, es ser útil en la medida de sus posibilidades siempre que su ayuda pueda ser necesaria».

644. **¿El medio en el que se encuentran ciertos hombres no es para ellos la fuente principal de muchos vicios y crímenes?**

> «Sí, pero también esa es una prueba elegida por el Espíritu en estado de libertad; quiso exponerse a la tentación para tener el mérito de resistir».

645. **Cuando el hombre está, por así decirlo, sumergido en la atmósfera del vicio, ¿no se convierte el mal para él en un impulso casi irresistible?**

> «Un impulso, sí; irresistible, no; porque en medio de esa atmósfera del vicio encuentras a veces grandes virtudes. Son Espíritus que han tenido la fuerza de resistir y que, al mismo tiempo, han tenido la misión de ejercer una buena influencia sobre sus semejantes».

646. **¿Está subordinado a ciertas condiciones el mérito del bien que se hace? En otras palabras, ¿hay diferentes grados en el mérito del bien?**

> «El mérito del bien está en la dificultad; no hay mérito en hacer el bien sin esfuerzo y cuando no cuesta nada. Dios tiene más en cuenta al pobre que comparte su único trozo de pan que al rico que solo da lo que le sobra. Jesús lo dijo a propósito del denario de la viuda».

División de la ley natural

647. ¿Está contenida toda la ley de Dios en la máxima del amor al prójimo enseñada por Jesús?

> «Ciertamente, esa máxima contiene todos los deberes de los hombres entre sí; pero hay que mostrarles su aplicación, de lo contrario la descuidarán como lo hacen hoy; además, la ley natural comprende todas las circunstancias de la vida, y esa máxima solo es una parte de ella. Los hombres necesitan reglas precisas; los preceptos generales y demasiado vagos dejan demasiadas puertas abiertas a la interpretación».

648. ¿Qué piensan de la división de la ley natural en diez partes que comprenden las leyes sobre la adoración, el trabajo, la reproducción, la conservación, la destrucción, la sociedad, el progreso, la igualdad, la libertad y, finalmente, la de justicia, amor y caridad?

> «Esta división de la ley de Dios en diez partes es la de Moisés y puede abarcar todas las circunstancias de la vida, lo cual es esencial; puedes, pues, seguirla sin que por ello tenga nada de absoluto, como tampoco lo tienen los demás sistemas de clasificación que dependen del punto de vista desde el que se considera una cosa. La última ley es la más importante; por ella el hombre puede avanzar más en la vida espiritual, porque las resume todas».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. II — LEY DE ADORACIÓN

✦

Finalidad de la adoración

649. **¿En qué consiste la adoración?**

> «Es la elevación del pensamiento hacia Dios. Mediante la adoración, se acerca el alma a él».

650. **¿La adoración es el resultado de un sentimiento innato o el producto de una enseñanza?**

> «Un sentimiento innato, como el de la Divinidad. La conciencia de su debilidad lleva al hombre a inclinarse ante aquel que puede protegerlo».

651. **¿Ha habido pueblos desprovistos de todo sentimiento de adoración?**

> «No, porque nunca ha habido pueblos de ateos. Todos comprenden que por encima de ellos hay un ser supremo».

652. **¿Puede considerarse que la adoración tiene su origen en la ley natural?**

> «Está en la ley natural, puesto que es el resultado de un sentimiento innato en el hombre; por eso se encuentra en todos los pueblos, aunque bajo formas diferentes».

Adoración exterior

653. **¿La adoración necesita manifestaciones exteriores?**

> «La verdadera adoración está en el corazón. En todas vuestras acciones, pensad siempre que un señor os observa».

– **¿Es útil la adoración exterior?**

> «Sí, si no es un vano simulacro. Siempre es útil dar un buen ejemplo; pero quienes lo hacen solo por afectación y amor propio, y cuya conducta desmiente su piedad aparente, dan un ejemplo más malo que bueno y hacen más daño del que creen».

654. **¿Concede Dios alguna preferencia a quienes lo adoran de tal o cual manera?**

«Dios prefiere a quienes lo adoran desde el fondo del corazón, con sinceridad, haciendo el bien y evitando el mal, antes que a quienes creen honrarlo con ceremonias que no los hacen mejores para con sus semejantes.

«Todos los hombres son hermanos e hijos de Dios; él llama a su lado a todos los que siguen sus leyes, cualquiera que sea la forma en que las expresen.

«Quien solo tiene las apariencias de la piedad es un hipócrita; aquel cuya adoración es solo fingida y está en contradicción con su conducta da un mal ejemplo.

«De aquel que declara adorar a Cristo y es orgulloso, envidioso y celoso, que es duro e implacable con los demás, o ambiciona los bienes de este mundo, os digo que la religión está en sus labios y no en su corazón; Dios, que todo lo ve, dirá: ese que conoce la verdad es cien veces más culpable del mal que hace que el salvaje ignorante del desierto, y será tratado en consecuencia el día de la justicia. Si un ciego os derriba al pasar, lo disculpáis; si es un hombre que ve bien, os quejáis y tenéis razón.

«No preguntéis, pues, si hay una forma de adoración más conveniente, porque eso sería preguntar si a Dios le agrada más ser adorado en una lengua que en otra. Os lo digo una vez más: los cantos solo llegan a él por la puerta del corazón».

655. **¿Es censurable practicar una religión en la que no se cree en el fondo del alma, cuando se hace por respeto humano y para no escandalizar a quienes piensan de otro modo?**

> «La intención, en esto como en muchas otras cosas, es la regla. Quien solo pretende respetar las creencias ajenas no hace mal; hace mejor que quien las pusiera en ridículo, pues este faltaría a la caridad; pero quien practica por interés y por ambición es despreciable a los ojos de Dios y de los hombres. No pueden agradar a Dios quienes solo aparentan humillarse ante él para atraerse la aprobación de los hombres».

656. **¿Es preferible la adoración en común a la adoración individual?**

> «Los hombres unidos por una comunión de pensamientos y sentimientos tienen más fuerza para atraer hacia ellos a los buenos Espíritus. Lo mismo sucede cuando se reúnen para adorar a Dios. Pero no creáis por ello que la adoración individual sea menos buena, pues cada uno puede adorar a Dios pensando en él».

Vida contemplativa

657. **¿Los hombres que se entregan a la vida contemplativa, sin hacer ningún mal y pensando solo en Dios, tienen algún mérito a sus ojos?**

> «No, porque si no hacen mal, tampoco hacen bien y son inútiles; además, no hacer el bien ya es un mal. Dios quiere que se piense en él, pero no quiere que se piense únicamente en él, puesto que ha dado al hombre deberes que cumplir en la tierra. Quien se consume en la meditación y en la contemplación no hace nada meritorio a los ojos de Dios, porque su vida es enteramente personal e inútil para la humanidad, y Dios le pedirá cuentas del bien que no haya hecho». (640).

De la oración

658. **¿Es agradable a Dios la oración?**

> «La oración siempre es agradable a Dios cuando la dicta el corazón, porque la intención lo es todo para él, y la oración del corazón es preferible a la que puedes leer, por hermosa que sea, si la lees más con los labios que con el pensamiento. La oración es agradable a Dios cuando se dice con fe, fervor y sinceridad; pero no creas que lo conmueve la del hombre vanidoso, orgulloso y egoísta, a menos que sea, por su parte, un acto de sincero arrepentimiento y de verdadera humildad».

659. **¿Cuál es el carácter general de la oración?**

> «La oración es un acto de adoración. Orar a Dios es pensar en él; es acercarse a él; es ponerse en comunicación con él. Mediante la oración, uno puede proponerse tres cosas: alabar, pedir, agradecer».

660. **¿La oración hace mejor al hombre?**

> «Sí, porque quien ora con fervor y confianza es más fuerte ante las tentaciones del mal, y Dios le envía buenos Espíritus para que lo ayuden. Es un auxilio que nunca se niega cuando se pide con sinceridad».

– ¿Cómo se explica que algunas personas que oran mucho tengan, a pesar de ello, muy mal carácter, sean celosas, envidiosas, irascibles; que carezcan de benevolencia e indulgencia; que incluso a veces sean viciosas?

> «Lo esencial no es orar mucho, sino orar bien. Esas personas creen que todo el mérito está en la duración de la oración y cierran los ojos ante sus propios defectos. La oración es para ellas una ocupación, una manera de emplear el tiempo, pero no un estudio de sí mismas. No es el remedio lo que resulta ineficaz, sino la manera en que se emplea».

661. **¿Puede ser útil pedir a Dios en la oración que nos perdone nuestras faltas?**

> «Dios sabe discernir el bien y el mal: la oración no oculta las faltas. Quien pide a Dios el perdón de sus faltas solo lo obtiene cambiando de conducta. Las buenas acciones son la mejor de las oraciones, porque los actos valen más que las palabras».

662. **¿Puede ser útil orar por los demás?**

> «El Espíritu de quien ora actúa mediante su voluntad de hacer el bien. Mediante la oración, atrae hacia sí a los buenos Espíritus que se asocian al bien que quiere hacer».

Poseemos en nosotros mismos, mediante el pensamiento y la voluntad, una capacidad de acción que se extiende mucho más allá de los límites de nuestra esfera corporal. La oración por los demás es un acto de esa voluntad.

Si es ferviente y sincera, puede llamar en su ayuda a los buenos Espíritus, para que le sugieran buenos pensamientos y le den la fuerza del cuerpo y del alma que necesita. Pero también aquí la oración del corazón lo es todo, la de los labios no es nada.

663. **¿Las oraciones que hacemos por nosotros mismos pueden cambiar la naturaleza de nuestras pruebas y desviar su curso?**

> «Vuestras pruebas están en manos de Dios y hay algunas que deben sufrirse hasta el final, pero entonces Dios siempre tiene en cuenta la resignación. La oración atrae hacia vosotros a los buenos Espíritus, que os dan la fuerza para soportarlas con valor, y os parecen menos duras. Lo hemos dicho: la oración nunca es inútil cuando se hace bien, porque da fuerza, y eso ya es un gran resultado. Ayúdate y el Cielo te ayudará, eso lo sabes. Además, Dios no puede cambiar el orden de la naturaleza al capricho de cada uno, porque lo que es un gran mal desde vuestro punto de vista limitado y el de vuestra vida efímera suele ser un gran bien en el orden general del universo; y, además, ¡cuántos males hay de los que el hombre es el propio autor por su imprevisión o por sus faltas! Recibe el castigo por aquello mismo en lo que ha pecado. Sin embargo, las peticiones justas son atendidas con más frecuencia de lo que pensáis; creéis que Dios no os ha escuchado porque no ha hecho un milagro por vosotros, cuando os ayuda por medios tan naturales que os parecen efecto del azar o de la fuerza de las cosas; también a menudo, e incluso la mayoría de las veces, os inspira el pensamiento necesario para que salgáis por vosotros mismos de las dificultades».

664. **¿Es útil orar por los muertos y por los Espíritus que sufren? Y, en ese caso, ¿cómo pueden nuestras oraciones proporcionarles alivio y abreviar sus sufrimientos? ¿Tienen el poder de hacer ceder la justicia de Dios?**

> «La oración no puede tener por efecto cambiar los designios de Dios, pero el alma por la que se ora experimenta alivio, porque es un testimonio del interés que se le muestra, y el desdichado siempre encuentra alivio cuando halla almas caritativas que se compadecen de sus dolores. Por otra parte, mediante la oración se lo estimula al arrepentimiento y al deseo de hacer lo necesario para ser feliz; en este sentido puede abreviarse su pena, si él, por su parte, contribuye con su buena voluntad. Ese deseo de mejorar, despertado por la oración, atrae junto al Espíritu que sufre a Espíritus mejores, que vienen a iluminarlo, consolarlo y darle esperanza. Jesús oraba por las ovejas descarriadas; con ello os muestra que seríais culpables de no hacerlo por quienes más lo necesitan».

665. **¿Qué pensar de la opinión que rechaza la oración por los muertos por no estar prescrita en el Evangelio?**

> «Cristo dijo a los hombres: Amaos los unos a los otros. Esta recomendación encierra la de emplear todos los medios posibles para demostrarles afecto, sin entrar por ello en detalles sobre la manera de alcanzar ese fin. Si es cierto que nada puede apartar al Creador de aplicar la justicia, de la que es el modelo, a todas las acciones del Espíritu, no es menos cierto que la oración que le dirigís por aquel que os inspira afecto es para este un testimonio de que lo recordáis, que solo puede contribuir a aliviar sus sufrimientos y consolarlo. En cuanto manifiesta el menor arrepentimiento, y solo entonces, recibe ayuda; pero nunca se le deja ignorar que un alma afín se ha ocupado de él, y se le deja el dulce pensamiento de que su intercesión le ha sido útil. De ello resulta necesariamente, por su parte, un sentimiento de gratitud y afecto hacia quien le ha dado esa prueba de cariño o de compasión; por consiguiente, el amor que Cristo recomendaba a los hombres no ha hecho más que aumentar entre ellos; ambos han obedecido, pues, a la ley de amor y de unión de todos los seres, ley divina que debe conducir a la unidad, objetivo y fin del Espíritu».

666. **¿Se puede orar a los Espíritus?**

> «Se puede orar a los buenos Espíritus por ser los mensajeros de Dios y los ejecutores de su voluntad; pero su poder es proporcional a su superioridad y depende siempre del señor de todas las cosas, sin cuyo permiso nada se hace; por eso las oraciones que se les dirigen solo son eficaces si Dios las acepta».

Politeísmo

667. **¿Por qué el politeísmo es una de las creencias más antiguas y más extendidas, puesto que es falsa?**

> «La idea de un Dios único solo podía ser en el hombre el resultado del desarrollo de sus ideas. Incapaz, en su ignorancia, de concebir un ser inmaterial, sin forma determinada, que actuara sobre la materia, le había dado los atributos de la naturaleza corporal, es decir, una forma y una figura, y desde entonces todo lo que le parecía superar los límites de la inteligencia común era para él una divinidad. Todo lo que no comprendía debía ser obra de un poder sobrenatural, y de ahí a creer en tantos poderes distintos como efectos veía, solo había un paso. Pero en todos los tiempos ha habido hombres esclarecidos que comprendieron la imposibilidad de que esa multitud de poderes gobernara el mundo sin una dirección superior, y se elevaron a la idea de un Dios único».

668. **Puesto que los fenómenos espíritas se han producido en todos los tiempos y se conocen desde las primeras edades del mundo, ¿no han podido hacer creer en la pluralidad de los dioses?**

«Sin duda, pues como los hombres llamaban dios a todo lo que era sobrehumano, los Espíritus eran para ellos dioses, y por eso, cuando un hombre se distinguía entre todos los demás por sus acciones, su genio o por un poder oculto que la gente común no comprendía, se hacía de él un dios y se le rendía culto después de su muerte». (603).

La palabra dios tenía entre los antiguos un sentido muy amplio; no era, como en nuestros días, una personificación del señor de la naturaleza, sino una denominación genérica que se daba a todo ser situado fuera de las condiciones de la humanidad. Ahora bien, como las manifestaciones espíritas les habían revelado la existencia de seres incorpóreos que actuaban como poderes de la naturaleza, los habían llamado dioses, como nosotros los llamamos Espíritus. Es una simple cuestión de palabras, con la diferencia de que, en su ignorancia, mantenida deliberadamente por quienes encontraban en ella su propio interés, les levantaban templos y altares muy lucrativos, mientras que para nosotros son simples criaturas como nosotros, más o menos perfectas, que se han despojado de su envoltura terrestre. Si se estudian con cuidado los diversos atributos de las divinidades paganas, se reconocerán sin dificultad todos los de nuestros Espíritus en todos los grados de la escala espírita, su estado físico en los mundos superiores, todas las propiedades del periespíritu y el papel que desempeñan en las cosas de la tierra.

El cristianismo, al venir a iluminar el mundo con su luz divina, no pudo destruir algo que está en la naturaleza, pero hizo que la adoración volviera hacia aquel a quien le corresponde. En cuanto a los Espí-

ritus, su recuerdo se ha perpetuado bajo diversos nombres, según los pueblos, y sus manifestaciones, que nunca han cesado, se han interpretado de diversas maneras y a menudo se han explotado al amparo del misterio; mientras que la religión ha visto en ellas fenómenos milagrosos, los incrédulos han visto engaños. Hoy, gracias a un estudio más serio, realizado a plena luz, el espiritismo, libre de las ideas supersticiosas que lo han oscurecido durante siglos, nos revela uno de los principios más grandes y más sublimes de la naturaleza.

Sacrificios

669. **La práctica de los sacrificios humanos se remonta a la más remota antigüedad. ¿Cómo pudo el hombre llegar a creer que tales cosas podían ser agradables a Dios?**

> «En primer lugar, porque no comprendía a Dios como la fuente de la bondad; entre los pueblos primitivos, la materia predomina sobre el espíritu; se abandonan a los instintos de la bestia, y por eso son generalmente crueles, porque el sentido moral aún no está desarrollado en ellos. Además, los hombres primitivos debían creer naturalmente que una criatura animada tenía mucho más valor a los ojos de Dios que un cuerpo material. Esto fue lo que los llevó a inmolar primero animales y más tarde hombres, puesto que, según su falsa creencia, pensaban que el valor del sacrificio guardaba relación con la importancia de la víctima. En la vida material, tal como la practicáis en su mayoría, si ofrecéis un regalo a alguien, siempre lo elegís de un valor tanto mayor cuanto más afecto y consideración queréis demostrarle a esa persona. Lo mismo debía ocurrir con los hombres ignorantes respecto a Dios».

– Así pues, ¿los sacrificios de animales habrían precedido a los sacrificios humanos?

> «No hay duda de ello».

– Según esta explicación, ¿los sacrificios humanos no tendrían su origen en un sentimiento de crueldad?

> «No, sino en una idea falsa de agradar a Dios. Ved a Abraham. Más adelante, los hombres abusaron de ellos inmolando a sus enemigos, incluso a sus enemigos personales. Por lo demás, Dios nunca ha exigido

> sacrificios, ni de animales ni de hombres; no se le puede honrar con la destrucción inútil de su propia criatura».

670. **¿Los sacrificios humanos realizados con una intención piadosa han podido alguna vez ser agradables a Dios?**

> «No, nunca; pero Dios juzga la intención. Como los hombres eran ignorantes, podían creer que realizaban un acto loable al inmolar a uno de sus semejantes; en ese caso, Dios solo atendía al pensamiento y no al hecho. Los hombres, al mejorar, debían reconocer su error y reprobar esos sacrificios que no debían caber en la mente de espíritus esclarecidos; digo esclarecidos porque los Espíritus estaban entonces envueltos en el velo material; pero, mediante el libre albedrío, podían entrever su origen y su fin, y muchos ya comprendían por intuición el mal que hacían, pero aun así lo cometían para satisfacer sus pasiones».

671. **¿Qué debemos pensar de las llamadas guerras sagradas? El sentimiento que lleva a los pueblos fanáticos a exterminar al mayor número posible de quienes no comparten sus creencias, con el fin de agradar a Dios, ¿no parece tener el mismo origen que el que los incitaba en otros tiempos a sacrificar a sus semejantes?**

> «Los impulsan los malos Espíritus, y al hacer la guerra a sus semejantes van contra la voluntad de Dios, que dice que se debe amar al hermano como a uno mismo. Puesto que todas las religiones, o más bien todos los pueblos, adoran a un mismo Dios, lleve un nombre u otro, ¿por qué hacerles una guerra de exterminio porque su religión sea diferente o todavía no haya alcanzado el progreso de la de los pueblos esclarecidos? Es excusable que los pueblos no crean en la palabra de aquel que estaba animado por el Espíritu de Dios y había sido enviado por él, sobre todo cuando no lo han visto ni han sido testigos de sus actos; ¿y cómo queréis que crean en esa palabra de paz cuando vais a llevársela con la espada en la mano? Deben instruirse, y nosotros debemos procurar darles a conocer su doctrina mediante la persuasión y la dulzura, y no mediante la fuerza y la sangre. La mayoría de vosotros no creéis en las comunicaciones que mantenemos con ciertos mortales; ¿por qué querríais que unos extranjeros os creyeran por vuestra sola palabra, cuando vuestros actos desmienten la doctrina que predicáis?»

672. **¿La ofrenda de los frutos de la tierra hecha a Dios tenía más mérito a sus ojos que el sacrificio de animales?**

> «Ya os he respondido al deciros que Dios juzgaba la intención y que el hecho tenía poca importancia para él. Evidentemente, era más agradable a Dios que le ofrecieran los frutos de la tierra que la sangre de las víctimas. Como os hemos dicho y os repetimos siempre, la oración dicha desde el fondo del corazón es cien veces más agradable a Dios que todas las ofrendas que pudierais hacerle. Repito que la intención lo es todo y el hecho nada».

673. **¿No habría un medio de hacer estas ofrendas más agradables a Dios dedicándolas a aliviar a quienes carecen de lo necesario? Y en ese caso, ¿el sacrificio de animales, realizado con un fin útil, no sería meritorio, mientras que era abusivo cuando no servía para nada o solo beneficiaba a personas que no carecían de nada? ¿No habría algo verdaderamente piadoso en dedicar a los pobres las primicias de los bienes que Dios nos concede en la tierra?**

> «Dios bendice siempre a quienes hacen el bien; aliviar a los pobres y a los afligidos es el mejor medio de honrarlo. No digo por ello que Dios desapruebe las ceremonias que hacéis para orar, pero hay mucho dinero que podría emplearse de manera más útil. Dios ama la sencillez en todas las cosas. El hombre que se apega a lo exterior y no al corazón es un espíritu de miras estrechas; juzgad si Dios debe atender más a la forma que al fondo».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. III — LEY DEL TRABAJO

✦

Necesidad del trabajo

674. ¿Es la necesidad del trabajo una ley de la naturaleza?

> «El trabajo es una ley de la naturaleza por el hecho mismo de ser una necesidad, y la civilización obliga al hombre a trabajar más, porque aumenta sus necesidades y sus disfrutes».

675. ¿Debe entenderse por trabajo únicamente las ocupaciones materiales?

> «No; el Espíritu trabaja como el cuerpo. Toda ocupación útil es un trabajo».

676. ¿Por qué se impone el trabajo al hombre?

> «Es una consecuencia de su naturaleza corporal. Es una expiación y, al mismo tiempo, un medio de perfeccionar su inteligencia. Sin el trabajo, el hombre permanecería en la infancia de la inteligencia; por eso debe su alimento, su seguridad y su bienestar únicamente a su trabajo y a su actividad. A quien es demasiado débil de cuerpo, Dios le ha dado la inteligencia para suplir esa debilidad; pero siempre es un trabajo».

677. **¿Por qué la naturaleza satisface por sí misma todas las necesidades de los animales?**

> «Todo trabaja en la naturaleza; los animales trabajan como tú, pero su trabajo, como su inteligencia, se limita al cuidado de su conservación; por eso en ellos no produce progreso, mientras que en el hombre tiene un doble fin: la conservación del cuerpo y el desarrollo del pensamiento, que también es una necesidad y que lo eleva por encima de sí mismo. Cuando digo que el trabajo de los animales se limita al cuidado de su conservación, me refiero al fin que se proponen al trabajar, pero, sin saberlo y mientras satisfacen sus necesidades materiales, son agentes que contribuyen a los designios del Creador, y su trabajo no deja por ello de contribuir al fin último de la naturaleza, aunque muy a menudo no descubráis su resultado inmediato».

678. **En los mundos más perfeccionados, ¿está el hombre sometido a la misma necesidad de trabajar?**

> «La naturaleza del trabajo depende de la naturaleza de las necesidades; cuanto menos materiales son las necesidades, menos material es el trabajo; pero no creas por ello que el hombre permanece inactivo e inútil: la ociosidad sería un suplicio en vez de un beneficio».

679. **El hombre que posee bienes suficientes para asegurar su subsistencia, ¿está exento de la ley del trabajo?**

> «Del trabajo material, quizá, pero no de la obligación de hacerse útil según sus medios, de perfeccionar su inteligencia o la de los demás, lo que también es un trabajo. Si el hombre a quien Dios ha concedido bienes suficientes para asegurar su subsistencia no está obligado a ganarse el alimento con el sudor de su frente, su obligación de ser útil a sus semejantes es tanto mayor cuanto que la parte que se le ha dado de antemano le proporciona más tiempo libre para hacer el bien».

680. **¿No hay hombres que son incapaces de trabajar en cosa alguna y cuya existencia es inútil?**

> «Dios es justo; solo condena a aquel cuya existencia es voluntariamente inútil, pues ese vive a costa del trabajo de los demás. Quiere que cada uno se haga útil según sus facultades». (643).

681. **¿Impone la ley de la naturaleza a los hijos la obligación de trabajar para sus padres?**

> «Ciertamente, como los padres deben trabajar para sus hijos; por eso Dios ha hecho del amor filial y del amor paterno un sentimiento natural, a fin de que, por ese afecto recíproco, los miembros de una misma familia se sientan inclinados a ayudarse mutuamente; esto es lo que con demasiada frecuencia se desconoce en vuestra sociedad actual». (205).

Límite del trabajo. Descanso

682. **Siendo el descanso una necesidad después del trabajo, ¿no es una ley de la naturaleza?**

> «Sin duda, el descanso sirve para reponer las fuerzas del cuerpo, y también es necesario para dejar un poco más de libertad a la inteligencia para elevarse por encima de la materia».

683. **¿Cuál es el límite del trabajo?**

> «El límite de las fuerzas; por lo demás, Dios deja al hombre en libertad».

684. **¿Qué pensar de quienes abusan de su autoridad para imponer a sus subordinados un exceso de trabajo?**

> «Es una de las peores acciones. Todo hombre que tiene el poder de mandar es responsable del exceso de trabajo que impone a sus subordinados, pues transgrede la ley de Dios». (273).

685. ¿Tiene el hombre derecho al descanso en su vejez?

> «Sí, solo está obligado a trabajar en la medida de sus fuerzas».

– Pero ¿qué recurso tiene el anciano que necesita trabajar para vivir y no puede hacerlo?

> «El fuerte debe trabajar para el débil; a falta de familia, la sociedad debe ocupar su lugar: es la ley de caridad».

No basta con decirle al hombre que debe trabajar; también es preciso que quien depende de su trabajo para subsistir encuentre en qué ocuparse, y esto no siempre sucede. Cuando la suspensión del trabajo se generaliza, adquiere las proporciones de una calamidad como la escasez de alimentos.

La ciencia económica busca el remedio en el equilibrio entre la producción y el consumo; pero ese equilibrio, suponiendo que sea posible, siempre tendrá interrupciones, y durante esos intervalos el trabajador necesita seguir viviendo.

Hay un elemento que no se ha tenido suficientemente en cuenta y sin el cual la ciencia económica no es más que una teoría: la educación; no la educación intelectual, sino la educación moral; tampoco la educación moral por medio de los libros, sino la que consiste en el arte de formar el carácter, la que da hábitos, pues la educación es el conjunto de los hábitos adquiridos.

Cuando se piensa en la multitud de individuos arrojados cada día al torrente de la población, sin principios, sin freno y entregados a sus propios instintos, ¿hay que asombrarse de las consecuencias desastrosas que de ello resultan?

Cuando ese arte sea conocido, comprendido y practicado, el hombre traerá al mundo hábitos de orden y de previsión para sí mismo y los suyos, de respeto por lo que es respetable, hábitos que le permitirán atravesar con menos dificultad los malos días inevitables.

El desorden y la imprevisión son dos llagas que solo una educación bien entendida puede curar; ahí está el punto de partida, el elemento real del bienestar, la garantía

de la seguridad de todos.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. IV — LEY DE REPRODUCCIÓN

✦

Población del globo

686. **¿Es la reproducción de los seres vivos una ley de la naturaleza?**

> «Eso es evidente; sin la reproducción, el mundo corporal perecería».

687. **Si la población sigue siempre la progresión creciente que vemos, ¿llegará un momento en que sea excesiva en la tierra?**

> «No; Dios lo prevé y mantiene siempre el equilibrio; no hace nada inútil; el hombre, que solo ve un rincón del cuadro de la naturaleza, no puede juzgar la armonía del conjunto».

Sucesión y perfeccionamiento de las razas

688. **En este momento hay razas humanas que disminuyen de manera evidente; ¿llegará un momento en que hayan desaparecido de la faz de la tierra?**

> «Es cierto; pero es porque otras han ocupado su lugar, como otras ocuparán el vuestro algún día».

689. **¿Son los hombres actuales una nueva creación o los descendientes perfeccionados de los seres primitivos?**

> «Son los mismos Espíritus que han vuelto a perfeccionarse en nuevos cuerpos, pero que todavía están lejos de la perfección. Así, la raza humana actual, que por su aumento tiende a invadir toda la tierra y a reemplazar a las razas que se extinguen, tendrá su período de disminución y desaparición. Otras razas más perfeccionadas la reemplazarán, y descenderán de la raza actual, como los hombres civilizados de hoy descienden de los seres rudos y salvajes de los tiempos primitivos».

690. **Desde el punto de vista puramente físico, ¿son los cuerpos de la raza actual una creación especial, o proceden de los cuerpos primitivos por vía de reproducción?**

> «El origen de las razas se pierde en la noche de los tiempos; pero como todas pertenecen a la gran familia humana, cualquiera que sea el tronco primitivo de cada una, han podido unirse entre sí y producir tipos nuevos».

691. **¿Cuál es, desde el punto de vista físico, el carácter distintivo y dominante de las razas primitivas?**

> «El desarrollo de la fuerza bruta a expensas de la fuerza intelectual; ahora ocurre lo contrario: el hombre hace más mediante la inteligencia que mediante la fuerza del cuerpo, y aun así hace cien veces más, porque ha sabido aprovechar las fuerzas de la naturaleza, cosa que no hacen los animales».

692. **¿Es el perfeccionamiento de las razas animales y vegetales mediante la ciencia contrario a la ley de la naturaleza? ¿Sería más conforme a esta ley dejar que las cosas siguieran su curso normal?**

> «Se debe hacer todo lo posible para alcanzar la perfección, y el propio hombre es un instrumento del que Dios se sirve para alcanzar sus fines. Como la perfección es el objetivo al que tiende la naturaleza, favorecer esa perfección es responder a sus propósitos».

– Pero, en sus esfuerzos por mejorar las razas, el hombre generalmente solo se mueve por un sentimiento personal y no tiene otro objetivo que aumentar sus placeres; ¿no disminuye eso su mérito?

> «¿Qué importa que su mérito sea nulo, con tal de que se realice el progreso? A él le corresponde hacer meritorio su trabajo mediante la intención. Además, con ese trabajo ejercita y desarrolla su inteligencia, y es en ese aspecto donde obtiene mayor provecho».

Obstáculos a la reproducción

693. ¿Son contrarias a la ley de la naturaleza las leyes y las costumbres humanas que tienen por objetivo o por efecto poner obstáculos a la reproducción?

> «Todo lo que entorpece la marcha de la naturaleza es contrario a la ley general».

– Sin embargo, hay especies de seres vivos, animales y plantas, cuya reproducción indefinida sería perjudicial para otras especies y de la que el propio hombre pronto sería víctima; ¿comete un acto reprensible al detener esa reproducción?

> «Dios ha dado al hombre un poder sobre todos los seres vivos que debe usar para el bien, pero del que no debe abusar. Puede regular la reproducción según las necesidades; no debe obstaculizarla sin necesidad. La acción inteligente del hombre es un contrapeso establecido por Dios para restablecer el equilibrio entre las fuerzas de la naturaleza, y eso es también lo que lo distingue de los animales, porque lo hace con conocimiento de causa; pero los propios animales también contribuyen a ese equilibrio, pues el instinto de destrucción que se les ha dado hace que, al mismo tiempo que atienden a su propia conservación, frenen el desarrollo excesivo, y quizá peligroso, de las especies animales y vegetales de las que se alimentan».

694. ¿Qué se debe pensar de las prácticas que tienen por efecto detener la reproducción con el fin de satisfacer la sensualidad?

> «Eso demuestra el predominio del cuerpo sobre el alma, y hasta qué punto el hombre está inmerso en la materia».

Matrimonio y celibato

695. ¿Es el matrimonio, es decir, la unión permanente de dos seres, contrario a la ley de la naturaleza?

> «Es un progreso en la marcha de la humanidad».

696. ¿Qué efecto tendría la abolición del matrimonio sobre la sociedad humana?

> «El retorno a la vida de las bestias».

La unión libre y fortuita de los sexos es el estado de naturaleza. El matrimonio es uno de los primeros actos de progreso en las sociedades humanas, porque establece la solidaridad fraterna y se encuentra en todos los pueblos, aunque en condiciones diversas.

La abolición del matrimonio sería, por tanto, el retorno a la infancia de la humanidad, y situaría al hombre incluso por debajo de ciertos animales que le dan ejemplo de uniones constantes.

697. ¿Está la indisolubilidad absoluta del matrimonio en la ley de la naturaleza o solamente en la ley humana?

> «Es una ley humana muy contraria a la ley de la naturaleza. Pero los hombres pueden cambiar sus leyes: solo las de la naturaleza son inmutables».

698. ¿Es el celibato voluntario un estado de perfección meritorio a los ojos de Dios?

> «No, y quienes viven así por egoísmo desagradan a Dios y engañan a todo el mundo».

699. **¿No es el celibato, por parte de algunas personas, un sacrificio con el fin de dedicarse más plenamente al servicio de la humanidad?**

> «Eso es muy diferente; he dicho: por egoísmo. Todo sacrificio personal es meritorio cuando es por el bien; cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el mérito».

Dios no puede contradecirse ni considerar malo lo que ha hecho; por tanto, no puede ver mérito alguno en la violación de su ley; pero si el celibato, por sí mismo, no es un estado meritorio, no ocurre lo mismo cuando constituye, mediante la renuncia a las alegrías de la familia, un sacrificio realizado en beneficio de la humanidad.

Todo sacrificio personal con miras al bien, y sin segundas intenciones egoístas, eleva al hombre por encima de su condición material.

Poligamia

700. **La igualdad numérica que existe, con escasa diferencia, entre los sexos, ¿es un indicio de la proporción en que deben unirse?**

> «Sí, pues todo tiene una finalidad en la naturaleza».

701. ¿Cuál de las dos, la poligamia o la monogamia, es más conforme a la ley de la naturaleza?

> «La poligamia es una ley humana cuya abolición marca un progreso social. El matrimonio, según los propósitos de Dios, debe fundarse en el afecto de los seres que se unen. Con la poligamia no hay afecto real: solo hay sensualidad».

Si la poligamia fuera conforme a la ley de la naturaleza, debería poder ser universal, lo que sería materialmente imposible, dada la igualdad numérica de los sexos. La poligamia debe considerarse una costumbre, o una legislación particular adaptada a ciertas costumbres, que el perfeccionamiento social hace desaparecer poco a poco.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. V — LEY DE CONSERVACIÓN

✦

Instinto de conservación

702. ¿Es el instinto de conservación una ley de la naturaleza?

> «Sin duda; se les ha dado a todos los seres vivos, sea cual sea el grado de su inteligencia; en unos es puramente mecánico y en otros es razonado».

703. ¿Con qué fin ha dado Dios a todos los seres vivos el instinto de conservación?

> «Porque todos deben contribuir a los designios de la Providencia; por eso Dios les ha dado la necesidad de vivir. Además, la vida es necesaria para el perfeccionamiento de los seres; lo sienten instintivamente sin darse cuenta de ello».

Medios de conservación

704. Al dar al hombre la necesidad de vivir, ¿le ha proporcionado Dios siempre los medios para ello?

> «Sí, y si no los encuentra, es porque no los comprende. Dios no pudo dar al hombre la necesidad de vivir sin darle los medios para ello; por eso hace que la tierra produzca lo necesario para todos sus habitantes, pues solo lo necesario es útil; lo superfluo nunca lo es».

705. **¿Por qué la tierra no produce siempre lo suficiente para proporcionar al hombre lo necesario?**

> «Porque el hombre la descuida, ¡el ingrato! Y, sin embargo, es una madre excelente. A menudo también acusa a la naturaleza de lo que es consecuencia de su ineptitud o de su imprevisión. La tierra produciría siempre lo necesario si el hombre supiera contentarse con ello. Si no basta para todas las necesidades, es porque el hombre emplea en lo superfluo lo que podría destinarse a lo necesario. Mira al árabe en el desierto; siempre encuentra de qué vivir porque no se crea necesidades artificiales; pero cuando la mitad de los productos se desperdicia para satisfacer caprichos, ¿debe el hombre extrañarse de no encontrar nada al día siguiente, y tiene razón al quejarse de carecer de recursos cuando llega el tiempo de escasez? En verdad os digo que no es la naturaleza la que carece de previsión, sino el hombre el que no sabe moderarse».

706. **¿Por bienes de la tierra deben entenderse únicamente los productos del suelo?**

> «El suelo es la fuente primera de la que proceden todos los demás recursos, pues, en definitiva, esos recursos no son más que una transformación de los productos del suelo; por eso hay que entender por bienes de la tierra todo aquello de lo que el hombre puede disfrutar en este mundo».

707. **A menudo, a ciertas personas les faltan los medios de subsistencia, incluso en medio de la abundancia que las rodea; ¿a quién deben culpar?**

«Al egoísmo de los hombres, que no siempre hacen lo que deben; después, y con mayor frecuencia, a sí mismas. Buscad y encontraréis: estas palabras no quieren decir que baste con mirar al suelo para encontrar lo que se desea, sino que hay que buscarlo con empeño y perseverancia, y no con desgana, sin dejarse desanimar por los obstáculos, que muchas veces no son más que medios de poner a prueba vuestra constancia, vuestra paciencia y vuestra firmeza». (534).

Si la civilización multiplica las necesidades, también multiplica las fuentes de trabajo y los medios de vivir; pero hay que reconocer que, en este aspecto, aún le queda mucho por hacer; cuando haya completado su obra, nadie debería poder decir que le falta lo necesario, salvo por su propia culpa. La desgracia, para muchos, es que emprenden un camino que no es el que la naturaleza les ha trazado; entonces les falta la inteligencia necesaria para tener éxito. Hay un lugar al sol para todos, pero con la condición de que cada cual ocupe el suyo y no el de los demás. La naturaleza no puede ser responsable de los vicios de la organización social ni de las consecuencias de la ambición y del amor propio.

Sin embargo, habría que estar ciego para no reconocer el progreso que se ha logrado en este aspecto entre los pueblos más avanzados. Gracias a los loables esfuerzos que la filantropía y la ciencia unidas no cesan de hacer para mejorar las condiciones materiales de los hombres, y a pesar del crecimiento incesante de las poblaciones, la insuficiencia de la producción se ha atenuado, al menos en gran parte, y los años más calamitosos no tienen comparación con lo que eran en tiempos pasados; la hi-

giene pública, ese elemento tan esencial para la fuerza y la salud, desconocido por nuestros padres, es objeto de una atención bien orientada; la desgracia y el sufrimiento encuentran lugares de refugio; en todas partes se recurre a la ciencia para aumentar el bienestar. ¿Quiere esto decir que se haya alcanzado la perfección? ¡Oh! Ciertamente no; pero lo que se ha hecho da la medida de lo que puede hacerse con perseverancia, si el hombre es lo bastante sensato para buscar su felicidad en las cosas positivas y serias, y no en utopías que lo hacen retroceder en vez de avanzar.

708. **¿No hay situaciones en las que los medios de subsistencia no dependen en absoluto de la voluntad del hombre, y en las que la privación de lo más indispensable es consecuencia de la fuerza de las circunstancias?**

«Es una prueba a menudo cruel que debe sufrir, y a la que sabía que estaría expuesto; su mérito está en someterse a la voluntad de Dios, si su inteligencia no le proporciona ningún medio de salir del apuro. Si la muerte ha de alcanzarlo, debe aceptarla sin quejarse, pensando que ha llegado la hora de la verdadera liberación, y que la desesperación del último momento puede hacerle perder el fruto de su resignación».

709. **Quienes, en ciertas situaciones críticas, se han visto reducidos a sacrificar a sus semejantes para alimentarse de ellos, ¿han cometido un crimen? Si hay crimen, ¿lo atenúa la necesidad de vivir que les da el instinto de conservación?**

«Ya he respondido al decir que hay más mérito en soportar todas las pruebas de la vida con valor y abnegación. Hay homicidio y crimen contra la naturaleza, falta que debe ser doblemente castigada».

710. En los mundos donde la organización es más depurada, ¿necesitan alimentarse los seres vivos?

> «Sí, pero sus alimentos están en consonancia con su naturaleza. Esos alimentos no serían lo bastante sustanciosos para vuestros estómagos toscos; del mismo modo, ellos no podrían digerir los vuestros».

Disfrute de los bienes terrenales

711. ¿Es el uso de los bienes de la tierra un derecho de todos los hombres?

> «Ese derecho es consecuencia de la necesidad de vivir. Dios no puede haber impuesto un deber sin haber dado el medio de cumplirlo».

712. ¿Con qué fin ha hecho Dios atractivo el disfrute de los bienes materiales?

> «Para impulsar al hombre a cumplir su misión, y también para ponerlo a prueba mediante la tentación».

– ¿Cuál es el fin de esa tentación?

> «Desarrollar su razón, que debe preservarlo de los excesos».

Si el hombre solo se hubiera sentido impulsado a usar los bienes de la tierra por su utilidad, su indiferencia habría podido comprometer la armonía del universo: Dios le ha dado el atractivo del placer, que lo incita a cumplir los designios de la Providencia. Pero, mediante ese mismo atractivo, Dios ha querido además ponerlo a prueba con la tentación que lo arrastra hacia el abuso, del que su razón debe defenderlo.

713. **¿Tienen los goces límites trazados por la naturaleza?**

> «Sí, para indicaros el límite de lo necesario; pero con vuestros excesos llegáis a la saciedad y os castigáis vosotros mismos».

714. **¿Qué pensar del hombre que busca en los excesos de toda clase un refinamiento de sus goces?**

> «¡Pobre ser, al que hay que compadecer y no envidiar, pues está muy cerca de la muerte!».

– **¿Se acerca a la muerte física o a la muerte moral?**

> «A una y a otra».

El hombre que busca en los excesos de toda clase un refinamiento de los goces se sitúa por debajo del animal, pues este sabe detenerse cuando ha satisfecho su necesidad.

Renuncia a la razón que Dios le ha dado como guía, y cuanto mayores son sus excesos, más dominio concede a su naturaleza animal sobre su naturaleza espiritual.

Las enfermedades, los achaques e incluso la muerte, que son consecuencia del abuso, son al mismo tiempo el castigo por transgredir la ley de Dios.

Lo necesario y lo superfluo

715. **¿Cómo puede el hombre conocer el límite de lo necesario?**

> «El sabio lo conoce por intuición; muchos lo conocen por experiencia y a su costa».

716. **¿No ha trazado la naturaleza el límite de nuestras necesidades mediante nuestra organización?**

> «Sí, pero el hombre es insaciable. La naturaleza ha trazado el límite de sus necesidades mediante su organización, pero los vicios han alterado su constitución y le han creado necesidades que no son las reales».

717. **¿Qué pensar de quienes acaparan los bienes de la tierra para procurarse lo superfluo en perjuicio de quienes carecen de lo necesario?**

> «Desconocen la ley de Dios y tendrán que responder de las privaciones que hayan hecho sufrir».

El límite entre lo necesario y lo superfluo no tiene nada de absoluto. La civilización ha creado necesidades que no existen en el estado salvaje, y los Espíritus que han dictado estos preceptos no pretenden que el hombre civilizado deba vivir como el salvaje.

Todo es relativo, y corresponde a la razón dar a cada cosa su justa medida. La civilización desarrolla el sentido moral y, al mismo tiempo, el sentimiento de caridad que lleva a los hombres a prestarse apoyo mutuo.

Quienes viven a costa de las privaciones de los demás explotan los beneficios de la civilización en provecho propio; de la civilización solo tienen el barniz, como hay personas que de la religión solo tienen la máscara.

Privaciones voluntarias. Mortificaciones

718. **¿Obliga la ley de conservación a atender las necesidades del cuerpo?**

> «Sí, sin fuerza ni salud el trabajo es imposible».

719. **¿Es censurable que el hombre busque el bienestar?**

> «El bienestar es un deseo natural; Dios solo prohíbe el abuso, porque el abuso es contrario a la conservación; no considera un crimen buscar el bienestar, siempre que ese bienestar no se adquiera a costa de nadie y no haya de debilitar vuestras fuerzas morales ni físicas».

720. **¿Tienen mérito a los ojos de Dios las privaciones voluntarias con vistas a una expiación también voluntaria?**

> «Haced el bien a los demás y tendréis mayor mérito».

– **¿Hay privaciones voluntarias que sean meritorias?**

> «Sí, la privación de los goces inútiles, porque desprende al hombre de la materia y eleva su alma. Lo meritorio es resistir la tentación que incita a los excesos o al disfrute de cosas inútiles; es quitarse de lo necesario para dar a quienes no tienen bastante. Si la privación no es más que una vana apariencia, es una burla».

721. **La vida de mortificaciones ascéticas se ha practicado desde la más remota antigüedad y entre diferentes pueblos; ¿es meritoria desde algún punto de vista?**

> «Preguntaos a quién sirve y tendréis la respuesta. Si solo sirve a quien la practica y le impide hacer el bien, es egoísmo, cualquiera que sea el pretexto con que se lo encubra. Privarse y trabajar por los demás es la verdadera mortificación, según la caridad cristiana».

722. **¿Tiene fundamento racional la abstención de ciertos alimentos prescrita entre diversos pueblos?**

> «Todo aquello de lo que el hombre pueda alimentarse sin perjuicio para su salud está permitido; pero algunos legisladores han podido prohibir ciertos alimentos con un fin útil y, para dar más crédito a sus leyes, las han presentado como procedentes de Dios».

723. **¿Es la alimentación animal contraria a la ley de la naturaleza en el hombre?**

> «En vuestra constitución física, la carne nutre a la carne; de otro modo, el hombre se debilita. La ley de conservación impone al hombre el deber de mantener sus fuerzas y su salud para cumplir la ley del trabajo. Por lo tanto, debe alimentarse según lo requiera su organización».

724. **¿Es meritoria la abstención de alimentos animales o de otro tipo como expiación?**

> «Sí, si uno se priva por los demás; pero Dios no puede ver una mortificación donde no hay una privación seria y útil; por eso decimos que quienes solo se privan en apariencia son hipócritas». (720).

725. ¿Qué pensar de las mutilaciones practicadas en el cuerpo del hombre o de los animales?

> «¿A qué viene semejante pregunta? Preguntaos, pues, una vez más si una cosa es útil. Lo inútil no puede agradar a Dios, y lo perjudicial siempre le desagrada; pues, sabedlo bien, Dios solo es sensible a los sentimientos que elevan el alma hacia él; es practicando su ley como podréis desprenderos de vuestra materia terrenal, y no violándola».

726. Si los sufrimientos de este mundo nos elevan por la manera en que los soportamos, ¿nos elevan también los que nos creamos voluntariamente?

> «Los únicos sufrimientos que elevan son los naturales, porque vienen de Dios; los sufrimientos voluntarios no sirven de nada cuando no contribuyen al bien ajeno. ¿Crees que quienes acortan su vida con rigores sobrehumanos, como hacen los bonzos, los faquires y ciertos fanáticos de varias sectas, avanzan en su camino? ¿Por qué no trabajan más bien por el bien de sus semejantes? Que vistan al indigente; que consuelen al que llora; que trabajen por quien está impedido; que soporten privaciones para aliviar a los desdichados; entonces su vida será útil y agradable a Dios. Cuando en los sufrimientos voluntarios que se soportan solo se piensa en uno mismo, es egoísmo; cuando se sufre por los demás, es caridad: tales son los preceptos de Cristo».

727. **Si no debemos crearnos sufrimientos voluntarios que no sean de ninguna utilidad para los demás, ¿debemos tratar de preservarnos de los que prevemos o nos amenazan?**

> «El instinto de conservación se ha dado a todos los seres contra los peligros y los sufrimientos. Fustigad vuestro espíritu y no vuestro cuerpo, mortificad vuestro orgullo, sofocad vuestro egoísmo, semejante a una serpiente que os roe el corazón, y haréis más por vuestro progreso que mediante rigores que ya no son de este siglo».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. VI — LEY DE DESTRUCCIÓN

✦

Destrucción necesaria y destrucción abusiva

728. ¿Es la destrucción una ley de la naturaleza?

> «Es preciso que todo se destruya para renacer y regenerarse; pues lo que ustedes llaman destrucción no es más que una transformación cuyo fin es la renovación y la mejora de los seres vivos».

– ¿Se habría dado entonces el instinto de destrucción a los seres vivos con fines providenciales?

> «Las criaturas de Dios son los instrumentos de los que se sirve para alcanzar sus fines. Para alimentarse, los seres vivos se destruyen entre sí, con el doble propósito de mantener el equilibrio en la reproducción, que podría llegar a ser excesiva, y de aprovechar los restos de la envoltura exterior. Pero solo se destruye esa envoltura, y esta no es más que lo accesorio y no la parte esencial del ser pensante; la parte esencial es el principio inteligente, que es indestructible y se va formando en las distintas metamorfosis por las que pasa».

729. **Si la destrucción es necesaria para la regeneración de los seres, ¿por qué la naturaleza los rodea de medios de preservación y conservación?**

> «Para que la destrucción no llegue antes del tiempo necesario. Toda destrucción anticipada obstaculiza el desarrollo del principio inteligente; por eso Dios ha dado a cada ser la necesidad de vivir y reproducirse».

730. **Puesto que la muerte debe conducirnos a una vida mejor, nos libera de los males de esta y, por tanto, es más deseable que temible, ¿por qué el hombre siente un horror instintivo hacia ella que lo lleva a temerla?**

> «Ya lo hemos dicho: el hombre debe procurar prolongar su vida para cumplir su tarea; por eso Dios le ha dado el instinto de conservación, y ese instinto lo sostiene en las pruebas; sin él, se dejaría llevar demasiado a menudo por el desaliento. La voz secreta que lo hace rechazar la muerte le dice que todavía puede hacer algo por su progreso. Cuando un peligro lo amenaza, es una advertencia para que aproveche el respiro que Dios le concede; pero, ¡ingrato!, con más frecuencia da gracias por ello a su estrella que a su Creador».

731. **¿Por qué, junto a los medios de conservación, la naturaleza ha colocado al mismo tiempo los agentes destructores?**

> «El remedio junto al mal; ya lo hemos dicho: es para mantener el equilibrio y servir de contrapeso».

732. **¿Es la misma la necesidad de destrucción en todos los mundos?**

> «Es proporcional al estado más o menos material de los mundos; cesa con un estado físico y moral más depurado. En los mundos más avanzados que el suyo, las condiciones de existencia son completamente distintas».

733. **¿Existirá siempre la necesidad de destrucción entre los hombres en la tierra?**

> «La necesidad de destrucción se debilita en el hombre a medida que el Espíritu se impone a la materia; por eso ven que el horror a la destrucción acompaña al desarrollo intelectual y moral».

734. **En su estado actual, ¿tiene el hombre un derecho ilimitado de destrucción sobre los animales?**

> «Ese derecho está regulado por la necesidad de procurar su alimento y su seguridad; el abuso nunca ha sido un derecho».

735. **¿Qué pensar de la destrucción que supera los límites de las necesidades y de la seguridad; de la caza, por ejemplo, cuando solo tiene por fin el placer de destruir sin utilidad?**

> «Predominio de la bestialidad sobre la naturaleza espiritual. Toda destrucción que supera los límites de la necesidad es una violación de la ley de Dios. Los animales solo destruyen para satisfacer sus necesidades; pero el hombre, que tiene libre albedrío, destruye sin necesidad; deberá rendir cuentas del abuso de la libertad que se le ha concedido, pues en ese caso cede a los malos instintos».

736. ¿Tienen un mérito particular los pueblos que llevan al exceso el escrúpulo relativo a la destrucción de los animales?

> «Es un exceso de un sentimiento loable en sí mismo, pero que se vuelve abusivo y cuyo mérito queda anulado por abusos de muchas otras clases. Hay en ellos más temor supersticioso que verdadera bondad».

Calamidades destructoras

737. ¿Con qué fin golpea Dios a la humanidad con calamidades destructoras?

> «Para hacerla avanzar más deprisa. ¿No hemos dicho que la destrucción es necesaria para la regeneración moral de los Espíritus, que obtienen en cada nueva existencia un nuevo grado de perfección? Hay que ver el fin para apreciar los resultados. Ustedes solo los juzgan desde su punto de vista personal y los llaman calamidades por el perjuicio que les ocasionan; pero esas conmociones son a menudo necesarias para que llegue más pronto un orden de cosas mejor, y en pocos años lo que habría exigido muchos siglos». (744).

738. **¿No podía Dios emplear otros medios que las calamidades destructoras para mejorar a la humanidad?**

> «Sí, y los emplea todos los días, puesto que ha dado a cada uno los medios de progresar mediante el conocimiento del bien y del mal. Es el hombre quien no los aprovecha; es preciso castigarlo en su orgullo y hacerle sentir su debilidad».

– Pero en esas calamidades el hombre de bien sucumbe igual que el perverso; ¿es eso justo?

> «Durante la vida, el hombre lo refiere todo a su cuerpo; pero después de la muerte piensa de otro modo y, como hemos dicho, la vida del cuerpo es poca cosa; un siglo de su mundo es un relámpago en la eternidad; por tanto, los sufrimientos de lo que ustedes llaman unos meses o unos días no son nada; es una enseñanza para ustedes, que les sirve en el porvenir. Los Espíritus constituyen el mundo real, que preexiste y sobrevive a todo (85); son los hijos de Dios y el objeto de todos sus cuidados; los cuerpos no son más que los disfraces bajo los cuales aparecen en el mundo. En las grandes calamidades que diezman a los hombres, sucede como con un ejército que, durante la guerra, ve sus ropas gastadas, desgarradas o perdidas. El general se preocupa más por sus soldados que por sus ropas».

– Pero ¿las víctimas de esas calamidades no siguen siendo víctimas?

> «Si se considerara la vida por lo que es y lo poco que representa frente al infinito, se le daría menos importancia. Esas víctimas encontrarán en otra existencia una amplia compensación a sus sufrimientos si saben soportarlos sin quejarse».

Ya llegue la muerte por una calamidad o por una causa ordinaria, hay que morir cuando ha sonado la hora de partir; la única diferencia es que parten más personas a la vez. Si pudiéramos elevarnos con el pensamiento hasta contemplar a la humanidad desde lo alto y abarcarla por entero, esas calamidades tan terribles solo nos parecerían tormentas pasajeras en el destino del mundo.

739. **¿Tienen las calamidades destructoras una utilidad desde el punto de vista físico, a pesar de los males que ocasionan?**

> «Sí, a veces cambian el estado de una región; pero el bien que resulta de ello a menudo solo lo perciben las generaciones futuras».

740. **¿No serían también las calamidades pruebas morales para el hombre, que lo enfrentan a las necesidades más duras?**

> «Las calamidades son pruebas que proporcionan al hombre la ocasión de ejercitar su inteligencia, mostrar su paciencia y su resignación a la voluntad de Dios, y le permiten desplegar sus sentimientos de abnegación, desinterés y amor al prójimo, si no está dominado por el egoísmo».

741. **¿Puede el hombre evitar las calamidades que lo afligen?**

> «Sí, una parte de ellas; pero no como se entiende generalmente. Muchas calamidades son consecuencia de su falta de previsión; a medida que adquiere conocimientos y experiencia, puede evitarlas, es decir, prevenirlas si sabe buscar sus causas. Pero entre los males que afligen a la humanidad hay algunos de carácter general que están en los decretos de la Providencia y cuyas repercusiones recibe cada individuo en mayor o menor medida; a esos males el hombre solo puede oponer la resignación a la voluntad de Dios; y aun esos males suelen verse agravados por su despreocupación».

Entre las calamidades destructoras, naturales e independientes del hombre, hay que situar en primer lugar la peste, el hambre, las inundaciones y las inclemencias del tiempo que destruyen los productos de la tierra.

Pero ¿no ha encontrado el hombre en la ciencia, en las obras de ingeniería, en el perfeccionamiento de la agricultura, en la rotación de cultivos y los riegos, y en el estudio de las condiciones higiénicas, los medios de neutralizar o, al menos, de atenuar muchos desastres? ¿No están hoy a salvo de ellos ciertas regiones que antes fueron devastadas por terribles calamidades? ¿Qué no hará entonces el hombre por su bienestar material cuando sepa aprovechar todos los recursos de su inteligencia y cuando, al cuidado de su conservación personal, sepa unir el sentimiento de una verdadera caridad hacia sus semejantes? (707).

Guerras

742. ¿Cuál es la causa que lleva al hombre a la guerra?

> «Predominio de la naturaleza animal sobre la naturaleza espiritual y satisfacción de las pasiones. En el estado de barbarie, los pueblos solo conocen el derecho del más fuerte; por eso la guerra es para ellos un estado normal. A medida que el hombre progresa, se vuelve menos frecuente, porque evita sus causas; y cuando es necesaria, sabe unir a ella la humanidad».

743. ¿Desaparecerá algún día la guerra de la faz de la tierra?

> «Sí, cuando los hombres comprendan la justicia y practiquen la ley de Dios; entonces todos los pueblos serán hermanos».

744. ¿Cuál ha sido el propósito de la Providencia al hacer necesaria la guerra?

> «La libertad y el progreso».

– Si la guerra debe tener como efecto alcanzar la libertad, ¿cómo es que a menudo tiene por fin y por resultado el sometimiento?

> «Sometimiento momentáneo para cansar a los pueblos, a fin de hacerlos llegar más deprisa».

745. ¿Qué pensar de quien provoca la guerra en su propio provecho?

> «Ese es el verdadero culpable, y necesitará muchas existencias para expiar todos los asesinatos de los que haya sido la causa, pues responderá por cada hombre cuya muerte haya causado para satisfacer su ambición».

Asesinato

746. **¿Es el asesinato un crimen a los ojos de Dios?**

> «Sí, un gran crimen; pues quien quita la vida a su semejante trunca una vida de expiación o de misión, y ahí está el mal».

747. **¿Tiene siempre el asesinato el mismo grado de culpabilidad?**

> «Ya lo hemos dicho: Dios es justo; juzga la intención más que el hecho».

748. **¿Excusa Dios el asesinato en caso de legítima defensa?**

> «Solo la necesidad puede excusarlo; pero si se puede preservar la propia vida sin atentar contra la del agresor, se debe hacerlo».

749. **¿Es el hombre culpable de los asesinatos que comete durante la guerra?**

> «No, cuando se ve obligado a ello por la fuerza; pero es culpable de las crueldades que comete, y se tendrá en cuenta su humanidad».

750. **¿Quién es más culpable a los ojos de Dios, el parricida o el infanticida?**

> «Ambos lo son por igual, pues todo crimen es un crimen».

751. ¿Cómo es que, en ciertos pueblos ya avanzados desde el punto de vista intelectual, el infanticidio forma parte de las costumbres y está consagrado por la legislación?

> «El desarrollo intelectual no implica necesariamente el bien; el Espíritu superior en inteligencia puede ser malo; es aquel que ha vivido mucho sin mejorar: sabe».

Crueldad

752. ¿Se puede vincular el sentimiento de crueldad al instinto de destrucción?

> «Es el instinto de destrucción en lo que tiene de peor, pues si la destrucción es a veces una necesidad, la crueldad nunca lo es; siempre es el resultado de una mala naturaleza».

753. ¿A qué se debe que la crueldad sea el rasgo dominante de los pueblos primitivos?

> «En los pueblos primitivos, como tú los llamas, la materia predomina sobre el Espíritu; se abandonan a los instintos de la bestia y, como no tienen otras necesidades que las de la vida del cuerpo, solo piensan en su conservación personal, lo que los hace generalmente crueles. Además, los pueblos cuyo desarrollo es imperfecto están bajo el dominio de Espíritus igualmente imperfectos que les son afines, hasta que pueblos más avanzados vienen a destruir o debilitar esa influencia».

754. ¿No se debe la crueldad a la ausencia del sentido moral?

> «Di que el sentido moral no está desarrollado, pero no digas que está ausente, pues existe en principio en todos los hombres; ese sentido moral es el que más tarde los convierte en seres buenos y humanos. Existe, pues, en el salvaje, pero está en él como el principio del perfume está en el germen de la flor antes de que esta se abra».

Todas las facultades existen en el hombre en estado rudimentario o latente; se desarrollan según las circunstancias les sean más o menos favorables. El desarrollo excesivo de unas detiene o neutraliza el de otras. La sobreexcitación de los instintos materiales ahoga, por así decirlo, el sentido moral, del mismo modo que el desarrollo del sentido moral debilita poco a poco las facultades puramente animales.

755. ¿Cómo es que en el seno de la civilización más avanzada se encuentran seres a veces tan crueles como los salvajes?

> «Como en un árbol cargado de buenos frutos se encuentran algunos malogrados. Son, si quieres, salvajes que de la civilización solo tienen la vestimenta, lobos extraviados entre las ovejas. Espíritus de un orden inferior y muy atrasados pueden encarnarse entre hombres avanzados con la esperanza de avanzar ellos mismos; pero si la prueba es demasiado dura, la naturaleza primitiva se impone».

756. **¿Se verá algún día la sociedad de los hombres de bien libre de los seres malvados?**

> «La humanidad progresa; esos hombres dominados por el instinto del mal, y que están fuera de lugar entre las personas de bien, desaparecerán poco a poco, como el grano malo se separa del bueno después de que este ha sido aventado, pero para renacer bajo otra envoltura; y, como tendrán más experiencia, comprenderán mejor el bien y el mal. Tienes un ejemplo de ello en las plantas y los animales que el hombre ha aprendido a perfeccionar, y en los que desarrolla cualidades nuevas. Pues bien, solo después de varias generaciones el perfeccionamiento llega a ser completo. Es la imagen de las distintas existencias del hombre».

Duelo

757. **¿Puede considerarse el duelo como un caso de legítima defensa?**

> «No, es un asesinato y una costumbre absurda, digna de los bárbaros. Con una civilización más avanzada y más moral, el hombre comprenderá que el duelo es tan ridículo como los combates que antaño se consideraban el juicio de Dios».

758. **¿Puede considerarse el duelo como un asesinato por parte de quien, conociendo su propia debilidad, está casi seguro de sucumbir?**

> «Es un suicidio».

– Y cuando las posibilidades son iguales, ¿es un asesinato o un suicidio?

> «Es ambas cosas».

En todos los casos, incluso cuando las posibilidades son iguales, el duelista es culpable, primero porque atenta fríamente y de forma deliberada contra la vida de su semejante; segundo, porque expone su propia vida inútilmente y sin provecho para nadie.

759. **¿Qué valor tiene lo que se llama el punto de honor en materia de duelo?**

> «El orgullo y la vanidad: dos llagas de la humanidad».

– Pero ¿no hay casos en los que el honor está verdaderamente comprometido y en los que negarse sería una cobardía?

> «Eso depende de las costumbres y los usos; cada país y cada siglo tienen al respecto una manera de ver diferente; cuando los hombres sean mejores y estén más avanzados en moral, comprenderán que el verdadero punto de honor está por encima de las pasiones terrenales, y que no es matando o haciéndose matar como se repara un agravio».

Hay más grandeza y verdadero honor en reconocerse culpable si uno está equivocado, o en perdonar si tiene razón, y en todos los casos en despreciar los insultos que no pueden afectarnos.

Pena de muerte

760. ¿Desaparecerá algún día la pena de muerte de la legislación humana?

> «La pena de muerte desaparecerá indiscutiblemente, y su supresión marcará un progreso en la humanidad. Cuando los hombres estén más esclarecidos, la pena de muerte quedará completamente abolida en la tierra; los hombres ya no necesitarán ser juzgados por los hombres. Hablo de un tiempo que todavía está bastante lejos de vosotros».

El progreso social deja sin duda todavía mucho que desear, pero sería injusto con la sociedad moderna no ver un progreso en las restricciones impuestas a la pena de muerte entre los pueblos más avanzados y en la naturaleza de los crímenes a los que se limita su aplicación.

Si se comparan las garantías con las que la justicia, entre esos mismos pueblos, se esfuerza por rodear al acusado, la humanidad con la que lo trata, aun cuando es reconocido culpable, con lo que se practicaba en tiempos que todavía no están muy lejanos, no se puede desconocer la senda de progreso por la que marcha la humanidad.

761. La ley de conservación da al hombre el derecho de preservar su propia vida; ¿no hace uso de ese derecho cuando elimina de la sociedad a un miembro peligroso?

> «Hay otros medios de protegerse del peligro que matarlo. Además, hay que abrir al criminal la puerta del arrepentimiento y no cerrársela».

762. **Si la pena de muerte puede ser desterrada de las sociedades civilizadas, ¿no fue una necesidad en tiempos menos avanzados?**

> «Necesidad no es la palabra; el hombre siempre cree que una cosa es necesaria cuando no encuentra nada mejor; a medida que se esclarece, comprende mejor lo que es justo o injusto y repudia los excesos cometidos en los tiempos de ignorancia en nombre de la justicia».

763. **¿Es la restricción de los casos en los que se aplica la pena de muerte un indicio de progreso en la civilización?**

> «¿Puedes dudarlo? ¿No se rebela tu Espíritu al leer el relato de las carnicerías humanas que se hacían antaño en nombre de la justicia, y a menudo en honor de la Divinidad; de las torturas a las que se sometía al condenado, e incluso al acusado para arrancarle, mediante sufrimientos extremos, la confesión de un crimen que a menudo no había cometido? Pues bien, si hubieras vivido en aquellos tiempos, lo habrías encontrado completamente natural, y quizá tú, como juez, habrías hecho lo mismo. Así es como lo que parecía justo en una época parece bárbaro en otra. Solo las leyes divinas son eternas; las leyes humanas cambian con el progreso; seguirán cambiando hasta que se pongan en armonía con las leyes divinas».

764. **Jesús dijo: Quien ha matado a espada perecerá a espada. ¿No son estas palabras la consagración de la pena del talión, y la muerte infligida al asesino no es la aplicación de esa pena?**

> «¡Tened cuidado! Habéis interpretado mal esas palabras, como muchas otras. La pena del talión es la justicia de Dios; es él quien la aplica. Todos vosotros sufrís a cada instante esa pena, pues sois castigados por aquello en lo que habéis pecado, en esta vida o en otra; quien ha hecho sufrir a sus semejantes estará en una situación en la que sufrirá él mismo lo que haya hecho padecer; ese es el sentido de esas palabras de Jesús; pero ¿no os dijo también: Perdonad a vuestros enemigos; y no os enseñó a pedir a Dios que os perdone vuestras ofensas como vosotros mismos hayáis perdonado, es decir, en la misma proporción en que hayáis perdonado? Comprended bien esto».

765. **¿Qué pensar de la pena de muerte infligida en nombre de Dios?**

> «Es ocupar el lugar de Dios en la justicia. Quienes actúan así muestran cuán lejos están de comprender a Dios, y que todavía tienen muchas cosas que expiar. La pena de muerte es un crimen cuando se aplica en nombre de Dios, y quienes la infligen cargan con ella como con otros tantos asesinatos».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. VII — LEY DE SOCIEDAD

✦

Necesidad de la vida social

766. ¿Está la vida social en la naturaleza?

> «Ciertamente; Dios hizo al hombre para vivir en sociedad. Dios no dio inútilmente al hombre la palabra y todas las demás facultades necesarias para la vida de relación».

767. ¿Es el aislamiento absoluto contrario a la ley de la naturaleza?

> «Sí, puesto que los hombres buscan la sociedad por instinto y todos deben contribuir al progreso ayudándose mutuamente».

768. Al buscar la sociedad, ¿el hombre solo obedece a un sentimiento personal, o hay en ese sentimiento un fin providencial más general?

> «El hombre debe progresar; solo no puede hacerlo, porque no tiene todas las facultades; necesita el contacto con los demás hombres. En el aislamiento, se embrutece y se debilita».

Ningún hombre tiene facultades completas; mediante la unión social se complementan unos a otros para asegurar su bienestar y progresar; por eso, al necesitarse unos a otros, están hechos para vivir en sociedad y no aislados.

Vida de aislamiento. Voto de silencio

769. **Se comprende que, como principio general, la vida social esté en la naturaleza; pero como todos los gustos también están en la naturaleza, ¿por qué habría de ser condenable el del aislamiento absoluto, si el hombre encuentra en él su satisfacción?**

> «Satisfacción de egoísta. También hay hombres que encuentran satisfacción en embriagarse; ¿los apruebas? Dios no puede ver con agrado una vida por la cual uno se condena a no ser útil a nadie».

770. **¿Qué pensar de los hombres que viven en reclusión absoluta para huir del contacto pernicioso del mundo?**

> «Doble egoísmo».

– Pero si ese retiro tiene por objeto una expiación mediante una privación penosa que uno se impone, ¿no es meritorio?

> «Hacer más bien del mal que se ha hecho es la mejor expiación. Al evitar un mal, cae en otro, puesto que olvida la ley de amor y de caridad».

771. **¿Qué pensar de quienes huyen del mundo para dedicarse a aliviar a los desdichados?**

> «Esos se elevan al humillarse. Tienen el doble mérito de situarse por encima de los placeres materiales y de hacer el bien mediante el cumplimiento de la ley del trabajo».

– **¿Y de quienes buscan en el retiro la tranquilidad que requieren ciertos trabajos?**

> «Ese no es el retiro absoluto del egoísta; no se aíslan de la sociedad, puesto que trabajan para ella».

772. **¿Qué pensar del voto de silencio prescrito por ciertas sectas desde la más remota antigüedad?**

> «Preguntaos más bien si la palabra está en la naturaleza y por qué Dios la dio. Dios condena el abuso y no el uso de las facultades que ha concedido. Sin embargo, el silencio es útil, pues en el silencio te recoges; tu espíritu se vuelve más libre y puede entonces entrar en comunicación con nosotros; pero el voto de silencio es una necedad. Sin duda, quienes consideran esas privaciones voluntarias como actos de virtud tienen buena intención; pero se equivocan porque no comprenden suficientemente las verdaderas leyes de Dios».

El voto de silencio absoluto, al igual que el voto de aislamiento, priva al hombre de las relaciones sociales que pueden proporcionarle ocasiones de hacer el bien y de cumplir la ley del progreso.

Lazos de familia

773. **¿Por qué, entre los animales, los padres y las crías dejan de reconocerse cuando estas ya no necesitan cuidados?**

> «Los animales viven la vida material y no la vida moral. La ternura de la madre por sus crías tiene como principio el instinto de conservación de los seres a los que ha dado la vida; cuando esos seres pueden valerse por sí mismos, su tarea está cumplida, la naturaleza no le pide más; por eso los abandona para ocuparse de los recién llegados».

774. **Hay personas que deducen del abandono de las crías de los animales por sus padres que, en el hombre, los lazos de familia son solo un resultado de las costumbres sociales y no una ley de la naturaleza; ¿qué debemos pensar de ello?**

> «El hombre tiene un destino distinto al de los animales; ¿por qué, entonces, querer siempre equipararlo a ellos? En él hay algo más que necesidades físicas: está la necesidad del progreso; los lazos sociales son necesarios para el progreso, y los lazos de familia estrechan los lazos sociales: por eso los lazos de familia son una ley de la naturaleza. Dios quiso que los hombres aprendieran así a amarse como hermanos». (205).

775. **¿Cuál sería, para la sociedad, el resultado del debilitamiento de los lazos de familia?**

> «Un recrudecimiento del egoísmo».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. VIII — LEY DEL PROGRESO

✦

Estado de naturaleza

776. ¿El estado de naturaleza y la ley natural son lo mismo?

> «No, el estado de naturaleza es el estado primitivo. La civilización es incompatible con el estado de naturaleza, mientras que la ley natural contribuye al progreso de la humanidad».

El estado de naturaleza es la infancia de la humanidad y el punto de partida de su desarrollo intelectual y moral. Como el ser humano es perfectible y lleva en sí el germen de su mejora, no está destinado a vivir perpetuamente en el estado de naturaleza, como tampoco está destinado a vivir perpetuamente en la infancia; el estado de naturaleza es transitorio, y el ser humano sale de él mediante el progreso y la civilización.

La ley natural, por el contrario, rige a toda la humanidad, y el ser humano mejora a medida que comprende y practica mejor esta ley.

777. En el estado de naturaleza, el ser humano, al tener menos necesidades, no padece todas las tribulaciones que se crea en un estado más avanzado; ¿qué pensar de la opinión de quienes consideran ese estado como el de la más perfecta felicidad en la tierra?

> «¡Qué quieres! Es la felicidad del animal; hay personas que no comprenden otra. Es ser feliz a la manera de los animales. Los niños también son más felices que los adultos».

778. **¿Puede el ser humano retroceder hacia el estado de naturaleza?**

> «No, el ser humano debe progresar sin cesar y no puede volver al estado de infancia. Si progresa, es porque Dios así lo quiere; pensar que puede retroceder hacia su condición primitiva sería negar la ley del progreso».

Marcha del progreso

779. **¿El ser humano encuentra en sí mismo la fuerza para progresar, o el progreso es solo el producto de una enseñanza?**

> «El ser humano se desarrolla por sí mismo de manera natural; pero no todos progresan al mismo tiempo y de la misma manera; entonces los más avanzados ayudan al progreso de los demás mediante el contacto social».

780. **¿El progreso moral sigue siempre al progreso intelectual?**

> «Es su consecuencia, pero no siempre lo sigue de inmediato». (192-365).
>
> – ¿Cómo puede el progreso intelectual conducir al progreso moral?
>
> «Haciendo comprender el bien y el mal; entonces el ser humano puede elegir. El desarrollo del libre albedrío sigue al desarrollo de la inteligencia y aumenta la responsabilidad de los actos».

– ¿Cómo se explica entonces que los pueblos más ilustrados sean a menudo los más pervertidos?

> «El progreso completo es la meta, pero los pueblos, al igual que los individuos, solo llegan a ella paso a paso. Hasta que el sentido moral se haya desarrollado en ellos, pueden incluso servirse de su inteligencia para hacer el mal. La moral y la inteligencia son dos fuerzas que solo se equilibran con el tiempo». (365-751).

781. **¿Le es dado al ser humano detener la marcha del progreso?**

> «No, pero sí obstaculizarla algunas veces».

– ¿Qué pensar de los hombres que intentan detener la marcha del progreso y hacer retroceder a la humanidad?

> «Pobres seres a quienes Dios castigará; serán derribados por el torrente que quieren detener».

Como el progreso es una condición de la naturaleza humana, nadie tiene el poder de oponerse a él. Es una fuerza viva que las malas leyes pueden retrasar, pero no sofocar.

Cuando esas leyes se vuelven incompatibles con él, las rompe junto con todos los que intentan mantenerlas, y así será hasta que el ser humano haya puesto sus leyes en consonancia con la justicia divina, que quiere el bien para todos, y no leyes hechas por el fuerte en perjuicio del débil.

782. **¿No hay hombres que obstaculizan el progreso de buena fe, creyendo favorecerlo porque lo ven desde su punto de vista, y a menudo donde no está?**

> «Una piedrecita puesta bajo la rueda de un carro grande, que no le impide avanzar».

783. ¿El perfeccionamiento de la humanidad sigue siempre una marcha progresiva y lenta?

> «Existe el progreso regular y lento que resulta de la fuerza de las cosas; pero cuando un pueblo no avanza con suficiente rapidez, Dios le provoca, de vez en cuando, una sacudida física o moral que lo transforma».

El ser humano no puede permanecer perpetuamente en la ignorancia, porque debe llegar a la meta señalada por la Providencia: se ilustra por la fuerza de las cosas. Las revoluciones morales, al igual que las revoluciones sociales, se infiltran poco a poco en las ideas; germinan durante siglos y luego estallan de pronto y hacen derrumbarse el edificio carcomido del pasado, que ya no está en armonía con las nuevas necesidades y las nuevas aspiraciones. A menudo, el ser humano solo percibe en estas conmociones el desorden y la confusión momentáneos que afectan sus intereses materiales; quien eleva su pensamiento por encima de su propia persona admira los designios de la Providencia, que del mal hace surgir el bien. Son la tempestad y la tormenta las que purifican la atmósfera después de haberla alterado.

784. La perversidad del ser humano es muy grande, ¿y no parece que marcha hacia atrás en lugar de avanzar, al menos desde el punto de vista moral?

> «Te equivocas; observa bien el conjunto y verás que avanza, puesto que comprende mejor lo que está mal y cada día corrige abusos. Hace falta el exceso del mal para hacer comprender la necesidad del bien y de las reformas».

785. **¿Cuál es el mayor obstáculo para el progreso?**

«El orgullo y el egoísmo; me refiero al progreso moral, pues el progreso intelectual avanza siempre; incluso parece, a primera vista, dar a esos vicios una actividad redoblada al desarrollar la ambición y el amor a las riquezas, que, a su vez, impulsan al ser humano a las investigaciones que ilustran su Espíritu. Así es como todo se relaciona en el mundo moral, al igual que en el mundo físico, y del mal mismo puede surgir el bien; pero este estado de cosas solo durará un tiempo; cambiará a medida que el ser humano comprenda mejor que, fuera del disfrute de los bienes terrenales, hay una felicidad infinitamente mayor e infinitamente más duradera». (Véase Egoísmo, capítulo XII).

Hay dos clases de progreso que se prestan apoyo mutuo y, sin embargo, no avanzan a la par: el progreso intelectual y el progreso moral. Entre los pueblos civilizados, el primero recibe, en este siglo, todos los estímulos deseables; por eso ha alcanzado un grado desconocido hasta nuestros días. El segundo dista mucho de estar al mismo nivel y, sin embargo, si se comparan las costumbres sociales con algunos siglos de distancia, habría que estar ciego para negar el progreso. ¿Por qué, entonces, la marcha ascendente se detendría en lo moral antes que en la inteligencia? ¿Por qué no habría entre el siglo diecinueve y el veinticuatro tanta diferencia como entre el catorce y el diecinueve? Dudar de ello sería pretender que la humanidad está en la cumbre de la perfección, lo cual sería absurdo, o que no es perfectible moralmente, lo cual queda desmentido por la experiencia.

Pueblos degenerados

786. **La historia nos muestra una multitud de pueblos que, después de las sacudidas que los trastornaron, volvieron a caer en la barbarie; ¿dónde está el progreso en ese caso?**

> «Cuando tu casa amenaza ruina, la derribas para reconstruir otra más sólida y más cómoda; pero, hasta que esté reconstruida, hay desorden y confusión en tu morada.
>
> «Comprende también esto: eras pobre y habitabas una choza; te vuelves rico y la dejas para habitar un palacio. Luego, un pobre diablo como tú lo eras viene a ocupar tu lugar en la choza y está muy contento, pues antes no tenía refugio. ¡Pues bien! Aprende que los Espíritus que se han encarnado en ese pueblo degenerado no son los que lo componían en el tiempo de su esplendor; los de entonces que estaban avanzados han ido a moradas más perfectas y han progresado, mientras que otros menos avanzados han ocupado su lugar, que abandonarán a su vez».

787. **¿No hay razas rebeldes al progreso por su naturaleza?**

> «Sí, pero esas se extinguen cada día, corporalmente».

– ¿Cuál será el destino futuro de las almas que animan esas razas?

> «Llegarán como todas las demás a la perfección, pasando por otras existencias; Dios no deshereda a nadie».

– Entonces, ¿los hombres más civilizados pudieron haber sido salvajes y antropófagos?

> «Tú mismo lo has sido más de una vez antes de ser lo que eres».

788. **Los pueblos son individualidades colectivas que, como los individuos, pasan por la infancia, la madurez y la decrepitud; ¿no puede esta verdad comprobada por la historia hacer pensar que los pueblos más avanzados de este siglo tendrán su decadencia y su fin, como los de la antigüedad?**

> «Los pueblos que solo viven la vida del cuerpo, aquellos cuya grandeza solo se funda en la fuerza y la extensión, nacen, crecen y mueren, porque la fuerza de un pueblo se agota como la de un hombre; aquellos cuyas leyes egoístas chocan con el progreso del conocimiento y la caridad mueren, porque la luz mata las tinieblas y la caridad mata el egoísmo; pero existe, tanto para los pueblos como para los individuos, la vida del alma; aquellos cuyas leyes armonicen con las leyes eternas del Creador vivirán y serán la antorcha de los demás pueblos».

789. ¿Reunirá algún día el progreso a todos los pueblos de la tierra en una sola nación?

> «No, en una sola nación no; eso es imposible, pues de la diversidad de climas nacen costumbres y necesidades diferentes que constituyen las nacionalidades; por eso siempre necesitarán leyes apropiadas para esas costumbres y necesidades; pero la caridad no conoce latitudes ni hace distinciones entre los colores de los hombres. Cuando la ley de Dios sea en todas partes la base de la ley humana, los pueblos practicarán la caridad unos con otros, como los individuos de hombre a hombre; entonces vivirán felices y en paz, porque nadie procurará perjudicar a su vecino ni vivir a sus expensas».

La humanidad progresa por medio de los individuos que mejoran poco a poco y se ilustran; entonces, cuando estos predominan en número, se imponen y arrastran a los demás. De vez en cuando surgen entre ellos hombres de genio que dan un impulso, y luego hombres con autoridad, instrumentos de Dios, que en pocos años la hacen avanzar varios siglos. El progreso de los pueblos también pone de manifiesto la justicia de la reencarnación. Los hombres de bien hacen esfuerzos loables para que una nación avance moral e intelectualmente; la nación transformada será más feliz en este mundo y en el otro, de acuerdo; pero durante su lenta marcha a través de los siglos, miles de individuos mueren cada día; ¿cuál es el destino de todos los que sucumben en el trayecto? ¿Su inferioridad relativa los priva de la felicidad reservada a los últimos en llegar? ¿O acaso su felicidad es relativa? La justicia divina no podría consagrar semejante injusticia. Por la pluralidad de las existencias, el derecho a la felicidad es el mismo para todos, pues nadie queda desheredado del progreso; como quienes vivieron en tiempos de barbarie pueden volver en tiempos de civilización, entre el mismo pueblo o entre otro, resulta que todos se benefician de la marcha ascendente. Pero el sistema de la existencia única presenta aquí otra dificultad. Según este sistema, el alma se crea en el momento del

nacimiento; por lo tanto, si un hombre está más adelantado que otro, es porque Dios crea para él un alma más adelantada. ¿Por qué ese favor? ¿Qué mérito tiene él, que no ha vivido más que otro, y a menudo menos, para estar dotado de un alma superior? Pero esa no es la principal dificultad. Una nación pasa, en mil años, de la barbarie a la civilización. Si los hombres vivieran mil años, se comprendería que en ese intervalo tuvieran tiempo de progresar; pero todos los días mueren hombres de todas las edades; se renuevan sin cesar, de modo que cada día los ve aparecer y desaparecer. Al cabo de los mil años, ya no queda rastro de los antiguos habitantes; la nación, que era bárbara, se ha vuelto civilizada; ¿qué es lo que ha progresado? ¿Son los individuos que antes eran bárbaros? Pero murieron hace mucho tiempo. ¿Son los recién llegados? Pero si su alma se crea en el momento de su nacimiento, esas almas no existían en tiempos de barbarie, y entonces hay que admitir que los esfuerzos que se hacen para civilizar a un pueblo tienen el poder, no de mejorar almas imperfectas, sino de hacer que Dios cree almas más perfectas. Comparemos esta teoría del progreso con la que dan los Espíritus. Las almas llegadas en tiempos de civilización han tenido su infancia como todas las demás, pero ya han vivido y han llegado adelantadas por un progreso anterior; vienen atraídas por un medio que les es afín y que se corresponde con su estado actual; de modo que los cuidados dedicados a la civilización de un pueblo no tienen por efecto hacer que se creen para el porvenir almas más perfectas, sino atraer a las que ya han progresado, ya sea que hayan vivido entre ese mismo pueblo en tiempos de su barbarie, ya sea que vengan de otra parte. Ahí está también la clave del progreso de toda la humanidad; cuando todos los pueblos estén al mismo nivel en cuanto al sentimiento del bien, la tierra será el lugar de reunión únicamente de buenos Espíritus, que vivirán entre sí en una unión fraterna, y los malos, al verse rechazados y fuera de lugar, irán a buscar en mundos inferiores el medio que les conviene, hasta que sean dignos de venir al nuestro transformado. La teoría común tiene además esta consecuencia: los trabajos de mejora social solo benefician a las generaciones presentes y futuras; su resultado es nulo para las generaciones

pasadas, que tuvieron la culpa de venir demasiado pronto y que llegan a ser lo que pueden, cargadas como están con sus actos de barbarie. Según la doctrina de los Espíritus, los progresos posteriores benefician igualmente a esas generaciones, que vuelven a vivir en mejores condiciones y pueden así perfeccionarse en el seno de la civilización. (222).

Civilización

790. **¿Es la civilización un progreso o, según algunos filósofos, una decadencia de la humanidad?**

> «Un progreso incompleto; el hombre no pasa de repente de la infancia a la madurez».

– **¿Es razonable condenar la civilización?**

> «Condenad más bien a quienes abusan de ella, y no la obra de Dios».

791. **¿Se depurará algún día la civilización hasta hacer desaparecer los males que haya producido?**

> «Sí, cuando la moral esté tan desarrollada como la inteligencia. El fruto no puede venir antes que la flor».

792. **¿Por qué la civilización no realiza inmediatamente todo el bien que podría producir?**

> «Porque los hombres aún no están preparados ni dispuestos a obtener ese bien».

– ¿No será también porque, al crear nuevas necesidades, aviva nuevas pasiones?

> «Sí, y porque todas las facultades del Espíritu no progresan al mismo tiempo; hace falta tiempo para todo. No podéis esperar frutos perfectos de una civilización incompleta». (751-780).

793. **¿Por qué señales se puede reconocer una civilización completa?**

> «La reconoceréis por el desarrollo moral. Os creéis muy adelantados porque habéis hecho grandes descubrimientos e inventos maravillosos; porque estáis mejor alojados y mejor vestidos que los salvajes; pero solo tendréis verdaderamente derecho a llamaros civilizados cuando hayáis desterrado de vuestra sociedad los vicios que la deshonran y viváis entre vosotros como hermanos, practicando la caridad cristiana; hasta entonces, solo sois pueblos ilustrados que han recorrido únicamente la primera fase de la civilización».

La civilización tiene sus grados, como todas las cosas. Una civilización incompleta es un estado de transición que engendra males particulares, desconocidos en el estado primitivo; pero no por ello deja de constituir un progreso natural, necesario, que lleva consigo el remedio al mal que causa. A medida que la civilización se perfecciona, pone fin a algunos de los males que ha engendrado, y esos males desaparecerán con el progreso moral. De dos pueblos que hayan llegado a la cima de la escala social, solo puede llamarse el más civilizado, en el verdadero sentido de la palabra, aquel en el que se encuentre menos egoísmo, codicia y orgullo; donde los hábitos sean más intelectuales y morales que materiales; donde la inteligencia pueda desarrollarse con mayor libertad; donde haya más bondad, buena fe, benevolencia y generosidad recíprocas; donde los prejuicios de casta y de nacimiento estén menos arraigados, pues esos prejuicios son incompatibles con el verdadero amor al prójimo; donde las leyes no consagren ningún privilegio y sean las mismas para el último que para el primero; donde la justicia se ejerza con la menor parcialidad; donde el débil encuentre siempre apoyo frente al fuerte; donde más se respeten la vida del hombre, sus creencias y sus opiniones; donde haya menos desdichados y, por último, donde todo hombre de buena voluntad tenga siempre la seguridad de que no le faltará lo necesario.

Progreso de la legislación humana

794. ¿Podría la sociedad regirse solo por las leyes naturales, sin ayuda de las leyes humanas?

> «Podría, si se comprendieran bien y se tuviera la voluntad de practicarlas; bastarían; pero la sociedad tiene sus exigencias y necesita leyes particulares».

795. ¿Cuál es la causa de la inestabilidad de las leyes humanas?

> «En tiempos de barbarie, los más fuertes hicieron las leyes, y las hicieron para ellos mismos. Ha sido necesario modificarlas a medida que los hombres han comprendido mejor la justicia. Las leyes humanas son más estables a medida que se acercan a la verdadera justicia, es decir, a medida que se hacen para todos y se identifican con la ley natural».

La civilización ha creado nuevas necesidades para el hombre, y esas necesidades guardan relación con la posición social que se ha forjado. Ha tenido que regular los derechos y los deberes de esa posición mediante las leyes humanas; pero, bajo la influencia de sus pasiones, a menudo ha creado derechos y deberes imaginarios que la ley natural condena y que los pueblos borran de sus códigos a medida que progresan.

La ley natural es inmutable y la misma para todos; la ley humana es variable y progresiva; solo ella ha podido consagrar, en la infancia de las sociedades, el derecho del más fuerte.

796. **¿No es la severidad de las leyes penales una necesidad en el estado actual de la sociedad?**

> «Una sociedad depravada necesita ciertamente leyes más severas; por desgracia, esas leyes se dedican más a castigar el mal una vez cometido que a secar su fuente. Solo la educación puede reformar a los hombres; entonces ya no necesitarán leyes tan rigurosas».

797. **¿Cómo se podrá llevar al hombre a reformar sus leyes?**

> «Eso llega naturalmente por la fuerza de las cosas y la influencia de las personas de bien que lo conducen por el camino del progreso. Ya ha reformado muchas y reformará muchas otras. ¡Espera!».

Influencia del espiritismo en el progreso

798. ¿Se convertirá el espiritismo en una creencia común o seguirá siendo patrimonio de algunas personas?

> «Sin duda se convertirá en una creencia común y marcará una nueva era en la historia de la humanidad, porque está en la naturaleza y ha llegado el momento en que debe ocupar un lugar entre los conocimientos humanos; sin embargo, tendrá que sostener grandes luchas, más aún contra el interés que contra la convicción, pues no hay que ocultarse que hay personas interesadas en combatirlo, unas por amor propio, otras por causas completamente materiales; pero sus contradictores, al encontrarse cada vez más aislados, se verán obligados a pensar como todo el mundo, so pena de ponerse en ridículo».

Las ideas solo se transforman con el tiempo, y nunca de repente; se debilitan de generación en generación y acaban por desaparecer poco a poco con quienes las profesaban, que son reemplazados por otros individuos imbuidos de nuevos principios, como sucede con las ideas políticas.

Ved el paganismo; ciertamente hoy no hay nadie que profese las ideas religiosas de aquellos tiempos; sin embargo, varios siglos después del advenimiento del cristianismo, dejaron huellas que solo la completa renovación de las razas pudo borrar.

Lo mismo sucederá con el espiritismo; hace grandes progresos, pero durante dos o tres generaciones habrá todavía un germen de incredulidad que solo el tiempo disipará.

No obstante, su marcha será más rápida que la del cristianismo, porque es el propio cristianismo el que le abre los caminos y sobre el que se apoya. El cristianismo tenía que destruir; el espiritismo solo tiene que edificar.

799. **¿De qué manera puede el espiritismo contribuir al progreso?**

> «Al destruir el materialismo, que es una de las plagas de la sociedad, hace comprender a los hombres dónde está su verdadero interés. Al dejar de estar la vida futura velada por la duda, el hombre comprenderá mejor que puede asegurar su porvenir mediante el presente. Al destruir los prejuicios de sectas, castas y colores, enseña a los hombres la gran solidaridad que debe unirlos como hermanos».

800. **¿No es de temer que el espiritismo no pueda vencer la despreocupación de los hombres y su apego a las cosas materiales?**

> «Sería conocer muy poco a los hombres pensar que una causa cualquiera pudiera transformarlos como por encanto. Las ideas se modifican poco a poco según los individuos, y hacen falta generaciones para borrar completamente las huellas de los viejos hábitos. La transformación solo puede producirse, pues, con el tiempo, gradualmente y de unos a otros; con cada generación se disipa una parte del velo; el espiritismo viene a rasgarlo por completo; pero, mientras tanto, aunque su único efecto en un hombre fuera corregirle un solo defecto, le habría hecho dar un paso, y por eso mismo le habría hecho un gran bien, pues ese primer paso le facilitará los demás».

801. **¿Por qué los Espíritus no han enseñado en todas las épocas lo que enseñan hoy?**

> «No enseñáis a los niños lo que enseñáis a los adultos, ni dais al recién nacido un alimento que no podría digerir; cada cosa tiene su tiempo. Han enseñado muchas cosas que los hombres no han comprendido o que han desvirtuado, pero que ahora pueden comprender. Con su enseñanza, aun incompleta, han preparado el terreno para recibir la semilla que hoy va a fructificar».

802. **Ya que el espiritismo debe marcar un progreso en la humanidad, ¿por qué los Espíritus no aceleran ese progreso mediante manifestaciones tan generales y tan evidentes que convencieran incluso a los más incrédulos?**

> «Querríais milagros; pero Dios los siembra a manos llenas a vuestro paso, y todavía hay entre vosotros hombres que lo niegan. ¿Acaso el propio Cristo convenció a sus contemporáneos con los prodigios que realizó? ¿No veis hoy a hombres negar los hechos más evidentes que suceden ante sus ojos? ¿No hay entre vosotros quienes dicen que no creerían ni aunque vieran? No; Dios no quiere hacer volver a los hombres mediante prodigios; en su bondad, quiere dejarles el mérito de convencerse por la razón».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. IX — LEY DE IGUALDAD

✦

Igualdad natural

803. ¿Todos los hombres son iguales ante Dios?

> «Sí, todos tienden al mismo fin, y Dios ha hecho sus leyes para todo el mundo. A menudo decís: El sol brilla para todos, y con ello decís una verdad más grande y más general de lo que pensáis».

Todos los hombres están sujetos a las mismas leyes de la naturaleza; todos nacen con la misma debilidad, están sujetos a los mismos dolores, y el cuerpo del rico se destruye como el del pobre. Por tanto, Dios no ha dado a ningún hombre superioridad natural, ni por el nacimiento ni por la muerte: todos son iguales ante él.

Desigualdad de aptitudes

804. ¿Por qué Dios no ha dado las mismas aptitudes a todos los hombres?

> «Dios ha creado a todos los Espíritus iguales, pero cada uno de ellos ha vivido más o menos y, por consiguiente, ha adquirido más o menos; la diferencia está en el grado de su experiencia y en su voluntad, que es el libre albedrío; de ahí que unos se perfeccionen más rápidamente, lo que les da aptitudes diversas. La combinación de aptitudes es necesaria para que cada uno pueda contribuir a los designios de la Providencia dentro de los límites del desarrollo de sus fuerzas físicas e intelectuales: lo que uno no hace, otro lo hace; así es como cada uno tiene su papel útil. Además, como todos los mundos son solidarios entre sí, es necesario que los habitantes de los mundos superiores, que en su mayoría fueron creados antes que el vuestro, vengan a habitar en él para daros ejemplo». (361).

805. Al pasar de un mundo superior a un mundo inferior, ¿conserva el Espíritu la totalidad de las facultades adquiridas?

> «Sí, ya lo hemos dicho, el Espíritu que ha progresado no retrocede; puede elegir, en su estado de Espíritu, una envoltura más entorpecida o una posición más precaria que la que ha tenido, pero todo ello siempre para que le sirva de enseñanza y lo ayude a progresar». (180).
>
> Así pues, la diversidad de aptitudes del hombre no depende de la naturaleza íntima de su creación, sino del grado de perfeccionamiento al que han llegado los Espíritus encarnados en él. Por tanto, Dios no ha creado la desigualdad de facultades, sino que ha permitido que los diferentes grados de desarrollo estuvieran en contacto, para que los más adelantados pudieran ayudar al progreso de los más atrasados, y también para que los hombres, al necesitarse unos a otros, comprendieran la ley de caridad que debe unirlos.

Desigualdades sociales

806. ¿Es la desigualdad de las condiciones sociales una ley de la naturaleza?

> «No, es obra del hombre y no de Dios».

– ¿Desaparecerá algún día esta desigualdad?

> «Solo las leyes de Dios son eternas. ¿No ves cómo se borra poco a poco cada día? Esta desigualdad desaparecerá junto con el predominio del orgullo y del egoísmo; solo quedará la desigualdad del mérito. Llegará un día en que los miembros de la gran familia de los hijos de Dios ya no se considerarán de sangre más o menos pura; solo el Espíritu es más o menos puro, y eso no depende de la posición social».

807. ¿Qué pensar de quienes abusan de la superioridad de su posición social para oprimir al débil en beneficio propio?

> «Esos merecen el anatema; ¡ay de ellos! Serán oprimidos a su vez y renacerán en una existencia en la que soportarán todo lo que han hecho soportar». (684).

Desigualdad de riquezas

808. **¿No tiene la desigualdad de riquezas su origen en la desigualdad de facultades, que da a unos más medios para adquirir que a otros?**

> «Sí y no; ¿y qué dices de la astucia y del robo?»

– **Sin embargo, ¿la riqueza hereditaria no es fruto de las malas pasiones?**

> «¿Qué sabes tú de eso? Remóntate a su origen y verás si siempre es puro. ¿Sabes si al principio no fue fruto de un despojo o de una injusticia? Pero, sin hablar del origen, que puede ser malo, ¿crees que la codicia de los bienes, incluso de los mejor adquiridos, los deseos secretos de poseerlos cuanto antes, son sentimientos loables? Eso es lo que Dios juzga, y te aseguro que su juicio es más severo que el de los hombres».

809. **Si una fortuna fue mal adquirida en su origen, ¿son responsables de ello quienes la heredan más tarde?**

> «Sin duda, no son responsables del mal que otros hayan podido hacer, tanto menos cuanto que pueden ignorarlo; pero has de saber que, a menudo, una fortuna solo llega a un hombre para proporcionarle la ocasión de reparar una injusticia. ¡Dichoso de él si lo comprende! Si lo hace en nombre de quien cometió la injusticia, la reparación se tendrá en cuenta a ambos, pues a menudo es este último quien la provoca».

810. **Sin apartarse de la legalidad, uno puede disponer de sus bienes de una manera más o menos equitativa. ¿Es responsable después de su muerte de las disposiciones que ha tomado?**

> «Toda acción da sus frutos; los frutos de las buenas acciones son dulces; los de las demás son siempre amargos; siempre, entendedlo bien».

811. **¿Es posible la igualdad absoluta de riquezas, y ha existido alguna vez?**

> «No, no es posible. La diversidad de facultades y de caracteres se opone a ella».

– No obstante, hay hombres que creen que ahí está el remedio a los males de la sociedad; ¿qué pensáis de ello?

> «Son personas aferradas a sus sistemas o ambiciosos envidiosos; no comprenden que la igualdad con la que sueñan pronto se rompería por la fuerza de las cosas. Combatid el egoísmo, esa es vuestra llaga social, y no busquéis quimeras».

812. **Si la igualdad de riquezas no es posible, ¿ocurre lo mismo con el bienestar?**

> «No, pero el bienestar es relativo, y cada uno podría disfrutar de él si todos se entendieran bien... pues el verdadero bienestar consiste en emplear el tiempo a su gusto, y no en trabajos por los que no se siente ninguna inclinación; y como cada uno tiene aptitudes diferentes, ningún trabajo útil quedaría por hacer. El equilibrio existe en todo; es el hombre quien quiere alterarlo».

– ¿Es posible entenderse?

> «Los hombres se entenderán cuando practiquen la ley de justicia».

813. **Hay personas que caen en la indigencia y en la miseria por su propia culpa; ¿no puede la sociedad ser responsable de ello?**

> «Sí; ya lo hemos dicho, a menudo es la primera causa de esas faltas; y, por otra parte, ¿no debe velar por su educación moral? Con frecuencia es la mala educación la que ha distorsionado su juicio en vez de sofocar en ellos las tendencias perniciosas». (685).

Pruebas de la riqueza y de la miseria

814. **¿Por qué Dios ha dado a unos las riquezas y el poder, y a otros la miseria?**

> «Para poner a prueba a cada uno de una manera diferente. Además, ya lo sabéis, esas pruebas las han elegido los propios Espíritus, y a menudo sucumben a ellas».

815. **¿Cuál de las dos pruebas es más temible para el hombre, la de la desgracia o la de la fortuna?**

> «Ambas lo son por igual. La miseria provoca la queja contra la Providencia; la riqueza incita a todos los excesos».

816. Si el rico tiene más tentaciones, ¿no tiene también más medios para hacer el bien?

> «Eso es precisamente lo que no siempre hace; se vuelve egoísta, orgulloso e insaciable; sus necesidades aumentan con su fortuna, y cree que nunca tiene bastante para él solo».

La elevación en este mundo y la autoridad sobre sus semejantes son pruebas tan grandes y tan resbaladizas como la desgracia; pues cuanto más rico y poderoso se es, más obligaciones hay que cumplir, y mayores son los medios para hacer el bien y el mal. Dios pone a prueba al pobre mediante la resignación, y al rico mediante el uso que hace de sus bienes y de su poder. La riqueza y el poder hacen nacer todas las pasiones que nos atan a la materia y nos alejan de la perfección espiritual; por eso Jesús dijo: «En verdad os digo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos». (266).

Igualdad de derechos del hombre y de la mujer

817. ¿El hombre y la mujer son iguales ante Dios y tienen los mismos derechos?

> «¿No ha dado Dios a ambos el conocimiento del bien y del mal y la facultad de progresar?»

818. ¿De dónde viene la inferioridad moral de la mujer en ciertas regiones?

> «Del dominio injusto y cruel que el hombre ha ejercido sobre ella. Es un resultado de las instituciones sociales y del abuso de la fuerza sobre la debilidad. Entre los hombres poco adelantados desde el punto de vista moral, la fuerza hace el derecho».

819. **¿Con qué fin tiene la mujer mayor debilidad física que el hombre?**

> «Para asignarle funciones particulares. El hombre está destinado a los trabajos duros, por ser el más fuerte; la mujer, a los trabajos suaves, y ambos, a ayudarse mutuamente a superar las pruebas de una vida llena de amargura».

820. **¿La debilidad física de la mujer no la coloca naturalmente bajo la dependencia del hombre?**

> «Dios ha dado a unos la fuerza para proteger al débil y no para someterlo».

Dios ha adaptado la organización de cada ser a las funciones que debe cumplir. Si ha dado a la mujer una fuerza física menor, la ha dotado al mismo tiempo de una sensibilidad mayor, acorde con la delicadeza de las funciones maternas y con la debilidad de los seres confiados a sus cuidados.

821. **¿Las funciones a las que la mujer está destinada por la naturaleza tienen una importancia tan grande como las que corresponden al hombre?**

> «Sí, y mayor; es ella quien le da las primeras nociones de la vida».

822. **Si los hombres son iguales ante la ley de Dios, ¿deben serlo también ante la ley de los hombres?**

> «Es el primer principio de justicia: No hagáis a los demás lo que no quisierais que os hicieran».

– Según esto, para ser perfectamente justa, ¿debe una legislación consagrar la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer?

> «De derechos, sí; de funciones, no; es necesario que cada uno tenga un lugar asignado; que el hombre se ocupe de lo exterior y la mujer de lo interior, cada uno según su aptitud. La ley humana, para ser equitativa, debe consagrar la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer; todo privilegio concedido a uno o a otra es contrario a la justicia. La emancipación de la mujer sigue el progreso de la civilización; su sometimiento va de la mano de la barbarie. Los sexos, además, solo existen por la organización física; puesto que los Espíritus pueden adoptar uno y otro, no hay diferencia entre ellos a este respecto y, por consiguiente, deben disfrutar de los mismos derechos».

Igualdad ante la tumba

823. ¿De dónde viene el deseo de perpetuar la propia memoria mediante monumentos funerarios?

> «Último acto de orgullo».

– Pero ¿la suntuosidad de los monumentos funerarios no se debe más con frecuencia a los familiares que quieren honrar la memoria del difunto que al propio difunto?

> «Orgullo de los familiares que quieren glorificarse a sí mismos. ¡Oh, sí! No siempre se hacen todas esas demostraciones por el muerto: es por amor propio y por el mundo, y para hacer alarde de la propia riqueza. ¿Crees que el recuerdo de un ser querido es menos duradero en el corazón del pobre porque este solo puede poner una flor sobre su tumba? ¿Crees que el mármol salva del olvido a quien ha sido inútil en la tierra?»

824. **¿Censuráis de manera absoluta la pompa de los funerales?**

> «No; cuando honra la memoria de un hombre de bien, es justa y da buen ejemplo».

La tumba es el lugar de encuentro de todos los hombres; allí terminan implacablemente todas las distinciones humanas. En vano quiere el rico perpetuar su memoria mediante monumentos fastuosos; el tiempo los destruirá como al cuerpo; así lo quiere la naturaleza.

El recuerdo de sus buenas y de sus malas acciones será menos perecedero que su sepulcro; la pompa de los funerales no lo limpiará de sus vilezas ni lo hará subir un peldaño en la jerarquía espiritual. (320 y siguientes).

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. X — LEY DE LIBERTAD

✦

Libertad natural

825. ¿Hay situaciones en el mundo en las que el hombre pueda presumir de gozar de una libertad absoluta?

> «No, porque todos os necesitáis unos a otros, tanto los pequeños como los grandes».

826. ¿En qué condición podría el hombre gozar de una libertad absoluta?

> «La del ermitaño en un desierto. En cuanto hay dos hombres juntos, tienen derechos que respetar y, por consiguiente, ya no tienen libertad absoluta».

827. ¿La obligación de respetar los derechos ajenos le quita al hombre el derecho de pertenecerse a sí mismo?

> «De ningún modo, pues es un derecho que recibe de la naturaleza».

828. **¿Cómo conciliar las opiniones liberales de ciertos hombres con el despotismo que con frecuencia ellos mismos ejercen en su hogar y sobre sus subordinados?**

> «Comprenden la ley natural, pero el orgullo y el egoísmo contrarrestan esa comprensión. Comprenden lo que debe ser, cuando sus principios no son una comedia representada por cálculo, pero no lo hacen».

– ¿Se les tendrán en cuenta en la otra vida los principios que han profesado en este mundo?

> «Cuanta más inteligencia se tiene para comprender un principio, menos excusable es no aplicárselo a uno mismo. Os digo, en verdad, que el hombre sencillo, pero sincero, está más avanzado en el camino de Dios que aquel que quiere aparentar lo que no es».

Esclavitud

829. **¿Hay hombres que, por naturaleza, estén destinados a ser propiedad de otros hombres?**

> «Toda sujeción absoluta de un hombre a otro hombre es contraria a la ley de Dios. La esclavitud es un abuso de la fuerza; desaparece con el progreso, como desaparecerán poco a poco todos los abusos».

La ley humana que consagra la esclavitud es una ley contra la naturaleza, puesto que equipara al hombre con el animal y lo degrada moral y físicamente.

830. Cuando la esclavitud forma parte de las costumbres de un pueblo, ¿son censurables quienes se benefician de ella, puesto que no hacen más que ajustarse a una costumbre que les parece natural?

> «El mal es siempre el mal, y todos vuestros sofismas no harán que una mala acción se vuelva buena; pero la responsabilidad del mal es relativa a los medios que se tienen para comprenderlo. Quien se beneficia de la ley de la esclavitud siempre es culpable de una violación de la ley natural; pero en esto, como en todas las cosas, la culpabilidad es relativa. Al haberse incorporado la esclavitud a las costumbres de ciertos pueblos, el hombre ha podido beneficiarse de ella de buena fe y como de algo que le parecía natural; pero desde que su razón más desarrollada, y sobre todo iluminada por las luces del cristianismo, le ha mostrado en el esclavo a su igual ante Dios, ya no tiene excusa».

831. ¿La desigualdad natural de las aptitudes no coloca a ciertas razas humanas bajo la dependencia de las razas más inteligentes?

> «Sí, para elevarlas, y no para embrutecerlas aún más mediante la servidumbre. Durante demasiado tiempo los hombres han considerado a ciertas razas humanas como animales de trabajo provistos de brazos y manos, que se han creído con derecho a vender como bestias de carga. Se creen de una sangre más pura; ¡insensatos que solo ven la materia! No es la sangre la que es más o menos pura, sino el Espíritu». (361-803).

832. **Hay hombres que tratan a sus esclavos con humanidad, que no dejan que les falte nada y piensan que la libertad los expondría a más privaciones; ¿qué decís de ello?**

> «Digo que esos comprenden mejor sus intereses; también cuidan mucho a sus bueyes y a sus caballos, para obtener de ellos más beneficio en el mercado. No son tan culpables como quienes los maltratan, pero aun así disponen de ellos como de una mercancía, al privarlos del derecho de pertenecerse a sí mismos».

Libertad de pensar

833. **¿Hay en el hombre algo que escape a toda coacción y en lo que goce de una libertad absoluta?**

> «En el pensamiento es donde el hombre goza de una libertad sin límites, pues no conoce trabas. Se puede frenar su vuelo, pero no aniquilarlo».

834. **¿Es el hombre responsable de su pensamiento?**

> «Es responsable de él ante Dios; como solo Dios puede conocerlo, lo condena o lo absuelve según la justicia».

Libertad de conciencia

835. **¿Es la libertad de conciencia una consecuencia de la libertad de pensar?**

> «La conciencia es un pensamiento íntimo que pertenece al hombre, como todos los demás pensamientos».

836. ¿Tiene el hombre derecho a poner trabas a la libertad de conciencia?

> «No más que a la libertad de pensar, pues solo a Dios pertenece el derecho de juzgar la conciencia. Si el hombre regula mediante sus leyes las relaciones entre los hombres, Dios, mediante las leyes de la naturaleza, regula las relaciones del hombre con Dios».

837. ¿Cuál es el resultado de las trabas impuestas a la libertad de conciencia?

> «Obligar a los hombres a actuar de manera distinta de como piensan es convertirlos en hipócritas. La libertad de conciencia es una de las características de la verdadera civilización y del progreso».

838. ¿Es respetable toda creencia, aun cuando sea notoriamente falsa?

> «Toda creencia es respetable cuando es sincera y conduce a la práctica del bien. Las creencias censurables son las que conducen al mal».

839. ¿Es censurable escandalizar en sus creencias a quien no piensa como nosotros?

> «Es faltar a la caridad y atentar contra la libertad de pensar».

840. ¿Es atentar contra la libertad de conciencia poner trabas a creencias capaces de perturbar la sociedad?

> «Se pueden reprimir los actos, pero la creencia íntima es inaccesible».

Reprimir los actos exteriores de una creencia cuando esos actos causan algún perjuicio a otros no es atentar contra la libertad de conciencia, pues esa represión deja a la creencia toda su libertad.

841. **¿Se debe, por respeto a la libertad de conciencia, dejar que se propaguen doctrinas perniciosas, o se puede, sin atentar contra esa libertad, tratar de devolver al camino de la verdad a quienes están extraviados por falsos principios?**

> «Ciertamente se puede e incluso se debe; pero enseñad, a ejemplo de Jesús, con dulzura y persuasión, y no por la fuerza, lo que sería peor que la creencia de aquel a quien se quisiera convencer. Si hay algo que esté permitido imponer, es el bien y la fraternidad; pero no creemos que el medio de hacerlos aceptar sea actuar con violencia: la convicción no se impone».

842. **Puesto que todas las doctrinas pretenden ser la única expresión de la verdad, ¿por qué señales se puede reconocer a la que tiene derecho a presentarse como tal?**

> «Será aquella que forme más hombres de bien y menos hipócritas, es decir, que practiquen la ley de amor y caridad en su mayor pureza y en su aplicación más amplia. Por esta señal reconoceréis que una doctrina es buena, pues toda doctrina que tenga como consecuencia sembrar la desunión y establecer una separación entre los hijos de Dios solo puede ser falsa y perniciosa».

Libre albedrío

843. **¿Tiene el hombre libre albedrío en sus actos?**

> «Puesto que tiene libertad de pensar, tiene la de actuar. Sin libre albedrío, el hombre sería una máquina».

844. **¿Goza el hombre de libre albedrío desde su nacimiento?**

> «Hay libertad de actuar desde que hay voluntad de hacer. En los primeros tiempos de la vida, la libertad es casi nula; se desarrolla y cambia de objeto junto con las facultades. Como el niño tiene pensamientos relacionados con las necesidades de su edad, aplica su libre albedrío a las cosas que le son necesarias».

845. **¿Las predisposiciones instintivas que el hombre trae al nacer no son un obstáculo para el ejercicio del libre albedrío?**

> «Las predisposiciones instintivas son las del Espíritu antes de su encarnación; según esté más o menos avanzado, pueden impulsarlo a actos censurables, y en ello será secundado por los Espíritus que simpatizan con esas disposiciones; pero no hay impulso irresistible cuando se tiene la voluntad de resistir. Recordad que querer es poder». (361).

846. **¿La constitución orgánica carece de influencia sobre los actos de la vida y, si tiene alguna influencia, no es a expensas del libre albedrío?**

> «El Espíritu está ciertamente influido por la materia, que puede obstaculizar sus manifestaciones; por eso, en los mundos donde los cuerpos son menos materiales que en la Tierra, las facultades se despliegan con más libertad, pero el instrumento no da la facultad. Por lo demás, aquí hay que distinguir las facultades morales de las facultades intelectuales; si un hombre tiene el instinto de matar, es sin duda su propio Espíritu el que lo posee y se lo da, y no sus órganos. Quien anula su pensamiento para ocuparse solo de la materia se vuelve semejante al animal, y aun peor, pues ya no piensa en precaverse contra el mal, y en eso está su falta, puesto que actúa así por su voluntad». (Véase n.º 367 y siguientes, Influencia del organismo).

847. **¿La alteración de las facultades le quita al hombre el libre albedrío?**

> «Aquel cuya inteligencia está perturbada por una causa cualquiera ya no es dueño de su pensamiento y, por tanto, ya no tiene libertad. Esta alteración es a menudo un castigo para el Espíritu que, en otra existencia, puede haber sido vanidoso y orgulloso y haber hecho mal uso de sus facultades. Puede renacer en el cuerpo de un idiota, como el déspota en el cuerpo de un esclavo, y el mal rico en el de un mendigo; pero el Espíritu sufre por esa coacción, de la que tiene plena conciencia; ahí está la acción de la materia». (371 y siguientes).

848. ¿La alteración de las facultades intelectuales por la embriaguez excusa los actos censurables?

> «No, pues el ebrio se ha privado voluntariamente de su razón para satisfacer pasiones brutales: en vez de una falta, comete dos».

849. ¿Cuál es, en el hombre en estado salvaje, la facultad dominante: el instinto o el libre albedrío?

> «El instinto; lo que no le impide actuar con entera libertad en ciertas cosas; pero, como el niño, aplica esa libertad a sus necesidades, y esta se desarrolla con la inteligencia; por consiguiente, tú, que eres más instruido que un salvaje, eres también más responsable de lo que haces que un salvaje».

850. ¿La posición social no es a veces un obstáculo para la plena libertad de los actos?

> «El mundo tiene sin duda sus exigencias; Dios es justo: lo tiene todo en cuenta, pero os deja la responsabilidad de los pocos esfuerzos que hacéis para superar los obstáculos».

Fatalidad

851. **¿Existe una fatalidad en los acontecimientos de la vida, según el sentido que se atribuye a esta palabra; es decir, están todos los acontecimientos fijados de antemano y, en ese caso, qué ocurre con el libre albedrío?**

> «La fatalidad solo existe por la elección que ha hecho el Espíritu al encarnarse de sufrir tal o cual prueba; al elegirla, se crea una especie de destino que es la consecuencia misma de la situación en que se encuentra; hablo de las pruebas físicas, pues en cuanto a las pruebas morales y las tentaciones, el Espíritu, al conservar su libre albedrío respecto al bien y al mal, siempre es dueño de ceder o resistir. Un Espíritu bueno, al verlo flaquear, puede acudir en su ayuda, pero no puede influir sobre él hasta el punto de dominar su voluntad. Un Espíritu malo, es decir, inferior, al mostrarle y exagerarle un peligro físico, puede perturbarlo y asustarlo; pero la voluntad del Espíritu encarnado sigue estando libre de toda traba».

852. Hay personas a las que una fatalidad parece perseguir independientemente de su manera de actuar; ¿no está la desgracia en su destino?

> «Tal vez sean pruebas que deben sufrir y que han elegido; pero una vez más atribuís al destino lo que la mayoría de las veces no es más que la consecuencia de vuestra propia falta. En los males que te afligen, procura tener la conciencia limpia y ya estarás consolado a medias».

Las ideas acertadas o equivocadas que nos formamos de las cosas nos hacen triunfar o fracasar según nuestro carácter y nuestra posición social. Nos resulta más sencillo y menos humillante para nuestro amor propio atribuir nuestros fracasos a la suerte o al destino que a nuestra propia falta.

Si la influencia de los Espíritus contribuye a ello algunas veces, siempre podemos sustraernos a esa influencia rechazando las ideas que nos sugieren, cuando son malas.

853. **Algunas personas escapan de un peligro mortal solo para caer en otro; parece que no podían escapar de la muerte. ¿No hay fatalidad en ello?**

> «Lo único fatal, en el verdadero sentido de la palabra, es el instante de la muerte; cuando ese momento ha llegado, ya sea por un medio o por otro, no podéis sustraeros a él».

– Así pues, cualquiera que sea el peligro que nos amenace, ¿no morimos si no ha llegado la hora?

> «No, no perecerás, y tienes miles de ejemplos de ello; pero cuando ha llegado tu hora de partir, nada puede sustraerte a ella. Dios sabe de antemano de qué clase de muerte partirás de aquí, y a menudo tu Espíritu también lo sabe, pues eso le es revelado cuando elige tal o cual existencia».

854. **¿Se deduce de la infalibilidad de la hora de la muerte que las precauciones que se toman para evitarla son inútiles?**

> «No, pues las precauciones que tomáis os son sugeridas con el fin de evitar la muerte que os amenaza; son uno de los medios para que no ocurra».

855. **¿Cuál es el propósito de la Providencia al hacernos correr peligros que no han de tener consecuencias?**

> «Cuando tu vida se pone en peligro, es una advertencia que tú mismo has deseado para apartarte del mal y hacerte mejor. Cuando escapas de ese peligro, todavía bajo la influencia del riesgo que has corrido, piensas con mayor o menor intensidad en hacerte mejor, según sea más o menos intensa la acción de los buenos Espíritus. Al intervenir el mal Espíritu (digo malo, dando a entender el mal que aún hay en él), piensas que escaparás de igual modo de otros peligros, y vuelves a dejar que tus pasiones se desaten. Mediante los peligros que corréis, Dios os recuerda vuestra debilidad y la fragilidad de vuestra existencia. Si se examinan la causa y la naturaleza del peligro, se verá que, la mayoría de las veces, sus consecuencias habrían sido el castigo de una falta cometida o de un deber descuidado. Así os advierte Dios que volváis la mirada a vuestro interior y os enmendéis». (526-532).

856. **¿Sabe el Espíritu de antemano la clase de muerte a la que ha de sucumbir?**

> «Sabe que el género de vida que elige lo expone a morir de una manera más que de otra; pero también conoce las luchas que tendrá que sostener para evitarlo, y sabe que, si Dios lo permite, no sucumbirá».

857. **Hay hombres que afrontan los peligros de los combates convencidos de que su hora no ha llegado; ¿tiene algún fundamento esa confianza?**

> «Muy a menudo el hombre tiene el presentimiento de su fin, como puede tener el de que aún no morirá. Ese presentimiento le viene de sus Espíritus protectores, que quieren advertirle que esté preparado para partir, o que le levantan el ánimo en los momentos en que más lo necesita. También puede venirle de la intuición que tiene de la existencia que ha elegido, o de la misión que ha aceptado y que sabe que debe cumplir». (411-522).

858. **¿Por qué quienes presienten su muerte suelen temerla menos que los demás?**

> «Es el hombre quien teme la muerte y no el Espíritu; quien la presiente piensa más como Espíritu que como hombre: comprende su liberación y espera».

859. **Si la muerte no puede evitarse cuando debe ocurrir, ¿sucede lo mismo con todos los accidentes que nos acontecen en el transcurso de la vida?**

> «A menudo son cosas lo bastante pequeñas como para que podamos advertiros de ellas, y a veces hacer que las evitéis dirigiendo vuestro pensamiento, pues no nos gusta el sufrimiento material; pero eso tiene poca importancia para la vida que habéis elegido. La fatalidad, en verdad, solo consiste en la hora en que debéis aparecer y desaparecer en este mundo».

– ¿Hay hechos que deban ocurrir forzosamente y que la voluntad de los Espíritus no pueda impedir?

> «Sí, pero tú, en estado de Espíritu, los has visto y presentido cuando hiciste tu elección. Sin embargo, no creas que todo lo que ocurre está escrito, como suele decirse; un acontecimiento es a menudo la consecuencia de algo que has hecho por un acto de tu libre voluntad, de modo que, si no lo hubieras hecho, el acontecimiento no habría tenido lugar. Si te quemas un dedo, eso no es nada; es el resultado de tu imprudencia y la consecuencia de la materia; solo los grandes dolores, los acontecimientos importantes y que pueden influir en lo moral son previstos por Dios, porque son útiles para tu purificación y tu instrucción».

860. **¿Puede el hombre, mediante su voluntad y sus actos, hacer que no ocurran acontecimientos que deberían tener lugar, y viceversa?**

> «Puede hacerlo, si esa desviación aparente puede encajar en la vida que ha elegido. Además, para hacer el bien, como debe ser y como es el único fin de la vida, puede impedir el mal, sobre todo el que podría contribuir a un mal mayor».

861. **El hombre que comete un asesinato, ¿sabe, al elegir su existencia, que se convertirá en asesino?**

> «No; sabe que, al elegir una vida de lucha, existe la posibilidad de que mate a uno de sus semejantes, pero ignora si lo hará, pues casi siempre delibera antes de cometer el crimen; ahora bien, quien delibera sobre una cosa siempre es libre de hacerla o de no hacerla. Si el Espíritu supiera de antemano que, como hombre, ha de cometer un asesinato, sería porque estaría predestinado a ello. Sabed, pues, que nadie está predestinado al crimen, y que todo crimen o cualquier acto es siempre fruto de la voluntad y del libre albedrío.
>
> Por lo demás, siempre confundís dos cosas muy distintas: los acontecimientos materiales de la vida y los actos de la vida moral. Si a veces hay fatalidad, es en esos acontecimientos materiales cuya causa está fuera de vosotros y que son independientes de vuestra voluntad. En cuanto a los actos de la vida moral, siempre emanan del hombre mismo, quien, por consiguiente, tiene siempre la libertad de elegir; para esos actos, por tanto, nunca hay fatalidad».

862. **Hay personas a las que nada les sale bien, y a las que un genio maligno parece perseguir en todas sus empresas; ¿no es eso lo que se puede llamar fatalidad?**

> «Es fatalidad, si quieres llamarla así, pero se debe a la elección del género de existencia, porque esas personas han querido ser puestas a prueba por una vida de decepciones, a fin de ejercitar su paciencia y su resignación. Sin embargo, no creas que esa fatalidad sea absoluta; a menudo es el resultado del camino equivocado que han tomado y que no se corresponde con su inteligencia y sus aptitudes. Quien quiere cruzar un río a nado sin saber nadar tiene muchas probabilidades de ahogarse; lo mismo ocurre en la mayoría de los acontecimientos de la vida. Si el hombre solo emprendiera cosas acordes con sus facultades, casi siempre tendría éxito; lo que lo pierde es su amor propio y su ambición, que lo hacen salirse de su camino y tomar por una vocación el deseo de satisfacer ciertas pasiones. Fracasa y la culpa es suya; pero, en vez de culparse a sí mismo, prefiere culpar a su estrella. Quien habría sido un buen obrero y se habría ganado honradamente la vida será un mal poeta y morirá de hambre. Habría lugar para todos si cada uno supiera ocupar el suyo».

863. **¿No obligan a menudo las costumbres sociales a un hombre a seguir un camino en vez de otro, y no está sometido al juicio de la opinión ajena al elegir sus ocupaciones? Lo que se llama respeto humano, ¿no es un obstáculo para el ejercicio del libre albedrío?**

> «Son los hombres quienes hacen las costumbres sociales y no Dios; si se someten a ellas, es porque les conviene, y eso también es un acto de su libre albedrío, puesto que, si quisieran, podrían liberarse de ellas; entonces, ¿por qué quejarse? No deben culpar a las costumbres sociales, sino a su necio amor propio, que los hace preferir morir de hambre antes que rebajarse. Nadie les reconoce ese sacrificio hecho a la opinión ajena, mientras que Dios les tendrá en cuenta el sacrificio de su vanidad. Esto no quiere decir que haya que desafiar esa opinión sin necesidad, como ciertas personas que tienen más originalidad que verdadera filosofía; tan insensato es hacerse señalar con el dedo o mirar como a un bicho raro como sabio es descender voluntariamente y sin quejarse cuando uno no puede mantenerse en lo alto de la escala».

864. **Si hay personas a las que la suerte les es adversa, otras parecen favorecidas, pues todo les sale bien; ¿a qué se debe eso?**

> «A menudo se debe a que saben actuar mejor; pero también puede ser un género de prueba; el éxito las embriaga; se fían de su destino, y a menudo pagan más tarde esos mismos éxitos con crueles reveses que habrían podido evitar con prudencia».

865. **¿Cómo explicar la suerte que favorece a ciertas personas en circunstancias en las que ni la voluntad ni la inteligencia intervienen en absoluto: en el juego, por ejemplo?**

> «Ciertos Espíritus han elegido de antemano determinadas clases de placer; la suerte que los favorece es una tentación. Quien gana como hombre pierde como Espíritu: es una prueba para su orgullo y su codicia».

866. **¿La fatalidad que parece presidir los destinos materiales de nuestra vida sería entonces también un efecto de nuestro libre albedrío?**

> «Tú mismo has elegido tu prueba: cuanto más dura es y mejor la soportas, más te elevas. Quienes pasan su vida en la abundancia y la felicidad humana son Espíritus cobardes que permanecen estancados. Así, el número de los desdichados supera con mucho al de los felices de este mundo, dado que los Espíritus buscan en su mayoría la prueba que les será más fructífera. Ven muy bien la futilidad de vuestras grandezas y vuestros placeres. Por lo demás, la vida más feliz siempre es agitada, siempre está turbada: aunque solo sea por la ausencia del dolor». (525 y siguientes).

867. **¿De dónde viene la expresión: Haber nacido con buena estrella?**

> «Vieja superstición que vinculaba las estrellas al destino de cada hombre; alegoría que algunas personas tienen la necedad de tomar al pie de la letra».

Conocimiento del porvenir

868. ¿Puede revelarse el porvenir al hombre?

> «En principio, el porvenir le está oculto, y solo en casos raros y excepcionales permite Dios su revelación».

869. ¿Con qué fin se oculta el porvenir al hombre?

> «Si el hombre conociera el porvenir, descuidaría el presente y no actuaría con la misma libertad, porque estaría dominado por la idea de que, si una cosa debe ocurrir, no tiene que ocuparse de ella, o bien intentaría impedirla. Dios no ha querido que fuera así, para que cada uno contribuyera al cumplimiento de las cosas, incluso de aquellas a las que quisiera oponerse; así, tú mismo preparas a menudo, sin sospecharlo, los acontecimientos que sobrevendrán en el transcurso de tu vida».

870. **Puesto que es útil que el porvenir esté oculto, ¿por qué permite Dios algunas veces su revelación?**

> «Es cuando ese conocimiento previo debe facilitar el cumplimiento de la cosa en vez de obstaculizarlo, al inducir a actuar de otra manera de como se habría actuado sin él. Además, a menudo es una prueba. La perspectiva de un acontecimiento puede despertar pensamientos más o menos buenos; si un hombre debe saber, por ejemplo, que recibirá una herencia con la que no cuenta, podrá verse tentado por el sentimiento de codicia, por la alegría de aumentar sus placeres terrenales, por el deseo de poseerla antes, deseando quizá la muerte de quien debe dejarle su fortuna; o bien esa perspectiva despertará en él buenos sentimientos y pensamientos generosos. Si la predicción no se cumple, es otra prueba: la de cómo soportará la decepción; pero no por ello dejará de tener el mérito o la culpa de los pensamientos buenos o malos que la creencia en el acontecimiento haya hecho nacer en él».

871. **Puesto que Dios lo sabe todo, también sabe si un hombre sucumbirá o no en una prueba; entonces, ¿qué necesidad hay de esa prueba, puesto que no puede enseñar a Dios nada que no sepa ya sobre ese hombre?**

«Sería lo mismo preguntar por qué Dios no creó al hombre perfecto y acabado (119); por qué el hombre pasa por la infancia antes de llegar a la edad adulta (379). La prueba no tiene por objeto informar a Dios sobre el mérito de ese hombre, pues Dios sabe perfectamente lo que vale, sino dejar a ese hombre toda la responsabilidad de su acción, puesto que es libre de realizarla o no. Como el hombre puede elegir entre el bien y el mal, la prueba tiene por efecto enfrentarlo a la tentación del mal y dejarle todo el mérito de la resistencia; ahora bien, aunque Dios sepa muy bien de antemano si tendrá éxito o no, en su justicia no puede castigarlo ni recompensarlo por un acto que no se ha realizado». (258).

Así sucede entre los hombres. Por muy capaz que sea un aspirante, por mucha certeza que se tenga de verlo triunfar, no se le confiere ningún grado sin examen, es decir, sin prueba; del mismo modo, el juez solo condena a un acusado por un acto consumado y no por la previsión de que pueda o deba consumar ese acto.

Cuanto más se reflexiona sobre las consecuencias que tendría para el hombre el conocimiento del porvenir, más se comprende cuán sabia ha sido la Providencia al ocultárselo. La certeza de un acontecimiento feliz lo sumiría en la inacción; la de un acontecimiento desgraciado, en el desaliento; en ambos casos sus fuerzas quedarían paralizadas. Por eso el porvenir solo se muestra al hombre como una meta que debe alcanzar mediante sus esfuerzos, pero sin conocer el camino por el que debe pasar para alcanzarla. El conocimiento de todos los incidentes del ca-

> mino le quitaría su iniciativa y el uso de su libre albedrío; se dejaría arrastrar por la pendiente fatal de los acontecimientos, sin ejercer sus facultades. Cuando el éxito de una cosa está asegurado, uno deja de preocuparse por ella.

Resumen teórico del móvil de las acciones del hombre

La cuestión del libre albedrío puede resumirse así: El hombre no es conducido fatalmente al mal; los actos que realiza no están escritos de antemano; los crímenes que comete no son consecuencia de una sentencia del destino.

Puede, como prueba y como expiación, elegir una existencia en la que tendrá impulsos hacia el crimen, ya sea por el medio en el que se encuentre, ya por las circunstancias que sobrevengan, pero siempre es libre de actuar o de no actuar.

Así, el libre albedrío existe en el estado de Espíritu en la elección de la existencia y de las pruebas, y en el estado corporal en la facultad de ceder o de resistir a los impulsos a los que nos hemos sometido voluntariamente.

Corresponde a la educación combatir esas malas tendencias; lo hará de manera provechosa cuando se base en el estudio profundo de la naturaleza moral del hombre. Mediante el conocimiento de las leyes que rigen esa naturaleza moral, se llegará a modificarla, como se modifica la inteligencia mediante la instrucción y el temperamento mediante la higiene.

El Espíritu, desligado de la materia y en estado errante, elige sus futuras existencias corporales según el grado de perfección al que ha llegado, y en eso, como hemos dicho, consiste sobre todo su libre albedrío. Esa libertad

no queda anulada por la encarnación; si cede a la influencia de la materia, es porque sucumbe ante las mismas pruebas que ha elegido, y para ayudarlo a superarlas puede invocar la asistencia de Dios y de los buenos Espíritus. (337).

Sin el libre albedrío, el hombre no tiene culpa en el mal ni mérito en el bien; y esto se reconoce hasta tal punto que, en el mundo, siempre se proporciona la censura o el elogio a la intención, es decir, a la voluntad; ahora bien, quien dice voluntad dice libertad.

Por tanto, el hombre no puede buscar una excusa para sus malas acciones en su constitución sin renunciar a su razón y a su condición de ser humano para equipararse al animal.

Si así fuera para el mal, lo mismo sucedería para el bien; pero cuando el hombre hace el bien, se cuida mucho de atribuirse el mérito y evita atribuirlo a sus órganos, lo que prueba que instintivamente no renuncia, a pesar de la opinión de algunos partidarios de sistemas, al más hermoso privilegio de su especie: la libertad de pensar.

La fatalidad, tal como se entiende comúnmente, supone la decisión previa e irrevocable de todos los acontecimientos de la vida, cualquiera que sea su importancia. Si ese fuera el orden de las cosas, el hombre sería una máquina sin voluntad. ¿De qué le serviría su inteligencia, puesto que estaría invariablemente dominado en todos sus actos por el poder del destino?

Semejante doctrina, si fuera verdadera, supondría la destrucción de toda libertad moral; ya no habría responsabilidad para el hombre y, por consiguiente, ni bien, ni mal, ni crímenes, ni virtudes. Dios, soberanamente

justo, no podría castigar a su criatura por faltas que no habría dependido de ella evitar, ni recompensarla por virtudes cuyo mérito no le correspondería.

Semejante ley sería además la negación de la ley del progreso, pues el hombre que lo esperara todo de la suerte no intentaría nada para mejorar su situación, puesto que nada cambiaría por ello.

Sin embargo, la fatalidad no es una palabra vacía; existe en la posición que el hombre ocupa en la tierra y en las funciones que en ella desempeña, como consecuencia del género de existencia que su Espíritu ha elegido como prueba, expiación o misión; sufre fatalmente todas las vicisitudes de esa existencia y todas las tendencias buenas o malas que le son inherentes; pero ahí se detiene la fatalidad, pues depende de su voluntad ceder o no a esas tendencias.

El detalle de los acontecimientos está subordinado a las circunstancias que él mismo provoca con sus actos, y sobre las cuales pueden influir los Espíritus mediante los pensamientos que le sugieren. (459).

La fatalidad está, pues, en los acontecimientos que se presentan, puesto que son consecuencia de la elección de la existencia hecha por el Espíritu; puede no estar en el resultado de esos acontecimientos, puesto que puede depender del hombre modificar su curso mediante su prudencia; nunca está en los actos de la vida moral.

Es en la muerte donde el hombre está sometido de manera absoluta a la inexorable ley de la fatalidad, pues no puede escapar a la sentencia que fija

el término de su existencia, ni al género de muerte que debe interrumpir su curso.

Según la doctrina común, el hombre extraería todos sus instintos de sí mismo; provendrían ya de su constitución física, de la que no puede ser responsable, ya de su propia naturaleza, en la que puede buscar una excusa ante sus propios ojos, diciendo que no es culpa suya estar hecho así.

La doctrina espírita es evidentemente más moral: admite en el hombre el libre albedrío en toda su plenitud; y al decirle que, si obra mal, cede a una mala sugerencia ajena, le deja toda la responsabilidad, puesto que le reconoce el poder de resistir, cosa evidentemente más fácil que si tuviera que luchar contra su propia naturaleza.

Así, según la doctrina espírita, no hay impulso irresistible: el hombre siempre puede cerrar el oído a la voz oculta que lo incita al mal en su fuero interno, como puede cerrarlo a la voz material de quien le habla; puede hacerlo mediante su voluntad, pidiendo a Dios la fuerza necesaria y solicitando para ello la asistencia de los buenos Espíritus.

Eso es lo que Jesús nos enseña en la sublime plegaria del padrenuestro, cuando nos hace decir: «No nos dejes sucumbir a la tentación, sino líbranos del mal».

Esta teoría de la causa que impulsa nuestros actos se desprende evidentemente de toda la enseñanza dada por los Espíritus; no solo es sublime por su moralidad, sino que añadiremos que eleva al hombre ante sus propios ojos; lo muestra libre de sacudirse un yugo obsesivo, como es libre de cerrar su casa a los importunos; ya no es una máquina que actúa por un impulso

independiente de su voluntad, sino un ser dotado de razón, que escucha, que juzga y que elige libremente entre dos consejos.

Añadamos que, a pesar de ello, el hombre no está privado de su iniciativa; sigue actuando por su propio impulso, ya que, en definitiva, no es más que un Espíritu encarnado que conserva, bajo la envoltura corporal, las cualidades y los defectos que tenía como Espíritu.

Las faltas que cometemos tienen, pues, su origen primero en la imperfección de nuestro propio Espíritu, que aún no ha alcanzado la superioridad moral que tendrá un día, pero que no por ello deja de tener su libre albedrío; la vida corporal le es dada para purificarse de sus imperfecciones mediante las pruebas que en ella sufre, y son precisamente esas imperfecciones las que lo hacen más débil y más accesible a las sugerencias de los otros Espíritus imperfectos, que las aprovechan para tratar de hacerlo sucumbir en la lucha que ha emprendido.

Si sale vencedor de esa lucha, se eleva; si fracasa, sigue siendo lo que era, ni peor ni mejor: es una prueba que debe volver a empezar, y esto puede prolongarse mucho tiempo. Cuanto más se purifica, más disminuyen sus puntos débiles y menos oportunidades da a quienes lo incitan al mal; su fuerza moral crece en proporción a su elevación, y los malos Espíritus se alejan de él.

Todos los Espíritus, más o menos buenos, cuando están encarnados constituyen la especie humana; y, como nuestra tierra es uno de los mundos menos avanzados, en ella hay más Espíritus malos que buenos; por eso vemos tanta perversidad. Hagamos, pues, todos nuestros esfuerzos para no volver a ella después de esta estancia y para merecer ir a descansar en un mundo

mejor, en uno de esos mundos privilegiados donde el bien reina por completo y donde solo recordaremos nuestro paso por este mundo como un tiempo de exilio.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. XI — LEY DE JUSTICIA, AMOR Y CARIDAD

✦

Justicia y derechos naturales

873. ¿El sentimiento de la justicia está en la naturaleza o es el resultado de ideas adquiridas?

> «Está tan arraigado en la naturaleza que os indignáis ante la idea de una injusticia. El progreso moral desarrolla sin duda este sentimiento, pero no lo da: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre; por eso encontráis a menudo en hombres sencillos y primitivos nociones más exactas de la justicia que en quienes poseen muchos conocimientos».

874. Si la justicia es una ley de la naturaleza, ¿cómo es que los hombres la entienden de maneras tan diferentes y que uno encuentra justo lo que a otro le parece injusto?

> «Es porque a menudo se mezclan con ella pasiones que alteran este sentimiento, como la mayoría de los demás sentimientos naturales, y hacen ver las cosas desde un punto de vista falso».

875. **¿Cómo se puede definir la justicia?**

> «La justicia consiste en respetar los derechos de cada uno».

– ¿Qué determina esos derechos?

> «Los determinan dos cosas: la ley humana y la ley natural. Como los hombres han hecho leyes apropiadas a sus costumbres y a su carácter, esas leyes han establecido derechos que han podido variar con el progreso del conocimiento. Ved si vuestras leyes de hoy, sin ser perfectas, consagran los mismos derechos que en la Edad Media; esos derechos anticuados, que os parecen monstruosos, parecían justos y naturales en aquella época. El derecho establecido por los hombres no siempre es, pues, conforme a la justicia; además, solo regula ciertas relaciones sociales, mientras que, en la vida privada, hay multitud de actos que competen únicamente al tribunal de la conciencia».

876. Fuera del derecho consagrado por la ley humana, ¿cuál es la base de la justicia fundada en la ley natural?

> «Cristo os lo ha dicho: Querer para los demás lo que querríais para vosotros mismos. Dios ha puesto en el corazón del hombre la regla de toda verdadera justicia, mediante el deseo de cada uno de que se respeten sus derechos. Cuando no sepa qué debe hacer con su semejante en una circunstancia determinada, que el hombre se pregunte cómo querría que lo trataran en una circunstancia semejante: Dios no podía darle una guía más segura que su propia conciencia».

El criterio de la verdadera justicia es, en efecto, querer para los demás lo que uno querría para sí mismo, y no querer para sí lo que querría para los demás, lo cual no es en absoluto lo mismo.

Como no es natural desearse el mal, al tomar el deseo personal como modelo o punto de partida, se tiene la certeza de no querer nunca más que el bien para el prójimo.

En todos los tiempos y en todas las creencias, el hombre siempre ha procurado hacer prevalecer su derecho personal; lo sublime de la religión cristiana ha sido tomar el derecho personal como base del derecho del prójimo.

877. ¿La necesidad que tiene el hombre de vivir en sociedad le impone obligaciones particulares?

> «Sí, y la primera de todas es respetar los derechos de sus semejantes; quien respete esos derechos será siempre justo. En vuestro mundo, donde tantos hombres no practican la ley de justicia, cada uno recurre a las represalias, y eso es lo que causa el desorden y la confusión de vuestra sociedad. La vida social da derechos e impone deberes recíprocos».

878. **Ya que el hombre puede engañarse sobre la extensión de su derecho, ¿qué puede hacerle conocer su límite?**

> «El límite del derecho que reconoce a su semejante respecto de él en la misma circunstancia, y recíprocamente».

– Pero si cada uno se atribuye los derechos de su semejante, ¿qué ocurre con la subordinación a los superiores? ¿No es la anarquía de todos los poderes?

> «Los derechos naturales son los mismos para todos los hombres, desde el más pequeño hasta el más grande; Dios no ha hecho a unos de un barro más puro que a otros, y todos son iguales ante él. Esos derechos son eternos; los que el hombre ha establecido perecen con sus instituciones. Por lo demás, cada uno siente bien su fuerza o su debilidad, y siempre sabrá guardar cierta deferencia a quien la merezca por su virtud y su sabiduría. Es importante incluir esto, para que quienes se creen superiores conozcan sus deberes para merecer esas deferencias. La subordinación no se verá comprometida cuando la autoridad se otorgue a la sabiduría».

879. **¿Cuál sería el carácter del hombre que practicara la justicia en toda su pureza?**

> «El del verdadero justo, a ejemplo de Jesús; pues también practicaría el amor al prójimo y la caridad, sin los cuales no hay verdadera justicia».

Derecho de propiedad. Robo

880. **¿Cuál es el primero de todos los derechos naturales del hombre?**

> «El de vivir; por eso nadie tiene derecho a atentar contra la vida de su semejante ni a hacer nada que pueda poner en peligro su existencia corporal».

881. **¿El derecho a vivir da al hombre el derecho a acumular medios de subsistencia para descansar cuando ya no pueda trabajar?**

> «Sí, pero debe hacerlo en familia, como la abeja, mediante un trabajo honrado, y no acumular como un egoísta. Incluso ciertos animales le dan ejemplo de previsión».

882. **¿Tiene el hombre derecho a defender lo que ha acumulado mediante el trabajo?**

> «¿No ha dicho Dios: No robarás; y Jesús: Hay que dar al César lo que pertenece al César?»

Lo que el hombre acumula mediante un trabajo honrado es una propiedad legítima que tiene derecho a defender, pues la propiedad que es fruto del trabajo es un derecho natural tan sagrado como el de trabajar y vivir.

883. **¿El deseo de poseer está en la naturaleza?**

> «Sí; pero cuando es solo para uno mismo y para su satisfacción personal, es egoísmo».

– Sin embargo, ¿no es legítimo el deseo de poseer, puesto que quien tiene de qué vivir no es una carga para nadie?

> «Hay hombres insaciables que acumulan sin provecho para nadie, o para satisfacer sus pasiones. ¿Crees que eso está bien visto por Dios? Quien, por el contrario, acumula mediante su trabajo con el propósito de ayudar a sus semejantes practica la ley de amor y caridad, y su trabajo es bendecido por Dios».

884. **¿Cuál es el carácter de la propiedad legítima?**

> «Solo es legítima la propiedad que se ha adquirido sin perjuicio para los demás». (808).
>
> La ley de amor y justicia, al prohibir hacer a los demás lo que no querríamos que nos hicieran, condena por eso mismo todo medio de adquirir que sea contrario a esa ley.

885. **¿Es ilimitado el derecho de propiedad?**

> «Sin duda, todo lo que se adquiere legítimamente es una propiedad; pero, como hemos dicho, la legislación de los hombres, al ser imperfecta, consagra a menudo derechos convencionales que la justicia natural reprueba. Por eso reforman sus leyes a medida que se realiza el progreso y comprenden mejor la justicia. Lo que parece perfecto en un siglo parece bárbaro en el siguiente». (795).

Caridad y amor al prójimo

886. ¿Cuál es el verdadero sentido de la palabra caridad tal como la entendía Jesús?

> «Benevolencia para con todos, indulgencia con las imperfecciones ajenas, perdón de las ofensas».

El amor y la caridad son el complemento de la ley de justicia, pues amar al prójimo es hacerle todo el bien que está en nuestro poder y que querríamos que nos hicieran a nosotros mismos. Tal es el sentido de las palabras de Jesús: Amaos los unos a los otros como hermanos. La caridad, según Jesús, no se limita a la limosna; abarca todas las relaciones que tenemos con nuestros semejantes, sean nuestros inferiores, nuestros iguales o nuestros superiores. Nos manda ser indulgentes porque nosotros mismos necesitamos indulgencia; nos prohíbe humillar a quienes sufren, al contrario de lo que se hace con demasiada frecuencia. Si se presenta una persona rica, se tienen con ella mil atenciones, mil miramientos; si es pobre, parece que no hay necesidad de guardar consideraciones con ella. Cuanto más digna de compasión sea su situación, más debemos temer, por el contrario, aumentar su desgracia con la humillación. El hombre verdaderamente bueno procura elevar al inferior ante sus propios ojos, disminuyendo la distancia.

887. Jesús también dijo: Amad incluso a vuestros enemigos. Ahora bien, ¿el amor a nuestros enemigos no es contrario a nuestras tendencias naturales, y la enemistad no proviene de la falta de simpatía entre los Espíritus?

> «Sin duda, no se puede sentir por los enemigos un amor tierno y apasionado; no es eso lo que quiso decir; amar a los enemigos es perdonarlos y devolverles bien por mal; de ese modo uno se hace superior a ellos; mediante la venganza se coloca por debajo de ellos».

888. **¿Qué se debe pensar de la limosna?**

> «El hombre reducido a pedir limosna se degrada moral y físicamente: se embrutece. En una sociedad basada en la ley de Dios y la justicia, se debe proveer al sustento del débil sin humillarlo. Debe asegurar la subsistencia de quienes no pueden trabajar, sin dejar su vida a merced del azar y de la buena voluntad».

– **¿Censuráis la limosna?**

> «No; no es la limosna lo censurable, sino, a menudo, la manera en que se da. El hombre de bien que comprende la caridad según Jesús sale al encuentro del desdichado sin esperar a que este le tienda la mano.
>
> «La verdadera caridad es siempre buena y benévola; está tanto en la manera como en el hecho. Un servicio prestado con delicadeza duplica su valor; si se presta con altivez, la necesidad puede hacer que se acepte, pero conmueve poco el corazón.
>
> «Recordad también que la ostentación quita a los ojos de Dios el mérito de la buena acción. Jesús dijo: Que vuestra mano izquierda ignore lo que da vuestra mano derecha; con ello os enseña a no empañar la caridad con el orgullo.
>
> «Hay que distinguir la limosna propiamente dicha de la beneficencia. El más necesitado no siempre es quien pide; el temor a una humillación contiene al verdadero pobre, y a menudo sufre sin quejarse; a ese es a quien el hombre verdaderamente humano sabe ir a buscar sin ostentación.
>
> «Amaos los unos a los otros: esa es toda la ley, la ley divina por la que Dios gobierna los mundos. El amor es la ley de atracción para los seres vivos y organizados; la atracción es la ley de amor para la materia inor-

gánica.

«No olvidéis nunca que el Espíritu, cualquiera que sea su grado de adelanto, su situación de reencarnación o de erraticidad, está siempre situado entre un superior que lo guía y lo perfecciona y un inferior respecto del cual tiene los mismos deberes que cumplir. Sed, pues, caritativos, no solo con esa caridad que os lleva a sacar de vuestra bolsa el óbolo que dais fríamente a quien se atreve a pedíroslo, sino salid al encuentro de las miserias ocultas. Sed indulgentes con los defectos de vuestros semejantes; en vez de despreciar la ignorancia y el vicio, instruid y moralizad a quienes los padecen; sed amables y benévolos con todo lo que os sea inferior; comportaos del mismo modo con los seres más ínfimos de la creación, y habréis obedecido la ley de Dios».

889. **¿No hay hombres reducidos a la mendicidad por su propia culpa?**

«Sin duda, pero si una buena educación moral les hubiera enseñado a practicar la ley de Dios, no caerían en los excesos que causan su perdición; de eso depende, sobre todo, la mejora de vuestro globo». (707).

Amor materno y filial

890. **¿El amor materno es una virtud o un sentimiento instintivo común a los hombres y a los animales?**

> «Es ambas cosas. La naturaleza ha dado a la madre el amor por sus hijos para asegurar su conservación; pero en el animal ese amor se limita a las necesidades materiales: cesa cuando los cuidados se vuelven innecesarios; en el hombre persiste toda la vida e implica una entrega y una abnegación que son propias de la virtud; sobrevive incluso a la muerte y sigue al hijo más allá de la tumba; bien veis que hay en él algo más que en el animal». (205-385).

891. **Puesto que el amor materno está en la naturaleza, ¿por qué hay madres que odian a sus hijos, y a menudo desde su nacimiento?**

> «A veces es una prueba elegida por el Espíritu del hijo, o una expiación si él mismo ha sido mal padre, mala madre o mal hijo en otra existencia (392). En todos los casos, la mala madre solo puede estar animada por un mal Espíritu que procura poner trabas al del hijo para que sucumba ante la prueba que ha querido; pero esta violación de las leyes de la naturaleza no quedará impune, y el Espíritu del hijo será recompensado por los obstáculos que haya superado».

892. **Cuando unos padres tienen hijos que les causan penas, ¿no es disculpable que no sientan por ellos la ternura que habrían sentido en el caso contrario?**

> «No, pues es una responsabilidad que se les ha confiado, y su misión es hacer todos los esfuerzos posibles para reconducirlos al bien (582-583). Pero esas penas son a menudo consecuencia de los malos hábitos que les han dejado adquirir desde la cuna; entonces cosechan lo que han sembrado».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO III, CAP. XII — PERFECCIÓN MORAL

✦

Las virtudes y los vicios

893. ¿Cuál es la más meritoria de todas las virtudes?

> «Todas las virtudes tienen su mérito, porque todas son señales de progreso en el camino del bien. Hay virtud siempre que hay resistencia voluntaria al impulso de las malas inclinaciones; pero lo sublime de la virtud consiste en sacrificar el interés personal por el bien del prójimo sin segundas intenciones; la más meritoria es la que se funda en la caridad más desinteresada».

894. **Hay personas que hacen el bien por un impulso espontáneo, sin tener que vencer ningún sentimiento contrario; ¿tienen tanto mérito como quienes deben luchar contra su propia naturaleza y la superan?**

> «Quienes no tienen que luchar es porque en ellos el progreso ya se ha realizado: lucharon en otro tiempo y triunfaron; por eso los buenos sentimientos no les cuestan ningún esfuerzo, y sus acciones les parecen completamente naturales: el bien se ha convertido para ellos en un hábito. Debéis, pues, honrarlos como a viejos guerreros que han conquistado sus grados.
>
> Como todavía estáis lejos de la perfección, estos ejemplos os sorprenden por el contraste, y los admiráis tanto más cuanto más raros son; pero sabed bien que en los mundos más avanzados que el vuestro, lo que entre vosotros es una excepción es la regla. El sentimiento del bien es allí espontáneo en todas partes, porque solo están habitados por buenos Espíritus, y una sola mala intención sería allí una excepción monstruosa. Por eso los hombres son felices allí; así será en la tierra cuando la humanidad se haya transformado, y cuando comprenda y practique la caridad en su verdadero sentido».

895. **Aparte de los defectos y los vicios sobre los que nadie podría equivocarse, ¿cuál es la señal más característica de la imperfección?**

> «Es el interés personal. Las cualidades morales son a menudo como el dorado aplicado a un objeto de cobre, que no resiste la piedra de toque. Un hombre puede poseer cualidades reales que hacen de él, a los ojos de todos, un hombre de bien; pero esas cualidades, aunque constituyen un progreso, no siempre resisten ciertas pruebas, y a veces basta con tocar la fibra del interés personal para dejar al descubierto el fondo. El verdadero desinterés es incluso algo tan raro en la tierra que, cuando se presenta, se lo admira como un fenómeno.
>
> El apego a las cosas materiales es una señal evidente de inferioridad, porque cuanto más se aferra el hombre a los bienes de este mundo, menos comprende su destino; mediante el desinterés, por el contrario, demuestra que contempla el porvenir desde un punto más elevado».

896. **Hay personas desinteresadas que carecen de discernimiento y derrochan sus bienes sin provecho real, por no emplearlos de manera razonada; ¿tienen algún mérito?**

> «Tienen el mérito del desinterés, pero no el del bien que podrían hacer. Si el desinterés es una virtud, la prodigalidad irreflexiva es siempre, al menos, una falta de juicio. La fortuna no se da a unos para que la tiren al viento, como tampoco a otros para que la entierren en una caja fuerte; es un depósito del que deberán rendir cuentas, pues tendrán que responder de todo el bien que estaba en su poder hacer y que no habrán hecho; de todas las lágrimas que habrían podido secar con el dinero que dieron a quienes no lo necesitaban».

897. **Quien hace el bien, no con miras a una recompensa en la tierra, sino con la esperanza de que se le tenga en cuenta en la otra vida y de que su situación allí sea tanto mejor, ¿es censurable, y perjudica ese pensamiento su progreso?**

> «Hay que hacer el bien por caridad, es decir, con desinterés».

– Sin embargo, todos tienen el deseo muy natural de progresar para salir del estado penoso de esta vida; los propios Espíritus nos enseñan a practicar el bien con ese fin; ¿es, pues, malo pensar que haciendo el bien se puede esperar algo mejor que en la tierra?

> «No, ciertamente; pero quien hace el bien sin segundas intenciones, y por el solo placer de agradar a Dios y a su prójimo que sufre, ya se encuentra en cierto grado de progreso que le permitirá llegar mucho antes a la felicidad que su hermano que, más práctico, hace el bien por razonamiento, sin que lo impulse el calor natural de su corazón». (894).
>
> – ¿No hay aquí una distinción que hacer entre el bien que se puede hacer al prójimo y el cuidado que se pone en corregir los propios defectos? Comprendemos que hacer el bien pensando que se tendrá en cuenta en la otra vida es poco meritorio; pero enmendarse, vencer las pasiones y corregir el carácter con miras a acercarse a los buenos Espíritus y elevarse, ¿es también una señal de inferioridad?
>
> «No, no; por hacer el bien queremos decir ser caritativo. Quien calcula lo que cada buena acción puede reportarle en la vida futura, al igual que en la vida terrenal, actúa como un egoísta; pero no hay ningún egoísmo en mejorarse con miras a acercarse a Dios, puesto que ese es el fin al que todos deben aspirar».

898. **Puesto que la vida corporal no es más que una estancia temporal en este mundo, y nuestro porvenir debe ser nuestra principal preocupación, ¿es útil esforzarse por adquirir conocimientos científicos que solo se refieren a las cosas y a las necesidades materiales?**

> «Sin duda; primero, eso os permite aliviar a vuestros hermanos; después, vuestro Espíritu se elevará más deprisa si ya ha progresado en inteligencia; en el intervalo entre las encarnaciones, aprenderéis en una hora lo que os exigiría años en vuestra tierra. Ningún conocimiento es inútil; todos contribuyen más o menos al progreso, porque el Espíritu perfecto debe saberlo todo, y como el progreso ha de realizarse en todos los sentidos, todas las ideas adquiridas ayudan al desarrollo del Espíritu».

899. **De dos hombres ricos, uno nació en la opulencia y nunca conoció la necesidad; el otro debe su fortuna a su trabajo; ambos la emplean exclusivamente para su satisfacción personal; ¿cuál es el más culpable?**

> «El que ha conocido los sufrimientos; sabe lo que es sufrir; conoce el dolor que no alivia, pero, por desgracia para él, con demasiada frecuencia ya no lo recuerda».

900. **Quien acumula sin cesar y sin hacer el bien a nadie, ¿encuentra una excusa válida en la idea de que amasa bienes para dejar más a sus herederos?**

> «Es un arreglo con la mala conciencia».

901. **De dos avaros, el primero se niega lo necesario y muere de privaciones sobre su tesoro; el segundo solo es avaro con los demás: es pródigo consigo mismo; mientras retrocede ante el más leve sacrificio para prestar un servicio o hacer algo útil, nada le cuesta satisfacer sus gustos y sus pasiones. Si le piden un servicio, siempre se encuentra en apuros; si quiere darse un capricho, siempre tiene suficiente. ¿Cuál es el más culpable, y cuál tendrá el peor lugar en el mundo de los Espíritus?**

> «El que disfruta: es más egoísta que avaro; el otro ya ha encontrado una parte de su castigo».

902. **¿Es censurable envidiar la riqueza cuando se hace por el deseo de hacer el bien?**

> «El sentimiento es loable, sin duda, cuando es puro; pero ¿es ese deseo siempre verdaderamente desinteresado y no oculta ninguna segunda intención personal? ¿No es a menudo uno mismo la primera persona a quien se desea hacer el bien?»

903. **¿Es culpable estudiar los defectos de los demás?**

> «Si es para criticarlos y divulgarlos, se es muy culpable, porque es faltar a la caridad; si es para sacar provecho personal de ello y evitarlos uno mismo, eso puede ser útil algunas veces; pero no hay que olvidar que la indulgencia con los defectos ajenos es una de las virtudes comprendidas en la caridad. Antes de reprochar a los demás sus imperfecciones, ved si no se puede decir lo mismo de vosotros. Procurad, pues, tener las cualidades opuestas a los defectos que criticáis en los demás; ese es el medio de haceros superiores; si le reprocháis ser avaro, sed generosos; ser orgulloso, sed humildes y modestos; ser duro, sed dulces; actuar con mezquindad, sed grandes en todas vuestras acciones; en una palabra, obrad de modo que no se os pueda aplicar esta frase de Jesús: Ve una paja en el ojo de su vecino y no ve una viga en el suyo».

904. **¿Es culpable examinar las llagas de la sociedad y ponerlas al descubierto?**

> «Eso depende del sentimiento que impulse a hacerlo; si el escritor solo se propone provocar escándalo, se procura un goce personal al presentar cuadros que a menudo son más un mal ejemplo que uno bueno. El Espíritu lo valora, pero puede ser castigado por esa clase de placer que encuentra en revelar el mal».

– ¿Cómo juzgar, en ese caso, la pureza de las intenciones y la sinceridad del escritor?

> «Eso no siempre es útil; si escribe cosas buenas, sacad provecho de ellas; si obra mal, es una cuestión de conciencia que le concierne. Por lo demás, si le importa demostrar su sinceridad, le corresponde apoyar el precepto con su propio ejemplo».

905. **Algunos autores han publicado obras muy bellas y muy morales que ayudan al progreso de la humanidad, pero de las que ellos mismos apenas han sacado provecho; ¿se les tiene en cuenta, como Espíritus, el bien que han hecho sus obras?**

> «La moral sin las acciones es la semilla sin el trabajo. ¿De qué os sirve la semilla si no la hacéis fructificar para alimentaros? Esos hombres son más culpables porque tenían la inteligencia necesaria para comprender; al no practicar las máximas que daban a los demás, renunciaron a recoger sus frutos».

906. **Quien obra bien, ¿es censurable por tener conciencia de ello y reconocérselo a sí mismo?**

> «Puesto que puede tener conciencia del mal que hace, también debe tenerla del bien, a fin de saber si obra bien o mal. Pesando todas sus acciones en la balanza de la ley de Dios, y sobre todo en la de la ley de justicia, amor y caridad, podrá decirse si son buenas o malas, aprobarlas o desaprobarlas. No puede, pues, ser censurable reconocer que ha triunfado sobre las malas tendencias y sentirse satisfecho de ello, siempre que no se envanezca, pues entonces caería en otro defecto». (919).

De las pasiones

907. **Puesto que el principio de las pasiones está en la naturaleza, ¿es malo en sí mismo?**

> «No; la pasión está en el exceso unido a la voluntad, pues el principio se ha dado al hombre para el bien, y las pasiones pueden impulsarlo a grandes cosas; es el abuso que hace de ellas lo que causa el mal».

908. ¿Cómo definir el límite en que las pasiones dejan de ser buenas o malas?

> «Las pasiones son como un caballo que es útil cuando se lo domina y peligroso cuando es él quien domina. Reconozcan, pues, que una pasión se vuelve perniciosa desde el momento en que dejan de poder gobernarla y que tiene como resultado algún perjuicio para ustedes o para los demás».

Las pasiones son palancas que multiplican por diez las fuerzas del hombre y lo ayudan a cumplir los designios de la Providencia; pero si, en vez de dirigirlas, el hombre se deja dirigir por ellas, cae en los excesos, y la misma fuerza que, en sus manos, podía hacer el bien, recae sobre él y lo aplasta. Todas las pasiones tienen su origen en un sentimiento o una necesidad natural. El origen de las pasiones no es, por tanto, un mal, puesto que se basa en una de las condiciones providenciales de nuestra existencia. La pasión, propiamente dicha, es la exageración de una necesidad o de un sentimiento; está en el exceso y no en la causa; y ese exceso se convierte en un mal cuando tiene como consecuencia algún mal. Toda pasión que acerca al hombre a la naturaleza animal lo aleja de la naturaleza espiritual. Todo sentimiento que eleva al hombre por encima de la naturaleza animal anuncia el predominio del Espíritu sobre la materia y lo acerca a la perfección.

909. ¿Podría el hombre vencer siempre sus malas inclinaciones mediante sus esfuerzos?

> «Sí, y a veces con pequeños esfuerzos; lo que le falta es voluntad. ¡Ay! ¡Qué pocos de ustedes se esfuerzan!»

910. **¿Puede el hombre encontrar en los Espíritus una ayuda eficaz para superar sus pasiones?**

> «Si ora a Dios y a su buen genio con sinceridad, los buenos Espíritus acudirán sin duda en su ayuda, pues esa es su misión». (459).

911. **¿No hay pasiones tan intensas e irresistibles que la voluntad es impotente para superarlas?**

> «Hay muchas personas que dicen: Quiero, pero la voluntad solo está en sus labios; quieren, y les complace que no sea así. Cuando uno cree que no puede vencer sus pasiones, es porque el Espíritu se complace en ellas a causa de su inferioridad. Quien trata de reprimirlas comprende su naturaleza espiritual; vencerlas es para él un triunfo del Espíritu sobre la materia».

912. **¿Cuál es el medio más eficaz para combatir el predominio de la naturaleza corporal?**

> «Renunciar a uno mismo».

Del egoísmo

913. **Entre los vicios, ¿cuál puede considerarse la raíz de todos?**

> «Lo hemos dicho muchas veces: el egoísmo; de él deriva todo el mal. Estudien todos los vicios y verán que en el fondo de todos hay egoísmo; por mucho que los combatan, no lograrán extirparlos mientras no hayan atacado el mal de raíz, mientras no hayan destruido la causa. Que todos sus esfuerzos se orienten, pues, hacia ese fin, porque ahí está la verdadera llaga de la sociedad. Quien quiera acercarse, desde esta vida, a la perfección moral debe extirpar de su corazón todo sentimiento de egoísmo, pues el egoísmo es incompatible con la justicia, el amor y la caridad: neutraliza todas las demás cualidades».

914. **Dado que el egoísmo se basa en el sentimiento del interés personal, parece muy difícil extirparlo por completo del corazón del hombre; ¿se logrará?**

> «A medida que los hombres comprenden mejor las cosas espirituales, dan menos valor a las cosas materiales; además, hay que reformar las instituciones humanas que lo mantienen y lo estimulan. Eso depende de la educación».

915. **Si el egoísmo es inherente a la especie humana, ¿no será siempre un obstáculo para el reinado del bien absoluto en la tierra?**

> «Es cierto que el egoísmo es su mayor mal, pero se debe a la inferioridad de los Espíritus encarnados en la tierra, y no a la humanidad en sí misma; ahora bien, los Espíritus, al purificarse mediante encarnaciones sucesivas, pierden el egoísmo como pierden sus demás impurezas. ¿No hay en la tierra ningún hombre libre de egoísmo y que practique la caridad? Hay más de los que creen, pero los conocen poco, porque la virtud no busca exhibirse a plena luz; si hay uno, ¿por qué no habría diez? Si hay diez, ¿por qué no habría mil, y así sucesivamente?»

916. **El egoísmo, lejos de disminuir, crece con la civilización, que parece estimularlo y mantenerlo; ¿cómo podrá la causa destruir el efecto?**

> «Cuanto mayor es el mal, más repugnante se vuelve; era necesario que el egoísmo hiciera mucho daño para que se comprendiera la necesidad de extirparlo. Cuando los hombres se hayan despojado del egoísmo que los domina, vivirán como hermanos, sin hacerse daño, ayudándose unos a otros por el sentimiento mutuo de solidaridad; entonces el fuerte será el apoyo del débil y no su opresor, y ya no se verá a hombres carecer de lo necesario, porque todos practicarán la ley de justicia. Ese es el reinado del bien que los Espíritus tienen la misión de preparar». (784).

917. ¿Cuál es el medio de destruir el egoísmo?

«De todas las imperfecciones humanas, la más difícil de desarraigar es el egoísmo, porque está ligado a la influencia de la materia, de la que el hombre, todavía demasiado cercano a su origen, no ha podido liberarse, y todo contribuye a mantener esa influencia: sus leyes, su organización social, su educación. El egoísmo se debilitará con el predominio de la vida moral sobre la vida material, y sobre todo con la comprensión que el espiritismo les da de su estado futuro real, sin que lo desfiguren las ficciones alegóricas; el espiritismo bien comprendido, cuando se haya integrado en las costumbres y las creencias, transformará los hábitos, los usos y las relaciones sociales. El egoísmo se basa en la importancia de la personalidad; ahora bien, el espiritismo bien comprendido, lo repito, permite ver las cosas desde tan alto que el sentimiento de la personalidad desaparece en cierto modo ante la inmensidad. Al destruir esa importancia, o al menos al mostrarla tal como es, combate necesariamente el egoísmo.

«El daño que el hombre sufre por el egoísmo de los demás es lo que a menudo lo vuelve egoísta a él mismo, porque siente la necesidad de mantenerse a la defensiva. Al ver que los demás piensan en sí mismos y no en él, se ve llevado a ocuparse de sí mismo más que de los demás. Que el principio de la caridad y de la fraternidad sea la base de las instituciones sociales, de las relaciones legales entre los pueblos y entre los hombres, y el hombre pensará menos en su propia persona cuando vea que otros han pensado en ella; recibirá la influencia moralizadora del ejemplo y del contacto. Ante este desbordamiento de egoísmo, hace falta una verdadera virtud para renunciar a la propia personalidad en beneficio de los demás, que a menudo no muestran ningún agradeci-

miento; es sobre todo a quienes poseen esta virtud a quienes se abre el reino de los cielos; a ellos sobre todo les está reservada la felicidad de los elegidos, pues les digo en verdad que, en el día de la justicia, quien solo haya pensado en sí mismo será apartado y sufrirá por su abandono». (785).

Sin duda se hacen esfuerzos loables para hacer avanzar a la humanidad; se alientan, se estimulan y se honran los buenos sentimientos más que en ninguna otra época, y, sin embargo, el gusano roedor del egoísmo sigue siendo la llaga social. Es un mal real que repercute en todo el mundo y del que cada uno es víctima en mayor o menor medida; hay que combatirlo, pues, como se combate una enfermedad epidémica. Para ello hay que proceder como los médicos: remontarse al origen. Que se busquen, pues, en todas las partes de la organización social, desde la familia hasta los pueblos, desde la choza hasta el palacio, todas las causas, todas las influencias manifiestas u ocultas que estimulan, mantienen y desarrollan el sentimiento de egoísmo; una vez conocidas las causas, el remedio se presentará por sí mismo; solo quedará combatirlas, si no todas a la vez, al menos parcialmente, y poco a poco se extirpará el veneno. La curación podrá ser larga, pues las causas son numerosas, pero no es imposible. Por lo demás, solo se logrará atacando el mal de raíz, es decir, mediante la educación; no la educación que tiende a formar hombres instruidos, sino la que tiende a formar hombres de bien. La educación, bien entendida, es la clave del progreso moral; cuando se conozca el arte de moldear los caracteres como se conoce el de cultivar las inteligencias, se podrán enderezar como se enderezan las plantas jóvenes; pero este arte exige mucho tacto, mucha experiencia y una observación profunda; es un grave error creer que

basta con tener conocimientos para ejercerlo con provecho. Quien sigue tanto al niño rico como al pobre desde el instante de su nacimiento y observa todas las influencias perniciosas que actúan sobre él a causa de la debilidad, la negligencia y la ignorancia de quienes lo guían, y cuántas veces los medios empleados para educarlo moralmente resultan desacertados, no puede extrañarse de encontrar tantos defectos en el mundo. Que se haga por la moral tanto como se hace por la inteligencia y se verá que, aunque hay naturalezas resistentes, hay más de las que se cree que solo necesitan un buen cultivo para dar buenos frutos. (872).

El hombre quiere ser feliz, ese sentimiento está en la naturaleza; por eso trabaja sin cesar para mejorar su situación en la tierra; busca las causas de sus males para remediarlos. Cuando comprenda bien que el egoísmo es una de esas causas, la que engendra el orgullo, la ambición, la codicia, la envidia, el odio y los celos, que lo hieren a cada instante; la que perturba todas las relaciones sociales, provoca las discordias, destruye la confianza y obliga a mantenerse constantemente a la defensiva ante el prójimo; la que, en fin, convierte al amigo en enemigo, entonces comprenderá también que este vicio es incompatible con su propia felicidad; añadimos incluso que con su propia seguridad; cuanto más lo haya sufrido, más sentirá la necesidad de combatirlo, como combate la peste, los animales dañinos y todas las demás calamidades; su propio interés lo impulsará a ello. (784).

El egoísmo es la fuente de todos los vicios, como la caridad es la fuente de todas las virtudes; destruir el uno y desarrollar la otra, tal debe ser el objetivo de todos los esfuerzos del hombre si quiere asegurar su felicidad tanto aquí en la tierra como en el porvenir.

Características del hombre de bien

918. ¿Por qué señales se puede reconocer en un hombre el progreso real que debe elevar su Espíritu en la jerarquía espírita?

> «El Espíritu demuestra su elevación cuando todos los actos de su vida corporal son la práctica de la ley de Dios y cuando comprende por anticipado la vida espiritual».

El verdadero hombre de bien es aquel que practica la ley de justicia, de amor y de caridad en su mayor pureza. Si interroga a su conciencia sobre los actos realizados, se preguntará si ha infringido esa ley; si ha hecho algún mal; si ha hecho todo el bien que ha podido; si alguien ha tenido motivos para quejarse de él y, por último, si ha hecho por los demás todo lo que habría querido que hicieran por él. El hombre lleno del sentimiento de caridad y de amor al prójimo hace el bien por el bien mismo, sin esperar nada a cambio, y sacrifica su interés a la justicia. Es bueno, humano y benévolo con todo el mundo, porque ve hermanos en todos los hombres, sin distinción de razas ni de creencias. Si Dios le ha dado poder y riqueza, considera estas cosas como un depósito que debe emplear para el bien; no se envanece de ellas, pues sabe que Dios, que se las ha dado, puede quitárselas. Si el orden social ha puesto a otros hombres bajo su dependencia, los trata con bondad y benevolencia, porque son sus iguales ante Dios; usa su autoridad para elevar su ánimo y no para aplastarlos con su orgullo. Es indulgente con las debilidades ajenas, porque sabe que él mismo necesita indulgencia y recuerda estas palabras de Cristo: Que aquel que esté libre de pecado le arroje la primera piedra. No es vengativo: a ejemplo de Jesús, perdona las ofensas para recordar solo los beneficios recibidos, pues sabe que será perdonado como él mismo haya perdonado. Por último, respeta en sus semejantes todos los derechos que otorgan las leyes de la naturaleza, como querría que se respetaran en él.

Conocimiento de uno mismo

919. ¿Cuál es el medio práctico más eficaz para mejorar en esta vida y resistir el impulso del mal?

> «Un sabio de la antigüedad os lo dijo: Conócete a ti mismo».

– Comprendemos toda la sabiduría de esta máxima, pero la dificultad está precisamente en conocerse a uno mismo; ¿cuál es el medio para lograrlo?

> «Haced lo que yo mismo hacía cuando vivía en la Tierra: al final del día interrogaba a mi conciencia, repasaba lo que había hecho y me preguntaba si había faltado a algún deber; si alguien había tenido motivos para quejarse de mí. Así fue como llegué a conocerme y a ver lo que debía reformar en mí. Quien cada noche recordara todas sus acciones del día y se preguntara qué había hecho de bueno o de malo, rogando a Dios y a su ángel de la guarda que lo iluminaran, adquiriría una gran fuerza para perfeccionarse, pues, creedme, Dios lo ayudará. Haceos, pues, preguntas y preguntaos qué habéis hecho y con qué propósito habéis actuado en tal circunstancia; si habéis hecho algo que censuraríais en otra persona; si habéis realizado una acción que no os atreveríais a confesar. Preguntaos también esto: Si Dios quisiera llamarme en este momento, al regresar al mundo de los Espíritus, donde nada está oculto, ¿tendría que temer encontrarme con alguien? Examinad lo que podáis haber hecho contra Dios, luego contra vuestro prójimo y, por último, contra vosotros mismos. Las respuestas darán descanso a vuestra conciencia o señalarán un mal que hay que curar.
>
> «El conocimiento de uno mismo es, por tanto, la clave del mejoramiento individual; pero, diréis, ¿cómo juzgarse? ¿No está uno bajo la ilusión del amor propio, que reduce las faltas y hace que se disculpen?

El avaro se cree simplemente ahorrador y previsor; el orgulloso cree tener solo dignidad. Esto es muy cierto, pero tenéis un medio de comprobación que no puede engañaros. Cuando dudéis sobre el valor de una de vuestras acciones, preguntaos cómo la calificaríais si la hubiera realizado otra persona; si la censuráis en otro, no puede ser más legítima en vosotros, pues Dios no tiene dos medidas para la justicia. Procurad también saber qué piensan los demás de ella y no desatendáis la opinión de vuestros enemigos, pues estos no tienen ningún interés en disfrazar la verdad, y a menudo Dios los pone a vuestro lado como un espejo para advertiros con más franqueza de la que tendría un amigo. Que quien tenga la voluntad sincera de mejorar examine, pues, su conciencia para arrancar de ella las malas inclinaciones, como arranca las malas hierbas de su jardín; que haga el balance de su jornada moral, como el comerciante hace el de sus pérdidas y ganancias, y os aseguro que uno le reportará más que el otro. Si puede decirse que su jornada ha sido buena, puede dormir en paz y esperar sin temor el despertar en otra vida.

«Haceos, pues, preguntas claras y precisas, y no temáis multiplicarlas: bien se pueden dedicar unos minutos a conquistar una felicidad eterna. ¿No trabajáis todos los días con la intención de reunir lo necesario para descansar en vuestra vejez? ¿No es ese descanso el objeto de todos vuestros deseos, la meta que os hace soportar fatigas y privaciones pasajeras? Pues bien, ¿qué es ese descanso de unos pocos días, perturbado por las dolencias del cuerpo, al lado del que espera al hombre de bien? ¿No merece esto que se hagan algunos esfuerzos? Sé que muchos dicen que el presente es una realidad y el porvenir es incierto; ahora bien, ese es precisamente el pensamiento que tenemos la misión

> de destruir en vosotros, pues queremos haceros comprender ese porvenir de tal manera que no pueda dejar ninguna duda en vuestra alma; por eso hemos llamado primero vuestra atención mediante fenómenos capaces de impresionar vuestros sentidos, y luego os damos enseñanzas que cada uno de vosotros tiene la misión de difundir. Con este fin hemos dictado el Libro de los Espíritus».

Muchas faltas que cometemos nos pasan inadvertidas; si, en efecto, siguiendo el consejo de san Agustín, interrogáramos más a menudo a nuestra conciencia, veríamos cuántas veces hemos fallado sin pensar en ello, por no examinar la naturaleza y el motivo de nuestros actos.

La forma interrogativa tiene algo más preciso que una máxima que a menudo uno no se aplica. Exige respuestas categóricas de sí o no que no dejan alternativa; cada una constituye un argumento personal, y por la suma de las respuestas se puede calcular la suma del bien y del mal que hay en nosotros.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO IV, CAP. I — PENAS Y GOZOS TERRENALES

✦

Felicidad y desdicha relativas

920. ¿Puede el hombre disfrutar en la tierra de una felicidad completa?

> «No, puesto que la vida le ha sido dada como prueba o expiación; pero de él depende aliviar sus males y ser tan feliz como se puede ser en la tierra».

921. **Se comprende que el hombre será feliz en la tierra cuando la humanidad se haya transformado; pero, mientras tanto, ¿puede cada uno asegurarse una felicidad relativa?**

> «El hombre es, la mayoría de las veces, el artífice de su propia desdicha. Al practicar la ley de Dios, se ahorra muchos males y se procura una felicidad tan grande como lo permite su existencia material».

El hombre que está profundamente convencido de su destino futuro solo ve en la vida corporal una estancia temporal. Para él es una parada momentánea en una mala posada; se consuela fácilmente de algunas molestias pasajeras de un viaje que debe conducirlo a una situación tanto mejor cuanto mejor haya hecho de antemano sus preparativos. Ya en esta vida somos castigados por infringir las leyes de la existencia corporal mediante los males que son consecuencia de esa infracción y de nuestros propios excesos. Si nos remontamos paso a paso al origen de lo que llamamos nuestras desdichas terrenales, veremos que, en su mayoría, son consecuencia de una primera desviación del camino recto. Por esa desviación hemos entrado en un mal camino y, de consecuencia en consecuencia, caemos en la desdicha.

922. **La felicidad terrenal es relativa a la situación de cada uno; lo que basta para la felicidad de uno causa la desdicha de otro. Sin embargo, ¿hay una medida de felicidad común a todos los hombres?**

> «Para la vida material, es la posesión de lo necesario; para la vida moral: la buena conciencia y la fe en el porvenir».

923. **Lo que sería superfluo para uno, ¿no se vuelve necesario para otros, y viceversa, según su situación?**

> «Sí, según vuestras ideas materiales, vuestros prejuicios, vuestra ambición y todos vuestros defectos ridículos, que el porvenir juzgará como merecen cuando comprendáis la verdad. Sin duda, quien tenía cincuenta mil libras de renta y se ve reducido a diez se cree muy desdichado, porque ya no puede darse tanta importancia, mantener lo que llama su rango, tener caballos, lacayos, satisfacer todas sus pasiones, etc. Cree carecer de lo necesario; pero, francamente, ¿lo consideras tan digno de lástima cuando a su lado hay quienes mueren de hambre y de frío y no tienen un refugio donde apoyar la cabeza? El sabio, para ser feliz, mira por debajo de él, y nunca por encima, salvo para elevar su alma hacia el infinito». (715).

924. **Hay males que son independientes de la manera de actuar y que golpean al hombre más justo; ¿no tiene ningún medio de preservarse de ellos?**

> «Debe entonces resignarse y soportarlos sin quejarse, si quiere progresar; pero siempre encuentra consuelo en su conciencia, que le da la esperanza de un porvenir mejor, si hace lo necesario para obtenerlo».

925. **¿Por qué favorece Dios con los dones de la fortuna a ciertos hombres que no parecen haberlo merecido?**

> «Es un favor a los ojos de quienes solo ven el presente; pero, tenlo bien presente, la fortuna es una prueba a menudo más peligrosa que la miseria». (814 y siguientes).

926. **La civilización, al crear nuevas necesidades, ¿no es fuente de nuevas aflicciones?**

> «Los males de este mundo son proporcionales a las necesidades artificiales que creáis. Quien sabe limitar sus deseos y ve sin envidia lo que está por encima de él se ahorra muchas decepciones en esta vida. El más rico es quien tiene menos necesidades.
> Envidiáis los gozos de quienes os parecen los felices del mundo; pero ¿sabéis lo que les está reservado? Si solo disfrutan para sí mismos, son egoístas, y entonces vendrá el revés. Compadeceos más bien de ellos. Dios permite a veces que el malvado prospere, pero su felicidad no es envidiable, pues la pagará con lágrimas amargas. Si el justo es desdichado, es una prueba que se le tendrá en cuenta si la soporta con valor. Recordad estas palabras de Jesús: Felices los que sufren, porque serán consolados».

927. **Lo superfluo ciertamente no es indispensable para la felicidad, pero no ocurre lo mismo con lo necesario; ahora bien, ¿no es real la desdicha de quienes están privados de lo necesario?**

> «El hombre solo es verdaderamente desdichado cuando sufre por la falta de lo que es necesario para la vida y la salud del cuerpo. Esa privación quizá sea culpa suya; entonces solo debe culparse a sí mismo; si es culpa de otro, la responsabilidad recae sobre quien la causa».

928. **Mediante la particularidad de las aptitudes naturales, Dios indica claramente nuestra vocación en este mundo. ¿No provienen muchos males de que no seguimos esa vocación?**

> «Es cierto, y a menudo son los padres quienes, por orgullo o avaricia, apartan a sus hijos del camino trazado por la naturaleza y, con ese cambio, comprometen su felicidad; serán responsables de ello».

– Así pues, ¿consideraríais justo que el hijo de un hombre de elevada posición en el mundo hiciera zuecos, por ejemplo, si tuviera aptitud para ese oficio?

> «No hay que caer en el absurdo ni exagerar nada: la civilización tiene sus exigencias. ¿Por qué el hijo de un hombre de elevada posición, como tú dices, habría de hacer zuecos si puede hacer otra cosa? Siempre podrá ser útil en la medida de sus facultades, si no las aplica de manera equivocada. Así, por ejemplo, en lugar de ser un mal abogado, quizá podría ser un buen mecánico, etc.».

Situar a los hombres fuera de su esfera intelectual es, sin duda, una de las causas más frecuentes de decepción. La falta de aptitud para la carrera elegida es una fuente inagotable de reveses; luego, al sumarse a ella el amor propio, impide al hombre caído buscar un recurso en una profesión más humilde y le presenta el suicidio como remedio para escapar de lo que considera una humillación.

Si una educación moral lo hubiera elevado por encima de los necios prejuicios del orgullo, nunca se vería desprevenido.

929. **Hay personas que, al carecer de todo recurso, aun cuando la abundancia reina a su alrededor, solo tienen la muerte en perspectiva; ¿qué decisión deben tomar? ¿Deben dejarse morir de hambre?**

> «Nunca se debe tener la idea de dejarse morir de hambre; siempre se encontraría un medio de alimentarse si el orgullo no se interpusiera entre la necesidad y el trabajo. A menudo se dice: No hay oficio indigno; la profesión no deshonra; se dice para los demás y no para uno mismo».

930. **Es evidente que, sin los prejuicios sociales por los que uno se deja dominar, siempre se encontraría algún trabajo que pudiera ayudar a vivir, aunque hubiera que rebajarse de posición; pero entre las personas que no tienen prejuicios, o que los dejan de lado, hay quienes no pueden satisfacer sus necesidades a causa de enfermedades u otras causas independientes de su voluntad.**

> «En una sociedad organizada según la ley de Cristo, nadie debe morir de hambre».

Con una organización social sabia y previsora, el hombre solo puede carecer de lo necesario por su propia culpa; pero sus mismas faltas son a menudo resultado del medio en que se encuentra. Cuando el hombre practique la ley de Dios, tendrá un orden social fundado en la justicia y la solidaridad, y él mismo también será mejor. (793).

931. **¿Por qué, en la sociedad, las clases que sufren son más numerosas que las clases felices?**

> «Ninguna es perfectamente feliz, y lo que se cree felicidad oculta a menudo penas desgarradoras; el sufrimiento está en todas partes. Sin embargo, para responder a lo que piensas, diré que las clases que llamas sufrientes son más numerosas porque la tierra es un lugar de expiación. Cuando el hombre la haya convertido en morada del bien y de los buenos Espíritus, ya no será desdichado en ella, y será para él el paraíso terrenal».

932. **¿Por qué, en el mundo, los malvados superan tan a menudo en influencia a los buenos?**

> «Por la debilidad de los buenos; los malvados son intrigantes y audaces, los buenos son tímidos; cuando estos lo quieran, se impondrán».

933. **Si el hombre es a menudo el artífice de sus sufrimientos materiales, ¿ocurre lo mismo con los sufrimientos morales?**

> «Más aún, pues los sufrimientos materiales son a veces independientes de la voluntad; pero el orgullo herido, la ambición frustrada, la ansiedad de la avaricia, la envidia, los celos, todas las pasiones, en una palabra, son torturas del alma.
>
> ¡La envidia y los celos! ¡Felices quienes no conocen esos dos gusanos que corroen! Con la envidia y los celos, no hay calma ni descanso posible para quien padece ese mal: los objetos de su codicia, de su odio, de su despecho se alzan ante él como fantasmas que no le dan tregua y lo persiguen hasta en sueños. El envidioso y el celoso están en un estado de fiebre continua. ¿Es acaso esa una situación deseable, y no comprendéis que, con sus pasiones, el hombre se crea suplicios voluntarios y que la tierra se convierte para él en un verdadero infierno?».

Varias expresiones describen con fuerza los efectos de ciertas pasiones; se dice: estar hinchado de orgullo, morir de envidia, consumirse de celos o de despecho, perder por ello las ganas de comer y beber, etc.; este cuadro es demasiado cierto. A veces, incluso, los celos no tienen un objeto determinado. Hay personas celosas por naturaleza de todo lo que se eleva, de todo lo que sobresale de lo común, aun cuando no tengan en ello ningún interés directo, sino únicamente porque no pueden alcanzarlo; todo lo que aparece por encima del horizonte las ofusca, y si fueran mayoría en la sociedad, querrían rebajarlo todo a su nivel. Son los celos unidos a la mediocridad. A menudo, el hombre solo es desdichado por la importancia que concede a las cosas de este mundo; son la vanidad, la ambición y la codicia frustradas las que causan su desdicha. Si se sitúa por encima del círculo estrecho de la vida material, si eleva sus pensamientos hacia el infinito que es su destino, las vicisitudes de la humanidad le parecen entonces mezquinas y pueriles, como las penas del niño que se aflige por la pérdida de un juguete en el que encon-

traba su felicidad suprema. Quien solo ve felicidad en la satisfacción del orgullo y de los apetitos groseros es desdichado cuando no puede satisfacerlos, mientras que quien nada pide a lo superfluo es feliz con lo que otros consideran calamidades. Hablamos del hombre civilizado, pues el salvaje, al tener necesidades más limitadas, no tiene los mismos motivos de codicia y de angustia: su manera de ver las cosas es muy distinta. En el estado de civilización, el hombre reflexiona sobre su desdicha y la analiza; por eso le afecta más; pero también puede reflexionar y analizar los medios de consuelo. Ese consuelo lo encuentra en el sentimiento cristiano, que le da la esperanza de un porvenir mejor, y en el espiritismo, que le da la certeza de ese porvenir.

Pérdida de las personas amadas

934. **¿No es la pérdida de las personas que nos son queridas una de las que nos causan un dolor tanto más legítimo cuanto que esa pérdida es irreparable e independiente de nuestra voluntad?**

> «Esta causa de dolor alcanza tanto al rico como al pobre: es una prueba o expiación, y la ley común; pero es un consuelo poder comunicaros con vuestros amigos por los medios que tenéis, mientras esperáis disponer de otros más directos y más accesibles a vuestros sentidos».

935. ¿Qué pensar de la opinión de las personas que consideran las comunicaciones de ultratumba como una profanación?

> «No puede haber profanación cuando hay recogimiento y cuando la evocación se hace con respeto y decoro; lo que lo demuestra es que los Espíritus que os tienen afecto vienen con gusto; se alegran de vuestro recuerdo y de conversar con vosotros; habría profanación si se hiciera con ligereza».

La posibilidad de entrar en comunicación con los Espíritus es un consuelo muy dulce, pues nos proporciona el medio de conversar con nuestros familiares y amigos que han dejado la tierra antes que nosotros.

Mediante la evocación los acercamos a nosotros, están a nuestro lado, nos oyen y nos responden; por así decirlo, ya no hay separación entre ellos y nosotros. Nos ayudan con sus consejos, nos manifiestan su afecto y la alegría que les produce nuestro recuerdo.

Para nosotros es una satisfacción saber que son felices, conocer por ellos mismos los detalles de su nueva existencia y adquirir la certeza de reunirnos con ellos cuando nos llegue el turno.

936. ¿Cómo afectan los dolores inconsolables de los que sobreviven a los Espíritus que son objeto de ellos?

> «El Espíritu es sensible al recuerdo y a la añoranza de aquellos a quienes ha amado, pero un dolor incesante e irrazonable lo afecta penosamente, porque ve en ese dolor excesivo una falta de fe en el porvenir y de confianza en Dios y, por consiguiente, un obstáculo para el progreso y quizá para la reunión».

Ya que el Espíritu es más feliz que en la tierra, lamentar por él la pérdida de la vida es lamentar que sea feliz. Dos amigos están presos y encerrados en el mismo calabozo; ambos han de obtener algún día su libertad, pero uno de ellos la consigue antes que el otro. ¿Sería caritativo por parte del que queda disgustarse porque su amigo haya sido liberado antes que él? ¿No habría más egoísmo que afecto de su parte al querer que compartiera su cautiverio y sus sufrimientos durante tanto tiempo como él?

Lo mismo ocurre con dos seres que se aman en la tierra; el que parte primero es el primero en ser liberado, y debemos felicitarlo por ello, esperando con paciencia el momento en que también nosotros lo seamos.

Haremos otra comparación sobre este asunto. Tenéis un amigo que, a vuestro lado, se encuentra en una situación muy penosa; su salud o su interés exige que vaya a otro país donde estará mejor en todos los aspectos. Durante un tiempo ya no estará a vuestro lado, pero seguiréis en correspondencia con él: la separación será solo material. ¿Os disgustará su alejamiento, puesto que es por su bien?

La doctrina espírita, mediante las pruebas evidentes que da de la vida futura, de la presencia a nuestro alrededor de aquellos a quienes hemos amado, de la continuidad de su afecto y de su solicitud, y mediante las relaciones que nos permite mantener con ellos, nos ofrece un consuelo su-

premo ante una de las causas más legítimas de dolor. Con el espiritismo, ya no hay soledad ni abandono; el hombre más aislado siempre tiene amigos cerca de él, con quienes puede conversar.

Soportamos con impaciencia las tribulaciones de la vida; nos parecen tan intolerables que no comprendemos cómo podemos resistirlas; y, sin embargo, si las hemos soportado con valor, si hemos sabido acallar nuestras quejas, nos felicitaremos por ello cuando estemos fuera de esta prisión terrenal, como el enfermo que sufre se felicita, cuando está curado, por haberse resignado a un tratamiento doloroso.

Decepciones. Ingratitud. Afectos rotos

937. **¿No son también las decepciones que nos hacen sentir la ingratitud y la fragilidad de los lazos de amistad una fuente de amargura para el hombre de buen corazón?**

> «Sí; pero os enseñamos a compadecer a los ingratos y a los amigos infieles: serán más desdichados que vosotros. La ingratitud es hija del egoísmo, y el egoísta encontrará más tarde corazones insensibles como lo ha sido él mismo. Pensad en todos aquellos que han hecho más bien que vosotros, que fueron mejores que vosotros y que han recibido como pago la ingratitud. Pensad que el propio Jesús fue objeto de burlas y desprecio en vida, tratado de embustero e impostor, y no os extrañéis de que os ocurra lo mismo. Que el bien que habéis hecho sea vuestra recompensa en este mundo, y no os fijéis en lo que digan de él quienes lo han recibido. La ingratitud es una prueba para vuestra perseverancia en hacer el bien; se os tendrá en cuenta, y quienes no os han valorado serán castigados por ello tanto más cuanto mayor haya sido su ingratitud».

938. **¿No pueden las decepciones causadas por la ingratitud endurecer el corazón y cerrarlo a la sensibilidad?**

> «Eso sería un error; porque el hombre de buen corazón, como tú dices, siempre es feliz por el bien que hace. Sabe que, si no lo recuerdan en esta vida, lo recordarán en otra, y que el ingrato sentirá vergüenza y remordimientos por ello».

– Ese pensamiento no impide que su corazón esté herido; ahora bien, ¿no puede eso hacer nacer en él la idea de que sería más feliz si fuera menos sensible?

> «Sí, si prefiere la felicidad del egoísta; ¡triste felicidad es esa! Que sepa, pues, que los amigos ingratos que lo abandonan no son dignos de su amistad y que se ha equivocado al juzgarlos; por lo tanto, no debe lamentar su pérdida. Más tarde encontrará otros que sabrán comprenderlo mejor. Compadeced a quienes se portan mal con vosotros sin que lo hayáis merecido, porque sus actos les traerán tristes consecuencias; pero no os aflijáis por ello: es el medio de situaros por encima de ellos».

La naturaleza ha dado al hombre la necesidad de amar y de ser amado. Uno de los mayores goces que se le conceden en la tierra es encontrar corazones que estén en sintonía con el suyo; así le da las primicias de la felicidad que le está reservada en el mundo de los Espíritus perfectos, donde todo es amor y benevolencia: es un goce que se le niega al egoísta.

Uniones sin afinidad

939. **Puesto que los Espíritus afines tienden a unirse, ¿cómo es que, entre los Espíritus encarnados, el afecto a menudo solo existe por una parte y el amor más sincero es recibido con indiferencia e incluso con repulsión? ¿Cómo, además, puede el afecto más vivo entre dos seres convertirse en antipatía y a veces en odio?**

> «¿No comprendes, pues, que es un castigo, pero que solo es pasajero? Además, ¡cuántos hay que creen amar perdidamente porque solo juzgan por las apariencias, y cuando se ven obligados a vivir con esas personas, no tardan en reconocer que se trata solo de una fascinación material! No basta con enamorarse de una persona que os agrada y a quien atribuís bellas cualidades; solo al vivir realmente con ella podréis valorarla. ¡Cuántas de esas uniones hay también que al principio parecen destinadas a no tener nunca afinidad, y en las que, cuando ambos se han conocido y estudiado bien, acaban por amarse con un amor tierno y duradero, porque se basa en la estima! No hay que olvidar que es el Espíritu quien ama y no el cuerpo, y cuando la ilusión material se disipa, el Espíritu ve la realidad.
>
> Hay dos clases de afectos: el del cuerpo y el del alma, y a menudo se toma uno por otro. El afecto del alma, cuando es puro y existe afinidad, es duradero; el del cuerpo es perecedero; por eso, a menudo quienes creían amarse con un amor eterno se odian cuando la ilusión se desvanece».

940. **¿No es también la falta de afinidad entre los seres destinados a vivir juntos una fuente de penas tanto más amargas cuanto que envenenan toda la existencia?**

> «Muy amargas, en efecto; pero es una de esas desgracias de las que vosotros mismos sois con mayor frecuencia la causa principal; en primer lugar, son vuestras leyes las que están equivocadas, pues ¿crees que Dios te obliga a permanecer con quienes te desagradan? Además, en esas uniones buscáis a menudo más la satisfacción de vuestro orgullo y de vuestra ambición que la felicidad de un afecto mutuo; sufrís entonces las consecuencias de vuestros prejuicios».

– **Pero, en ese caso, ¿no hay casi siempre una víctima inocente?**

> «Sí, y para ella es una dura expiación; pero la responsabilidad de su desgracia recaerá sobre quienes la hayan causado. Si la luz de la verdad ha penetrado en su alma, encontrará consuelo en su fe en el porvenir; por lo demás, a medida que los prejuicios se debiliten, las causas de esas desgracias privadas también desaparecerán».

Temor a la muerte

941. **El temor a la muerte es para muchas personas una causa de inquietud; ¿de dónde viene ese temor, puesto que tienen el porvenir ante sí?**

«No tienen razón para sentir ese temor; pero ¡qué quieres! Durante su juventud se intenta convencerlos de que hay un infierno y un paraíso, pero que lo más seguro es que vayan al infierno, porque se les dice que lo que está en la naturaleza es un pecado mortal para el alma: entonces, cuando se hacen mayores, si tienen un poco de juicio, no pueden admitir eso y se vuelven ateos o materialistas; así es como se los lleva a creer que, fuera de la vida presente, ya no hay nada. En cuanto a quienes han persistido en sus creencias de la infancia, temen ese fuego eterno que ha de quemarlos sin aniquilarlos.

La muerte no inspira ningún temor al justo, porque con la fe tiene la certeza del porvenir; la esperanza lo hace aguardar una vida mejor, y la caridad, cuya ley ha practicado, le da la seguridad de que no encontrará en el mundo al que va a entrar ningún ser cuya mirada deba temer». (730).

El hombre carnal, más apegado a la vida corporal que a la vida espiritual, tiene en la tierra penas y goces materiales; su felicidad está en la satisfacción fugaz de todos sus deseos. Su alma, constantemente preocupada y afectada por las vicisitudes de la vida, se encuentra en una ansiedad y un tormento perpetuos. La muerte lo asusta, porque duda de su porvenir y deja en la tierra todos sus afectos y todas sus esperanzas.

El hombre moral, que se ha elevado por encima de las necesidades artificiales creadas por las pasiones, tiene ya en este mundo goces descono-

cidos para el hombre material. La moderación de sus deseos da a su Espíritu calma y serenidad. Feliz por el bien que hace, para él no hay decepciones, y las contrariedades se deslizan sobre su alma sin dejar una huella dolorosa.

942. **¿No encontrarán algunas personas un poco banales estos consejos para ser felices en la tierra? ¿No verán en ellos lo que llaman lugares comunes, verdades muy repetidas? ¿Y no dirán que, en definitiva, el secreto para ser feliz consiste en saber soportar la propia desgracia?**

«Habrá quienes digan eso, y muchos; pero les ocurre como a ciertos enfermos a quienes el médico prescribe una dieta: quisieran curarse sin remedios y seguir provocándose indigestiones».

Hastío de la vida. Suicidio

943. **¿De dónde viene el hastío de la vida que se apodera de ciertos individuos sin motivos razonables?**

«Es efecto de la ociosidad, de la falta de fe y, a menudo, de la saciedad. Para quien ejerce sus facultades con un fin útil y de acuerdo con sus aptitudes naturales, el trabajo no tiene nada de árido y la vida transcurre más rápidamente; soporta sus vicisitudes con tanta más paciencia y resignación cuanto que actúa con la vista puesta en la felicidad más sólida y duradera que lo espera».

944. **¿Tiene el hombre derecho a disponer de su propia vida?**

> «No, solo Dios tiene ese derecho. El suicidio voluntario es una transgresión de esa ley».

– ¿No es el suicidio siempre voluntario?

> «El loco que se mata no sabe lo que hace».

945. **¿Qué pensar del suicidio que tiene por causa el hastío de la vida?**

> «¡Insensatos! ¿Por qué no trabajaban? ¡La existencia no les habría resultado una carga!»

946. **¿Qué pensar del suicidio que tiene por objeto escapar de las miserias y las decepciones de este mundo?**

> «¡Pobres Espíritus, que no tienen el valor de soportar las miserias de la existencia! Dios ayuda a quienes sufren, y no a quienes no tienen ni fuerza ni valor. Las tribulaciones de la vida son pruebas o expiaciones; ¡dichosos quienes las soportan sin murmurar, pues serán recompensados por ello! ¡Desdichados, por el contrario, quienes esperan su salvación de lo que, en su impiedad, llaman el azar o la fortuna! El azar o la fortuna, por emplear su lenguaje, pueden, en efecto, favorecerlos un instante, pero es para hacerles sentir más tarde y con mayor crueldad lo vacías que son esas palabras».

– ¿Quienes han llevado al desdichado a este acto de desesperación sufrirán sus consecuencias?

> «¡Oh! ¡Desdichados ellos!, pues responderán de ello como de un asesinato».

947. **¿Puede considerarse que se suicida el hombre que lucha contra la necesidad y se deja morir de desesperación?**

> «Es un suicidio, pero quienes lo causan o podrían impedirlo son más culpables que él, y le espera la indulgencia. Sin embargo, no creáis que queda enteramente absuelto si le han faltado firmeza y perseverancia, y si no ha empleado toda su inteligencia para salir del atolladero. ¡Desdichado, sobre todo, si su desesperación nace del orgullo! Quiero decir, si es de esos hombres en quienes el orgullo paraliza los recursos de la inteligencia, que se avergonzarían de deber su subsistencia al trabajo de sus manos y que prefieren morir de hambre antes que rebajarse de lo que llaman su posición social. ¿No hay cien veces más grandeza y dignidad en luchar contra la adversidad, en afrontar las críticas de un mundo frívolo y egoísta que solo tiene buena voluntad para quienes no carecen de nada, y os vuelve la espalda en cuanto lo necesitáis? Sacrificar la vida por la estima de ese mundo es una estupidez, pues él no lo tiene en cuenta en absoluto».

948. **¿Es el suicidio que tiene por objeto escapar de la vergüenza de una mala acción tan reprensible como el causado por la desesperación?**

> «El suicidio no borra la falta; al contrario, hay dos en lugar de una. Cuando se ha tenido el valor de hacer el mal, hay que tener el de sufrir sus consecuencias. Dios juzga y, según la causa, puede a veces disminuir su rigor».

949. ¿Es excusable el suicidio cuando tiene por objeto impedir que la vergüenza recaiga sobre los hijos o la familia?

> «Quien actúa así no obra bien, pero cree hacerlo, y Dios se lo tiene en cuenta, pues es una expiación que se impone a sí mismo. Atenúa su falta con la intención, pero no por ello deja de cometer una falta. Por lo demás, abolid los abusos de vuestra sociedad y vuestros prejuicios, y ya no tendréis suicidios de esta clase».

Quien se quita la vida para escapar de la vergüenza de una mala acción demuestra que le importa más la estima de los hombres que la de Dios, pues va a volver a la vida espiritual cargado de sus iniquidades, y se ha privado de los medios de repararlas durante la vida. Dios es a menudo menos inexorable que los hombres; perdona el arrepentimiento sincero y nos tiene en cuenta la reparación; el suicidio no repara nada.

950. ¿Qué pensar de quien se quita la vida con la esperanza de llegar antes a otra mejor?

> «¡Otra locura! Que haga el bien y tendrá más seguridad de llegar a ella; pues retrasa su entrada en un mundo mejor, y él mismo pedirá venir a terminar esa vida que ha truncado por una idea falsa. Una falta, cualquiera que sea, nunca abre el santuario de los elegidos».

951. **¿No es a veces meritorio el sacrificio de la propia vida cuando tiene por objeto salvar la de otro o ser útil a sus semejantes?**

> «Eso es sublime, según la intención, y el sacrificio de la propia vida no es un suicidio; pero Dios se opone a un sacrificio inútil y no puede verlo con agrado si está empañado por el orgullo. Un sacrificio solo es meritorio por el desinterés, y quien lo realiza tiene a veces una intención oculta que disminuye su valor a los ojos de Dios».

Todo sacrificio hecho a costa de la propia felicidad es un acto sumamente meritorio a los ojos de Dios, pues es la práctica de la ley de caridad. Ahora bien, como la vida es el bien terrenal al que el hombre concede más valor, quien renuncia a ella por el bien de sus semejantes no comete un atentado: realiza un sacrificio. Pero antes de realizarlo debe reflexionar sobre si su vida puede ser más útil que su muerte.

952. **¿Comete un suicidio el hombre que muere víctima del abuso de pasiones que sabe que han de apresurar su fin, pero a las que ya no puede resistirse porque el hábito las ha convertido en verdaderas necesidades físicas?**

> «Es un suicidio moral. ¿No comprendéis que el hombre es doblemente culpable en este caso? Hay en él falta de valor y bestialidad, y además olvido de Dios».

– **¿Es más o menos culpable que quien se quita la vida por desesperación?**

> «Es más culpable, porque tiene tiempo de reflexionar sobre su suicidio; en quien lo hace de manera instantánea hay a veces una especie de extravío cercano a la locura; el otro será mucho más castigado, pues las penas son siempre proporcionales a la conciencia que se tiene de las faltas cometidas».

953. **Cuando una persona ve ante sí una muerte inevitable y terrible, ¿es culpable de abreviar unos instantes sus sufrimientos mediante una muerte voluntaria?**

> «Siempre se es culpable de no esperar el término fijado por Dios. Por otra parte, ¿se tiene plena certeza de que ese término ha llegado, pese a las apariencias, y no se puede recibir una ayuda inesperada en el último momento?»

– Se comprende que en las circunstancias ordinarias el suicidio sea reprensible, pero ¿qué ocurre en el caso que suponemos, en el que la muerte es inevitable y la vida solo se abrevia unos instantes?

> «Siempre es una falta de resignación y de sumisión a la voluntad del Creador».

– ¿Cuáles son, en ese caso, las consecuencias de esta acción?

> «Una expiación proporcional a la gravedad de la falta, según las circunstancias, como siempre».

954. **¿Es reprensible una imprudencia que pone en peligro la vida sin necesidad?**

> «No hay culpabilidad cuando no hay intención ni conciencia clara de hacer el mal».

955. **¿Puede considerarse que se suicidan las mujeres que, en ciertos países, se queman voluntariamente sobre el cuerpo de su marido, y sufren las consecuencias de ello?**

> «Obedecen a un prejuicio, y a menudo más a la fuerza que a su propia voluntad. Creen cumplir un deber, y ese no es el carácter del suicidio. Su excusa está en la falta de autonomía moral de la mayoría de ellas y en su ignorancia. Esas costumbres bárbaras y estúpidas desaparecen con la civilización».

956. **¿Alcanzan su objetivo quienes, al no poder soportar la pérdida de personas queridas, se matan con la esperanza de ir a reunirse con ellas?**

> «El resultado para ellos es muy distinto del que esperan, y en lugar de reunirse con el objeto de su afecto, se alejan de él por más tiempo, pues Dios no puede recompensar un acto de cobardía y la ofensa que se le hace al dudar de su providencia. Pagarán ese instante de locura con penas mayores que las que creen abreviar, y no tendrán para compensarlas la satisfacción que esperaban». (934 y siguientes).

957. ¿Cuáles son, en general, las consecuencias del suicidio sobre el estado del Espíritu?

> «Las consecuencias del suicidio son muy diversas; no hay penas fijas, y en todos los casos guardan siempre relación con las causas que lo han provocado; pero una consecuencia a la que el suicida no puede escapar es la decepción. Por lo demás, la suerte no es la misma para todos: depende de las circunstancias; algunos expían su falta inmediatamente, otros en una nueva existencia que será peor que aquella cuyo curso han interrumpido».

La observación muestra, en efecto, que las consecuencias del suicidio no son siempre las mismas; pero hay algunas que son comunes a todos los casos de muerte violenta y que son consecuencia de la interrupción brusca de la vida. En primer lugar, la persistencia más prolongada y más tenaz del lazo que une al Espíritu y al cuerpo, pues ese lazo conserva casi siempre toda su fuerza en el momento en que ha sido roto, mientras que en la muerte natural se debilita gradualmente, y a menudo queda desatado antes de que la vida se haya extinguido por completo. Las consecuencias de este estado de cosas son la prolongación de la turbación espiritual y, después, la ilusión que, durante un tiempo más o menos largo, hace creer al Espíritu que aún se encuentra entre los vivos. (155 y 165) La afinidad que persiste entre el Espíritu y el cuerpo produce, en algunos suicidas, una especie de repercusión del estado del cuerpo sobre el Espíritu, que siente así, a su pesar, los efectos de la descomposición y experimenta una sensación llena de angustia y horror; este estado puede persistir tanto tiempo como habría debido durar la vida que han interrumpido. Este efecto no es general; pero en ningún caso el suicida queda libre de las consecuencias de su falta de valor, y tarde o temprano expía su falta de una manera u otra. Así, ciertos Espíritus que habían sido muy desdichados en la tierra han dicho que se habían suicidado en su existencia anterior y que se habían sometido voluntariamente a nuevas pruebas para intentar soportarlas con más resigna-

ción. En algunos es una especie de apego a la materia del que intentan en vano desprenderse para elevarse hacia mundos mejores, cuyo acceso les está vedado; en la mayoría es el pesar de haber hecho algo inútil, puesto que solo experimentan decepción por ello. La religión, la moral, todas las filosofías condenan el suicidio como contrario a la ley de la naturaleza; todas nos dicen, en principio, que no se tiene derecho a abreviar voluntariamente la propia vida; pero ¿por qué no se tiene ese derecho? ¿Por qué no se es libre de poner término a los propios sufrimientos? Estaba reservado al espiritismo demostrar, mediante el ejemplo de quienes han sucumbido, que no es solo una falta por infringir una ley moral, consideración de poco peso para ciertos individuos, sino un acto estúpido, puesto que no se gana nada con él, ni mucho menos; no es la teoría lo que nos enseña, sino los hechos que pone ante nuestros ojos.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

LIBRO IV, CAP. II — PENAS Y GOCES FUTUROS

✦

Nada. Vida futura

958. ¿Por qué el hombre siente instintivamente horror a la nada?

> «Porque la nada no existe».

959. **¿De dónde le viene al hombre el sentimiento instintivo de la vida futura?**

«Ya lo hemos dicho: antes de su encarnación, el Espíritu conocía todas estas cosas, y el alma conserva un vago recuerdo de lo que sabe y de lo que ha visto en su estado espiritual». (393).

En todos los tiempos el hombre se ha preocupado por su porvenir de ultratumba, y esto es muy natural. Por mucha importancia que conceda a la vida presente, no puede dejar de considerar lo corta que es y, sobre todo, lo precaria, pues puede interrumpirse en cualquier instante y nunca tiene asegurado el mañana. ¿Qué será de él después del instante fatal? La cuestión es grave, pues no se trata de unos pocos años, sino de la eternidad. Quien debe pasar largos años en un país extranjero se preocupa por la situación que tendrá allí; ¿cómo, pues, no habríamos de preocuparnos por la que tendremos al dejar este mundo, puesto que es para siempre?

La idea de la nada tiene algo que repugna a la razón. El hombre más despreocupado durante su vida, al llegar al momento supremo, se pregunta qué será de él e involuntariamente abriga esperanza.

Creer en Dios sin admitir la vida futura sería un sinsentido. El sentimiento de una existencia mejor está en lo más íntimo de todos los hombres; Dios no pudo haberlo puesto allí en vano.

La vida futura implica la conservación de nuestra individualidad después de la muerte; en efecto, ¿qué nos importaría sobrevivir a nuestro cuerpo si nuestra esencia moral hubiera de perderse en el océano del infinito? Las consecuencias para nosotros serían las mismas que las de la nada.

Intuición de las penas y los goces futuros

960. **¿De dónde viene la creencia, que se encuentra en todos los pueblos, en penas y recompensas venideras?**

> «Siempre es lo mismo: un presentimiento de la realidad que el Espíritu encarnado en el hombre le aporta; porque, sépanlo bien, no es en vano que una voz interior les habla; su error es no escucharla lo suficiente. Si pensaran en ello bien y a menudo, serían mejores».

961. **En el momento de la muerte, ¿qué sentimiento domina en la mayoría de los hombres: la duda, el temor o la esperanza?**

> «La duda en los escépticos empedernidos, el temor en los culpables, la esperanza en los hombres de bien».

962. **¿Por qué hay escépticos, ya que el alma aporta al hombre el sentimiento de las cosas espirituales?**

> «Hay menos de los que se cree; muchos se hacen los librepensadores durante su vida por orgullo, pero en el momento de morir no son tan fanfarrones».

La consecuencia de la vida futura es la responsabilidad de nuestros actos. La razón y la justicia nos dicen que, en el reparto de la felicidad a la que todo hombre aspira, los buenos y los malos no pueden recibir el mismo trato. Dios no puede querer que unos disfruten sin esfuerzo de bienes que otros solo alcanzan con esfuerzo y perseverancia. La idea que Dios nos da de su justicia y de su bondad mediante la sabiduría de sus leyes no nos permite creer que el justo y el malvado ocupen el mismo lugar ante sus ojos, ni dudar de que reciban un día, uno la recompensa y el otro el castigo por el bien o el mal que hayan hecho; por eso el sentimiento innato que tenemos de la justicia nos da la intuición de las penas y las recompensas futuras.

Intervención de Dios en las penas y recompensas

963. **¿Dios se ocupa personalmente de cada hombre? ¿No es él demasiado grande y nosotros demasiado pequeños para que cada individuo en particular tenga alguna importancia ante sus ojos?**

> «Dios se ocupa de todos los seres que ha creado, por pequeños que sean; nada es demasiado insignificante para su bondad».

964. **¿Necesita Dios ocuparse de cada uno de nuestros actos para recompensarnos o castigarnos, y no son la mayoría de esos actos insignificantes para él?**

> «Dios tiene sus leyes, que rigen todas sus acciones; si las infringen, la culpa es de ustedes. Sin duda, cuando un hombre comete un exceso, Dios no dicta una sentencia contra él para decirle, por ejemplo: Has sido glotón, voy a castigarte; pero ha trazado un límite; las enfermedades y con frecuencia la muerte son consecuencia de los excesos; ese es el castigo: es el resultado de la infracción de la ley. Así sucede en todo».

Todas nuestras acciones están sujetas a las leyes de Dios; no hay ninguna, por insignificante que nos parezca, que no pueda constituir una infracción de ellas. Si sufrimos las consecuencias de esa infracción, solo debemos culparnos a nosotros mismos, que así nos convertimos en los propios artífices de nuestra felicidad o de nuestra desdicha futura. Esta verdad se hace comprensible mediante el siguiente apólogo:

> «Un padre ha dado a su hijo educación e instrucción, es decir, los medios para saber conducirse. Le cede un campo para cultivar y le dice: Aquí tienes la regla que debes seguir y todos los instrumentos necesarios para hacer fértil este campo y asegurar tu subsistencia. Te he dado la instrucción necesaria para comprender esta regla; si la sigues, tu campo producirá mucho y te proporcionará descanso en tu vejez; de lo contrario, no te producirá nada y morirás de hambre. Dicho esto, lo deja actuar a su gusto».

¿No es cierto que ese campo producirá en proporción a los cuidados dedicados al cultivo, y que toda negligencia irá en detrimento de la cosecha? El hijo será, pues, en su vejez, feliz o desdichado según haya seguido o descuidado la regla trazada por su padre.

Dios es aún más previsor, pues nos advierte a cada instante si hacemos bien o mal: nos envía a los Espíritus para inspirarnos, pero no los escuchamos.

Existe además esta diferencia: Dios siempre da al hombre, en sus nuevas existencias, un recurso para reparar sus errores pasados, mientras que el hijo del que hablamos ya no tiene ninguno si ha empleado mal su tiempo.

Naturaleza de las penas y los goces futuros

965. ¿Las penas y los goces del alma después de la muerte tienen algo de material?

> «No pueden ser materiales, puesto que el alma no es materia: el sentido común lo dice. Esas penas y esos goces no tienen nada de carnal y, sin embargo, son mil veces más intensos que los que experimentan en la tierra, porque el Espíritu, una vez liberado, es más sensible a las impresiones; la materia ya no embota sus sensaciones». (237 a 257).

966. ¿Por qué el hombre se forma a menudo una idea tan burda y tan absurda de las penas y los goces de la vida futura?

> «Su inteligencia aún no está suficientemente desarrollada. ¿Comprende el niño como el adulto? Además, esto depende también de lo que se le haya enseñado: ahí es donde hace falta una reforma.
> «Su lenguaje es demasiado incompleto para expresar lo que está fuera de ustedes; por eso hubo que recurrir a comparaciones, y son esas imágenes y esas figuras las que han tomado por la realidad; pero, a medida que el hombre se ilustra, su pensamiento comprende las cosas que su lenguaje no puede expresar».

967. **¿En qué consiste la felicidad de los buenos Espíritus?**

> «En conocer todas las cosas; en no tener odio, ni celos, ni envidia, ni ambición, ni ninguna de las pasiones que causan la desdicha de los hombres. El amor que los une es para ellos la fuente de una felicidad suprema. No experimentan las necesidades, los sufrimientos ni las angustias de la vida material; son felices por el bien que hacen; por lo demás, la felicidad de los Espíritus siempre es proporcional a su elevación. Solo los Espíritus puros disfrutan, es cierto, de la felicidad suprema, pero no todos los demás son desdichados; entre los malos y los perfectos hay una infinidad de grados en los que los goces se corresponden con el estado moral. Los que están bastante adelantados comprenden la felicidad de quienes han llegado antes que ellos: aspiran a ella; pero es para ellos un motivo de emulación y no de celos; saben que alcanzarla depende de ellos y trabajan con ese fin, pero con la calma de la buena conciencia, y son felices por no tener que sufrir lo que padecen los malos».

968. **Ustedes incluyen la ausencia de necesidades materiales entre las condiciones de felicidad de los Espíritus; pero ¿no es la satisfacción de esas necesidades una fuente de goces para el hombre?**

> «Sí, los goces de la bestia; y cuando no puedes satisfacer esas necesidades, es una tortura».

969. **¿Qué debe entenderse cuando se dice que los Espíritus puros están reunidos en el seno de Dios y ocupados en cantar sus alabanzas?**

> «Es una alegoría que representa la comprensión que tienen de las perfecciones de Dios, porque lo ven y lo comprenden, pero que no debe tomarse al pie de la letra, como tampoco muchas otras. Todo en la naturaleza, desde el grano de arena, canta, es decir, proclama el poder, la sabiduría y la bondad de Dios; pero no creas que los Espíritus bienaventurados permanecen en contemplación durante la eternidad; sería una felicidad estúpida y monótona; sería además la del egoísta, puesto que su existencia sería una inutilidad sin fin. Ya no tienen las tribulaciones de la existencia corporal: eso ya es un goce; y además, como hemos dicho, conocen y saben todas las cosas; aprovechan la inteligencia que han adquirido para ayudar al progreso de los demás Espíritus: esa es su ocupación y, al mismo tiempo, un goce».

970. **¿En qué consisten los sufrimientos de los Espíritus inferiores?**

> «Son tan variados como las causas que los han producido y proporcionales al grado de inferioridad, como los goces lo son al grado de superioridad; pueden resumirse así: envidiar todo lo que les falta para ser felices y no poder obtenerlo; ver la felicidad y no poder alcanzarla; pesar, celos, rabia, desesperación por lo que les impide ser felices; remordimientos, ansiedad moral indefinible. Desean todos los goces y no pueden satisfacer esos deseos, y eso es lo que los tortura».

971. **¿La influencia que los Espíritus ejercen unos sobre otros es siempre buena?**

> «Siempre es buena por parte de los buenos Espíritus, por supuesto; pero los Espíritus perversos procuran apartar del camino del bien y del arrepentimiento a quienes creen susceptibles de dejarse arrastrar, y a quienes a menudo han arrastrado al mal durante la vida».

– **Entonces, ¿la muerte no nos libra de la tentación?**

> «No, pero la acción de los malos Espíritus sobre los demás Espíritus es mucho menor que sobre los hombres, porque no tienen como auxiliares las pasiones materiales». (996).

972. **¿Cómo se las arreglan los malos Espíritus para tentar a los demás Espíritus, puesto que no cuentan con la ayuda de las pasiones?**

> «Si las pasiones no existen materialmente, aún existen en el pensamiento de los Espíritus atrasados; los malos alimentan esos pensamientos llevando a sus víctimas a los lugares donde presencian esas pasiones y todo lo que puede excitarlas».

– **Pero ¿para qué sirven esas pasiones, ya que ya no tienen un objeto real?**

> «Precisamente en eso consiste su suplicio: el avaro ve oro que no puede poseer; el libertino, orgías en las que no puede participar; el orgulloso, honores que envidia y de los que no puede disfrutar».

973. ¿Cuáles son los mayores sufrimientos que pueden soportar los Espíritus malos?

> «No hay descripción posible de las torturas morales que son el castigo de ciertos crímenes; incluso quien las padece tendría dificultades para daros una idea de ellas; pero, sin duda, la más espantosa es pensar que está condenado sin remedio».

El hombre se forma una idea más o menos elevada de las penas y los goces del alma después de la muerte, según el estado de su inteligencia. Cuanto más se desarrolla, más se depura esa idea y se desprende de la materia; comprende las cosas desde un punto de vista más racional y deja de tomar al pie de la letra las imágenes de un lenguaje figurado. La razón más esclarecida, al enseñarnos que el alma es un ser enteramente espiritual, nos dice, por eso mismo, que no puede verse afectada por las impresiones que solo actúan sobre la materia; pero de ello no se deduce que esté exenta de sufrimientos ni que no reciba el castigo de sus faltas. (237). Las comunicaciones espíritas tienen como resultado mostrarnos el estado futuro del alma, ya no como una teoría, sino como una realidad; ponen ante nuestros ojos todas las peripecias de la vida de ultratumba; pero al mismo tiempo nos las muestran como consecuencias perfectamente lógicas de la vida terrenal y, aunque despojadas del aparato fantástico creado por la imaginación de los hombres, no por ello son menos penosas para quienes han hecho mal uso de sus facultades. La diversidad de estas consecuencias es infinita; pero puede decirse, en términos generales: cada uno es castigado por aquello en lo que ha pecado; así, unos lo son por la visión incesante del mal que han hecho; otros, por los pesares, el temor, la vergüenza, la duda, el aislamiento, las tinieblas, la separación de los seres queridos, etc.

974. **¿De dónde viene la doctrina del fuego eterno?**

> «Una imagen, como tantas otras cosas, tomada por la realidad».

– Pero ¿no puede ese temor tener un buen resultado?

> «Mira si frena a muchos, incluso entre quienes lo enseñan. Si enseñáis cosas que la razón rechaza más tarde, causaréis una impresión que no será duradera ni saludable».

El hombre, incapaz de expresar con su lenguaje la naturaleza de estos sufrimientos, no ha encontrado una comparación más enérgica que la del fuego, pues, para él, el fuego es el modelo del suplicio más cruel y el símbolo de la acción más enérgica; por eso la creencia en el fuego eterno se remonta a la más remota antigüedad, y los pueblos modernos la han heredado de los pueblos antiguos; por eso también, en su lenguaje figurado, dice: el fuego de las pasiones; arder de amor, de celos, etc.

975. **¿Comprenden los Espíritus inferiores la felicidad del justo?**

> «Sí, y eso es lo que constituye su suplicio; pues comprenden que están privados de ella por su culpa: por eso el Espíritu, desprendido de la materia, aspira a una nueva existencia corporal, porque cada existencia puede abreviar la duración de ese suplicio, si se emplea bien. Entonces elige las pruebas mediante las cuales podrá expiar sus faltas; pues, sabedlo bien, el Espíritu sufre por todo el mal que ha hecho o del que ha sido causa voluntaria, por todo el bien que habría podido hacer y no ha hecho, y por todo el mal que resulta del bien que no ha hecho.
>
> El Espíritu errante ya no tiene velo; es como si hubiera salido de la niebla y ve lo que lo aleja de la felicidad; entonces sufre más, pues comprende hasta qué punto ha sido culpable. Para él ya no hay ilusión: ve la realidad de las cosas».

El Espíritu en estado errante abarca por un lado todas sus existencias pasadas; por el otro, ve el porvenir prometido y comprende lo que le falta para alcanzarlo. Así, un viajero que ha llegado a la cima de una montaña ve el camino recorrido y el que le queda por recorrer para llegar a su meta.

976. **¿No es la visión de los Espíritus que sufren una causa de aflicción para los buenos? Y entonces, ¿qué ocurre con su felicidad si esa felicidad se ve perturbada?**

> «No es una aflicción, puesto que saben que el mal tendrá fin; ayudan a los demás a mejorar y les tienden la mano: esa es su ocupación, y un goce cuando lo consiguen».

– Esto se comprende respecto de Espíritus desconocidos o indiferentes; pero ¿no perturba su felicidad la visión de las penas y los sufrimientos de aquellos a quienes han amado en la tierra?

> «Si no vieran esos sufrimientos, sería porque os serían ajenos después de la muerte; ahora bien, la religión os dice que las almas os ven; pero consideran vuestras aflicciones desde otro punto de vista; saben que esos sufrimientos son útiles para vuestro progreso, si los soportáis con resignación; por eso se afligen más por la falta de valor que os retrasa que por los sufrimientos en sí mismos, que solo son pasajeros».

977. **Puesto que los Espíritus no pueden ocultarse mutuamente sus pensamientos y todos los actos de la vida son conocidos, ¿se deduce que el culpable está en presencia perpetua de su víctima?**

> «No puede ser de otro modo, lo dice el sentido común».

– ¿Son un castigo para el culpable esa divulgación de todos nuestros actos reprensibles y la presencia perpetua de quienes han sido sus víctimas?

> «Mayor de lo que se piensa, pero solo hasta que haya expiado sus faltas, ya sea como Espíritu o como hombre en nuevas existencias corporales».

Cuando nosotros mismos estemos en el mundo de los Espíritus, al quedar al descubierto todo nuestro pasado, el bien y el mal que hayamos hecho serán igualmente conocidos. En vano querrá quien ha hecho el mal escapar a la vista de sus víctimas: su presencia inevitable será para él un castigo y un remordimiento incesante hasta que haya expiado sus culpas, mientras que el hombre de bien, por el contrario, solo encontrará por todas partes miradas amigas y benévolas. Para el malvado no hay en la tierra mayor tormento que la presencia de sus víctimas; por eso las evita sin cesar. ¿Qué será cuando, disipada la ilusión de las pasiones, comprenda el mal que ha hecho, vea revelados sus actos más secretos y desenmascarada su hipocresía, y no pueda sustraerse a sus miradas? Mientras el alma del hombre perverso es presa de la vergüenza, el pesar y el remordimiento, la del justo goza de una serenidad perfecta.

978. **¿No perturba la felicidad del alma el recuerdo de las faltas que pudo cometer cuando era imperfecta, incluso después de haberse depurado?**

> «No, porque ha redimido sus faltas y ha salido victoriosa de las pruebas a las que se había sometido con ese fin».

979. ¿No son las pruebas que le quedan por sufrir para completar su purificación un temor penoso para el alma que perturba su felicidad?

> «Para el alma que aún está manchada, sí; por eso solo puede gozar de una felicidad perfecta cuando sea enteramente pura; pero para la que ya está elevada, pensar en las pruebas que le quedan por sufrir no tiene nada de penoso».

El alma que ha llegado a cierto grado de pureza ya saborea la felicidad; un sentimiento de dulce satisfacción la penetra; es feliz con todo lo que ve, con todo lo que la rodea; para ella se levanta el velo que cubre los misterios y las maravillas de la creación, y las perfecciones divinas se le muestran en todo su esplendor.

980. ¿Es el lazo de simpatía que une a los Espíritus del mismo orden una fuente de felicidad para ellos?

> «La unión de los Espíritus que simpatizan en el bien es para ellos uno de los mayores goces; pues no temen que el egoísmo perturbe esa unión. En el mundo completamente espiritual forman familias que comparten los mismos sentimientos, y en eso consiste la felicidad espiritual, así como en tu mundo os agrupáis por categorías y experimentáis cierto placer cuando estáis reunidos. El afecto puro y sincero que sienten y del que son objeto es una fuente de felicidad, pues allí no hay falsos amigos ni hipócritas».

El hombre saborea las primicias de esa felicidad en la tierra cuando encuentra almas con las que puede fundirse en una unión pura y santa. En una vida más depurada, ese goce será inefable y sin límites, porque solo encontrará almas afines que el egoísmo no enfriará; pues todo es amor en la naturaleza: es el egoísmo el que lo mata.

981. **¿Hay, en cuanto al estado futuro del Espíritu, alguna diferencia entre quien temía la muerte en vida y quien la ve con indiferencia, e incluso con alegría?**

> «La diferencia puede ser muy grande; sin embargo, a menudo se desvanece ante las causas que originan ese temor o ese deseo. Tanto si se teme como si se desea, uno puede estar movido por sentimientos muy diversos, y son esos sentimientos los que influyen en el estado del Espíritu. Es evidente, por ejemplo, que en quien desea la muerte únicamente porque ve en ella el fin de sus tribulaciones, hay una especie de queja contra la Providencia y contra las pruebas que debe sufrir».

982. **¿Es necesario profesar el espiritismo y creer en las manifestaciones para asegurar nuestra suerte en la vida futura?**

> «Si así fuera, se deduciría que todos los que no creen o no han tenido la posibilidad de esclarecerse están desheredados, lo cual sería absurdo. Es el bien lo que asegura la suerte venidera; ahora bien, el bien es siempre el bien, cualquiera que sea el camino que conduzca a él». (165-799).
>
> La creencia en el espiritismo ayuda a mejorar al precisar las ideas sobre ciertos puntos del porvenir; acelera el progreso de los individuos y de las masas, porque permite comprender lo que seremos un día; es un punto de apoyo, una luz que nos guía. El espiritismo enseña a soportar las pruebas con paciencia y resignación; aparta de los actos que pueden retrasar la felicidad futura; así contribuye a esa felicidad, pero no se afirma que sin él no se pueda alcanzarla.

Penas temporales

983. **¿No tiene sufrimientos materiales el Espíritu que expía sus faltas en una nueva existencia? Y, por tanto, ¿es exacto decir que, después de la muerte, el alma solo tiene sufrimientos morales?**

> «Es muy cierto que, cuando el alma está reencarnada, las tribulaciones de la vida son para ella un sufrimiento; pero solo el cuerpo sufre materialmente.
>
> «A menudo decís de quien ha muerto que ya no tiene que sufrir; eso no siempre es cierto. Como Espíritu, ya no tiene dolores físicos; pero, según las faltas que haya cometido, puede tener dolores morales más intensos, y en una nueva existencia puede ser aún más desdichado. El rico malvado pedirá limosna y será presa de todas las privaciones de la miseria; el orgulloso, de todas las humillaciones; quien abusa de su autoridad y trata a sus subordinados con desprecio y dureza se verá obligado a obedecer a un amo más duro de lo que él ha sido. Todas las penas y tribulaciones de la vida son la expiación de las faltas de otra existencia, cuando no son consecuencia de las faltas de la vida actual. Cuando hayáis salido de aquí, lo comprenderéis. (273, 393, 399).
>
> «El hombre que se cree feliz en la tierra porque puede satisfacer sus pasiones es quien menos esfuerzos hace por mejorar. A menudo expía ya en esta vida esa felicidad efímera, pero sin duda la expiará en otra existencia igualmente material».

984. ¿Las vicisitudes de la vida son siempre el castigo de las faltas actuales?

> «No; ya lo hemos dicho: son pruebas impuestas por Dios, o elegidas por vosotros mismos en estado de Espíritu y antes de vuestra reencarnación para expiar las faltas cometidas en otra existencia; pues la infracción de las leyes de Dios, y sobre todo de la ley de justicia, nunca queda impune; si no es en esta vida, será necesariamente en otra; por eso quien es justo a vuestros ojos a menudo sufre por su pasado». (393).

985. ¿La reencarnación del alma en un mundo menos material es una recompensa?

> «Es la consecuencia de su purificación; pues, a medida que los Espíritus se purifican, se encarnan en mundos cada vez más perfectos, hasta que se hayan despojado de toda materia y se hayan limpiado de todas sus impurezas, para gozar eternamente de la felicidad de los Espíritus puros en el seno de Dios».

En los mundos donde la existencia es menos material que aquí en la Tierra, las necesidades son menos toscas y todos los sufrimientos físicos menos intensos. Los hombres ya no conocen las malas pasiones que, en los mundos inferiores, los hacen enemigos unos de otros.

Al no tener ningún motivo de odio ni de celos, viven en paz entre sí, porque practican la ley de justicia, amor y caridad; no conocen las penas y las preocupaciones que nacen de la envidia, del orgullo y del egoísmo, y que atormentan nuestra existencia terrenal (172-182).

986. **¿El Espíritu que ha progresado en su existencia terrenal puede reencarnarse alguna vez en el mismo mundo?**

> «Sí, si no ha podido cumplir su misión, y él mismo puede pedir completarla en una nueva existencia; pero entonces ya no es para él una expiación». (173).

987. **¿Qué ocurre con el hombre que, sin hacer el mal, no hace nada para librarse de la influencia de la materia?**

> «Puesto que no da ningún paso hacia la perfección, debe comenzar de nuevo una existencia de la misma naturaleza que la que deja; permanece estancado, y así puede prolongar los sufrimientos de la expiación».

988. **Hay personas cuya vida transcurre en una calma perfecta; que, al no necesitar hacer nada por sí mismas, están libres de preocupaciones. ¿Esta existencia feliz es una prueba de que no tienen nada que expiar de una existencia anterior?**

> «¿Conoces a muchas? Si lo crees, te equivocas; a menudo, la calma es solo aparente. Pueden haber elegido esa existencia, pero cuando la dejan, se dan cuenta de que no les ha servido para progresar; y entonces, como el perezoso, lamentan el tiempo perdido. Sabed bien que el Espíritu solo puede adquirir conocimientos y elevarse mediante la actividad; si se adormece en la despreocupación, no avanza. Es semejante a quien necesita trabajar (según vuestras costumbres) y se va a pasear o a acostarse, con la intención de no hacer nada. Sabed también que cada uno tendrá que rendir cuentas de la inutilidad voluntaria de su existencia; esa inutilidad siempre es funesta para la felicidad futura. La suma de la felicidad futura es proporcional a la suma del bien que se ha hecho; la de la desdicha es proporcional al mal que se ha hecho y a las personas a quienes se ha hecho desdichadas».

989. **Hay personas que, sin ser propiamente malvadas, hacen desdichados a todos los que las rodean por su carácter; ¿qué consecuencia tiene esto para ellas?**

> «Esas personas ciertamente no son buenas, y lo expiarán al ver a quienes han hecho desdichados, y eso será para ellas un reproche; después, en otra existencia, soportarán lo que han hecho soportar».

Expiación y arrepentimiento

990. ¿El arrepentimiento tiene lugar en el estado corporal o en el estado espiritual?

> «En el estado espiritual; pero también puede tener lugar en el estado corporal cuando comprendéis bien la diferencia entre el bien y el mal».

991. ¿Cuál es la consecuencia del arrepentimiento en el estado espiritual?

> «El deseo de una nueva encarnación para purificarse. El Espíritu comprende las imperfecciones que le impiden ser feliz, por eso aspira a una nueva existencia en la que podrá expiar sus faltas». (332-975).

992. ¿Cuál es la consecuencia del arrepentimiento en el estado corporal?

> «Avanzar, ya desde la vida presente, si se tiene tiempo de reparar las faltas. Cuando la conciencia hace un reproche y muestra una imperfección, siempre es posible mejorar».

993. ¿No hay hombres que solo tienen el instinto del mal y son inaccesibles al arrepentimiento?

> «Te he dicho que se debe progresar sin cesar. Quien, en esta vida, solo tiene el instinto del mal, tendrá el del bien en otra, y por eso renace varias veces; pues es necesario que todos avancen y alcancen la meta, solo que unos en un tiempo más corto y otros en un tiempo más largo, según su deseo; quien solo tiene el instinto del bien ya está purificado, pues puede haber tenido el del mal en una existencia anterior». (894).

994. **¿El hombre perverso que no ha reconocido sus faltas durante su vida las reconoce siempre después de su muerte?**

> «Sí, siempre las reconoce, y entonces sufre más, pues siente todo el mal que ha hecho o del que ha sido la causa voluntaria. Sin embargo, el arrepentimiento no siempre es inmediato; hay Espíritus que se obstinan en el mal camino a pesar de sus sufrimientos; pero, tarde o temprano, reconocerán el camino equivocado que han tomado, y llegará el arrepentimiento. Los buenos Espíritus trabajan para iluminarlos, y vosotros mismos podéis trabajar en ello».

995. **¿Hay Espíritus que, sin ser malos, sean indiferentes a su suerte?**

> «Hay Espíritus que no se ocupan de nada útil: están a la espera; pero, en ese caso, sufren en proporción; y como debe haber progreso en todo, ese progreso se manifiesta mediante el dolor».

– **¿No tienen el deseo de abreviar sus sufrimientos?**

> «Lo tienen, sin duda, pero no tienen suficiente energía para querer lo que podría aliviarlos. ¿Cuántas personas hay entre vosotros que prefieren morir en la miseria antes que trabajar?»

996. **Puesto que los Espíritus ven el mal que les causan sus imperfecciones, ¿cómo es que hay algunos que agravan su situación y prolongan su estado de inferioridad haciendo el mal como Espíritus, al apartar a los hombres del buen camino?**

> «Quienes actúan así son aquellos cuyo arrepentimiento es tardío. El Espíritu que se arrepiente puede después dejarse arrastrar de nuevo por el camino del mal por otros Espíritus aún más atrasados». (971).

997. **Se ven Espíritus de una inferioridad notoria que son receptivos a los buenos sentimientos y se conmueven con las oraciones que se hacen por ellos. ¿Cómo es que otros Espíritus, a quienes cabría creer más esclarecidos, muestran una dureza y un cinismo que nada puede vencer?**

> «La oración solo tiene efecto en favor del Espíritu que se arrepiente; en quienes, impulsados por el orgullo, se rebelan contra Dios y persisten en sus extravíos, agravándolos aún más, como hacen algunos Espíritus desdichados, la oración nada puede ni podrá hasta el día en que se manifieste en ellos un destello de arrepentimiento». (664).
>
> No debe perderse de vista que el Espíritu, después de la muerte del cuerpo, no se transforma de repente; si su vida ha sido reprensible, es porque era imperfecto; ahora bien, la muerte no lo vuelve perfecto de inmediato; puede persistir en sus errores, en sus falsas opiniones, en sus prejuicios, hasta que se haya esclarecido mediante el estudio, la reflexión y el sufrimiento.

998. **¿La expiación se cumple en el estado corporal o en el estado de Espíritu?**

> «La expiación se cumple durante la existencia corporal mediante las pruebas a las que se somete al Espíritu, y en la vida espiritual mediante los sufrimientos morales ligados al estado de inferioridad del Espíritu».

999. **¿El arrepentimiento sincero durante la vida basta para borrar las faltas y obtener la gracia ante Dios?**

> «El arrepentimiento ayuda al mejoramiento del Espíritu, pero el pasado debe ser expiado».

– Si, según esto, un criminal dijera que, puesto que de todos modos debe expiar su pasado, no necesita arrepentirse, ¿qué consecuencia tendría para él?

> «Si se obstina en el pensamiento del mal, su expiación será más larga y más penosa».

1000. **¿Podemos, ya desde esta vida, redimir nuestras faltas?**

> «Sí, reparándolas; pero no creáis redimirlas mediante algunas privaciones pueriles, o dando después de vuestra muerte, cuando ya no necesitéis nada. Dios no tiene en cuenta un arrepentimiento estéril, siempre fácil, y que solo cuesta el esfuerzo de golpearse el pecho. La pérdida de un dedo meñique al prestar un servicio borra más faltas que el suplicio de la carne soportado durante años sin otro fin que uno mismo. (726).
>
> «El mal solo se repara mediante el bien, y la reparación no tiene ningún mérito si no afecta al hombre ni en su orgullo ni en sus intereses materiales.
>
> «¿De qué le sirve, para su justificación, restituir después de su muerte los bienes mal adquiridos, cuando ya le resultan inútiles y se ha beneficiado de ellos?
>
> «¿De qué le sirve privarse de algunos goces fútiles y de algunas cosas superfluas, si el daño que ha hecho a otros sigue siendo el mismo?
>
> «¿De qué le sirve, en fin, humillarse ante Dios, si conserva su orgullo ante los hombres?» (720-721).

1001. **¿No hay ningún mérito en asegurar, después de nuestra muerte, un uso útil de los bienes que poseemos?**

> «Ningún mérito no es la expresión adecuada; eso siempre vale más que nada; pero lo lamentable es que quien solo da después de su muerte suele ser más egoísta que generoso; quiere tener el honor del bien sin tomarse el trabajo de hacerlo. Quien se priva de algo en vida obtiene un doble beneficio: el mérito del sacrificio y el placer de ver a quienes hace felices. Pero el egoísmo está ahí y le dice: Lo que das es otro tanto que restas a tus goces; y como el egoísmo grita más fuerte que el desinterés y la caridad, lo guarda, con el pretexto de sus necesidades y de las exigencias de su posición. ¡Ah! Compadeced a quien no conoce el placer de dar; ese está verdaderamente privado de uno de los goces más puros y más suaves. Dios, al someterlo a la prueba de la fortuna, tan resbaladiza y tan peligrosa para su porvenir, quiso darle como compensación la felicidad de la generosidad, de la que puede disfrutar ya aquí en la Tierra». (814).

1002. **¿Qué debe hacer quien, a las puertas de la muerte, reconoce sus faltas, pero no tiene tiempo de repararlas? ¿Basta con arrepentirse en ese caso?**

> «El arrepentimiento apresura su rehabilitación, pero no lo absuelve. ¿No tiene ante sí el porvenir, que nunca se le cierra?»

Duración de las penas futuras

1003. **¿La duración de los sufrimientos del culpable en la vida futura es arbitraria o está subordinada a alguna ley?**

> «Dios nunca actúa por capricho y todo, en el universo, está regido por leyes en las que se revelan su sabiduría y su bondad».

1004. **¿En qué se basa la duración de los sufrimientos del culpable?**

> «En el tiempo necesario para su mejoramiento. Como el estado de sufrimiento y de felicidad es proporcional al grado de purificación del Espíritu, la duración y la naturaleza de sus sufrimientos dependen del tiempo que tarda en mejorar. A medida que progresa y sus sentimientos se purifican, sus sufrimientos disminuyen y cambian de naturaleza».

1005. **¿Al Espíritu que sufre, el tiempo le parece igual de largo o menos largo que si estuviera vivo?**

> «Más bien le parece más largo: el sueño no existe para él. Solo para los Espíritus que han alcanzado cierto grado de purificación el tiempo se desvanece, por así decirlo, ante el infinito». (240).

1006. **¿Puede ser eterna la duración de los sufrimientos del Espíritu?**

> «Sin duda, si fuera eternamente malo, es decir, si nunca hubiera de arrepentirse ni mejorar, sufriría eternamente; pero Dios no ha creado seres para que estén destinados al mal a perpetuidad; solo los ha creado sencillos e ignorantes, y todos deben progresar en un tiempo más o menos largo, según su voluntad. La voluntad puede manifestarse más o menos tarde, así como hay niños más o menos precoces, pero llega tarde o temprano por la irresistible necesidad que siente el Espíritu de salir de su inferioridad y ser feliz. La ley que rige la duración de las penas es, pues, eminentemente sabia y benévola, ya que subordina esa duración a los esfuerzos del Espíritu; nunca le quita su libre albedrío: si hace mal uso de él, sufre las consecuencias».

1007. **¿Hay Espíritus que nunca se arrepienten?**

> «Los hay cuyo arrepentimiento es muy tardío; pero pretender que nunca mejorarán sería negar la ley del progreso y decir que el niño no puede llegar a ser adulto».

1008. **¿Depende siempre la duración de las penas de la voluntad del Espíritu, y no hay algunas que se le imponen por un tiempo determinado?**

> «Sí, se le pueden imponer penas por un tiempo, pero Dios, que solo quiere el bien de sus criaturas, acoge siempre el arrepentimiento, y el deseo de mejorar nunca es estéril».

1009. **Según esto, ¿las penas impuestas nunca serían eternas?**

> «Consultad vuestro buen sentido, vuestra razón, y preguntaos si una condena perpetua por unos momentos de error no sería la negación de la bondad de Dios. ¿Qué es, en efecto, la duración de la vida, aunque fuera de cien años, en comparación con la eternidad? ¡Eternidad! ¿Comprendéis bien esta palabra? ¡Sufrimientos, torturas sin fin, sin esperanza, por algunas faltas! ¿No rechaza vuestro juicio semejante pensamiento? Se comprende que los antiguos vieran en el señor del universo a un Dios terrible, celoso y vengativo; en su ignorancia, atribuyeron a la divinidad las pasiones de los hombres; pero ese no es el Dios de los cristianos, que sitúa el amor, la caridad, la misericordia y el perdón de las ofensas entre las primeras virtudes: ¿podría carecer él mismo de las cualidades que impone como un deber? ¿No hay contradicción en atribuirle la bondad infinita y la venganza infinita? Decís que, ante todo, es justo y que el hombre no comprende su justicia; pero la justicia no excluye la bondad, y no sería bueno si destinara a penas horribles y perpetuas a la mayor parte de sus criaturas. ¿Podría imponer a sus hijos la obligación de ser justos si no les hubiera dado los medios para comprender la justicia? Además, ¿no es lo más sublime de la justicia, unida a la bondad, hacer depender la duración de las penas de los esfuerzos del culpable por mejorar? En eso reside la verdad de estas palabras: "A cada uno según sus obras".
>
> »Dedicaos, por todos los medios a vuestro alcance, a combatir, a aniquilar la idea de la eternidad de las penas, pensamiento que blasfema contra la justicia y la bondad de Dios, fuente más fecunda de la incredulidad, del materialismo y de la indiferencia que han invadido a las masas desde que su inteligencia empezó a desarrollarse. El Espíritu, a punto de ilustrarse, aunque apenas haya salido de la ignoran-

cia más rudimentaria, pronto ha comprendido su monstruosa injusticia; su razón la rechaza, y entonces rara vez deja de incluir en una misma condena tanto la pena que lo indigna como al Dios al que se la atribuye; de ahí los innumerables males que se han abatido sobre vosotros y a los que venimos a traer remedio. La tarea que os señalamos os resultará tanto más fácil cuanto que todas las autoridades en que se apoyan los defensores de esta creencia han evitado pronunciarse formalmente; ni los concilios ni los Padres de la Iglesia han resuelto esta grave cuestión. Si, según los propios Evangelistas, y tomando al pie de la letra las palabras simbólicas de Cristo, este amenazó a los culpables con un fuego que no se apaga, con un fuego eterno, no hay absolutamente nada en sus palabras que pruebe que los haya condenado eternamente. »Pobres ovejas descarriadas, sabed ver al buen Pastor que viene hacia vosotras y que, lejos de querer desterraros para siempre de su presencia, sale él mismo a vuestro encuentro para llevaros de nuevo al redil. Hijos pródigos, abandonad vuestro exilio voluntario; encaminad vuestros pasos hacia la morada paterna: el padre os tiende los brazos y siempre está dispuesto a celebrar vuestro regreso a la familia».

> «¡Guerras de palabras! ¡Guerras de palabras! ¡No habéis hecho derramar ya bastante sangre! ¿Acaso hay que encender de nuevo las hogueras? Se discute sobre palabras: eternidad de las penas, eternidad de los castigos; ¿no sabéis, pues, que los antiguos no entendían como vosotros lo que hoy entendéis por eternidad? Que el teólogo consulte las fuentes y, como todos vosotros, descubrirá que el texto hebreo no daba el mismo significado a la palabra que los griegos, los latinos y los modernos han traducido por penas sin fin, irremisibles. La eternidad de los castigos corresponde a la eternidad del mal. Sí, mientras el mal exista entre los hombres, los castigos subsistirán; es en sentido relativo como deben interpretarse los textos sagrados. La eternidad de las penas es, pues, relativa y no absoluta. Que llegue un día en que todos los

hombres se revistan, mediante el arrepentimiento, con la túnica de la inocencia, y ese día ya no habrá gemidos ni rechinar de dientes. Vuestra razón humana es limitada, es cierto, pero, tal como es, constituye un don de Dios, y con esta ayuda de la razón no hay un solo hombre de buena fe que comprenda de otro modo la eternidad de los castigos. ¡La eternidad de los castigos! ¡Cómo! Habría que admitir, entonces, que el mal será eterno. Solo Dios es eterno y no ha podido crear el mal eterno; de lo contrario, habría que despojarlo del más magnífico de sus atributos: el poder soberano, pues no es soberanamente poderoso quien puede crear un elemento destructor de sus obras. ¡Humanidad! ¡Humanidad! No hundas más tu mirada sombría en las profundidades de la tierra para buscar allí los castigos; llora, espera, expía y refúgiate en el pensamiento de un Dios íntimamente bueno, absolutamente poderoso, esencialmente justo».

«Gravitar hacia la unidad divina: tal es la meta de la humanidad; para alcanzarla son necesarias tres cosas: la justicia, el amor y la ciencia; tres cosas se le oponen y la contradicen: la ignorancia, el odio y la injusticia. ¡Pues bien! Os digo, en verdad, que faltáis a estos principios fundamentales al comprometer la idea de Dios exagerando su severidad; la comprometéis doblemente al dejar que penetre en el Espíritu de la criatura la idea de que hay en ella más clemencia, mansedumbre, amor y verdadera justicia de los que atribuís al ser infinito; ¡incluso destruís la idea del infierno al volverlo ridículo e inadmisible para vuestras creencias, como lo es para vuestros corazones el espantoso espectáculo de los verdugos, las hogueras y las torturas de la Edad Media! ¡Cómo! ¿Es cuando la era de las represalias ciegas ha quedado desterrada para siempre de las legislaciones humanas cuando esperáis mantenerla en el

ideal? ¡Oh! Creedme, creedme, hermanos en Dios y en Jesucristo, creedme o resignaos a dejar perecer entre vuestras manos todos vuestros dogmas antes que permitir que cambien, o bien devolvedles la vida abriéndolos a los efluvios benéficos que los Buenos vierten en ellos en este momento. La idea del infierno, con sus hornos ardientes y sus calderas hirvientes, pudo tolerarse, es decir, ser perdonable en un siglo de hierro; pero en el decimonoveno ya no es más que un vano fantasma capaz, a lo sumo, de asustar a los niños pequeños, y en el que los niños dejan de creer cuando crecen. Al persistir en esta mitología aterradora, engendráis la incredulidad, madre de toda desorganización social; pues tiemblo al ver todo un orden social sacudido y derrumbándose desde sus cimientos por falta de sanción penal. Hombres de fe ardiente y viva, vanguardia del día de la luz, ¡manos a la obra, pues! No para mantener fábulas envejecidas y ya sin crédito, sino para reavivar, para devolver la vida a la verdadera sanción penal, bajo formas acordes con vuestras costumbres, vuestros sentimientos y las luces de vuestra época.

¿Qué es, en efecto, el culpable? Aquel que, por un desvío, por un movimiento equivocado del alma, se aleja de la meta de la creación, que consiste en el culto armonioso de lo bello y de lo bueno, idealizados por el arquetipo humano, por el Hombre-Dios, por Jesucristo.

¿Qué es el castigo? La consecuencia natural, derivada de ese movimiento equivocado; una suma de dolores necesarios para que aborrezca su deformidad, al experimentar el sufrimiento. El castigo es el aguijón que incita al alma, mediante la amargura, a recogerse en sí misma y a volver a la orilla de la salvación. El objetivo del castigo no es otro que la rehabilitación, la liberación. Querer que el castigo sea

> eterno por una falta que no es eterna es negarle toda razón de ser.
>
> ¡Oh! Os lo digo en verdad: dejad, dejad de poner en paralelo, en su eternidad, el Bien, esencia del Creador, y el Mal, esencia de la criatura; eso sería crear una penalidad injustificable. Afirmad, por el contrario, la atenuación gradual de los castigos y de las penas mediante las transmigraciones, y consagraréis, con la razón unida al sentimiento, la unidad divina».

Se quiere estimular al hombre hacia el bien y apartarlo del mal mediante el aliciente de las recompensas y el temor a los castigos; pero si estos castigos se presentan de tal manera que la razón se niegue a creer en ellos, no tendrán ninguna influencia sobre él; lejos de eso, lo rechazará todo: la forma y el fondo. Que se le presente, por el contrario, el porvenir de una manera lógica, y entonces no lo rechazará. El espiritismo le da esta explicación. La doctrina de la eternidad de las penas, en sentido absoluto, hace del ser supremo un Dios implacable. ¿Sería lógico decir de un soberano que es muy bueno, muy benévolo, muy indulgente, que solo quiere la felicidad de quienes lo rodean, pero que al mismo tiempo es celoso, vengativo, inflexible en su rigor, y que castiga con el suplicio de la muerte a las tres cuartas partes de sus súbditos por una ofensa o una infracción de sus leyes, incluso a quienes han faltado por no conocerlas? ¿No sería eso una contradicción? Ahora bien, ¿puede Dios ser menos bueno de lo que lo sería un hombre? Aquí se presenta otra contradicción. Puesto que Dios lo sabe todo, al crear un alma sabía, por tanto, que esta cometería faltas; así pues, desde su formación habría estado destinada a la desdicha eterna: ¿es esto posible, racional? Con la doctrina de las penas relativas, todo se justifica. Dios sabía, sin duda, que cometería faltas, pero le da los medios para ilustrarse mediante su propia experiencia, mediante sus mismas faltas; es necesario que expíe sus errores para afianzarse mejor en el bien, pero la puerta de la esperanza no le queda cerrada para siempre, y Dios hace depender el momento de su liberación de los esfuerzos que realiza para alcanzarla. Esto es lo que todo el

mundo puede comprender, lo que la lógica más meticulosa puede admitir. Si las penas futuras se hubieran presentado desde este punto de vista, habría muchos menos escépticos. La palabra eterno se emplea con frecuencia, en el lenguaje común, en sentido figurado, para designar algo de larga duración cuyo término no se prevé, aunque se sepa muy bien que ese término existe. Decimos, por ejemplo, los hielos eternos de las altas montañas, de los polos, aunque sepamos, por un lado, que el mundo físico puede tener un fin y, por otro, que el estado de esas regiones puede cambiar por el desplazamiento normal del eje o por un cataclismo. La palabra eterno, en este caso, no quiere decir, por tanto, perpetuo hasta el infinito. Cuando padecemos una larga enfermedad, decimos que nuestro mal es eterno; ¿qué tiene, pues, de extraño que unos Espíritus que sufren desde hace años, siglos, incluso miles de años, digan lo mismo? Sobre todo, no olvidemos que, como su inferioridad no les permite ver el final del camino, creen que sufrirán siempre, y que eso constituye para ellos un castigo. Por lo demás, la doctrina del fuego material, de los hornos y de las torturas tomados del Tártaro del paganismo está hoy completamente abandonada por la alta teología, y solo en las escuelas algunos hombres más celosos que ilustrados siguen presentando estos aterradores cuadros alegóricos como verdades indudables, y ello muy equivocadamente, pues esas jóvenes imaginaciones, una vez repuestas de su terror, podrán aumentar el número de los incrédulos. La teología reconoce hoy que la palabra fuego se emplea en sentido figurado y debe entenderse como un fuego moral (974). Quienes, como nosotros, han seguido las peripecias de la vida y de los sufrimientos de ultratumba en las comunicaciones espíritas han podido convencerse de que, aunque no tengan nada de material, no por ello son menos dolorosos. Incluso en cuanto a su duración, algunos teólogos empiezan a admitirla en el sentido restrictivo indicado anteriormente, y piensan que, en efecto, la palabra eterno puede entenderse referida a las penas en sí mismas, como consecuencias de una ley inmutable, y no a su aplicación a cada individuo. El día en que la religión admita esta interpreta-

ción, así como algunas otras que también son consecuencia del progreso de las luces, atraerá de nuevo a muchas ovejas descarriadas.

Resurrección de la carne

1010. ¿Es el dogma de la resurrección de la carne la consagración del de la reencarnación enseñada por los Espíritus?

> «¿Cómo queréis que sea de otro modo? Con estas palabras sucede como con tantas otras que solo parecen contrarias a la razón a los ojos de ciertas personas porque se toman al pie de la letra, y por eso conducen a la incredulidad; pero dadles una interpretación lógica, y aquellos a quienes llamáis librepensadores las admitirán sin dificultad, precisamente porque reflexionan; pues, no os engañéis, esos librepensadores no desean otra cosa que creer; tienen, como los demás, quizá más que otros, sed de porvenir, pero no pueden admitir lo que la ciencia desmiente. La doctrina de la pluralidad de las existencias es conforme a la justicia de Dios; solo ella puede explicar lo que, sin ella, es inexplicable; ¿cómo querríais que su principio no estuviera en la religión misma?»

– Así pues, ¿la Iglesia, mediante el dogma de la resurrección de la carne, enseña ella misma la doctrina de la reencarnación?

> «Es evidente; esta doctrina es, además, la consecuencia de muchas cosas que han pasado inadvertidas y que pronto se comprenderán en este sentido; dentro de poco se reconocerá que el espiritismo se desprende a cada paso del propio texto de las Sagradas Escrituras. Los Espíritus no vienen, pues, a derribar la religión, como algunos pretenden; vienen, por el contrario, a confirmarla, a ratificarla mediante pruebas irrefutables; pero, como ha llegado el momento de dejar de emplear el lenguaje figurado, se expresan sin alegorías y dan a las cosas un sentido claro y preciso que no pueda dar lugar a ninguna interpretación falsa. Por eso,

> dentro de algún tiempo, tendréis más personas sinceramente religiosas y creyentes de las que tenéis hoy.»

La ciencia, en efecto, demuestra la imposibilidad de la resurrección según la idea común. Si los restos del cuerpo humano permanecieran homogéneos, aunque estuvieran dispersos y reducidos a polvo, aún se concebiría su reunión en un momento dado; pero las cosas no suceden así. El cuerpo está formado por elementos diversos: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, carbono, etc.; mediante la descomposición, estos elementos se dispersan, pero para servir a la formación de nuevos cuerpos; de tal modo que una misma molécula, de carbono por ejemplo, habrá entrado en la composición de varios miles de cuerpos diferentes (solo hablamos de los cuerpos humanos, sin contar todos los de los animales); que tal individuo quizá tenga en su cuerpo moléculas que pertenecieron a los hombres de las primeras edades; que esas mismas moléculas orgánicas que absorbéis con los alimentos quizá procedan del cuerpo de otro individuo que habéis conocido, y así sucesivamente. Si la materia existe en una cantidad definida y sus transformaciones se producen en cantidades indefinidas, ¿cómo podría cada uno de esos cuerpos reconstituirse con los mismos elementos? Hay en ello una imposibilidad material. Por tanto, racionalmente solo puede admitirse la resurrección de la carne como una figura que simboliza el fenómeno de la reencarnación, y entonces nada hay que choque con la razón, nada que contradiga los datos de la ciencia. Es cierto que, según el dogma, esta resurrección solo debe tener lugar al final de los tiempos, mientras que, según la doctrina espírita, tiene lugar todos los días; pero ¿no hay también en ese cuadro del juicio final una grande y hermosa figura que oculta, bajo el velo de la alegoría, una de esas verdades inmutables que ya no encontrará escépticos cuando se le devuelva su verdadero significado? Medítese la teoría espírita sobre el porvenir de las almas y sobre su suerte después de las diferentes pruebas que deben sufrir, y se verá que, con excepción de la simultaneidad, el juicio que las condena o las absuelve no es una ficción, como piensan los incrédulos. Observemos también que es la consecuencia natural de la pluralidad de los mundos, hoy

perfectamente admitida, mientras que, según la doctrina del juicio final, se supone que la Tierra es el único mundo habitado.

Paraíso, infierno y purgatorio

1012. ¿Hay algún lugar delimitado en el universo destinado a las penas y a los goces de los Espíritus, según sus méritos?

> «Ya hemos respondido a esta pregunta. Las penas y los goces son inherentes al grado de perfección de los Espíritus; cada uno encuentra en sí mismo el principio de su propia felicidad o desgracia; y como están en todas partes, ningún lugar delimitado ni cerrado está destinado a unos más que a otros. En cuanto a los Espíritus encarnados, son más o menos felices o desdichados, según esté más o menos adelantado el mundo que habitan.»

– Según esto, ¿el infierno y el paraíso no existirían tal como el hombre se los representa?

> «No son más que figuras: en todas partes hay Espíritus felices y desdichados. Sin embargo, como también hemos dicho, los Espíritus del mismo orden se reúnen por simpatía; pero pueden reunirse donde quieran cuando son perfectos.»

La localización absoluta de los lugares de penas y recompensas solo existe en la imaginación del hombre; proviene de la tendencia a materializar y delimitar las cosas cuya esencia infinita no puede comprender.

1013. ¿Qué debe entenderse por purgatorio?

> «Dolores físicos y morales: es el tiempo de la expiación. Casi siempre es en la Tierra donde pasáis vuestro purgatorio y donde Dios os hace expiar vuestras faltas.»

Lo que el hombre llama purgatorio es también una figura por la que debe entenderse, no un lugar determinado cualquiera, sino el estado de los Espíritus imperfectos que están en expiación hasta la purificación completa que debe elevarlos al rango de los Espíritus bienaventurados. Como esta purificación se realiza en las diversas encarnaciones, el purgatorio consiste en las pruebas de la vida corporal.

1014. **¿Cómo es que Espíritus que, por su lenguaje, revelan su superioridad han respondido a personas muy serias, acerca del infierno y del purgatorio, según la idea que comúnmente se tiene de ellos?**

> «Hablan un lenguaje que comprenden las personas que los interrogan; cuando estas personas están demasiado imbuidas de ciertas ideas, no quieren contrariarlas con demasiada brusquedad para no herir sus convicciones. Si un Espíritu fuera a decirle a un musulmán, sin precauciones oratorias, que Mahoma no es un profeta, sería muy mal recibido.»

– Se comprende que pueda ser así por parte de los Espíritus que quieren instruirnos; pero ¿cómo es que Espíritus interrogados sobre su situación han respondido que sufrían las torturas del infierno o del purgatorio?

> «Cuando son inferiores y no están completamente desmaterializados, conservan parte de sus ideas terrestres y expresan sus impresiones con los términos que les son familiares. Se encuentran en un medio que solo les permite entrever el porvenir, y por eso a menudo los Espíritus errantes, o recién liberados, hablarán como lo habrían hecho en vida. Infierno puede traducirse por una vida de pruebas extremadamente penosa, con la incertidumbre de otra mejor; purgatorio, por una vida también de pruebas, pero con conciencia de un porvenir mejor. Cuando experimentas un gran dolor, ¿no dices tú mismo que sufres como un condenado? No son más que palabras, y siempre en sentido figurado.»

1015. **¿Qué debe entenderse por un alma en pena?**

> «Un alma errante y sufriente, incierta de su porvenir, y a la que podéis procurar un alivio que a menudo solicita al venir a comunicarse con vosotros.» (664).

1016. **¿En qué sentido debe entenderse la palabra cielo?**

> «¿Crees que es un lugar, como los Campos Elíseos de los antiguos, donde todos los Espíritus buenos están amontonados sin orden ni concierto, sin otra preocupación que disfrutar durante la eternidad de una felicidad pasiva? No; es el espacio universal; son los planetas, las estrellas y todos los mundos superiores donde los Espíritus gozan de todas sus facultades, sin tener las tribulaciones de la vida material ni las angustias inherentes a la inferioridad.»

1017. Algunos Espíritus han dicho que habitan el 4°, el 5° cielo, etc.; ¿qué entendían por ello?

> «Les preguntáis qué cielo habitan porque tenéis la idea de varios cielos dispuestos como los pisos de una casa; entonces os responden según vuestro lenguaje; pero para ellos esas palabras, 4°, 5° cielo, expresan diferentes grados de purificación y, por consiguiente, de felicidad. Es exactamente como cuando se pregunta a un Espíritu si está en el infierno; si es desdichado, dirá que sí, porque para él infierno es sinónimo de sufrimiento; pero sabe muy bien que no es un horno ardiente. Un pagano habría dicho que estaba en el Tártaro.»

Lo mismo ocurre con otras expresiones análogas, como ciudad de las flores, ciudad de los elegidos, primera, segunda o tercera esfera, etc., que no son más que alegorías empleadas por ciertos Espíritus, ya como figuras, ya a veces por ignorancia de la realidad de las cosas e incluso de las nociones científicas más sencillas. Según la idea limitada que se tenía antiguamente de los lugares de penas y recompensas, y sobre todo según la opinión de que la Tierra era el centro del universo, que el cielo formaba una bóveda y que había una región de las estrellas, se situaba el cielo arriba y el infierno abajo; de ahí las expresiones: subir al cielo, estar en lo más alto de los cielos, ser precipitado en los infiernos. Hoy que la ciencia ha demostrado que la Tierra no es más que uno de los mundos más pequeños entre tantos millones de otros, sin importancia especial; que ha trazado la historia de su formación y descrito su constitución, y probado que el espacio es infinito, que no hay arriba ni abajo en el universo, ha sido preciso renunciar a situar el cielo por encima de las nubes y el infierno en los lugares bajos. En cuanto al purgatorio, no se le había asignado ningún lugar. Estaba reservado al espiritismo dar sobre todas estas cosas la explicación más racional, más grandiosa y, al mismo tiempo, más consoladora para la humanidad. Así, puede decirse que llevamos en nosotros mis-

mos nuestro infierno y nuestro paraíso; nuestro purgatorio lo encontramos en nuestra encarnación, en nuestras vidas corporales o físicas.

1018. **¿En qué sentido deben entenderse estas palabras de Cristo: Mi reino no es de este mundo?**

> «Cristo, al responder así, hablaba en sentido figurado. Quería decir que solo reina sobre los corazones puros y desinteresados. Está en todas partes donde domina el amor al bien; pero los hombres ávidos de las cosas de este mundo y apegados a los bienes de la Tierra no están con él.»

1019. ¿Podrá llegar a reinar el bien en la tierra?

«El bien reinará en la tierra cuando, entre los Espíritus que vienen a habitarla, los buenos predominen sobre los malos; entonces harán reinar en ella el amor y la justicia, que son la fuente del bien y de la felicidad. Mediante el progreso moral y la práctica de las leyes de Dios, el hombre atraerá a la tierra a los buenos Espíritus y alejará de ella a los malos; pero los malos solo la abandonarán cuando haya desterrado de ella el orgullo y el egoísmo.

«La transformación de la humanidad ha sido predicha, y estáis llegando a ese momento que apresuran todos los hombres que contribuyen al progreso; se cumplirá mediante la encarnación de Espíritus mejores que constituirán en la tierra una nueva generación. Entonces, los Espíritus de los malvados que la muerte siega cada día, y todos los que intentan detener la marcha de las cosas, quedarán excluidos de ella, pues estarían fuera de lugar entre los hombres de bien, cuya felicidad perturbarían. Irán a mundos nuevos, menos avanzados, a cumplir misiones penosas en las que podrán trabajar por su propio adelanto, al mismo tiempo que trabajarán por el adelanto de sus hermanos aún más atrasados. ¿No veis en esta exclusión de la tierra transformada la sublime imagen del Paraíso perdido, y en el hombre que ha venido a la tierra en semejantes condiciones, llevando en sí el germen de sus pasiones y las huellas de su inferioridad primitiva, la imagen no menos sublime del pecado original? El pecado original, considerado desde este punto de vista, se debe a la naturaleza aún imperfecta del hombre, que de este modo solo es responsable de sí mismo y de sus propias faltas, y no de las de sus padres.

«Todos vosotros, hombres de fe y de buena voluntad, trabajad, pues,

> con empeño y valor en la gran obra de la regeneración, porque recogeréis multiplicado por cien el grano que hayáis sembrado. Desdichados los que cierran los ojos a la luz, porque se preparan largos siglos de tinieblas y decepciones; desdichados los que ponen todas sus alegrías en los bienes de este mundo, porque sufrirán más privaciones que goces hayan tenido; desdichados sobre todo los egoístas, porque no encontrarán a nadie que los ayude a llevar la carga de sus miserias».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CONCLUSIÓN

✦

Quien no conociera del magnetismo terrestre más que el juego de los patitos imantados que se hacen maniobrar sobre el agua de una palangana, difícilmente podría comprender que ese juguete encierra el secreto del mecanismo del universo y del movimiento de los mundos.

Lo mismo ocurre con quien no conoce del espiritismo más que el movimiento de las mesas; solo ve en él una diversión, un pasatiempo de sociedad, y no comprende que ese fenómeno tan sencillo y tan común, conocido desde la antigüedad e incluso por pueblos semisalvajes, pueda relacionarse con las cuestiones más graves del orden social.

Para el observador superficial, en efecto, ¿qué relación puede tener una mesa que gira con la moral y el porvenir de la humanidad? Pero cualquiera que reflexione recordará que de la sencilla olla que también ha hervido desde la más remota antigüedad ha surgido el poderoso motor con el que el hombre recorre el espacio y suprime las distancias. ¡Pues bien!

Ustedes, que no creen en nada fuera del mundo material, sepan que de esa mesa que gira y provoca sus sonrisas desdeñosas ha surgido toda una ciencia, así como la solución de los problemas que ninguna filosofía había podido resolver todavía.

Apelo a todos los adversarios de buena fe y les ruego encarecidamente que digan si se han tomado la molestia de estudiar lo que critican; pues, en

buena lógica, la crítica solo tiene valor en la medida en que quien la hace conoce aquello de lo que habla.

Burlarse de algo que no se conoce, que no se ha examinado con el bisturí del observador concienzudo, no es criticar: es dar prueba de ligereza y ofrecer una pobre idea del propio juicio.

Sin duda, si hubiéramos presentado esta filosofía como obra de un cerebro humano, habría encontrado menos desdén y habría recibido el honor de ser examinada por quienes pretenden dirigir la opinión; pero viene de los Espíritus: ¡qué absurdo! Apenas merece una de sus miradas; la juzgan por el título, como el mono de la fábula juzgaba la nuez por la cáscara.

Prescindan, si quieren, de su origen; supongan que este libro es obra de un hombre y digan con toda conciencia si, después de haberlo leído seriamente, encuentran en él motivos de burla.

El espiritismo es el antagonista más temible del materialismo; no es, pues, de extrañar que tenga a los materialistas por adversarios; pero como el materialismo es una doctrina que apenas se atreven a confesar (prueba de que quienes la profesan no se sienten muy fuertes y están dominados por su conciencia), se cubren con el manto de la razón y de la ciencia; y, cosa extraña, los más escépticos hablan incluso en nombre de la religión, que no conocen ni comprenden mejor que el espiritismo.

Su blanco es, sobre todo, lo maravilloso y lo sobrenatural, que no admiten; ahora bien, según ellos, como el espiritismo se funda en lo maravilloso, solo puede ser una suposición ridícula.

No reflexionan que, al condenar sin reservas lo maravilloso y lo sobrenatural, condenan la religión; en efecto, la religión se funda en la revelación y los milagros; ahora bien, ¿qué es la revelación sino comunicaciones extrahumanas?

Todos los autores sagrados, desde Moisés, han hablado de esta clase de comunicaciones. ¿Qué son los milagros sino hechos maravillosos y sobrenaturales por excelencia, puesto que son, en el sentido litúrgico, excepciones a las leyes de la naturaleza? Por tanto, al rechazar lo maravilloso y lo sobrenatural, rechazan las bases mismas de la religión.

Pero no es desde ese punto de vista como debemos considerar la cuestión. El espiritismo no tiene que examinar si hay o no milagros, es decir, si Dios ha podido, en ciertos casos, hacer excepciones a las leyes eternas que rigen el universo; deja, a este respecto, plena libertad de creencia; dice y demuestra que los fenómenos en que se apoya solo tienen de sobrenatural la apariencia; estos fenómenos solo lo son a los ojos de ciertas personas porque son insólitos y están fuera de los hechos conocidos; pero no son más sobrenaturales que todos los fenómenos cuya explicación ofrece hoy la ciencia y que parecían maravillosos en otra época.

Todos los fenómenos espíritas, sin excepción, son consecuencia de leyes generales; nos revelan una de las fuerzas de la naturaleza, una fuerza desconocida o, mejor dicho, incomprendida hasta ahora, pero que la observación demuestra que está en el orden de las cosas.

El espiritismo se apoya, pues, menos en lo maravilloso y lo sobrenatural que la religión misma; quienes lo atacan en este aspecto lo hacen, por tanto, porque no lo conocen, y aunque fueran los hombres más sabios, les

diremos: si su ciencia, que les ha enseñado tantas cosas, no les ha enseñado que el dominio de la naturaleza es infinito, solo son sabios a medias.

Quieren, según dicen, curar a su siglo de una manía que amenaza con invadir el mundo. ¿Preferirían que el mundo fuera invadido por la incredulidad que tratan de propagar? ¿No es a la ausencia de toda creencia a lo que debe atribuirse el debilitamiento de los lazos familiares y la mayoría de los desórdenes que socavan la sociedad?

Al demostrar la existencia y la inmortalidad del alma, el espiritismo reanima la fe en el porvenir, levanta los ánimos abatidos y permite soportar con resignación las vicisitudes de la vida; ¿se atreverían a llamar a eso un mal?

Dos doctrinas se hallan frente a frente: una niega el porvenir, la otra lo proclama y lo demuestra; una no explica nada, la otra lo explica todo y, por eso mismo, se dirige a la razón; una es la justificación del egoísmo, la otra da una base a la justicia, a la caridad y al amor a los semejantes; la primera solo muestra el presente y aniquila toda esperanza, la segunda consuela y muestra el vasto campo del porvenir; ¿cuál es la más perniciosa?

Ciertas personas, algunas de ellas entre las más escépticas, se erigen en apóstoles de la fraternidad y del progreso; pero la fraternidad supone el desinterés, la abnegación de la propia personalidad; con la verdadera fraternidad, el orgullo es una anomalía. ¿Con qué derecho imponen un sacrificio a aquel a quien dicen que, cuando haya muerto, todo habrá terminado para él; que mañana quizá no será más que una vieja máquina desarmada y arrojada junto a un poste de la calle? ¿Qué razón tiene para imponerse cual-

quier privación? ¿No es más natural que, durante los breves instantes que le conceden, procure vivir lo mejor posible?

De ahí el deseo de poseer mucho para disfrutar más; de ese deseo nacen los celos hacia quienes poseen más que él; y de esos celos al deseo de tomar lo que tienen solo hay un paso. ¿Qué lo detiene? ¿La ley? Pero la ley no abarca todos los casos. ¿Dirán que es la conciencia, el sentimiento del deber?

Pero ¿en qué basan el sentimiento del deber? ¿Tiene este sentimiento una razón de ser con la creencia de que todo termina con la vida? Con esta creencia, una sola máxima es racional: cada uno para sí; las ideas de fraternidad, de conciencia, de deber, de humanidad, incluso de progreso, no son más que palabras vacías. ¡Oh, ustedes que proclaman semejantes doctrinas, no saben todo el mal que hacen a la sociedad ni de cuántos crímenes asumen la responsabilidad!

Pero ¿por qué hablo de responsabilidad? Para el escéptico no la hay; solo rinde homenaje a la materia.

El progreso de la humanidad tiene su principio en la aplicación de la ley de justicia, de amor y de caridad; esta ley se funda en la certeza del porvenir; quiten esa certeza y le quitarán su piedra fundamental.

De esta ley derivan todas las demás, pues encierra todas las condiciones de la felicidad del hombre; solo ella puede curar las llagas de la sociedad, y el hombre puede juzgar, mediante la comparación de las épocas y de los pueblos, cuánto mejora su condición a medida que esta ley se comprende y se practica mejor.

Si una aplicación parcial e incompleta produce un bien real, ¡qué será cuando haya hecho de ella la base de todas sus instituciones sociales! ¿Es eso posible? Sí; pues, puesto que ha dado diez pasos, puede dar veinte, y así sucesivamente. Podemos, por tanto, juzgar el porvenir por el pasado.

Ya vemos extinguirse poco a poco las antipatías entre los pueblos; las barreras que los separaban caen ante la civilización; se dan la mano de un extremo al otro del mundo; una mayor justicia preside las leyes internacionales; las guerras son cada vez más raras y no excluyen los sentimientos de humanidad; se establece la uniformidad en las relaciones; las distinciones de razas y de castas se borran, y los hombres de creencias diferentes hacen callar los prejuicios de las sectas para unirse en la adoración de un solo Dios.

Hablamos de los pueblos que marchan a la cabeza de la civilización (789-793). En todos estos aspectos, aún se está lejos de la perfección y todavía quedan muchas viejas ruinas que derribar hasta que hayan desaparecido los últimos vestigios de la barbarie; pero ¿podrán esas ruinas resistir el poder irresistible del progreso, esa fuerza viva que es en sí misma una ley de la naturaleza?

Si la generación presente está más adelantada que la generación pasada, ¿por qué la que nos suceda no habría de estarlo más que la nuestra? Lo estará por la fuerza de las cosas; primero, porque con las generaciones desaparecen cada día algunos defensores de los viejos abusos, y así la sociedad se forma poco a poco de elementos nuevos que se han despojado de los viejos prejuicios; en segundo lugar, porque el hombre, al querer el progreso, estudia los obstáculos y se esfuerza por derribarlos.

Puesto que el movimiento progresivo es indiscutible, el progreso futuro no puede ser dudoso. El hombre quiere ser feliz, está en su naturaleza; ahora bien, solo busca el progreso para aumentar la suma de su felicidad; sin eso, el progreso carecería de objeto; ¿en qué consistiría el progreso para él si ese progreso no hubiera de mejorar su situación?

Pero cuando tenga la suma de satisfacciones que puede dar el progreso intelectual, advertirá que no tiene la felicidad completa; reconocerá que esa felicidad es imposible sin la seguridad de las relaciones sociales; y esa seguridad solo puede encontrarla en el progreso moral; por tanto, por la fuerza de las cosas, él mismo impulsará el progreso por esa vía, y el espiritismo le ofrecerá la palanca más poderosa para alcanzar ese fin.

Quienes dicen que las creencias espíritas amenazan con invadir el mundo proclaman con ello mismo su poder, pues una idea sin fundamento y carente de lógica no podría hacerse universal; si, por tanto, el espiritismo se implanta en todas partes, si gana adeptos sobre todo en las clases ilustradas, como todos reconocen, es porque tiene un fondo de verdad.

Contra esta tendencia, todos los esfuerzos de sus detractores serán vanos, y lo prueba el hecho de que el mismo ridículo con que han tratado de cubrirlo, lejos de detener su expansión, parece haberle dado nueva vida.

Este resultado justifica plenamente lo que tantas veces nos han dicho los Espíritus: «No os inquietéis por la oposición; todo lo que se haga contra vosotros se volverá a vuestro favor, y vuestros mayores adversarios servirán a vuestra causa sin quererlo. Contra la voluntad de Dios, la mala voluntad de los hombres no podrá prevalecer».

Por medio del espiritismo, la humanidad debe entrar en una fase nueva, la del progreso moral, que es su consecuencia inevitable. Dejad, pues, de sorprenderos de la rapidez con que se propagan las ideas espíritas; su causa está en la satisfacción que proporcionan a todos los que profundizan en ellas y ven en ellas algo más que un pasatiempo fútil; ahora bien, como cada cual desea ante todo su felicidad, no es de extrañar que se adhiera a una idea que lo hace feliz.

El desarrollo de estas ideas presenta tres períodos distintos: el primero es el de la curiosidad provocada por lo extraño de los fenómenos que se han producido; el segundo, el del razonamiento y la filosofía; el tercero, el de la aplicación y las consecuencias.

El período de la curiosidad ha pasado; la curiosidad solo dura un tiempo: una vez satisfecha, se abandona su objeto para pasar a otro; no sucede lo mismo con lo que se dirige al pensamiento serio y al juicio. El segundo período ha comenzado, y el tercero seguirá inevitablemente.

El espiritismo ha progresado sobre todo desde que se comprende mejor su esencia íntima, desde que se ve su alcance, porque toca la fibra más sensible del hombre: la de su felicidad, incluso en este mundo; ahí está la causa de su propagación, el secreto de la fuerza que lo hará triunfar.

Hace felices a quienes lo comprenden, a la espera de que su influencia se extienda a las masas. Incluso quien no ha sido testigo de ningún fenómeno material de manifestación se dice: fuera de estos fenómenos está la filosofía; esta filosofía me explica lo que ninguna otra me había explicado; encuentro en ella, por el solo razonamiento, una demostración racional de los problemas que interesan en sumo grado a mi porvenir; me proporciona

calma, seguridad y confianza; me libra del tormento de la incertidumbre; al lado de esto, la cuestión de los hechos materiales es secundaria.

Todos vosotros que lo atacáis, ¿queréis un medio de combatirlo con éxito? Aquí lo tenéis. Sustituidlo por algo mejor; encontrad una solución más filosófica a todas las cuestiones que resuelve; dad al hombre otra certeza que lo haga más feliz, y comprended bien el alcance de esta palabra, certeza, pues el hombre solo acepta como cierto lo que le parece lógico; no os contentéis con decir que eso no existe, es demasiado fácil; probad, mediante hechos y no mediante una negación, que eso no existe, nunca ha existido y no puede existir; si eso no existe, decid sobre todo qué habría en su lugar; probad, en fin, que las consecuencias del espiritismo no son hacer a los hombres mejores y, por tanto, más felices mediante la práctica de la más pura moral evangélica, moral que tanto se elogia, pero que tan poco se practica.

Cuando hayáis hecho esto, tendréis derecho a atacarlo. El espiritismo es fuerte porque se apoya en las bases mismas de la religión: Dios, el alma, las penas y las recompensas futuras; sobre todo, porque muestra esas penas y esas recompensas como consecuencias naturales de la vida terrenal, y porque nada, en el cuadro que ofrece del porvenir, puede ser rechazado por la razón más exigente.

Vosotros, cuya doctrina entera consiste en negar el porvenir, ¿qué compensación ofrecéis por los sufrimientos de este mundo? Vosotros os apoyáis en la incredulidad, él se apoya en la confianza en Dios; mientras él invita a los hombres a la felicidad, a la esperanza y a la verdadera fraternidad, vosotros les ofrecéis la nada como perspectiva y el egoísmo como consuelo; él lo ex-

plica todo, vosotros no explicáis nada; él prueba mediante hechos, y vosotros no probáis nada; ¿cómo queréis que se dude entre las dos doctrinas?

Sería hacerse una idea muy falsa del espiritismo creer que obtiene su fuerza de la práctica de las manifestaciones materiales y que, por tanto, obstaculizando esas manifestaciones se puede socavar su base. Su fuerza está en su filosofía, en el llamamiento que hace a la razón y al sentido común.

En la antigüedad era objeto de estudios misteriosos, cuidadosamente ocultos al vulgo; hoy no tiene secretos para nadie; habla un lenguaje claro, sin ambigüedad; en él no hay nada místico, ni alegorías susceptibles de falsas interpretaciones: quiere ser comprendido por todos, porque ha llegado el momento de dar a conocer la verdad a los hombres; lejos de oponerse a la difusión de la luz, la quiere para todo el mundo; no exige una creencia ciega, quiere que se sepa por qué se cree; al apoyarse en la razón, siempre será más fuerte que quienes se apoyan en la nada. ¿Podrían sofocarlas las trabas que se intentara poner a la libertad de las manifestaciones?

No, pues producirían el efecto de todas las persecuciones: despertar la curiosidad y el deseo de conocer lo que estuviera prohibido. Por otra parte, si las manifestaciones espíritas fueran privilegio de un solo hombre, no cabe duda de que, apartando a ese hombre, se pondría fin a las manifestaciones; por desgracia para los adversarios, están al alcance de todo el mundo, y se recurre a ellas desde el más pequeño hasta el más grande, desde el palacio hasta la buhardilla.

Se puede prohibir su práctica pública; pero se sabe precisamente que no es en público donde mejor se producen: es en la intimidad; ahora bien, puesto que cualquiera puede ser médium, ¿quién puede impedir que una

familia en su hogar, un individuo en el silencio de su gabinete o el preso entre rejas tengan comunicaciones con los Espíritus, a escondidas e incluso ante los propios esbirros?

Si se prohíben en un país, ¿se impedirán en los países vecinos, en el mundo entero, puesto que no hay una región, en los dos continentes, donde no haya médiums?

Para encarcelar a todos los médiums habría que encarcelar a la mitad del género humano; aunque se llegara, lo que apenas sería más fácil, a quemar todos los libros espíritas, al día siguiente se reproducirían, porque su fuente es inatacable y no se puede encarcelar ni quemar a los Espíritus, que son sus verdaderos autores.

El espiritismo no es obra de un hombre; nadie puede proclamarse su creador, pues es tan antiguo como la creación; se encuentra en todas partes, en todas las religiones y, en la religión católica, aún más y con mayor autoridad que en todas las demás, pues en ella se encuentra el principio de todo: los Espíritus de todos los grados, sus relaciones ocultas y manifiestas con los hombres, los ángeles guardianes, la reencarnación, la emancipación del alma durante la vida, la doble vista, las visiones, las manifestaciones de todo género, las apariciones e incluso las apariciones tangibles. En cuanto a los demonios, no son otra cosa que los malos Espíritus y, salvo la creencia de que los primeros están destinados al mal a perpetuidad, mientras que a los otros no les está vedado el camino del progreso, solo hay entre ellos una diferencia de nombre.

¿Qué hace la ciencia espírita moderna? Reúne en un cuerpo lo que estaba disperso; explica en términos precisos lo que solo se expresaba en lenguaje

alegórico; elimina lo que la superstición y la ignorancia han engendrado, para dejar únicamente la realidad y lo positivo: esa es su función; pero no le corresponde la de fundadora; muestra lo que existe, coordina, pero no crea nada, pues sus bases son de todos los tiempos y de todos los lugares; ¿quién se atrevería, pues, a creerse lo bastante fuerte para sofocarla con sarcasmos e incluso con la persecución?

Si se la proscribe en un lugar, renacerá en otros, en el mismo terreno del que se la haya desterrado, porque está en la naturaleza y no le es dado al hombre aniquilar una fuerza de la naturaleza ni imponer su veto a los decretos de Dios.

¿Qué interés habría, por lo demás, en obstaculizar la propagación de las ideas espíritas? Estas ideas, es cierto, se alzan contra los abusos que nacen del orgullo y del egoísmo; pero esos abusos, de los que algunos se benefician, perjudican a la masa; por tanto, el espiritismo tendrá a la masa de su parte y solo tendrá como adversarios serios a quienes tengan interés en mantener esos abusos.

Por el contrario, por su influencia, estas ideas, al hacer a los hombres mejores unos con otros, menos ávidos de intereses materiales y más resignados a los decretos de la Providencia, son una garantía de orden y tranquilidad.

El espiritismo se presenta bajo tres aspectos diferentes: el hecho de las manifestaciones, los principios de filosofía y de moral que de ellas se derivan, y la aplicación de esos principios; de ahí tres clases, o más bien tres grados entre los adeptos: 1° los que creen en las manifestaciones y se limitan a comprobarlas: para ellos es una ciencia de experimentación; 2° los que comprenden sus consecuencias morales; 3° los que practican o se esfuerzan

por practicar esa moral. Sea cual sea el punto de vista, científico o moral, desde el que se consideren estos extraños fenómenos, todos comprenden que surge todo un nuevo orden de ideas, cuyas consecuencias solo pueden ser una profunda modificación del estado de la humanidad, y todos comprenden también que esa modificación solo puede producirse en el sentido del bien.

En cuanto a los adversarios, también se los puede clasificar en tres categorías: 1° los que niegan por sistema todo lo que es nuevo o no procede de ellos, y hablan de ello sin conocimiento de causa.

A esta clase pertenecen todos los que no admiten nada fuera del testimonio de los sentidos; no han visto nada, no quieren ver nada, y mucho menos profundizar; incluso les molestaría ver con demasiada claridad, por temor a verse obligados a reconocer que no tienen razón; para ellos, el espiritismo es una quimera, una locura, una utopía, no existe: es más rápido decirlo así.

Son los incrédulos por prejuicio. Junto a ellos pueden situarse los que se han dignado echar un vistazo para tranquilizar su conciencia y poder decir: He querido ver y no he visto nada; no comprenden que haga falta más de media hora para hacerse una idea de toda una ciencia. – 2° Los que, sabiendo muy bien a qué atenerse sobre la realidad de los hechos, los combaten, sin embargo, por motivos de interés personal.

Para ellos, el espiritismo existe, pero temen sus consecuencias; lo atacan como a un enemigo. – 3° Los que encuentran en la moral espírita una censura demasiado severa de sus actos o de sus tendencias. El espiritismo to-

mado en serio les resultaría incómodo; ni lo rechazan ni lo aprueban: prefieren cerrar los ojos.

A los primeros los impulsan el orgullo y la presunción; a los segundos, la ambición; a los terceros, el egoísmo. Se comprende que estas causas de oposición, al no tener nada de sólido, deban desaparecer con el tiempo, pues buscaríamos en vano una cuarta clase de antagonistas, la que se apoyara en pruebas contrarias evidentes que acreditaran un estudio concienzudo y laborioso de la cuestión; todos oponen únicamente la negación, ninguno aporta una demostración seria e irrefutable.

Sería esperar demasiado de la naturaleza humana creer que puede transformarse de repente por las ideas espíritas. Su acción no es, sin duda, la misma ni alcanza el mismo grado en todos los que las profesan; pero, sea cual sea el resultado, por débil que sea, siempre constituye una mejora, aunque solo fuera por dar la prueba de la existencia de un mundo extracorporal, lo que implica la negación de las doctrinas materialistas.

Esto es consecuencia de la propia observación de los hechos; pero en quienes comprenden el espiritismo filosófico y ven en él algo más que fenómenos más o menos curiosos, tiene otros efectos; el primero, y el más general, es desarrollar el sentimiento religioso incluso en quien, sin ser materialista, solo siente indiferencia por las cosas espirituales.

De ello resulta en él el desprecio de la muerte; no decimos el deseo de la muerte, ni mucho menos, pues el espírita defenderá su vida como cualquier otro, sino una indiferencia que le hace aceptar, sin quejas y sin pesar, una muerte inevitable, como algo más bien feliz que temible, por la certeza del estado que le sigue.

El segundo efecto, casi tan general como el primero, es la resignación ante las vicisitudes de la vida. El espiritismo hace ver las cosas desde tan alto que, al perder la vida terrestre las tres cuartas partes de su importancia, ya no nos afectan tanto las tribulaciones que la acompañan: de ahí, más valor en las aflicciones, más moderación en los deseos; de ahí también el alejamiento de la idea de acortar la propia vida, pues la ciencia espírita enseña que, mediante el suicidio, siempre se pierde lo que se quería ganar.

La certeza de un porvenir que depende de nosotros hacer feliz, la posibilidad de establecer relaciones con seres que nos son queridos, ofrecen al espírita un consuelo supremo; su horizonte se amplía hasta el infinito por el espectáculo incesante que tiene de la vida de ultratumba, cuyas misteriosas profundidades puede sondear.

El tercer efecto es incitar a la indulgencia con los defectos ajenos; pero, hay que decirlo, el principio egoísta y todo lo que de él se deriva son lo más tenaz que hay en el hombre y, por consiguiente, lo más difícil de desarraigar; se hacen sacrificios de buena gana, siempre que no cuesten nada y, sobre todo, que no priven de nada; el dinero tiene todavía para la mayoría un atractivo irresistible, y muy pocos comprenden la palabra superfluo cuando se trata de su propia persona; por eso, la abnegación de la propia personalidad es la señal del progreso más eminente.

¿Nos enseñan los Espíritus, dicen algunas personas, una moral nueva, algo superior a lo que dijo Cristo? Si esa moral no es otra que la del Evangelio, ¿para qué sirve el espiritismo?

Este razonamiento se parece singularmente al del califa Omar al hablar de la biblioteca de Alejandría: «Si solo contiene, decía, lo que hay en el Co-

rán, es inútil, por lo tanto hay que quemarla; si contiene otra cosa, es mala, por consiguiente también hay que quemarla».

No, el espiritismo no contiene una moral diferente de la de Jesús; pero preguntaremos a nuestra vez si, antes de Cristo, los hombres no tenían la ley dada por Dios a Moisés. ¿No se encuentra su doctrina en el Decálogo? ¿Se dirá, por eso, que la moral de Jesús era inútil?

Preguntaremos también a quienes niegan la utilidad de la moral espírita por qué se practica tan poco la de Cristo, y por qué los mismos que proclaman con razón su sublimidad son los primeros en infringir la primera de sus leyes: la caridad universal.

Los Espíritus no solo vienen a confirmarla, sino que nos muestran su utilidad práctica; hacen inteligibles y evidentes verdades que solo se habían enseñado bajo la forma alegórica; y, junto con la moral, vienen a definir los problemas más abstractos de la psicología.

Jesús vino a mostrar a los hombres el camino del verdadero bien; ¿por qué Dios, que lo había enviado para recordar su ley ignorada, no enviaría hoy a los Espíritus para recordársela de nuevo y con mayor precisión, cuando la olvidan para sacrificarlo todo al orgullo y a la codicia? ¿Quién se atrevería a poner límites al poder de Dios y a trazarle sus caminos? ¿Quién dice que, como afirman los Espíritus, los tiempos predichos no se han cumplido, y que no estamos cerca de aquellos en que las verdades mal comprendidas o falsamente interpretadas deben ser reveladas de manera manifiesta al género humano para acelerar su progreso? ¿No hay algo providencial en estas manifestaciones que se producen simultáneamente en todos los puntos del globo?

No es un solo hombre, un profeta, quien viene a advertirnos; la luz surge de todas partes; es todo un mundo nuevo que se despliega ante nuestros ojos. Así como la invención del microscopio nos descubrió el mundo de los seres infinitamente pequeños que no sospechábamos; así como el telescopio nos descubrió los miles de mundos que tampoco sospechábamos, las comunicaciones espíritas nos revelan el mundo invisible que nos rodea, nos roza sin cesar y participa, sin que lo sepamos, en todo lo que hacemos.

Un poco de tiempo más, y la existencia de ese mundo, que es el que nos espera, será tan indiscutible como la del mundo microscópico y la de los globos perdidos en el espacio. ¿Acaso no significa nada habernos dado a conocer todo un mundo; habernos iniciado en los misterios de la vida de ultratumba?

Es cierto que estos descubrimientos, si se les puede dar ese nombre, contrarían un poco ciertas ideas aceptadas; pero ¿acaso todos los grandes descubrimientos científicos no han modificado igualmente, e incluso trastornado, las ideas más acreditadas, y no ha sido necesario que nuestro amor propio se inclinara ante la evidencia?

Lo mismo ocurrirá con el espiritismo y, dentro de poco, tendrá un lugar reconocido entre los conocimientos humanos.

Las comunicaciones con los seres de ultratumba han tenido como resultado hacernos comprender la vida futura, hacérnosla ver, iniciarnos en las penas y los goces que allí nos esperan según nuestros méritos, y por eso mismo hacer volver al espiritualismo a quienes solo veían en nosotros materia, una máquina organizada; por eso hemos tenido razón al decir que el espiritismo ha matado al materialismo mediante los hechos.

Aunque solo hubiera producido ese resultado, el orden social le debería gratitud; pero hace más: muestra los efectos inevitables del mal y, por consiguiente, la necesidad del bien.

El número de aquellos a quienes ha devuelto sentimientos mejores, cuyas malas tendencias ha neutralizado y a quienes ha apartado del mal, es mayor de lo que se cree y aumenta todos los días; es que para ellos el porvenir ya no es algo vago; ya no es una simple esperanza, es una verdad que se comprende, que se explica, cuando se ve y se oye a quienes nos han dejado lamentarse o felicitarse por lo que hicieron en la tierra.

Quienquiera que sea testigo de ello se pone a reflexionar y siente la necesidad de conocerse, juzgarse y enmendarse.

9. **Los adversarios del espiritismo no han dejado de utilizar contra él algunas divergencias de opinión sobre ciertos puntos de la doctrina. No es de extrañar que al comienzo de una ciencia, cuando las observaciones aún son incompletas y cada cual la considera desde su punto de vista, hayan podido surgir sistemas contradictorios; pero las tres cuartas partes de estos sistemas ya han caído hoy ante un estudio más profundo, empezando por aquel que atribuía todas las comunicaciones al Espíritu del mal, como si a Dios le hubiera sido imposible enviar buenos Espíritus a los hombres: doctrina absurda, porque los hechos la desmienten; impía, porque niega el poder y la bondad del Creador. Los Espíritus siempre nos han dicho que no nos inquietemos por estas divergencias y que la unidad se alcanzaría; ahora bien, la unidad ya se ha alcanzado en la mayoría de los puntos, y las divergencias tienden a desaparecer cada día. A esta pregunta: Mientras se alcanza la unidad, ¿en qué puede basarse el hombre imparcial y desinteresado para emitir un juicio? Esta es su respuesta:**

> «La luz más pura no está oscurecida por ninguna nube; el diamante sin mancha es el que más valor tiene; juzgad, pues, a los Espíritus por la pureza de sus enseñanzas. No olvidéis que entre los Espíritus hay quienes aún no se han desprendido de las ideas de la vida terrenal; sabed distinguirlos por su lenguaje; juzgadlos por el conjunto de lo que os dicen; ved si hay un encadenamiento lógico en las ideas; si nada revela en ellas ignorancia, orgullo o malevolencia; en una palabra, si sus palabras llevan siempre el sello de sabiduría que revela la verdadera superioridad. Si vuestro mundo fuera inaccesible al error, sería perfecto, y está lejos de serlo; todavía estáis aprendiendo a distinguir el error de la verdad; necesitáis las lecciones de la experiencia para ejercitar vuestro juicio y avanzar. La unidad se alcanzará del lado donde el bien nunca se

> haya mezclado con el mal; de ese lado se unirán los hombres por la fuerza de las cosas, pues juzgarán que allí está la verdad.
>
> «¡Qué importan, por lo demás, algunas disensiones, que están más en la forma que en el fondo! Observad que los principios fundamentales son los mismos en todas partes y deben uniros en un pensamiento común: el amor a Dios y la práctica del bien. Sean cuales sean, pues, el modo de progresión que se suponga o las condiciones normales de la existencia futura, el fin último es el mismo: hacer el bien; ahora bien, no hay dos maneras de hacerlo».

Si entre los adeptos del espiritismo hay quienes difieren de opinión sobre algunos puntos de la teoría, todos están de acuerdo en los puntos fundamentales; hay, pues, unidad, salvo entre aquellos, muy pocos, que aún no admiten la intervención de los Espíritus en las manifestaciones y las atribuyen, bien a causas puramente físicas, lo que es contrario al axioma de que todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente; bien al reflejo de nuestro propio pensamiento, lo que los hechos desmienten.

Los demás puntos son solo secundarios y no afectan en nada a las bases fundamentales. Puede haber, por tanto, escuelas que busquen esclarecer las partes todavía controvertidas de la ciencia; no debe haber sectas rivales entre sí; solo habría antagonismo entre quienes quieren el bien y quienes hicieran o quisieran el mal; ahora bien, no hay un solo espiritista sincero e imbuido de las grandes máximas morales enseñadas por los Espíritus que pueda querer el mal ni desear el mal de su prójimo, sin distinción de opiniones.

Si alguna de ellas está en el error, tarde o temprano se hará la luz para ella, si la busca de buena fe y sin prejuicios; mientras tanto, todas tienen un vínculo común que debe unirlas en un mismo pensamiento; todas tienen un mismo fin; poco importa, pues, el camino, con tal de que conduzca a él; ninguna debe imponerse mediante la coacción material o moral, y solo estaría equivocada aquella que lanzara

el anatema contra otra, pues actuaría evidentemente bajo la influencia de malos Espíritus.

La razón debe ser el argumento supremo, y la moderación asegurará mejor el triunfo de la verdad que las diatribas envenenadas por la envidia y los celos.

Los buenos Espíritus solo predican la unión y el amor al prójimo, y jamás un pensamiento malévolo o contrario a la caridad ha podido provenir de una fuente pura. Escuchemos sobre este asunto, y para terminar, los consejos del Espíritu de san Agustín.

> «Durante demasiado tiempo, los hombres se han destrozado unos a otros y se han lanzado mutuamente el anatema en nombre de un Dios de paz y de misericordia, y Dios se ofende ante semejante sacrilegio. El espiritismo es el vínculo que los unirá un día, porque les mostrará dónde está la verdad y dónde está el error; pero aún habrá durante mucho tiempo escribas y fariseos que lo negarán, como negaron a Cristo. ¿Queréis, pues, saber bajo la influencia de qué Espíritus están las diversas sectas que se reparten el mundo? Juzgadlas por sus obras y sus principios. Jamás los buenos Espíritus han sido instigadores del mal; jamás han aconsejado ni legitimado el asesinato y la violencia; jamás han incitado los odios de los partidos, ni la sed de riquezas y honores, ni la codicia de los bienes de la tierra; solo quienes son buenos, humanos y benévolos con todo el mundo son sus preferidos y son también los preferidos de Jesús, pues siguen el camino que él les ha mostrado para llegar a él».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0